

CAMINANDO HACIA MERCURIO

Starhawk



Caminando hacia Mercurio es la novela que ocupa el segundo lugar en la trilogía de Starhawk sobre el universo de *La Quinta Cosa Sagrada*, una trilogía de ciencia-ficción ecologista, feminista y anarquista que hasta ahora no había sido traducida al castellano.

Si bien, ocupa el segundo lugar en la trilogía, en realidad es una “precuela” de la acción desarrollada en las otras dos novelas, que sí siguen un orden cronológico. De modo que, si usted quedó fascinado por la primera novela, puede dejar esta para leer en último lugar.

Aquí se narra la historia de Maya, la anciana protagonista de toda la trilogía, en sus andanzas por las décadas de los 60s, 70s y 80s, del siglo XX en un viaje iniciático que la preparará para la acción que sucede en los otros dos libros.

Esta prestigiosa trilogía, estableció un nuevo estándar para la ficción, sigue siendo ampliamente leída y se utiliza en numerosos cursos universitarios.

Predestinada a ser una de las grandes novelas utópicas visionarias del siglo XX.

Marion Zimmer Bradley

"AN INSPIRATIONAL TALE ABOUT THE INNER TRAVELS OF A FEARLESS,
UNFORGETTABLE WOMAN." —Ms. MAGAZINE

STARHAWK

AUTHOR OF *THE SPIRAL DANCE* AND *THE FIFTH SACRED THING*



WALKING TO MERCURY

A N O V E L

Starhawk

CAMINANDO HACIA MERCURIO

Segunda parte ("y precuela") de la trilogía “La Quinta Cosa Sagrada”

Agradecemos a Curzon Press Limited el permiso para reimprimir extractos del libro *The Wisdom of Buddhism* (La sabiduría del budismo), editado por Christmas Humphries.

Otros extractos fueron realizados de *The Tibetan Book of the Dead* (El libro tibetano de los muertos), traducido al inglés por Francesca Fremantle y Chogyam Trungpa, 1992.

Traducción al castellano y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera https://solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Todas las notas son del traductor

ÍNDICE DE CONTENIDO

- I. La montaña
- II. Carta
- III. De Phakding a Namche
- IV. Bazaar Namche
- V. El diario de Johanna Weaver
- VI. Amanecer en Namche
- VII. Mayo de 1967
- VIII. El diario de Johanna Weaver
- IX. Día de descanso en Namche
- X. Junio de 1967
- XI. Noche en Namche
- XII. Carta
- XIII. El diario de Johanna Weaver
- XIV. Diciembre de 1967
- XV. El diario de Johanna Weaver
- XVI. De Namche a Tengpoche
- XVII. Agosto de 1968
- XVIII. Carta
- XIX. El diario de Johanna Weaver
- XX. Tengpoche
- XXI. Octubre de 1968
- XXII. Carta
- XXIII. El diario de Johanna Weaver

XXIV. Pangboche
XXV. Noviembre de 1969
XXVI. El diario de Johanna Weaver
XXVII. Noche en Tengpoche
XXVIII. Enero de 1970
XXIX. Carta
XXX. El sermón del fuego
XXXI. Verano - Otoño de 1971
XXXII. De Tengpoche a Khumjung
XXXIII. El diario de Johanna Weaver
XXXIV. Noviembre de 1971
XXXV. Khunde
XXXVI. Diciembre de 1971
XXXVII. Carta
XXXVIII. Carta
XXXIX. Carta
XL. Enero de 1976
XLI. El diario de Johanna Weaver
XLII. Febrero de 1976
XLIII. De Khunde a Thami
XLIV. Carta
XLV. De Thami a Namche
XLVI. Carta
XLVII. Nevada
XLVIII. De regreso en casa
XLIX. Mercurio

Expresiones de gratitud

Acerca de la autora

Reseñas críticas

*Este libro está dedicado a la memoria de mi madre,
la Dra. Bertha Clair Goldfarb Simos.*

Starhawk

I. LA MONTAÑA

La montaña exigía que dejara que todas las barreras, las capas de protección, incluso los nombres de las cosas, se disolvieran. Estaba tratando de dejar que el frío se disolviera mientras se quitaba sus jeans desgastados, se quitaba la camisa y permanecía desnuda bajo el cielo rosado del amanecer. Los picos cubiertos de nieve mantenían el lago suspendido sobre el cañón en manos de rocas ahuecadas, dejando que un hilo de agua cayera en cascada hasta el lecho del río a trescientos metros más abajo. Estaba parada en una estrecha franja del borde de arena del lago. Perseguía el lugar dentro de ella que estaba más allá del borde, de cualquier borde, de cada borde. Era muy joven, pero llevaba mucho tiempo sola.

El agua era un espejo tranquilo y perfecto, duplicando cada protuberancia y grieta de las rocas de granito que bordeaban

su orilla. Altos pinos crecían, formando un pozo de cielo azul. La mujer al borde del agua era un conjunto de formas y colores, ni más ni menos que las rocas o los árboles. En el agua, una mancha de cabello oscuro, dos agujeros oscuros en lugar de ojos, un cuerpo pálido y delgado que se había despojado de su acolchado como ella se había despojado de todas las comodidades superfluas. Imagen sin sustancia. Si entrara en el espejo, desaparecería.

Ella se metió en el agua. El espejo se onduló y se hizo añicos. La orilla del agua subía lentamente por sus tobillos, sus pantorrillas, como una línea ardiente. Era una mujer cortada por la mitad por el frío, a medida que avanzaba más profundamente, dejando que el borde pasara por sus rodillas, su vulva, sus caderas redondeadas y su vientre y ombligo, los huecos de su columna, cada costilla individualizada, sus senos.

Se quedó de pie por un momento, con el agua a la altura de los pezones, dejando que sus brazos y manos descansaran ligeramente sobre el agua, sintiendo sus piernas y pies primero arder y luego entumecerse. Ella los ofreció al frío y al agua, y el agua los recibió. Respirando repentina y profundamente, se sumergió. El agua la cubrió por completo, el frío fue tan feroz que todo lo demás dejó de existir. Bajo el agua vivía el silencio y ella se dejó disolver.

Era su ritual diario. Purificación, como el *mikve*¹ de sus abuelos.

Se había entregado al silencio, y en el silencio escuchó a los Eternos que estaban en las cosas; y a través de las cosas, presencias con las que fusionarse, que hablaban no con palabras, sino con un cambio sutil dentro de ella.

Y aunque luchaba por abandonar las palabras, éstas surgieron de su silencio: palabras de poder, nombres que evocaban los pulsos cambiantes de lo que latía a través de ella, de lo que sabía sin palabras, nombres que podían permitirle llamar a los Eternos. Nombraba sus presencias, como la gente siempre había llamado a sus dioses, dibujando líneas arbitrarias alrededor de sus constelaciones de poder, fijándolas en formas cristalizadas que podía evocar a voluntad.

Lo que la impulsó hacia las praderas altas y perdidas, muy por encima de los senderos y las repisas de granito de los altos picos, lo llamó *el Vidente*. Lo que le pedía fusionarse, disolverse y entrar en el corazón de la montaña lo llamó *el Cantante*.

1 El mikve es el espacio donde se realizan los baños de purificación que describe el judaísmo. Se trata de un pequeño aljibe donde una persona se puede sumergir completamente. No puede ser agua estancada, sino corriente.

A lo que llamaba a ese corazón, desbocado al borde de ir demasiado lejos, lo llamó *Reaper* (la Segadora).

Cuando el tiempo dejó de existir, midieron el ritmo de los latidos de su corazón y le dijeron cuándo debía emerger. Sacó la cabeza del agua, sintió los primeros rayos de sol del día en sus brazos y pechos, salió a la orilla y pataleó hasta que la sangre volvió a latir.

Era suficiente, por ahora. Este cuenco de granito acunado por montañas con una franja de árboles y un lago como un ojo azul claro, era todo lo que necesitaba.

Pero no siempre sería suficiente. Había descartado la palabra frío, pero los vientos que soplaban desde el paso se hacían más gélidos cada día. Había huido del tiempo, pero éste la perseguía bajo las lluvias del otoño.

Había evocado poder y ya empezaba a oír sus demandas susurradas.

“Sé mis ojos”.

“Sé mi voz”.

“Sé mis manos”.

Tener una visión era convertirse en su servidor. Aunque era joven, eso ya lo había aprendido.

Desnuda, se estremeció bajo el viento frío. Sabía que pronto volvería a sentir su soledad. Un día los Eternos susurrarían, suspirarían y ella sabría que había llegado el momento de dejar la montaña e irse a casa. Llevaría poder con ella y los Eternos la seguirían. Eran viejos poderes, incrustados en montañas, y ella los había despertado del sueño. La perseguirían hasta que aprendiera cómo hacerles un lugar en el mundo.

Pronto. Pronto. La palabra misma evocaba la implacable marcha forzada del tiempo, evocaba el otro mundo donde ella era una chica de veintiún años que huía con un corazón roto y donde nada era eterno, ciertamente no el amor.

Ella volvió a temblar. Por un momento tuvo miedo.

Había dejado atrás el miedo.

Esperó su regreso.

–Maya Greenwood, *Desde la montaña*

II. CARTA

Comité para la prohibición de los ensayos nucleares

Campamento de paz del sitio de pruebas de Nevada

15 de febrero de 1988

Querida Maya:

Probablemente te preguntes por qué te escribo después de todos estos años. Quizás no debería hacerlo. Como nunca respondiste mi última carta, supuse que eso significaba que no querías saber nada de mí. Ciertamente puedo entenderlo y por eso nunca volví a escribir. Respeto tu privacidad.

Pero cuando escuché que el comité organizador te había llamado para invitarte a la acción, supe que tenía que hacerte saber que estoy aquí. Fue justo para ti, y aunque

estuve tentado de dejarte venir y sorprenderte, eso no sería honesto. En este momento, lo que hace que mi vida sea habitable es simplemente tratar de ser lo más honesto posible.

Por supuesto, no saben nada de nuestra historia juntos. Nadie lo sabe, hasta donde yo sé, excepto tú, yo y algunas personas que están muertas. Ciertamente entiendo si quieres que siga así.

La mayoría de la gente aquí ni siquiera sabe quién soy, aunque no he cambiado mi nombre ni he tratado de disfrazar el pasado. La historia avanza rápido en la era de la MTV², y los héroes y antihéroes de los años sesenta no son más que viejos fantasmas descoloridos. ¡Demonios!, los más jóvenes sólo conocen a Bob Dylan como alguien a quien sus padres solían escuchar.

Estoy aquí trabajando con un grupo llamado Grains of Truth (Granos de verdad). Servimos comida para personas sin hogar y en muchas acciones políticas. Por eso paso mis días cortando verduras y lavando ollas y sartenes. Te reirías al verme. Según recuerdo, cuando vivíamos juntos, la única que lavaba los platos eras tú. Bueno, los tiempos han cambiado. De todos modos, yo he cambiado, como puedes imaginar.

² Televisión musical.

Hacemos un buen trabajo. Es un trabajo simple y básico y estoy orgulloso de hacerlo bien. Estoy feliz, alimentando a la gente.

He pasado por mucho para poder decir eso. Algunas cosas ya las conoces y otras espero que ni siquiera puedas imaginarlas. ¿Cuántos han pasado? ¿Diecisiete años desde la última vez que estuvimos juntos? Han estado llenos de días buenos y malos, muchos más malos que buenos. Cuando te escribí hace unos años pensé que estaba viniéndome arriba, pero no ha sido un ascenso fácil. Más bien una montaña rusa. Ahora siento que estoy en equilibrio, pero nunca asumo que eso durará. Tengo deudas que nunca podré pagar.

Aún así, ahora mismo, aquí en este desierto, soy feliz. Hay un secreto que no te cuentan sobre el desierto de Nevada: lo hermoso que es. Cielos muy, muy amplios y colinas redondas y desnudas de colores rojo, dorado y morado. Esa es información clasificada. Si se difundiera, la gente podría empezar a pensar en este lugar como algo más que un páramo que podemos volar al infierno y un vertedero para nuestra basura nuclear.

Verás, estoy tratando de convencerte para que vengas aquí. Tan pronto como escuché que el comité se estaba comunicando contigo, comencé a pensar en cuánto me gustaría verte de nuevo. Quizás esto sea sólo mi fantasía, pero siento que tendríamos mucho de qué hablar. Hay una

historia que sólo tú y yo, todavía, estamos vivos para compartir.

Por supuesto, tengo una ventaja injusta, porque he estado leyendo tus libros todo el tiempo y por eso siento que te conozco. Quizás esa sea una ilusión común que la gente tiene con los autores: que has estado manteniendo una conversación durante años. Tengo que pararme y recordarme que el diálogo ha sido unilateral, que no me conoces en absoluto, al menos no quién soy ahora. Sólo lo que yo era. No tienes por qué preocuparte por lo que quiero o no quiero. ¿Por qué deberías?

Aún así, no puedo evitar creer que podríamos volver a ser amigos. Me gustaría mucho. ¿Son suficientes diecisiete años para que sanen viejas heridas?

Sin embargo, para ser honesto, tengo que admitir que, si bien he aprendido a hacer un buen trabajo, todavía no llevo muy bien las relaciones. Durante la mayor parte de esos años, no tuve muchas oportunidades de practicar. El tiempo que pasamos juntos está mucho más presente para mí, mucho más cerca de lo que probablemente lo esté para ti. Porque eras la mujer que amaba y eras la mujer en la que pensé durante tanto tiempo.

Así que ésta es una pequeña advertencia: que tu memoria tiene más peso para mí que la mía para ti. Estoy al tanto. Prometo no dejar que se interponga en nuestro camino. Y si

quieres venir aquí y no tener nada que ver conmigo, lo entenderé. Podrás tener todo el espacio que necesites. Ni siquiera te saludaré a menos que tú me saludes primero.

Pero tal vez no me equivoque al pensar que todavía hay algo que debemos completar juntos. Si hay algo que todavía necesitas o quieres de mí, cualquier cosa que pueda hacer por ti o ser para ti, estoy aquí. Estoy listo.

No es mi intención perseguirte,

Rio

III. DE PHAKDING A NAMCHE

Cielos brillantes y aire fresco nos recibirán en nuestra primera mañana, donde prímulas y rododendros saludarán en el camino que pasa por campos y granjas hasta la entrada del Parque Nacional Sagarmatha. Usted realizará una parada para almorzar temprano. Comida abundante, porque después hay una subida de cuatro horas hasta el pueblo de Bazar Namche.

¡Dormirá bien esta noche!

– Folleto de Mountain Co-Op Adventures

El puente se balanceó cuando Maya se subió. Por un momento sintió una aguda sensación de vértigo, como si los polos de la Tierra pudieran cambiar y abrirse a una nueva dimensión al otro lado del desfiladero. Tal vez allí, pensó, donde termina el puente, saldré de este mundo y encontraré... ¿qué? ¿La esquivia llamada de hada que he estado siguiendo toda mi vida, que últimamente parece haber dejado de llamar? Tal vez entre al Otro Mundo y nunca vuelva a casa.

Nuevamente el primitivo puente colgante se estremeció con el viento, e instintivamente Maya agarró uno de los cables oxidados que sostenían el estrecho tramo de madera. Contrólate, se dijo a sí misma. Es más probable que atraveses un agujero en el puente y encuentres nuevas dimensiones de mortalidad. De hecho, aquí y allá faltaba alguna tabla bajo los pies. A través de los huecos, Maya podía ver las aguas espumosas de color blanco lechoso del río Dudh Kosi, que descendían desde las muy, muy altas montañas que aguardaban, en algún lugar arriba.

A ciencia cierta, esto es seguro, se dijo a sí misma. Después de todo, iba detrás de un grupo de porteadores pesadamente cargados: hombres pequeños y delgados que llevaban cargas pesadas en cestas que sostenían con cuerdas sobre la frente. A ellos se unieron muchachas igualmente cargadas, con aretes dorados en la nariz y saris o suéteres de lana y delantales a rayas del Tíbet, y muchachos con chancas y camisetas que proclamaban *I love New York*, todos

moviendo cargas que se alzaban sobre ellos: recipientes de aceite y montones de ollas para cocinar y montones de bolsas de lona y cajas con la leyenda *Expedición japonesa al Everest*. Y los porteadores seguían una caravana de yaks³, trabajando bajo fardos abultados y grandes cargas de madera.

El puente había soportado todo ese peso; seguramente los cables aguantarían a una mujer más, más bien corpulenta que delgada, por supuesto, pero no tan pesada como un yak cargado. Llevaba sólo una pequeña mochila, cuyo contenido tenía un peso más emocional que medible en libras. Un viejo diario, una colección de cartas, un regalo para su hermana, Debby, que podría estar esperando o no para verla. Y una bolsa de plástico llena con las cenizas de su madre.

No lo pienses, hazlo, se dijo mientras seguía caminando. ¿Qué le pasaba, de todos modos? A ella nunca le había preocupado la seguridad. Ella nunca había tenido miedo a las alturas.

Cuando llegó al lado opuesto, exhaló un profundo suspiro mientras plantaba los pies en tierra firme. Volviéndose, esperó al resto de su grupo. Jan y Lonnie habían ido delante con Tenzing Sherpa, su guía principal, pero los demás la seguirían detrás. En los tramos llanos podía tomar la delantera, pero en las subidas se quedaba atrás, tosía y se

3 Buey tartario.

detenía para respirar. La tos había comenzado en el avión, había empeorado con el polvo de Katmandú y no parecía dispuesta a desaparecer.

Bosques de pino azul trepaban por las empinadas laderas del desfiladero. Cada parcela de terreno remotamente llano estaba construida en terrazas y cultivada, sustentando pequeñas aldeas de casas de piedra. El río era un hilo blanco en el fondo del desfiladero, el puente un hilo de araña de metal. Sacó su cámara. Parezco una turista, también podría actuar como tal. Toma una foto. Quizás una serie. Puentes aterradores de Nepal. Sería un bonito libro de mesa de café.

La fotografía habría sido mejor con la caravana de yaks cruzando, pero ella no era el tipo de fotógrafa que lograba encontrarse en el lugar correcto para la toma definitiva. No, podía concentrarse y colocar la aguja del fotómetro entre las muescas; esa era aproximadamente su velocidad. Pero aquí apareció alguien caminando sobre el puente, una figura humana para añadir escala. Espetó Maya, y luego bajó la cámara para observar cómo una mujer joven subía con confianza al primero de los listones de madera. Maya la reconoció; la había visto el día anterior en Lukla, en el café donde habían esperado mientras cargaban el tren de carga. La mujer era joven, poco más que una niña, en realidad, y Maya sólo había captado un fragmento de su conversación con una pareja mayor.

“...y por la noche me dolían tanto las piernas que no podía dormir bien”, había dicho. “No habíamos encontrado mucha comida en la casa de té, sólo algo de *dhal*⁴, y todavía estoy creciendo, ya sabes, así que si camino demasiado sin comer, me afecta”.

Continúa creciendo. Maya había dejado de crecer, al menos verticalmente, a los trece años.

“Todos me dijeron que no intentara el paso por encima de Cho La, pero fui de todos modos...”

Una vez fui como ella, había pensado Maya, atreviéndose a los pasos contra los que todo el mundo te advierte. ¿Qué estoy haciendo aquí ahora, preparándome para esta aventura empaquetada?

Pero ya lo he hecho: el desafío de la vida está en juego. Y eso no es lo que quería. Quería tiempo para caminar, descansar y pensar las cosas. Aún así, me gustaría saber más sobre esa chica. Mujer. Oh, diablos, niña... no puede tener más de dieciocho años. Podría ser su madre. Tiene más o menos la edad que teníamos Johanna y yo aquel verano en la costa con Rio, cuando todavía éramos dulces y salvajes como ciruelas de playa, intactos y con la piel intacta.

4 Denominación para las legumbres a las que se ha retirado la piel. Hierba leñosa con flores amarillas y vainas planas.

Hablaré con ella, había pensado Maya, pero cuando se dio la vuelta, la niña ya no estaba.

Y ahora llegaba una mujer joven con un suéter de lana verde con un pequeño desgarró en el hombro izquierdo y una falda larga de lana de estilo tibetano sobre sus pesadas botas de montaña. Su cabello oscuro estaba recogido con un pañuelo marrón, sus mejillas sonrojadas y quemadas por el viento sobre un bronceado profundo, sus ojos grises grandes en su rostro delgado. Llevaba un paquete completo atado a la espalda y su mano derecha agarraba uno de los palos en forma de T que los portadores utilizaban como bastones para caminar y como soporte para su carga cuando descansaban. Caminaba con fácil equilibrio sobre el balanceo, como si estuviera acostumbrada a la inestabilidad.

Bien, pensó Maya, ahora hablaré con ella. Ella asintió y sonrió cuando la niña llegó a su lado del desfiladero.

“Hola.”

“Namaste”, dijo la niña, inclinando la cabeza a modo de saludo y pasando junto a Maya en el camino. Maya habló rápidamente.

“Tomé tu foto. Espero que no te moleste.”

La chica se encogió de hombros. “Está bien.”

Me siento tímida con ella, pensó Maya. Como cuando conocí a Alice Walker en el evento benéfico para personas sin hogar y no me atreví a decir nada. O con alguien con quien he fantaseado, como amante. ¿Qué le digo? Ella se está alejando.

“¿Adónde vas?” Preguntó Maya rápidamente. Era el saludo estándar nepalí, una de las frases que había aprendido en la cinta de idiomas que había estudiado en el avión. Pero claro, lo dijo en inglés. La chica era americana, por su voz, de algún lugar al oeste del Mississippi.

“A Namche, hoy”, dijo la niña.

“¿Y después de eso?”

Ella se encogió de hombros, un gesto elocuente.

Oh sí, pensó Maya, eso es lo que necesito, no saber a dónde ir, vagar por el desierto sin una ruta, un horario y un destino establecido.

“¿Viajas sola?”

“Sí.”

Una vez fui como tú, quiso decir Maya. Joven, sola y libre. Mírame, quiero que me conozcas, que sepas lo semejantes que somos, que me parezco a ti.

En lugar de eso, dijo: “¿No tienes miedo?”.

Al instante podría haberse dado una patada. La chica se limitó a sonreír. “Me gusta viajar sola”, dijo, y siguió caminando.

¿Cómo podría preguntarle eso, yo, Maya Greenwood, autora de *Desde la montaña*? A mí, a quien me han preguntado una y otra vez: “¿No tienes miedo?” ¿En qué estaba pensando? ¿Qué pasa conmigo?

¡Asustada! Soy yo quien tenía miedo: miedo de intentar encontrar a mi hermana sin un guía o de depender demasiado de su incierta bienvenida. Miedo de luchar por subir estas montañas con una mochila de treinta libras a la espalda. Y lo suficientemente rica como para poderme permitir que otra persona la lleve por mí.

¿Y qué hay de malo en eso? Ya no tengo dieciocho años, ya no tengo veintiuno como aquel verano en mi montaña. Estoy cerca de los cuarenta. Tengo algo de sentido común y me he ganado mis comodidades.

Ang ahora estaba cruzando el puente, liderando el grupo de yaks, con los costados repletos de bolsas de lona. No, yaks no, debía recordar dejar de pensar en ellos así. Eran zopkios, un cruce de vaca y yak, indistinguibles hasta donde Maya podía diferenciar de los originales, más felices en altitudes más bajas. Eso decía la guía, su biblia del Himalaya.

Ang era su *sirdar*, a cargo de todos los porteadores y de los detalles prácticos del viaje. Sus cuatro impasibles animales lo seguían, y detrás de ellos iba Ila, el conductor, un hombre de cuarenta años, de cejas pobladas y rostro cuadrado, con el pelo tan desgredado como el de las bestias que cuidaba.

“Ahora es muy cuesta arriba”, le dijo Ang a Maya, asintiendo y sonriendo. También tenía unos cuarenta años, era enjuto y nervudo, con un rostro ancho y terso, el pelo muy corto y una sonrisa tranquila.

Ella le devolvió la sonrisa a él. “Entonces será mejor que empiece”. Se giró y empezó a subir por el sendero.

El camino, que serpenteaba por los lados del desfiladero, consistía en una serie de subidas empinadas interrumpidas por subidas más pronunciadas, suspendidas por escaleras talladas en la ladera y ocasionalmente aliviadas por curvas. Maya empezó intentando mantener un buen ritmo, uno que le permitiera mantenerse por delante del grupo. Después de los primeros cientos de pies, sus pulmones comenzaron a protestar. Cuando se movía, sentía como si no pudiera recuperar el aliento. De vez en cuando tenía que parar mientras un espasmo de tos sacudía su cuerpo. Ang la pasó y ella trepó hasta un pequeño afloramiento rocoso para dejar pasar el tren zopkio.

“Nunca te quedes en la parte exterior del sendero cuando te pasen yaks”, decía la guía. “La gente se sale del camino y muere”.

Qué manera más humillante de hacerlo, pensó. Golpeada por un yak. Se formó un estribillo en su mente: Golpeada por un yak. Ella no regresó... Un mantra, pensó mientras luchaba con lo que parecía ser una serie interminable de curvas. ¿Qué tipo de despertar espiritual me traerá eso?

Carolyn y Peter pasaron junto a ella, enfrascados en una conversación. Eran el matrimonio que viajaba, dos psicólogos de Los Ángeles. Parecían bastante agradables, admitió Maya para sí misma, a pesar de parecerse tanto a todo lo que la madre de Maya había querido que fuera. Profesional, casada y delgada. Pero esa no era razón para que no le agradaran, se dijo Maya con firmeza mientras pasaban junto a ella, hablando con facilidad, sin siquiera quedarse sin aliento, mientras ella tenía que detenerse de nuevo y toser. Carolyn era afable y sonriente, y Peter exhibía un afable sentido del humor, acosado como estaba por los sherpas deseosos de probar su japonés con él, para poder estar preparados para el próximo boom turístico. Pacientemente, les explicaba que era estadounidense de tercera generación y que el único japonés que conocía se limitaba a los menús, pero aun así lo saludaban con “konnichiwa”. Y él, respondía con gravedad, “Sushi” o “Sashimi”.

Él y Carolyn eran pareja, y estaban tan envueltos en los campos de energía del otro que hicieron que Maya se sintiera sola.

Sería bueno tener un amante que escalara montañas con ella. Johanna nunca lo haría. Había estado evitando el ejercicio desde que las dos se escabulleron de correr en el campo de béisbol de Harding High, escondiéndose en el seto mientras las otras chicas corrían de un lado a otro. No, Johanna no era deportista. Las mujeres que escalaban montañas tendían a hacer otras cosas, como jugar softbol y hacer ejercicio con pesas. Maya no podía verse a sí misma en esa foto. ¿Y los hombres? No era reacia a los hombres, especialmente si tenían brazos que se parecían a los de Peter, de color marrón dorado y piel suave, con músculos bien definidos pero que no abultaban de manera indecorosa.

Pero, por supuesto, hombres así querían mujeres como Carolyn, que estaba en forma y era pequeña, e hizo que Maya pensara en todos los viejos cuentos de hadas en los que alguien desea tener una hija con cabello negro como el ala de un cuervo y mejillas pálidas como la nieve. Hermoso. Maya consideró sus propios encantos. Supuso que era bastante atractiva. Ciertamente no le pasaba nada. En un buen día, cuando su cabello oscuro y rizado estaba recién cortado para enmarcar su rostro, y había dormido lo suficiente como para no tener bolsas hinchadas bajo los ojos, y había suficiente sol para darle algo de color a sus mejillas, estaba bastante guapa si te gustaban las mujeres maduras y

con cuerpo. Pero ella definitivamente no estaba en la clase de Carolyn.

Y cualquier amante que escalara montañas la vería en días como hoy, jadeando y sudando, con el pelo enmarañado debido a la gorra de lana de yak que había usado en el frío de la mañana. El pelo de sombrero, era uno de los peligros incalculables del Himalaya.

Suficiente. Debería emocionarme con las resonancias espirituales de las montañas, no comparar mi apariencia con la de Carolyn. De todos modos, se suponía que las buenas feministas no debían hacer eso. Pero por supuesto que sí. Simplemente no admitimos que lo hacemos.

Se detuvo en lo alto de la curva para tomar un largo trago de agua. El sendero ascendía entre un montón de rocas. ¡Diosa, la maldita cosa subía y subía para siempre! Probablemente no se detenía en Namche, sino que continuaba al menos hasta la luna, si no hasta los confines más lejanos de la galaxia. Se secó el sudor de la cara con la parte delantera de su camiseta, justo cuando Howard pasaba junto a ella.

“¿Estás bien?” preguntó.

“Simplemente descansaba. Adelante, estaré bien”. No quería caminar con Howard, no hoy, no mientras deseaba estar sola en un desierto remoto y despoblado mientras su

cuerpo protestaba porque tres horas semanales de clases de aeróbic no habían sido preparación suficiente. Subir a once mil pies⁵ con tos. Howard era bastante amable. Era sólo que él representaba algo que ella siempre había intentado con todas sus fuerzas no ser. La primera noche, cuando cenaron todos juntos en el hotel de Katmandú, admitió que había venido de viaje porque tenía treinta y cinco años y nunca había tenido una aventura. Eso entristeció y preocupó infinitamente a Maya. Preocupada por ella misma. ¿Cómo había terminado en un viaje organizado con alguien que nunca había tenido una aventura?

Sin embargo, esta gira podría resultar demasiado para ella. Cuarenta y cinco minutos después de iniciar un ascenso de cuatro horas y ya quería parar. Pero será mejor que se dé prisa. No es que pudiera perderse: Tashi todavía estaba en algún lugar del camino, barriendo la retaguardia. Estaba bien atendida. Pero cuanto antes subiera, antes podría parar. Mañana era un día de descanso. Y si Debby hubiera recibido su carta, tal vez se encontraría con Maya en Namche. Puede que ya estuviese esperando allí.

Gruñendo, Maya guardó su botella de agua en su cinturón y obligó a su pie derecho a dar un paso hacia adelante. Las laderas de la montaña estaban salpicadas de prímulas y arbustos de rododendros, como había prometido el folleto de Mountain Co-op Adventures, aunque los rododendros

⁵ Un pie es equivalente a 30,48 cm.

aún no estaban en flor. Intentó concentrarse en las infinitas pequeñas bellezas que la rodeaban, dejar que su mente vagara más allá de los confines del cuerpo. Un buen lugar para practicar el desapego budista: estas montañas. Pensar en salir de la rueda del nacimiento y la muerte, el interminable subir y bajar, subir y bajar, subir y bajar sólo para volver a subir: así era la vida en estos senderos. Así era la vida, en todo caso. Por supuesto, en los libros que escribió sobre la Diosa, siempre había predicado que la vida misma era la meta, que la rueda misma era la liberación. Ja. Una filosofía para las llanuras, no para estas alturas.

El impacto de la altitud en la teología: alguien podría hacer sobre ello una buena tesis de posgrado.

Se detuvo por un momento, secándose la cara. Tenía los brazos húmedos y podía sentir el sudor acumulándose bajo sus pechos, goteando por sus piernas debajo de la falda negra que usaba porque la guía decía que los sherpas desaprobaban a las mujeres que usaban pantalones. De hecho, este tramo de Nepal estaba tan transitado y su población sherpa era tan cosmopolita, que podría haberse puesto un traje de payaso sin causar muchos comentarios. Y, así, no empezar a sufrir la dureza entre las piernas que atormentaba a las chicas gordas, o mejor dicho, a las mujeres de talla.

No es que fuera tan gorda, sólo lo suficientemente rubeniana como para que sus muslos se frotaran mientras caminaba.

“¡Una falda!” se había quejado a Johanna mientras hacía las maletas. “¡Stephen Berznewski quiere que camine con falda! ¿Qué sabe él? Apuesto a que nunca sufre el terrible problema de las irritaciones en los muslos”.

“¿Quién es Stephen *Berzwhatski*?” había preguntado Johanna.

“Autor de *Trekking (Senderismo) en Nepal: la guía definitiva*. Todo el mundo lo dice. Apuesto a que tiene muslos como palillos. Apuesto a que no sólo no se tocan, sino que ni siquiera se conocen. Cuando quiere cruzar las piernas, tienen que presentarse. Muslo Izquierdo, me gustaría que conocieras Muslo Derecho. Muslo derecho, conoce al muslo izquierdo”.

“Vas a llevar un par de jeans azules, ¿no?” –Preguntó Johanna, clasificando los calcetines de Maya y enrollándolos por parejas.

“¡Tejanos azules! Los jeans azules son trampas mortales”.

“¿Como es eso?”

“Te mojas y ellos alejan el calor de tu cuerpo. Entonces mueres de hipotermia”.

“No me digas. Stephen *Whoski* lo dice en la guía.”

“Lo entendiste. Supongo que tendré que ofender a los nepalíes o subir la montaña con las piernas arqueadas como un jinete de toros después de demasiados rodeos. ¿Por qué nadie aborda el terrible problema de las irritaciones en los muslos?”

“La ciencia médica tiene una respuesta para usted”, le aseguró Johanna.

“¿Liposucción?”

“Polvos de talco. Tengo una pequeña lata de talco con aroma a rosas que puedes llevar en tu mochila. Sólo aplica un poco, discretamente, cuando vayas al baño”.

“¡Baño! No creo que tengan baños en Nepal”.

“Realmente sabes cómo hacer un viaje de placer, es todo lo que puedo decir”.

La cama estaba repleta de una montaña de suministros que Maya estaba convencida de que nunca podrían caber en una bolsa de lona. “Stephen Berznewski recomienda un par de pantalones de lana ligeros, que compré en Mountain Co-op junto con la ropa interior térmica y los pantalones deportivos de cincuenta dólares. Ahora, ¿dónde puse mi segundo par de botas de montaña?

“Aquí”. Johanna se las entregó.

“¿Qué haría yo sin ti?” dijo Maya. “Ojalá vinieras conmigo”.

“Haz un lindo crucero por el Caribe, y yo iré contigo. Beber ponche de ron en una playa tropical: eso es lo que yo llamo vacaciones”.

“No me voy simplemente de vacaciones”, dijo Maya bruscamente. La agudeza ocultaba algo que ambas sabían: que en realidad no deseaba que Johanna viniera en el viaje. “Es una peregrinación”.

Voy a llevar las cenizas de mi madre al monte sagrado, pensó, pero no lo dijo en voz alta. “De todos modos, necesito ver a mi hermana. Betty está muerta. Debby necesitará que la consuele”.

Johanna dirigió su mirada a Maya, con la barbilla inclinada hacia abajo, las cejas hacia arriba, los labios carnosos ligeramente fruncidos, los pesados y retorcidos rizos de su cabello balanceándose suavemente de un lado a otro mientras sacudía la cabeza. “Uh. Uh. Puede que ella te necesite o no, pero ¿estás segura de que la necesitas ahora mismo? Ya sabes lo crítica que puede ser.

Maya se dio la vuelta y empezó a doblar camisetas.

“Ella nunca me perdonó por escaparme y dejarla atrapada en casa con Betty. Pero somos hermanas. No importa si nos llevamos bien o no. Todavía nos necesitamos una a la otra”.

Johanna cogió una camiseta.

“Ella debió venir”, dijo Johanna. “Ella debería haber regresado a casa cuando murió tu madre. ¿Incluso si ella es la única doctora en toda la selva de cómo-lo-llamas?

“Khumbu. La región se llama Khumbu. Y tiene un socio que trabaja con ella”.

“Entonces ella debería haber venido”.

“Estoy de acuerdo. Por supuesto, no se dio cuenta de lo pronto que iba a morir Betty. Pensamos que tenía más tiempo. Pero el caso es que ella no vino. Así que tengo que acudir a ella”.

“Tu razonamiento se me escapa.” Johanna apiló las camisas en la cama, junto a la maleta. “Pero lo que sea. ¿Estás siquiera segura de que ella sabe que vas a ir?”

“Nunca nada es seguro cuando intentas comunicarte con las tierras salvajes de Nepal”. Eso es bastante cierto, pensó Maya, y por supuesto es igualmente cierto que podría haber telegrafiado en lugar de pedirle a la compañía de trekking que le hiciera llegar mi carta. Pero no quería decírselo por telegrama. Tan fría, tan abrupta. “Vengo a Khumbu el 15 de

marzo. Mamá muerta.” Pero maldita sea si voy a justificarme ante Johanna.

Maya miró hacia abajo y contó sus pares de calcetines. Tenía tres pares de calcetines de senderismo, tres pares de calcetines interiores y dos pares de calcetines de lana. Johanna se había sentado en el borde de la cama y estaba abriendo la boca para decir algo que Maya sospechaba que no quería oír.

“¿Crees que necesito otro par de calcetines?” preguntó rápidamente, esperando distraerla.

Johanna ignoró la pregunta. “¿Y todavía tienes la intención de arrastrar las cenizas de tu pobre madre al fondo del más allá? Podrían haberla enterrado en una bonita y tranquila tumba en Los Ángeles, ya sabes, el único lugar del mundo en el que tu madre se sintió cómoda. Una tumba que podías visitar una vez al año y ponerle flores. No en una montaña abandonada de la mano de Dios en las tierras salvajes del Tíbet, donde quizás nunca vuelvas a ir”.

“Tíbet no, Nepal”, espetó Maya. “Sabes que es Nepal, te lo he dicho cincuenta veces. Sigues llamándolo Tíbet sólo para irritarme. Admítelo.” Se volvió y miró a Johanna. Ésa era la manera: ponerla a la defensiva.

“No tengo que intentar irritarte. Te pica tanto como a un perro actuando en un circo de pulgas”.

Podríamos luchar, se dio cuenta Maya. Pero no quiero. Ya es bastante malo que me vaya.

Ella forzó una sonrisa. “Lo estoy, ¿no? No puedo evitarlo. Pero de todos modos, no es una montaña abandonada de Dios, es una montaña sagrada. La montaña definitiva. Sagarmata. Chomolungma. Diosa Madre del Universo. Es curioso, siempre pensé que el budismo tibetano era un sistema dominado por los hombres, pero apuesto a que tiene muchas imágenes subyacentes de la Diosa, si las buscas. De todos modos, mi nombre se debe a la madre de Buda”.

“¿Quién habla ahora del Tíbet?”

“Según Stephen Berznewski, la cultura budista tibetana se conserva mejor en Nepal, desde la invasión china”.

“¿Y dónde, según el evangelio de Stephen *Berzwhoski*, dice que una persona como tú debe aliviar su dolor escalando el Monte Everest?” Johanna se apoyó contra la pared. “¿No podrías simplemente rasgarte las vestiduras o ir a ver a un terapeuta como la gente normal? ¡Novia, te he oído gemir simplemente subiendo estas escaleras con una bolsa de la compra!

Maya se rió. “No voy a escalar el Monte Everest. Sólo quiero acercarme lo suficiente para verlo. Ese es mi objetivo. ¿Y qué mejor lugar para dejar las cenizas de mi madre? Ella

nunca llegó a ver los Himalayas en vida, ¿por qué no en la muerte?

“Hasta donde yo sabía, ella nunca quiso ver el Himalaya. Hizo un agradable viaje a Israel hace un par de años y a Hawái... lo disfrutó”.

“Pero Debby está en el Himalaya”. Maya colocó sus calcetines en un pequeño saco y lo metió en su bolso de lona. “Juntas encontraremos un lugar hermoso donde dejar a Betty”.

“Un lugar que nunca volverás a ver. Una tumba que nunca limpiarás ni cuidarás ni en la que colocarás unas cuantas rosas.”

“Los judíos no colocan flores en las tumbas, ni lujosas coronas en el ataúd, ni colocan bancos de ramos en el funeral. Estoy segura de que es un dolor constante para toda la industria del tributo floral”.

“¿Desde cuándo sólo haces lo que hacen los judíos?” Johanna se puso de pie, recogió una de las botas de Maya y la envolvió en una bolsa de plástico.

“Hay algo en la muerte”, respondió Maya, tomando la bota que le tendía Johanna y mirando la bolsa de lona, preguntándose cómo encajarla. “Te devuelve a tus raíces”.

“Tal vez sea así, pero el resto de ti, era una pagana ardiente, la última vez que miré”. Johanna le entregó la segunda bota envuelta. “Alguien que levanta altares para tus antepasados cada Halloween. Si tu madre no es tu antepasada, ¿quién lo es? Deberías dejarla descansar en un lugar al que puedas llegar”.

Maya suspiró cansada y dramáticamente. Se quedó un momento contemplando sus pantalones de lana. ¿Debería empaquetarlos planos o enrollarlos? ¿Se arrugarían más de una manera que de otra? ¿Importaba?

Johanna se inclinó, tomó los pantalones de las manos de Maya y los enrolló hasta formar un cilindro apretado.

“Así. Esa es la manera de empacarlos. Ocuparán menos espacio y no se arrugarán tanto”. Se detuvo por un momento, mirando la expresión del rostro de Maya. “Está bien, llámame mandona si quieres. Pero tú estás ahí tan parada, que pareces una vaca moribunda”.

Maya tomó los pantalones y los metió en su bolso de lona. “Johanna, ¿por qué crees que Betty quería ser incinerada? Eso no es tradicional, ¿sabes?”

Johanna, rodeada de montones de camisetas de Maya, empezó a enrollarlas.

“A ella simplemente no le gustaba la idea de enterrar a la gente. Pensaría que era una pérdida de espacio. Ella nunca fue de las que desperdician nada”.

“Mira, he pensado mucho en esto”, dijo Maya, con la cabeza gacha mientras ordenaba su ropa dentro de la bolsa de lona. “Creo que Betty me estaba diciendo que quería que la llevara conmigo, que le llevara un pedazo de ella a Debby. Sabía que nunca haríamos una peregrinación al Parque Monte Sinaí en el Valle de San Fernando. Creo que al final ella decía que quería adaptarse a nosotras, a nuestras vidas. Ella quería que pudiéramos llevar un poco de ella a dondequiera que fuéramos”.

Johanna negó con la cabeza. Los anillos de metal que sujetaban las puntas de sus pesados mechones de cabello bailaban sobre sus hombros y su piel oscura brillaba. Johanna tenía una piel hermosa, tan suave y brillante a los treinta y ocho años como a los diecisiete, y por un momento Maya se distrajo de su discusión. “Ella hubiera querido descansar entre su propia gente, eso es lo que digo”.

“Lo has dicho cinco veces, ahora cállate, ¿de acuerdo?” espetó Maya. “Ella es mi madre, son mis cenizas, es mi viaje”. Agarró las camisas que Johanna había enrollado con cuidado, las sacudió y las metió bruscamente en la bolsa.

Johanna las sacó con cuidado y las volvió a enrollar. “Mira, amor, puede que estés enojada conmigo, pero eso no es motivo para arrugar tu ropa”.

Oh, vete, déjame hacer las maletas sola, déjame en paz, pensó Maya, pero se mordió la lengua. No es Johanna, es mi problema. No debería desquitarme con ella. Diosa, Diosa, Diosa, ¡tengo que escaparme!

Johanna pasó su brazo por los hombros de Maya. “Estás nerviosa”, dijo. “Dejaré de molestarte. Sé que necesitas alejarte. Sólo desearía que no siempre tuvieras que hacer todo de una manera tan dura para ti”.

Oh, no seas comprensiva, pensó Maya. Me harás llorar y no querré ir.

“Sería más fácil escalar el Monte Everest que quedarme aquí, como he estado el último mes”, dijo Maya en voz baja. “No puedo escribir, no puedo trabajar, ni siquiera puedo pensar”.

Pero, por supuesto, Johanna no sabía cómo era. Maya tendría que decírselo, decirle: “Jo, hay algo que he estado siguiendo durante veinte años. A veces es tan claro como todo el coro del Aleluya retumbando en mi oído, a veces tan sutil como el indicio de un tambor lejano, pero constante, siempre ahí. De eso escribo, así es como hago mi magia, esa es la presencia por la que me he comprometido a abrirme

paso en el mundo. Pero ahora ya no está. Murió cuando murió mi madre, y ahora, cuando me siento a poner palabras en la página, o me levanto frente a una sala llena de ojos expectantes, no sale nada”.

Y no es que Johanna no lo entendiera. Ella sabía; conocía el ritmo, el fondo y algunas armonías propias. Pero hablar de ello era nombrarlo, y nombrarlo sería admitir que la melodía ya no sonaba para ellas. Y una vez que lo admitieran, ¿qué las mantendría unidas? No podía arriesgarse a esa pérdida, no ahora, tan pronto después de perder a su madre. Y, sin embargo, una parte de ella lo anhelaba, ansiaba ser liberada, volar libre.

Espacio. Necesitaba espacio para ordenarse.

“Tu madre acaba de morir, amor”, dijo Johanna. “¿Por qué ser tan dura contigo misma? Así que no termines tu libro esta primavera, ya habrá tiempo”.

“No habrá tiempo”, dijo Maya, empujando la bolsa de lona y sentándose abruptamente en la cama. “Nunca hay suficiente tiempo. Estos tres meses fueron todo lo que tuve libre este año para escribir, antes de estar lleno de conferencias, enseñanza y talleres. Y ya sabes cómo va eso. No puedo escribir en los aviones. No puedo.”

“Así que no lo harás”, la tranquilizó Johanna. “No es que me oponga a que te vayas, sólo creo que te estás presionando a

ti misma, cuando podrías quedarte aquí, tomarte las cosas con calma y descansar un poco. Disfruten quedándose en casa, disminuyendo la velocidad”.

“Pero no puedo. No puedo descansar aquí, Johanna. La gente me llama por teléfono”.

“Pues no respondas”.

“Pero no es sólo eso”. Maya apartó la mirada y se quedó mirando un dibujo con crayones que la hija de Johanna, Rachel, había hecho años antes. La imagen mostraba dos figuras grandes, una pintada de marrón, otra pintada de rosa y una pequeña figura marrón entre ellas con una gran sonrisa en su rostro redondo. ¿Cuándo lo había hecho Rachel? Aproximadamente un año después de que Maya se mudara allí. Las figuras marrones tenían una suave y redonda burbuja de cabello castaño más oscuro que rodeaba sus cabezas; la figura rosada tenía rizos oscuros y serpenteantes. Maya lo había enmarcado debido a las sonrisas, pero ahora parecían simplemente líneas curvas, muecas. “Aquí todo está muerto. No puedo concentrarme para limpiar mi habitación o lavar la ropa. Pensé en esparcir las cenizas de Betty en el jardín, pero las malas hierbas son demasiado deprimentes y no he removido el suelo. Maya miró a su alrededor el resto de los escombros de sus pertenencias, que de repente parecían demasiado caóticos para organizarlos. “Todo esto es demasiado. Todo quiere algo de mí. Y nada...

habla. Nada canta dentro. He perdido mi poder”. Ahí lo había dicho. Ahora tal vez podrían hablar.

Pero Johanna se limitó a sonreír, sentándose junto a Maya y dándole palmaditas en el hombro como si estuviera consolando a un niño. “Oh, dudo que lo hayas perdido. Tal vez simplemente lo perdiste por un momento”.

No, no podían hablar. Algunas cosas no se podían decir; se evaporaban tan pronto como intentabas expresarlas con palabras.

“Tengo que alejarme”, dijo Maya nuevamente. “Todo me deprime”.

“¿Qué hay de mí? ¿Te deprimó?”

Maya guardó silencio.

“Sí, ¿no? De eso se trata realmente”.

“No me deprimes. Pero...” se detuvo.

“Pero. Eso es lo que es, ¿no? Pero.”

Maya suspiró. “No quiero pelear”.

“Lo sé. Sólo necesitas tu espacio. Lo he oído antes. Y oye, eso está bien, novia. Sabes que cualquier cosa que necesites está bien para mí”.

“Lo sé.”

“Te amo”, dijo Johanna, apartando la ropa apilada y la bolsa de lona y alcanzando a Maya. “No lo olvides”.

Maya tomó su mano. “Nunca lo olvido. Nunca dudo que me amas, o que yo te amo. Pero no fantaseas conmigo. No te vuelvo loca en mitad de la noche. Cuando estoy lejos de ti, no deseas mis muslos calientes. Estás deseando a Raymond, Verne o Lillian.

“No puedo evitar lo que soy”. Johanna apretó la mano de Maya. “No soy un perro de una sola mujer. Tú tampoco, por cierto. ¿Te pones celosa de repente?

“No exactamente celosa. Sólo quiero sentirme viva de nuevo”.

“Maya, cariño, hemos estado juntas durante una docena de años. No puedes esperar fuegos artificiales. A nuestra edad, el amor se presenta de otra manera. Tienes que aprender a reconocerlo en otros sentimientos además de la lujuria constante”.

“¿Qué sentimientos?” dijo Maya. “Nombra tres”.

“Comodidad. Familiaridad. Irritación.”

Maya sonrió. “Si la irritación es la medida de nuestro amor, es profunda”.

“¡Lo que tenemos es profundo! Hemos construido una vida juntas. Tenemos una historia. No descartes eso. Nos hemos apoyado una a la otra, nos hemos defendido y nos hemos mantenido unidas en los tiempos difíciles. ¡Hemos luchado por nuestro amor!”

“Lo hemos hecho”, admitió Maya. “¡Pobre madre mía! ¡Pobre tu madre también!”

“Oye, mi madre es una mujer bendecida. También lo era la tuya, si tan sólo se hubiera permitido verlo.”

“Me siento tan extraña ahora que ella se ha ido”. Maya se permitió recostarse contra el hombro de Johanna. “Como si hubiera estado empujando una puerta cerrada toda mi vida y de repente se desintegrara y quedase tirada en el polvo. Necesito algo de espacio para levantarme y descubrir quién soy”.

“El espacio, siempre el espacio”, canturreó Johanna, acariciando el cabello de Maya. “Para ti, no es la última frontera, es la primera línea de defensa”.

Maya se alejó. “Yo tampoco puedo evitar lo que soy”.

“¿Qué es eso?”

“Digamos que no estoy completamente domesticada”.

“Un poco salvaje, ¿eh?” Johanna le guiñó un ojo. “Eso es lo que me gusta de ti. Corre salvaje, corre libre. Sólo recuerda: puedes huir de tus problemas, pero no puedes huir de ti misma”.

“Oh, genial, Johanna”. Maya se levantó abruptamente, alejándose de ella. “¿Vamos a ver cuántos de esos clichés se nos ocurren? ¿Qué tal: “Donde quiera que vayas, te llevas tus problemas contigo”? ¿Qué tal, 'Donde quiera que vayas, ahí estás'?”

“Esos son refranes, no clichés”.

“No me importa lo que sean, no creo que sean ciertos. Francamente, la cura geográfica siempre me ha funcionado”.

“Hasta ahora.”

“Lo suficientemente lejos.”

Johanna se puso de pie y besó suavemente a Maya en la frente.

“Está bien, amor, dejaré de acosarte. Ir a Nepal, eso es bueno. Pasarás el mejor momento de tu vida. Sólo espero que no te estés preparando para sufrir alguna desgracia con tu hermana.

“Tal vez lo sea, pero si es así, sobreviviré”. Maya se dejó llevar por los brazos de Johanna y apoyó su mejilla contra la

de Johanna. “No sé por qué, no se me ocurre qué más hacer. Necesito completar la muerte de Betty, reunirnos a las tres por última vez”.

“Una preciosa escena familiar, puedo verla ahora: tú, Debby y la Urna”.

Maya dio una pequeña sonrisa. “Oye, juega lo que te toque, ¿verdad?”

“Simplemente odio pensar que seas infeliz, tan lejos de mí”.

“¿Preferirías tenerme infeliz aquí mismo, en tu cara?”

“Seguro. Dónde pueda mirar”.

“Estaré bien”, dijo Maya. “Pase lo que pase con Debby, será un buen viaje. Las montañas están ahí. Sabes que siempre me siento mejor en las montañas, y esas son las montañas más altas del mundo”.

Maya sacó el talco de Johanna del pequeño bolsillo de su mochila y se metió entre los arbustos para aplicárselo discretamente. Ella reanudó la escalada. Supongo que Johanna tenía razón, pensó Maya. Hasta ahora no llamaría a esto exactamente un viaje de placer. Pero en ese momento rodeó un afloramiento y miró hacia atrás, donde se extendía

el desfiladero, profundo y azul, y el río como una hendidura blanca muy por debajo de ella. En el acantilado opuesto, la luz de la tarde reflejaba el verde pálido de los campos en terrazas, de modo que brillaban como hojas húmedas y transparentes. La belleza de la cálida luz en ese vasto espacio le hizo olvidar el esfuerzo de la subida. Por un momento, fue joven, ingrávida y libre.

Estoy en peregrinación, pensó. Y he venido al lugar correcto. Estar aquí, ver esto, vale la pena. Piense lo que piense Johanna, necesito espacio. Espacio físico literal. Y silencio. Yo sabía guardar silencio cuando era joven, como la chica del puente. Eso lo aprendí en las montañas. Pero ahora tengo treinta y siete años, una edad bastante indeterminada. No lo suficientemente mayor para la sabiduría, sólo lo suficiente para cargar con una historia clamorosa. Es tan fuerte en el fondo de mi mente que no es de extrañar que nada más pueda hablar a través de mí.

Se volvió para subir de nuevo. Quizás eso es lo que hace la muerte, abre una puerta al mundo de los espíritus para que todos tus viejos fantasmas regresen corriendo. Incluso Rio, escribiéndole después de tantos años. No estaba muerto, pero ella había pensado en él de esa manera. Su carta estaba en su mochila, junto con otras viejas de hace mucho tiempo, atormentándola con las voces fantasmales de respuestas no escritas, clamándole que tomara una decisión, que aceptara o rechazara su invitación. Bueno, podría contemplar el problema mientras subía. Ésa era la forma de subir la colina:

pensar en otra cosa. No estar aquí ahora, sino estar allí entonces. No atención plena, sino inconsciencia. Distracción.

Pero su mente se negó a concentrarse. Mientras su cuerpo subía la colina, sus pensamientos se deslizaban, saltaban, danzaban hacia adelante y se elevaban más allá, manteniéndose alejados de todas las preguntas serias. Pasaron las horas mientras ella subía lentamente.

Por fin dobló una loma de la montaña, donde el camino se nivelaba. Allí debajo de ella había casas de piedra encaladas con marcos de ventanas pintados y puertas curvadas en un arco perfecto alrededor de los campos en terrazas que cubrían el valle colgante de Namche Bazaar. Al oeste, un desfiladero separaba la ciudad de una enorme montaña de granito con parches de nieve adheridos a sus laderas. Al norte, al este y al sur, suaves montañas acunaban la ciudad, mientras detrás de ellas se alzaban altos y austeros picos. Maya contuvo el aliento de alegría. La ciudad parecía mágica, algo sacado de un viejo sueño o de una época anterior. Sintió que se había topado con un cuento de hadas, donde los héroes, deambulando por los páramos, encuentran un refugio que les hace señas.

Ella lo había hecho. Había sobrevivido a la colina. De repente sintió una oleada de orgullo, un deseo salvaje de gritar y bailar y soltar un grito de victoria. La propia cumbre de Sagarmatha no podría contener mayor sensación de

logro. La miseria de la subida desapareció y ella disfrutó de la belleza que tenía ante ella.

Ahora merecía todas las comodidades que le brindaba Mountain Co-op; su cálido saco de dormir, una taza de té, tiempo para descansar mientras alguien más preparaba la cena. Ella merecía que se le satisficieran todos los deseos, se cumplieran todos los anhelos. Seguramente sería recompensada por su magnífico ascenso. Su hermana estaría aquí, esperándola en este lugar mágico, y se sanarían juntas y se consolarían mutuamente.

“Namche Bazaar”, dijo una voz detrás de ella. Tashi, su guía sherpa de veintiún años, había aparecido de repente, como un duende del bosque. “Bonita ciudad, ¿no?”

“¡Sí!” dijo Maya. “¡Es hermosa!”

“¿Te gusta?” Se apartó un mechón de pelo de los ojos y mostró su amplia e irónica sonrisa. “A los occidentales les gusta mucho”.

“Sí. Valió la pena subir”.

“A mí no me gusta”, dijo Tashi, sacando un par de gafas de sol oscuras del bolsillo de su chaqueta de esquí azul y violeta. “No me gustan las montañas”.

Maya se rió. “Tashi, ¿cómo puedes decir eso?”

“Es verdad. Me gusta nadar en un valle grande y plano, con un río profundo”.

“Estás cansado”.

Tashi se encogió de hombros y, a pesar de sus protestas, le quitó la mochila de los hombros y la colgó por una correa sobre la mochila que ya llevaba en la espalda.

“No, Tashi, yo llevaré eso, de verdad, ¡lo quiero!” Lo que se llevaba era su vida, su pasado, sus cartas, las cenizas de su madre. Necesitaba llevarlos ella misma. Eso era parte de la peregrinación, de la penitencia, de la magia.

Pero ahora él estaba delante de ella, sonriendo, y su vida desaparecía con él en la curva del sendero.

“Ahora estás cansada”, respondió. “Te llevaré a la casa de Ang. Ven conmigo.”

Ella lo siguió, entrando al pueblo mágico con una sensación de fracaso.

IV. BAZAAR NAMCHE

A una altitud de 3445 m., Namche Bazaar es el pueblo sherpa más grande. Las vistas espectaculares de los picos nevados incluyen Khunde (6631 m.), Thamserku (6612 m.) y Kantega (6783 m.). Lo más probable es que te alojes en una casa tradicional sherpa, huésped de uno de los muchos amigos de Mountain Co-op aquí.

–Folleto de Mountain Co-Op Adventures

Maya se sentó en el banco que bordeaba el lado sur de la sala principal de la casa de Ang, con la espalda contra la

pared y los pies metidos en el saco de dormir. Un sonriente Tashi le había devuelto su mochila tan pronto como llegaron a la casa de Ang en el otro lado de Namche. Su diario yacía a su lado, pero estaba demasiado distraída para escribir. Debby no estaba allí. Ang había salido para ver si podía localizar algún mensaje suyo y Maya había querido ir con él, pero sus pies y pulmones protestaron.

“Espera, descansa”, había dicho Ang, sonriéndole amablemente. “Es mucha cuesta arriba. Es mejor descansar”.

Maya no había discutido con él. Ahora tomaba un sorbo de té, mirando a Jan y Lonnie, que estaban sentadas espaldas con espaldas en el largo banco. Jan estaba dibujando la vista desde la pequeña ventana, que daba a los campos en terrazas y las escarpadas caras de hielo de las montañas al otro lado de la pequeña meseta donde se encontraba Namche. Maya también tenía una ventana para mirar, pero su vista estaba parcialmente oscurecida por plantas en macetas y un calendario decorado con tankas.

La luz era tenue, filtrada por enredaderas al pasar a través de las ventanas, pero no tan oscura como los interiores de las casas que recordaba en México y Centroamérica, esos rectángulos sin ventanas de adobe o bloques de concreto donde los niños de ojos grandes parecían mirar sin cesar desde las puertas.

De los tres bienes (riqueza material, riqueza espiritual y belleza natural), la sala estaba preparada para mantener la evidencia de la riqueza material ante los ojos de los invitados. Todos los bancos estaban alejados de las vistas de las montañas, como si fueran mucho menos interesantes que la exhibición de grandes ollas de cobre, cacerolas de aluminio, baúles, mantas dobladas, latas, recipientes de plástico, colchonetas dobladas para dormir y tambores que abarrotaban la sala en estantes de madera en la pared opuesta. Quizás aquí la belleza natural era tan omnipresente que carecía de importancia.

Los símbolos de riqueza espiritual, observó Maya, tenían todos forma humana. En la pared oeste, un gabinete de madera se alzaba ante una serie de imágenes en color: las deidades tántricas acopladas en unión extática, el Dalai Lama, los Budas y el Rinpoche. Las copas de plata marchaban en línea sobre la parte superior del gabinete. Del techo colgaba un dosel de lámina dorada bordeado por una franja de tela de retazos y adornado con guirnaldas de papel recortado.

Curiosamente, siempre había pensado que el budismo era la religión más abstracta y enrarecida, sin una deidad o un Ser Supremo. Pero aquí, la mente suprema se manifestaba en todas partes a través de cosas: estatuas, imágenes y pinturas de colores brillantes que destacaban sorprendentemente en un mundo sobrio donde la naturaleza proporcionaba una paleta de verdes y grises,

negros y blancos. La Biblia dice que estamos hechos a imagen de Dios, reflexionó; al contrario, parece que necesitamos hacer nuestros dioses a nuestra imagen y semejanza. Incluso nuestras diosas, admitió Maya. Quizás ese fue mi error. Tal vez nunca debería haber dejado que los poderes tomaran nombres para mí, nunca debería haberles dado forma, llamarlos Diosa. Nombrarlos es limitarlos, y limitarlos de cualquier manera es estar restringido por esos mismos límites.

Pero eso es lo que hacemos, porque no podemos captar con nuestra mente la realidad de esa montaña que hay ahí fuera, la enorme masa de granito que se eleva para dividir el cielo. Tenemos que hacer que la montaña signifique algo, reducirla a términos humanos, escalarla, registrarla o fotografiarla, porque no sabemos cómo simplemente quedarnos asombrados por lo que es.

O tal vez los sherpas sí lo sepan. Quizás cuando el asombro es un fenómeno cotidiano, se integra en lo ordinario. Ya no es necesario armar un escándalo, señalar cada característica extraordinaria, colocar carteles de neón en la psique gritando: “¡Mira! ¡Mira aquí!” Una maravilla ordinaria es como una relación antigua y cómoda, alguien con quien has estado tanto tiempo, conocido tan íntimamente, que hacer el amor parece redundante.

Como yo y Johanna. Quizás nos hayamos familiarizado tanto con nuestra montaña que ya no la miramos.

Simplemente trepamos por su lomo y nos refugiamos bajo sus árboles.

Pembila, la dulce esposa de Ang, salió de la cocina y reemplazó la tetera de metal por un termo nuevo. Maya volvió a llenar su taza, acunándola en sus manos, agradecida por el calor, deseando que su hermana estuviera allí con ella.

¿Qué le pudo haber pasado a Debby? Sólo unas mil cosas. Podría verse atrapada en una emergencia médica o enfermarse ella misma o estar ausente. ¿Y si no hubiera recibido el mensaje de Maya? ¿Y si ella no viniera en absoluto?

En el banco, Jan se mordía el labio en concentración, se echaba hacia atrás el pelo largo y pálido, miraba por la ventana y luego volvía al cuaderno de bocetos que tenía en el regazo, trazando líneas y borrándolas de nuevo. Los rizos oscuros de Lonnie enmarcaban la elegante cabeza de Jan como un halo, y Maya podía sentir lo que pasaba entre ellas, la conciencia en cada nervio y célula del contacto del otro, el calor pasando de espalda a espalda. Sí, seguramente eran la montaña, eran Sagarmatha, Chomolungma, Ama Dablam, la Caja de Encantos de la Madre, entre sí. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que ella y Johanna generaron esa intensidad pura?

Años, tal vez. No, eso no fue justo. Tuvieron interludios de pasión, pero iban y venían. Quizás eso sea todo lo que

podemos esperar, pensó Maya. Quizás la pasión nunca pueda ser constante.

Lonnie cambió de posición y Jan dejó escapar un suave grito de protesta.

“¡No te muevas! ¡No te muevas todavía! Casi termino.”

“Mi trasero se está convirtiendo en hielo”, dijo Lonnie.

“No te muevas”.

“Extraño mi sofá. Extraño mi calefacción central. ¡Extraño mi bañera!

“No te quejes.”

La mano de Lonnie se extendió detrás de ella y sutilmente, casi invisible, trazó la costura de los jeans de Jan mientras se curvaba sobre sus caderas y bajaba por la parte exterior de su muslo. Maya se preguntó si debería dejarlas en paz. Pero esta gran sala abierta, donde cualquiera podía entrar en cualquier momento, no era un lugar para la privacidad.

“Será mejor que estés produciendo una gran obra de arte, es todo lo que puedo decir. ¿La esposa de Van Gogh alguna vez hizo esto por él?

“Van Gogh no tenía esposa”.

Ahora Jan se agachó y le dio un apretón rápido y fuerte a la mano de Lonnie. Tal vez Maya debería salir de la habitación por su propio bien, no por el de ellas. Podía sentir que querían abrazarse, con tanta fuerza que le dolían los dientes. Pero no había otro lugar adonde ir. La cocina de Ang estaba demasiado llena de humo para su tos, e incluso si no hubiera estado tan cansada, no quería irse hasta que Ang regresara. Quizás tuviera un mensaje de Debby. Quizás la propia Debby todavía vendría esa noche.

“Gauguin, entonces.”

“Gauguin tenía esposa y cuatro hijos a los que dejó morir de hambre en Francia mientras él se iba a Tahití a pintar e infectar de gonorrea a media isla”, decía Jan.

“Envíamelo”, dijo Lonnie. “Demandaré a ese bastardo por manutención. Los honorarios de los abogados y las costas judiciales también”.

“Tranquila, me estoy concentrando”, dijo Jan.

Maya abrió su diario y luego lo cerró de nuevo. No tenía ganas de hacer el esfuerzo de pasar el bolígrafo por la página.

¿Qué pasaría si a Debby le molestaba que Maya viniera a Nepal y se entrometiera en su mundo privado? Obviamente, le gustaba tener diez mil millas entre ella y su familia. Y ella

siempre había cuestionado los motivos de Maya, esperando lo peor de ella.

Maya sonrió de repente, recordando una tarde cuando ella tenía unos doce años y Debby siete. Maya, que entonces todavía se llamaba Karla, había empezado a menstruar uno o dos meses antes. Ese día tenía calambres terribles y un flujo abundante, por lo que decidió tomar un baño caliente. Su amiga Joyce Levine le había dicho que la hemorragia se detiene en el agua. Nadie, sin embargo, había informado a su útero de ese hecho. Tan pronto como Maya se sumergió en la bañera, el agua se volvió rosa brillante. El calor le aflojó el cuello uterino y sintió como si le brotara sangre, ahogándose en ella.

“¡Mamá!” ella había gritado. “¡Mamá, ven aquí!”

Betty estaba en el otro lado de la casa y Debby había venido en su lugar, asomándose por la puerta.

“¡Vete!” Había gritado Maya. “¡Quiero a mamá!”

Debby, que había visto recientemente una película antigua en la que un senador romano se abría las venas en el baño, vio a su hermana sumergida en una tina de agua con sangre y se echó a llorar. “¡Mamá! ¡Karla se está muriendo!”

“No me voy a morir”, había gritado Maya, pero los gemidos de Debby habían ahogado su voz. La puerta se cerró de golpe y Maya pudo oír gritos y pasos corriendo.

“¡Se está desangrando! ¡Se suicidó en la bañera!

“¡Karla!” Había gritado Betty, irrumpiendo en el baño.
“¡Karla! ¿Qué ocurre? Dios mío, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué lo hiciste?”

“Llamaré al operador y pediré una ambulancia”, dijo Debby desde el pasillo.

“¡No!” Gritó Maya, segura de que moriría pronto, pero de vergüenza. “¡Mamá, detenla! ¡Detenla! ¡Mamá! ¡No me voy a morir!

“Déjame ver tus muñecas. Voy a buscar una toalla. Voy a conseguir una venda. No te muevas”. Betty se cernía sobre la bañera, frenética.

“¡Sólo consígueme un tampón!”

“Eso no servirá de nada, tenemos que presionar las venas. Solo permanece calmada”.

“¡No son mis venas, sólo necesito un tampón!”

Betty parpadeó.

“¿Un qué?”

“Un tampón”.

“¿Eso es todo? ¿Casi me das un ataque al corazón por un tampón?”

“¡Yo no hice nada, fue Debby!”

“¡No fue!”

“¡Era tan...!”

“¡Callaos, las dos!”

“¡Hazla salir de aquí y déjame en paz!” Había suplicado Maya.

“¡Te callas! Puedes morir si gritas así”.

Hubo un momento de silencio. Debby se calmó.

“Si Karla muere, mamá, ¿puedo quedarme en su habitación?”, preguntó ella.

“¡No me voy a morir!” espetó Karla. “Y agradecería un poco de privacidad. Lo único que quiero es un tampón para poder salir de esta bañera sin sangrar en el suelo”.

“Asqueroso”, dijo Debby.

“No pedí tu opinión. ¿Qué hago ahora, mamá? Joyce me dijo que se detendría en el agua, ¡pero no fue así!

“Quita el tapón”, dijo Betty, sentándose en el inodoro. “Simplemente deja que el agua se escurra”. Luego se echó a reír y Karla, al verla, se echó a reír también. Pronto todas se reían tanto que lloraban. Debby simplemente parecía disgustada mientras intentaban explicarle.

“¿Cada mes?” había dicho Debby, horrorizada. “¿Eso va a suceder todos los meses?”

“Ya lo sabes”. Betty había pasado un brazo alrededor del hombro de Debby. “Te lo he explicado antes”.

“Sí, pero no me dijiste lo asqueroso que era”.

Al recordarlo, Maya se rió para sí misma. Tendría que recordarle a Debby la escena; fue uno de los buenos momentos con Betty, uno de esos momentos en los que se sentían unidas, tres mujeres histéricas juntas.

Jan dejó escapar un largo suspiro, extendió el dibujo y declaró que estaba hecho.

“Déjame ver, déjame ver”. Lonnie saltó del banco y chocó contra la larga y baja mesa que estaba frente a ella. “Tengo que ver si valió la pena el sacrificio de mi trasero”.

“Está bien”, dijo Jan. “Es justo aquello”.

“¡Es hermoso!” –exclamó Lonnie–. “Maya, ven y mira”.

Maya estiró sus piernas y las sacó del calor de su saco. Se acercó a donde estaban sentadas ellas y miró el boceto a la luz tenue que entraba por la ventana. Jan había dibujado la *stuppa*, el pequeño santuario budista, un hemisferio de piedra encalada coronado por un cubo blanco decorado con ojos pintados y un extraño símbolo parecido a un signo de interrogación donde se podría esperar una nariz. En el dibujo, la blancura de la *stuppa* resaltaba contra las texturas del suelo y las rocas ásperas y las formas de mujeres inclinadas para cavar los campos. La luz jugaba sobre la superficie, atrapada en el borde de una piedra aquí, en el perfil de un rostro allá, y la *stuppa* parecía ser a la vez su fuente y su principal reflector.

“Es encantador”, dijo Maya. “Has captado la magia”.

“Quería dejar atrás las montañas”, dijo Jan. “Quería ese contraste de intimidad, en los campos, el pueblo y las estructuras, y un espacio puro e inmenso. Pero el papel no es lo suficientemente grande. O no soy lo suficientemente buena”.

“No digas eso”, protestó Lonnie. “Eres buena. ¡Jodidamente buena!”

“No tan buena como quisiera ser”, dijo Jan.

“Ningún artista lo es jamás”, dijo Maya. Miró de nuevo por la ventana. La casa de Ang estaba construida sobre una

terrazza. En los campos de abajo, las mujeres estaban empacando sus azadas y cargando a sus bebés sobre sus espaldas cuando la luz comenzó a caer. Le recordaban a otras mujeres que había visto hacía mucho tiempo, cargando a sus bebés envueltos en chales, recogiendo leña o maguey, siguiendo a sus hombres a los campos de maíz. Había pasado gran parte de su vida contemplando los campos de otras personas, cómo otras personas se inclinaban, se agachaban y sudaban para alimentarse, mientras ella observaba, soñaba y escribía. Sin duda ella estaba entre los privilegiados de la Tierra. ¿Qué había hecho; qué podía hacer para merecerlo?

Ella suspiró. Tal vez Debby pensó que era frívola al venir en un viaje de placer al lugar donde su hermana trabajaba duro y hacía sacrificios para cuidar a estas personas. Tal vez no querría recordar a Betty, hablar con Maya de la forma en que Maya necesitaba hablar con ella.

Al otro lado de los campos, donde las calles de tierra se curvaban hacia la otra barra de herradura, Maya vislumbró algo de verde. La chica del suéter caminaba decididamente por la calle, mirando su casa, como si le perteneciera. Ella fue revelada, sólo por un momento, en un espacio entre dos edificios.

¿Que estaba haciendo? Se preguntó Maya. ¿A dónde iba? Las montañas se elevaban detrás de ella, prometiendo una pureza y una claridad inalcanzables. Si tan solo Maya tuviera

la fuerza para salir corriendo de este edificio, hasta sus atractivas laderas blancas. Aún así podía sentir el llamado, el deseo, la necesidad de escalar más allá de los senderos de trekking, por encima del campamento base, hacia las altitudes definitivas, las alturas no visitadas.

La puerta se abrió y entró Ang, sonriendo. Eso podría significar buenas noticias, o podría no significar nada: Ang sonreía cada vez que miraba a Maya, sus amables ojos se arrugaban en estrechas arrugas en su correoso rostro.

“¿La viste?” Preguntó Maya, tratando de no parecer demasiado ansiosa. “¿Ella viene?”

“He encontrado una carta para ti”, dijo Ang, entregándosela.

“Gracias. Muchas gracias.”

“Ningún problema.”

Maya volvió a sentarse en el banco y leyó:

Querida Karla, disculpa, me refiero a Maya. Nunca me acostumbraré a llamarte así. Recibí tu mensaje y realmente esperaba ir a Namche para encontrarte, pero mi compañero de ayuda, Jim, aún no ha regresado de una emergencia que estaba cubriendo a un día de caminata desde aquí. En realidad, todo está a un día de camino desde aquí, si no más. Espero que vuelva mañana y

pueda acompañarte, pero si no, estoy segura de que te veré en Tengpoche.

La empresa de trekking dijo que tenían una carta tuya, pero parece que se extravió, y el mensaje que me dieron no decía nada de mamá, solo que vendrías. Supongo que eso significa malas noticias, o no la habrías dejado para venir aquí. ¿Qué puedo decir? Ojalá hubieras teleografiado. Ya sabes lo poco fiable que es el correo aquí. Pero hablaremos cuando nos veamos.

Te quiero,

Debby

Maya dejó la carta. Quizás sea mejor, pensó, tratando de controlar su decepción. Estoy tan cansada ahora, y ella ha decidido enojarse conmigo. No tengo energía para argumentos y explicaciones. Mañana estaré descansada y fresca. Aún así, podría haber dicho algo para indicar un poco de calidez, un poco de entusiasmo por mi presencia. En lugar de eso, me hace sentir como si fuera simplemente otro problema de agenda. Quizás me equivoqué al venir.

Sintió una punzada fría en el estómago. Ahora no hay nadie que nos una, pensó. Si no hacemos el esfuerzo, podríamos girar hacia el espacio y no volver a conectarnos nunca más.

De repente Maya se sintió terriblemente sola. Le dolía sentir la mano de Johanna acariciando su frente, escuchar su

voz baja canturreando consuelo. O Rio; incluso le habría dado la bienvenida. Anhelaba a alguien que hubiera compartido algo real con ella; un amor, un pasado, una tragedia.

Hacía frío en la habitación y ella metió los pies debajo del saco de dormir. Sí, incluso si ahora no quería tener nada que ver con Rio, él estaba incrustado en su vida como fragmentos en los estratos del suelo, parte de su registro arqueológico, su período Formativo. Quizás debería ir a Nevada. Tendría que decidir sobre ese viaje. Tal vez había cometido un error al intentar dejarlo en un pasado seguro y sepultado.

Ella suspiró suavemente. Si pudiera cavar lo suficientemente profundo, explorar lo suficientemente lejos, lo suficientemente largo, lo suficientemente alto, si pudiera rastrear el río Milk hasta su origen, tal vez entonces entendería por fin cómo comenzó todo y cómo todo se enredó tanto con Betty y Debby; y también con Johanna y Rio. Tal vez entonces podría retomar el rastro que había perdido. Ahora, antes de que se fuera la última luz del día, antes de que los chicos de la intendencia trajeran tazas de té y tazones de sopa humeante y una cena con muchas cosas diferentes, todas fritas, ahora leería las viejas cartas de Rio. Ella decidiría qué hacer con Nevada, con su vida. Metió la mano en su mochila, sacó un bulto y lo colocó en su regazo, recargándose contra la ventana para captar los últimos rayos de luz. Ella miró hacia abajo. Pero no era el paquete de cartas de Rio lo que tenía en la mano. En cambio, reconoció la letra

de Johanna, su papel de escribir color almendra. Sacó la página superior del paquete.

“Amor”, leyó, “dices que quieres alejarte y pensar, para aclarar nuestra relación y nuestra historia. No puedo ir contigo y no puedo ayudarte. Ni siquiera puedo decir claramente qué espero cuando regreses. Todo lo que puedo ofrecer es un toque de perspectiva, algunas páginas arrancadas de mis diarios aquí y allá. Disfruta. Johanna”.

Disfrutar. No estaba segura de que esa fuera la palabra correcta. En cambio, cuando abrió los papeles y extendió la primera sección ante ella, tuvo la sensación de iniciar otra subida, un laborioso viaje a través de un paisaje de memoria. La gente siempre habla de hurgar en el pasado, pensó. Cuánto mejor es ascender, elevarse por encima de él, donde se puede obtener una visión general.

Hojeó las páginas que Johanna le había dado y anotó las fechas. Sí, si las juntara con las viejas cartas de Rio, tendría una serie de flashes a lo largo del rastro de la memoria.

“Supongo que no soy el tipo de persona que puede simplemente tomarse unas vacaciones”, admitió. He traído mi propia montaña para ascender junto con el terreno. Una doble peregrinación.

Acercándose el bolso a su cuerpo, comenzó a leer.

V. EL DIARIO DE JOHANNA WEAVER

20 de mayo de 1967

Querida Sheba:

Bueno, ¡ahora estamos en problemas! Marian está gritando y ambas estamos castigadas por el resto del fin de semana y también el próximo fin de semana. ¡Y es tan injusto!

Ayer fue la gran manifestación contra la guerra, en Century City, no muy lejos de aquí. Karla y yo realmente queríamos ir, y se suponía que no debíamos hacerlo, por diferentes razones. Mamá, quiero decir Marian, estoy tratando de acordarme de llamarla así en este diario, aunque ella me daría una paliza si la llamara así en su cara. O al menos mamá, mamá es tan anticuada... Marian no me dejó ir por culpa del tío Marcus, que está combatiendo. Mamá reza por

él todos los días y puedo verla hacer una mueca cada vez que suena el timbre inesperadamente, para el caso de que sea un telegrama. Así fue como supo de papá, cuando lo mataron en Corea cuando yo era sólo un bebé. Y a pesar de lo que dice el desagradable padre de Sue Mansfield, sé que estaban casados porque he visto su anillo y la expresión que pone en su cara cuando habla de él, sin mencionar el hecho de que recibimos dinero del VA. Aun así, eso fue hace mucho tiempo y desearía que se volviera a casar. De lo contrario, ¿quién cuidará de ella cuando yo sea mayor y me vaya?

Los hombres de nuestra familia acuden a las guerras, dice mamá, pero yo digo que tal vez no siempre luchan por las cosas correctas. Amo al tío Marcus, y por eso me tomó mucho tiempo llegar a estar en contra de la guerra, pero no puedo cerrar los ojos para siempre a lo que está pasando allí. Entonces mamá y yo tuvimos una gran pelea. Le dije que tenía derecho a tener mi opinión y ella dijo que mientras viviera en su casa respetaría sus opiniones y que ¿cómo se sentiría el tío Marcus, arriesgando su vida en Vietnam, sabiendo que estaba en la calle trabajando contra él? Pero dije, en primer lugar, que él no sabría que estaba manifestándome a menos que ella se lo dijera, y en segundo lugar, que no estaría trabajando en su contra, estaría trabajando para él, tratando de que lo trajeran de regreso a casa antes de que lo matasen. O antes de que haga algo horrible. Sé que allí están matando mujeres, niños y bebés. He visto las fotos y escuchado las historias. Pero no puedo

creer que mi tío lo esté haciendo. Le encantan los niños. Cuando era pequeña, siempre solía llevarnos a mí y a mis amigos a jugar softbol y me traía los mejores regalos. Como recuerdo cuando los Troll Dolls estaban de moda y mamá no me regalaba uno, pero él sí.

De todos modos, no importaba cuánto gritáramos o cuán lógicos y justos fueran mis argumentos, Marian todavía no me dejaba ir. Betty no dejaría ir a Karla por otra razón. Dijo que tenía miedo de que Karla apareciera en una lista, que ya habían tenido suficiente de eso con su padre durante la época de McCarthy. Karla estaba realmente furiosa. Llamó a Betty hipócrita y tuve que estar de acuerdo con ella, aunque no se lo dije a Betty. Eso sólo habría empeorado las cosas.

Betty también está en contra de la guerra, pero no quiere hacer nada al respecto. Supongo que tiene razón, pero no debería intentar detener a Karla. Es su vida. El hecho de que sólo tengas diecisiete años (o dieciséis en el caso de Karla, su cumpleaños es el próximo mes) no significa que no puedas tener una opinión sobre las cosas y el derecho a decir lo que piensas. En realidad, deberíamos tener más derecho a hablar porque tenemos que vivir en este mundo mucho más tiempo que los adultos. Estaremos aquí mucho después de que ellos hayan muerto.

Entonces estábamos enojadas. Normalmente no me gusta engañar a mamá, pero en este caso sentí que era mi deber moral. Entonces Karla y yo les dijimos a Marian y Betty que

íbamos a estudiar a casa de Joyce Levine. Y Joyce dijo que su hermana mayor nos cubriría y diría que habíamos salido a comer una hamburguesa si alguien llamaba. Se suponía que la propia Joyce nos recibiría en la manifestación, y Karla y yo tomamos el autobús hasta Century City.

Había miles y miles de personas allí, la multitud más grande con la que jamás había estado. Nunca encontramos a Joyce. Toda la calle estaba bloqueada frente al hotel Century Plaza, y tuvimos que caminar un largo trecho para llegar al final de la marcha y unirnos a ella. Había casi todo tipo de personas allí, viejos y jóvenes, aunque no había muchos otros negros además de mí. Algunas personas parecían hippies, con el pelo largo y fibroso, algunos vestían vaqueros y camisas de trabajo, pero mucha gente parecía haberse disfrazado para intentar parecer respetables. Eso es lo que Karla y yo hicimos. Lo habíamos hablado, y ella llevaba su falda a cuadros y una blusa blanca y yo llevaba mi vestido de verano con flores rosas y mis tacones medios, las sandalias blancas. Eso fue un error. Nunca volveré a usar tacones altos en una manifestación, si alguna vez salgo de esta casa y puedo ir a una otra vez.

Marchamos por la carretera hasta que toda la gente se reunió frente al hotel, donde supuestamente se hospeda el presidente Johnson. Algunas veces cantábamos “Ain’t Gonna

Study War”⁶ y otras “Oye, oye, LBJ⁷, ¿cuántos niños mataste hoy?” Luego hicieron la manifestación y diferentes personas se levantaron para hablar. La mayoría de ellos simplemente hicieron lo habitual: gritar sobre lo mala que es la guerra y tratar de animar a la multitud. Pero entonces esta mujer vietnamita subió al escenario. Era tan pequeña que apenas se la podía ver entre la multitud, y había pasado cinco meses en las jaulas de los tigres, esos pozos que son tan pequeños que no puedes acostarte, levantarte o moverte mucho. Simplemente te tiran un poco de comida para comer y casi nada de agua con el calor abrasador, y tienes que ir al baño ahí mismo donde estás. Y, Sheba, la habían torturado porque pensaban que había estado ayudando al Vietcong. La azotaron en las plantas de los pies y le quemaron los pechos con cigarrillos.

Me sentí enferma. De repente, la guerra se volvió muy real para mí. El problema es que cuando algo sucede al otro lado del mundo, es difícil sentirlo. Ves la historia en la televisión y es sólo otra historia. Y mientras tanto, la vida real, tu propia vida ordinaria, es algo agradable. Vivo en una casa bonita y la de al lado, la de Karla, es aún más bonita y más grande. No

6 La canción sugiere el bautismo, utilizando la metáfora de cruzar el río Jordán para entrar en la Tierra Prometida en el Antiguo Testamento. El estribillo de "no voy a estudiar más la guerra" es una referencia a una cita que se encuentra en el Libro de Isaías, capítulo 2, versículo 4: "no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra"

7 Lyndon B. Johnson fue el 36º presidente de los Estados Unidos; fue elegido vicepresidente y sucedió a Kennedy cuando éste fue asesinado.

es rica ni lujosa, pero está limpia y es cómoda, y cada una de nosotras tiene su propia habitación. Vamos a una buena escuela. Algunas clases son aburridas pero es mejor que muchas escuelas. Todo el mundo espera que vayamos a la universidad, nos casemos con médicos, profesores o abogados y tengamos mucho dinero. Así es como se supone que debe ser la vida: cómoda. Supuestamente todo el mundo puede tener una vida así si la quiere y trabaja para ello, al menos en este país.

Pero eso es mentira. Todo este consuelo es mentira. Se detiene a las puertas del gueto y de la frontera con México. Se compra al precio del dolor de otra persona. Algún niño pasa hambre por cada bocado que como.

No deberían habernos mentido, Sheba. No deberían habernos alimentado con toda esa basura sobre la libertad, la justicia y la tierra de las oportunidades. Porque la cosa es que lo creímos, y ahora que descubrimos que están torturando gente y asesinando niños y dejando que los bebés pasen hambre, ya no podemos creer en nada de lo que dicen. ¡Y estamos enojados! Estoy loca. Estoy enojada todos los días. No quiero sentirme así, no quiero sentir que alguien me ha quitado todo lo bueno que tengo. No quiero ser el negro excepcional, el que demuestra que el sistema puede funcionar porque, después de todo, me permite ir a una buena escuela y sacar buenas notas.

Loca, loca, loca, enojada y loca. A veces pienso que me volveré loca, viviendo mi cómoda vida ordinaria sin nada de qué quejarme, y todo el tiempo escuchando el grito debajo de la superficie.

De todos modos, me alegro de haber escuchado hablar a la mujer de la jaula del tigre, aunque me hizo llorar. Porque ella es real. En ese momento apareció un autobús lleno de policías y formaron una fila para cruzar la calle. Iban vestidos con pesadas chaquetas de cuero y guantes y llevaban grandes escudos y porras de plástico, y parecían aterradores. Por un momento deseé haber escuchado a mamá, pero cuando pensé en lo que había pasado esa mujer vietnamita, en cómo había sufrido, me sentí avergonzada de ser tan cobarde.

El sheriff se subió a la parte trasera de un camión con un megáfono y ordenó a todos que se dispersaran. Ahora bien, la cuestión es que Karla y yo no podríamos habernos dispersado si hubiéramos querido porque estábamos justo en medio de unas diez mil personas y no podíamos movernos muy lejos. Algunos de los manifestantes estaban discutiendo con los policías y algunos de ellos se sentaron y se tomaron del brazo, y luego la fila de policías comenzó a moverse entre la multitud, golpeando a la gente con sus porras. Algunas personas empezaron a gritar y otras simplemente gritaban y maldecían y la mitad de la multitud empezó a retroceder, pero la otra mitad intentaba seguir adelante, y pensé que nos iban a pisotear en el medio. Los

estúpidos policías seguían golpeando a la gente por no irse, pero la gente a la que golpeaban no podía ir a ninguna parte porque la gente detrás de ellos no se alejaba. Fue como una pesadilla. Con esos estúpidos zapatos, ni siquiera podía caminar muy bien, y mucho menos intentar correr. Karla me agarró la mano para que no nos separáramos y me arrastró entre la multitud. Hubo algunos momentos en los que pensé que me iba a caer y me iba a quedar sin aliento, pero ella nos llevó a un lado, a un lugar abierto donde podíamos bajar una pequeña colina hasta la siguiente calle más abajo. Ella tomó mi mano y me mantuvo firme, pero una vez resbalé y me torcí el tobillo. Por suerte no estuvo mal. Juro que le voy a regalar esos zapatos al Ejército de Salvación.

Bajamos a la otra calle, por donde pasaban algunos coches. Todavía podía oír los gritos, los cánticos y los megáfonos, pero pensamos que ya habíamos hecho suficiente. Karla sacó el pulgar y nos llevó con algunos estudiantes de UCLA⁸ de regreso al campus. Normalmente no hago autostop. Mamá dice que no es seguro y no quiero darle la razón, pero ésta era una ocasión especial.

La casa de Joyce no está lejos del campus y llegamos a su puerta justo a tiempo para recibir una llamada telefónica de Betty, vigilándonos. Sólo escuché la versión de Karla.

⁸ Universidad de California en Los Ángeles.

“No, simplemente hemos estado dando vueltas por aquí toda la tarde. Nada especial.”

Pausa.

“Sí, estuvimos un rato en el patio. Supongo que no escuchamos el teléfono”.

Pausa.

“Estábamos pensando en comprar una pizza y practicar español otra vez. ¿Bueno? Hasta luego, mamá”.

Entonces pensamos que estábamos bien, hasta que vimos las noticias de las seis. Tenían excelentes tomas de la manifestación, de los policías golpeando a la gente, de todo. Incluyendo una hermosa foto de primer plano de Karla y mía, tomadas de la mano, bajando la colina, una imagen perfecta de armonía interracial.

“Mierda”, dijo Karla. “Oh, mierda. ¿Que hacemos ahora?”

“Reza”, dije. “Por favor, Jesús, no dejes que Betty o mamá vean las noticias esta noche”.

Pero Jesús no estaba de nuestro lado.

Efectivamente, diez minutos después recibimos una llamada de mi madre diciéndonos que volviéramos a casa de inmediato. Su voz era helada. La casa de Joyce está a una

milla de distancia y podríamos haber caminado, pero su hermano se ofreció a llevarnos. No estaba segura de si eso era bueno o malo; me hubiera gustado posponer la escena, pero eventualmente tuvimos que afrontarlo. Es mejor terminar con esto de una vez.

Mi mamá y la mamá de Karla estaban esperando en su casa. Parecían realmente enojadas cuando entramos.

“Nos mentisteis”, dijo Marian de inmediato. “Confiamos en vosotras y nos mentisteis”.

Karla trató de explicar, bastante razonablemente me pareció, que habíamos tenido que mentir porque si les hubiéramos dicho la verdad no nos habrían dejado ir. Pero ellas no se lo creían.

“El gobierno nos está mintiendo”, le dije a Marian. Le hablé de las jaulas de los tigres, pero su rostro simplemente se cerró como si hubiera cerrado los ojos y los oídos y nada pudiera penetrarla.

“Tu tío no participaría en nada de eso”, dijo Marian. “Eso es propaganda comunista”.

Pero pude oír algo en su voz, Sheba, sólo un pequeño temblor de incertidumbre, y me di cuenta de que en el fondo ella sí escuchaba lo que yo estaba diciendo. Quizás ella incluso lo creyó. Aún así tuvo que intentar no hacerlo, porque ama a su hermano. Ella se aferraba a la mentira para

no perder el amor y me asustó darme cuenta de que el amor puede hacer que la gente haga eso.

Betty la miraba con cierta tristeza y yo también me sentí mal por Betty. Debido a que ella nos creyó, es lo suficientemente inteligente como para saber que la tortura es real. Y ella sabe que debemos enfrentarnos a ello, pero tiene miedo. A eso se reduce todo. Entonces ella me pareció un poco lamentable. No quiero terminar como ella, teniendo miedo de hacer lo que creo. Y no quiero terminar como Marian, cerrando los ojos a lo real para amar.

“La guerra no es el problema aquí”, dijo Betty. “El problema es que nos mentisteis y desobedecisteis”.

“La guerra es el problema”, dijo Karla. “No teníais derecho a decirnos que no fuéramos a la manifestación”.

“Somos vuestras madres. Somos responsables de vosotras”, dijo Betty. “Cuando seáis grandes y os vayáis de casa, podréis hacer lo que queráis. Pero hasta entonces, haréis lo que os digamos.

“No lo haré”, dijo Karla. “Os equivocáis. No tenéis derecho a impedirnos defender lo que creemos. No es como en la Alemania nazi: no sigo órdenes si son incorrectas”.

“No me vengan con la Alemania nazi”, dijo Betty. “No sabéis nada al respecto”.

“¡Lo sé! ¡He oído hablar de ello toda mi maldita vida! No te comprarás un Volkswagen ni una cámara alemana por lo que hicieron en la guerra... pues bien. No voy a ser un buen alemán. Cuando mis hijos me preguntan qué hice durante la guerra, ¡quiero decir que hice todo lo que pude para detenerla!

Betty negó con la cabeza. Pude ver que lo que Karla había dicho le impactó, pero Betty trató de rechazarlo. “Admiro tu espíritu”, admitió. “Pero mi trabajo es protegerte. Mira lo que pasó: tu foto en las noticias así. ¿Cómo sabes que no irá a un archivo para que lo usen en tu contra cuando quieras conseguir un trabajo? Sabes lo que le pasó a tu padre”.

“Está bien”, dijo Karla. “¿Por qué no lo llamas y ves qué dice? Él te dirá que tengo toda la razón”.

Hasta entonces, le había ido muy bien. Incluso podría haber convencido a Betty. Pero nombrar a su padre fue una pelea sucia. Su padre era comunista en los años treinta y sigue siendo un famoso abogado radical, pero se fugó con una mujer más joven que conoció en una audiencia del Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara y dejó a Betty sola para criar a las niñas.

“¡No metas a tu padre en esto! Lo que Joe Greenbaum piensa no me importa. Él no fue de ninguna ayuda para criarte y no va a empezar a decirme cómo hacerlo ahora”.

“Al menos actúa según sus ideales”, dijo Karla. Oh, niña, pensé, eso fue cruel. Y no sabio.

“¡Sus ideales!” Ahora Betty estaba realmente enojada y su voz siguió subiendo hasta gritar. “Sus malditos ideales prístinos, seguro que actúa en consecuencia. Siempre y cuando alguien más pague el precio, compre la comida y les limpie los mocos de la nariz. No puede molestarse con nada de eso. Oh no, tiene que salir y salvar el mundo. ¿Qué le importa si sus propias hijas mueren de hambre; si tengo que trabajar hasta molerme los huesos? Bueno, te diré algo, señorita Idealismo. Sigue adelante, ve a todas las malditas manifestaciones que quieras, ten cada ideal que creas que es tan valioso que justifica herir a las personas que dependen de ti. ¡Eres como él! ¡Una mentirosa y una tramposa!

Karla abrió la boca para decir algo más, pero pensé que sería mejor saltar antes de que nos hundiera más profundamente.

“Lamento haber mentido”, le dije a Marian, “pero me alegro de haber ido a la manifestación. No les volveré a mentir, pero si quiero ir a otra protesta, lo haré. Tengo diecisiete años y tengo derecho a pensar lo que pienso y no puedes detenerme”.

Marian parecía sombría. “Pongo la comida en tu mesa”, dijo. Lo cual es cierto, pero eso no le da derecho a impedirme hacer lo que creo que es correcto. Ella se levantó. “Nos

vamos a casa ahora. Estás castigada por el resto del fin de semana y el próximo también”.

Me encogí de hombros y la seguí a casa. Pero ella estaba en el turno de noche en el hospital y cuando se fue, Karla me llamó por teléfono.

“No puedo creerlo”, dijo. “Son unas hipócritas”.

“Tu madre es una hipócrita”, le dije. Estaba hablando por teléfono en la habitación de Marian, acostada en su cama. En la pared había fotografías mías de cuando era bebé, con la abuela, el abuelo, Martin Luther King, mi padre con su uniforme y el tío Marcus con el suyo. “La mía es simplemente una pobre incauta del sistema”.

“Mi papá también”, dijo Karla. “Llamó desde Nueva York. Nos vio en las noticias y la imagen se hizo nacional. Él estaba muy orgulloso y me dijo: 'Bien hecho, Karla, veo que te pareces a tu viejo', pero cuando le conté lo enojada que se puso mamá, lo único que pudo decir fue: 'Bueno, Karla, creo que está equivocada, pero criándote. Tienes que respetarla.' ¡Mierda! ¿Qué les pasa a todos, Jo? ¿Crees que hay algún laboratorio secreto donde te llevan cuando llegas a cierta edad y te inyectan un suero de mierda, para que no puedas reconocer lo real cuando lo escuchas?

“Simplemente me duele que mi madre no me escuche”, le dije. “Ella no admitirá que puedo tener una opinión que valga algo”.

“No podemos permitir que se salgan con la suya”, dijo Karla. “No podemos permitir que nos conviertan a nosotras también en unas mentirosas. Tenías razón al final. Nos equivocamos al mentir; eso simplemente influye en todo el juego. Eras tan fuerte, Jo... ¡Dios, eras hermosa! Cuando dijiste: 'No mentiré, pero no puedes impedirme hacer lo correcto'.”

“El problema es”, dije, mirando las fotografías, que “ambas tienen ideales. Nos criaron para pensar. Todos nuestros héroes fueron personas que defendieron lo que creían. Martin Luther King es como Dios en nuestra casa. Pero cuando lo hacemos, se asustan”.

“No podemos permitirnos tener miedo”, dijo Karla. “Tenemos que mantener los ojos abiertos ante las mentiras y utilizar todas las herramientas que tenemos para acabar con ellas”.

“¿Cómo qué?” Pregunté, porque cierto tono en su voz me hizo pensar que tenía algo específico en mente.

Habló muy suavemente, casi en un susurro. “Tal vez es hora de tomar ácido”.

Megan Ricci me había dado dos dosis de ácido por mi cumpleaños. Sabía que Karla y yo queríamos tomar un poco juntas. Sólo había hecho ese medio golpe con Charles del Grupo Juvenil Bautista. ¿No moriría Marian si lo supiera? Pobre mamá, estaba tan feliz de que saliera con un joven agradable de la iglesia; nunca supo lo que pasó mientras estaba en el turno de noche. Y nunca supe cuánto era el ácido y cuánto era lo que nos hacíamos unos a otros bajo su influencia. Lástima que trasladaron a su padre a Alemania. Karla cayó una vez con Tony Klein cuando fueron al concierto de Jefferson Airplane. Dijo que lo que tenían no era muy fuerte. No alucinó, pero sintió que podía ver a través de la superficie de las cosas, como una visión de rayos X, hasta la realidad que había debajo.

Tenía el ácido en el fondo del cajón de mi ropa interior, dos caladas de Purple Owsley, que se supone que es el mejor que existe. Las estábamos guardando para el momento adecuado.

“Estamos castigadas”, le recordé. “Tendremos que esperar una o dos semanas más”.

“Podemos hacerlo en la escuela”, dijo Karla. “El lunes.”

“¿No será eso peligroso?” Le pregunte a ella.

“No, podremos manejarlo. Como dije, aún puedes hacer todo lo que haces habitualmente, solo que entiendes lo que significa en un nivel más profundo”.

“Pero pensé que queríamos ir a la playa o a algún lugar agradable”.

“Podemos hacer eso también, algún día. ¿Pero qué mejor lugar para ver más allá de las mentiras que en el corazón de la propia máquina de mentiras?

No podía discutir con ella.

Entonces, Sheba, eso es lo que haremos el lunes por la mañana. Espero que salga bien. Y realmente espero que nadie lea esto nunca, ¡especialmente Marian!

¡Vaya, he escrito mucho! Supongo que esa es la única ventaja de estar castigado: te da mucho tiempo para escribir en tu diario.

Johanna.

VI. AMANECER EN NAMCHE

No puedes viajar por el sendero antes de haberte convertido en ese sendero mismo.

–La voz del silencio
La sabiduría del budismo

El sol era sólo un indicio, un destello de luz detrás de los altos picos que acunaban Namche, mientras Maya se agachaba en la cornisa afuera de la casa de Ang para orinar. Nadie más estaba despierto todavía, y eso fue una suerte. Si hubiera habido alguien más cerca, habría tenido que subir los traicioneros escalones de piedra hasta el retrete. Ahora tenía el mundo para ella sola, los altos picos de color azul hielo contra un cielo índigo que apenas comenzaba a aclararse del negro.

Casi amanece, pensó. Un nuevo día, un nuevo comienzo. Debería levantarme más a menudo con el amanecer. Quizás entonces tendría una mejor comprensión de los orígenes, de las raíces de las cosas.

Pero realmente, ¿por dónde empieza todo? Jo, crees que empezó con esa manifestación, con una mentira que dijimos al servicio de una verdad mayor. ¿O empezó antes, el día en que tu madre vino a buscar un lugar para alquilar, arrastrando a una hija con dos largas coletas colgando de su espalda, y nos miramos y empezamos a reírnos mientras nuestras madres hablaban? ¿O antes aún, tal vez el día en que mi padre salió por la puerta y nunca regresó, o la noche en que una bala encontró el corazón de tu padre en Corea, o el día en que se conocieron Joe y Betty, Herman y Marian? O podríamos rastrear el comienzo aún más atrás, hasta que encontremos aquellos primeros protozoos o amebas o lo que sea a quienes les gustó el aspecto de los demás e inventaron el intercambio de ADN.

Por otra parte, tal vez todo eso fue simplemente un preludio de lo que hicimos al día siguiente. Ciertamente, cuando estábamos en medio de esto, habríamos jurado que seis mil millones de años de evolución culminaban en ese evento. La arrogancia de la juventud unida a la grandiosidad del LSD: una combinación peligrosa.

No creo que vuelva a la cama, Jo. Voy a acurrucarme aquí en esta cornisa con los puños en los bolsillos de mi chaqueta, ver el sol escalar montañas y recordar.

VII. MAYO DE 1967

“Había un hombre”, decía Steve Baer, “que seguía teniendo el mismo sueño, una y otra vez, sobre este avión que se iba a estrellar”.

Karla yacía desplomada en el césped detrás de los bungalows de música de Harding High, con Johanna a su lado. Sus amigos los rodearon, fumando y chismorreando antes de que sonara el timbre de clase. El día apenas había comenzado, pero Karla ya llevaba demasiado tiempo drogada. Los insectos se arrastraban entre sus párpados y la superficie de sus ojos. Cuando los abrió, los rostros de sus amigos más queridos la miraron lascivamente y comenzaron a desvanecerse.

Fuera del patio de la escuela, los coches pasaban como tiburones (negros, rojos, rosas) como el Chevy del 57 que su

madre todavía conducía. ¿Podría ser Betty, vigilándola? No, Karla se estaba volviendo paranoica. Betty había comprado el auto nuevo, diez años antes, cuando el padre de Karla se fue. Recordó la emoción de ese viaje, amontonada en el asiento delantero junto a su hermanita, Debby, respirando ese olor a vinilo de auto nuevo. Parecía compensar algo. Su madre había estado llorando en silencio mientras ella, Karla, leía todos los carteles en la autopista. Sólo tenía siete años, pero siempre había sido buena con las palabras. Excepto las difíciles. Recordó haber tenido problemas con STOP.

Karla se volvió boca abajo. La hierba olía bien, a tierra y dulce. Por encima de ella, una siniestra conversación zumbaba.

“Noche tras noche soñaba con el accidente. Finalmente llamó al aeropuerto de Van Nuys y descubrió que tenían un avión con el mismo número de identificación. ¿Sabes cuáles son las probabilidades en contra de eso? Preguntó Steve, y Karla se estaba hundiendo. No podía entender por qué los atormentaba a todos con esa historia que seguía y seguía, acerca de cómo el hombre le había rogado al dueño del avión que no lo tomara, y el dueño había dicho que lo estaban reparando y que estaba en tierra, pero una noche el hombre soñó que se estrellaba contra la pared de su casa.

Sabía que la historia significaba algo, pero no sabía qué. Era un mensaje que no podía leer.

Alguien le dio unos golpecitos en la espalda. Se sentó y Megan Ricci le entregó un porro. Karla lo miró fijamente, reflexionando sobre el nombre, preguntándose por qué lo llamaban porro. ¿A quién o a qué se unía?

“No te comas la cabeza”, le dijo Johanna, quitándole el porro e inhalando.

“... entonces el hombre y su esposa se mudaron a un motel”, dijo Steve, “y esa noche el avión se estrelló contra la habitación del motel, la habitación a la que habían ido para escapar. Exactamente como en el sueño”.

De repente Karla deseó, más que nada, que aquel fuera un día normal, que las hojas de la adelfa dejaran de hablarle y que ella pudiera ser la niña buena que se suponía que debía ser, con los deberes hechos y el cacao esperándola en casa cuando terminaran las clases. Lo hemos arruinado, pensó. El ácido es demasiado para nosotras, demasiado fuerte. No fue así cuando lo probé antes.

“Todos vamos a morir”, dijo Johanna.

Karla se giró y la miró. Los ojos de Johanna eran redondos y demasiado grandes, dos lámparas oscuras que miraban fijamente, y su cabello tenía un aspecto extraño. Cada uno o dos meses su madre la llevaba al salón de belleza de Florence Avenue para que se lo arreglara. Llevaba el pelo recogido en un gorro liso que le abrazaba la cabeza, pero hoy los bordes

estaban separados en puntas rígidas. Karla se alisaba el pelo colocándolo sobre grandes latas de zumo de naranja o, cuando se desesperaba, planchándolo, pero nunca le caía en sábanas largas y suaves como las chicas de las revistas. En ese momento se enroscaba en serpientes oscuras alrededor de su cuello y colgaba de sus sienes como los mechones de sus antepasados.

Nos estamos desmoronando, pensó. El ácido nos lo está haciendo. Somos falsas, intentamos taparnos la cabeza y convertirnos en lo que no somos. Pensamos que el ácido nos revelaría las mentiras, pero las mentirosas somos nosotras.

“He oído esto de mucha gente y sé que es verdad”, decía Joyce Levine detrás de ellos, “que simplemente no pueden comunicarse...”

“Mantener”, susurró Karla. Esa era su única esperanza. Mantener la ilusión, mantener el juego, dar las respuestas adecuadas que eran importantes por una razón que ya no podía recordar.

“...con cualquiera que no consuma drogas”.

La voz de Johanna hizo retroceder a Karla.

“¿Por qué?”, preguntó ella. “Es mentira.”

Karla sabía que debía haber una respuesta, pero no recordaba cuál era. Y había algo importante que se suponía

que debía hacer, pero tampoco podía recordarlo. Tenía la garganta seca y un puñado de huevos parecía estar eclosionando en su vientre. Podía sentir los pájaros picotear y arañar. Se dio cuenta de que era miedo. Tenía miedo de lo que sucedería si no podía mantenerse. El miedo mantenía el juego unido.

Ella comenzó a seguirlo.

“¿Y realmente crees”, estaba diciendo Joyce, “que si te enganchas y tus amigos no...”

“No puedes reírte de una cosa así, ¿sabes?”, continuó Steve, con los ojos serios detrás de sus gruesas gafas de montura marrón. “No puedes fingir que no sucedió, que esas cosas no suceden. Por supuesto, todo el mundo conoce a alguien a quien respetan, por su mente y sus emociones, a quien le ha pasado algo así”.

“... ¿Que no os separaréis?” Dijo Joyce. “¿Que no crea un abismo?”

Joyce se alzaba sobre ellos, su nube marrón de cabello rizado ardiendo al sol. Movi6 la boca nerviosamente, mordiéndose los labios y mordiéndose el interior de las mejillas. Tenía una boca ancha, una boca generosa, una boca de payaso, y Karla sabía cuánto la odiaba Joyce, cuántas horas habían pasado juntas, dos años atrás, practicando con el maquillaje de la hermana mayor de Joyce, esforzándose

por ocultar sus defectos. De repente eso la puso infinitamente triste.

“Eres hermosa”, le dijo a Joyce. “Eres realmente jodidamente hermosa”.

“¡Ay dios mío! ¡Karla! Dijo Joyce, girándose para mirarla por primera vez. “¿Cómo te colocaste tanto?”

Johanna se sentó, los miró a ambos y sonrió beatíficamente. El sol temprano brillaba formando un halo detrás de su cabeza. “Supongo que tuve suerte”, dijo. Luego empezó a reír y Karla se unió a ella. Con lágrimas en los ojos, rodaron por el suelo.

“... y si a eso lo llamas coincidencia”, continuó Steve Baer, aunque ya nadie lo escuchaba, “entonces estás diciendo que puede pasar cualquier cosa”.

“Esto es increíblemente autodestructivo”, dijo Joyce. “No entiendo.”

Nunca había tomado ácido, no podía entenderlo. Joyce gritaba como un mono. Karla la miró con lástima y, por un momento, supo que Joyce los odiaba. Una ola de hielo rodó hacia ella, rompió sobre su cabeza y la empujó hacia abajo. Era cierto que había momentos en los que simplemente no podía comunicarse.

Este era uno de ellos.

El mono era un espejo, pensó Karla. Un espejo de miedo. Miedo/espejo. Puro miedo.

“No te comas la cabeza”, dijo Johanna.

“Deberías irte a casa”, dijo Joyce. “Ambas deberían irse a casa mientras puedan”.

Pero no pudieron volver a casa. Los lunes, Betty veía a sus clientes privados en la sala de estar y Marian regresaba a casa después del turno de noche y leía el periódico antes de dormir.

“Estamos más seguras aquí”, dijo Johanna. “Somos como la carta robada”.

“¿Qué?” –preguntó Joyce.

“No nos buscarán aquí porque esperan que estemos aquí”.

Tony Klein, que editaba *The Other Side*⁹, el periódico clandestino de su escuela, y era casi, pero no del todo, el novio de Karla, se dejó caer junto a Johanna. Él sacudió la cabeza y con el dedo trazó las letras LSD en su frente.

“Neón”, dijo con tristeza. “Está escrito en neón. Puedes verlo parpadeando a media cuadra de distancia”.

9 El otro lado.

La mano de Johanna subió lentamente hasta su frente.

“¡Por el amor de Dios, Tony!”, explotó Joyce. “No te preocupes. Esto es serio.”

Karla podía sentir su propia frente palpar, como un pulso persistente en su interior cuando se tocaba, y sí, quería follar mentalmente, derretirse, estremecerse de mente con mente, de carne con carne, y disolverse.

“Sois hermosas”, dijo Johanna a Karla y Joyce. “Bailáis con los ángeles. Brilláis como las estrellas”.

Todo cambió. La realidad era un juguete hecho de plástico con un pequeño dibujo que se movía cuando cambiabas tu ángulo de visión. A Joyce le encantaban. A ella le importaba, y su cariño extendía zarcillos a través de los fríos lugares donde las cosas surgían inesperadamente de la oscuridad. Karla quería reír y llorar y alcanzarla.

El timbre sonó.

Los números bailaban por todas partes, los 8 rodaban y se dejaban caer de lado, como ositos de peluche gordos, el 9 un bailarín delicado en equilibrio sobre un dedo del pie. Karla estaba intentando resolver esta ecuación cuadrática:

Si la mente infinita (A) se proyecta en el vacío infinito (n) y eternamente (Xn) tratando de regresar...

Estaba viajando en un avión infinito que de alguna manera estaba condenado a estrellarse. Líneas, afiladas y frías como fragmentos de hielo, se extendían para siempre, a través de un vacío que no tenía sentido porque un punto no tenía sustancia.

¿Cuánto tiempo durará el viaje?

“¿Karla?” La señora Ito, la profesora de matemáticas, estaba haciendo una pregunta.

El nombre la hizo retroceder desde el borde. Ito estaba esperando. Karla estaba asustada. No tenía idea de lo que estaba pasando en Reality, EE. UU.

“¿Bien?”

Un pozo es un agujero en la tierra. Un pozo tiene un largo camino por recorrer. Justo antes de tocar fondo, su mente, oh perro bien entrenado, buscó una frase.

“Lo siento”, dijo. Ella lo sentía por todos ellos. Todos se deslizaban por una ladera en una avalancha que nadie podía detener, agarrándose a la maleza que se desprendía en sus manos. Todos iban a morir. Lo dijo en voz alta.

“Todos vamos a morir”.

“¿Disculpa?” La señora Ito no estaba preparada para oírlo. Megan Ricci, que estaba sentada detrás de Karla, pateó bruscamente su silla.

“Mi mente estaba divagando”, dijo Karla. Era más cierto de lo que Ito podía suponer.

La clase estalló en carcajadas. La señora Ito parecía perpleja.

“¿Qué está pasando con esta clase?”, preguntó.

Sonó el timbre y ella nunca lo supo.

El hábito permanece donde falla el pensamiento. Los músculos se contraen, los vasos bombean, un pie sigue al otro. Maravíllate ante las complejidades en las que no es necesario pensar.

“Estás patinando un poco cerca del límite”, dijo Megan de pasada. “Despega. Ve a mi casa. Sabes dónde está la llave”.

Megan tenía dieciocho años. Se había mudado de la casa de sus padres y vivía con su novio encima del carrusel del muelle de Santa Mónica. Karla deseó estar allí, escuchando la música tintineante bajo sus pies. Deseó poder encontrar a Johanna; tenía algo que decirle.

Sus pies parecían saber hacia dónde iban; la llevaron. El hábito permanece cuando el pensamiento falla.

El caso es, quiso decir, que he visto más allá de las mentiras y no hay nada. ¿Podemos parar ahora? ¿Ir a casa, acurrucarse en el sofá y tomar té caliente? Hacer algo, cualquier cosa, para distraernos de este lugar vacío. Pero ahora que lo había visto ya no podría volver atrás. Nunca más podría volver a creer en todas las cosas que la gente pretende que significan algo.

Johanna estaba fuera de su alcance. Estaba sentada al otro lado de la habitación, a un mundo de distancia. Frank Harvey, su profesor de inglés, estaba escribiendo en la pizarra y Karla no pudo comunicarse con ella para preguntarle cómo se suponía que debía vivir ahora que lo sabía.

Frente a Karla, Marina Colby se distraía del vacío frotándose lápiz de labios en su hermosa boca, y John Weir erradicaba el terror con un libro, y detrás de ella se oía una charla para mantenerlo alejado.

“Puedes regresar aquí y nunca saberlo. Una vez conocí a una niña que estaba en su séptimo mes cuando se enteró”.

“Debería haber admitido para sí misma lo que sabía que iba a hacer y haber tomado precauciones”.

“No te comas la cabeza”, le dijo Johanna a Karla en silencio.

Pero cuando Karla se salió de su cabeza, oh Dios, estaba arrastrándose en la oscuridad. Fue todo lo que pudo hacer para evitar caer de rodillas.

No habían tomado suficientes precauciones. Quizás las precauciones fueran imposibles. El hecho es que no había ningún lugar al que pudieran escapar. Karla quería bajar, quería volver a comer y dormir, quería una beca para Columbia, quería a su madre. Pero todo sonaba vacío cuando lo tocabas. No había redes ni anclas, sólo cuerdas de algodón de azúcar arrojadas al abismo. Lo que era real yacía en las aguas de abajo. Lo que era real tenía mandíbulas.

Frank Harvey estaba escribiendo en la pizarra. Tenía el pelo plateado y una barba puntiaguda y parecía un perro, un fox terrier, agarrando hilos de palabras y agitándolos, ladrando a las ruedas del significado.

En la pizarra había escrito un pasaje de los *Upanishads*¹⁰: “Quien ve a todos los seres en sí mismo / y a sí mismo en todos los seres / pierde todo miedo”.

Karla se estaba ahogando y él le había arrojado un salvavidas de palabras, pero cuando ella se aferró a él se quedó corta. A su alrededor, sí, veía su propio ser. Frank Harvey era ella defendiéndose con palabras y Danny Fields era su postura y trataba de esquivarlo y Sarah Borko era ella tratando de adelantarse atropellando a todos los demás y todos los demás eran una burlona distorsión de la fealdad en un espejo de casa de diversión. Pero lo que estaba mal no

10 Cada uno de los más de 200 libros sagrados hinduístas escritos en sánscrito.

eran ellos sino ella. Debería estar encontrando el reino y la gloria, pero en cambio no encontraba nada. No había nadie en casa.

“¿Quién tiene algo que decir al respecto?” Preguntó Harvey, mirando las filas como si apuntara.

La clase estaba universalmente en silencio.

“¿Karla?” preguntó. Ella era su alumna favorita, con la que podía contar cuando todos los demás se quedaban en blanco. Le devolvió los papeles garabateados con elogios y signos de exclamación. Hizo que las secretarias los volvieran a tipear y mimeografiar para mostrárselos a sus futuras clases. Él creía que ella podría escribir.

Karla se levantó y dijo lo único que podía decir. “Todos vamos a morir”.

Los ojos de Harvey se abrieron y sonrió, frotándose las manos. “¡Exactamente! Todos vamos a morir, entonces, ¿cómo podemos temernos unos a otros, temer a otra criatura mortal y condenada como nosotros?

Volvió al tablero y continuó. “Un título te lo dirá todo, si realmente lo miras. *Upanishads*: lo que significa literalmente en sánscrito “sentado debajo”. Sentado a los pies de los maestros, ¿no? Entonces, lo que tenemos aquí son las enseñanzas que recibirías si estuvieras sentado a los pies del gurú, el iluminado. ¿Tiene sentido?” Hizo una pausa

significativa, mientras la clase asentía obedientemente. “Pero veamos un poco más profundamente, si crees que eso es posible. No quisiera gravar a nadie más allá de sus fuerzas. ¡Hola por ahí! ¿Alguien está despierto? ¿Algunas ideas? ¿Algún destello repentino de iluminación?

Jugaron juntos, Harvey y Karla, empujando y parando en un combate mental formalizado. Joder. Destensa y relájate. Pero ella ya no quería hacer ese baile. Quería la hierba y el sol y lo que la llamaba desde las jacarandas y el arco curvo del pecho de Marina Colby bajo su jersey Lanz, o el paquete en la parte superior del muslo de Jeff Brown bajo sus jeans Levi's descoloridos.

“Es como comprender”, dijo Karla. “No sentarse”.

“Oye, eso es bueno. ¡Eso es muy bueno!”, dijo Harvey en un tono que Humphrey Bogart podría haber usado con Lauren Bacall. “¿Y eso no da en el clavo en términos de la diferencia esencial entre el pensamiento oriental y el occidental? Porque cuando estás sentado eres pasivo, receptivo. Sólo estás siendo. Pero cuando estás de pie, estás listo para la acción, listo para hacer algo. Y ese es el concepto occidental de comprensión: ser capaz de hacer algo, manipular algo, arreglarlo, controlarlo, utilizarlo. Pero las ideas de las que estamos hablando aquí no son aquellas con las que haces algo: son las ideas que actúan sobre tu estado de ser”.

Sus ideas actuaban sobre el estado de ánimo de Karla, y ella se enojó. Era como su padre, otro sacerdote de la cabeza, seduciéndola con palabras, ideas; el mago, el embaucador, el ilusionista supremo que decía: “¡Mira!” cuanto estaba sucediendo allí. Pero allí no pasaba nada y eso era lo que no quería afrontar.

“¿Quién tiene algo que decir al respecto?” –preguntó Harvey.

Nadie respondió.

“¿Johanna? Quizás podrías explicarnos un poco”.

Johanna se levantó. Parecía alguien atrapado en el lugar equivocado, rodeado por las personas equivocadas, donde todo estaba a punto de estrellarse contra la pared.

“Creo que estás lleno de tonterías”.

Los ojos de Harvey se abrieron como platos. “¿Oh? Respalda tu afirmación”.

Johanna se encogió de hombros. “Lo dices, pero no lo dices en serio. Porque si lo dijeras en serio, tendrías que vivirlo. Y tú no lo haces. Si lo hicieras, no estarías haciendo lo que estás haciendo. No estarías aquí”.

“¿Y dónde, por favor, dime, crees que estaría? ¿Solo en algún lugar montañoso, contemplando?

“Todo esto viene de la cabeza”, dijo Johanna. “¿Pero dónde está el corazón? Aquí nada tiene que ver con el corazón”.

“¡Ajá!” dijo Harvey. Él se estaba divirtiendo y Johanna parecía enfadada.

“Así que ahora llegamos a eso”, prosiguió. “¿Dónde está la morada del corazón? ¿Qué os parece eso para una pregunta de tarea, clase?

Hubo algunas risas, pero sólo unas pocas.

“¿Dónde estaría el hombre iluminado? No es que yo esté haciendo tales afirmaciones. ¡No puedes culparme de eso! ¿Pero el hombre de corazón no elegiría estar aquí abajo, en el lodo, entre los esclavos?

La palabra conjuraba a los espíritus. Karla podía sentirlos, atados a enormes bloques de piedra, gimiendo bajo los látigos de los supervisores en los áridos desiertos de su cerebro. Miró al otro lado de la habitación y supo que Johanna podía verlos, hacinados en apestosas bodegas, encadenados juntos, navegando arriba y abajo por las mareas de su sangre en busca de libertad.

“Puedo ver que no te gusta ese concepto”, dijo Harvey, “pero es verdad. Y te diré por qué. Sois esclavos porque no pensáis. No digo que no podáis pensar, pero en general no lo hacéis. Pensáis como vuestros padres o la gente que véis en la televisión, pero eso es sólo un acto reflejo. No es libertad.

La libertad es razón, juicio independiente. Y así, amigos, es como percibo mi trabajo en este lugar, como un impulso hacia la libertad”.

“Entonces vívelo”, dijo Johanna. “Llévanos allí. Sácanos de detrás de estos muros”.

“Ah, pero nadie puede llevarte allí. Quizás pueda señalar el camino. Pero sólo tú puedes llegar allí. La puerta está abierta.”

Johanna se levantó, una presencia oscura y ceñuda. Y de repente ella sonrió y luego se echó a reír. La puerta estaba abierta. “Muy bien”, dijo. “Te veo luego.” Y ella se fue, al sol y a la hierba.

Karla se sentó, pegada a la silla. Sabía (en sí misma) que la puerta estaba abierta y tenía miedo de cruzar.

Harvey se sentó encima de su amplio escritorio. Se quedó mirando por la ventana durante un largo momento, pensando. Todos lo observaron.

“Me preocupo por ustedes”, dijo. “¿A dónde llegará toda esta intensidad?”

El timbre sonó.

Jacarandá dejaba bordados trazados en el cielo. Karla se sintió mejor afuera, dejando que la costumbre la llevara por

el pasillo hacia el auditorio. Se convocó a asamblea especial para el tercer período. El aire le devolvió una brisa de esperanza de que aún podría superar esto.

La costumbre la llevó más allá de las escaleras donde comían los mexicanos. Pasó de largo, desviando la mirada como siempre hacía, tratando de mezclarse con los remolinos del aire y volverse invisible para que no le gritaran, se rieran de ella o dijeran cosas en español que no entendía.

“¡Oye, Karla!” Gritó una voz de niña. Karla quería huir, pero no pudo porque podrían haber pensado que tenía prejuicios. Ella se dio la vuelta.

“Hace mucho que no te veo, Karla. ¿No vas a estudiar mecanografía este semestre?”

Dolores Rodríguez, que se había sentado junto a Karla el otoño pasado mientras luchaban con ejercicios con los dedos y teclas de letras, le sonrió. Era una chica dulce y bonita, regordeta como un pajarito, con brillantes ojos marrones y lustroso cabello negro recogido desde la frente y cayendo en suaves ondas por su espalda. Llevaba un suéter rojo y, mientras Karla la miraba, se convirtió en un pájaro, con ojos brillantes y alegres y un pecho con plumas rojas.

“No”, dijo Karla, y se detuvo. Sabía que debía hablar, pero Dolores movió su mochila y revoloteó y miró. Karla estaba bastante distraída. No podía hacer que su boca funcionara.

Dos de los amigos varones de Dolores estaban sentados junto a ella en el banco de la mesa de picnic. Llevaban vaqueros, botas y chaquetas de cuero negras, y llevaban el pelo peinado hacia atrás en ondas altas. Observaron a Karla con los ojos entrecerrados, inexpresivos. Lagartos, pensó Karla, tomando el sol, mientras sus escamas enjoradas destellaban patrones que se movían y daban vueltas en el aire, convirtiendo el mundo entero en un caleidoscopio de amenaza. Los lagartos comen pájaros. Quería advertir a Dolores, pero aún así, el aire no pasaba por sus cuerdas vocales.

Todo se estaba derritiendo, y Karla estaba empezando a derretirse también, a rezumar en una sustancia fluida que se congelaría y se convertiría en piedra. Mantente, se dijo a sí misma desesperadamente. Tienes que mantenerte. Por pura voluntad hizo que la carne se le pegara a los huesos, parpadeó, se obligó a llegar a una isla de lucidez donde el mundo volvió a ser sólido, donde al otro lado del banco una chica de pelo alto y andrajoso besaba apasionadamente a su novio. Detrás de ellos, Raúl Jiménez lanzó una piedra a una gaviota. Karla sabía quién era porque Tony había querido hacer una historia sobre él para *The Other Side* cuando lo expulsaron del equipo de fútbol por decirle al entrenador Davidson que se fuera a la mierda. Pero Raúl también le dijo a Tony que se fuera a la mierda.

La piedra salió volando de sus manos hacia el pájaro, dejando un rastro en el cielo mientras volaba. Él falló. El

pájaro se fue volando, dejando un rastro en otra dirección. Cien piedras persiguieron a mil pájaros; una de ellos estaba destinada a conectarse.

“No lo hagas”, dijo Karla involuntariamente. “No lastimes a los pájaros”.

Todos se volvieron para mirarla. Podían sentir su hostilidad, como un viento frío. Dolores seguía sonriendo. Karla quiso sonreírle, pero no pudo. Ella estaba asustada. Podrían rodearla y apedrearla hasta la muerte. Ella era una intrusa, una outsider, diferente.

Y ella, que había sentido el cielo cantar en su sangre y las hojas grabar patrones en su cerebro, ella (que ve a todos los seres), no pudo mirar (en sí misma) el rostro de Dolores Rodríguez, quien le sonreía (y su propio yo) y esperó a que ella (en todos los seres) respondiera.

Ella era diferente; Karla le tenía miedo.

“No lastimes a los pájaros, Raúl”, imitó uno de los chicos, y luego comenzaron a llamarse en español, cosas que hicieron que Dolores pareciera avergonzada y sonrojada. O tal vez sólo parecía dolida, dolida porque Karla no le hablaba ni la reconocía. Ahora se estaba convirtiendo en un cachorro, un perro de aguas de ojos grandes y orejas caídas, y el resto eran perros de caza que se acercaban. Karla quería correr pero estaba congelada en el lugar. Quería sonreírle a Dolores

pero todo lo que pudo hacer fue una mueca de vergüenza. Los patrones de color en el aire parecían una red, una trampa.

Johanna se acercó.

“Oye, Raúl, ¿cómo estás, hombre? Dolores, cariño, ¿el viejo Jacobsen todavía te hace golpear esas teclas? ¿Cuál es tu velocidad actualmente? ¿Ciento cuarenta y dos?”

A raíz de Johanna, todo cambió. El aire se iluminó, los hilos de la red se astillaron en fragmentos de color alado que giraron, voltearon y volaron.

Dolores se alejó de Karla y dirigió su sonrisa a Johanna con alivio. “Más bien sesenta”, dijo. “¿Y tú?”

¿Cómo puede hacerlo, se preguntó Karla? ¿Cómo puede quedarse aquí y bromear con ellos, drogadas como estamos? Pero ya no la miraban; podía respirar de nuevo. Sin embargo, sintió una inquietud diferente. Johanna se sentía como en casa con ellos. Karla quedaba excluida. Quería que Johanna volviera. Quería que Johanna fuera igual que ella, su espejo, su gemela, sin ninguna diferencia importante. No podía soportar dejar que ella no fuera el mismo ser (en sí misma) que Karla (en todos los seres).

Pero Johanna era diferente. Ella era negra. Pero eso no era importante, pensó Karla. Toda su vida le habían enseñado y entrenado para creer que no era importante, que incluso

darse cuenta de ello era un prejuicio, pero ahora el ácido era como un taladro que sondeaba el corazón de cada pensamiento que había tenido, y tal vez ella estaba mal. Tal vez, sólo tal vez, había partes de Johanna, océanos y continentes, senderos y caminos, ríos y cavernas profundas, que Karla nunca había visto. Que se habían hecho invisibles y, al hacerlo, habían aniquilado a su mejor amiga.

Se sentía enferma, harta de sí misma.

“Vamos”, dijo, agarrando la mano de Johanna. “Llegaremos tarde, muy tarde, a la asamblea”. Johanna miró a Karla un poco perpleja, meneó la cabeza hacia los demás y se encogió de hombros. Pero ella se dio vuelta y se fue con Karla. El resto los siguió. Juntos cruzaron el césped y subieron las escaleras que conducían al auditorio. Karla luchó contra oleadas de pánico y disgusto. Era un rostro blanco en un mar oscuro, sola, vulnerable, intentando detener algo, contener alguna fuerza extraña. Pero estaba disgustada consigo misma por tener miedo, por no poder ser fácil, natural y real, como Johanna. ¿Qué haría ella para protegerse? ¿Volverle las mangueras a los mexicanos? ¿Poner perros en la garganta de Johanna?

Aliviada, entró en el auditorio. Dolores y sus amigas se sentaron abajo, pero Karla subió alto, a la grada más alta, y Johanna la siguió.

“¿Que pasa contigo?” –Preguntó Johanna mientras se hundían en sus asientos. Alguien en el podio hablaba en una lengua incomprensible, pronunciando frases sin sentido, sin sentido al menos cuando se las compara con la verdad de que nosotros (en todos los seres) íbamos a morir (en nosotros mismos).

Karla no respondió. Si abría la boca, se mostrarían todos los lugares feos y Johanna la conocería, la odiaría y, peor aún, se sentiría herida por ella. Karla nunca volvería a hablar. A la mierda la universidad. Que se joda Colombia.

Johanna irradiaba luz solar y olía a hierba recién cortada. “Háblame”, dijo. “Dime qué está mal.”

Karla tragó saliva, luchando por no hundirse y derretirse, por aferrarse a la isla donde el ácido simplemente afilaba los bordes de todo. “Tenía miedo”, admitió. Sí, esa era la palabra para describirlo, el zumbido, el nudo en el estómago y el cierre de la garganta que le había sucedido. “Estaba completamente sola con ellos, hasta que apareciste tú. No sabía lo que harían”.

“¿Sola? ¿Qué quieres decir con sola? Dolores estaba allí y es tu amiga, ¿no?”

Karla guardó silencio. Las voces en el podio zumbaban como si no fuera muy buena música. Música de ascensor.

–¿O quieres decir –dijo Johanna, pronunciando lentamente cada palabra– que eras la única chica blanca entre una multitud de engrasadores? ¿Es ese tu problema?

“No es que sean mexicanos”, protestó Karla. “Es sólo que no son como nosotras”.

“¿Qué quieres decir con eso?” –Preguntó Johanna.

¿Qué quería decir? ¿Que estudiaban inglés comercial en lugar de literatura mundial? ¿Que no leían a Herman Hesse o a Tolkien y se rascaban el pelo en lugar de lavárselo? Karla podía formar esos pensamientos, pero cada uno tenía su propio eco burlón y juzgador, y no podía sacarlos por la boca.

“¿Y a quién te refieres con nosotras?” Volvió a preguntar Johanna, cuando Karla no respondió. “¿Somos parecidas?”

“En todos los sentidos que cuentan”, dijo Karla. “Por dentro somos iguales”.

“¿Es eso así? ¿Qué te hace estar tan segura?” Ella no esperó una respuesta. “¿Cómo crees que es para mí? Tengo uno de los pocos traseros negros en esta escuela. Siempre estoy rodeada”.

“Pero eso es diferente”, protestó Karla. “Quiero decir, no tienes ninguna razón para tenernos miedo”.

Johanna la miró como si acabara de decir algo tan incomprensiblemente estúpido que no podía creer que las palabras hubieran salido de la boca de Karla. Estúpido, dijo la voz burlona en la propia mente de Karla, y la palabra resonó en el aire, dejando rastros como piedras voladoras. Estúpido, estúpido, estúpido.

Yo no soy parte de eso, quiso decir Karla. Mira a mi padre, allá abajo con los Freedom Riders¹¹. Mira a mi madre, dispuesta a alquilarte a ti y a tu madre, los únicos negros de nuestro barrio.

Pero no, no, no, eso estuvo mal. Karla se equivocaba. Ella era parte de ello. Ella había hecho su mal. Era una mentirosa, una estúpida y un fraude.

“Lo siento”, dijo Karla miserablemente. “Lo siento, lo siento, lo siento”.

“Perdón, ¿mi trasero es negro?”

“No. ¡Eso no es lo que quiero decir! Yo soy el problema”. Cuando lo dijo pudo ver EL PROBLEMA estampado en su interior con mayúsculas gigantes y luces de neón llameantes. Eso era ella y quién era, EL PROBLEMA.

11 Viajeros de la Libertad. Grupo de activistas por los derechos civiles de los años 60 y 70.

“¿Crees que quizás tú también deberías ser negra? ¿Hacerme compañía, tal vez? ¿Estar drogada y loca no es un impedimento suficiente para ti?

Karla se volvió para mirarla. Te necesito, quería decir. Necesito que seas como yo, por dentro donde cuenta, que me dejes ver en tu ser. Porque si estamos separadas allí, entonces estoy completamente sola, y algo me está succionando hacia abajo y hacia abajo y hacia abajo. Una nueva ola de ácido la invadió y estaba a punto de ahogarse o resucitar, dependiendo de lo que leyera en el rostro de Johanna.

Sus ojos se encontraron.

“Está bien, niña. De verdad”, dijo Johanna, y de repente se echó a reír.

Karla quería llorar, pero el ácido la llevó a un límite diferente. De repente les pareció tan divertido que se preocuparan por su piel cuando sus huesos se disolvían y los hilos de la realidad se deshacían a su alrededor. Las dos se rieron la una de la otra, pasándoselos de un lado a otro como ladillas.

“Cállate”, siseó alguien desde el final de la fila. Intentaron reprimirse, pero el esfuerzo sólo hizo que todo fuera más divertido.

Entonces la energía cambió. Peter Pierce, el presidente del cuerpo estudiantil, estaba hablando. Su voz sonó con determinación y desafío.

“Nosotros, el comité estudiantil, hemos tratado de trabajar con esta administración, pero han obstruido todos los intentos que hemos hecho para instituir cambios razonables. Creemos que no podemos ser educados para la democracia en un sistema fascista”.

“¿Realmente dijo 'fascista'?", susurró alguien detrás de ellas.

“Eso no puede ser políticamente correcto”.

“¡Maldita sea! Se ha vuelto radical”.

“¡No somos niños!” continuó. “Somos adultos jóvenes, algunos de nosotros lo suficientemente mayores como para que se espere que muramos en las guerras de nuestro país. ¡Tenemos derecho a vestirnos como queramos! ¡Algo anda mal en un sistema en el que los profesores están más interesados en la longitud del cabello de sus alumnos que en sus mentes!

“¡Muy bien, Peter!”, gritó alguien. La gente vitoreaba y gritaba.

Karla podía entenderlo. Eso estaba teniendo sentido, y su sentido común la sacó de sí misma. Ella podía entenderlo

porque decía la verdad. Fue una idea brillante: sacó su cuaderno y lo anotó. La verdad tiene sentido. Pero eso no era exactamente lo que quería decir, pudo verlo cuando las palabras fueron escritas.

La verdad es lo que se puede entender con una fuerte dosis de ácido.

Ella anotó eso en su cuaderno. Puede que sea importante. Quizás escribiría sobre ello para *The Other Side*. Algún día uno de sus lectores podría encontrarse vagando por este mismo desierto. Deberían dejarse señales entre ellos.

La verdad detiene las cosas.

Los estudiantes (que iban a morir) estaban rugiendo. Peter Pierce pedía acción, una manifestación durante el almuerzo.

Estaba brillante y no tenía miedo.

Se escaparon al césped para esperar su breve descanso antes de la educación física. Se tumbaron boca arriba en la hierba. Megan Ricci les regaló una caja de fresas.

“Disfruta”, dijo.

Johanna pasó la lengua por la carne roja. A los ojos de Karla, la fruta parecía magnificada. Cada semilla tenía una pequeña cola peluda, como un espermatozoide adherido al dulce y maduro óvulo. Johanna se lo llevó a la boca y recorrió

con los labios su forma redonda e hinchada. Una puñalada de sabor atravesó a Karla, no del todo dolor, no del todo placer.

“¿Captaste eso? ¿Viste eso?” Tony Klein se acercó corriendo, emocionado. “Marcher llamó a Pierce a la oficina inmediatamente después. Mira, todo este lugar va a explotar”.

Joyce Levine se unió a ellos. “¿Qué está sucediendo?”

“Lo sabremos en el almuerzo”, dijo Tony. “Si Marcher suspende a Pierce, será el peor error que jamás haya cometido”.

Dirigió su atención a Karla y Johanna. “¿Cómo está el equipo de exploración del espacio exterior?”

“Todos vamos a morir”, dijo Karla.

“Concedido. Pero espero que no antes de la hora del almuerzo.

Joyce todavía parecía preocupada. “Sólo desearía que te fueras a casa, antes de que suceda algo”.

Johanna levantó la vista. Ella empezó a cantar:

Ya no tengo hogar en este mundo
Ya no tengo hogar en este mundo

Adiós pena, alabado sea Dios, la puerta abierta,
Ya no tengo hogar en este mundo.

Karla conocía la canción del álbum *Incredible String Band*. Era un himno, le dijo Johanna, que a veces cantaban en la iglesia. Pero Karla sólo podía oírlo con voces celtas y aflautadas. Sí, ella estaba en el mundo equivocado, nació en el planeta equivocado. ¿Pero dónde estaba la puerta?

El timbre sonó. Joyce y Tony se marcharon.

Johanna yacía en el césped, con la luz del sol como manos sobre su cuerpo y la mitad de la fresa todavía en sus labios. Tenía los ojos cerrados. Parecía pacífica, como alguien nacido en el centro de las cosas, como alguien en casa.

“Vamos”, dijo Karla. “Tenemos que irnos”. A medida que el espacio a su alrededor se vaciaba, empezó a sentir una terrible inquietud. Se suponía que debían estar en otro lugar, haciendo otra cosa. Era peligroso estar donde estaban.

“Me quedaré aquí”, dijo Johanna, “al sol”.

“No puedes”.

“¿Por qué?”

“Así son las cosas. Tienes que jugar el juego”. El juego era todo lo que había, se dio cuenta ahora Karla. Sin él no había escudos contra el vacío.

“No más”, dijo Johanna.

Karla la sacudió. “¡Tienes que hacerlo! Esto aún no ha terminado”.

Cuando tocó a Johanna, sintió como si su mano atravesara las capas de la blusa y el suéter y se adhiriera a la carne de su hombro.

“Confía en mí”, dijo Karla. Alguien tenía que mantener el control. ¿Por qué tenía que ser ella?

Johanna confiaba en ella. Karla lo sabía. Johanna le había confiado sus oráculos y visiones infantiles, sus fantasías sexuales sobre John Lennon y la pequeña Stevie Wonder, las manchas secretas de sus primeras menstruaciones, su creencia en espíritus y el escondite de sus pastillas anticonceptivas para que Karla pudiera eliminarlas si ella, Johanna, muriera repentinamente. Confiaría en ella ahora.

Ella lo hizo. Siguió a Karla por el césped donde la luz danzaba entre los árboles.

Karla se había entregado a la voz interior socarrona que se burlaba y exigía. “Obedece”, decía. “Ponte en línea.” Sabía que había olvidado algo, algo importante, o que se lo había perdido en alguna parte, pero la voz continuó, llenando todo el espacio en su mente, diciendo: “Te meterás en problemas”, y no podía recordar lo que estaba haciendo, tratando de olvidar.

Cuando llegaron a las pesadas puertas dobles que conducían al vestuario de chicas, Johanna se resistió.

“No quiero entrar ahí”.

“Tienes que hacerlo”, dijo Karla bruscamente, casi sádicamente. Estaba enfadada con Johanna por necesitar que la arrastraran de un lado a otro como si fuera una niña y, sin embargo, se alegraba, en una parte de sí misma, de que Johanna hiciera lo que le dijera. Karla había demostrado una vez más que ella era la fuerte.

Johanna le dirigió una mirada larga y penetrante, como si pudiera ver algo agarrando los hombros de Karla, algo sombrío y diabólico. Pero ella la siguió.

El vestuario estaba gris y muerto y Karla se sentía allí como en casa. Ella entendió por qué construían estos lugares; lo que estaban apuntalando, lo que estaban excluyendo. Johanna tenía una mirada sombría, como la de un guerrero evaluando el terreno de batalla. Karla se sintió asustada. Ella quería ser la guerrera, la protectora. Ella no quería (y aun así lo deseaba muchísimo) ser protegida. A su alrededor, las chicas gritaban, llamaban y golpeaban puertas metálicas. Las voces agudas resonaron en los muros de hormigón. Karla estaba donde pertenecía, donde nada podía afectarla.

La costumbre las llevó al estrecho banco de madera al lado de sus casilleros. Las otras chicas se quitaban sus vestidos

brillantes y se ponían pantalones cortos negros y blusas blancas. Johanna se sentó y se quitó el suéter. Uno a uno, deliberadamente, abrió los botones de su camisa de algodón azul, para dejar al descubierto sus pechos desnudos.

Karla alcanzó el dial de su casillero y luego el hábito falló. El ácido la golpeó como un maremoto y la hundió. Ella no podía moverse. Venían por ella; los carros estaban en el horizonte y ella sintió el trueno en su cabeza, pero ningún Mar Rojo se abrió para ella porque no tenía fe. El diablo había deshecho lo suyo. Se había vendido por la seguridad de estas frías paredes grises y, mientras miraba, se estaban derritiendo. Algo estaba a punto de atravesarlas, para encontrarla incluso donde se había escondido. Había cedido al miedo, y el miedo la había traicionado a ella y a Johanna también, llevándolas a este pozo. Karla era una cobarde y ambas estaban perdidas.

Johanna empezó a quitarse la ropa y continuó. Se quitó la falda vaquera y se quitó la ropa interior. Abierta, se enfrentó a Karla, ofreciéndole algo y extendiendo la mano para tocar.

Karla seguía queriendo tapar a Johanna, como si eso arreglara todo, como si eso le permitiera permanecer escondida. Si tan solo pudiera abrir su casillero (pero no recordaba la combinación), solo para quitarse la ropa y ponerse su ropa de gimnasia (pero era imposible), solo si conseguía llegar a las filas de chicas en el campo (pero estaba demasiado lejos), entonces estaría a salvo. Pero ella nunca

volvería a estar a salvo. Había visto demasiado profundamente; ella sabía lo que subyace al juego.

Sonó la campana y las chicas, gritando, salieron corriendo como un vuelo de pájaros. Estaban solas mientras el reloj avanzaba lentamente.

Johanna la alcanzó.

“¡Tiempo!”, dijo Karla desesperada. “Nosotras–ellas...”

“Olvídate de todo eso”, susurró Johanna. “No importa ahora. Lo que importa es el corazón”.

Se abrió una grieta en la pared y, de repente, Karla la odió por abrirla. Deseó estar en otro lugar, en cualquier otro lugar. Con su escuadrón haciendo ejercicios. Responder preguntas de ensayo, decir mentiras.

“Tócame”, dijo Johanna.

Y aunque había pensado que el ácido podría ser tan fuerte como parecía ser, una nueva ola golpeó y Karla; ya no sabía dónde estaba, excepto que algo se estaba acercando a ella, o quién era, excepto que le dolía. No había lugar al que ir; venía de todas direcciones y, mientras Johanna extendía la mano, nunca habría ningún otro lugar a donde ir mientras esperaba, excepto enfrentar esa demanda. La demanda, como Johanna, el cielo y la luz del sol, los rostros de los

mexicanos y Harvey y Joyce y su madre, su padre, su yo demoníaco, todos lo hicieron: “¡Tócame! Tócame.”

Y algo en ella no quería tocar, no quería ser tocado, quería permanecer separado, inviolado, a salvo.

Los pechos de Johanna brillaban en aquel lugar gris como faros oscuros y luminosos. Cuando se permitió mirarlos, Karla sintió un anhelo como un hilo caliente que recorría su columna vertebral, por algo a lo que nunca podría ponerle nombre, tocar o alcanzar. Porque tenía miedo de alcanzarlo, mucho miedo. Su miedo erigía muros, elaboraba cacao, salvaba las cartas de su padre y ganaba becas para Columbia. Su miedo nunca le permitiría mirar honestamente a la cara a otro ser humano.

El rostro de Johanna estaba tranquilo, paciente, esculpido en fuertes planos. Los ojos de Johanna eran oscuros, como sus propios ojos, y estaban abiertos, y Karla podía caer en ellos, si se lo permitía, en el lugar donde desaparecían todas las separaciones. Los ojos de Johanna podrían salvarle la vida.

Lentamente, lentamente, Karla la alcanzó. Puso su mano sobre el corazón de Johanna. Y ella (que ve a todos los seres) la tocó (en sí misma) y ella (y ella misma) fue tocada (en todos los seres).

Gloria a Dios la puerta estaba abierta.

La suavidad las envolvió, manos como la luz del sol sobre piel aterciopelada, dedos delicados como alas de pájaro y lenguas húmedas tocándose, buscando, encontrando los lugares secretos donde todo fluía junto, y las alas batían, se agitaban, y los pájaros alzaban el vuelo.

El miedo desapareció con el toque del corazón.

VIII. EL DIARIO DE JOHANNA WEAVER

23 de mayo de 1967

Querida Sheba:

Son las cuatro de la mañana y no puedo dormir. Estoy escribiendo debajo de la ropa de cama con la linterna, para que mi madre no se entere. Todavía estoy drogada, pero todo ha ido mal. Me zumban los dientes en el fondo de la garganta y me siento temblorosa, como si fuera a vomitar. Oh, Sheba, me siento mal, mal, mal... y peor cuando recuerdo cómo me miraba mamá. Si tan solo pudiera despertarme por la mañana y empezar hoy de nuevo. Me quedaría en casa en la cama. Lo juro.

Dios mío, ¿qué hemos hecho?

Me estoy adelantando. Permíteme intentar escribir esto de alguna manera coherente. Bien, empiezo.

Tomamos el ácido. Eso ya debería estar claro. Y para empezar estuvo bien, mientras estuvimos detrás de los bungalows de música. Al menos cuando estaba al sol me sentía bien. Era un sol débil, porque el cielo estaba cubierto de nubes gris plomo, pero todavía podía sentir los rayos. Estaba pensando en cómo el tío Marcus siempre solía hablarme de los egipcios, de cómo adoraban al sol y de que eran negros, africanos. Me llamaba su reina del sol, su princesa.

Con el ácido me sentí egipcia. Me sentí como una sacerdotisa, como una reina. Mientras permaneciera a la luz del sol, estaba segura de que todo estaría bien.

Aún así, hubo algunos malos momentos. Todos los que me rodeaban tenían tendencia a convertirse en fantasmas ante mis ojos. Para empezar, estaba su color y la forma en que sus rostros se disolvían y sus cuerpos se derretían. Debajo podía ver el hueso. Huesos blancos, igual para todos. Todos íbamos a morir. El color del exterior no hacía diferencia en el hueso de abajo, ni en el aire arremolinado de arriba, donde los ángeles bailaban bajo el sol, dejando estelas tras ellos.

Incluso con ácido, por supuesto, teníamos que ir a clase. Karla había dicho que eso era bueno, que veríamos más allá de las mentiras. Pero fue difícil estar sentada allí escuchando

a Beckerman hablar de Historia y a Harvey hacer su viaje por la World Lit¹². Porque lo que estaba viendo no eran mentiras sino un juego en el que ya no creía. Pero bueno, ya sabes, podría manejarlo. Hasta que empezaron los problemas con Karla.

Estaba caminando por el campo, hacia los bancos camino al auditorio. Intento recordar cuándo o por qué, pero todo es un poco vago. Oh, sí, se convocó una asamblea para el tercer período. De todos modos, muchos chicos mexicanos pasan el rato por allí, Dolores, Raúl, Ramón y algunos otros que no conozco. Me acerqué y dije: “Hola, ¿cómo estás?”, algo así como disfrutando de poder, ya sabes, hablar mientras los ángeles bailaban a mi alrededor y las hojas de jacarandá se convertían en encaje. Pero Karla estaba allí, parada, mirando a Dolores como un insecto atrapado por la luz, sin decir una palabra y luciendo bastante rara. Mierda, pensé, va a hacer que nos arresten, pero luego me di cuenta de que tenía miedo. Me tomó un tiempo asimilarlo, pero finalmente entendí que le tenía miedo a Dolores y los mexicanos.

¡No lo podía creer! Jesucristo (si me permiten la blasfemia), ¿cómo puede tener miedo de Dolores Rodríguez? Es como tener miedo de un panecillo. Un panecillo dulce. Un donut de azúcar glaseado. ¿Qué diablos estaba pasando por la mente de Karla? Y no quería creer lo que pensaba que era,

12 Literatura universal.

pero cuando nos dimos vuelta y caminábamos hacia el auditorio, porque realmente no quería que me arrestaran y sabía que teníamos que mantenernos conscientes, comencé a tener mis sospechas.

Y luego fue como si me estuviera mirando como si por primera vez se hubiera dado cuenta de que yo también era diferente. Ahora siempre hubiera dicho que Karla no tiene prejuicios. Ella siempre defiende los derechos civiles y su padre está involucrado en ello. Hace un par de años pasamos días rogándoles a Betty y a mamá que nos dejaran ir al Mississippi pero, por supuesto, dijeron que éramos demasiado jóvenes. Recuerdo que Karla se lamentaba de que todo habría terminado cuando creciésemos y nos lo habríamos perdido. Mamá se rió. “Hija, desearía que eso fuera cierto”, dijo. “Pero esta batalla no terminará en un verano, ni en un año, ni en toda la vida. Estaba sucediendo mucho antes de que vinieras a este mundo, y seguirá sucediendo cuando estés lista para dejarlo nuevamente”.

Si Frank Harvey calificara esto, diría que estoy divagando. De todos modos, comencé a preguntarme, por primera vez, qué estaba pasando realmente dentro de la cabeza de Karla al respecto. Racismo, quiero decir, y ahí lo he dicho. Es malo preguntarse eso después de una fuerte dosis de ácido. Nunca hablamos de raza, excepto cuando a veces hacemos comentarios sobre el cabello o algo así. Pero la mayoría de las veces simplemente actuamos como si no hubiera ninguna diferencia, o ninguna que importara, y así es como siempre

pensé que debería ser. Pero cuando Karla lo dijo (lo que dijo fue que nos parecíamos en lo que cuenta, por dentro), me enojé.

La cuestión es que la diferencia está ahí, hablemos de ello o no. Yo soy negra, ella es blanca; las dos no somos iguales. El mundo no nos dejará en paz. Y de repente comencé a sentirme mal. Empecé a preguntarme si la razón por la que no hablamos de raza no es porque no importa, sino porque sí importa. Tal vez no soy yo, Johanna Weaver, en todo mi esplendor, la amiga de Karla, tal vez es como dicen, dentro de cada persona gruesa hay una persona delgada que intenta salir. Al igual que ella, dentro de mi negro hay un yo blanco que ella cree que es mi verdadero yo, y esa es su verdadera amiga, y la negrura es algo que debemos ignorar cortésmente, con la esperanza de que desaparezca. No lo estoy expresando bien, pero comencé a sentirme triste y enojada y a caer en espirales hacia abajo y hacia abajo, y ya ni siquiera era Karla ni nada que pudiera nombrar, sino todo y todos en todo este mundo de mierda.

Le pregunté a Karla si alguna vez había pensado en cómo era para mí, ser siempre la diferente, y entonces realmente me hizo enojar. Ella dijo que no tenía nada que temer. Luego me enojé tanto que no podía ni hablar, aunque me di cuenta enseguida que ella se sintió mal y empezó a disculparse como loca. Pero al mismo tiempo tuve que preguntarme por qué estaba tan enojada. ¿No era eso sobre lo que mamá y yo discutíamos todo el tiempo? Ella siempre me decía que

tuviera cuidado con los blancos, que no confiara en ellos, y yo tratando de decirle que es anticuada y paranoica. La madre de Karla es de la misma manera con los hombres: “Asegúrate de que alguien te acompañe hasta el auto y mira en el asiento trasero antes de entrar en caso de que alguien se esconda allí”. Nos reímos de ellas todo el tiempo.

“Sé que Karla es tu amiga, pero ¿por qué no te haces amiga de algunas chicas negras agradables con las que realmente puedas contar?”, dice siempre mi madre. “Pero mamá”, le digo, “¿por qué nos mudaste a un vecindario blanco si no querías que fuera amiga de chicas blancas?” “No dije eso, solo dije que desearía que tuvieras algunos amigos de tu propia especie”. “¡Karla es de mi propia especie!” Lo he dicho cien veces. Y ahora, cuando ella me dijo exactamente lo mismo, quise matarla.

Entonces comencé a sentir miedo. Porque sin ella estaba completamente sola, realmente sola. Habíamos ido juntas a este lugar donde nadie más podía seguirnos, y ahora habíamos encontrado lo que nos dividía. Parecía una prueba, como si nuestras vidas dependieran de lo que hiciéramos en ese momento. O tendríamos que vivir en un mundo donde esa diferencia importara, o tendríamos que borrarla. Ir más allá, pasar a través de ello. Y si pudiéramos, si pudiéramos hacerlo sólo una vez, todo este viejo mundo se haría añicos.

Ese es el verdadero problema del ácido, la peor alucinación. No es nada de lo que ves, sino la alucinación de que cualquier cosa que hagas importa muchísimo.

Supongo que esa es la verdadera razón por la que hice lo que hice en el vestuario. Todavía no lo entiendo exactamente. Todo lo que sé es que nos estábamos desvistiendo para ir al gimnasio después de que terminase la asamblea. El ácido realmente hizo su efecto y Karla y yo nos sentamos en el banco junto a nuestros casilleros. No podíamos movernos, lo único que podíamos hacer era mirarnos fijamente. Sabía que tenía que alcanzarla. Tenía que tocarla, dejar que ella me tocara, acercarme tanto que las diferencias pudieran disolverse. Sentí este increíble poder corriendo a través de mí, como si realmente pudiera cambiar el mundo, y me llegó una frase, como una voz, que decía: “Estás aquí para luchar por el corazón”.

Un guerrero del corazón. Guerrera del corazón.

De repente supe que era importante, que era lo más importante del mundo que nos tocáramos. Realmente tocar. Tocar profundo, debajo de la piel, debajo de las tonterías y las separaciones. Si pudiéramos tocarnos, podríamos salvar el mundo.

Entonces la alcancé. Y después de mucho tiempo, ella se acercó a mí. Y oh, Sheba, fue dulce. Tan dulce.

No puedo escribir sobre eso. Las letras en una página no pueden hacerle justicia. Era como deslizarse hacia otro mundo, un mundo tan perfecto, correcto y mágico que una vez que respiras su aire nunca puedes volver a ser la misma. Aunque nadie nos dijo jamás, ni siquiera insinuó, que ese mundo existía.

Pero supongo que no puedes permanecer en ese mundo por mucho tiempo. Mientras estás allí, parece una eternidad, pero afuera el tiempo continúa.

Finalmente escuchamos una voz y miramos hacia arriba. La señorita Wright, la profesora de educación física, estaba parada cerca de nosotras. Es una especie de mujer cuadrada; su cuerpo, quiero decir, con el pelo corto y los tobillos gruesos y las pantorrillas llenas de músculos, y mientras la miraba toda esa cuadratura comenzó a desvanecerse.

Ella preguntó qué estaba pasando y nos echamos a reír. Dios, ¡pensamos que eso era gracioso! Lo que estaba pasando estaba mucho más allá de lo que ella podía imaginar, y realmente pensamos que todo iba a cambiar en ese momento, que no solo nosotras sino nadie más volveríamos a ser los mismos. Así que era como estar en el Titanic y que alguien preguntase: “¿Hay algún pequeño problema con el barco?”. O como un niño que quiere que le expliques el juego cuando ha terminado.

“¿Estáis drogadas? ¿Qué drogas habéis tomado? preguntó, y simplemente nos reímos de nuevo. No pudimos detenernos. Cada vez que nos mirábamos, nos reíamos más y más. La señorita Wright regresó con la señorita Darley, la señorita Barbie Cara de Muñeca, como la llamamos, con su lápiz labial rojo brillante y su sombra de ojos azul, y a mí me parecía una muñeca o un payaso. Casi me oriné en los pantalones, excepto que no tenía ninguno. Ella me pareció muy divertida. Pensé que debía verse así a propósito, como una broma.

Nos dijeron que nos sentiríamos mejor si nos vestíamos, y pensamos que eso era realmente histérico porque nadie podía ni se había sentido mejor que nosotras en ese momento. Las niñas llegaron del campo y comenzaron a convertirse en diferentes animales, y Wright y Darley corrían con tanta fuerza para mantenernos alejados de ellas, como si pudiéramos contaminarlas. Y nos reímos porque sabíamos que estaban tratando de proteger algo que ya se había ido, muerto y acabado.

Wright y Darley lograron vestirnos, y luego nos sujetaron las muñecas con las manos y nos arrastraron hacia la oficina del director en el edificio administrativo al otro lado del césped. Incluso a través del smog, la luz del sol se sentía tan bien, lamiendo mi cara como un gato, y me reí porque me habían devuelto a donde más quería estar.

Considerándolo todo, como podrás deducir, pensamos que todo fue muy divertido.

Una multitud de estudiantes se reunió frente a las puertas del edificio administrativo. En el borde a la derecha de los escalones de hormigón, Peter Pierce estaba hablando. El sol iluminaba su cabello rubio, casi parecía coronarlo, y sentí que el juego realmente se iba a romper. Todo el mundo iba a liberarse, incluso las chicas con los peinados de yeso y los suéteres con forma de corazón y los chicos con reglas de cálculo asomando de los bolsillos de sus pantalones de poliéster. Iban a cambiar; iban a revolcarse en la hierba y manosearse como animales en el césped del edificio de Administración.

Lo que importaba era permanecer al sol. Lo sabía. A la luz del sol, no podía ser vencida. Había bajado a pelear una batalla y había ganado, y ahora la batalla por el corazón se estaba librando a mi alrededor, y yo era parte de ella. Wright y Darley intentaron arrastrarnos por el centro de la masa de estudiantes. Me senté en el césped y liberé mi brazo de su agarre.

“¡Levántense! ¡Levántense! Os ordeno que os levantéis”, gritó Darley. Pero el ácido me había enseñado mucho sobre cómo disolverse. Me tumbé en el césped y dejé que mi cuerpo se convirtiera en parte de la tierra, tan pesado que Darley no podría moverme. Darley gritó, Wright gritó un poco más, y entonces Karla estaba en el suelo a mi lado y

Tony Klein estaba en la cornisa gritando: “¡Protegedlo! ¡No dejéis que os lo quiten!

Joyce Levine me rodeó la cintura con los brazos, llorando y gritando: “¡Dejadlas en paz! ¡Dejadlas en paz! ¿No veis que les estáis haciendo daño? Tony saltó al suelo, sujetó el tobillo de Karla y comenzó a cantar: “¡Diablos, no, no la sueltes!”. y la multitud retomó el canto. Sentí manos sobre mí, sosteniéndome como si toda la multitud me reclamara como suya. Wright y Darley se alejaron. Capté la mirada de Karla y empezamos a reírnos de nuevo. Yo era una guerrera, había obtenido mi primera victoria y todo iba a cambiar. Todo.

Nos abrazamos, riendo y temblando, con el sol derramando diamantes sobre nuestras cabezas y los ángeles batiendo sus alas en el cielo, mientras la multitud crecía y los discursos se hacían más fuertes. Nos reímos mientras diferentes niños se levantaban gritando demandas y todos respondían a gritos. Todavía nos reíamos cuando los policías formaron una fila a lo largo del campo, entraron y empezaron a blandir sus porras.

Las porras soltaron a Joyce e hicieron que Tony soltara el brazo. La policía nos esposó las muñecas a Karla y a mí, y nos empujó hasta que nos levantamos. Y yo todavía me reía. Todavía pensaba que eran muy, muy divertidos, tratando de contener lo que habíamos soltado. Hasta que un gran puño blanco y pesado me golpeó en la boca.

Estaba demasiado drogada para sentir dolor. Pero de repente todo el universo se estremeció y se vino abajo. Como mirarse en un espejo cuando alguien le tira una piedra. Alguien gritaba y los policías me golpeaban, me clavaban sus garrotes en el vientre y me levantaban cuando empezaba a caer.

Siguieron golpeándome. Cada lugar donde me tocaron cantaba con una voz aguda y chillona. Entendí que necesitaban alcanzarme como yo había necesitado alcanzar a Karla, necesitaban tocarme en lo más profundo solo porque era diferente a ellos, solo para asegurarse de que no estaban realmente solos. Pero no sabían cómo hacerlo, no sabían cómo atravesar las barreras del corazón.

Karla me estaba mirando con sus ojos como grandes heridas redondas, y ya no se reía. Quería decir algo para hacerla sentir bien, pero yo tampoco me sentía tan bien. Tenía miedo.

Luego me metieron en un coche patrulla, con las manos esposadas a la espalda, de modo que tenía que seguir inclinándome hacia adelante para tratar de quitar mi peso de encima. La sangre goteaba de la comisura de mi boca. Pude saborearla. Karla se había ido, en otro coche aparte. A mi alrededor oí el zumbido y el crujido de las radios de la policía y voces frías que volaban como ángeles caídos arrastrados.

Estaba tratando de entender qué era real. Lo que teníamos en el suelo del vestuario, esa dulzura, me había parecido tan fuerte que podía resistir cualquier cosa. Pero la sangre, los puños y la maldad en las voces a mi alrededor, eso era realmente lo real. Ése era el mundo sobre el que me advirtió mi madre y no quería que ella tuviera razón. Quería creer en la magia y la dulzura. Pero tuve que luchar mucho, incluso para recordarlo, para echarle un vistazo. Lo único a lo que podía aferrarme era a la fase de guerrera del corazón.

Yo era una guerrera del corazón. Tendría que aprender a soportar el dolor.

Me llevaron a la comisaría, trajeron a Karla y la sentaron a mi lado en el banco. Nos acurrucamos juntas, todavía esposadas. Las paredes de la estación eran bloques de hormigón de color gris y verde. Los policías seguían haciéndonos preguntas y más preguntas. Nombres. Direcciones. Teléfonos del trabajo de los padres...

Karla estaba mirando la sangre en mi labio, los moretones que empezaban a colorear alrededor de mi ojo. Pero durante mucho tiempo no pude mirarla. Los policías no la habían tocado. Me preguntaba sobre eso. Quiero decir, había una explicación obvia de por qué me golpearon a mí y no a ella, pero todavía estaba con ácido, fuera de mi cráneo, así que tuve que preguntarme más profundamente, preguntarme ¿por qué? ¿Por qué hay esta diferencia, qué significa para ellos que yo sea negra y ella blanca? ¿Por qué deberían

aflojar los puños en mi dirección? Había sido bastante inofensiva, simplemente riéndome de todo. Pero eso no fue lo que vieron. Vieron a una chica negra riéndose de ellos. No, seamos honestos, vieron que un negro se reía de ellos. Y eso había que detenerlo.

“Johanna”, me susurró Karla, “no podemos permitir que nos hagan pensar que estábamos equivocadas. Así ganan. Fue real. No lo pierdas”.

Quería más que nada poder decir, simplemente, sí. Sí, fue real, ese dulce, dulce momento, sí, fue más real que esos puños y mi cara palpitante. Mi madre está equivocada, tu madre está equivocada, el mundo es un lugar hermoso, no lleno de peligros, fealdad y odio.

Pero no pude decirlo.

“Era real”, dije, “pero no es todo lo real”. Eso fue todo lo que pude lograr.

“Lucharemos contra todo eso juntas”, dijo Karla.

Y nuevamente, quería más que nada creerla, confiar en ella, confiar en que ella siempre sería un fuerte escudo a mis espaldas. Pero la había visto cagada de miedo con Dolores Rodríguez. ¿Qué clase de aliado era ese?

“Mmm”, respondí, exactamente el mismo tipo de murmullo que haría mi madre, y la madre de mi madre, y de

repente sentí como si estuvieran allí dentro de mi piel, una larga línea de antepasadas, que se remontaba a los días de la esclavitud y más allá, mujeres sin nada que dejar a sus hijas salvo un sonido y una mirada burlona. Yo era ellas; Seguía con ellas; por lo que sabía, “mmmnn” era una palabra en África, o el nombre de una reina, o un grito de batalla. Y de repente me sentí avergonzada. Había intentado escapar de esas mujeres con delantales y grandes manos negras. Tal vez fui yo quien intentó dejar de verme a mí misma, dejar de ser yo misma, no Karla, que estaba sentada con cara enferma, feroz y enojada, diciendo: “Quiero estar contigo”.

Sabía que lo decía en serio. Sabía que se sentía terrible porque yo estaba magullada y ensangrentada mientras ella estaba allí sentada sin marcar. Si hubiera podido partirse el labio, lo habría hecho. Y, sin embargo, yo era la que tenía el labio ensangrentado, la que estaba dentro del cuerpo que dolía, palpitaba y punzaba cuando el ácido comenzó a desaparecer un poco. Tal vez me habían hecho un favor, esos policías con los puños, haciendo visible la diferencia, marcándola para que ambas la viéramos, para que no pudiéramos ignorarla, no pudiéramos fingir.

“No te dieron una paliza”, dije, y pude ver que eso lastimó a Karla, tal vez tanto como los policías me lastimaron a mí.

“Cállate”, gritó el sargento de recepción. “No hables, u os meteremos en celdas separadas”.

Entonces me sentí mal. La miré a los ojos. Teníamos prohibido hablar, así que nos miramos y todo volvió a estar bien. Excepto en lo más profundo, donde algo había cambiado y no podía permanecer inalterado.

Ya es muy, muy tarde; deben ser las cuatro de la mañana. No puedo creer cuánto he escrito: páginas y páginas. Espero que nadie jamás vea esto hasta que yo esté muerta. Pero todavía no tengo sueño y si me quedo aquí y pienso, me volveré loca, así que bien podría intentar terminar y contar cómo terminó.

Tan pronto como mi madre cruzó la puerta de la comisaría, supe que iba a ser un mal momento, uno de esos momentos que hay que vivir de alguna manera. Intenté decirme a mí misma que no teníamos nada de qué avergonzarnos, sentirme tan honrada como me sentí después de que nos fotografieran por ir a la manifestación. Pero cuando mamá nos miró y se encerró en sí misma, no pude devolverle la mirada a los ojos. Es una mujer grande, pero parecía pequeña al lado de los policías y algo inocente, todavía vestida con su uniforme blanco de enfermera debajo de un suéter blanco y con el cabello cuidadosamente peinado. Ella me miró y se volvió hacia el sargento detrás del escritorio.

“Soy la señora Marian Weaver”, dijo, “y quiero saber qué le ha hecho a mi hija”.

“Creo que la pregunta es qué ha hecho”, dijo el sargento.

“Me ocuparé de ella por lo que ha hecho. Pero quiero saber por qué está sentada aquí, en su comisaría, con el labio ensangrentado y un ojo morado”.

“Resistió el arresto.” El oficial se encogió de hombros.

“Este no es el final del asunto”.

Esa es mi mamá. Ella misma podría darme una paliza cuando me llevara a casa, o amenazarme con hacerlo, porque en realidad nunca me golpea. Pero ella me defendería ante el mundo. Me sentí mal. Me dolía todo el cuerpo y me dolía ver a mi madre intentar protegerme. Se me ocurrió que ella también es una guerrera, que lucha las batallas cotidianas para simplemente mantenerse con vida. Y yo la abandoné, la decepcioné.

El tiempo pareció alargarse para siempre mientras ella hablaba con la policía. Finalmente nos quitaron las esposas y nos entregaron bajo su custodia, con una fecha de audiencia fijada para la próxima semana. Karla y yo estábamos calladas en el auto. No dijimos una palabra mientras Marian estacionaba y entramos a nuestra casa. Marian dejó su bolso sobre la mesa de formica en el rincón del comedor de la sala de estar, se cruzó de brazos y me miró fijamente.

“Está bien, Joanne”. Ella nunca me llamará Johanna a pesar de que se lo he pedido un millón de veces. No pensaría que

era tan importante. Quiero decir, ¿a quién se llama? “Ahora quiero que me mires y quiero que me digas la verdad. ¿Con qué has estado jugando?”

No pude responderle. No fue como la otra vez, cuando pude defenderme, discutir y justificar lo que hicimos. No tenía palabras que pudieran hacerle entender a mi madre.

“¿Qué droga estás tomando?”

“Ácido”, dije. Al menos sabía la respuesta a esa pregunta.

“Quiero saber. ¿Necesitas un médico, un psiquiatra o una correa en la parte trasera?”

Karla comenzó a avanzar hacia la puerta. Mi madre se volvió contra ella.

“¡Siéntate, jovencita! No te irás hasta que llegue tu madre. Hablé con ella y estuvimos de acuerdo en eso”.

Karla se sentó. Cuando mi mamá tiene ese tono de voz, no la enfades.

“Abre la boca, niña”.

“Lo siento”, dije. No era lo que quería decir. Quería decirte, mamá, te entiendo, todas las batallas que peleaste por mí, todas las largas noches estudiando después de un duro día de trabajo cuando yo era pequeña para poder conseguir tu

gorro de enfermera, todos los kilómetros de pasillos donde tus pies han caminado y las horas del turno de noche, todo para que pudieras darme algo. Pero lo que me has dado no es lo que quiero. Eso no es tu culpa. Diste lo único que sabes dar, todo lo que para ti significa no tener que inclinarte, suplicar y doblarte, pero yo quería volar. Quería ver detrás de todo y darle la vuelta en grandes olas florecientes de amor.

“Lo siento”, dije de nuevo.

“¡Lo siento! ¡Creo que lo sientes! ¿Cuánto te arrepentirás cuando te echen de la escuela? ¿Cuánto te arrepentirás cuando no te gradúes? ¿Cuánto te arrepentirás cuando no vayas a la universidad, cuando estés atrapada en un trabajo de mierda el resto de tu vida, limpiando los desechos de los que sí se graduaron? ¿Cuánto te arrepentirás cuando tengas un historial policial que te siga el resto de tu vida? ¡No me pidas perdón ahora!

Sus palabras dejaron rastros tras ellas, rastros de sangre. Nunca podré arrepentirme lo suficiente, nunca lo compensaré, nunca volveré. Un gong sonaba en mi cabeza, mal, ha ido, ha ido mal, y me dolía muchísimo y tenía ganas de vomitar. Karla, cuyo papá es abogado, después de todo, aunque esté en Nueva York y nunca venga a verlas y no obtengan mucho bien de él; pero aun así ella piensa de esa manera, le dijo a mamá que el tribunal sellará sus registros cuando cumpla dieciocho años.

“No quiero saber nada de ti”, le contestó mamá. “Has perdido tu derecho a hablar conmigo. Tal vez puedas permitirte el lujo de perder el tiempo con la locura, con tu papá como abogado y tu mamá con un doctorado de psicología. Pero no tienes por qué arrastrar a mi hija a esto”.

“¡Ella no me arrastró!” Dije, con el gong todavía sonando entre mis oídos. “Todo lo que hicimos, lo hicimos juntas”.

“Bueno, es lo último que harán juntas. Si juntas no tenéis más sentido común, será mejor que os mantengáis separadas.

Luego nos quedamos en silencio durante un largo rato, hasta que finalmente escuchamos el timbre y la madre de Karla entró corriendo. Betty siempre parece nerviosa, corre de aquí para allá y se muerde el interior de la mejilla cuando cree que nadie la está mirando. Hoy parecía gris y destrozada, como si alguien le hubiera arrancado la piel, la hubiera estirado y blanqueado, y sus manos se retorcían en el aire.

“¿Estás bien?” –le preguntó a Karla. Karla asintió. “No estás bien. Estás tomando alguna droga. ¿Qué sucede contigo? ¿En que estas?”

“Ácido”, dijo Karla. Ahora era su turno y me recosté para verla hacerlo. “Ya estamos bastante deprimidas”. Pero eso era sólo parcialmente cierto, porque mientras yo miraba, el

rostro de Betty comenzó a cambiar, su barbilla se hizo larga y afilada, sus ojos brillaban de manera mezquina y sus delgados labios se estiraban en una sonrisa de cocodrilo. Me llamó la atención lo fácil que es convertirse en un reptil, si no tienes mucho cuidado. Puede suceder en un momento; podría pasarme a mí.

“No mires hacia abajo. No pareces normal”.

“Estoy bien, mamá. ¿Vale?”

“¡Bien! Te metes en problemas en la escuela, te arresta la policía, me llaman al trabajo con una historia que ni siquiera puedo creer, te sientas ahí luciendo como una delincuente drogada ¿y tratas de decirme que estás bien?” Chasquear, morder, chasquear, con las enjoyadas mandíbulas del cocodrilo. Cuidado con el parloteo, amiga mía, las mandíbulas que muerden, las garras que desgarran. “¿Bien? ¿Es eso lo que piensas de tu comportamiento? ¿Que está bien? Y cuanto más se enojaba, más giraban a su alrededor las joyas en el aire. Oh, supongo que no estábamos realmente deprimidas en absoluto.

“¡Bien!” –gritó Betty. “Voy a llamar a tu padre a Nueva York”.

“¡Bien!” Karla se levantó abruptamente y le gritó. “¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! ¡Llama a mi padre! Llámalo y cuéntale cómo la policía golpeó a Johanna. ¿Por qué no estás enojada por eso?

Betty me miró, pude sentir sus ojos recorriendo mi labio ensangrentado, y se detuvo por un momento, asimilándolo. Luego volvió a encarrilarse y comenzó a hablar con Karla nuevamente. “¡No cambies de tema! ¡Estamos hablando de tu comportamiento!

“¡Entonces habla del puto mundo en el que tenemos que comportarnos! No hemos hecho daño a nadie. No hemos golpeado a nadie. ¡No hemos aplicado napalm a ningún bebé!

“¡No me vengas con política sobre esto! ¡La política no es una excusa para la autodestrucción! Sólo porque tu padre nunca aprendió eso no significa que tú también tengas que ser así”.

“¡Esto no tiene nada que ver con mi padre!”

Admiraba a Karla por enfrentarse a su madre, pero no podía unirme a ella. Era otra diferencia entre nosotras. Ahora me sentía mal, mal por haber lastimado a mi madre, mientras Karla se sentía mal porque Betty la estaba lastimando.

Betty llevó a Karla a casa y nos prohibieron hablar.

Me acosté y traté de dormir, pero no pude. Me quedé despierta durante mucho tiempo, sintiendo como si estuviera en una batalla por mi propio corazón. Porque me sentía cada vez peor, y cuanto más me sentía en ese

sentimiento, más bajo me hundía. ¿Cómo podíamos ser tan estúpidas? Nunca antes habíamos estado en problemas reales, pero ahora nunca saldríamos de ellos. Mi madre tenía razón. Le había fallado, la había traicionado a ella y a esa larga fila de mujeres detrás de ella que habían sufrido y sobrevivido para que yo pudiera estar al sol. Me dolía la cabeza y la espalda y me dolía el estómago. Me acurruqué en mi cama, abrazando el dolor como si fuera una lección que necesitaba estudiar y memorizar.

A medianoche estaba sollozando sobre la almohada, tratando de amortiguar el sonido de mi voz. La puerta de mi habitación se abrió y entró mi madre. Se sentó en el borde de mi cama y puso su mano en mi espalda, como solía hacer cuando yo era pequeña y tenía fiebre y no podía dormir. Quería sollozar en voz alta, pero tenía el aliento atrapado en mis pulmones y no podía soltarlo. No merecía soltarlo, sentir el toque reconfortante de mi madre.

“No quería que nunca te lastimaran de esa manera”, murmuró, en voz baja, como si estuviera confesando algo vergonzoso que hubiera hecho. “Puedo soportar el sufrimiento, pero no puedo soportar que tú sufras”.

Salió el sollozo, me volví hacia mamá y dejé que me meciera y me abrazara como a una niña. “Quería que las cosas fueran fáciles para ti”, dijo. “Nunca quise que sintieras un puño en tu cara”.

“Pero es real, mamá”, susurré. “No puedes protegerme de lo que es real. Y tal vez lo fácil no sea lo que quiero”.

“Lo que sea que quieras, niña, no puedes sacudirlo del árbol antes de que esté maduro. Se necesita tiempo, Joanne. Y trabajo y paciencia. Tienes que cuidar la tierra y llevar agua a las raíces”.

Estaba llorando ahora, a pleno pulmón, fuerte y claramente. Me preguntaba si Karla podría oírme a través de la ventana abierta.

“Silencio, niña”, dijo mamá. “No es tan malo como todo eso. Verás. Nos las arreglaremos. Sobreviviremos. Nosotras siempre lo hacemos.”

Cuando se fue, me quedé allí durante mucho tiempo, mirando el arbusto de camelia fuera de mi ventana. A la luz de la luna, podía ver las flores, los capullos y los capullos abiertos y los que tenían los pétalos ya arrugados y listos para caer. Son los primeros en florecer en primavera y los primeros en pudrirse. Y lo que estoy tratando de entender es cómo el mismo mundo puede contenerlos a ambos: toda esa belleza y toda esa oscuridad. Ese momento de estrella rosa en el que Karla y yo nos tocamos, ya se estaba poniendo marrón por los bordes. No pudimos aguantar. Los pétalos se nos caían en las manos. Habíamos fracasado, lo habíamos arruinado, y ahora estábamos separadas, y la flor nunca volvería a abrirse.

Me pareció escuchar una voz, como la de una anciana. Podía imaginar su rostro, oscuro, amable y arrugado.

“Silencio, niña”, dijo. “Lo importante es tu intento de tocar la verdad, no tu fracaso en mantenerla. Nadie puede sostenerla”.

Entonces me di cuenta de que alguien me perdonó. Una de esa larga fila de mujeres detrás de mí: una anciana bruja que preparaba pociones para incorporarlas en la comida de los dueños de esclavos o una antigua sacerdotisa junto a un río verde de la jungla, o una reina que adoraba al sol. Alguien sabía cómo era, alguien había estado aquí antes. Y tal vez, sólo tal vez, la encontraría de nuevo: la estrella, la flor, incluso algún día el fruto. Sería la búsqueda de mi guerra, mi santo grial. Porque Karla y yo siempre sabríamos que era posible. Lo recordaremos una vez que lo hayamos vislumbrado, y ese momento nos perseguirá y se interpondrá en el camino de todo lo demás que no esté a la altura de sus objetivos prometidos. Tendremos que seguir avanzando, buscando, encontrando y perdiendo, y encontrando de nuevo, una y otra vez, una y otra vez. Porque no podremos conformarnos con menos.

Cueste lo que cueste. Sin importar lo que dure.

Johanna

IX. DÍA DE DESCANSO EN NAMCHE

Adoptaré sólo la actitud del estado mental iluminado, la amistad y la compasión, y alcanzaré la iluminación perfecta por el bien de todos los seres sintientes.

***–La gran liberación a través de la audiencia
El bardo. El libro tibetano de los muertos***

Maya estaba sentada en la polvorienta sala de espera de la pequeña estructura de madera que servía como único banco de Namche. Se encontraba frente a un largo mostrador donde el único empleado parecía ocupado en una transacción interminable con un sherpa mayor. Afuera, el sol de la mañana formaba un arco sobre los altos picos,

iluminando crestas y cañones y desterrando las sombras, mientras ella estaba sentada atrapada en un rincón oscuro.

Mi momento no es el adecuado, pensó. Debby todavía no ha venido. Los rododendros tardarán semanas en florecer. Son similares a las camelias; ¿Cómo puedo esperar un nuevo florecimiento cuando todos los capullos están bien cerrados?

Ella estornudó. A su alrededor se arremolinaba polvo y tosía suavemente. La habitación polvorienta no ayudaba a sus pulmones y el empleado no parecía estar más cerca de terminar su transacción.

¿Por qué me ofrecí a hacer esta pequeña tarea? se reprendió a sí misma. Debe haber habido una mejor manera de tratar de ser un miembro útil del grupo.

La noche anterior, Carolyn y Peter habían provocado una crisis menor cuando regresaron de su paseo y describieron con entusiasmo las tiendas de Namche, donde se vendían suéteres de lana de yak, gorros de punto, alfombras, mantas, libros encuadernados a mano, pulseras, collares, aretes y pulseras de plata martillada; anillos en la nariz que harían que la piel se volviera verde en unos pocos días; tallas de hueso de yak; dagas enjoyadas y cálices hechos de cráneos humanos, esperaban a los compradores.

“Tenzing, Tenzing, ¿por qué no nos dijiste que había lugares para comprar?” Se lamentó Lonnie. “¡No traje dinero extra!”

Tenzing sonrió. Sus ojos oscuros se arrugaron en dos estrechas rendijas, rodeados por las huellas radiantes de otras mil sonrisas de buen humor que se habían extendido por su rostro ancho. Tenía un brillante bigote mandarín que enmarcaba su boca llena y una espesa mata de pelo negro que le caía sobre la frente.

“¿Vienes hasta el Himalaya para ir de compras?” bromeó. Hablaba inglés con fluidez, pero con un acento dulce que transformaba “ella” (she) en “ver” (see) y “comprar” (shopping) en “empapar” (sopping).

“Somos estadounidenses”, le informó Lonnie. “Comprar es lo que hacemos”.

“Eres lo que compras”, añadió Maya. Peter hizo una mueca y Carolyn frunció los labios. Está bien. No fue tan divertido. ¿Así que, qué? Sólo intentaba ser agradable, bromear y reír con los demás en lugar de mirar fijamente las páginas del diario de Jo, perdida en sus propios recuerdos.

“¿No crees que la gente tiene suficientes estereotipos sobre los estadounidenses ricos como para fomentarlos deliberadamente?” dijo Peter.

“No tengo que fomentar el antiamericanismo”, espetó Maya. “Mi gobierno se encarga de eso por mí”. De repente, todo el mundo se puso tenso, congelado en una sucesión de poses instantáneas sobre la habitación, durante sólo un instante, un latido. Podríamos tener un conflicto aquí, pensó Maya. ¿Cómo hice eso? ¿Es mi aliento? ¿Mi encanto personal? ¿Por qué me sigue pasando esto en los grupos? Estoy bien mientras los lidere, pero déjenme intentar estar en uno...

Recordó la última reunión horrible del círculo ritual que esperaba iniciar hacía unos años. Johanna había abandonado después de la primera reunión, diciendo que estaba cansada de ser la única chica negra en un mar de blanco. El grupo se reunió durante unos meses y luego comenzó a pelear.

“Tú dominas el grupo”, había acusado Phyllis a Maya. “O te vas de viaje o tienes que ser el centro de atención”. Carrie había estado de acuerdo; Barbara y Jeannie estaban sentadas en silencio, luciendo incómodas. Necesito ayuda, quiso decir Maya. Acabo de pasar un fin de semana canalizando el dolor de cuarenta mujeres. Estoy cansada. Pero de repente todos los demás se pusieron alegres y felices, diciendo lo bueno que era que por fin hubieran hablado honestamente. Maya nunca había regresado.

¿Tenía razón Phyllis? se preguntó a sí misma. ¿Le estoy gritando a Peter como una perra loba desafiando al macho dominante por el control de la manada?

Carolyn se volvió hacia Maya y sonrió pacíficamente. “No te preocupes. Peter tiene una abeja en el capó sobre la forma en que se ve a los estadounidenses en el extranjero”.

Está intentando reparar la estructura del grupo, pensó Maya. Debería ayudarla.

“Tengo unos cien dólares en efectivo... Podría prestarte algunos, Lonnie”, ofreció. “Y tengo mis cheques de viajero”.

“Supongo que hacemos algo bueno comprando”, reflexionó Carolyn. “Traer dinero a la economía local”.

“Sí y no”, dijo Peter. “Se podría argumentar que distraemos a la economía local de producir para satisfacer las necesidades de la población local. No es que eso les impida a ustedes, señoras, comprar todas las joyas baratas que puedan conseguir”.

“El banco cobrará los cheques de viajero”, habló Tenzing. “Si tienen suficiente dinero disponible. Todo se transporta montaña arriba y abajo en trenes de yaks, ¿sabéis?”

“Cómete el corazón, Wells Fargo”, dijo Lonnie.

Maya tenía pocas ganas de comprar. Oh, seguro que conseguiría algo para Johanna y Rachel, pero ya habría tiempo para eso en Katmandú. Los estadounidenses en el Tercer Mundo estaban sujetos a una especie de frenesí. Lo había visto en los mercados de artesanías de México y en los pueblos montañosos de Guatemala; un brillo en los ojos, un aliento febril y laborioso en presencia de lo brillante, lo colorido, los productos hechos a mano y tejidos a mano, cada uno contando horas y horas de trabajo de alguien, y todo barato, barato, muy barato. Maya había sido inmune a la fiebre de compras en ese momento. No tenía dinero de sobra ni un hogar al que enviar las cosas.

Y ahora prefería experimentar Nepal primero y comprar después. Pero ella intentaría ser útil, hacer las paces. Así que se ofreció a cobrar sus cheques de viajero y prestar algunas rupias a Lonnie, Jan y Carolyn. A cambio, Jan se había ofrecido voluntaria para llevar la ropa interior y las camisetas sucias de Maya para lavarlas en el río.

Debería haberme inclinado por el trabajo de lavandería, pensó, al aire libre, limpiando la ropa golpeando piedras junto al pequeño arroyo que corría junto a la estupa. Oh bien. Al menos tenía un poco de tiempo a solas para pensar en el diario de Johanna.

Las secciones que había leído habían abierto sus recuerdos y la habían dejado sintiéndose desnuda, melancólica, medio atrapada en la visión ácida que despoja lo falso de lo

verdadero, la máscara del rostro interior. O eso parece. Ese era su problema ahora. Nunca había perdido la visión, pero había perdido la creencia en su importancia. No sólo la creencia adolescente de que una visión podría cambiarlo todo, sino la esperanza de que cambiara algo.

Cerró los ojos por un momento, contenta de alimentar su melancolía, disfrutando del silencio.

“Aquí no son muy eficientes”.

La voz sacó a Maya de su ensoñación. Se volvió hacia Howard, del grupo de trekking, que se había sentado a su lado en el banco.

Howard sonrió y al instante ella se sintió molesta. No era tan malo, intentó convencerse Maya, enumerando sus puntos buenos. Era alto y de rasgos regulares y su cabello rubio ondulado mostraba sólo la más mínima sugerencia de adelgazamiento en las sienes. Sus rasgos eran agradables y obviamente era lo suficientemente inteligente como para realizar un buen trabajo. Estable. Responsable. Era un hombre alto, fuerte y saludable, cualquier madre estaría orgullosa de llamarle su hijo. Pero llevaba su cuerpo tan incómodo, como si fuera algo que hubiera tomado prestado y tuviera miedo de mellar.

“¿Cuánto has estado esperando?” preguntó, mirando su reloj.

“No tanto. El tiempo funciona de manera diferente aquí”, dijo Maya. Su impaciencia se desvaneció ante la de él. De repente se mostró serena, aceptando, como una veterana de muchas transacciones lentas en el Tercer Mundo. “Me contactarán cuando estén listos”.

Se sentó y se ajustó la falda. Debajo llevaba sus pantalones deportivos de algodón, lo que tal vez no fuera la mayor declaración de moda, pero aliviaba el terrible problema de las irritaciones en los muslos. Y proporcionaba un poco más de acolchado en el duro banco.

“Podríamos estar afuera, disfrutando del sol”. Suspiró Howard.

Justo lo que ella misma había estado pensando, entonces ¿por qué se sintió tan irritada cuando él lo dijo?

“Siéntete libre de irte”, dijo Maya dulcemente. “Estoy muy feliz de poder esperar sola”.

“Oh, no”, dijo Howard apresuradamente. “Quiero cobrar algunos cheques propios. Además, me interesa mucho ver cómo operan los bancos en estas latitudes. Sabes que escribo software sobre aplicaciones bancarias”.

“No, no lo sabía”.

“Sí, ahora mismo estoy trabajando en un sistema para Citibank, para su división hipotecaria”.

“Qué interesante”, dijo Maya cortésmente, deseando que él simplemente se fuera y la dejara escribir en su diario.

“Lo que hace el programa es ayudar a los analistas a clasificar toda la información sobre las solicitudes de préstamo que recibe, para descubrir qué es realmente relevante desde el punto de vista estadístico. ¿Cuál crees que es el mayor problema al que se enfrentan las empresas hoy en día?

“No sé.” «Oh, Howard, por favor cállate y déjame pensar».

“Adivina.”

Maya suspiró. “¿Agotar todos nuestros recursos naturales?”

“No.”

“¿Una deuda nacional paralizante?”

“Eso es un problema, pero no el peor”.

“¿Qué tal ocho años de política fiscal totalmente irresponsable por parte de los republicanos?”

Howard negó con la cabeza. “Información”, dijo con autoridad. “La sobrecarga de información es el mayor problema al que se enfrentan las empresas hoy en día”.

“No lo dices en serio.” Los redondos ojos azules de Howard estaban fijos en Maya. Cuando hablaba, parpadeaba nerviosamente. Está intentando ser amable, pensó Maya. Está tratando de involucrarme, entretenerme y salvarme de lo que él ve como una situación aburrida.

“Verá, hay muchas cosas que sabemos, mucha información flotando por ahí, pero a menos que esté organizada, no se puede utilizar”.

“A menudo tengo ese problema”, dijo Maya, dispuesta a interactuar con él. “Muchas veces, cuando escribo, necesito una referencia de un libro determinado, y sé que tengo el libro, pero maldita sea si sé dónde encontrarlo”.

“¿Cómo organizas tu biblioteca?” –Preguntó Howard. “¿Alfabéticamente o por tema?”

Maya se rió. “Utilizo el sistema RPJ: para libros, documentos, cuentas, todo”.

“RPJ... ¿Qué significa eso?”

“Montones aleatorios de basura”.

Howard se rió, un seco “je, je” que reconoció que estaba haciendo una broma. “¿Cómo funciona eso para ti?”

“Sólo pierdo mis archivos de impuestos una vez cada dos o tres años”, dijo Maya. “Encontré mi pasaporte el día antes de

partir para este viaje, y sólo perdí las galeradas de mi último libro durante tres o cuatro días. Yo diría que funciona bien”.

Este último comentario pareció dejar a Howard en silencio. Maya sacó su diario. Tal vez captaría la indirecta y dejaría de hablar con ella. Ella comenzó a escribir.

“Es curioso lo que recuerdo al leer el diario de Johanna, al ver mi propia vida desde otro ángulo...”

“Admiro la forma en que llevas tu diario, tan disciplinado, siempre escribiendo”, dijo Howard.

“Soy escritora” Maya cerró su diario con un chasquido. Si la irritación fuera realmente una medida del amor, reflexionó, ella y Howard estarían muy lejos del pedregoso camino del romance. Aun así, no creía que eso fuera exactamente lo que Johanna había querido decir.

“He pensado en escribir un libro”, dijo Howard. “Sería diferente al tuyo, por supuesto. Más bien una revista técnica. ¿Es difícil?”

Maya se mordió el labio. Nada la molestaba más que la gente que decía que iba a escribir un libro. Ella forzó una sonrisa.

“¿Alguna vez has escrito un trabajo final, Howard?”

“Por supuesto. En casi todas las clases que tuve, en la universidad”.

“Escribir un libro es como escribir veinte o treinta trabajos finales. Ya ves, ya lo has hecho, más o menos.

“Nunca pensé en eso”, admitió Howard.

En ese momento, el dependiente apareció por fin detrás del largo mostrador de madera. Maya se levantó, presentó sus cheques de viajero y esperó esperanzada su dinero.

El empleado tomó sus cheques, miró uno pensativamente y le dio la vuelta como si nunca antes hubiera visto algo parecido. Llamó a un segundo empleado de una habitación trasera para realizar una consulta. Después de un momento, le presentaron un formulario largo para que lo rellenara y firmara, y la dirigieron arriba para esperar en una habitación polvorienta llena de viejos libros de contabilidad encuadernados en cuero, por las atenciones de un tercer empleado.

“Esto es fantástico”, murmuró Howard, siguiéndola detrás. “Es como algo sacado de Charles Dickens”.

“La Oficina de Circunloquios”, dijo Maya. Su impaciencia hacia Howard estaba empezando a desembocar en un disgusto por todo el sistema bancario de Nepal. “Aun así, es sorprendente que tengan un banco aquí, donde todo tiene

que entrar y salir en espaldas humanas o zopkios, como dijo Tenzing. ¿Crees que tienen trenes de yaks blindados?

“No lo creo.”

“Te hace apreciar a Karl Marx”, dijo Maya.

“¿Marx?” Dijo Howard, sorprendido. “¿Por qué te hace apreciar a Karl Marx?”

“La teoría del valor trabajo”. Había empezado a abordar este tema sólo para decir algo, pero a medida que avanzaba empezó a convencerse a sí misma. “Sabes. Tiene mucho más sentido aquí, donde hay que hacer un esfuerzo físico puro en cada acto simple. Cada piedra de cada edificio fue llevada a la espalda de alguien. No es casualidad que cada revolución marxista exitosa tuviera lugar en lo que hoy llamaríamos un país subdesarrollado. Incluso si contradice totalmente la propia creencia de Marx de que el socialismo evolucionaría como un desarrollo natural del capitalismo”.

Diosa, ¿de qué estaba hablando? Si tan solo Rio pudiera escucharla ahora, o Daniel, quien la había llamado antiintelectual porque se había negado a abrirse camino a través del *Das Kapital*. Debería haberle explicado lo útil que podría ser la teoría para poner nerviosos a los Howard del mundo.

Pero ¿por qué estaba siendo tan indirecta? ¿Por qué no decía como Greta Garbo “Howard, quiero estar sola”?

Desde el interior del edificio apareció un hombre con los rasgos uniformes y oscuros de los nepalíes de las tierras bajas, luciendo una gorra de aspecto oficial. Tomó el fajo de papeles que ella ya había completado y firmado, los examinó cuidadosamente y se los devolvió, señalando varios lugares que se había perdido y donde se requería su firma. Luego asintió, tomó sus cheques, su pasaporte y los papeles y desapareció en una habitación trasera.

“Todo esto podría ser computarizado, de manera muy simple”, dijo Howard, mientras repetía cada procedimiento detrás de ella. “Piense en el tiempo que ahorraría. Podrían dirigir toda esta oficina con un solo hombre”.

“Howard, aquí sólo tienen electricidad cuatro horas al día y no empieza hasta después de las seis. Y además, basta con encender una bombilla por familia”.

“Podrían hacerlo con energía solar o reforzar sus capacidades hidroeléctricas”.

“Pero necesitarían que alguien instalara el programa, les diera servicio, programara la computadora y la despiojara, o como se llame, cada vez que falla. No me parece.”

“Depurar”, dijo Howard. “No despiojar, sólo depurar”.

“De todos modos, de esta manera emplean a media docena de personas, dan sentido a sus vidas, y se quedan recopilando expedientes sobre turistas desventurados que

quieren cobrar un cheque. ¿Qué crees que están haciendo ahí atrás? ¿Hablando por radio con Katmandú para averiguar si la CIA nos busca?

“¿Lo crees?” Howard bromeó nerviosamente, como si sospechara que así era.

“Últimamente no”, le aseguró Maya. Ella tuvo un repentino y adolescente deseo de decir o hacer algo escandaloso, algo que lo dejara atónito y escandalizado y demostrara irrevocablemente que ella era diferente a él, que era el tipo de persona que se atreve a las cosas contra las que todo el mundo te advierte.

Madura, se dijo a sí misma con firmeza. No utilices al hombre para reforzar tu propia imagen. Sé amable con él o pídele amablemente que se vaya. De todos modos, la gente no estaba tan escandalizada estos días. Pasados ligeramente desagradables eran bastante comunes, junto con el pelo verde y la cabeza medio afeitada. La juventud rebelde se veía obligada a tomarse la molestia y el gasto de perforarse el ombligo, los pezones o el clítoris. Ella se estremeció. No gracias.

Finalmente, el hombre de la gorra reapareció, se retiró al rincón más alejado de la habitación, abrió un libro de contabilidad y comenzó a copiar a mano gran parte de la información que Maya le había proporcionado. Howard observó con horrorizada fascinación.

“Piensa en ello como una aventura”, le dijo Maya. “Algo que decirles a los chicos en casa”.

“Debería escribir un artículo al respecto”, dijo Howard. “Para el boletín *LK*. Me pregunto si podría justificar la deducción de parte del viaje en mis impuestos”.

“¿*LK*?”

“Lambert-Klein. Donde yo trabajo.”

“Mira, no lo puedo creer. Aquí viene, con rupias reales en la mano”.

Maya recibió sus rupias con la debida gratitud y luego se sintió obligada a esperar hasta que Howard recibiera las suyas. Bajaron las escaleras y salieron por la puerta al frío y azul día.

“Eres tremendamente paciente”, dijo Howard. “Eso casi me vuelve loco”.

“Aprendí a tener paciencia cuando vivía en México, cuando tenía veintitantos años”, dijo Maya.

“Oh. ¿Qué estabas haciendo allí?”

Ella le guiñó un ojo y cedió a la tentación. “Huyendo de la ley”.

Debby todavía no había aparecido cuando regresaron a la casa de Ang. Ella no había enviado más noticias. Pero Khunde, donde estaba ubicada su clínica, estaba a medio día de camino. A menos que hubiera salido al amanecer, no era posible que hubiera llegado a Namche todavía. Maya todavía podría llegar más adelante esa misma tarde.

El grupo se distribuyó entre el largo banco y los pequeños taburetes, agrupándose alrededor de las diminutas mesas de té de la sala principal de Ang. Pembila, la esposa de Ang, los presionó para que probaran un poco de su queso casero, una sustancia seca parecida a la tiza con un fuerte sabor a cabra hecha con leche de dzo¹³ o yak hembra. Ella se rió de las caras que hacían y se burló de ellos, ofreciéndose a cocinar otras delicias sherpas.

Jan la dibujó y Maya esperaba que pudiera captar algo de la belleza de la mujer, su orgullo por su casa y sus habilidades. Pembila no estaba promoviendo ninguna imagen, pensó Maya, simplemente era quien era. O al menos, admitió, así es como yo la veo. ¿Cómo diablos lo sé? Quizás por dentro se esté burlando de nosotros. “Esos excursionistas débiles, que no saben hacer queso, apenas pueden arrastrarse cuesta arriba. ¡Soy mucho más genial que ellos y espero que se den cuenta!”

13 Un dzo, es un animal híbrido macho resultado de cruzar un yak con una vaca.

Los chicos de intendencia empezaron a servir tazas humeantes de chiyaa¹⁴, té caliente con leche y patatas fritas cubiertas con huevos fritos. Era mucho más frito de lo que Maya estaba acostumbrada, pero no se quejaba. La grasa contrarrestaría el frío. Movió su pequeño taburete para mirar hacia las ventanas. Frente a ella en el banco, Tenzing estaba sentado entre Carolyn y Lonnie. Jan estaba al lado de Lonnie y Maya not  que tenían los tobillos apretados.

Bastante dulce, pens . Ella admiraba su imaginación; llevar a cabo romances en lugares exóticos a pesar de que vivían a miles de kilómetros de distancia, Lonnie en Portland, Jan en Santa Fe. Lonnie le había informado a Maya en su primera noche en Katmandú que ella y Jan se habían conocido un año antes en una gira de Olivia Records por Grecia. Ella había impartido esta información con sólo la sugerencia de una pregunta en su voz y una rápida mirada al rostro de Maya, para ver qué podía leer all . Maya reconoció la danza. Ella debería haber dado el siguiente paso, algún comentario ligero para hacerle saber a Lonnie que ella sabía que los cruceros de Olivia eran una escena de solteras lesbianas, debería haber dejado caer alguna referencia casual a Johanna. Luego sería etiquetada y aceptada, y las tres

14 La chaya, conocida como chaya, árbol espinaca o chiscasquil, es un arbusto robusto de hojas perennes; ha demostrado a través de diversos estudios científicos propiedades terapéuticas y se usa en la medicina tradicional como antioxidante, antiinflamatorio y para tratamiento de diabetes y enfermedades renales

podrían formar su propio club secreto de amigas para el resto del viaje.

Pero Maya había guardado silencio. No porque estuviera avergonzada de estar con Johanna, sino porque nada de su relación con Johanna parecía encajar en ningún molde. Habían tenido pasión, ciertamente, momentos que las golpearon como si todo Sagarmatha cayera sobre ellas, ríos de leche arrojados, pájaros aleteando, cabras correteando, paredes de hielo desmoronándose en la avalancha. Pero también habían tenido heladas tempranas y heladas glaciales prolongadas.

No, nunca habían sido capaces de definir lo que eran juntas, de comprometerse con algún grupo identitario. Cada vez que una de ellas lo intentaba, la otra se oponía. En ocasiones, Maya había anhelado la comodidad de pertenecer a algún lugar, pero luego Johanna se resistía. Recordó la pelea que habían tenido cuando intentó persuadir a Johanna para que se uniera a un grupo de apoyo para parejas de lesbianas interracial.

“¿Somos lesbianas?” había preguntado Johanna. “¿Somos siquiera una pareja?”

“Vivimos juntas”, había dicho Maya. “Nos amamos. Tenemos relaciones sexuales cuando nos apetece. ¿Necesitamos algún tipo de certificado?”

“Somos amigas antes que amantes”, afirmó Johanna.

“¿Eso va en contra del código lésbico?” –Preguntó Maya.

“No, pero el hecho de que cada una de nosotras salgamos ocasionalmente con hombres sí lo es. Conozco a esas mujeres. Te devorarán y te escupirán por asociarte con el enemigo.

“La palabra todavía te asusta”, dijo Maya. Estaban acostadas juntas en la cama y Maya se dio la vuelta y le murmuró algo al oído a Johanna. “Lesbiana, lesbiana, lesbiana”.

Johanna la apartó y se sentó muy erguida, enfadada. “No, la palabra no me asusta. Pero estoy en una situación diferente a la tuya. Es bastante fácil para ti llamarte lesbiana y hacer el gran gesto político. O hippie, o revolucionaria, o cualquier maldita cosa que quieras. Pero soy una mujer negra antes que cualquier otra cosa, y la primera palabra es negra”.

“¿No puedes ser una mujer negra y lesbiana, incluso si eres una especie de bisexual encubierta? No lo diré. Piensa en Audre Lorde”.

“No estoy segura de que sea lo correcto para mí reclamar alguna otra identidad que me separe de la mayoría de mi gente”.

“Estás divagando”, dijo Maya.

“No estoy bromeando, lo estoy pensando”. Johanna se volvió hacia Maya. “Y tengo que pensarlo por mí misma, ¿vale? ¡No para ti, no para Audre Lorde, no para algún Comité de Teoría Feminista, sino para mí!

“Si ser quién eres te separa de la gente, ¿no es ese su problema?” Maya había dicho suavemente. “¿No es necesario educarlos?”

“¿Cómo puedo educarlos si estoy separada de ellos?”, suspiró Johanna. “¡Maya, mi gente me necesita! Mi trabajo para esta vida es luchar por los niños. Tengo que poner eso primero. Estás en una situación diferente, como dije antes”.

“¿Cuánto diferente? ¿No soy una mujer?, para citar a uno de los tuyos. ¿Y una mujer judía, además? Oh, sé que eso no es lo mismo que ser negro, pero también es una identidad. ¿O estás insinuando que mi gente no me necesita?, se preguntó Maya de repente. Ciertamente, los judíos en Estados Unidos parecían estar bien sin su ayuda activa. Sin embargo, descubrió cierto dolor al pensar que tal vez no la necesitaran en absoluto. ¿Quién lo hacía entonces?

“Eso no es lo que estoy insinuando”, dijo Johanna pacientemente. “Tienes un papel diferente que desempeñar en esta vida. Puedes sorprender a la gente, desafiarla y superar sus límites. Sé que eso tampoco es fácil... pero te da

una libertad que yo no tengo”. Se recostó y deslizó su brazo debajo de los hombros de Maya. “De todos modos, ¿cómo empezamos a hablar de todo esto? No necesito un grupo de apoyo para estar contigo, amor. Sólo necesito que estés conmigo, cuando nos apetezca a ambas.

Maya apartó las últimas patatas fritas. Un poco más y sería demasiado pesada para los pobres sherpas si se desplomara en el camino y tuvieran que sacarla. Después de todo, era importante pensar en los demás.

Quizás Johanna tuviera razón, pensó Maya. Siempre he creído que mi papel en esta vida es ser la que se atreve a los pases altos y peligrosos. Si es así, ¿qué haré en esta gira?

La pregunta le recordaba a la chica del suéter verde. Se volvió hacia Tenzing.

“¿Vienen muchos jóvenes a hacer trekking a estas montañas?”, preguntó.

“Oh, sí”, dijo Tenzing. “Yo mismo, de vez en cuando, he guiado a grupos de ellos. Vienen en viajes escolares o con el programa en el que yo trabajaba”.

“¿Qué es eso?” –preguntó Carolyn. Ella todavía estaba comiendo patatas, cortándolas lentamente en pequeños trozos y masticando delicadamente mientras los demás ya bebían su té y comían la fruta enlatada. A pesar de su pequeño tamaño, comía tanto como cualquiera de ellos,

observó Maya. Hasta aquí la teoría de las calorías. La herencia debe ser el factor decisivo. Cogió una oblea, que los nepalíes llaman galletas al estilo inglés.

“Es un programa para jóvenes, entre la secundaria y la universidad. Vienen a vivir al Tercer Mundo durante un mes y realizan proyectos para ayudar a la comunidad. Solía ser asesor, pero luego lo dejé”.

“¿Por qué?” –Preguntó Peter. Estaba sentado en otro taburete bajo, a la derecha de Maya. “¿No te gustó?”

Tenzing negó con la cabeza. “¡Fue terrible!”, dijo. “¡Esos jóvenes rebeldes! Cómo intentaban acorralar a una manada de yaks. No querían trabajar, no querían estudiar. Les gusta fumar hachís y beber cerveza y divertirse en sus habitaciones toda la noche y luego dormir la mitad del día. '¿Porque venís aquí?', les pregunté. “Vuestros padres han gastado miles de dólares para que vinierais aquí, cuando podríais drogaros, divertirlos y dormir en casa en Estados Unidos”. ¿Lo entiendes?” Se volvió hacia Peter, pero Carolyn respondió.

“Las drogas alivian el dolor”, dijo en un tono que molestó a Maya sólo porque parecía absolutamente segura de la respuesta. Si Carolyn no estuviera casada, fuera profesional y delgada, admitió Maya, si fuera, digamos, una ex convicta de 300 libras hablando en una reunión de AA (Alcohólicos Anónimos), podría decir exactamente lo mismo y no molestar a Maya en absoluto. El contexto lo es todo.

“Hay muchos jóvenes que sufren en Estados Unidos, y no todos están en los guetos”, continuó Carolyn con seriedad.

“Eso es absolutamente cierto”, dijo Peter; para Maya su buena apariencia mejoró su tono algo pomposo y paternal. ¿Por otro lado, qué significa eso? Se preguntó ella. ¿Es sólo el condicionamiento social general el que favorece a los hombres? ¿Significa eso que me veo compitiendo con Carolyn y veo a Peter como una especie de premio? ¿Es un anhelo interior de una figura paterna fuerte?

Oh, Betty, si tan sólo pudiera hablarte y analizar esto contigo. Es precisamente el tipo de cosas, el único tipo de cosas, con las que realmente podríamos conectarnos. Cómo te encantaba hacerlo también: toma una pequeña reacción, una oración, una palabra fuera de lugar y dale la vuelta hasta que puedas sacarle algún significado. Apuesto a que eras una muy buena terapeuta, incluso si estabas loca como un viejo granero en tu vida personal.

“Las drogas también proporcionan placer”, dijo Lonnie, acercando su cuerpo sólo un milímetro al de Jan.

“No estoy de acuerdo en que todo sea alivio del dolor”, comentó Maya. “Yo diría que las personas que consumen drogas buscan algo que nuestra cultura no ofrece. Como la magia”.

“Acabo de leer un artículo sobre eso”, dijo Carolyn. “Por un junguiano. Se preguntaba por qué hay tal aumento de interés en la astrología, los cristales, las diosas y todo el material de la New Age (Nueva Era). Entrevistó a doscientas personas suscritas a *Astrology Today*”. Clavó otro trozo de patata y lo señaló con el tenedor. “Afirma que el arquetipo del mago está resurgiendo en la cultura moderna como respuesta a nuestra decepción con la tecnología en una era de armas nucleares”.

Peter les sonrió benignamente a todos. “Carolyn apuesta por todos esos trucos junguianos. Yo también soy más un hombre de sistemas familiares”.

“Apuesto a que eres Capricornio”, dijo Jan alegremente. “O un Tauro, tal vez. ¿Cuándo es tu cumpleaños?”

“Doce de septiembre”.

“Un Virgo, entonces. Sabía que tenía que ser un signo de tierra”.

“Y si hubiera sido Acuario, ¿habrías dicho que sabías que tenía que ser eso?”, la desafió Peter.

Jan negó con la cabeza. Su largo cabello pálido enmarcaba su rostro delgado y pálido y su boca estrecha se hundió y luego se puso rígida. “Tienes una cualidad terrestre. Nunca podrás ser Acuario”. Su voz era tensa, ofendida.

Lonnie corrió en ayuda de Jan. “Soy Acuario. Con Escorpio en ascenso”.

“Es una buena combinación para un abogado”, aseguró Jan a todos.

Tenzing se volvió hacia Maya. “Entonces crees que los jóvenes quieren magia”, dijo. “¿Por qué?”

“Porque están buscando respuestas simples”, intervino Peter. “Como todo el mundo en estos días. Ya nadie quiere pensar”.

Maya intentó darle a Peter lo que Miss Manners llamaría una mirada fría. La buena apariencia no es más que una excusa, pensó. Estaba acercándose a la línea.

“Nadie te pidió tu opinión”, espetó Lonnie.

“Disculpe”, dijo Peter, arrastrando las palabras con sarcasmo. “Estaba respondiendo a lo que pensé que era una pregunta general”.

“Estabas reclamando territorio”, dijo Lonnie con calma. “Como siempre hacen los hombres. Tenzing estaba hablando con Maya, ¿no es así, Tenzing?”

“No es importante”, dijo Tenzing, su sonrisa se volvió ligeramente ansiosa. “No hay nada por lo que enfadarse. Pero Maya, ¿qué opinas?”

Maya respiró larga y profundamente. “Dion Fortune definió la magia como 'el arte de cambiar la conciencia a voluntad'. No hay nada simple en eso”.

“Las drogas cambian la conciencia”, dijo Peter. “¿Las llamas mágicas?”

“Estoy diciendo que la conciencia ordinaria es restrictiva. Todos necesitamos alivio, de vez en cuando. Todos necesitamos entrar en el reino donde todo cobra vida. Si nuestra cultura no nos enseña a hacerlo sin drogas, entonces usaremos lo que tengamos a mano”.

“¿Entonces estás defendiendo el consumo de drogas?”
—preguntó Carolyn.

Maya negó con la cabeza. “No. Estoy defendiendo lo que hago”.

“¿Que es qué?”, preguntó Lonnie.

“Yo enseño magia”.

El grupo guardó silencio.

Finalmente habló Peter. “Espero no haberte ofendido”.

“La ignorancia no me ofende”, le aseguró Maya dulcemente.

“Greenwood, Greenwood... ¿Eres Maya Greenwood, la escritora?” –Preguntó Lonnie.

Maya asintió.

Los ojos azul pálido de Jan brillaron. “Oh, me preguntaba si lo eras cuando vi tu nombre en la lista del grupo. ¡Estoy tan emocionada!

Querida Diosa, esto era exactamente de lo que Maya había venido al viaje para escapar. Estaba cansada de la admiración. Era una carga, una exigencia. Debería haberse inventado una carrera diferente. Soy diplomática, detective privada, espía internacional. Sí, eso es lo que ella y Johanna realmente habían querido ser, hace tantos años, tumbadas en el suelo viendo *El hombre de Uncle* en el televisor en blanco y negro de Marian y teniendo fantasías sexuales con Illya Kuryakin. El buen ruso.

“He oído hablar de ti”, dijo Carolyn, apartando por fin su plato. “Escribiste ese libro sobre Venezuela. ¿Estás haciendo Nepal ahora?

“Me has confundido con otra persona”, dijo Maya. “Nunca he estado en Venezuela. Y no sé si escribiré sobre Nepal o no. No vine aquí para escribir. Vine por motivos personales”.

Consideró comerse otra galleta. Si el peso estaba determinado por la herencia, ¿por qué no?

“¿Cómo se enseña magia?” –Preguntó Tenzing. “A nosotros esto nos parece muy extraño. Nuestros lho-wa (¿magos dirías?) son muy secretos. No dan conferencias”.

“Me encantaría conocer uno”, dijo Jan. “¡Eso realmente sería algo!”

Tenzing negó con la cabeza. “Son peligrosos. No te acerques a ellos a la ligera. Nos encontraremos con el Rinpoche¹⁵ en Tengpoche. Será una buena experiencia para ti”.

“Así que estás en el circuito de la New Age”, dijo Howard. “Eso me interesa”.

“¿Haces curaciones?” –Preguntó Tenzing.

“En cierto sentido”, dijo Maya. “La curación práctica no es mi principal talento. Lo que trato de sanar es nuestra imaginación cultural destrozada”.

Tenzing lo consideró. “¿Cómo haces eso?”

“Principalmente a través del ritual. Enseño a la gente cómo crear sus propios rituales y enseño las habilidades para sentir

¹⁵ Rinpoche es un título honorífico usado en el budismo tibetano como una forma de mostrar respeto. Se usa detrás del nombre del maestro. Se distingue de lama, otro epíteto usado como forma de respeto que equivale a «maestro».

y mover la energía que hacen que un ritual sea más que una fórmula”.

“Eso suena muy extraño”, admitió Tenzing. “¿Cómo se puede crear un ritual? Nuestros rituales son cosas muy antiguas, transmitidas durante muchos años”.

“Pero alguien los creó en algún momento”, dijo Maya. “Tal vez hace miles de años, tal vez hace diez años, tal vez ayer. Podemos escuchar e inventar tan bien como lo hacía la gente hace mucho tiempo. En nuestra tradición, decimos que la Diosa siempre nos está hablando”.

Excepto que en mi caso ella parece haberse callado recientemente. Pero no es necesario entrar en eso.

“¿Qué diosa es esa?” –Preguntó Tenzing.

“Las antiguas Diosas de Europa”, dijo Maya, “que son encarnaciones particulares de las antiguas Diosas de todas partes”.

“No sabía que Europa tuviera diosas”, admitió Howard. “Excepto las de los griegos, por supuesto, y supongo que las de los romanos también.

“No estás solo”, dijo Maya. “La iglesia hizo un buen trabajo al convencer a la gente de que cualquier gesto de adoración a la Diosa era brujería, pura y simple. Pero la Diosa subyace a toda la civilización europea, si se le puede llamar así”.

“Esa es una teoría encantadora”, dijo Peter, inclinándose hacia la mesa para llenar su taza de té. “Pero no hay evidencia arqueológica que lo respalde”.

“¡Mierda!” dijo Maya. “Hay toneladas de evidencia. Lee a Gimbutas. Lee a Mellaart”.

“Acabo de leer un artículo en *The Journal of Anthropology* que te contradice”, dijo Carolyn. “Según los autores, nunca existió un verdadero matriarcado”.

“¡Nadie dijo nunca que así fuera! No estamos hablando de una inversión especular de lo que tenemos, con mujeres en la cima en lugar de hombres; simplemente sostenemos que la sociedad era más igualitaria. El poder aún no estaba estructurado según el género. Sé que a los académicos les resulta difícil imaginarlo, o tal vez simplemente se resisten a mirar las evidencias que podrían obligarlos a mirar de nuevo cómo se divide el poder en esta sociedad”. La voz de Maya se elevó. Cálmate, se dijo a sí misma. Apenas estás siendo un ejemplo vivo de la tranquila serenidad que aporta la Diosa. Por otro lado, ¿quién dijo alguna vez que los grandes poderes de la vida, la muerte y la transformación (Deméter, Hécate, Pele, Kali o Afrodita) tenían mucho que ver con la serenidad? La rabia, la pasión, la tristeza, el éxtasis o el desamor estaban más en su línea.

La sonrisa de Tenzing era tensa. Maya respiró hondo, deseando no haber venido nunca en el viaje o haber venido

sola. “Estoy de vacaciones”, dijo. “Me gano la vida discutiendo sobre la Diosa. En este viaje quería alejarme de esto por un tiempo”.

Carolyn mostró una sonrisa. “Peter y yo disfrutamos de una buena discusión. Pero puedo oírte decir que no”.

“A veces lo hago”, dijo Maya, casi esperando que la discusión degenerara en un diálogo de Monty Python. «No, no lo haces. Sí. Eso no es un argumento; eso es contradicción».

“De todos modos, no discutamos ahora”. Carolyn volvió a sonreír. “Me interesa saber más sobre tu trabajo”.

“Entonces, ¿qué harías exactamente?” –Preguntó Peter. “Supongamos que viniera a ti y te dijera, enséñeme a crear un ritual, ¿qué me diría?”

“Yo te diría que un ritual no es tanto lo que haces, sino leer la energía, responder a ella y crear un contenedor para ella”.

“¿Cómo?” –Preguntó Lonnie.

“Bailar, cantar, tocar el tambor... cualquiera de las antiguas técnicas para cambiar la conciencia”, dijo Maya. “Un verdadero ritual es siempre una historia representada de transformación. Tal vez sean brujas bailando alrededor del mayo para celebrar las crecientes energías fértiles de la primavera, o tal vez sean judíos sentados alrededor de una

mesa comiendo pan sin levadura para celebrar la liberación de sus antepasados de Egipto, o monjes bailando bajo la luna llena con máscaras para celebrar el triunfo de Buda sobre la Ignorancia. No importa en qué cultura estés o qué religión practiques. Si el ritual funciona, si los actos tienen poder, algo cambia en ti. Alguna energía creativa se desata, o algo se libera, o alguna ignorancia propia se ilumina. Desearía poder describirlo mejor, pero por más que lo he intentado, las palabras no pueden decirte lo que sucede. Tienes que experimentarlo.”

“¡Vamos!” dijo Jan con entusiasmo.

“¿Por qué no? Haz algo de magia por nosotros”, dijo Peter.

“No hago trucos”, dijo Maya bruscamente. “Yo no saco conejos de las chisteras. Y no hago magia para nadie. Cuando ocurre la magia, es porque es el momento adecuado y todos la están creando juntos”.

“¿Cuándo crees que podría ser el momento adecuado?”
–Preguntó Jan.

“Ya veremos.”

Cuando terminó el almuerzo, Debby todavía no había llegado. El grupo se fue a visitar el museo sherpa y Pembila prometió que si Debby aparecía, le diría adónde habían ido.

La calle principal de Namche Bazaar se curvaba alrededor del saliente en forma de herradura que sostenía la ciudad. La estrecha calle, lo suficientemente ancha como para que pasara un yak cargado, contaba con una pequeña y polvorienta oficina de correos y el banco. En la curva, bajaba un nivel y debajo había tiendas y puestos de vendedores ambulantes que ofrecían artículos de primera necesidad: pilas, aceite, refrescos, así como equipo de camping, joyas, artesanías y otros objetos turísticos. El ramal superior de la carretera iba cuesta arriba, fuera de la ciudad hacia el museo y el sendero hacia el Monasterio Tengpoche.

Mientras Maya subía la empinada colina, no pudo evitar desear que hubieran ubicado el museo en algún lugar más bajo. Pero los sherpas no pensaban nada en una escalada como esta y, en teoría, tampoco debería hacerlo el excursionista visitante para quien se construyó el museo. Una cofradía de personas en buena forma física. Estoy en este viaje con falsos pretextos, pensó Maya. No soy una persona que esté en forma y se nota. La sangre de generaciones de pálidos eruditos corre por mis venas. Por otro lado, la misma sangre fluye por las venas de Debby, y ella sin duda podría subir esta colina con suficiente combustible para quemar y nunca había necesitado vigilar su peso como lo hacían Betty y Maya. Tal vez Debby era una cambiante, cambiada en su cuna por la bebé gordita que estaba destinada a ser la verdadera hermana de Maya.

Abajo, Namche abrazaba su meseta en forma de U, y detrás, una cadena tras otra de montañas empujaban y acunaban el colgante valle. La vista le recordó otros pueblos que había conocido, otros pueblos que parecían alejados en el tiempo, fuera de la carretera. Pero éste tenía una belleza e integridad especiales, en sus paredes de piedra y techos de tejas, en su armonía de formas. Aquí no había ninguno de los techos de hojalata ni las paredes de bloques de cemento que estropeaban los pequeños pueblos montañosos de Guatemala, ni ninguna de las gigantescas iglesias que eclipsaban las aldeas de México. La estupa blanca que se alzaba en los campos inferiores era pequeña, cómoda y estaba integrada en la ciudad en lugar de dominarla. Las ruedas de oración en sus pequeñas casas de piedra que bordeaban el arroyo se mezclaban con la tierra oscura y sin labrar de principios de primavera.

Durante un rato, Maya deambuló por las salas del pequeño museo, contemplando la colección de vestimenta, herramientas y utensilios de cocina tradicionales sherpa. Pero las exhibiciones la entristecieron. Ya se había erosionado mucho. En lugar de botas de fieltro, los sherpas modernos probablemente usaban Nike destartadas. Las mujeres complementaron sus tradicionales jerséis y delantales a rayas con suéteres y chalecos de segunda mano, y los niños pequeños lucían camisetas del Hard Rock Café. Cocinaban con cacerolas de aluminio en lugar de ollas redondas de cobre. Sin embargo, ¿qué quería ella?, ¿que

siguieran conservados en la pureza preindustrial, como figuras en un museo al aire libre, para alimentar las fantasías románticas de turistas como ella que anhelaban un mundo que aún no hubiera sido arruinado? Qué placer sería caminar por una tierra sin caminos, sólo senderos; pasear por una ciudad donde ningún automóvil emitiese humo ni con radios a todo volumen; sin embargo, podía ver el incansable esfuerzo físico que requería vivir de esa manera. Por mucho que admirara el paisaje virgen, no tenía ninguna duda de que los sherpas, a los que se les ofrecían coches, lavadoras y televisión, aprovecharían el día y nunca mirarían atrás, como tampoco ella cambiaría su procesador de textos por una estilográfica.

Todo era demasiado para ella. Salió del museo y subió la pequeña elevación que había detrás. Hacia el oeste se abría un nuevo panorama de montañas que reflejaban la luz en sus picos nevados. Uno de ellos, había dicho Tenzing, era Sagarmatha. Desde ese ángulo no parecía más alta que cualquier otra montaña. De hecho, no pudo distinguir cuál era. Debería poder sentir algo, pensó. Algo de energía, algo de poder, un gran despertar. Estaba segura de que si pudiera ver a la Diosa Madre del Universo, el Rio Leche debajo de mí, volvería a vivir. Pero no pasa nada.

Aún así, las montañas eran hermosas, bajo el cálido resplandor dorado de la luz del atardecer. Debajo de ella, sobre la hierba verde, un caballo blanco pastaba pacíficamente. Quizás me estoy esforzando demasiado,

pensó. Quizás no tenga que tener la Gran Experiencia Espiritual. Si me dejo ir, si me permito disfrutar de la belleza de aquí, tal vez una pequeña camelia florezca, aunque sea por un momento. Se sentó en el borde de su chaqueta impermeable y se abrazó las rodillas.

“Es hermoso, ¿no?” Dijo Howard, apareciendo repentinamente desde alrededor del edificio y dejándose caer a su lado. “¿Sabes cuál es el Monte Everest? Tenzing dijo que podíamos verlo desde aquí”.

“Howard, estoy tratando de meditar”, dijo Maya. Allí, por fin había sido directa con él. No había razón para sentirse culpable sólo porque parecía herido y se fue murmurando demasiadas disculpas y perturbando el aire. Así que ahora será mejor, pensó Maya. Meditar, eso es. Cruzó las piernas en posición de loto y apoyó las manos, con las palmas hacia arriba, sobre las rodillas. ¿Por qué me irrita tanto? Es bastante dulce, tiene buen corazón; simplemente no lee la energía. Aún así, esa no es razón para querer dispararle al tipo. Betty habría dicho que él representa una parte de mí que no quiero ver. Pero en realidad, él es exactamente de lo que he estado huyendo durante veinte años. El tipo de hombre con el que a Betty le hubiera gustado que me casara.

No, eso no es justo para ella. Maya recordó cuando los viejos amigos de la escuela de Betty de Milwaukee fueron de visita y trajeron a su tímido hijo. Leonardo, ese era su nombre. Debby y Maya habían jugado a prisioneros de

guerra con él, atándolo en una caja de naranjas y escondiéndolo hasta que lloró. Su madre tuvo que rescatarlo y ambas se metieron en problemas. Más tarde, cuando Leonard y sus padres se fueron, Betty se echó a reír.

“Su padre fue a la escuela conmigo”, les dijo a sus hijas. “Él siempre me invitaba a salir y yo no lo soportaba. ¿Os importa? ¿Os importa que no me haya casado con él? Tal vez estaríamos todos juntos y viviríamos en Milwaukee, en una casa grande junto a un lago”.

Debby y Maya gritaron que no, hicieron movimientos de arcadas y se rieron juntas. Oh, Betty, tenías tu lado salvaje. ¿De qué otra manera terminaste con Joe Greenbaum? Es sólo que te hubiera gustado que Debby y yo no cometiéramos tus errores, que encontráramos hombres que nos cuidaran. Peter, habrías querido que estuviera con él, si no fuera japonés. El macho alfa, siempre marcando su territorio. Nunca entendiste por qué no podía soportar a hombres así, por qué no necesitaba un proveedor sino un héroe o, en su defecto, un forajido. Huí con tanta fuerza de los Howards y Peters del mundo que corrí directo a los brazos de los Rios. Que no necesitan leer la energía porque ellos mismos la generan, pero que no son muy buenos cuidando a nadie.

No, tus hijas no han triunfado donde tú fracasaste. No hemos encontrado hombres que nos cuiden.

Maya abrió los ojos y observó la luz jugar en las montañas, bailando de cara de hielo a cara de hielo, calentándose hasta alcanzar un dorado más profundo a medida que se ponía el sol. Podía mirar el sendero que conducía a Tengpoche y Kala Pattar, el sendero que conducía al campamento base y las laderas del propio Chomolungma, o más allá, serpenteando y serpenteando a través de un país donde los turistas rara vez van. A lo lejos, en el sendero, pudo ver una mancha verde moviéndose, alguien caminando solo, hacia la naturaleza. Maya sacó su cámara de su mochila y miró a través del lente de zoom. Reconoció a la chica del café y del puente. Ella no estaba saturada de Howards. No, ella estaba sola en algún lugar, reuniendo poder, como debería estar Maya. Sí, ese era el problema con este viaje, con todo su concepto del mismo. Había perdido su poder. ¿Cómo podía esperar encontrarlo nuevamente en una visita guiada?

Tenzing salió con los demás. Todos estaban un poco alejados, dándole privacidad. Estaba señalando las montañas, el pequeño pico de aspecto insignificante que era Sagarmatha, Chomolungma. Maya siguió su dedo. Allí estaba, una montaña como cualquier otra montaña. Si tan solo pudiera acercarse lo suficiente para sentir su inmensidad, para absorber el poder de su poder. Diosa Madre del Universo, vengo a ti con las cenizas de mi propia madre sobre mi espalda. Soy alguien que busca poder, no para controlar sino para conocer, sanar y ser; y cada vez en mi vida, cuando lo busqué, abandoné a alguien. Mi madre.

Rio. Johanna. Jomolungma, Sagarmatha, ¿dónde encuentro poder ahora que estoy demasiado vieja para eso? Ya no soy la Vidente, ni la Virgen, desparejada y libre, estoy en la etapa de la vida en la que debería ser la Cantante, la Madre, la Criadora, la que crea, sostiene y cambia, cuando debería estar procreando, terminé con la maternidad y pasé a la Segadora. No tengo hijos propios y mi madre está muerta y ya no sé si estuvo bien, Sagarmatha, dejarla como lo hice, lastimarla como lo hice. A los diecisiete años estaba tan segura de todo. Pero ahora soy casi de mediana edad y no estoy segura. No estoy nada segura.

X. JUNIO DE 1967

Es extraño, pensó Karla mientras doblaba su ropa, cómo el mismo lugar puede existir en mundos diferentes de ser y de sentir, como si verdaderamente universos paralelos estuvieran uno al lado del otro, provistos de los mismos edificios y calles, amueblados con las mismas colchas y persianas. Como la escuela, que en las tres semanas transcurridas desde su viaje con ácido se había convertido en un lugar extraño de vastos pasillos llenos de peligros y caras de desaprobación. O esta habitación, su habitación, que siempre había sido su refugio, un lugar de confort, donde podía escuchar Blonde on Blonde una y otra vez en el viejo equipo de alta fidelidad o releer *Ana de las Tejas Verdes* por décima vez, imaginando con cariño ella misma ser huérfana. Pero ahora todo la enfrentaba con una acusación: el ciervo de porcelana blanca que decoraba su tocador, su vieja muñeca Chatty; Cathy en la cama con el signo de la paz

prendido a su vestido, los carteles de Albert Einstein, Bob Dylan y Ho Chi Minh que miraban hacia abajo, sobre ella desde el techo. “Lo olvidarás”, parecían decir. “Tú eres la única que recuerda lo que vislumbraste y no podrás retenerlo. Pronto volverás a ser arrullada por el sueño tranquilo de la vida ordinaria”.

No, yo no. No como Johanna, que ya no hablaba con Karla ni la miraba a los ojos cuando pasaban por el pasillo de la escuela ni respondía a las notas que Karla le pasaba en la clase de Frank Harvey. Harvey meneó la cabeza y las miró con sorpresa y decepción, como un perro herido, cuando regresaron después de su suspensión de tres días. Pero él no dijo nada, de lo cual Karla se sintió sumamente agradecida. Ya había sido bastante sermoneada: por su madre, por su padre que estaba lejos, en Nueva York, por su amigo abogado que había logrado que se desestimara el caso contra ellas, por la señorita Darley y la señorita Wright, que sólo le habían dicho a la policía que vieron a las niñas con aspecto desorientado y sospecharon que habían consumido drogas.

El día que regresaron a la escuela, la señorita Wright las llamó a su oficina cuando comenzaba la clase de gimnasia. La oficina era un cubículo de vidrio al lado de la sala de equipos, y Karla podía escuchar las voces de las chicas llamándose unas a otras detrás de ella mientras miraba fijamente el calendario panorámico sobre el escritorio de la señorita Wright, deseando estar lejos en algún lugar de las

montañas. Johanna estaba a su lado, a medio suspiro y a un fuerte latido de su corazón, pero giró la cabeza para mirar a Karla. Se les prohibió hablar entre ellas. Eso no sorprendió a Karla. Esperaba que sus madres les ordenaran separarse, pero no esperaba que Johanna obedeciera. No estaba bien obedecer una ley injusta. ¿No era eso lo que había enseñado Martin Luther King? Y ahora Johanna la había traicionado.

“Mirad”, dijo la señorita Wright. “Hay algo que tengo que explicaros”. Hizo una pausa y salió de detrás de su escritorio, sentándose en el borde y pasando su mano por su mechón de cabello de corte cuadrado.

En la montaña te sientes libre. Ésa era una línea de un poema de TS Eliot que habían estudiado en la clase de Harvey. Karla luchó por no retorcerse incómoda mientras Wright las miraba a ambas durante otro largo momento. Ella prosiguió en voz baja. “La señorita Darley y yo hemos mentido por ustedes. Ambas somos personas honestas y, sin embargo, hemos mentido, sólo por esta razón: porque sabemos que si decimos la verdad, el castigo estaría más allá de toda proporción razonable. Hay ciertas áreas en las que tenemos que permanecer unidos. Y no tendréis un camino fácil por delante si seguís este camino. ¿Me entendéis?”

Karla y Johanna asintieron ambas, aunque la verdad es que Karla no la entendía en absoluto.

Nos hemos arriesgado por vosotras y hay algo que quiero que me prometáis a cambio. Que nunca más impondréis esta posición a nadie. Tanto por vuestro bien como por el suyo, porque no hay garantía de que alguien más tome la misma decisión que nosotras. ¿Lo entendéis?”

De nuevo asintieron, en sincronía como en algún rito exótico.

“Lo que ustedes decidan hacer con ustedes mismas es asunto suyo. Pero háganlo con discreción. No en el suelo del vestuario. ¿Está claro?”

“Sí, señorita Wright”.

“Gracias, señorita Wright”.

Sin embargo, Karla no pudo evitar sentir que algo andaba mal. Estaba comprometiendo una parte de sí misma, capitulando ante el miedo. “¿Por qué no?”, quería preguntar ella. “¿Por qué no en el suelo del vestuario, en el césped bajo las jacarandás, bajo el sol brillante? ¿Qué tiene de malo y de horrible el tacto? Pero ahora no estaba drogada, estaba en su sano juicio, como diría su madre, y Johanna se quedó allí, cerrada con llave. Sin su apoyo, Karla no podría romper el silencio.

Quería irse, dejar el cemento, las filas de pupitres y el aburrimiento asfixiante de su clase de matemáticas, y seguir y seguir sin parar, ir a las montañas. Sí, eso es lo que ella

haría. Ella iría al Norte, a algún lugar. Donde podría encontrar de nuevo lo que había encontrado en el suelo del vestuario y que ahora apenas podía recordar. Donde ella podría vivirlo.

“Huyamos”, le había susurrado a Johanna mientras se cambiaban para salir al campo y unirse a las otras chicas. Johanna había vuelto la cara, como si no la hubiera oído, y Karla repitió su sugerencia.

“Karla, estás loca”, dijo Johanna. “Escucha, se supone que ni siquiera debemos hablar entre nosotras”.

“¿Cómo puedes decir eso?” –Preguntó Karla. Allí estaban, exactamente en el mismo lugar donde hace unos días el mundo se había abierto. “¿No te acuerdas?”

“Lo recuerdo”, dijo Johanna con gravedad. “Lo recuerdo todo”. Cerró su casillero de golpe y se alejó de Karla, hacia el campo donde filas de chicas con blusas blancas y pantalones cortos negros estaban haciendo abdominales sobre el césped verde. Karla la siguió, desamparada pero aún no desesperada. Johanna se daría cuenta. Después de todo, el moretón todavía se estaba oscureciendo en su mejilla. Se curaría. Ahora estaba asustada y se sentía culpable. Ella lo superaría. De todos modos, Karla no podía abandonarla, no mientras todos los demás todavía las miraban de reojo cuando pasaban y susurraban a sus espaldas. Tony Klein era un héroe, con el brazo en cabestrillo, pero Karla y Johanna incomodaban a todos. Incluso Joyce Levine se lamió los

labios nerviosamente cuando vinieron y se sentaron a su lado, y Megan Ricci les sonrió, pero ya no las invitó a regresar a su lugar encima del carrusel. No es que pudieran haberse ido. Ambas estuvieron castigadas hasta el final de la escuela. No, Karla no podía abandonar a Johanna ahora. Le daría hasta que terminaran las clases y luego, si no cambiaba de opinión, Karla se iría sola.

Karla arrastró una silla por la habitación y se paró encima de ella, hurgando en la parte superior de su armario. Tienes que elegir, se imaginó diciéndole a Johanna. Puedes tener consuelo o puedes tener eso. Pero sí, ya se le estaba escapando a Karla también. No podía nombrarlo ni definirlo, pero esa también era su naturaleza: deslizarse entre los dedos de la mano de lo que la rodeaba. Y ella tuvo que seguir. Ella tenía que hacerlo.

Karla agarró el borde de su viejo saco de dormir de franela y lo sacó del estante del armario. Una caja de cartas cayó con él. “Maldita sea”, maldijo, y comenzó a recogerlas. Aquí había postales de Joyce Levine del verano en que su familia alquiló una cabaña en Newport Beach, una mariposa de papel doblado pintado por el novio artista de Megan Ricci y un montón de cartas del viaje de Johanna para visitar a su tía en Memphis. “Estamos volando sobre el desierto”, había escrito. “Todo es amarillo y marrón y la tierra está llena de picos y crestas. Se ve exactamente como un glaseado de mantequilla en espiral. Desearía que pudieras verlo. Ahora han pasado cinco minutos y la azafata me acaba de traer una

Coca-Cola y una bolsa de maní. Puedes conseguir todos los refrescos que quieras y en un ratito nos sirven el almuerzo. ¡Todo es tan hermoso desde el aire!

Karla dejó la carta a un lado. No tuvo tiempo de leerla, de revivir página tras página aquellos años en los que ella y Johanna habían sido las mejores amigas. Sin embargo, el acto de doblar la carta y volver a colocarla en la caja fue doloroso. Estaba guardando su pasado y quizás nunca lo recuperaría. Eso estuvo bien. No podía llevar el pasado consigo adonde iba. Aún así estaba triste, muy triste. La tristeza impregnaba su habitación como un gas inodoro, colgaba en jirones de las bolsas griegas tejidas a mano que adornaban sus paredes y empañaba los rasgos de los carteles de Bob Dylan y Ho Chi Minh. Tenía que salir de allí, dejar atrás la tristeza.

De nuevo se balanceó en la silla, colocando la caja en la parte superior del armario. Que se quede ahí; déjala pudrirse. Ahora bien, ¿cuál de toda su ropa llevaría cuando tuviera que viajar ligera? No más armarios largos llenos de vestidos para cambiarse cuando ella quisiera. Esa ropa se adaptaría a ella, la definiría como una segunda piel. Se agachó, se arremangó una blusa campesina mexicana, una camisa de trabajo azul y un suéter de lana y los metió en una bolsa de lona junto con un poncho que ella misma había hecho con una ligera pieza de lana de cachemira. Lo había usado con Douglas el día que hicieron un picnic en Tapia Park, subieron a la colina e hicieron el amor bajo el roble. El

aire estaba lleno de salvia y laurel. Se alegró de que su primera vez hubiera sido al aire libre, bajo un árbol, aunque no había tenido un orgasmo. De todos modos, ella no creía haberlo tenido. En realidad, no estaba segura, pero Johanna le había dicho que si tuviera uno, lo sabría. Era inconfundible, dijo Johanna, sonriendo con esa sonrisa ligeramente superior suya que siempre enojaba un poco a Karla. Bueno, ella tenía razón. Karla lo sabía ahora. Gracias Johanna, gracias por los recuerdos.

Karla había amado a Doug, amaba su cuerpo delgado y su cabello fino y rizado, y su olor, anhelaba presionar sus largas extremidades contra las de ella. Pero él también la había traicionado cuando su padre le obligó a romper con ella. Eran católicos; su padre no quería que Doug se casara con una chica judía. Ella se había indignado cuando él se lo dijo. “¡Tenemos dieciséis años, no nos vamos a casar!” había dicho, pero de todos modos ese no era el punto. Doug había obedecido a su padre y ella le había perdido todo el respeto, cediendo ante un prejuicio tan injusto, tan pasado de moda. Tal vez estaba condenada a ser traicionada siempre por aquellos a quienes amaba, del mismo modo que su padre había traicionado a su madre, abandonándolos a todos. Tal vez estaba condenada a equivocarse siempre, de alguna manera: demasiado judía para Doug, demasiado salvaje para Johanna, demasiado rara para todos los demás. Bueno, eso estaba bien. Entonces estaría sola. Que se jodan todos.

Añadió un puñado de tampones, sus pastillas anticonceptivas, algunos pares de ropa interior, su diario y un par de bolígrafos, un cepillo para el cabello y un cepillo de dientes y sus cartas del Tarot en la bolsa de terciopelo que se había hecho. En el bolsillo de sus vaqueros tenía cuarenta dólares, ahorrados de sus trabajos de niñera. Había querido comprar una cámara, pero ahora viviría la vida en lugar de grabarla.

¿Qué ponerse? Se puso unos vaqueros limpios y encima llevaba su prenda favorita, una túnica verde y morada. Añadió un par de medias y un par de sandalias a su mochila, pero usó zapatillas de deporte.

Bueno, ya estaba lista. El último día del semestre había terminado. También era su cumpleaños, y pensó que tal vez Johanna diría algo, le daría algo, aunque fuese una tarjeta o un guiño. Nadie lo había recordado excepto Betty, quien dejó una tarjeta en la mesa de la cocina cuando salió temprano para dejar a Debby en la secundaria antes de irse a trabajar. La tarjeta mostraba a una adolescente rubia dando vueltas con una falda tirolesa, el cabello perfectamente recogido y una inscripción impresa: “De parte de tu amada madre: feliz cumpleaños”. Debajo, Betty había escrito: “Espero que el cumpleaños del año que viene sea más feliz. No me atrevo a darte un regalo ni a ofrecerte una celebración este año. Todavía estoy demasiado enojada. Pero tengo esperanzas de que algún día recuperes mi confianza y todavía no me arrepiento de que hayas nacido. Ama a mamá.”

Karla había pasado la mañana en la escuela escribiendo y rompiendo notas para su madre, hasta que finalmente consiguió una que podía conservar. Ahora entró en la cocina y dejó su nota sobre la mesa. “Lo siento, mamá”, decía. “Sé que esto te lastimará, pero tengo que irme e ir a algún lugar donde pueda convertirme en lo que quiero. No espero que lo entiendas, pero confía en que estaré bien. No te preocupes por mí. Te amo y a Debby también. Karla”.

De repente, lo que más deseaba era no ir, sentarse a la mesa y prepararse una taza del café instantáneo y leer el periódico, encender la televisión y ver los dibujos animados de la tarde que le gustaban cuando era niña, quedarse aquí donde todo era aburrido y seguro, muy seguro. Una vez que se fuera, tal vez nunca más volviera a tener esa comodidad cotidiana. Anhelaba intensidad, pero a veces podía ser demasiada. El hogar era como el espacio en blanco en una página de poesía, el vacío que resaltaba el significado del resto. Las cosas familiares que la rodeaban tenían su propio poder ordinario: los platos que se escurrían en el fregadero, el reloj blanco que zumbaba y traqueteaba, la vista del sicomoro del vecino a través de las persianas venecianas. En su contexto, ella se definió a sí misma. Si los dejara, los abandonara, los traicionara como la habían traicionado a ella, ¿en quién se convertiría? Tendría que inventarse a sí misma de nuevo. Ya no sería Karla Greenbaum, llamada así en honor a Karl-Marx.

En el camino de entrada, un coche aceleró. Karla observó por la ventanilla cómo Marian Weaver salía marcha atrás del camino, giraba hacia la calle y se alejaba en dirección al hospital donde trabajaba en el turno suplente. Betty estaba en el trabajo. Debby estaba en la playa con sus amigas. Había llegado el momento.

Salió al patio trasero y llamó a la ventana de Johanna. Al cabo de un minuto, Johanna abrió la ventana y se asomó.

“Karla, sabes que se supone que no debemos hacer esto. ¿No estamos en suficientes problemas?”

“Johanna, tenemos que hablar. No hay nadie alrededor. Nadie tiene que saberlo. Pero tengo que hablar contigo o perderé la cabeza.

Johanna suspiró.

“Adelante.”

Karla se subió al alféizar de la ventana y se deslizó. Se sentaron en el suelo de la habitación de Johanna, fuera del alcance de la vista si alguien estaba allí para verlas.

“Me voy”, dijo Karla. “Estoy huyendo”.

“¿Estás loca?”

“No, estoy cuerda. Ven conmigo.”

“¿Ir contigo? ¿Qué pasa con mi madre? ¿Qué hay de tu madre? ¿Cómo puedes hacerle eso?

“No se lo hago a ella, lo hago por ella. ¿No lo entiendes? Karla se adelantó y tomó la mano de Johanna. “Johanna, logramos un gran avance. Era real. No intentes decirme que no fue así. Es como una posibilidad completamente nueva para la raza humana. Pero tenemos que vivirlo. No podemos hacer eso aquí. Tenemos que ir a algún lugar donde seamos libres de vivirlo”.

“¿Qué pasa con la escuela secundaria?” –Preguntó Johanna, echando la mano hacia atrás y cruzándose de brazos. “Todavía nos queda un año”.

“La escuela secundaria no tiene nada que ver con esto. ¿Cómo puedes hablarme de la escuela secundaria cuando hablo de libertad?

“¿Qué tan libre vas a ser si no terminas la escuela secundaria?”

Karla miró el rostro cerrado de Johanna, sus brazos cruzados que parecían bloquear sus partes blandas. Lo intentó de nuevo.

“Johanna, escúchame. ¿Por qué ya no podemos entendernos? ¿No ves que todas esas cosas viejas se están desvaneciendo?

Johanna sacudió la cabeza con tristeza. “Chica, sueñas como un disco de Bob Dylan. ¿Dónde está tu cerebro?”

Karla se levantó y se alejó de ella. “Siento que hicimos el mismo viaje y salimos a mundos diferentes”.

“Eso es porque vivimos en mundos diferentes”. Johanna se levantó y giró a Karla por el hombro para mirarla. “Karla, puede que hayamos vivido una al lado de la otra desde quinto grado, pero vivimos en dos realidades diferentes. He tratado de no darme cuenta de eso, pero ahora que lo veo está muy claro. Puedes darte el lujo de escaparte, romperle el corazón a tu madre, arruinar tu graduación de secundaria. Bien. Cuando decidas volver a entrar, la puerta estará abierta. Pero yo no puedo hacer eso. Tengo que vivir en este mundo lo mejor que pueda, tengo que forzar la puerta y meter el pie en la rendija. Eso es lo que nuestra... visión significa para mí. No es una visión posible en este mundo. Si queremos vivirlo, tenemos que rehacer el mundo”.

Sus palabras hirieron a Karla, pero la intensidad de su voz y el brillo fijo de sus ojos le dieron esperanza. Se estaban conectando de nuevo.

“¡Exactamente! ¡Entonces ven conmigo!” dijo Karla.

“Pero para hacer eso, tengo que graduarme. No puedo darme el lujo de que me pillen en la carretera en algún lugar. No puedo darme el lujo de no conseguir una beca para una

buena universidad. No puedo darme el lujo de que me tachen de tortillera”.

“¿Qué quieres decir?”

“Me refiero a lo que Wright quiso decir y a lo que todos los demás en la escuela quieren decir cuando giran la cabeza hacia un lado y se ríen disimuladamente cada vez que una de nosotros pasa”.

“¿Creen que somos lesbianas?”

Johanna asintió. “Esa es la palabra generalmente aceptada para las polluelas que se juntan con otras polluelas”.

“¡Pero aquello no tuvo nada que ver con eso!” Maya se arrojó sobre la cama de Johanna y luego se levantó bruscamente, como si de pronto temiera que su gesto pudiera ser malinterpretado.

“¿Nada que ver con qué?”

“Quiero decir... lo que pasó. No es como... vestirse con calcetines sobre los pantalones e ir de bares, o lo que sea que hagan. Fuimos nosotras. Y ahora tienes miedo”.

“¿Y tu no?” –replicó Johanna.

Karla respiró hondo. Sobre todo, era importante ser honesta aquí. “Tengo miedo, pero he decidido no dejar que el miedo vuelva a detenerme”.

“Bueno, tal vez yo tenga más de qué temer que tú”.

Estaban de pie, cara a cara, lo suficientemente cerca como para que, si Karla se inclinara hacia delante, hubiera podido ver su propio reflejo en los ojos de Johanna. En la distancia de un pie entre ellas, las dimensiones se deformaron, el tiempo y el espacio se volvieron del revés y las leyes que funcionaban en un mundo no se aplicaban en el otro. Triste, triste, muy triste, pensó Karla. Pero ella no podía cambiarlo.

“Bueno, supongo que esto es un adiós”, dijo al fin.

“¿De verdad te vas a ir?”

“Sí.”

“Vas a matar a tu madre”.

“¡Johanna, no puedo creer que hayas dicho eso!”

“Pero, es verdad.”

Karla negó con la cabeza. Ella no pensó ni pensaría en ello. Los sentimientos de su madre eran una trampa de la que debía mantenerse alejada. Betty era Betty. Karla era Karla. Ella no podía ser responsable de la vida de su madre. “Te

escribiré alguna vez. Estoy cambiando mi nombre. De ahora en adelante seré Maya. Como alusión. Maya J. Greenwood. Eso es lo que realmente significa Greenbaum: árbol verde. Y la J es por ti. Entonces, si recibes una carta, sabrás de quién es”.

“Kar... Maya”, Johanna extendió la mano de repente y la abrazó. Se abrazaron con los ojos húmedos. “Ten cuidado ahí fuera, ¿lo entiendes?”

“Lo haré.”

“Escríbeme. Me preocuparé por ti”.

“No te preocupes. Estaré bien.”

“Escribe a Johanna M. Weaver. La M será por ti”.

Maya tomó un autobús por Santa Monica Boulevard hasta la playa, bajó la rampa hasta la Pacific Coast Highway y sacó el pulgar. La llevaron dos surfistas hasta un desvío justo más allá de Malibú.

Ella se paró al costado del camino. El viento le echó el pelo hacia atrás y le azotó la cara, oliendo al océano al otro lado de la carretera. La línea blanca de la carretera parecía extenderse hasta el infinito, llamándola a posibilidades que apenas podía imaginar. La luz del sol caía inclinada sobre el dorado del final de la tarde. A lo lejos podía verlo reflejado en el agua. Por un momento, deseó desesperadamente que

Johanna, o alguien, saboreara ese momento con ella. Estaba absolutamente sola. Pero ella era libre.

La libertad era lo que ella quería. Se instaló para saborear la embriaguez de la libertad. Podía seguir cualquier línea que deseara. Podría entregarse al camino y dejar que el camino la llevara.

Su segundo viaje fue en un autobús Volkswagen con dos hombres de pelo largo y una mujer sonriente rumbo a San Francisco. Fumaron droga por toda la costa. Cuando llegaron, mucho después de medianoche, se ofrecieron a compartir el piso en el que se alojaban. El lugar consistía en dos habitaciones vacías en el distrito de Fillmore, plagadas de más cucarachas de las que Maya había visto jamás en su vida relativamente protegida. Durmió afuera, en el tejado plano del edificio de al lado.

El sol la despertó. Ella se levantó y se estiró. Desde su posición en el tejado, la ciudad se extendía ante ella, blanca y reluciente bajo la luz filtrada por la niebla, seductora como una bailarina con velo. Las colinas del oeste se alzaban como islas coronadas de oro en medio de un mar de niebla. Al este, las agujas del centro de la ciudad se cernían sobre la bahía, torres mágicas, palacios de fantasía de elfos y reinas. Karla quería salir corriendo y entrar en la ciudad, verse envuelta en su abrazo, devolverle a su vez algún espectacular acto de amor. En silencio, enrolló su saco de dormir, recogió su bolso y salió de puntillas sin despertar a sus benefactores.

Se encontró en el extremo del centro de Haight Street. Las abarrotadas casas victorianas parecían cernirse sobre ella, tan diferentes de las casas estilo rancho de un solo piso de su vecindario de Los Ángeles. A ella le gustaban, sólo porque eran diferentes. Era la madrugada del sábado. Algunas personas esperaban en la parada del autobús. Preguntó cómo llegar a Haight–Ashbury y se dirigió hacia el oeste.

La niebla se disipó cuando salió el sol de la mañana. Después de aproximadamente una milla, sus brazos se cansaron. Se pasó el bolso al otro hombro y siguió caminando. Las casas en ruinas de Fillmore fueron dando paso gradualmente a casas en ruinas con carteles psicodélicos en las ventanas y puertas pintadas con colores fantásticos, naranja brillante, verde lima. Descansó un rato en Buena Vista Park, dejando que la fuerza creciente del sol la calentara, luego continuó pasando por las tiendas y cafés de Haight. La mayoría de las tiendas estaban cerradas, pero a través de sus escaparates podía ver una cornucopia de objetos fabulosos: cuentas y campanas, carteles, faldas y camisetas teñidas, libros. Disfrutaba mirando y disfrutaba aún más la sensación de no necesitar nada, no querer nada. Estaba completa en sí misma.

Al cabo de un rato, se detuvo en una cafetería, compró una taza de café y la bebió lentamente mientras se sentaba en una mesa al sol, contemplando cómo la calle cobraba vida. Cuatro hombres se detuvieron y hablaron con ella. Uno de

ellos le informó que los Diggers¹⁶ servirían comida gratis en el Panhandle esa tarde y le indicó cómo llegar a la centralita de Haight. Dos le pidieron monedas. Ella le dio a cada uno de ellos un centavo. Uno se sentó y comenzó a explicar largamente su teoría de que el universo se expandía infinitamente, tanto él como ella, y cómo el espacio en eterna expansión era una apertura constante, como un enorme orgasmo cósmico, que se desplegaba eternamente, abriendo nuevas puertas y espacio para nuevas posibilidades, y podía probarlo pero los científicos no lo escuchaban. Él había tenido credenciales pero se las habían quitado debido a una larga serie de acontecimientos que a ella comenzaron a resultarle tediosos, por lo que sonrió enigmáticamente, se levantó y se fue.

El parque al final de Haight Street la atraía. Caminó por un sendero junto a un pequeño estanque, bajo un puente, a través de un túnel adornado con estalactitas artificiales, a través de un grupo de árboles arqueados hasta una ladera orientada al sur salpicada de personas de pelo largo con ropas de colores brillantes. En un banco del parque, una batería de congueros proporcionaba un ritmo continuo contra el cual algunos flautistas improvisaban, mal, pero a Maya no le importó. Algunas mujeres con faldas largas daban vueltas y bailaban. Dejó caer su mochila y se unió a

16 Cavadores, comunidad contracultural estadounidense, activa entre 1966 y 1968 que escogieron su nombre en honor de los “diggers” ingleses (agricultores comunistas del siglo XVII).

ellos, riendo, sintiendo la alegría de su cuerpo en movimiento. El movimiento, reflexionó, estaba muy cerca de la libertad. Nunca más tendría que quedarse quieta.

Después de un tiempo empezó a sentir la necesidad de explorar. Recogió sus pertenencias, se echó el bolso al hombro y caminó hacia el oeste, siempre hacia el oeste, a través de senderos sinuosos y arboledas de helechos arborescentes que parecían una jungla, hasta que subió por un camino sinuoso que conducía a un pequeño lago. En el centro se alzaba una isla. Más abajo, pudo ver un puente. Descansó un momento, sentada en su saco de dormir, mirando su reflejo en el agua. ¿Estoy realmente aquí? se preguntó a sí misma. ¿Esta soy yo? ¿Karla? No, Maya. Maya, juego de ilusión como este rostro en el agua que parece ser yo pero es solo luz. La Reina de las Mentiras.

Su rostro se onduló y se disolvió cuando la proa de un bote de remos apareció ante su vista. Un hombre estaba de pie sobre el puntal central, blandiendo su remo como si fuera un palo largo. Su largo cabello rubio ardía al sol cuando saltó elegantemente a tierra, metió un dedo en una bolsa y lo sacó cubierto de oro. Suavemente le tocó la frente.

“Eres una hija del sol”, dijo, tomando su mano y sosteniendo el bote firmemente con el pie mientras la subía a bordo, arrojando su bolsa en la parte trasera y empujándose con el remo con un movimiento suave. El barco era algo desgarrado. Sólo tenía un remo, pero lo

manejaba con pericia, mientras la sentaba en la proa y comenzaba a remar hacia la isla.

Aproximadamente a mitad de camino, oyeron gritos detrás de ellos. El hombre echó la cabeza hacia atrás y se rió mientras remaba con más fuerza. Su risa contenía un malvado triunfo y su cabello brillaba como una melena dorada. “Soy un pirata”, dijo, mirando a Maya. “¿Te importa?” Ella se rió, tremendamente feliz. Vararon el barco; Saltó a tierra, agarró sus mochilas y las tiró al suelo.

“Vamos”, dijo, colocándose su bolsa de lona al hombro. “Corramos por ello”. Corrieron por un sendero estrecho que rodeaba la isla y ascendía en espiral colina arriba. El corazón de Maya latía con fuerza y su respiración era pesada. Parecía incansable, guiándola arriba y arriba. Debajo de ellos, escucharon gritos y voces enojadas que parecían acercarse. Corrieron más rápido, una y otra vez, hasta que él le indicó que se dirigiera a un pequeño matorral de árboles donde se acurrucaron juntos, tratando de controlar su jadeo. Cuando la respiración de Maya comenzó a disminuir, se inclinó hacia ella, tocó nuevamente el lugar en su frente y luego dejó que su dedo se deslizara suavemente por el puente de su nariz hasta permanecer entre sus labios. Sus ojos la miraron profundamente. Eran azules y grandes, y Maya sintió que él la alcanzaba, como ella y Johanna se habían alcanzado la una a la otra. Dejó que su lengua acariciara la punta de su dedo y sintió que el calor le invadía los muslos, el estómago y los labios de la vulva. La besó ligeramente, una vez en cada ojo

y luego en los labios, un beso que comenzó suave, vacilante y fue ganando fuerza e intensidad hasta que sus brazos la rodearon y se aferraron juntos, con las lenguas entrelazándose como serpientes detrás de sus labios apretados. La humedad brotó de ella cuando sus manos descendieron sobre sus hombros para levantarle la túnica por encima de la cabeza y acariciar sus pechos. Él inclinó la cabeza y juntó las manos en un acto de adoración antes de inclinarse para tomar sus pezones con la boca. Su lengua envió pequeños zarcillos de electricidad recorriendo su columna vertebral, y ella le desabrochó los vaqueros mientras se quitaba los suyos, atrayéndolo hacia adelante, desenfrenado, magnífico. Quería que el fuego se encendiera en lo más profundo de su interior, quería que esa risa malvada resonara en sus propias profundidades, y entonces estuvo debajo de él en la tierra. El sol brillaba a través de las ramas de los árboles y de la corona dorada de su cabello. Y sólo la parte más pequeña, más pequeña y más oculta de ella permaneció lo suficientemente al margen como para susurrar: “¡Mira, Johanna, no eres una lesbiana!”.

Cuando todo terminó, permanecieron quietos juntos, todavía latiendo. La besó de nuevo, en los ojos.

“Eres hermosa”, dijo. “¿Cómo te llamas?”

“Maya.”

“Maya. Por supuesto. ¿Qué más podría ser? Te vi sentada en la orilla, tan hermosa y tan tranquila, y pensé: 'Ésta no es una mujer común y corriente'. Esta es una diosa. ¿Cómo puedo acercarme a ella? Esta es una mujer a la que sólo se puede acercarse a través del agua, no por algún camino mundano en la tierra. Y entonces el barco llegó a mis manos. Lo tomé como un presagio”.

“¿Cómo te llamas?”

“Rio. Rio Colorado. Me puse el nombre de una visión que tuve en el fondo del Gran Cañón. Algún día te lo contaré. ¿Pasaremos el resto de nuestras vidas juntos?”

Maya volvió a sonreír porque no estaba segura de qué responder. No estaba segura de querer pasar el resto de su vida con nadie, pero le gustó la pregunta.

A ella le gustaba. Al igual que ella, él estaba siguiendo una visión. “Estamos pasando ese momento”, dijo.

“¿Quién eres? ¿De dónde eres? ¿Estás durmiendo en algún lugar o estás en la calle?”

“L A¹⁷. En realidad, acabo de llegar. Anoche. No sé dónde me estoy estrellando”.

17 Los Ángeles.

“Eso es fácil entonces. Puedes quedarte conmigo. Tengo una furgoneta. ¿Pero quieres decir que este es tu primer día aquí? ¿Y tu primera vez?

“Sí.”

“Entonces deberíamos hacerlo especial. Quiero dedicarme a hacer de este un día especial para ti. Un día perfecto. Un día que puedas recordar cuando tengas noventa años, mirar hacia atrás y decir: 'Sí, ese fue un día perfecto. Un día de magia.' ¿Tienes hambre?”

“Sí”, dijo Maya, dándose cuenta de repente de lo hambrienta que estaba.

“Pondremos tus cosas en la camioneta y nos iremos a Chinatown. ¿Te gusta la comida china?

“Sí”, dijo Maya de nuevo, sintiendo que no estaba siendo una conversadora excelente. Pero eso no pareció importarle mucho a Rio.

“Entonces lo primero es salir de aquí sin que nos pillen”.

“¿Como hacemos eso?”

Él le guiñó un ojo. “¿No eres una bruja? ¿No puedes hacer algo de magia? Ella pensó por un momento. “Seguro.” Con su dedo índice, removi6 los jugos derramados en la tierra e hizo un pentáculo como en las cartas del Tarot. Tocó cada

uno de sus párpados ligeramente. “Vamos allá. Ahora somos invisibles”.

Y pasaron desapercibidos, al menos, mientras descendían por el sendero en espiral entre los árboles y cruzaban el puente sobre el agua, de la mano bajo el sol brumoso del día que habían reclamado juntos.

XI. NOCHE EN NAMCHE

Hermanos, durante mucho tiempo habéis sufrido la muerte de una madre, durante mucho tiempo la muerte de un padre, durante mucho tiempo la muerte de un hijo, durante mucho tiempo la muerte de una hija, durante mucho tiempo la muerte de hermanos y hermanas, durante mucho tiempo habéis sufrido; habéis sufrido la pérdida de vuestros bienes, desde hace mucho tiempo habéis estado afligidos por la enfermedad. Y porque habéis experimentado la muerte de una madre, durante mucho tiempo la muerte de un padre, la muerte de un hijo, la muerte de una hija, la muerte de hermanos y hermanas, la pérdida de bienes, los dolores de la enfermedad, estando unidos con los no deseados y separados de los deseados, en verdad habéis derramado más lágrimas en este largo

camino, corriendo del nacimiento a la muerte, de la muerte al nacimiento, que todas las aguas que se encuentran en los Cuatro Grandes Mares.

***–La palabra del Buda
La sabiduría del budismo***

Maya se había sentido más cómoda en su vida. Había logrado asegurarse un lugar en el largo banco que corría a lo largo del costado de la sala principal de Ang, pero el banco era duro y la sala se sentía llena de gente que no conocía bien o que no le agradaba particularmente. Se estiró, envuelta en su saco de dormir, añorando a alguien con quien se sintiera cercana, alguien con quien realmente pudiera hablar.

Debby no había llegado. Ella vendrá, se aseguró Maya. Mañana, en Tengpoche. Sé que ella vendrá. Podemos dejar las cenizas de Betty allí, a la vista de Sagarmatha.

Le escribiría a Johanna. “Querida Jo, tal vez la vida se redima si, aunque sea por un momento, todos los límites y restricciones desaparecen y la luz clara brilla. Tuvimos nuestro momento de jóvenes. Nos lo revelamos la una a la otra y, como tu dices, lo hemos estado encontrando y perdiendo desde entonces. Somos como payasos haciendo malabares con fragmentos de un espejo roto junto con tazas, platos y todos los escombros de la vida diaria. Sin embargo,

lo que quería era vivir ese momento, remodelar el mundo desde adentro hacia afuera. Fuiste más sabia que yo. Desde el principio te diste cuenta de que teníamos que concentrarnos en aprender a lanzar y atrapar”.

Ella huyó de Johanna y corrió a Rio, y al principio él también le abrió el mundo. A pesar de todos los años problemáticos que habían pasado juntos, de todo su resentimiento y dolor hacia él, recordaba con mayor claridad cómo se veía él esa primera mañana, sonriéndole desde su barco robado, con su cabello brillando al sol, un ícono de la libertad. Tal vez era mejor simplemente recordarlo de esa manera, no volver a verlo, no ver lo que los años y las prisiones le habían hecho. Tal vez mientras ella mantuviera ese recuerdo en su mente, alguna parte de él que era eternamente joven, libre y feliz todavía existiera. ¿Podrían las personas hacer eso unas por otras? Si era así, sería mejor que no fuera a Nevada, no contestara sus cartas, tal vez ni siquiera las leyese. Ay, qué excusa, qué racionalización tan perfecta. Rio, te he aislado durante diecisiete años para preservar libre tu alma.

Las luces estaban apagadas y todos los demás dormían, o intentaban dormir. Maya se movió en el banco y pensó en ir al baño. La letrina estaba muy lejos, a través de la habitación abarrotada, por el pasillo, por la escalera temblorosa, a través del establo de zopkios acostados, hasta la terraza, y luego subiendo por una escalera de piedra que era difícil de subir incluso de día. Esperaría un poco, hasta estar segura de

que todos estuvieran profundamente dormidos, y luego orinaría en el césped que cubría la estrecha terraza.

Mientras tanto, ella no podía dormir. Sobre la mesa a su lado había un montón de cartas y páginas de diario. Los había revisado más temprano esa noche, mientras la única bombilla que constituía el sistema eléctrico de Ang todavía daba algo de luz. El diario de Johanna ahora estaba intercalado con cartas que Rio le había escrito a su hermano hace mucho tiempo. Maya podría leer la historia de su vida, cronológicamente.

No había entendido por qué el hermano de Rio, Steve, le había enviado las cartas. Las encontró cuando él y su esposa limpiaron la casa después de la muerte de la madre de Rio. La mayoría de ellas fueron escritas para el hermano mayor, Jim. Evidentemente habían sido enviadas a casa desde Vietnam, junto con el cuerpo de Jim y sus otros efectos personales, y la madre de Rio nunca las había tirado.

“Por casualidad vi una reseña de tu libro”, le había escrito Steve, “cuando Laurie y yo estábamos tratando de descubrir qué hacer con todo esto. Así que pensé en enviártelas para que pudieras pasárselas a Richie. Quiero decir, Rio. No tenemos ningún contacto con él y ni siquiera sé dónde está retenido. En lo que a nosotros respecta, bien podría estar muerto. Probablemente debería quemarlas, pero por alguna razón parece que no me atrevo a hacerlo. Lo sentimos si esto es un inconveniente. Steve Connolly”.

Ahora que había limpiado la casa de su propia madre, podía imaginarse mejor el estado mental de Steve. Recordó haber deambulado por las habitaciones, tratando de decidirse a comenzar el trabajo de clasificación y embalaje. La casa aún intacta, el conjunto de libros en los estantes, ropa en los cajones y cuadros en las paredes parecían ser el último vestigio de Betty, como si la vida de su madre se hubiera dividido en mil fragmentos, cada uno de los cuales aún se conservara en cada uno de los objetos que había tocado y usado regularmente. Desmantelar la casa sería volver a matar a su madre.

Maya había asumido el trabajo, alimentando su energía cada mañana con una taza de café solo, sólo para encontrarse inmovilizada, una y otra vez, por decisiones que no podía tomar. ¿Qué podía hacer con los seis vasos de porcelana demitasse que Betty había traído de Londres? “No podía decidir qué patrón me gustaba más”, dijo, así que en lugar de comprar un juego, compró un ejemplar de cada uno. Si Maya tuviera una hija, podría colocar las tazas en un estante y contar la historia, y su hija llegaría a conocer algo de Betty en su mejor momento, en su forma más aventurera y más divertida. Pero ella no tuvo hijos. ¿Cuántas cosas debería guardar para el caso de que ella o Debby algún día tuvieran descendencia?

Si tan solo Debby hubiera estado allí para llorar con ella por el abrigo de visón de Betty. Joe se lo había comprado a principios de los años cincuenta, cuando era un joven

abogado en ascenso, antes de la lista negra. Si hubiera podido encontrarle un uso, un hogar, se habría sentido menos como si estuviera profanando un santuario al sacarlo de su lugar de honor en el armario del pasillo. ¿Debby podría usarlo en Nepal? Que Maya lo usara sería aliarse públicamente con una industria que había diezmado la vida silvestre de seis continentes. La denunciarían tan pronto como pusiera un pie en la puerta. Quizás podría llevar un cartel: “Estos visones murieron en 1949, antes del amanecer de la conciencia. Este abrigo es reciclado. No lo uso para apoyar a la industria peletera, sino como prueba de que alguna vez mi padre amaba a mi madre”.

Maya había envuelto el abrigo y lo había dejado a un lado. Pero todavía había montones y montones de cajas de fotografías, recuerdos y papeles. ¿Qué haces con los expedientes académicos de posgrado de tu madre o el programa del primer recital de piano de tu hermana? ¿Debby los querría? Evidentemente, la propia Betty había enfrentado los mismos problemas, ya que Maya encontró el certificado de graduación de la escuela nocturna de su abuela y la placa que le otorgó Milwaukee Hadassah en 1963.

Sí, podía ver por qué Steve podría pensar que enviarle las cartas de Rio a ella, a cargo de su editor, era algo racional. Al final, Maya había guardado la mitad de las cosas de su madre y llamó a Goodwill para que viniera a buscar el resto.

Maya no había quemado las cartas ni las había leído ni enviado. En lugar de eso, las había escondido en un cajón, donde podrían haber permanecido hasta que Rachel limpiara la casa después de la muerte de Maya y Johanna. Tenía la intención de enviarlas, pero para hacerlo habría tenido que responder a las cartas de Rio, contarle sobre Rachel o mentir por omisión. Y ella no había hecho ninguna de las dos cosas.

Ahora aquí estaban las cartas. Las había traído para leer, para ayudarse a decidir qué hacer, si ir a Nevada u olvidarlo finalmente. Pero leerlas era arrojar una piedra a la tranquila superficie del lago donde se reflejaba su brillante imagen, para despertar otros recuerdos que acechaban en las profundidades. Sin mencionar el hecho de que técnicamente estaba leyendo el correo de otra persona.

Probablemente esto sea ilegal y definitivamente inmoral, pero quiero leerlas, admitió para sí misma. Quiero ver a Rio en tres dimensiones y así tener una visión completa de mi propio pasado. Después de todo, a Jim no le importa; está muerto.

¿Y Rio? ¿Qué querría él?

¿Cómo puedo justificar su lectura? ¿Puedo decir que sus crímenes anulan su derecho a la privacidad? Ni siquiera una Corte Suprema nombrada por Reagan se lo creería. ¿Tengo derecho a leerlas a cambio de todos los libros míos que él

dice haber leído? No es justo. Después de todo, los libros se escriben para el consumo público y estas cartas son privadas. ¿Debo decirme a mí misma que él quiere que vaya a verlo y que esto es lo que debo hacer antes de poder decidir?

No, déjame ser honesta. Bien o mal, las leeré de todos modos. Él no puede detenerme. Él nunca lo sabrá, a menos que yo se lo diga.

Las cartas de Rio y el diario de Johanna juntos sacarían sus propios recuerdos de la superficie plana del pasado, les darían la profundidad, la dimensión y la perspectiva que necesitaba. Cogió la pequeña linterna de clip que guardaba en el bolsillo lateral de su mochila y la encendió. Con un ligero sentimiento de culpa, empezó a leer.

XII. CARTA

James Patrick Connolly
Privado Primera Clase EE.UU.
Vietnam, 15 de junio de 1967

Querido Jim,

¿Cómo estás, hermano? Espero que todavía estés vivo y con tus facultades varoniles intactas. Y no hayas cometido más atrocidades que las que corresponden. A veces me pregunto cómo es posible que todavía podamos escribirnos, pero supongo que la sangre es más espesa que el agua. Y la verdad es, Jimbo, que hay algunas cosas que sólo puedo decirte a ti. No porque no seas el peor idiota fascista del

mundo (dilo rápido tres veces), que lo eres, pero te diré esto: siempre me tomaste en serio. Incluso cuando éramos niños y yo remaba detrás de ti con mis pantalones cortos. Podrías darme una paliza de vez en cuando, pero nunca te reíste de mí.

Por eso te escribo ahora, porque tengo algo que decirte, algo importante. Y eres el único al que puedo decírselo. Estoy enamorado. Sí, ese es el triste y lamentable estado de la situación. Soy un espectáculo lamentable, hombre. Quiero correr por ahí cantando cada canción cursi y estúpida de cada película antigua que puedas imaginar. Quiero comprarle diamantes y esmeraldas y hachís marroquí genuino de primera calidad y de la mejor calidad. (No es que alguna vez traficara con sustancias ilegales, je, je.) Quiero escribir malditos poemas.

Sí, yo, tu podrido hermano pequeño, ese soy yo.

Te hablaré de ella. En realidad, no sé mucho sobre ella; no le he preguntado mucho. Ella acababa de aparecer, sentada a orillas del lago Stow en el parque Golden Gate. La vi desde el otro lado del agua y me gustó su aspecto. Un tipo con pantalones chinos demasiado ajustados estaba ayudando a una chica de pelo de colmena a bajar de un bote de remos cerca de mí, y algo me invadió. Salté de entre los arbustos al bote, me lancé y, antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando, ya estaba a medio camino del otro lado del lago, de camino a mi bella dama. Ahora, no quiero que

pienses que me porté mal. Le dije directamente que era un pirata. A ella pareció gustarle la idea. Remé hasta la isla en el centro del lago. En ese momento, Chinos y Beehive nos perseguían, junto con algún tipo de oficial del parque, así que varamos el barco y huimos. Ella era como un juego, eso me gustaba. Ella no se quejó ni resoplaba, simplemente corrió a mi lado y nos escondimos entre unos arbustos para esperar a que pasara la tormenta, y luego, como dicen, correremos un telón sobre los acontecimientos que siguieron. Todo lo que puedo decir es que, mientras sucedía y cuando terminó, supe que ella era para mí. Mi dama, mi compañera, mi mujer, la indicada, Jim, tal como siempre soñábamos. Y ni siquiera sabía su nombre.

Ahora ella vive conmigo, en la camioneta. Por cierto, su nombre es Maya. Supongo que querrás saber cómo es. Ella es medianamente alta, no baja, y de constitución mediana. Bueno, tal vez corre un poco hacia la gordura, pero solo donde hace más bien, si entiendes lo que quiero decir. De todos modos, sabes que me gustan así. Tiene ojos marrones que siempre parecen un poco soñadores (o tal vez simplemente hemos estado demasiado colocados) y cabello castaño que comienza a rizarse desde la parte superior de su cabeza y desciende en onda tras onda, como una cascada congelada, hacia abajo, casi hasta los hombros. Ella afirma que no crecerá más que eso, simplemente se enroscará en rizos y se enrollará formando nudos. Solía alisarlo, pero le dije que no se molestara más. Su cara es un poco redonda,

con labios dulces y carnosos. A diferencia del tipo de chica que buscas, ella no se carga con toneladas de maquillaje apestoso. Ella no necesita hacerlo.

Llevamos dos días juntos, prácticamente cada minuto, y nunca he estado más feliz. Le he estado mostrando la ciudad, llevándola a comer, caminando por los jardines japoneses, caminando por Land's End. Y por la noche... bueno, tendré que dejarlo a tu imaginación. Excepto que es mejor. Es muy cierto lo que dicen todos los pendejos. Cuando estás enamorado, es mejor.

Jim, Jim, espero que esto te pase antes de que Charlie te explote el trasero. Realmente nunca pensé que me pasaría a mí.

Rio
alias tu hermano menor, rico

XIII. EL DIARIO DE JOHANNA WEAVER

5 de septiembre de 1967

Querida Sheba:

En realidad, estoy cansada de llamarte Sheba. Es un nombre tonto. Tal vez todo estaba bien cuando teníamos doce años y Sheba era la única reina negra que yo conocía. Excepto tal vez Cleopatra: el tío Marco siempre decía que los egipcios eran negros. Pero Cleopatra era griega en realidad, ¿no? Oh, bueno, ese no es el punto, el punto es que ya no tengo doce años. Fue idea de Karla que fingiéramos que nuestros diarios eran cartas a chicas que estaban escondidas de los nazis, como Ana Frank. Y teníamos que escribirles todo sobre la vida cotidiana en el mundo exterior, para que cuando finalmente salieran pudieran encajar y si hubiera nazis cerca no sospecharan nada. Pero dije que quería que la

mía fuera una chica escondida en el Ferrocarril Subterráneo¹⁸ de los cazadores de esclavos. Una princesa de una tribu africana que había sido vendida y no podía vivir en cautiverio. Karla dijo que eso no funcionaría; que la esclavitud había terminado hace mucho tiempo; pero también los nazis, le dije. Y si nos lo estábamos inventando todo, ¿cuál era la diferencia? Ella se puso presumida y dijo que los nazis eran historia contemporánea, y yo le dije que de todos modos no iba a dejarla leer mi diario porque no era asunto suyo.

Oh, sigo recordando más y más veces con Karla y me pone triste. Te escribo, Sheba, pero a quién quiero escribir, hablar, maldecir y quejarme no es a ti, sino a Karla. Maya, tal vez, pero no conozco a Maya, no sé en quién se ha convertido desde que se fue. Ella no me escribe y sabe dónde encontrarme. No le escribe a su madre ni la llama, y Betty tiene un aspecto simplemente horrible. Su cabello está lleno de mechones grises y su rostro está lleno de líneas de preocupación. Ella también parece gritar; la oigo gritarle a Debby cuando las ventanas están abiertas. En realidad, ella siempre gritaba mucho, pero ahora es peor.

Mamá siempre habla de Karla, de lo desconsiderada y egoísta que es. Anoche, durante la cena, volvió a quejarse.

18 El Ferrocarril subterráneo fue una red de rutas secretas y casas seguras establecida en los Estados Unidos entre principios y mediados del siglo XIX. Fue utilizado por los afroamericanos esclavizados principalmente para escapar a estados libres y de allí a Canadá.

Supongo que le molesta ver a Betty así. Tal vez tiene miedo de que me levante y siga a Karla, me convierta en ella. Marian había preparado chili y pan de maíz para la cena, y nos sentamos a cenar juntas, con la mesa puesta, la leche en una jarra y las servilletas dobladas tan pulcramente como si la reina viniera a cenar. Eso es lo que mamá siempre dice. Lo que dice Mariana. Tengo que acordarme de llamarla así aquí porque ya no soy su niña, incluso si le dolería admitirlo. Soy una mujer adulta, aunque sólo tenga diecisiete años. En la mayoría de los lugares del mundo, ya estaría casada hace tiempo y tendría un grupo de hijos. A mi edad, Romeo y Julieta ya estaban muertos.

Marian y yo nos parecemos en algunos aspectos: a ambas nos gustan las reinas, o la idea de las reinas, en realidad no conocemos a ninguna personalmente. Pero a Marian le gusta la reina de Inglaterra. Dios sabe por qué. Le gusta leer sobre la familia real y los sombreros de la Reina Madre. Porque son muy aburridos, dice, y sofocantes, y algo diferente a crecer como negros en Nueva Orleans, como hija de una “viuda”.

“La pobre Betty ha envejecido diez años en el último mes. Después de todo lo que ella hizo también, criando sola a esas dos niñas”, decía Marian, mientras yo empujaba la comida en mi plato y no decía nada en absoluto. Porque la verdad es que extraño muchísimo a Karla. Durante todo el verano he estado prisionera aquí, mientras todos los demás estaban fuera. Joyce Levine pasó el verano en Hawaii con su madre y su padrastro. Megan Ricci fue a Nueva York con su novio.

Tony estaba en Oregon, con su hermano mayor. Y yo estuve atrapada aquí, castigada durante todo el verano, y Marian canceló nuestro viaje de regreso a Luisiana y me inscribió en esa estúpida clase de mecanografía. Odio escribir.

“No te hará ningún daño aprender algo práctico”, fue lo que dijo. “De esa manera siempre podrás conseguir un trabajo como secretaria”.

Nunca querré un trabajo como secretaria, le habría dicho, pero sabía que ella simplemente haría algún comentario sobre cómo sería mejor, que me comportara y me dedicara a mis estudios. Sí, mamá, seré buena, estudiaré mucho, iré a la universidad y nunca más me meteré en problemas. No, definitivamente es uno de esos momentos, como diría Karla, en los que simplemente hay que salir adelante. ¿Y Karla? ¿Dónde diablos está ella? ¿Desnuda en alguna playa soleada o muerta en un callejón? Ojalá lo supiera.

En fin, estábamos hablando de Karla, o no hablábamos, según sea el caso. De todos modos, yo tampoco comía mucho y, al final, Marian me preguntó si iba a comerme el chili o simplemente torturarlo.

“No tengo hambre”, le dije.

“Ahora estoy preocupada”, dijo Marian. “Nunca antes había visto que la adversidad te desanimara. Sabes, niña, te dije que estabas castigada todo el verano, pero tal vez eso

fue un poco duro. No me opondría a que salieras un poco con tus amigos. Has sido una buena chica este verano, Joanne.

Debería haberlo dejado así, darle las gracias y callar. ¿Por qué no puedo aprender a mantener la boca cerrada? Pero en cambio le dije que no tengo amigos, que se han ido todos, como Karla.

“Otros amigos”, dijo Marian. “¡Salir corriendo, dejándote aquí sola para enfrentar la música! ¿Por qué no buscas buenos amigos negros? Algunos que te apoyasen cuando las cosas se pongan difíciles. Seguramente hay algunos chicos buenos con los que podrías salir”.

La verdad es que no les agrado mucho a los otros chicos negros de la escuela. No hay muchos, la mayoría vienen en autobús desde el sur de Los Ángeles, cortesía del programa especial de Burt Lancaster para enviar a negros merecedores a buenas escuelas para blancos. No están en la lista de honores, a excepción de Adam Kelly, que vive en Brentwood y su padre es médico. Les gusta, pero eso es porque es bueno en los deportes. Cada vez que paso por las mesas del patio inferior donde pasan el rato, se dan la vuelta y hacen comentarios en voz alta sobre las galletas Oreo. Negro por fuera, blanco por dentro. Ya sabes. Y cosas más desagradables. O tal vez simplemente lo imagino. Que se jodan de todos modos.

Pero no quería entrar en todo eso con Marian. Aún así, estaba de mal humor, así que dije lo que siempre digo: “¿Por qué nos mudaste a un vecindario blanco si querías que tuviera amigos negros?”.

“No seas insolente conmigo, jovencita. Sabes perfectamente por qué nos mudamos aquí y qué esperaba de ti. Lo que casi destruiste”.

Así es, mamá. Retuerce el cuchillo.

“No les agrado a los chicos negros. Creen que soy engreída”.

“Bueno, tal vez les hayas dado razones para pensar eso. Mírate al espejo antes de quejarte de la cara sucia de otra persona”.

Oh, Sheba, en algún lugar es diferente a aquí. En algún lugar, todos bailan desnudos sobre la hierba bajo el sol, y no importa de qué color sean, ni qué notas obtengan, ni cómo se apodere de ellos el amor. Sólo que lo hace, de vez en cuando. Ahí fue Karla, y ojalá todos los días hubiera ido con ella.

Pero realmente no podría haberle hecho eso a Marian. No importa cuánto me ponga de los nervios, todavía la amo.

De todos modos, hoy fue nuestro primer día de regreso a la escuela. Me sentí un poco nerviosa al principio, cuando

volví detrás de los bungalows de música donde pasan el rato mis, así llamados, amigos, cuando los tengo. Las últimas semanas de clases en junio fueron muy incómodas. Antes siempre me sentía tan parte de todo como cualquier otra persona. Quiero decir, no anduve todo el tiempo pensando: “Soy negra, soy diferente, ¿cómo se relaciona la gente conmigo?”. Pero luego comencé a notar cosas, o a imaginarlas: la forma en que los otros chicos me miran, o hablan un latido demasiado rápido o un latido detrás, como si estuvieran cruzando una barrera invisible y felicitándose, al mismo tiempo, por estar dispuestos a hacerlo. O la forma en que con tanto cuidado no me ven, mi diferencia, mi negritud, no lo mencionan ni hablan de ello, pero a veces, cuando me acerco a ellos, de repente se quedan callados, como si hubieran estado diciendo algo y no quisieran que lo oyera. Me parece que los blancos pasan mucho tiempo sin ver. Esa es su primera respuesta a los problemas. Cierra los ojos, entierra la cabeza, espera que desaparezca. Pero lo que sé ahora, y lo que Marian intentó enseñarme, es que para nosotros la supervivencia depende de mantener los ojos bien abiertos y la mente despierta.

Así que volví al césped. Joyce Levine estaba sentada allí, bronceada por Hawaii y sacudiendo su cabello mechado por el sol. No me había llamado cuando llegó a casa, pero ahora saltó, me abrazó y me hizo espacio para sentarme a su lado. Tony Klein me entregó el último número mimeografiado de *The Other Side*. Joyce charlaba sobre la lava en Hawaii y

sobre la mala idea que era sacar piezas de la isla. Tony me estaba pidiendo que escribiera para *The Other Side*, ahora que Karla se había ido. Los otros chicos que estaban pasando el rato se movieron para hacerme espacio, a veces demasiado rápido, como si estuvieran tratando de demostrar algo. Me ofrecieron galletas de su almuerzo y trataron de que asistiera a reuniones políticas contra la guerra. Sentí que necesitaban que yo les justificara algo. Pero fui aceptada nuevamente. De hecho, era extraño: era como si nunca hubiera pasado nada. Aquí toda mi vida había dado un giro, todo mi verano estaba arruinado, Karla se había ido, y nada de eso parecía importar en absoluto. Simplemente fue borrado. Tal vez la época de la adolescencia sea como la edad de los perros: ya sabes, un año vale siete. Algo que sucedió en la primavera es como de un remoto pasado.

Ya ves, Karla, no tenías por qué huir. Con lo que no contabas era con el poder de lo simplemente ordinario. Se apodera de todo y lo vuelve normal. La gente se acostumbra a las cosas. La gente olvida.

Y sin embargo, de una manera curiosa, casi me alegro de que Karla se haya escapado. Ella es la única cosa que todavía es diferente, que todavía dice: Sí, te pasó algo importante. Quizás no cambió el mundo, pero fue real. A veces pienso que me volveré loca por la normalidad, por fingir, por estar bien, simplemente bien. Karla, Karla/Maya, ¿estabas loca, fuiste despiadada y egoísta o tenías razón?

Más tarde:

Allí estaba yo, en mi habitación, escribiendo este diario en mi escritorio, cuando miré hacia arriba. Betty estaba parada en mi puerta.

“Pensé que te gustaría saber”, dijo Betty, “que Karla llamó hoy. Para mi cumpleaños.”

Me giré para mirarla y dejé el diario. “Oh, feliz cumpleaños, señora Greenbaum”, dije. Siempre la había llamado Betty, pero desde el Incidente... no sé, me sentía un poco rara con ella. “¿Quieres sentarte?”

Betty entró en la habitación y se paseó de un lado a otro. Se quedó mirando por un momento mis cortinas, que ya que nunca me molesté en describírtelas, tienen puntos suizos y volantes. Marian me los cosió cuando nos mudamos por primera vez, cuando yo tenía nueve años, y estaba muy emocionada. Me hizo una colcha a juego y todas las mañanas colocaba mi colección de gatos de peluche sobre las almohadas. Tenían que ir de una manera particular, porque algunos no se llevaban bien con los demás, y podrían pelear mientras yo no estaba si estaban demasiado cerca uno del otro. De todos modos, estaba tan feliz en mi habitación que pensé que parecía algo del programa de televisión de Patty Duke. Ahora me gustaría cambiarlo todo, cubrir las ventanas con terciopelo rojo o pintar las paredes de negro. Porque la habitación y las cortinas y los volantes siempre parecen

reprocharme. Mira lo buena que fue tu mamá contigo, dicen. Sigues siendo su niña. Y Karla se fue para siempre y se llevó su magia con ella.

“No, no me quedaré”, dijo Betty. “Sólo quería que supieras que había tenido noticias tuyas”.

Hice ruidos como: “Gracias. Que amable. Me preocupo por ella”.

“Lo sé”, vaciló Betty. Su piel estaba tan pálida que podía ver el pulso en su garganta y el color de sus venas.

“¿Cómo está?”, le pregunté. Pensé que quería que dijera algo.

“Viva”, dijo Betty. “Supongo que es algo por lo que estar agradecida. Tiene una especie de novio con el que vive. No dijo mucho más, excepto que preguntó por ti. Le dije que volviera a casa, que no era demasiado tarde para empezar la escuela, para el otoño. Ella dijo que no quiere ir a la escuela. Le pregunté, ¿qué pasa con tu beca para Columbia? Puede ir allí gratis, ya sabes, es donde enseña su padre. Ella simplemente se rió”.

No sabía qué decir. Betty estaba de pie en el centro de la habitación, luciendo incómoda, con las manos colgando a los costados como si no supiera dónde ponerlas. Sus pies apuntaban en una dirección, su cuerpo intentaba girar en

otra dirección. Deseaba que simplemente se sentara o se fuera.

“¿Puedo traerte algo?” Me puse de pie. “¿Café o un trago de agua?”

“Me gustaría hablar contigo”, admitió Betty. “No, no; estoy bien, no quiero nada”.

Luego nos quedamos las dos de pie, una frente a la otra, ambas con las manos torpes y los pies torcidos y sin saber cómo se suponía que debíamos comportarnos.

“Por favor, siéntate”, le dije, y le saqué la silla de mi escritorio. Son momentos como ese los que me alegran de que Marian me haya enseñado modales. Ella se sentó en el borde de la silla y yo me senté al final de la cama y traté de parecer alentadora.

“¿Qué salió mal?” Preguntó Betty, apartando la vista de mí hacia mi póster de Aretha Franklin en la pared del fondo. “¿Por qué me dejó?”

Hizo una pausa y pude escuchar ecos de lo que no dijo: ¿Por qué Joe me dejó? ¿Por qué todos me dejan? ¿Qué hice para merecer estar sola?

“Tienes a Debby”, dije, y luego me detuve, avergonzada porque me di cuenta de que había respondido a sus pensamientos privados.

Betty me lanzó una mirada penetrante. “Debby no es el problema aquí. Karla es el problema. ¿Qué le pasó a Karla? ¿Fue su padre? ¿Fui yo? ¿Fue algo que hice, dije o no dije? Dímelo tú, Johanna. Eras su mejor amiga. ¿Era yo mucho peor que otras madres? Hay muchas peores que yo, créanme, las veo en mi oficina todos los días. Pero sus hijos no huyen. ¡Sus hijos terminan la secundaria, por el amor de Dios!

“Lo sé, señora Greenbaum”, dije. “Quiero decir, no lo sé, en realidad no”.

“¿Por qué de repente me llamas señora Greenbaum, cuando me llamaste Betty durante años?”

“Pensé que estabas enojada conmigo”.

“Lo estaba, pero eso no me convierte en una extraña. ¿Fui demasiado dura con ella? ¿Se suponía que debía aplaudir que se drogara y que la arrestaran?

“No, Betty”, dije, sintiéndome cada vez más incómoda. ¿Y qué podría decir sin traicionar a Karla (la perra egoísta) o convertir lo que nos pasó en un viaje de drogas baratas? Era más que eso, mucho más, pero ya era como una historia que me habían contado más que un recuerdo vivo y real.

“¿La golpeé? ¿Abusé de ella? ¿Alguna vez siquiera puse una mano sobre ella con ira? Estábien, grito, lo admito, pero

ella nunca pareció intimidarse por eso. Ella también tenía boca: daba todo lo que recibía.

“Tal vez no tuvo nada que ver contigo”, dije lentamente.

Eso la enojó. “¿Cómo podría no tener nada que ver conmigo? ¡Soy su madre!

“Tal vez simplemente quedó atrapada en los tiempos”.

“No, no me vengas con eso, Johanna. Soy psicóloga, lo sé mejor. Los niños no huyen, no arruinan su vida, por los tiempos. Los tiempos son los tiempos para todos, pero la mayoría de nosotros todavía seguimos viviendo una vida. Tú lo haces.”

Ella estaba inclinada hacia adelante, mirándome como si sus ojos pudieran pelar mi cara. Sentí ganas de sumergirme debajo de la ropa de cama y cubrirme la cabeza. Pero Betty estaba esperando una respuesta.

“Karla es diferente a mí. Ella es... lógica. Una vez que ve algo, tiene que perseguirlo hasta el final, dondequiera que la lleve. A ella no le gusta hacer concesiones”.

“Explícame su lógica, ¿podrías por favor? No puedo seguirla”.

“No estoy segura de poder hacerlo. Explicarlo, quiero decir. Tal vez si realmente la entendiera, estaría ahí fuera con ella,

en el camino”, admití. Era la primera vez que decía eso en voz alta.

“No me parece. Creo que tienes demasiado sentido común. Y un instinto de autoconservación. No sé qué pasó con el de ella. Quizás la consentí demasiado, la mimé demasiado. Estaba toda engreída por la omnipotencia adolescente, y nunca estuvo dispuesta a ver peligros ni límites”.

“Creo que ella vio los peligros. Es sólo que lo que a ella le parece peligro, a ti te parece seguridad y sentido común.

“¿Que se supone que significa eso?”

“Creo que para Karla el peor peligro parecía ser hundirse en aceptar las cosas tal como son”.

“¿Pero qué hay de malo en cómo son las cosas?” Betty se levantó y caminó por el dormitorio. “¡Karla nunca tuvo que sufrir, no como nosotros durante la Depresión! Tenía comida en la mesa todos los días de su vida, el dormitorio más bonito de la casa, iba a una escuela decente. ¿Cuál fue el problema?”

“Las mentiras”, dije, aunque nada de lo que pudiera nombrar realmente lo explicaría. “La guerra. Prejuicios. Muertes.”

“¡Pero luchamos contra todo eso!” dijo Betty. “Dios mío, su padre fue golpeado en Mississippi y siempre apoyamos los derechos civiles”.

“Pero vivíais en este mundo tal como era. Luego lo aceptabais. Hablabais en contra de las cosas malas, pero vivíais vidas como las de todos los demás. Vidas cómodas, al menos así lo ve Karla. Ella no quiere eso”.

“¿Cómoda? Dios mío, ¿cuánto consuelo teníamos en los años cincuenta, cuando Joe estaba en la lista negra y no podía conseguir trabajo? ¿Cuánto consuelo sentí cuando él se fue, dejándome a mí con las niñas? Tengo cuarenta y siete años, Johanna, no puedo vivir en una comuna. ¡Tengo derecho a un poco de consuelo!

“Por supuesto que sí”, dije. “Pero a Karla no le interesa la comodidad. Quiere vivir sin hacer concesiones”.

¿Era eso cierto? Me preguntaba. ¿Estaba simplemente inventando excusas para Betty o finalmente había entendido lo que quería Karla? Me siento culpable. La empujé, pensé. Nos empujé a ambas al límite, nos hice llegar tan lejos como el ácido podía llevarnos, y más aún. Ahora soy yo quien se compromete todos los días. ¿Pero no se trata de eso la vida, a menos que tengas la riqueza y el poder para hacerla como quieres? O a menos que estuvieras dispuesta a hacer terribles sacrificios.

Y no lo estoy. No estoy dispuesta. ¿Es eso sensatez o miedo?

“Es puro egoísmo”, dijo Betty, levantándose de nuevo. “Ella se parece mucho a su maldito padre. Oh, es bastante fácil ser el gran radical, cuando alguien más está pagando las cuentas. Dejar que su título de abogado se desperdiciara: no comprometería su política, dijo, lo suficiente como para encajar en cualquier empresa de este lado de Cuba. Mientras él jugaba a ser de clase trabajadora, yo mantenía a la familia, despertándome todas las noches para amamantar a las tres de la mañana, mientras él ¿podía siquiera cambiar un pañal? ¡El gran Joe Greenbaum, ensuciarse las manos! Se detuvo de repente y se volvió hacia mí, pareciendo joven, en cierto modo, y miserable. “Lo siento, no debería cargarte con todo esto”.

“Ella llamó”, dije. “Esa es una buena señal. Tal vez regrese a casa”.

“No estoy segura de querer que lo haga”, dijo Betty.

Esa fue nuestra conversación. Ahora sé que Karla está viva en alguna parte, que no está completamente muerta para todos los sentimientos familiares. Me pregunto si volverá a casa.

Me pregunto si quiero que lo haga.

Johanna

XIV. DICIEMBRE DE 1967

Cuando Maya y Rio llevaban juntos seis meses, ella lo llevó a casa con su madre. Para entonces ya eran veteranos de sus campañas mutuas en espacios ilimitados. Se habían tumbado juntos junto al océano, cara a cara, corazón a corazón, dejando que la marea les bañara los pies, inmunes al frío en el calor que pasaba entre ellos a medida que su respiración subía y bajaba. Maya lo entendió; ella se abrió a sus visiones, las acogió y las protegió. Ella era su suerte, su Bruja, su magia; ella le leyó cartas que advertían sobre malos tratos e informantes.

“Yo no lo haría”, decía. “Las cartas no pintan bien. Mira, ahí estás, el Caballero de Bastos, atravesado por el Diablo. Alguien en quien no debes confiar, alguien que no es lo que parece ser. Y la Torre en el resultado final: el desastre.

Exposición. Los falsos filósofos son arrojados al suelo. Me parece una trampa”.

Estaban reclinados en el colchón en la parte trasera de la camioneta de Rio. Maya leía cartas a la luz de las velas, consciente de que a él le gustaba observar el cálido resplandor de la llama parpadeando sobre su piel.

“Parecía demasiado bueno para ser verdad”, admitió. “Un ki¹⁹ entero de Michoacán por cien dólares. Aceptaré un pase”.

“Bien”, dijo ella. “No huele bien”.

“Pero sí lo haces”, dijo, extendiendo la mano sobre las cartas para acariciar la masa salvaje y rizada de su cabello.

“¿Cómo lo sabes? No puedes olerme desde allí.

“Puedo. Soy como un lobo. ¿O quieres que me acerque?

“Podrías”, dijo, formando una pila con las cartas y barajándolas nuevamente en el paquete.

La furgoneta era su mundo privado, perfumado con incienso de Nepal y brillante con tapices de la India, Marruecos y el Tíbet. Ella era la sacerdotisa de su reino, el

19 El Ki también se conoce como "energía latente" o "poder de lucha", que se traduce directamente como "fuerza vital". Esta fuerza es una energía tangible que se encuentra dentro de cada ser vivo y que se concentra principalmente en el centro del cuerpo.

mundo que él había creado, pequeño pero móvil, libre y seguro. Hizo amuletos de protección para colgar en el espejo retrovisor, raíz de Alto Juan el Conquistador empapada en pachulí que había comprado en una pequeña botánica de la Misión. Aparcaron junto al Panhandle y dieron largos paseos por el parque Golden Gate a la luz de la luna, o partieron en cualquier momento, costa arriba, costa abajo, hasta Mount Shasta o High Sierras. Le compró cosas que, según decía, le recordaban a ella; coloridas, hermosas, un poco exóticas: collares de China o vestidos bordados de Afganistán o bufandas gitanas. Toda su vida, le dijo, había sabido que alguien como ella tenía que existir en algún lugar, alguien que lo amaría y volaría con él.

Sin embargo, lo que más amaba de él no eran los regalos, ni la droga, ni siquiera el sexo. Le encantaba la forma en que él la escuchaba, atentamente, con ambos ojos fijos en su rostro, como si lo que ella decía fuera importante para él.

“Quédate conmigo”, le había susurrado en el pelo la primera noche que durmió con él en la furgoneta, después de hacer el amor. Ella se dio la vuelta y se apoyó sobre su codo.

“Me quedaré contigo todo el tiempo que pueda”, dijo. “Siempre y cuando pueda ser fiel a lo que he aprendido”.

“¿Que has aprendido?” Se giró para mirarla y la miró como si realmente quisiera saber.

“He aprendido que la mayoría de las cosas que la gente piensa que son importantes son mentiras. Y lo que es verdad son sólo esos pocos momentos en los que puedes romper con las mentiras y tocar de verdad”.

Le tendió la mano, con la palma hacia ella. Ella encontró su mano con la suya y él la apretó con fuerza.

“Podemos hacer eso”, dijo seriamente. “Tenemos ese potencial entre nosotros. Lo supe tan pronto como te vi, al otro lado del lago.

Maya asintió.

“Lo haremos. Nunca nos conformaremos con menos. ¿Prometido?”

“Lo prometo”, dijo Maya en voz baja, sintiendo que estaba haciendo un voto sagrado.

Él la atrajo hacia sí, giró sobre su espalda y deslizó su brazo bajo sus hombros. “Cuando estaba de camino a California”, dijo, “me detuve en el Gran Cañón y caminé hasta el fondo. ¿Alguna vez has estado allí?”

“Cuando era niña, una vez, con mi familia. Pero sólo hasta el borde. No bajamos”.

“Es una milla de profundidad, a través de las rocas más hermosas que puedas imaginar. Había tomado un par de

dosis de ácido y, mientras caminaba por ese sendero, comencé a sentir como si estuviera caminando a través del tiempo. El tiempo estaba congelado a mi alrededor, en las rocas, en todas las capas de color. En el fondo, el río centelleaba bajo el sol, cantando sobre las piedras. Entonces lo entendí”.

“¿Qué?”

“Lo que entendiste tú, creo. Que si te quedas en el río cantor, lo atravesará todo, incluso la roca más dura. Y nada más importa realmente. Por eso me llamé Rio, que en español significa río. Rio Colorado”.

Se inclinó y la besó en la boca, suavemente. “Nunca antes le había contado a nadie sobre eso”, dijo. “Nunca he conocido a nadie más que lo hubiera entendido. Tenemos suerte de habernos encontrado. Nunca lo olvidemos. Nunca perdamos esto”.

“Nunca”, prometió Maya. Sí, había venido al lugar correcto, había tomado la decisión correcta. Llenó el espacio que Johanna había abandonado. Él compensó todo. Su mano comenzó a recorrer su cuerpo, pero ella la atrapó y la detuvo.

“Hacer el amor es sagrado”, le dijo. “Para mí, es santo. Es la forma en que nos sumergimos en el río. Si entiendes eso, podremos permanecer juntos para siempre”.

Bajó la cabeza y besó su vulva, dejando que su lengua acariciara sus labios internos. “Esto es lo que adoro”, dijo en voz baja. “Este es mi único dios”. Él tomó su mano y la movió hacia abajo para cerrarla sobre su hinchada verga. “Este es tu dios”.

Lentamente, con ternura y alegría, adoraron juntos.

A principios de diciembre, necesitaba ir a Los Ángeles para encontrarse con un contacto que se suponía tenía pasto de buena calidad del otro lado de la frontera. Las cartas tenían buena pinta, muchos Oros y copas rebosantes, dinero y amistad, todo el tiempo. Condujeron juntos por la costa bajo el sol de finales de otoño, y ella esperó dócilmente en la furgoneta, leyendo *El lobo estepario* de Hermann Hesse mientras él llevaba a cabo sus negociaciones. Cuando se cerró el trato y los ladrillos de pasto se guardaron cuidadosamente dentro de la camioneta, le preguntó si quería detenerse y ver a su madre.

“No estoy segura”, admitió. “Podría ser una escena horrible”.

“Me arriesgaré”, dijo Rio, sonriéndole. “Arriesgaría más que eso por ti. Y sospecho que te arrepentirás si volvemos al norte sin verla.

Maya no respondió. Quería ser huérfana, sin padres, sin cargas, surgida de la espuma del mar o de una fisura en el

tronco de un árbol o de la cabeza de algún dios. Pero tenía razón. Aquí estaban, en Los Ángeles, y al menos debería detenerse y ver a Betty y Debby. De vez en cuando, sentía un poco de culpa cuando pensaba en su madre. Había llamado el día del cumpleaños de Betty y su voz sonaba vieja, amarga y plana. Sí, Maya le debía algo: al menos una tarde, un día o dos. Ya había cambiado bastante en estos últimos meses. Ahora era una persona nueva: Maya, ya no Karla. Podía permitirse el lujo de visitar el pasado.

A última hora de la tarde llegaron a su casa, que estaba en la esquina de la manzana. En lugar de garaje, la casa de Johanna compartía el lote, dando a la otra calle. El auto de Betty no estaba estacionado en la acera. Ella todavía debía estar en el trabajo.

La casa le pareció más pequeña a Maya, un bungalow bajo y blanco, bordeado de enebros y agapantos y un pequeño jardín delantero. Era limpio, ordenado y aburrido, ni viejo, ni nuevo, ni romántico como los pasteles victorianos de pan de jengibre en los que se había estrellado allá en Haight. Cuando subieron al porche bajo, Maya sintió una repentina sensación de pánico, como si, una vez que cruzara el umbral, pudiera volver a convertirse en Karla, que iba a la escuela obedientemente, pensaba en sus deberes y tenía miedo. Sí, ya tenía miedo, y tal vez fuera una mala idea. Tomó la mano de Rio, lista para sugerir que huyeran, pero la puerta se abrió y Debby la miró fijamente.

“¡Karla! ¿Qué estás haciendo aquí?” Debby tenía cara de búho, grandes gafas redondas y pelo castaño liso como el de Joe Greenbaum, diferente de la mata de rizos oscuros que Maya heredó de Betty. Debby todavía vestía su ropa escolar, lo que parecía un conjunto nuevo; un jersey de cuadros y una blusa rosa debajo. Betty siempre les había dicho que se cambiaran tan pronto como llegaran a casa de la escuela, para evitar el desgaste de su buena ropa. Por lo general, Debby la ignoraba y Maya a menudo la regañaba, la intimidaba y la amenazaba hasta que lo hacía. Bueno, ella no iba a entrar en eso hoy.

“De visita”, dijo Maya, sonriendo. “¿Como estas?”

“¿Quién es él?” –preguntó Debby.

“Mi viejo.” Maya le guiñó un ojo. “Su nombre es Rio. Rio, esta es mi hermana, Debby. ¿No quieres dejarnos entrar?”

“Supongo que sí.”

“No eres muy amigable”.

“Estoy enojada contigo”, dijo Debby, pero se mantuvo alejada de la puerta para que pudieran entrar. “Te escapaste y mamá me ha estado gritando desde entonces”.

Debby miró fijamente a Rio. Él le sonrió, pero ella retrocedió. Quizás la asustó, pensó Maya. Se había dejado crecer la barba, el pelo le caía sobre los hombros y estaba sin

camisa bajo un chaleco de piel de oveja afgano. Quizás olía mal.

Maya llevaba uno de sus vestidos de bruja, largo, negro y vaporoso, con una bufanda roja de cachemira atada alrededor de sus caderas. Intentó recordar lo linda que había sido Debby, cómo jugaban juntas con sus muñecas Barbie y luchaban en el suelo. Se agachó y abrazó a su hermana menor. Debby se quedó de pie, pasivamente, dejándose acariciar.

“Vamos, Debs, relájate”, dijo Maya. “Oye, ¿hay algo para comer en la cocina? Estoy hambrienta”.

Entraron a la cocina y Rio entró en la sala de estar.

“Tal vez haga la cena”, dijo Maya. “La tendré lista para mamá cuando llegue a casa. La sorprenderé”.

“¿Cuál es el punto...?” Dijo Debby. “No solucionará nada. Ella todavía te gritará”.

“Podría ser bueno para ella”, dijo Maya.

“Oh, de repente eres tan considerada”.

Maya casi le dice que se vaya a la mierda, pero se contuvo. Quería intentar llevarse bien.

“Haré un poco de café. No lo bebes todavía, ¿verdad?”

“Negro”, dijo. “Estoy intentando que frene mi crecimiento”.

“Tal vez sea contraproducente”, dijo Maya, “creo que ahora eres tan alta como yo”.

“Más alta”, le aseguró Debby. “Mido cinco pies y ocho pulgadas”.

“Más alta por una pulgada”, admitió Maya, contenta de que ya no fueran descaradamente hostiles. “Pero dejé de crecer a tu edad. No serás una gigante”.

Maya fue al fregadero y lo encontró lleno de agua marrón y grasosa.

“Está bloqueado”, dijo Debby.

“¡Maldición!” Maya llenó la tetera, con cuidado de no derramarla en el fregadero, y la puso sobre la estufa.

“Rio”, llamó desde la cocina. “¿Quieres un poco de café?”

Él entró en la cocina, donde ella estaba hurgando en el fregadero con un tenedor. De repente Maya deseaba desesperadamente que todo fuera perfecto. Quería que su madre volviera a casa y encontrara la cocina impecable, la cena preparada y todos los dolores del último año mágicamente borrados.

“¿Qué estás haciendo?” preguntó.

“El fregadero está atascado”, dijo. “Quería hacerle la cena a mamá, tenerlo todo listo y sorprenderla. Pero no consigo que drene”. Su voz sonó aguda; casi iba a llorar. Él la rodeó con un brazo y mantuvo la cabeza hacia un lado como si intentara no respirarle en la cara. Maya percibió un olor a algo picante y agudo. Alcohol. Un poco de licor. Su madre tenía una barra en la sala de estar y nunca tocó las botellas durante años.

“Tengo algunas herramientas en la camioneta”, dijo. “Probablemente sólo necesite que se despeje el tapón. Intentaré arreglarlo.”

“¿Puedes?” dijo Maya. “No sabía que podías arreglar las cosas”.

“Oye, cariño, puedo hacer cualquier cosa”. La besó en la frente y salió.

Dejó un rastro de vapores de alcohol detrás de él. ¿Pero por qué no debería hacerlo? Pensó Maya. ¿Por qué no tomar una copa si quiere? ¿Por qué si no la gente guardaba licor? De todos modos, él también debía sentirse tenso, como ella. Lo que pasaba era que ella nunca lo había visto beber antes, nada más que una cerveza con comida mexicana o pizza. Ah, bueno, no importaba.

Miró en el congelador. Estaba abastecido con pollo, filetes y los cortes de carne más baratos, pero en la parte de atrás

encontró un paquete de chuletas de cordero. A ella siempre le habían gustado las chuletas de cordero. Había lechuga en el frigorífico y un par de tomates, pero ninguna otra verdura fresca, así que sacó un paquete de judías verdes congeladas que ya venían sazonadas con su propia salsa de crema en una bolsa de plástico para cocinar. Rio regresó con sus herramientas y hundió sus manos resueltamente en el agua grasosa acumulada en el fregadero, mientras Debby salía de la habitación.

Maya se sirvió una taza de café instantáneo y preparó un poco para Debby, quien regresó a la cocina vestida con sus jeans y una camiseta de flores moradas y se quedó de pie, en silencio y todavía levemente hostil, observando a Rio. Maya lavó la lechuga en el lavabo del baño y preparó una ensalada mientras calentaba agua para las verduras, y tenía las chuletas recién puestas a asar cuando escuchó llegar el auto de su madre.

“Cuida las chuletas de cordero, ¿quieres?” –le dijo a Debby, y fue a abrir la puerta mientras Betty llegaba por el camino cargando un montón de expedientes.

“Mamá”, dijo cuando Betty la vio y se quedó quieta en el porche delantero. “Ya estoy de vuelta. Para una visita”, añadió rápidamente, al ver que el rostro de su madre empezaba a adquirir una expresión de triunfo. “No por mucho tiempo. Pero quería verte”.

“Así que has vuelto”, dijo Betty, todavía sin moverse. “Debería echarte de casa”.

“Vamos, mamá, no seas así”, dijo Maya. “Entra a casa, prepararé la cena. Todo está listo.”

Betty dio un paso adelante. Parecía cansada, más gris, no sólo su cabello, sino su aura, como si algo de color se hubiera apartado de ella. Se quedó quieta, agarrando sus archivos, mientras Maya la abrazaba. Ella no le devolvió el abrazo, pero pareció relajarse un poco, perder algo de su guardia interior.

“Déjame dejar esto”. Señaló los expedientes y los puso sobre la mesa del vestíbulo. “Ahora déjame mirarte. Has perdido peso. Ojalá también pudiera. Como más cuando estoy estresada”.

“Te ves bien, mamá”, dijo Maya. En realidad, parecía alguien que podía envejecer, alguien que algún día moriría.

Entraron a la cocina, donde las piernas de Rio asomaban por debajo del fregadero.

“¿Que está pasando aquí?” –preguntó Betty.

“El fregadero estaba atascado y el grifo goteaba”, dijo Maya. “Este es mi amigo Rio. Se ofreció a arreglarlo”.

“Quería llamar al personal de mantenimiento para que lo hiciera. Simplemente no he tenido tiempo. Citas consecutivas todo el día”.

“Maya, pásame esa llave, ¿quieres?” Rio dijo desde debajo del fregadero. Ella le dio la herramienta y, al cabo de un momento, él emergió y se puso de pie.

“Lo siento”, dijo. “Tenía el atasco quitado y no podía dejarlo así. Soy Rio Colorado, señora Greenbaum. No te daré la mano hasta que me haya limpiado un poco”.

“¿Qué le pasaba al fregadero?” –preguntó, su tono todavía cauteloso, no hostil pero tampoco amistoso.

“Solo necesitaba un lavado nuevo y limpiar la trampa. Realmente, no era nada”.

“Bueno, gracias”, dijo Betty de mala gana.

“Oh no hay problema.”

Betty se volvió hacia Maya. “Bueno, al menos no encontraste a un hombre como tu padre. Joe no sabía cambiar una bombilla”.

En aquel incómodo silencio, Maya se sintió destrozada. Podía sentir a su madre rebotante de ira, reprimiendo una docena de cosas hirientes que más tarde le diría a Maya, y al mismo tiempo observando a Rio, queriendo abrirlo y

descubrir si era lo suficientemente bueno para su hija, desconfiando de lo que consideraba un outsider, un intruso masculino en su vínculo femenino. Y Maya era parte de Rio; pero sí, ella también era parte de su madre. Compartían los mismos ojos, la misma mandíbula cuadrada, y ella conocía la historia de su madre, cómo la habían lastimado y cómo ella, Maya, la había lastimado. Betty tenía motivos para estar en guardia.

“La cena está lista, mamá”, dijo Maya. “¿Vamos a comer?”

Betty negó con la cabeza. Estaba parada en la puerta del comedor y la luz de la ventana proyectaba duras sombras en su rostro. “No estoy segura de que podamos comer. No estoy segura de querer comer contigo”.

Maya fue a buscar el plato de ensalada de la encimera y lo colocó sobre la mesa como si estuviera reclamando algo. “Mira, mamá, puedo entender que estés enojada, pero ¿no podemos simplemente sentarnos a cenar? Ya habrá tiempo más tarde para que me des el gran sermón”. Se giró para revisar las chuletas en la parrilla y Betty la agarró del brazo.

“¿Crees que puedes simplemente venir aquí después de seis meses, preparar la cena y eso hará que todo vuelva a estar bien? ¿Después de lo que he pasado?”

Maya apartó su mano y abrió la boca para responder, pero sintió la mano firme de Rio en su espalda.

“Disculpe, señora Greenbaum”, dijo Rio. “No quisimos molestarla. Simplemente nos iremos”.

Betty volvió a agarrar la mano de Maya y la atrapó, agarrando su muñeca. “¡No te atrevas a salir de aquí! No te estoy diciendo que te vayas; tenemos cosas que discutir. Y te hablo a ti, Karla. ¿Desde cuándo necesitas que tu novio te defienda?

“No lo necesito, mamá. Pero si quieres conversar, sentémonos y cenemos, ¿vale? Al menos suéltame para poder sacar estas chuletas del asador antes de que se quemen. No quiero pelear contigo”.

“Eso es un cambio”. Betty soltó el brazo de Maya y se volvió hacia Rio. “Ella no hizo más que pelear conmigo desde el día en que su padre salió por la puerta, cuando ella tenía siete años. Inconscientemente me culpa por su partida”.

“¡No es así!” Maya había apagado la parrilla y abierto la puerta; Ahora volvió a cerrarla de golpe. “Joe fue una mierda contigo, lo sé. ¡Si culpo a alguien, lo culpo a él!

Betty negó con la cabeza. “No sabes lo que piensa tu subconsciente. De todos modos, es normal sentir que el padre con el que te quedas alejó al otro. Sé que no puedes evitarlo”.

“Jesús, mamá, ¿tenemos que hacer psicoanálisis ahora mismo? ¿No podemos simplemente comer?

“Vamos a comer”, dijo Betty. “Pero eso no significa que te perdone”.

“Está bien”, dijo Maya. “Esta cena no simboliza nada. Es sólo la cena. Un cigarro es sólo un cigarro. ¿Vale?”

“Bueno.”

Llamaron a Debby y se reunieron alrededor de la mesa en el rincón de la cocina. Maya sirvió las verduras congeladas que había cocinado al vapor y las chuletas de cordero asadas.

“Veó que se tratan bien”, dijo Betty. “La verdura no es lo suficientemente buena para ti, no; tenía que ser cordero”.

“Está delicioso”, dijo Rio rápidamente. “Gracias.”

Betty se volvió hacia él. “¿Así que de dónde eres?”

“De Pittsburgh. Mi papá trabaja allí en las aceras”, dijo, anticipándose a su siguiente pregunta.

“Que agradable.”

Maya podía imaginar la imagen formándose detrás de sus ojos: un bruto grande, rubio y musculoso, semidesnudo, chorreando sudor mientras golpeaba con un mazo de hierro al rojo vivo, ardiendo detrás de él fuegos y cubas de metal fundido. Goy. Definitivamente no es judío.

“Él es el delegado”, dijo Rio, “del sindicato”.

“Rio, ¿es ese un nombre mexicano?”

“Es un nombre que me puse yo mismo. Me gustaba más que Richie”.

“Oh.” Sí, Maya pudo verla relajarse, sólo levemente, una liberación casi imperceptible de la tensión alrededor de sus ojos. “¿Y cuándo viniste a California?”

“Salí hace un par de años para ir a Berkeley”.

—¡Berkeley! Ella se animó. Maya casi podía verla aguzar las orejas. “Debes haber tenido buenas notas”.

“Dejé la carrera después de un año”, dijo. Su rostro volvió a decaer. “Pensé que si vivía aquí y trabajaba por un tiempo, podría establecer mi residencia y luego volver sin tener que pagar la matrícula de otro Estado”.

Maya lo miró fijamente. Una vez más, su madre lo estaba haciendo, descubriendo en cinco minutos de conversación cosas que ella, Maya, no había aprendido en meses de intimidad. Ella nunca le había preguntado por qué había venido a California: ¿adónde más querría ir alguien? Ella nunca le había preguntado sobre su historia o sus planes. Ella no quería que él existiera en el tiempo y el espacio, quería que siguiera siendo su mago, su secreto, su pirata, para que ambos siguieran vivos en el presente inmortal donde no había pérdida. Oh, fue un error venir aquí, un gran error.

“Qué sensato”, dijo Betty. “¿En qué te especializabas?”

“Estaba tratando de decidir entre sociología y ciencia política”. Maya frunció el ceño ante su plato. Rio intentó llamar su atención y sonreír, pero ella miró hacia otro lado. Se estaba divirtiendo, se dio cuenta. Probablemente le divertía que su Bruja mágica tuviera una madre que se moría por saber cuánto dinero ganaba su padre, y una hermana que estaba sentada en silencio mirando su plato, ocultando el libro en su regazo, que leyó durante toda la conversación. “Quería algo que sirviera de buena base para la facultad de derecho”.

Maya dejó caer el tenedor y se quedó mirando. ¡Facultad de Derecho! Tenía que estar bromeando. Betty parecía cada vez más satisfecha y Rio esperó hasta que miró a Debby para guiñarle un ojo a Maya.

“Debby, ¡cuántas veces te he dicho que no leas en la mesa! ¡Guarda ese libro y participa en la conversación!

Debby suspiró y cerró el libro. “Estaba llegando a la parte interesante”.

Betty se volvió hacia Rio, con una ligera sonrisa en sus labios. “El padre de Karla era abogado, ¿sabes? Pero quedó atrapado en la era McCarthy. Tienes que tener cuidado si quieres ser admitido en el colegio de abogados”.

“Bueno, aún queda un largo camino por recorrer”, dijo Rio. “Tengo mucho tiempo para decidir. También me atrae la medicina, o incluso la psicología. Me gustaría una carrera que ayude a las personas”.

¡Oh, el maldito estafador! Él estaba engañando a su madre, jugando con ella, y Maya podía ver los ojos de su madre brillando con visiones de su hija, la esposa del médico/abogado/psicoanalista, sí, ella era un poco salvaje en su juventud, pero conoció a un chico maravilloso que la tranquilizó. Y Rio simplemente la estaba alimentando, inflándola, y ¿qué pasaría con Betty cuando volviera a la realidad? ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿No era suficiente que Maya la hubiera lastimado una vez? Betty parecía tan frágil, tan lamentable, con sus esperanzas y sueños ordinarios que estaban condenados al fracaso.

De repente se compadeció tanto de su madre que casi se atragantó con el bocado de cordero. Sí, esto fue lo que la había expulsado de la casa en primer lugar: la insoportable soledad de su madre que impregnaba la casa como una toxina invisible, tanto más dolorosa porque Betty parecía no darse cuenta de ello. Era brillante y alegre con sus clientes, sus conferencias y los grupos de pares a los que siempre acudía. Pero Maya recordó aquellos días después de que su padre se fue, la serie de domingos en los que conducían hasta el valle, mirando casas en venta, todas las casas nuevas, cada una igual, con azulejos turquesa en los baños y cocinas que se abrían hacia el salón familiar. Su madre quería

tener un salón familiar propio. Pero incluso los bungalows baratos, de losas de concreto, estaban fuera de sus posibilidades, y con los cinco mil dólares que le había dado el abuelo Stein y sus propios pequeños ahorros compró esta casa en la ciudad, con la casita en el mismo lote que podía alquilar para ayudar a pagar la hipoteca. Y así Johanna entró en su vida. Pero Maya todavía recordaba la sensación fresca de los azulejos bajo sus dedos, el olor de las alfombras nuevas en las casas modelo. Cuando regresaban al apartamento, Betty se quitaba los zapatos y les dejaba comer perritos calientes en bandejas frente a la pantalla de televisión, viendo películas antiguas de Shirley Temple. Debby era demasiado pequeña para hacer algo más que alborotar en el coche y dejar huellas de tierra en las alfombras nuevas, desviándose de los caminos revestidos de plástico que les habían sido trazados, pero fue Maya quien sintió la necesidad de compensar de algún modo a Betty por... ¿por qué? Algo del vacío en el centro de sus vidas, algo de la decepción en su voz cada vez que sonaba el teléfono y no era Joe que volvía con ellas. No puedo, mamá, quería decir. No puedo ser lo que necesitas. No puedo justificar tu vida. No puedo vivir como tú, colocando tus cosas bonitas como un baluarte contra el lugar vacío. Lo miré a la cara demasiado joven, lo miré fijamente y revisé su núcleo y encontré lo que vive en el otro lado. ¿No lo ves, mamá?, quería decir, si dejas de fingir, defenderte y tratar de convertirnos en algo que tu madre hubiera pensado que estaba bien, si simplemente te dejas llevar, saldrás por el

otro lado. Si tan solo pudiera ser una guía para Betty en ese viaje. Pero fue imposible. Su madre nunca entendería de qué estaba hablando.

Y entonces Betty estaba sola, sin nadie que la amara, más que Debby, quien en realidad estaba más interesada en su libro, y Maya se habría ido como tenía que irse, y ¿qué le pasaría a Betty cuando envejeciera? ¿Quién cuidaría de ella? Mientras tanto, Rio hablaba y hablaba de sus planes profesionales, y entre los dos pintaban un futuro que ella no quería, que no era de ella. No, nadie la entendía. Ella no podría soportar mucho más de esto.

“Mamá”, interrumpió, “¿no es esto un interrogatorio suficiente? ¿Ya has decidido si lo apruebas?”

Betty la miró y la expresión demacrada volvió a su boca. “Sólo estoy entablando una conversación, Karla. Tratando de conocer a tu novio. ¿No es por eso que lo trajiste aquí?”

“Lo traje aquí para que lo conocieras, no para justificar su existencia”, dijo Maya.

“Oye, está bien”, dijo Rio.

“Entonces tengamos una conversación”, dijo Betty. “¿Qué te gustaría discutir? ¿Qué tal tus planes para la escuela?”

“Esa sería una discusión breve”, dijo Maya. “No tengo ninguno. ¿Siguiente tema?”

“Obtuve una A en mi examen de matemáticas”, dijo Debby.

“Eso es bueno querida.”

“¡Oye, genial!”, dijo Rio con gran entusiasmo.

“Obtuve la puntuación más alta de toda la clase. Más alto que Marty Friedman, el cerdo gordo que se cree tan inteligente”.

“Ya es suficiente, Debby”.

“Bueno, lo hace. ¡Es tan engreído! Pero obtuve notas más altas que él en las dos últimas pruebas, y más altas que Mickey Lane, y más altas que...

“Ya es suficiente, Debby”, dijo Betty bruscamente. “No necesitamos escuchar nada más”.

“¿Por qué no? Voy a la escuela y también saco buenas notas, ¡y ni siquiera te importa! ¡Lo único que te importa es ella!

“¡Debby!”

“¡Bueno, es verdad!”

“Un poco más de eso y tendrás que irte a tu habitación”.

Debby se levantó de un salto, agarró su libro y salió de la cocina, cerrando la puerta detrás de ella.

Betty suspiró. “Ella está en una etapa difícil”.

Rio asintió sabiamente, como si él personalmente hubiera guiado a cientos de subadolescentes a través de fases incómodas de desarrollo. “La secundaria es un infierno. Como la guerra”.

Betty se volvió hacia Maya. “¿Vas a ver a Johanna? Ha estado preocupada por ti”.

“Pensé que se suponía que no debíamos hablar entre nosotras”.

“Creo que Johanna es lo suficientemente sensata como para no dejarse corromper por ti, y su influencia sólo podría hacerte bien”.

“Gracias por confiar en mí”.

“Sabes, todavía puedes volver a la escuela. No, ahora escúchame, Karla. Tendrías que trabajar duro, hacer mucho trabajo de recuperación, tal vez tomar algunas clases de escuela de verano...

“No me interesa.”

“Pero al menos tendrías tu diploma. No lo sé, tal vez aún puedas ingresar a Columbia el próximo otoño”.

“¡Mamá!”

“Sería un poco arriesgado, pero apuesto a que Joe podría solucionarlo”.

“Mamá, no quiero ir a Columbia”.

“Tal vez ahora no quieras, pero piensa un poco en el futuro, Karla. Usa tu imaginación. ¿Cómo te sentirás el próximo otoño, cuando todos tus amigos regresen a la escuela y vayan a la universidad y tú te quedes atrás?

“No me quedaré atrás. Estaré muy por delante, en una dirección diferente”.

“¿Haciendo qué? ¿Qué imaginas que puedes hacer sin siquiera un diploma de escuela secundaria? ¿Ser la esposa de alguien?

“No.”

“¿Y qué? ¿Vives de tu novio? ¿Cuánto tiempo te querrá cerca si no haces algo por ti misma? Piénsalo.” Se volvió hacia Rio. “Si vuelves a la universidad, querrás una esposa con un título. Alguien que pueda seguir tu ritmo intelectualmente. Necesitarás uno si quieres una carrera. Sabes, cuando Joe estaba siendo entrevistado para un puesto, antes de la lista negra, tuvieron que entrevistarme a mí también. Una esposa marca la diferencia”.

“No estoy hablando de ser esposa”, dijo rápidamente Maya para desviar a su madre de Rio.

“Entonces, ¿de qué estás hablando?” Betty hizo una pausa, pero Maya no respondió. Primero porque honestamente no podía decirlo. No podía decirle a su madre que sólo quería vivir fiel a un momento de su vida, y que sabía con la misma certeza con la que sabía su propio nombre, que había cambiado, que eso era suficiente para el trabajo de toda una vida. Y en segundo lugar, no podía hablar porque de repente se sintió abrumada por una tristeza indescriptible al darse cuenta de que Betty todavía se consideraba la esposa de Joe, todavía pavoneada por su importancia.

“¿Dónde habría acabado yo”, continuó Betty, “después de que Joe nos dejase, si no hubiera tenido mi título en trabajo social?”

“Basta ya, mamá. ¡Deja de molestarme!

¡Tengo que advertirte, hacerte entrar en razón!

“¡No, no lo hagas! ¡Déjame en paz, déjame tomar mis propias decisiones!

“No eres lo suficientemente madura para tomar tus propias decisiones. Ese ha sido mi error: ¡te he dado demasiada libertad! Pero eso ya pasó”. Betty dejó el tenedor y apartó el plato. “¡Te ordeno que regreses a la escuela!”

Maya había terminado su propia chuleta de cordero y la carne le pesaba en el estómago, un trozo de carne muerta.

Quizás debería hacerse vegetariana. “¡Ya no puedes darme órdenes!”

“Puedo y lo haré.” La voz de Betty se elevó. “¡Aún eres menor de edad! ¡Si te vas de aquí otra vez, haré que la policía te persiga! No creas que no lo haré, sólo porque aún no lo he hecho. ¿Quieres que te vuelvan a encerrar? ¿Quieres que acusen a tu novio de estupro?”

“¡Vete a la mierda!” Maya saltó de la mesa y empujó su silla hacia atrás, gritándole a Betty. “Haz lo que carajo quieras. No me importa. ¡Eres mi madre, pero nunca supiste ser una madre para mí! Se giró y salió corriendo de la habitación, cerrando la puerta principal detrás de ella.

Maya yacía en el colchón de la camioneta, sollozando, mientras Rio entraba y cerraba la puerta corrediza detrás de él. La abrazó y la dejó llorar, sin decir nada. Por eso lo amaba, se recordó, incluso si en ese momento estaba enojada con él. Podía llorar con él y él la calmaba con tanta paciencia, como si no le importara sentarse con ella mientras ella lloraba para siempre. Ella no conocía a mucha gente así. Johanna, tal vez. Betty tendía a empezar a gritar acerca de que todo lo que estaba mal era en realidad culpa de Maya. Maya nunca había llorado con Tony, y cuando lloró porque Doug estaba rompiendo con ella, él simplemente se puso avergonzado y nervioso e inventó una excusa para irse tan pronto como pudo.

No, Rio era un premio, incluso si todavía olía levemente a alcohol.

Cuando sus sollozos amainaron, él le dio una palmada en el hombro. “Simplemente te quedas aquí”, dijo. “Nos llevaré a la playa. Podemos ver la puesta de sol”.

Aparcó la furgoneta cerca de la arena. Maya se levantó y se reunió con él en el asiento delantero.

“Me gustaría tener una botella del whisky de tu madre”, dijo, pero en lugar de eso encendió un porro y se lo pasaron de un lado a otro, fumándolo hasta reducirlo a nada en respiraciones prolongadas que calmaron a Maya. Permanecieron sentados durante un largo rato, observando cómo el sol descendía en picado hacia la oscuridad índigo.

“Ella es una perra”, dijo Maya. “La odio. Marchémonos y volvamos a la costa esta noche. No quiero volver”.

“Ella no quiere decir todo lo que dice”, dijo Rio. “No dejes que ella te afecte”.

“Ojalá nunca hubiéramos venido aquí”.

“Por cierto”, dijo Rio, después de una larga pausa, “nunca mencionaste que aún no tenías dieciocho años”.

“¿Hace alguna diferencia?” Dijo Maya con fiereza porque se sentía culpable. No, ella no se lo había dicho. Nunca

hablaron de hechos y fechas, hablaron de humo y sueños. “¿Soy una persona diferente sólo porque nací en un año y no en otro? De todos modos, nunca me preguntaste”.

“Sí lo hice. Una vez te pregunté cuántos años tenías y me dijiste: “Varios miles de años”. “

“Bueno, los tengo. De todos modos, tengo ganas”. Pasó una mano por el hueco que separaba los asientos envoltentes de la furgoneta, tentativamente, esperanzada. Rio la tomó y la estrechó en su mano. “Lo lamento. No creo que ella realmente te cause problemas”.

“No, no estoy preocupado”, dijo Rio, retirando su mano pero sólo para encender otro porro que sacó del bolsillo de su camisa. “Ella simplemente estaba hablando mal”. Inhaló, contuvo la respiración y le entregó el porro a Maya. “Ya sabes cómo la gente se vuelve loca”, dijo, dejando escapar un hilo de aire de sus pulmones. “Todo el mundo lo hace, todo el mundo pelea en familia”. Dejó escapar el aliento con una exhalación explosiva. “Deberías conocer a mi viejo. Mierda, cuando se enojaba nos tiraba al otro lado de la habitación y le arrancaba los dientes a mi madre de su pobre y ensangrentada boca. Hasta que mi hermano Jim creció lo suficiente como para detenerlo”.

Maya había inhalado el humo y lo había dejado reposar en sus pulmones hasta que la irritación creció demasiado y salió a la fuerza.

“Betty no batea”, dijo. “Ha leído demasiada psicología. Ella solo grita. Eso ya es bastante malo”.

Le devolvió el porro a Rio, y él dio otra calada larga antes de devolvérselo. Inhaló de nuevo y pudo sentir que se relajaba.

“Sabes, la casa de tu madre es bonita”, dijo Rio. “Miré alrededor. Está llena de todos esos libros, literatura y psicología. En mi casa lo único que teníamos eran números atrasados del *Reader's Digest*, y tal vez de *Road and Track*. Tiene todos esos bonitos recuerdos de sus viajes, tazas, platos y pequeñas estatuas. Y todo un armario lleno de licor. Me serví un poco, espero que haya estado bien. Todas las botellas estaban llenas de polvo. Eso fue impresionante”.

“¿Qué quieres decir?” Fuera de la furgoneta el cielo se oscureció. Maya estaba lista para ser cargada de nuevo y reconfortada, pero los asientos envolventes los mantenían separados.

“Mi papá bebe cualquier cosa que pueda conseguir. No, señor, el alcohol no permanece cerca de James Matthew Connolly el tiempo suficiente para acumular polvo. Se pone a rugir, a gritar, borracho... y luego viene hacia ti con los puños volando, abofeteando a mi madre en la cara si se interpone en su camino. Pero tu casa es tranquila, pacífica. No entiendo por qué querías irte”.

Maya suspiró, envolviendo sus brazos alrededor de su propio cuerpo. Si él no lo entendía, ella no podría explicárselo.

Su mano se estiró y le soltó el brazo. “No es que me esté quejando”, dijo, inclinándose para besar su cuello. “La pérdida de tu madre es mi ganancia”.

“Le estabas mintiendo”, se quejó Maya. “Toda esa basura sobre la facultad de derecho, por el amor de Dios”.

“Sí, pero le gusto. Eso hará que todo sea más fácil para ti, cariño. Lo hice por ti. Además, ¿cómo sabes que es una tontería? Podría ir a la facultad de derecho. ¿Sería eso tan horrible?

“Es más probable que vayas a la cárcel. Es más probable que necesites un abogado que serlo”.

“Oye, cariño, soy inteligente. Saqué buenas notas. Soy el primer chico de la familia en ir a la universidad, incluso si la abandoné. Podría volver algún día, si quisiera. Haz que los viejos se sientan orgullosos”.

“¿Quieres?” Preguntó Maya, inquieta.

“Te quiero”, dijo Rio con firmeza, acariciando su cabello. “Quiero que seas feliz. Sospecho que no lo serás si no volvemos con tu madre y te damos la oportunidad de hacer las paces.

El porro quedó reducido a brasas. Rio lo apagó, estudió pensativamente los restos y luego los añadió a un pequeño sobre que guardaba en su bolsillo.

“Podrías tener razón”, admitió Maya.

“Ella te ama”, dijo Rio. “Ella simplemente tiene miedo por ti. Está fuera de control. Pero qué carajo, ¿sabes? No puedes esperar que ella lo entienda. Al menos no tira las sillas”.

“No puedo vivir con su miedo”.

“No es necesario, sólo hay que visitarla de vez en cuando. Como llamo a mis padres de vez en cuando. Igual que mi hermano Jim me escribe desde Vietnam aunque piensa que soy escoria hippie. Es la familia, no puedes escapar de ella”.

Regresaron. Betty estaba en la cama, observando a Johnny Carson. Rio entró en la sala y probó la crema de menta mientras Maya se acercaba a su madre.

“Lamento que hayamos peleado”, dijo Maya, acercándose a la cama y abrazando a Betty, quien parecía profundamente aliviada. “No peleemos más, ¿vale?”

“Pensé que no volverías. Pensé que te habías ido... para siempre, esta vez.

Pensé que me habías abandonado, como Joe, escuchó Maya haciendo eco de lo no dicho en el silencio. Volvió a abrazar a su madre.

“Eres mi madre. Estamos atrapadas la una con la otra”. Nunca te abandonaré, no del todo. Estoy atada a ti por lazos que nada puede romper, se escuchó prometer, y aunque quería apretar sus labios alrededor de esa promesa y cortarla de raíz, y aunque no dijo una palabra de ella, la promesa se hizo.

Y por eso nunca seré completamente libre hasta que mueras.

XV. EL DIARIO DE JOHANNA WEAVER

4 de diciembre de 1967

Bueno, ella está de vuelta. ¿Quién? La señorita Supercool, la señorita Hipster, la señorita Soy-tan-genial-con-mi-novio-fumeta: Maya, alias Karla Greenbaum, esa es ella.

Como probablemente se podrá comprobar, la visita no ha sido un gran éxito hasta el momento. Por un lado, nunca paso tiempo a solas con ella, sin que el Increíble Hulk nos siga detrás. Oh, supongo que es bastante amable, si te gustan los grandes, rubios y tontos. Karla nunca lo había dicho antes; siempre prefería los intelectuales pequeños y flacos. Pero Rio, como él mismo se llama, la sigue con una expresión en su rostro como un cachorro ahogándose que acaba de ver tierra. Supongo que eso es amor.

Vinieron el miércoles por la tarde, después de que llegase a casa de la escuela. De inmediato me sentí mal. Allí estaba yo, con mi faldita verde y mi blusa floreada a juego, llevando mi libro de texto de biología, y allí estaba ella con un vestido de noche viejo y vaporoso de encaje que debió haber comprado en una tienda de segunda mano, cordones de cuentas de colores, un chal de cachemira atado alrededor de sus caderas y sus ojos con esa mirada entrecerrada de serpiente que proviene de fumar demasiada droga. Dijo que quería que se conocieran las dos personas más importantes de su vida. No la creí. Lo que quiero decir, precisamente, es que no creía ser una de esas dos personas. Si lo fuera, ¿por qué no me escribió o me llamó? ¿Por qué no vino a verme sola para que pudiéramos hablar de verdad?

De todos modos, me pidieron que diera un paseo y dimos una vuelta a la manzana. En realidad, lo que querían era que fumara droga con ellos, y tuve que escuchar las tonterías de Rio sobre sus cogollos primo grado A de Michoacán hasta que me entraron ganas de vomitar. Lo rechacé, no porque no quisiera fumar sino porque sabía que Marian me preguntaría qué hacíamos y no quería mentirle. Ella siempre sabe cuándo le estoy mintiendo y tengo que vivir aquí.

Entonces, parecía que no podíamos hablar de nada.

“¿Qué tal la escuela?”, preguntó ella.

“Bien, la escuela está bien”.

“¿Cómo está Joyce Levine?”

“Bien. Ella esta bien.”

Estaba mirando las casas de nuestra calle, lo limpias, seguras y aburridas que parecen, con sus pequeños prados y los helechos y agapantos que los jardineros japoneses o mexicanos mantienen limpios. ¿Dónde has estado?, quería decir yo. ¿Existe algún lugar increíble, exótico y extraordinario? ¿Podemos ir a él?

“¿Y Toni? ¿Tony Klein?, preguntó ella.

“Bien”, dije. “Todavía publica el periódico”.

“Excelente. Me alegro de que siga adelante”.

“Nada ha cambiado”, le dije. “Es como si nunca hubiera pasado nada. No tenías que irte”.

“Tuve que hacerlo. Sabes que tenía que hacerlo”.

No tenías que irte por esto –quise decir, refiriéndome a su novio y su vestido de encaje roto y su marihuana y su escena. Quería llorar de desilusión y eso es lo que no pude decirle. Quería que ella hubiera encontrado algún milagro, que me dijera que en algún lugar podríamos ir y encontrar un círculo de personas que nos dieran la bienvenida a casa y reconocieran quiénes somos realmente y nos enseñaran a amar. Incluso si no lo hubiera encontrado, incluso si, sí, me

hubiera comprometido y cedido, quería que alguien lo hubiera encontrado. Quería que ella fuera mi Harriet Tubman²⁰, que me mostrara una estrella polar a seguir, que me sacara de la esclavitud y me llevara a la tierra prometida.

Pero Maya no lleva a nadie a ninguna parte. Todo lo que ha hecho es convertirse en el cliché hippie definitivo, con sus encajes, cuentas y capullos. Bien podría haberse quedado en la escuela y haber hecho feliz a su madre. Y ahora está tan drogada que no puedo hablar con ella. Es curioso, nunca lo había notado antes, pero es como un barniz sobre ella, como esa cosa que se pone en los muebles para que las bebidas calientes no dejen marca. Nada penetra del todo.

Más tarde:

Entonces, su novio es uno de esos tipos a los que les gusta arreglar las cosas. Dios sabe que podemos utilizar a alguien así por aquí de vez en cuando, ahora que el tío Marcus se ha ido. Rio arregló la transmisión de diez velocidades de Debby y le dio consejos a Marian sobre el golpe en su motor y abrió las ventanas que estaban atascadas cerradas y cerró las ventanas que estaban atascadas abiertas. Parece querer

20 Harriet Tubman (Dorchester, Maryland, 9 de marzo de 1822–Auburn, 10 de marzo de 1913), registrada al nacer como Araminta Ross, fue una activista a favor de la libertad de las personas negras esclavizadas en Estados Unidos. Tras escapar de la esclavitud, realizó trece misiones de rescate en las que liberó a cerca de 300 esclavos, utilizando la red antiesclavista conocida como Ferrocarril Subterráneo.

agradar. Supongo que no lo odio. ¿Cómo puedes odiar a un hombre que le cambió las bujías a tu madre?

Y Karla... lo siento, tengo que acordarme de llamarla Maya... Maya y yo hablamos. Me siento mejor.

Llegó temprano esta mañana. Marian todavía estaba dormida, y nos sentamos en el escalón de entrada para hablar, mientras Rio hacía algunas tareas mecánicas masculinas en su camioneta.

“Nos vamos”, dijo Maya. “Regresamos al norte. Betty no está contenta, pero no creo que llame a la policía estatal, siempre y cuando le escriba de vez en cuando. Gracias a Dios por los últimos restos de la política de mi papá”.

“Que tengas un buen viaje”, le dije.

“Johanna, ¿qué pasa entre nosotras? ¿Me odias por huir?

“No por huir”, dije, y entonces todo se derramó. “Por no correr más lejos. Te odio por conformarte con la tierra de la fantasía”.

Su boca se apretó. A veces siento pena por las chicas blancas: cuando aprietan los labios, casi desaparecen.

“Eso no es justo”, dijo.

“Cuando te miro, me siento decepcionada. Siento que lo que nos pasó no fue más que un estúpido juego hippie, una excusa para... no lo sé. No sé qué decir al respecto”.

“No te odio”, dije. “No te culpo... por esto con lo que te has conformado”.

“Aún no me he adaptado”, dijo. “Estoy esperando mi momento”.

“¿Esperando a qué? ¿Qué crees que sucederá si no lo hacemos realidad?”

“¿Y es eso lo que crees que estás haciendo? Me parece que simplemente estás pasando un buen rato.

“Johanna, no sé cómo lograrlo”. Se puso de pie y caminó de un lado a otro, agitando las manos como un director de orquesta. “¿No lo entiendes? Ni siquiera estoy segura de saber qué es “eso” o cómo hablar de lo que pasamos juntas. Cada vez que lo intento, cada vez que intento nombrarlo o incluso pensar demasiado en ello, siento que estoy tomando algo sagrado y convirtiéndolo en una tarjeta de felicitación. Odio las palabras: lo abaratan todo. ¿Sabes lo que quiero decir?”

“Sí. Lo sé.”

“No hay ningún mapa del territorio al que intentamos viajar”. Sabía lo que quería decir y me alegró oírla decirlo,

pero al mismo tiempo no pude evitar pensar que estaba posando un poco, pensando en lo bien que sonaba.

“Todos estamos tanteando nuestro camino en la oscuridad”, continuó. “Pero tenemos que mantenernos unidos. Quiero decir, al menos tenemos que permanecer en contacto”.

“Sabías dónde estaba todo este tiempo. Podrías haber escrito. ¿No pensaste que me preocuparía por ti?

Ella apartó la vista de mí y miró el gran sicomoro del vecino al otro lado de la calle. “Tenía miedo. Tenía miedo de que Betty descubriera dónde estaba y me arrastrara de regreso”.

Era mi turno de apartar la mirada de ella. “A veces desearía haber ido contigo”.

Eso la hizo regresar, mirándome directamente a la cara, sus ojos felices de una manera que me decían cuánto había querido oírme decir eso. Como si todavía me necesitara para justificar lo que había hecho. “¿Tú?” dijo ella. “A veces desearía haberme quedado en casa. No muy a menudo, pero sí de vez en cuando. Cuando Betty insiste en mi futuro. Tal vez me arrepienta de todo esto; tal vez desee haber terminado la escuela. No sé. Sólo sé que no puedo volver ahora. No creo que pueda volver jamás. Y eso también da miedo”.

Ahora sonaba real, ya no posaba.

“Y no puedo irme”. Quería contarle sobre ser una guerrera del corazón, sobre cómo eso significa que tienes que hacer las cosas difíciles y no eludirlas. Pero las palabras no salían de mi boca. Quizás simplemente no confiaba lo suficiente en ella.

“¿No puedes? ¿Aunque sea por un rato? No me refiero a dejar la escuela, sé que no quieres hacer eso. Pero ¿qué pasa en verano? ¿No podrías venir y quedarte con nosotros un rato?

“No sé si Marian me dejaría”.

“Seguramente ella no podría guardarte rencor por un verano salvaje, antes de que comiences en la universidad”.

“Me gustaría eso”, admití. Dios, sí, lo anhele ahora: estar fuera de esta casa, libre, sin estándares de nadie que cumplir. Sólo por un tiempo, un mes. Oh, probablemente tendré que trabajar en el verano y ahorrar dinero en otoño, pero ¿quién sabe? Es un bonito sueño. Tal vez incluso una guerrera del corazón tenga vacaciones de vez en cuando. Y luego Rio terminó con la camioneta y nos despedimos con un abrazo, sin besarnos frente a él, o solo como se besan las damas en la iglesia, rozando las mejillas, sin tocar los labios. Y luego se fueron.

Dice que escribiré, pero no lo creo.

Johanna

XVI. DE NAMCHE A TENGPOCHE

La caminata de hoy nos lleva a las orillas del Dudh Kosi, luego a las laderas más bajas del Khumbu, con sus agujas y rocas que se elevan sobre nosotros a una altura de 19.000 pies. Ganamos y perdemos mucha elevación, ¡así que prepárate para sudar!

– Folleto de Mountain Co-Op Adventures

Pequeñas cabañas de piedra encaladas se alineaban en la orilla del Dudh Kosi en el vado donde el sendero de Namche a Tengpoche cruzaba el río. Cada pequeña casa tenía una rueda de oración, un tambor cilíndrico pintado con imágenes

de colores brillantes de budas, bodhisattvas²¹ y deidades temibles. El agua corriente del arroyo hacía que las ruedas giraran continuamente, y cada vuelta de la rueda enviaba otra oración al vacío, disminuía el peso agregado del karma en el mundo y aceleraba la liberación final. Energía hidráulica aprovechada para fines espirituales.

Maya siempre había creído que el movimiento era similar a la libertad, pero, hasta donde ella sabía, para los nepalíes, el puro movimiento era en sí mismo una forma de oración. Construyeron ruedas que el agua hacía girar y colgaron banderas de oración para que ondearan en los techos; y las colgaron en hileras desde los picos de las estupas y colocaron otras ruedas al costado del camino para que las hicieran girar los viajeros que pasaban.

Yo misma debería hilar algunas de esas, pensó. Puedo utilizar todo el mérito que pueda acumular. Mea culpa, mea culpa. No puedo confesarme aquí, y además no suelen llevar a las brujas judías al confesionario ni nos dejan llevar la hostia sagrada a la lengua; podemos morderla, masticarla, triturar el santo cuerpo entre nuestros dientes, Dios. No lo permitas (y durante la Inquisición mucha gente fue quemada por supuestamente hacer justamente eso), en cualquier caso, no hay absolución para mí.

21 Término propio del budismo que alude a alguien embarcado en el camino del Buda de manera significativa, es decir, cualquier persona que está en el camino hacia la budeidad.

¿Cómo eran las oraciones del Yom Kipur? Era una mala judía, iba a la sinagoga sólo durante las épocas en que Betty me arrastraba de regreso a Milwaukee para visitar a los abuelos durante las grandes fiestas. Por el pecado que he cometido al leer las cartas de Rio, y por el pecado que he cometido al no ser lo suficientemente buena con mi madre, y por el pecado que he cometido al ser menos de lo que Johanna esperaba, mucho menos de lo que deseaba, perdóname, absólveme, muéstrame misericordia. Podía oír el canto gimiendo en su cabeza.

El grupo de excursionistas estaba sentado en un pequeño claro junto al arroyo, al fondo de un desfiladero. Habían caminado toda la mañana a través de un brumoso cañón azul, con altos picos alzándose sobre ellos. Sagarmatha todavía no era impresionante, pero Ama Dablam, adornado con un collar de campos nevados, se alzaba filoso y puntiagudo como el dibujo de una montaña hecho por un niño. A veces, las nubes ocultaban la cumbre; en otros momentos, se separaban, revelando cuencos excavados entre los brazos de los picos más altos, donde se aferraban glaciares de color azul hielo y bloques de nieve compactada flotaban, listos para caer en una avalancha.

Ahora Maya estaba sentada al sol mientras los chicos de la intendencia preparaban y servían un almuerzo de huevos fritos, patatas fritas y carne frita. Estaba acurrucada contra el costado del banco, demasiado cansada para levantarse y caminar hacia donde estaban sirviendo la comida. Su tos

pareció mejorar en Namche, pero hoy, tan pronto como comenzaron a subir la colina para salir de la ciudad, había comenzado de nuevo. Estaba completamente harta de eso. Si tan solo pudiera sentarse, absorber los rayos curativos del sol y no moverse en toda la tarde. Pero aún quedaba un camino por recorrer.

Jan estaba dibujando junto al arroyo; Carolyn, Peter y Howard estaban conversando profundamente con Tenzing, junto al muro de piedra que rodeaba el pequeño campo verde. Maya se sintió aliviada. En realidad, no quería hablar con ninguno de ellos en ese momento. Lonnie acercó su plato y se sentó cerca de Maya, quien le sonrió débilmente. Disfrutaba del irónico cinismo y del humor de Lonnie, pero estaba cansada de su curiosidad apenas disimulada sobre la sexualidad de Maya. No lo había preguntado abiertamente, pero no se relajaría hasta haber inmovilizado a Maya.

“¿Así que, vives sola?” le había preguntado a Maya durante el desayuno, su voz cuidadosamente informal.

“Vivo con una amiga y su hija”, había dicho Maya, evitando usar la palabra compañera. Sólo estoy siendo perversa, admitió para sí misma. La única razón por la que no se lo digo directamente es porque tiene muchas ganas de saberlo.

“¿Y por qué tu 'amiga' no está contigo en este viaje?”
–Preguntó Lonnie.

“¿Por qué debería estarlo? No estamos unidas por la cadera. Ella es sólo una amiga”.

“Oh, sólo una amiga. Ya veo.”

“Una amiga cercana. Una amiga muy cercana”.

“Ajá”, había dicho Lonnie, confundida. Entonces Howard se unió a ellas, poniendo fin a la conversación.

Ahora Lonnie se acomodó con la espalda apoyada en el muro bajo de piedra que bordeaba el claro. “¿No estás comiendo?” –le preguntó a Maya. “Las patatas fritas son especialmente buenas”.

“Comeré en un minuto, tan pronto como tenga fuerzas para caminar hasta allí”, dijo Maya.

Sin embargo, antes de que pudiera moverse, Tashi se acercó y le entregó un plato de comida. Llevaba un par de gafas de sol envolventes que ocultaban completamente sus ojos y un chándal morado y turquesa.

“Pareces cansada”, dijo. “Debes comer ahora, luego hay mucha cuesta arriba”.

“Oh, hurra”, dijo Maya con voz apagada. “Todo genial, Tashi”.

“Sí, muy bien”, estuvo de acuerdo Tashi. “¿Parezco americano?”

“Cien por ciento rojo, blanco y azul”, le dijo Lonnie.

“Nadie adivinaría jamás que eres un sherpa, sino un chico del este de Los Ángeles”.

Pembila, que había caminado con ellos ese día, le llevó a Maya una taza de té caliente. Señaló a Tashi, riendo. “Él no es un sherpa”, dijo. “Él es del Tíbet”.

“¡Tíbet!” Lonnie se volvió hacia Tashi. “Nos lo has estado ocultando, hombre. ¡Nunca nos dijiste que eras del Tíbet!

Tashi negó con la cabeza. “No soy del Tíbet”. Lo pronunció teabet.

Pembila se rió. Era más joven que Ang, rondaba los treinta, y cuando sonreía, arrugando sus profundos ojos castaños hasta formar medias lunas, parecía aún más joven, una niña burlándose de uno de los niños mayores. “Tíbet”, dijo. “Sí. Hombres del Tíbet, no buenos chickie–chickie. Tashi parecía indignado y Pembila se cubrió la cara para ocultar su alegría.

“¿Chickie–chickie?” –Preguntó Lonnie. “¿Qué es eso?”

“Chickie–chickie”. Pembila cerró su mano izquierda formando un cilindro alrededor de su dedo índice derecho

extendido, que movió rápidamente hacia adentro y hacia afuera, en un gesto inconfundible y universal.

“¡Ah, chickie–chickie!” dijo Lonnie. “La luz se incrementaba”.

“Hombres del Tíbet, muy pequeños”, dijo Pembila. “Muy poco tiempo chickie–chickie”. Ahora estaba casi doblada de risa.

“Una declaración difamatoria si alguna vez escuché una”, dijo Lonnie. “Tashi, ¿vas a dejar que se salga con la suya? ¿No vas a defender el honor varonil del Tíbet?

“No soy del Tíbet”. Tashi se levantó y adoptó una pose de gran dignidad, aunque detrás de sus gafas parecía estar riéndose también. “Soy un vaquero de Montana”. Pronunció cada sílaba con mucho cuidado: Mont–tan–na.

Él se alejó.

Tenzing se acercó y Pembila les dio a las otras dos mujeres una mirada de conspiración y luego se escabulló.

“¿Cómo te sientes?” le preguntó a Maya. “¿Cómo está tu tos?”

“Está bien”, dijo Maya. “Es una tos”.

“Después del almuerzo, nos espera una larga subida. Tómallo con calma. Ang se quedará contigo”.

“Estaré bien”, dijo Maya. La atención y la solicitud de los sherpas la avergonzaban. Parecían tan amables, tan deseosos de soportar sus cargas. No estaba acostumbrada a tantos mimos. Betty nunca había sido el tipo de madre que andaba por ahí con bandejas de té y leyendo cuentos cuando Maya estaba enferma. Betty tenía un trabajo al que acudir y las enfermedades de Maya y Debby la enojaban, como si se hubieran enfermado a propósito sólo para hacerle la vida más difícil. Johanna, ahora, lo había intentado, preparando té de hierbas mayas y haciendo bolsas de agua caliente cada vez que tenía gripe. Pero en sus primeros años juntas, cuando Maya acababa de regresar de México, intentaba escribir pero aún no ganaba dinero, no podía soportar que Johanna la atendiera. Ya dependía demasiado de ella para conseguir un lugar donde vivir, para hacer la compra cuando fracasaron los trabajos ocasionales que aceptó, o para recibir aliento cuando llegaron las cartas de rechazo.

Maya había aceptado su consuelo, pero cuando estaba enferma, tendía a alejar a Johanna, cerrar la puerta y leer hasta quedarse dormida algún viejo misterio de Dorothy Sayers que había leído cinco veces antes. Y más tarde, cuando el equilibrio entre ellas cambió, cuando a ella le habría gustado que la mimaran, el patrón ya estaba establecido.

Pero así eran todas las relaciones, ¿no? De alguna manera se crea una plantilla y cada cambio surge del diseño original y vuelve a él. El modelo familiar se convierte en el patrón de todo lo demás. Ciertamente Betty lo había creído. Maya no estaba tan segura. Si retrocedía en su mente, en la medida de lo posible, cuando era pequeña y Joe aún no se había ido, sólo podía recordar una vaga sensación de ansiedad, de inquietud.

“Tu madre quiere ponerme en el sofá”, recordó que le dijo su padre. “¿Qué piensa usted de eso?”

Cerró los ojos al cálido sol, dejando que la comida se digiriera, dejando que el murmullo de las conversaciones a su alrededor se convirtiera en el fondo de sus recuerdos. Observaba a su padre afeitarse y vestirse, como solía hacer a primera hora de la mañana, mientras su madre preparaba el café, hacía las tostadas, revolvía los huevos y escuchaba las noticias de la mañana en la radio. Era muy pequeña: el lavabo del baño estaba a la altura de sus ojos y tenía que levantar la cabeza para ver el rostro de su padre en el espejo. Había disfrutado viéndolo cubrirse la barbilla con espuma blanca; le encantaba el sonido del rasguño de la navaja en su barba. No sabía qué le pasaba al sofá, un sólido diván verde que estaba apoyado contra la larga pared de la sala de estar, frente al televisor. Estaba en mal estado, como la mayoría de sus cosas, pero era cómodo. Los sábados por la mañana, ella y su padre se acurrucaban allí y veían dibujos animados,

mientras su madre preparaba el desayuno. Él le contaría cosas sobre cómo era el mundo.

“Esos ratones”, decía, “son los trabajadores. ¿Ves cómo tienen hambre? ¿Cómo se ven obligados a vivir en un agujero en la pared? ¿Porqué es eso?”

“No sé.”

“¿Quién los mantiene allí?”

“¿El gato?” ella adivinaría.

“Bien. ¿Y quién es el gato?”

“No sé.”

“El gato es el jefe. ¿Lo tienes? ¿Y cómo controla el gato a los ratones?”

“No sé.”

“Piensa.”

“Se los puede comer”.

“¡Bien! ¡Exactamente!” Cuando su padre estaba contento, sus espesas cejas negras se separaban y, aunque no sonreía exactamente, dos curvas profundas delineaban su boca. Sus ojos eran de color marrón oscuro, como los de ella, y su piel era muy pálida. La barba recién afeitada asomaba en sus

mejillas. Olía a humo de cigarrillo, un olor que a ella le gustaba porque era su olor. “Los ratones le tienen miedo al gato”.

“Porque tiene dientes grandes y se los puede comer”, dijo, sabiendo que lo había complacido una vez, con la esperanza de que funcionara de nuevo.

“¿Pero quién gana siempre?” –le preguntó, sus cejas volvieron a formar su forma habitual de V.

Ella sabía la respuesta a esa pregunta. “¡El poderoso ratón!”

Mighty Mouse podría volar. Llevaba una capa y, aunque era pequeño, podía golpear a los gatos, dándoles puñetazos en la cara mientras permanecía suspendido en el aire. Billy Jenkins dijo que él también podía volar, pero ella nunca estuvo segura de si se refería a volar como Mighty Mouse o pilotar un avión. De todos modos, nunca se lo mostraría porque, dijo, había perdido su licencia de vuelo. Ella pensó que tal vez él estaba mintiendo, pero le gustaba inventarse historias antes de irse a dormir en las que ella y Billy volaban juntos, el viento ondulante como su carretera.

“¿Y por qué gana Mighty Mouse?”

“Porque tiene superpoderes”.

“¿Y qué los convierte en superpoderes?”

“No sé.”

“Te diré.” Él siempre se lo decía; eso era lo reconfortante de sus padres. Siempre le decían cosas. “Mighty Mouse tiene superpoderes porque no le tiene miedo al gato. Él no cree en esas tonterías, ¿verdad? Él cree en el poder de los ratones: lo pequeño, los trabajadores. Y te diré por qué más gana Mighty Mouse”.

“¿Por qué, Joe?”

“Porque tiene la historia de su lado”, terminaría Joe, satisfecho.

Sólo tenía cinco años pero ya sabía mucho de historia. Y aunque no sabía lo que su padre quería decir con “el sofá”, sabía lo suficiente como para mover los pies inquieta, afligida por una profunda sensación de inquietud.

“¿Por qué te quiere en el sofá?” –le preguntó a su padre ahora.

Un último resto de espuma quedó en la punta de su barbilla y se la quitó con cuidado. Ahora toda la espuma blanca había desaparecido.

Pensó en la forma en que la carretera desaparecía cuando iban en el coche. Se extendía ante ellos como un largo triángulo, pero nunca alcanzaban la punta. Por la noche, las farolas colgaban en una cadena de perlas brillantes. A

medida que se acercaban, cada cuenta se separaba y se volvía distinta. Le preguntó a su madre cómo sucedía eso. Cuando Betty finalmente entendió lo que estaba preguntando, explicó que, para empezar, las luces nunca estuvieron juntas. Sólo parecían estarlo.

“¿No es fascinante?” le dijo a Joe. “Ella realmente tiene un modo de percepción diferente. Es como los experimentos de Piaget”, y había seguido hablando en términos adultos. Karla se apartó de los brazos de su madre que la rodeaban y miró por la ventana, tratando de entender las luces, y tratando de entender por qué hablaban de ella, Karla, como si estuviera en otro lugar o de repente hubiera dejado de poder oír. La hacían enojar cuando hacían eso. Dentro de mí, pensaba, soy tan yo como ellos dentro de ellos. La brillante cadena de luces continuó alejándose, y el punto donde se unían los dos bordes del camino también retrocedía. Estaba invadida por un anhelo ansioso. Deseaba más que nada poder captar las luces de la hermosa cuerda, antes de que comenzaran a separarse.

“Quiere que vaya a ver a un psiquiatra”, dijo su padre mientras se lavaba las manos.

Karla se puso repentinamente nerviosa. Algo se estaba desmoronando.

“Me gustas grande”, protestó ella. “Me gusta como eres.”

“Esa es mi niña”, dijo su padre.

“No dejes que ella te encoja. ¿Promesa?”

“Prometo.”

Juntos entraron a la cocina. Su madre había puesto la mesa y parecía sola.

“¿Dónde está Debby?” –Preguntó Karla.

“Shh”, susurró su madre. “¡No la despiertes! Por una vez no está despierta y gritando a las seis de la mañana. Déjala dormir.”

“Ayudé a papá a afeitarse”, dijo Karla con orgullo. Betty no dijo nada en absoluto, sólo algo en sus ojos cambió y de repente Karla se sintió mal. Quizás debería haber ayudado a Betty a poner la mesa. Tal vez debería haberle hecho compañía mientras Debby dormía.

“Una niña necesita tiempo a solas con su papá”, dijo Betty. De repente les sonrió a Karla y Joe, en su forma de sonreír, como si ella misma hubiera arreglado todo y planeado que todo fuera como era. Lo que molestaba a Karla desapareció de sus ojos, pero su sonrisa enfureció a Karla.

Joe resopló. “Cuidado, Karla. Tendrás complejo de Edipo. No, perdóname, complejo de Electra.

“¿Qué es un complejo eléctrico?”

“Significa que quieres casarte conmigo y matar a tu madre”.

“¡Por el amor de Dios, Joe!” –espetó Betty. “¿Qué sucede contigo? ¿No tienes ningún sentido común?”

Gritaron y chillaron durante todo el desayuno, pero Debby no se despertó. Estaba acostumbrada al ruido. Karla comía huevos y tostadas y pensaba en palabras. Sus padres peleaban todo el tiempo por las palabras, por lo que debían tener algún poder misterioso que Karla no podía entender del todo. Pero estaba decidida a conseguir ese poder para sí misma.

La puerta se cerró de golpe. Su padre se había ido a trabajar, dejando a su madre con los labios apretados mientras recogía la mesa. Karla tomó con cuidado su plato y lo llevó al fregadero.

“¿Qué es un complejo eléctrico?”, preguntó.

“No importa.”

“No quiero matarte”, dijo Karla.

“Lo sé bebé.” Betty se apartó el pelo de la frente. Cayó en ondas de color marrón oscuro alrededor de su cara. Si Karla miraba de cerca, podía ver una humedad alrededor de sus

ojos azules que le devolvían la sensación de inquietud. Dejó su plato y rodeó el suave cuerpo de su madre con sus brazos. Betty siempre estaba preocupada por su peso, pero a Karla le encantaba la redondez de sus pechos redondos, le encantaba acurrucarse en la gran mecedora y sentir el cuerpo de su madre envolviéndola. Betty le cantaba una canción para que el miedo desapareciera.

El viento no le hará daño a Karla.
Y el sol no le hará daño a Karla
Y la luna y las estrellas
No le hará daño a Karla...

Era entonces cuando Karla la amaba más a pesar de que pensaba que la canción era tonta, porque lo que esperaba que la lastimara no estaba en el sol o la luna o el viento, o en cualquier lugar que ella pudiera nombrar excepto tal vez en el sonido de un portazo..

“¿Qué pasa con un germen?” ella preguntaría. A Betty le preocupaban mucho los gérmenes; por eso tenían reglas como lavarse las manos antes de comer. Betty fruncía los labios y trataba de no sonreír, pero Karla sabía que había dicho algo inteligente y divertido, por eso siempre lo decía cuando su madre cantaba esa canción.

“¿Puedo secar los cubiertos?”

“Aquí.” Betty le entregó una toalla.

“¿Qué es un complejo eléctrico?”

“No regañes”.

“No estoy regañando. Quiero saber. Joe dijo que tenía uno”.

“Joe no tiene sentido”.

“¿Es como una pistola de rayos?” Quizás eso era lo que quería decir con matar a Betty con eso.

“No, no es como una pistola de rayos. Simplemente olvídale”.

“Tal vez la señorita Sperry lo sepa”. La señorita Sperry era su maestra de jardín de infancia y su sutil amenaza. Betty siempre se ponía nerviosa cuando Karla decía que le preguntaría a la señorita Sperry sobre algunas cosas. Era parte del misterioso poder de las palabras. Había ciertas palabras que Karla sabía que no debía decir fuera de casa. Algunas de ellas eran malas palabras, aunque Joe las decía todo el tiempo. Como “mierda”. Estaba bien para él, pero no para ella, y eso no era justo. Pero había otras palabras, sobre todo las que aprendió de su padre. Se suponía que no debía hablar de los trabajadores ni de los patrones ni de la revolución, y no debía mencionar a Marx, que era amigo de su padre, o alguien que hablaba mucho con Joe, porque Joe siempre le estaba contando cosas de Marx, dijo, y le puso su nombre. El motivo del silencio fue por el enemigo de su

padre, cuyo nombre era McCarthy. McCarthy había logrado que su padre ya no pudiera ser abogado y no pudieran vivir en la casa grande que Karla apenas recordaba. Ahora Joe trabajaba en un almacén y volvía a casa todo sucio y sudoroso, y tenían un apartamento diminuto donde su madre y su padre dormían en la sala de estar, en el sofá verde que se convertía en cama por la noche. Su madre siempre tuvo miedo de que Karla le dijera algo a la señorita Sperry y luego la señorita Sperry se lo contara a McCarthy y McCarthy le hiciera algo malo a Joe. Karla no creía que la señorita Sperry haría eso, porque era demasiado amable, pero Betty dijo que tal vez no pudiera evitarlo.

“No le preguntes a la señorita Sperry sobre los complejos de Electra”.

“¿Es algo relacionado con Marx?”

“No, no se trata de Marx”.

“Entonces, ¿por qué no puedo preguntarle? ¿Es algo malo?”

“No, no es algo malo”.

“¿Es algo que dijo Freud?” Freud era amigo de su madre, quien le contaba cosas. Karla nunca había conocido ni a Freud ni a Marx, nunca vinieron a la casa, pero pensó que si alguna vez venían al mismo tiempo significaría más peleas, porque nunca parecían estar de acuerdo.

“Eres insaciable”.

“¿Qué significa eso?”

“Significa que nunca estás satisfecha. Simplemente no te rendirás”.

“No lo haré”, dijo Karla. “Así que es mejor que me lo digas”.

Betty suspiró. “Es una cosa de Freud. Significa... que a veces las niñas pequeñas se sienten cercanas a sus padres de una manera especial. Y tal vez a veces desearían que sus madres no estuvieran cerca para poder tener a sus papás para ellas solas”.

“¿Por qué es eléctrico?”

“No es eléctrico. Electra. Ella era una niña de la antigua Grecia que... se sentía así, por eso a lo que les pasa a algunas personas que sienten lo mismo, le pusieron su nombre”.

“No me siento así.”

“No lo sabrías. Todo es inconsciente”.

“¿Qué significa eso?”

“Significa que lo sientes, pero no sabes que lo sientes”.

“Yo lo sabría”, le aseguró Karla.

Betty sólo se rió.

El almuerzo había terminado. Maya se había quedado dormida mientras los chicos de la cocina limpiaban, y cuando se despertó para levantar su mochila, todavía se sentía somnolienta, casi mareada. Comenzaron la marcha cruzando el río por un pequeño puente de madera. Maya subió lentamente, deteniéndose periódicamente para respirar y toser. Los abetos azules subieron la montaña con ellos, el musgo colgaba de los robles y las elegantes ramas de color gris rosa de los abedules ondeaban en lo alto, donde grandes cuervos volaban en círculos, gritando y graznando.

Estaba pensando en Betty. Estabas sola, pensó. Joe se fue y yo nunca fui completamente tuya. Siempre competías con alguien: Joe, Johanna, Rio. Pero eso es natural: yo era tu hija, no tu pareja. Aún así se sentía triste mientras luchaba por subir la colina. Te lastimé, Betty. Lo siento por eso. En ese momento, parecía que tenía que hacer lo que hice. Por supuesto, parece que a los diecisiete y veinte años después puedo mirar hacia atrás y ver que nada estaba realmente tan claro. Quizás por eso los jóvenes y los de mediana edad no pueden encontrarse. Los jóvenes no tienen la perspectiva, pero los de mediana edad la obtienen a costa de esa pura urgencia.

Pero en realidad nada había cambiado, ni siquiera después de veinte años, en lo que respecta a Betty. Maya siempre la dejaba, hasta el final, siempre se iba a algún lado porque tenía que hacerlo. ¿Qué significaba eso? Ciertamente, Betty nunca lo había aceptado, al menos no en sus días malos, antes de que los antidepresivos hicieran efecto. Maya recordó una conversación en una de sus visitas a Los Ángeles, después de que le diagnosticaran el cáncer.

“¿Hay algo más que pueda hacer por ti antes de irme mañana?”, había preguntado Maya. “Los Chang se han instalado, estoy segura de que te cuidarán muy bien. Compré comida y ese zumo que querías. Carola dice que mañana vendrá a darte un masaje. No es el trabajo pesado de la carrocería, dijo, sólo un agradable masaje relajante. ¿Que más puedo hacer?”

“Podrías quedarte”, dijo su madre con voz débil. Estaba acostada en su cama ajustable, con el respaldo levantado y el televisor encendido para que el murmullo de las voces de las celebridades acompañara todo lo que se decía en la habitación. Su cabello se había vuelto blanco y la piel de su rostro se hundió como si hubiera perdido la voluntad de mantenerse firme. Parecía frágil, lamentable.

“Ojalá pudiera, pero no puedo”. Maya se acercó a ella para acariciarle el pelo, tocarle la cara o hacer algún otro gesto de consuelo, pero su mano permaneció a su lado. No, no tenían ese tipo de relación; su cercanía, tal como era, no había sido

física desde que Maya dejó de ser una niña del tamaño de su regazo. “Sabes que tengo que estar en Nueva York pasado mañana”.

“Siempre hay algo”. Betty cerró los ojos. “Siempre hay algo más importante que yo”.

“No puedo evitarlo, esto ha estado programado desde hace meses”. Maya podía oír su propia voz volviéndose aguda y defensiva. Ella respiró hondo. “Estás bien aquí. Los Chang son muy responsables. Puedo volver la semana que viene si es necesario.

“No, no, no te necesito”, dijo Betty, con el rostro vuelto hacia un lado sobre la almohada y los ojos todavía cerrados, como para excluir a Maya. “Siempre he tenido que cuidarme”.

“Te quedarás aquí sentada en la oscuridad, ¿verdad?” Maya intentó mantener su tono ligero. Tal vez podría sacar a Betty de eso, mostrarle lo infantil que estaba siendo. “¿Cuántas madres judías se necesitan para cambiar una bombilla?”

“¿De qué estás hablando?”

Maya perdió la paciencia con ella. “Betty, te juro que haré todo lo que pueda por ti. Pero sabes que podrías estar enferma por mucho tiempo. No puedo simplemente dejarlo todo y mudarme contigo. Tengo que ganarme la vida”.

“Otras personas lo hacen”, dijo Betty. “Mira a Carola. Cuidó a su madre, a su hermana y luego a su padre durante el cáncer. Ella no dejó que su carrera se interpusiera en su camino”.

“Admiro a Carola”. Maya respiró hondo otra vez. Betty estaba enferma y tenía miedo, lo sabía; no quería terminar gritándole. “Pero simplemente no creo que funcione para nosotras. Terminaríamos gritándonos la una a la otra”.

“¿De quién es la culpa?”

“No es culpa de nadie, así son las cosas, para bien o para mal. Es nuestra dinámica”.

“Dinámica, infierno”. Betty levantó la vista y pareció adquirir nueva vitalidad gracias a la discusión. “Eres tu. Sólo te preocupas por tu dulce yo. Siempre lo has hecho. Igual que tu padre”.

“Oh, vamos, Betty, no entres en eso”.

“Aprendiste bien la lección de él. Alejarse. Sólo marcharse. Si es difícil, si es doloroso, si no todo es placer, simplemente aléjate”.

“Betty, no voy a continuar con esta conversación”. Decididamente, Maya se dio la vuelta. Era eso o gritar. Mantén la calma pero sé firme, se dijo. Como sugirió la simpática trabajadora social de Servicios para Personas

Mayores. “Voy a prepararte un té de hierbas y unas tostadas, y podemos hablar de otra cosa”.

“Mira, eso es lo que quiero decir”. Betty parecía casi complacida, como si acabara de convencer a un árbitro invisible de que Maya había cometido una falta. “Simplemente me interrumpiste”.

Y Maya había demostrado que tenía razón, saliendo de la habitación, cerrando la puerta detrás de ella y conteniéndose para no dar un portazo.

Pero realmente, pensó ahora, obligándose a poner un pie delante del otro, a subir la colina, paso a paso, de verdad, podría haber cancelado Nueva York, podría haber cancelado todo si hubiera sabido cuán pronto iba a morir. Pero los médicos dijeron que al menos uno o dos años más. Aun así, admítelo: lo sabía. La miré y lo supe. No quería saberlo y lo sabía.

Tal vez si lo hubiera hecho, tal vez si me hubiera dedicado totalmente a ella durante un mes, durante dos meses, tal vez finalmente se habría sentido atendida. Quizás podríamos haber estado cerca entonces, sin pelear más. Podría haberla cuidado como ella me cuidó a mí cuando yo era un bebé, y todo entre nosotras habría sanado.

Seguro. Quizás ambas hubiésemos sido llevadas corporalmente al cielo con los demás santos.

Maya volvió a hacer una pausa para respirar. Otro día, otra subida cuesta arriba, pensó mientras empezaba a toser una vez más. Esto empieza a volverse monótono. Se parece demasiado a la vida.

De todos modos, Betty, no pude hacerlo. No pude darte lo que querías, no pude compensarte por todos los abandonos. Ni siquiera pude intentarlo. Lo lamento. Todos mis éxitos, todo lo que he logrado, parecen inútiles comparados con ese fracaso. No es de extrañar que haya perdido mi poder.

Y Betty tenía razón. Maya estaba huyendo de nuevo, y lo hacía ahora. Dejar a Johanna, intentar resolver su relación en ausencia en lugar de quedarse con ella y luchar cara a cara. Como ella había huido de Rio durante tantos años, interrumpiéndolo todo, sin responder nunca a su carta ni establecer contacto.

Bueno, no puedo evitarlo, pensó. Soy como esas ruedas de oración, anhelo que me pongan en movimiento.

Se detuvo cuando otro espasmo de tos la invadió. Buscó en su bolsillo, buscando desesperadamente una pastilla para la garganta. Ang se acercó a ella, sonrió y le quitó la mochila de los hombros.

“Yo llevo”, dijo.

Ella se mostró reacia a entregar su mochila. Era como si pudiera oír la voz de Betty, triunfante. “Mira, incluso mis cenizas, por ligeras que sean, son demasiado para ti”.

Pero Ang, en su sonriente y afable afán de ayudar, insistió. Ella se desabrochó la mochila y se la dio, y él le indicó que le entregara su cámara. “Yo también llevo. Mucho cuesta arriba.”

Sin protestar, le entregó la cámara. “Me siento tan estúpida”, dijo. “Lamento estar haciendo trabajo extra para ti”.

Él sonrió. “No hay trabajo”, dijo. “Hoy hay mucha cuesta arriba. Ve despacio y mejorarás”.

Oh, Betty, si tan solo hubieras podido venir aquí, caminar por estos senderos y dejar que los fuertes y amables sherpas te cuidaran. Entonces habrías conocido la crianza. Pero Johanna tenía razón: nunca fuiste del tipo que está al aire libre. Aun así, aquella vez fuiste a hacer snorkel²² a Hawái, fuiste a Escocia y condujiste por el lado equivocado de la carretera. Nos llevaste a Debby, a Johanna y a mí a escuchar cantar a Paul Robeson cuando regresó a Estados Unidos en los años sesenta. Éramos las únicas personas menores de setenta años. Todos los demás eran comunistas judíos

22 El snorkel consiste en desplazarse por la superficie del agua, con un material adecuado: un par de aletas, una máscara y un tubo, permitiéndote observar el fondo marino.

envejecidos. Te casaste con Joe Greenbaum. Nadie podría acusarte de carecer de espíritu aventurero.

Maya siguió a Ang mientras este avanzaba lentamente por el camino. Una enorme roca tallada con inscripciones budistas les bloqueó el paso.

“Piedra Mani”, dijo Ang. “¿Sabes?”

“Se supone que siempre debes mantenerlas a tu derecha cuando pases, ¿no?” dijo Maya. Stephen Berznewski lo había dicho.

“Buena suerte”, dijo Ang. “Mucho mérito”. El camino giró hacia la izquierda y pasó por encima del borde de la roca, y Maya se levantó. Agregó pasos cuesta arriba a la ya larga y empinada caminata, pero qué diablos, necesitaba todo el mérito que pudiera adquirir.

“Decimos en el sentido de las agujas del reloj”, dijo Maya. “En el sentido del sol. También en mi tradición vamos en el sentido del sol para traer cosas buenas, buen karma, la forma adecuada de liberar cosas”.

“¿Cuál es tu tradición?”

Maya hizo una pausa para respirar y luego respondió mientras continuaban. “Soy una sacerdotisa de la Diosa”.

“Ah. ¿Qué diosa?”

Qué Diosa en verdad, pensó Maya. ¡Amo este lugar! Vale la pena cada gota de sudor estar aquí donde ser una sacerdotisa de la Diosa es algo perfectamente natural y normal. La única pregunta al respecto es: ¿cuál? Artemisa, ¿salvaje e indómita? ¿O ya terminé con eso? ¿Hécate, bruja de la encrucijada? No aún no. Gea, ¿Diosa genérica de la tierra? O, si fuera honesta, ¿diría Perséfone, la que causa dolor a su madre?

“La Diosa de Muchos Nombres”, dijo Maya. “Ella es la Diosa de la Luna, pero también la Diosa de la Tierra. Diosa de las montañas. Por eso quería venir aquí”.

“Sí”, dijo Ang. “Has venido al lugar correcto.”

Sí, lo he hecho, he venido al lugar correcto. Tengo derecho a venir al lugar que sea adecuado para mí. Y siempre volvía, ¿no, Betty? Nunca te abandoné por completo.

De todos modos, pensó mientras subía más y más por el sendero serpenteante, con el aliento entrecortado en los pulmones y el sudor goteando de su frente, escapar no es una ruta tan fácil. Es un trabajo muy duro, simplemente mantenerse en movimiento, ganar un poco de terreno. Además, Betty, podría argumentar que tú me dejaste tanto como yo te dejé a ti. Más sutilmente, tal vez... no es que no estuvieras allí, en el plano físico, no es que no trabajaras y sudases para pagar la hipoteca, alimentarnos y enviarnos a la escuela, te doy crédito por eso. Es más de lo que hizo Joe.

Hizo una pausa, tomó un trago de la botella de agua que colgaba de su cinturón y se secó la frente. Me gusta esto, Betty, conversar con los muertos. Por fin puedo conseguir que me escuches, sin interrumpirme, sin gritarme. ¿No ves que eso también es un abandono: tu no verme, tu falta de voluntad para mirar más allá de tu imagen de lo que debería ser y lo que no fui? Ahora me estás diciendo que estoy siendo injusta. Tal vez sea así. Sólo quiero que entiendas que no eres la única que sufrió. ¿No te das cuenta de que cuando Joe te dejó, también me dejó a mí? Y no es lo único. Soy tu hija, de verdad, de verdad. Ya sea que explique algo, que justifique algo o no, quiero que reconozcas por una vez que yo también sé lo que es ser abandonado.

XVII. AGOSTO DE 1968

Se tumbaron desnudos en la playa, tomando el sol como focas. La piel y el cabello de Rio eran del color de la arena, y los mismos patrones jugaban sobre la arena como sobre su piel, para que Maya pudiera ver que, en realidad, estaban hechos de la misma sustancia, según contaba la historia. Arcilla. Suciedad. Arena de playa. Y Johanna, acostada a su lado, se parecía más a la tierra dulce y oscura de un jardín, húmeda y reluciente después de la lluvia. Era importante entender esto, que el cuerpo era tierra. No sucio, sino tierra.

Maya estaba feliz. Estaba feliz porque Johanna había regresado por fin con ella, el primero de agosto, apareciendo en la puerta del sótano que habían subarrendado.

“Estoy aquí de vacaciones”, dijo. “Antes de empezar la universidad”.

“¿Mi madre lo sabe? ¿La tuya?”

“Tengo su bendición. Estoy en una misión secreta para salvar tu alma”. Abandonaron el lúgubre apartamento, cogieron la furgoneta y se dirigieron a la costa. Rio conocía un lugar para acampar donde la carretera se retiraba y los abruptos acantilados del Big Sur descendían suavemente hasta una pequeña laguna. Maya estaba feliz porque de alguna manera habían encontrado el lugar libre donde podían yacer juntos, podían tocarse y hablar, y las barreras habían caído nuevamente. Johanna le fue devuelta. Esta vez nada podría arruinar su felicidad. Aquí no había policías ni cemento, sólo el océano palpitante y estos pájaros que dejaban rastros en su mente mientras volaban, aleteo tras aleteo en el aire rítmico.

El sol se oscureció y el viento empezó a levantarse. En el horizonte occidental, nubes oscuras comenzaron a acumularse unas sobre otras. Dedos fríos de viento caminaron sobre la columna de Maya. Los tres se sentaron y buscaron ropa.

“No”, dijo Maya, tomando la mano de Johanna. “No intentes excluirlo todavía. Deja que te toque a ti primero. El frío.”

“Lo siento, fui criada para los trópicos”, dijo Johanna, riendo. “No me gusta esta mierda de Siberia”.

“Sin prisa”, dijo Rio. “¿Te atreves a saltar al océano ahora mismo?”.

“Eres un loco”.

Maya saltó y, antes de poderlo pensar, salió corriendo y se sumergió en las olas. El agua la hirió y ella chilló. Rio estaba detrás de ella, salpicándole agua en la espalda, y ella se giró y lo salpicó, y luego Johanna se les unió, todos riendo, gritando y cayendo unos sobre otros en las aguas poco profundas. La lluvia comenzó a caer, azotando su piel ya húmeda.

“¿Cuál es nuestra droga preferida para esta tormenta?”, preguntó Rio.

“Ninguna”, dijo Maya. “Pongamos esto en claro”.

“¿Como podemos? No somos heterosexuales, ¿verdad?”

“No lo recuerdo”, admitió Maya, y todos se rieron.

“Subamos a la cima de la roca”, dijo. “Te reto. Reto doble.”

La roca era una pequeña montaña de arenisca esculpida por el viento con la forma tosca de una ballena. Subieron por la cola y sobre el lomo redondeado. El viento los azotó con tanta fuerza que no pudieron mantenerse en pie y tuvieron que arrastrarse hacia adelante a gatas. Ya no sentían frío. Su piel estaba entumecida, como una piel viva de roca que se

movía sobre roca, erosionada por diminutas partículas de arena en el aire.

En el punto más alto, un pequeño montículo de piedras hacía de asiento natural. Se agacharon allí, con las olas hirviendo y agitándose debajo de ellos y el viento como una pared en movimiento en sus caras. Lentamente Maya se puso de pie. Podía resistir el viento si extendía los brazos y se apoyaba en él, confiando en su abrazo. Si el viento amainaba por un momento, ella caería hacia adelante, hacia las olas que golpeaban debajo. Y eso estaría bien, de verdad. La tormenta la estaba llamando, prometiéndole un éxtasis más limpio que las tormentas sudorosas y gruñidas del amor humano. Ella abrió más los brazos. Dejó que la tormenta se lo llevase todo, cada parte de ella formada en un molde antinatural; todos sus miedos secretos. Ella era salvaje y pura, inclinándose hacia el viento, dándole su confianza. El viento la sostenía.

Oyó un sonido débil debajo de ella, como el canto de un pájaro lastimero. Johanna tenía las manos alrededor de la boca, llamándola.

“Voy a regresar”, dijo. “No puedo soportar esto más”. Estaba temblando y Rio deslizó un brazo alrededor de ella.

“Vamos”, dijo. “Vamos a calentarnos”.

“Id”, gritó Maya. “Iré más tarde”.

“Estás loca, niña”, respondió Johanna. “No te dejaré sola en esa roca. ¡A continuación intentarás volar con las gaviotas!

“¡Tal vez pueda!” Ella abrió los brazos. El viento era tan poderoso. Si se entregaba a ello, si se hacía ligera, sí, ¿quién podía decir que no podría volar?

“¡No seas idiota!” Gritó Rio. “Vamos. Ven con nosotros. Te queremos.”

Suspiró y empezó a bajar, enojada porque no podían seguirla contra el viento, porque la estaban alejando del borde del poder. Pero su ira se disipó cuando vio el frío que tenía Johanna. Cuando bajaron de la roca y regresaron al campamento, a Johanna todo el cuerpo le temblaba. Su pelo estaba empapado y Rio miró a Maya alarmado.

“Tenemos que calentar a Johanna”, dijo. “Métete en la tienda con ella y apila todos los sacos de dormir. Intentaré encender un fuego”.

Había leña seca debajo de una lona. Maya se acurrucó junto a Johanna, sintiendo que la euforia se volvía fría. Temblaron juntas. Rio abandonó el fuego y se unió a ellas. Su piel se sentía como si el viento la hubiera congelado, helado, fregado, suavizado. Frotó los pies de Johanna y Maya le frotó las manos y de repente Johanna estaba llorando. Maya sabía que quería derretirse, disolverse en carne, roca y arena.

“No llores”, murmuró Maya, besando las lágrimas que manchaban sus mejillas.

“Quiero que esto sea real”, susurró Johanna. “Quiero creer que podría mantenerse”.

Maya la abrazó y Rio las rodeó a ambas con sus largos brazos. “Somos reales”, murmuró. “Siempre te amaremos.”

Se estaban besando, y luego los tres se entrelazaron, frotándose, besándose y calentando la carne fría de pescado del otro hasta que los fuegos se encendieron y generaron entre ellos tormenta, viento y lluvia.

Maya yacía medio dormida, atrapada entre Rio y Johanna, profundamente feliz. Algo estaba completo ahora, algo que había comenzado hacía más de un año, algo que ella y Johanna fueron a buscar juntas. Esta vez nadie los separaría. Aquí la flor tendría todo el tiempo del mundo para desplegarse y dar fruto. Johanna habló.

“Quiero volver a casa”, dijo.

Sus palabras fueron como un latigazo en el rostro de Maya. Alarmada, se sentó. “¿Por qué? ¿Por qué no te quedas con nosotros?”

Johanna suspiró, como si supiera que se encontraba lanzada a una batalla desesperada.

“¿Por qué no vuelves a casa, Maya? Termina la escuela. Endereza tu vida de nuevo”.

“¿Estás loca?”

“Lo digo en serio, Maya. Podrías estudiar en el City College y obtener tu diploma de escuela secundaria mediante examen. Quizás el año que viene podríamos estar juntas en UCLA, o tu papá podría llevarte a Columbia.

“Estás bromeando”.

“Probablemente será un año difícil. Pero si no, ¿qué vas a hacer el resto de tu vida?

“Johanna, sueñas como mi madre”.

“Tu madre puede tener razón de vez en cuando, ¿sabes?”

“¡No, no puede! ¡No puedes volver a decir eso! ¡No puedes echarte atrás!” Maya se volvió hacia Johanna.

“¿Lejos de qué?”

“Esto.” Extendió las manos, indicando a los tres acurrucados en la tienda soleada, con sus sacos de dormir todavía entrelazados. “De nosotros. Lo que nos pasó a nosotros, juntos. Anoche.”

“Anoche fue anoche”. Johanna apartó la mirada y se negó a mirar a Maya a los ojos. “Empiezo la universidad la próxima semana”.

“¡Oh, a la mierda la universidad, Johanna! ¿Es así como quieres vivir tu vida?

“¿Es así como quieres vivir la tuya?”

“Sí.”

Johanna suspiró y se apoyó en un codo. “Maya, esta es una buena manera de pasar unas vacaciones de verano. No es una vida”.

Maya dejó caer la esquina del saco de dormir, dejando al descubierto sus pechos desnudos a la mañana. “Es una vida para mí. Es una forma de oponerse a toda esa mierda. La mentira. Ese sistema va a caer”.

“No sin un empujón largo y duro”.

“¡Eso es lo que es esto, Johanna!” Los ojos fríos y curiosos de Johanna alimentaron el fuego de Maya. “¡Es una forma de derribarlo! Simplemente viviendo, viviendo nuestra libertad”.

“¿Cómo? ¿Drogándose en la playa? ¿Estableciendo Relaciones comerciales? Chica, eso no es derribar nada, solo es expandir el mercado”.

La discusión despertó a Rio. Abrió los ojos con cautela, como si por el tono de sus voces le advirtieran que su pacífico nido de carne estaba a punto de estallar. Gruñendo, saltó de la cama, abrió la cremallera de la tienda y salió al aire fresco de la mañana. Encendió un fuego, alimentándolo con papel arrugado y palitos hasta que se encendió.

“Hay un lugar al que llegamos”, le dijo Maya a Johanna en voz baja, “donde todo se disuelve. Y sé que tú también llegas allí. Pero cada vez que volvemos de ello, corres asustada”.

“No corro asustada”. Ahora Johanna se sentó, apretando el saco de dormir a su alrededor. “Pero tal vez yo entiendo algunas cosas que tú no entiendes. No podemos vivir así, Maya. Tenemos que vivir en el mundo real”.

“Este es el mundo real. La universidad, tu madre, todo eso... eso no es lo real. Todo es ego. Pose. Intentar hacerte algo para esconderte del lugar.

“Mierda, Maya.” Ahora Johanna tenía calidez en su propia voz. “¡Karla! ¡No puedes quedarte ahí y decirme que mi mamá no es real! ¡Y habla de posar! Vienes a Los Ángeles haciendo alarde de tu novio traficante de drogas en la cara de todos, actuando como Miss Cool. Actuando como si estar jodida durante un año te diera derecho a ser la gurú de todos. Bueno, tengo noticias para ti. A fin de cuentas, eres una niña blanca malcriada que no reconocería la realidad aunque te golpeara en la cabeza”.

Maya arrojó la última esquina del saco de dormir, saltó y salió corriendo de la tienda. Corrió con fuerza por el sendero que conducía a la laguna y se sumergió en el agua fría. La pureza de su visión había desaparecido; ni siquiera en el agua pudo recuperarla. Al verse a sí misma a través de los ojos de Johanna, se sintió fea. Bajo el agua, su piel estaba pálida, con un tono descolorido y blanco como el del vientre de un pez. ¿Tenía razón Johanna acerca de ella? ¿No era todo una visión, sino una pose nueva y más elaborada? La pregunta abrió un espacio negro debajo de ella. Si el agua no sostenía su cuerpo, sentía que podría caer y caer y caer.

Cuando regresó más tarde al campamento, Rio había preparado café y él y Johanna estaban comiendo huevos revueltos. Llenó la taza de Maya y le entregó un plato, y los tres se sentaron juntos en un silencio incómodo.

“Ustedes dos están enojadas”, dijo Rio finalmente, solo para decir algo. “Pero lo superaréis. Maya te ama, Johanna. Deberías oír cómo habló de ti durante todo el año pasado.

“Lo sé”, dijo Johanna. Estaba vestida con unos vaqueros, una camiseta y una sudadera, con las manos alrededor de la taza de café de hojalata, como si no pudiera calentarse lo suficiente. Señaló con la cabeza hacia Maya, que estaba en cuclillas, desnuda, junto al fuego. “Pero estamos en dos caminos diferentes, en direcciones diferentes”.

“Entonces déjala en paz”, dijo Rio, empujando la cafetera sobre la parrilla de metal sobre una parte más caliente del fuego. “No intentes hacer que ella siga tu camino”.

“Ella quiere que yo la acompañe. Pero este es el final del camino para mí, de este camino. Ha sido un buen viaje, pero tengo que volver a casa”.

“No te preocupes”, dijo Rio. “Te llevaremos”.

Maya se negó a ir.

“He ido a Los Ángeles. He visto a mi madre. Quiero quedarme aquí. Si Johanna quiere irse, está bien. Déjala.”

Johanna había bajado a la playa para echar un último vistazo al agua. Maya se había vestido, finalmente, de mala gana. Parecía una concesión. Pero el viento era frío. Aún así, tal vez debería aprender a soportar el frío, a pasar frío, no a excluirlo con la áspera lana de su larga falda azul, o la cálida franela de la camisa que le había prestado Rio.

Rio, con sus jeans, botas y la chaqueta vaquera que ella le había bordado, parecía un vaquero. Maya lo observó agitar su cabello rubio al sol. Como un semental, pensó. Hoy se estaba comportando como un hombre, insistente y protector, y ella lo admiraba por ello incluso aunque se resistía.

“No podemos dejarla hacer autostop sola hasta ese punto”, dijo Rio pacientemente. “Es peligroso.”

“La vida es peligrosa”, dijo Maya. Luego, consciente de cómo sonaba, añadió: “Podríamos llevarla a Monterey y subirla a un autobús”.

“No es para tanto, Maya. Tenemos ruedas. Son unas horas, unas pocas horas”.

“Un día de viaje en cada dirección, cuando podríamos estar aquí”. Pero ella no estaba diciendo lo que realmente quería decir. Que era: No te vayas, no me abandones, no me dejes ahora que el viento ha amainado y las velas están flojas y estoy a punto de ser hundida por el oleaje.

“Si algo le pasara a ella, haciendo autostop, nunca te lo perdonarías”, intentó Rio nuevamente.

“He hecho autostop, muchas veces. Nunca me pasó nada”.

“Bueno, nunca me lo perdonaría. Mira, voy a llevarla. Puedes venir o puedes quedarte”, dijo Rio con una voz que rara vez usaba, que sonaba como la del padre de alguien imponiendo la ley. Sacó la cafetera de la parrilla y atizó las brasas con un palo.

“Me quedaré.”

Fue su primera pelea seria. Maya sentía que se estaba portando mal, pero no podía explicarle a Rio que simplemente no podía soportar la idea de pasar ocho horas junto a Johanna en este estado de ánimo que se había interpuesto entre ellas. Ella no quería dar explicaciones; quería que él entendiera sin palabras la forma en que ella entendía su apariencia, su tacto y el olor de su piel. Pero no lo hizo. No entendió nada.

Muy bien, entonces ella esperaría aquí, sola con el río, las rocas y el viento, sin nadie que la sujetara. Sería bueno para ella estar sola.

Rio lo intentó, una vez más. “Por favor, Maya, ¿por qué no vienes? Quiero que vengas. Quiero que estemos juntos.”

Ella estaba vacilando y podría haber cedido si él no hubiera añadido, en tono de molestia: “No es gran cosa”.

“Vete a la mierda”, dijo Maya, y se fue.

Tan pronto como escuchó alejarse la camioneta, Maya se arrepintió de su terquedad. Observó la furgoneta a lo largo de la curva de la autopista 1 hasta que desapareció sobre el promontorio hacia el sur, sintiendo un presentimiento. Algo sucedería; nunca volvería. Había comido rampion²³ o menospreciado a Camelot, violado algún tabú desconocido y se había atraído una maldición. Ella lo sintió. Pero eso era

23 Campanula rapunculus (campanillas).

ridículo. Soy feliz sola, se dijo con firmeza. El océano era tan hermoso, la roca tan fuerte, las voces en el río tan musicales, estuvieran los demás allí o no.

Limpió el campamento, lavó los platos del desayuno, caminó río arriba para explorar recodos del río que nunca antes había visto. Cuando llegó la noche, cocinó un poco de arroz y observó cómo las llamas del fuego comían leña. El cielo y las estrellas parecían vastos y solitarios. Ella era una pequeña chispa y no parecía importar mucho si se apagaba o no. Sin embargo, como estaba sola, casi podía oír algo nuevo en la oscuridad, pero no del todo, una voz que hablaba sólo en soledad, susurrando no sobre comodidades sino sobre desafíos.

Se despertó por la mañana sabiendo que su desafío era no pasar el día esperando ansiosamente a Rio. Ella misma elaboró un plan. Primero subió a la cima de la roca para meditar sobre el viento. Al mediodía, se tendió desnuda bajo los calientes rayos del sol. Pasó la tarde en el agua, pasando del arroyo en movimiento a la tranquila laguna y a las salvajes mareas entrantes del océano. Después del atardecer, pasó mucho tiempo acunada en las raíces del enorme ciprés, oliendo la tierra.

Ella no estaba esperando.

Ella no estaba esperando mientras encendía un fuego, debatiendo cuánto arroz cocinar. Seguramente comería en el

camino. No esperó mientras observaba el lento girar de las estrellas en el cielo de luna oscura, cuando finalmente se metió en su saco de dormir y se quedó tumbada, con los ojos abiertos, acechando el sonido de las ruedas en la oscuridad.

Quizás se había quedado un día más en el sur. Quizás había surgido algo.

Ella no estaba esperando al día siguiente, ni al siguiente. No imaginó accidentes en la carretera, o muerte súbita. Sin darle la vuelta a sus cartas del Tarot, para que apareciera una y otra vez la Torre, la estructura derribada por un rayo, el mundo al revés. No estaba atormentada por tormentas de celos, imaginándolo instalándose allí con Johanna, acompañándola a clases. No se sentía abandonada. No tenía miedo de estar sola.

Sin embargo, Rio no llegó.

En el quinto día de la vigilia de Maya, cuando ya hacía mucho que se habían acabado los huevos y el arroz estaba casi cocido, llegó el sheriff, bajando por el sendero desde lo alto de los acantilados.

“No se puede acampar aquí”, dijo. “Esta es una playa privada. Vas a tener que marcharte”.

“Nadie puede ser dueño de la playa”, dijo Maya.

“Sea como sea, alguien lo es. Tienes una hora para irte o te arrestaré por invasión de propiedad privada. Ahora bien, ¿quién más está acampado aquí?”

“Nadie. Estoy sola.”

“Eso no es seguro, de todos modos. Una joven como tú. La semana pasada encontramos un cuerpo a menos de cinco millas de aquí. Podría pasarte cualquier cosa”.

Él se puso de pie y fumó un cigarrillo mientras ella enrollaba su saco de dormir y golpeaba la tienda. A Maya le parecía como si algún destino malévolo la persiguiera. ¿Qué había hecho ella? ¿Fue su falta de generosidad hacia Johanna? ¿Rio había decidido que ella no le agradaba por eso? Pero seguramente podría haberle dicho adiós, no simplemente desaparecer. O tal vez eso era lo que hacían todos los hombres, se marchaban en respuesta a una cita invisible y enviaban una nota a casa: Lo siento, cariño, no volveré nunca más. Besos a los niños.

Ella había pensado que él era diferente. Él la había amado, había escuchado sus visiones y le había contado las suyas propias. Entre ellos habían hecho magia. Seguramente; es muy probable que eso fuera cierto.

Pero la magia era notoriamente esquiva, efímera y fácilmente destruida con una palabra equivocada. Oh Dios, ¿por qué había sido tan perra?

Si ella se fuera, él nunca podría volver. No sabría dónde encontrarla. ¿Y adónde iría? Habían renunciado a su apartamento con la intención de encontrar un lugar mejor en otoño. Ella no podía volver allí. Tampoco iría a casa con Betty y Johanna para decirles: Sí, teníais razón, tan pronto como todo se puso difícil, volví arrastrándome. No. Pero tendría que seguir adelante, al menos por un tiempo. El sheriff apagó el cigarrillo y la miró con impaciencia. Continuó haciendo las maletas lo más lentamente posible. No podía deshacerse de la esperanza de que Rio apareciera milagrosamente, corriendo por la carretera en el último minuto, deteniéndose bruscamente en una nube de polvo justo cuando extendía su pulgar.

Quien vino en su lugar fue un estudiante de posgrado en un volkswagen que se dirigía a Berkeley. Ella tomó el viaje como un presagio. Durante todo el camino por la costa, siguió mirando por el espejo retrovisor.

Se llamaba Tom y la dejó quedarse con él en una gran casa de madera destartada cerca de Telegraph Avenue. Era algo reconfortante, pero tenía una novia, Katharine, que volvería en unos días, y entonces Maya tendría que marcharse. Katharine estudiaba ruso y ciencias políticas. Tenía veintiséis años, un armario lleno de vestidos étnicos y una cocina llena de pulcras botellas de hierbas etiquetadas con su propia caligrafía. Maya la odiaba, porque podría haber sido ella, en otra vida, y esa vida no tenía tan mal aspecto desde el punto de vista de la calle, donde pasaba el rato ahora, leyendo

cartas del Tarot por uno o dos dólares para los estudiantes que regresaban y turistas nerviosos. La mayoría de sus posesiones, toda su ropa y las cosas especiales que Rio le había comprado, todavía estaban en su camioneta.

Se convirtió en una experta en buscar lugares para dormir, comidas gratis en el Café Med de hombres que conocía y que descartaba después del café, duchas gratis al colarse en el vestuario de mujeres de la universidad.

En las tardes soleadas, extendía sus cartas del Tarot en la Plaza Sproul o en una esquina de Telegraph Avenue. Cuando empezaban las lluvias, tomaba un capuchino durante una larga tarde y luchaba con la tentación de rendirse y llamar a casa.

Podría haber estado empezando las clases, como los estudiantes que atestaban el Mediterráneo con intensas discusiones sobre Marcuse, McLuhan y Hermann Hesse. Podría haber estado comprando ropa nueva, cortándose el pelo y levantando su propia barricada de distracciones de la simple verdad de que todo lo bueno moría.

Lo que realmente la detuvo fue el orgullo.

No podía enfrentarse a Johanna, aunque una parte de Maya parecía estar manteniendo una conversación interminable con ella.

En los días en que el chico la expulsaba y el clima se volvía frío y lluvioso, cuando nadie quería que le leyera las cartas y ella no estaba segura de dónde iba a dormir, una vocecita en el fondo de su mente le susurraba constantemente a Johanna. –“¡Mira, no estoy arruinada!”

No podía admitirle a su madre que su maravilloso mago era, después de todo, un hombre como su padre, que la había abandonado.

XVIII. CARTA

James Connolly

Vietnam, 31 de agosto de 1968

Querido Jim,

Supongo que ya te habrás enterado por el telegrama que te enviamos. Lamento que estuvieras fuera de maniobras, no pudimos avisarte a tiempo. No sé si te hubieran dado permiso, pero me parece mal que ni siquiera lo supieras. Mierda, casi ni yo mismo lo sabía. Había estado acampando en la costa, con Maya y su novia, Johanna. Si no hubiera pensado en llamar a Roger, quien toma mis mensajes, cuando llevaba a Johanna de regreso a Los Ángeles, tal vez no me habría enterado en semanas. Pero me dijo que

llamara inmediatamente a casa, que llevaban dos días intentando localizarme. Así lo hice y contacté a Carl.

“Es papá”, dijo. “Él se disparó a sí mismo. En el coche, detrás del garaje.

Sentí como si alguien me hubiera golpeado fuerte, justo en el plexo solar, ¿sabes? Como si no pudiera respirar por un momento, no podía pensar. Todo lo que pude decir fue: “¿En el auto?” como una especie de idiota. Y luego: “Ese bastardo. Ese bastardo podrido y apestoso”.

Carl me dijo que volviera a casa y yo dije que lo haría. Estábamos a mitad de camino de la costa y ahora esto es lo malo. Maya se había quedado donde estábamos acampando, y no pensé que tuviera tiempo de volver por ella; para entonces ya casi estábamos en Los Ángeles. Pensé que regresaría en un par de días, ella me esperaría. Vale, tal vez pensé que en cierto modo le vendría bien esperar un poco, porque realmente había sido una especie de perra esa mañana, lo cual no es propio de ella. Pero ya llevo dos días atrapado aquí, me llevará un par más desenredarlo y estoy empezando a preocuparme. Ojalá tuviera un teléfono allí.

Pero me estoy adelantando. Dejé a Johanna en el aeropuerto y compré un billete. Afortunadamente, generalmente tengo mucho efectivo a mano por razones que no mencionaré en el correo de EE. UU.

Carl me recogió y fuimos directamente a la funeraria. Realmente no estaba vestido para la ocasión pero al menos estuve allí. El ministro estaba en el púlpito hablando de lo buen hombre que era papá, de cómo dejó cuatro excelentes hijos, uno de los cuales incluso ahora estaba defendiendo a su patria en el lejano Vietnam, bla, bla, bla y otras tonterías. Quería levantarme y gritar. Quería gritar: “Oye, ese bastardo nunca hizo nada más que golpearnos, odio sus cobardes jodidas agallas. ¡Me alegro de que esté muerto! Pero me quedé allí sentado y no dije una palabra, por el bien de mamá. Ella sufrió bastante mientras él estaba vivo, pensé, ¿por qué avergonzarla ahora que él finalmente está muerto?”

Luego volvimos a la casa. Carl y yo bebimos todo su whisky y una botella del nuestro. Dije que debía estar desesperado por morir con media botella de licor fuerte sin beber.

“Deberíamos terminarlo”, dijo Carl. “Es nuestro legado”.

“Nuestra herencia, hombre”, estuve de acuerdo.

“Nuestra maldita herencia”, dijo. “Oye, pásalo. Comparte la riqueza.”

Carl ha crecido, ¿sabes? Sólo tiene dieciocho años y es más grande que tú, y sus bíceps sobresalen de su camiseta. Hace mucho ejercicio.

Seguía queriendo hablar de papá, de cómo solía llevarnos a pescar, de toda esa tontería sentimental, de tratar de

convertirlo en un padre en lugar de un borracho que se cae y se rompe la cara. Seguía diciendo: “¡Púdrete en el infierno, bastardo, púdrete en el infierno!”

“Solíamos sacar la escopeta, e ir tras las marmotas. ¿Recuerdas?” Carl seguía diciendo. “Esos fueron buenos tiempos. Oye, pasamos buenos momentos”.

Lo único que podía recordar era cómo solía llorar cuando les volábamos la cabeza a las pobres y malditas cabronas, y papá se reía de mí. Le dije que las dejase en paz. Yo recuerdo eso, aunque no sirvió de nada.

En ese momento, nuestra herencia había desaparecido. La tuya también. Encontró un buen hogar. Pensamos que lo mínimo que podíamos hacer por el anciano era emborracharnos a muerte, y procedimos a hacerlo.

Por eso no te escribí ayer. Mi letra era un poco temblorosa y ni siquiera podía empezar a describir cómo se sentía mi cabeza.

Mamá está en casa, tratando de que me quede. Ella sigue quejándose de que está completamente sola. Uno pensaría que ella vería como una mejora, que nadie se bebiera su dinero del Seguro Social y le diera bofetadas en la boca, pero la realidad es que parece extrañar al viejo bastardo. Le dije que Laurie y Steve cuidarían de ella.

“Se tienen el uno al otro. Ahora estoy completamente sola”, se quejó.

“¿A quién añoras, mamá?”, le pregunte a ella. “Papá te trató como una mierda”.

“Pero él era alguien. Nadie sabe lo que pasa entre una mujer y un hombre”.

Te lo juro, Jim, si pensara que su matrimonio es un ejemplo de lo que sucede entre una mujer y un hombre, me volvería maricón.

De todos modos, no puedo quedarme y cuidar de mamá, no sólo porque me volvería loco, sino porque el tío Sam tenía un pequeño aviso para mí que ha estado aquí en el correo desde junio pasado... Parece que si no vuelvo a la escuela me uniré a ti en la tierra de podredumbre de la jungla. Estaba tratando de explicarle esto cuando entra Carl y golpea la puerta detrás de él. Parece que fue al Centro de Reclutamiento y se alistó en los Marines. Bueno, mamá se puso histérica, yo le gritaba que era un tonto y un idiota, por no hablar de un fascista. Sé que no estarás de acuerdo, pero al menos debes admitir que el momento fue bastante crudo. Mamá lloraba por estar sola, completamente sola, con todos sus bebés jugando a la guerra y su hombre muerto, Carl estaba completamente borracho, y aquí estoy yo, atrapado en medio, con cuatro días para regresar a Berkeley y

apuntarme a clases, y Maya en algún lugar de la costa, sola, preguntándose qué carajo me pasó.

A veces me pregunto cómo alguno de nosotros logró salir vivo de esta casa.

Ahora son las tres de la mañana y no puedo dormir. Estoy preocupado por Maya, estoy preocupado por mamá, estoy preocupado por ti, allá con la pudrición en la entrepierna y las balas volando, y por Carl, ese idiota, e incluso por Steve y Laurie. Me preocupa que sus rostros se congelen en esa mirada de desaprobación pusilánime que tan bien hacen. Dime qué hacer, Jim. Tengo que salir de aquí, ¿no? Simplemente no puedo soportarlo más. Hay una neblina gris que sale de la pintura descascarada del techo. La televisión está a todo volumen día y noche. No puedo pensar con claridad. En un par de días más, estaré haciendo agujeros en las paredes.

Sigue así. Eso es lo que dirías si estuvieras aquí. Voy a intentar seguir tu consejo y dormir un poco. Por el momento, es Maya quien más me preocupa. Hablé con su madre, llamé a Johanna y les dejé el número de aquí a ambas, por si las llama. ¿No sería eso lo primero que haría? Hay un teléfono en la tienda Big Sur, no muy lejos de donde estábamos. Podría hacer autostop hasta allí. Tengo que creer que ella confiará en mí, que sabrá que no huiría y no volvería jamás. Lo que tenemos juntos es tan bueno, tan fuerte. Ella tiene que confiar en eso. Tiene que hacerlo.

Bueno, voy a terminar y realmente intentaré dormir ahora. Átale uno al viejo, ¿no? Supongo que se lo debemos. Piensa en mí cuando después vomites hasta las tripas. Y cuida tu espalda, hermano. Ya hemos visto suficiente del Sr. Muerte por un tiempo.

Cuídate,

Rio

XIX. EL DIARIO DE JOHANNA WEAVER

10 de octubre de 1968

¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? ¿QUÉ VOY A HACER?

He saltado de la cama quince veces, hasta quedar negra y azul. Llamé a Tony Klein, que estaba en la ciudad durante el fin de semana, y le pedí que me llevara a dar un paseo largo y lleno de baches en su motocicleta. He tomado millones de baños calientes. Nada ayuda.

Dios. Acabo de empezar las clases. Esperaba conseguir un trabajo a tiempo parcial, ahorrar algo de dinero y vivir en la cooperativa el próximo trimestre.

Tenía que saberlo. Tenía que estar segura y tenía miedo de acudir al centro de salud estudiantil, miedo (no lo sé) de que algo apareciera en mi expediente antes de tomar una

decisión. Entonces fui al centro a la Clínica Gratuita, el lunes pasado. Le dije a Marian que iba a estudiar hasta tarde en la biblioteca. Me hicieron una prueba y hoy llamé y obtuve los resultados.

Es oficial. Estoy embarazada.

¡Mierda, mierda, mierda!

Oh, fueron de gran ayuda y estoy segura de que si quiero un aborto, puedo conseguirlo en alguna parte, de alguna manera. Podría tomar mis ahorros e irme a México. Podría encontrar a alguien que lo haga aquí... alguien seguro. Costaría, pero si lo hago bien, Marian nunca necesitaría saberlo.

Eso es lo que debería hacer. Es lo sensato. No sé por qué no puedo soportar la idea.

La cuestión es que tiene más sentido desde el punto de vista de la escuela, el trabajo y la carrera y mantener a Marian orgullosa de mí. Pero entonces empiezo a escuchar la voz de Maya.

“Todo eso es sólo un juego”, dice. “Es una pose. Es falso. Lo que sucede dentro de ti es real. Hay alguien ahí. Parte de nuestra magia está tratando de encarnarse”.

La voz me enoja. “Vete a la mierda”, quiero gritarle, “no te debo nada. Fuiste tú y tu locura los que me metieron en esta

situación”. Aunque no estoy completamente segura de que eso sea cierto. Pudo haber sucedido anoche, o pudo haber sucedido al día siguiente, durante el viaje. Y no tengo a nadie a quien culpar excepto a mí misma por eso, si soy honesta. Oh, claro, si Maya hubiera sido amable, se hubiera reconciliado y hubiera venido con nosotros, no habría sucedido. ¿Pero cómo puedo culparla después de lo que le dije? ¿Y por qué estaba tan enojada? Porque en el fondo tenía muchas ganas de hacer exactamente lo que ella me rogaba que hiciera: permanecer en el lugar mágico donde no hay barreras para el amor.

Bueno, tampoco hubo barreras para la concepción. Hasta aquí la magia. Debería haber seguido tomando la píldora, dolores de cabeza, hinchazón y todo. Si tenía novio o no.

Quizás debería culpar a AT&T. Si Rio no se hubiera detenido a llamar al tipo que recibe sus mensajes, nunca habría sabido de su padre y yo no habría sentido tanta pena por él. Cuando pienso en cómo se veía al regresar de esa cabina telefónica. Su cara me asustó. Era una especie de pus blanco y caminaba un poco tembloroso, como si fuera a desmoronarse si no tenía mucho cuidado. Sabía que algo terrible debía haber sucedido.

“¿Qué ocurre?” Le pregunté.

Puso en marcha el motor sin decir una palabra y se alejó como si siete demonios lo persiguieran.

Después de mucho, mucho tiempo, finalmente me respondió.

“Mi padre está muerto”, dijo con esa voz completamente plana. “Se disparó a sí mismo.”

Dije algo estúpido. Quiero decir, ¿qué puedes decir en un momento así? No dijo una palabra, sólo conducía como un demonio. Después de que estuvo a punto de estrellarse contra la barandilla tres o cuatro veces, le obligué a detenerse. Nos detuvimos en un estrecho mirador donde debajo de nosotros las olas golpeaban contra la orilla. Parecía un niño pequeño, con la cara roja y tratando de no llorar. Entonces no pude evitarlo, tuve que intentar consolarlo. Me acerqué y lo rodeé con mis brazos, acunando su cabeza contra mi hombro. Necesitaba llorar, pero siendo hombre, no lo hizo o tal vez no pudo. Él seguía diciendo: “¡El bastardo! ¡El hijo de puta! una y otra vez.

“Está bien, Rio”, murmuré. “Todo irá bien.” Pero me di cuenta de que no era así. Podía olerlo, el viento del océano, la sal y el humo de leña todavía adheridos a su cabello. Olía a limpio y me sentí muy mal por él. Maya debería haber estado allí. La necesitaba a ella o a alguien permanente; todo lo que era, era una sustituta. Aún así acaricié su espalda y le tranquilicé el cabello, y luego él deslizó sus manos debajo de mi blusa, desabotonando mis jeans.

Al principio me sorprendió; quiero decir, si Marian se pegara un tiro, el sexo sería lo último que tendría en mente. Pero los hombres son diferentes. Pensé, ¿qué diablos? Necesita algo que lo consuele, esto es algo que puedo ofrecerle. Y lo dejé. Era como si un animal o un niño me hiciera el amor. Me necesitaba tanto, sus manos, su boca y su piel estaban hambrientas de consuelo. Nunca antes nadie me había necesitado así, como si solo yo pudiera hacer que el mundo volviera a estar bien. No estoy segura de que fuera tan sexy, pero me tocó en algún lugar muy dentro de mí. Quería abrazarlo, protegerlo y cuidarlo. Casi me sentí como su madre. Quizás por eso creo que sucedió entonces. La parte madre de mí se despertó y atrapó una semilla.

Se podría decir que dejé que me usara. De hecho, se podría decir que dejé que me usara de la misma manera que los hombres blancos siempre han usado a las mujeres negras. Pero en ese momento no lo sentí así. Lo sentí como un regalo, un regalo de amor.

Eso es lo que no puedo evitar recordar. De una forma u otra, este niño fue concebido por amor.

Y ahora mi parte madre está completamente despierta y hambrienta. Quiero un niño en mis brazos. Lo quiero con un dolor que va en contra de todo sentido común. Quiero que me chupen, que me lloren. Quiero ser el sol, la luna y las estrellas para alguien.

¿Qué voy a hacer?

Rio no lo sabe. No creo que se lo diga, decida lo que decida. Lo volví a ver cuando vino a recoger la furgoneta. Pero claro, entonces no lo sabía. No hicimos nada. Tenía muchísima prisa por regresar a la costa y encontrar a Maya, porque terminó quedándose en Pittsburgh mucho más tiempo de lo que había planeado. Él había estado llamando aquí todas las noches, esperando que ella llamara, pero no lo hizo. Y ha estado llamando aquí y a casa de Betty desde entonces, porque la señorita Maya J. Greenwood, alias Karla Greenbaum, ha vuelto a desaparecer de la faz de la tierra. Ella no estaba allí cuando él regresó a nuestro campamento junto a la laguna. Llamó a un par de amigos suyos en San Francisco, pero aún no habían tenido noticias de Rio y no volvió a llamar. Aún así, al menos parece probable que esté viva, no asesinada y arrojada detrás de un arbusto en alguna parte. Así que sigue llamándonos, cada vez más frenético.

Me alegro de eso, en cierto modo. Quiero decir, me alegra que él realmente se preocupe por ella. Aún así, siempre es Maya, Maya, Maya. Nunca dice: “¿Cómo estás, Johanna? Oye, quiero venir a pasar un fin de semana largo, quiero bajar y llevarte a bailar, gracias por los recuerdos”. Para él, estoy en segundo plano, no en primer plano: soy uno de los accesorios de Maya, como Skipper, el amigo de Barbie. No es una persona a la que pueda ver.

Si decido abortar, no es asunto suyo. Si decido tener el bebé...

Si decido tener el bebé, será mío. Sólo mío. Necesitaré ayuda y estoy segura de que Marian me la dará incluso si quiere estrangularme. Pero no necesito su ayuda. Mi bebé no necesita un papá drogadicto, hippie y blanco, al menos no al principio. Tal vez más tarde, tal vez algún día, se encuentren, pero no ahora.

Dios mío, ¿qué voy a hacer?

Johanna

XX. TENGPOCHE

El monasterio Tengpoche es el corazón espiritual de Khumbu. A una altura de 12.700 pies, su espectacular entorno incluye vistas del Everest.

– Folleto de Mountain Co-Op Adventures

La niebla cubría el amplio campo junto al monasterio de Tengpoche. Maya yacía en su tienda, con su saco de dormir sobre ella como una colcha, bebiendo su té de la tarde y masticando una galleta que Tashi le había traído. Estaba agradecida de haber terminado con la empinada subida de la colina hasta la meseta de tierra donde se encontraba el monasterio, pero estaba lista para llorar de decepción. Debby aún no había aparecido, y Tenzing le había asegurado

a Maya que no podía estar vagando anónimamente por el campo brumoso o escondida silenciosamente en una casa de té.

“Cuando venga el médico de Khunde, lo sabré”, dijo.

Maya se había llevado a la cama sus sentimientos heridos. Oh, Betty, ahora sé exactamente cómo sufriste. ¿Qué puede ser mucho más importante para ella que yo?

Ahora, para consolarse, extendió sobre sus rodillas las cartas de Rio y las páginas del diario de Johanna. En su propio diario escribió:

Johanna,

Tengo que escribirte aunque no podré enviarte esto hasta dentro de una semana, y si lo envío por correo desde Katmandú, probablemente ni siquiera te llegará antes de que regrese. Porque ahora entiendo que todavía me estás desafiando, con estas páginas; todavía desnudándote ante mí como una ofrenda, todavía tratando de incitarme a tocar y ser salvada. Y tal vez yo haga lo mismo por ti. Ambas resistimos, cada una a nuestra manera. Quizás porque nuestros momentos de unión han sido como trenes chocando de frente, nuestras vidas se descarrilan.

Y, sin embargo, nos llegaron grandes regalos. Raquel, por ejemplo.

O tal vez sea simplemente inevitable que se acumulen capas de evasión y acomodación en una vida como la placa en los dientes. ¿He sido ingenua al no darme cuenta de que es necesario eliminarlas periódicamente?

“¿Maya?” Escuchó la voz de Lonnie afuera de la entrada de su tienda. “¿Estás ahí? ¿Estás bien?”

“Estoy bien.” Con cierta renuencia, se puso de rodillas, esparciendo papeles a su alrededor, abrió la cremallera y miró hacia afuera. “Simplemente estoy disfrutando de un momento tranquilo de gratitud por estar en la gira de lujo. Alguien más montará la tienda, preparará el té y llevará las bolsas. Es casi un pecado”.

“Es el único camino a seguir”. Los rizos oscuros de Lonnie estaban enmarcados por su última compra, un gorro tejido con lana de yak multicolor. Parecía cálido. “¿Quieres salir, dar un paseo, ver el monasterio?”

Maya se debatió. El té le había dado una nueva oleada de energía y, de todos modos, tenía ganas de orinar. Más vale levantarse y dejar de pensar en el pasado. Debería tratar de ser un poco más sociable, hacerse amiga de algunos de los demás miembros del grupo en lugar de simplemente dejar que la irriten. Lonnie era una buena candidata para empezar. “Seguro.”

Los sherpas habían levantado una pequeña tienda de campaña sobre un profundo hoyo que cavaron para satisfacer las necesidades de los excursionistas. Maya hizo su visita y luego ella y Lonnie caminaron por el amplio campo salpicado de campamentos de tiendas de campaña de varios colores. Hubo varias expediciones hacia el Everest esta primavera, y el campamento fue una parada para todas ellas, el lugar tradicional para descansar un día y aclimatarse a la altura. A través de la niebla se movían figuras vestidas con los azules, morados y verdes eléctricos preferidos por los fabricantes de equipos para actividades al aire libre. En la esquina norte del campamento se alzaba una enorme forma pintada de ocre: el monasterio. Maya y Lonnie se dirigieron en esa dirección.

“Hermosa vista”, comentó Lonnie, mirando a su alrededor hacia la densa niebla que ocultaba cualquier vislumbre de las montañas.

“Eso dicen”, estuvo de acuerdo Maya.

“¿Les crees?”

Maya asintió. “Es un acto de fe por mi parte”.

“Yo digo que aún no están todas las pruebas”.

El monasterio de Tengpoche era un enorme edificio de piedra tallada a mano, revestida con estuco de color azafrán. Se elevaba dos pisos sobre un amplio patio empedrado, con

una pequeña cámara en el tercer piso coronada por un techo de pagoda. Dependencias de piedra gris flanqueaban la gomp²⁴ y descendían por las laderas de la colina en terrazas. El edificio era una obra de fina artesanía, las vigas de madera talladas a mano, cada marco de puerta y ventana encajaban cuidadosamente en las paredes de piedra estucada. Pero Maya notó que el techo era de hojalata corrugada, como si la energía y el dinero se hubieran acabado al nivel del techo. O tal vez para los sherpas de los años treinta, cuando se reconstruyó el monasterio, los tejados de hojalata eran la maravilla de alta tecnología de vanguardia de su época.

Maya y Lonnie caminaron por el círculo de sus pesados muros de piedra, admirando su solidez, el cuidadoso tallado y ajuste de los bloques de piedra visibles en sus cimientos. Se dirigieron a un patio enclaustrado con una escalera y un balcón a un lado, y se sentaron en el borde de los bajos escalones de madera que recorrían el muro este.

“Es un lugar hermoso”, dijo Lonnie, extendiendo el borde de su chaqueta para cubrir su trasero mientras se sentaba. “Parece tan viejo”.

“Sin embargo, no lo es”. La chaqueta de Maya no era lo suficientemente larga como para proporcionar mucho aislamiento. Se sentó incómoda en el borde, sintiendo que

24 Gompa y ling son fortificaciones eclesiásticas de aprendizaje y formación (lo que se puede interpretar como una mezcla de una fortificación, un monasterio o convento, y una universidad).

le formaba un pliegue en el trasero. “Stephen Berznewski dice que fue reconstruido en los años treinta, después de que un terremoto lo destruyera”.

“¡Es cierto! Pensé que era antiguo. Supongo que vale la pena leer la guía”.

“Sí y no”, dijo Maya. “Prefiero el romance de pensar que ha estado aquí durante miles de años. Pero en realidad no se fundó hasta principios de siglo. Pangboche y Thami son mucho mayores”.

Un joven monje vestido con una túnica rojo sangre cruzó el patio, subió las escaleras y desapareció detrás de una pequeña puerta.

“Me pregunto cómo será realmente vivir aquí arriba”, dijo Lonnie. “Dedicarte a meditar todo el tiempo. Me pregunto si alguna vez se inquietan y anhelan las brillantes luces de Namche”.

“Me imagino que sí. Pero supongo que si se inquietan lo suficiente, podrán irse. Aún así, parece algo bueno para que los hombres lo hagan: meditar en la montaña. Mejor que ir a la guerra”. Miró a Lonnie, consciente de que tenía los oídos atentos para captar cualquier matiz en la mención de Maya sobre los hombres que pudiera indicar lo que realmente sentía por las mujeres.

“Claro, sublima esa testosterona”, coincidió Lonnie. “Tal vez deberíamos enviar a todos los hombres a la montaña y dejar que las mujeres gobiernen el mundo”.

El sol calentaba levemente las piedras y Maya absorbió el calor que ofrecía, disfrutando de la paz silenciosa del patio. “A veces pienso que me gustaría ser monja por un tiempo”, reflexionó. “Ir a algún lugar y retirarme de todas las molestias cotidianas, sólo concentrarme en el espíritu. Quizás eso es lo que necesito. Pero no soy muy buena aceptando a nadie más como mi autoridad espiritual. Dudo que pueda manejar la disciplina”.

“Dudo que pueda manejar las instalaciones sanitarias”, dijo Lonnie. “O las frías celdas ascéticas, o las duras camas. Sería monje si pudiera tener un sofá, calefacción central y un sillón bonito y cómodo”.

Maya se rió. “Veo que los placeres de la carne ocupan un lugar destacado en tu lista de prioridades”.

“¿No están en la tuya?”

Maya se quedó en silencio, mirando la pared de tablones de madera del edificio bajo el otro lado del patio, notando cómo su pintura roja se había descolorido y desgastado. Estaba pensando en estar en casa con Johanna, acurrucadas

en su gran cama viendo “Lord Peter Wimsey” en la PBS²⁵. ¿Cuándo fue eso? Hace años, debió ser así. Maya había querido apagar la televisión y habían discutido.

“Háblame”, había dicho Maya. “Quédate conmigo.”

“Estoy aquí, ¿no? Estamos juntas, ¿no?”

“¿Lo estamos? ¿Es esto a lo que hemos llegado? ¿Un grupo de apoyo mutuo para ver televisión?”

“Fuiste tú quien no quería salir”.

“Lo hice”, dijo Maya. “Quería ir a la fiesta del libro de Lorraine”.

“¡Oh, no!” Johanna puso los ojos en blanco. “Ni una más de esas. No me gusta que me exhibas como tu dócil novia negra.

“¡Jo!” Maya se sentó muy erguida. “¡No es justo!”

“¿No? Recuerda la última fiesta de Lorraine a la que me arrastraste.

“Pensé que te gustaría conocerla, que tal vez tendrían algo que decirse la una a la otra. Ella es psicóloga... tú eres

25 Public Broadcasting Service (PBS) (en español, «Servicio Público de Radiodifusión») es la red de televisión pública de los Estados Unidos.

psicóloga. Ella escribe sobre chicas jóvenes; tú trabajas con ellas”.

“Ella nunca me dijo una palabra en toda la noche. En cambio, esa perra de Brenda me arrinconó toda la noche para quejarse de que las mujeres negras se habían apoderado de su organización. ¡Como si yo tuviera que responder por su carrera!

“No sabía que ella estaría allí y estaba rodeada de cincuenta mujeres que querían que les dijera esto y les respondiera aquello. Fue una distracción. No me di cuenta de que necesitabas que te rescataran y, francamente, eres una niña grande. Espero que puedas cuidar de ti misma”.

“Eso es, exactamente”, asintió Johanna. “Cuando salimos a esas cosas, se te echan encima y bien podría ser tu criada”.

Maya se recostó, derrotada. “Lo irónico es que quería que estuvieras allí para darme apoyo moral”, dijo. Esas mujeres me intimidan. Siempre citan a personas de las que nunca he oído hablar y se refieren a libros que nunca he leído. Simplemente pensé que cuando la charla girara hacia la crítica feminista de la teoría de las relaciones objetales, o algo así, serías capaz de tomar la iniciativa”.

Johanna deslizó un brazo bajo su hombro. “¿Has notado cómo la gente casi siempre asume que tú eres la persona educada de nuestra pareja?”

Maya suspiró. “Tal vez debería empezar a presentarte como la Dra. Weaver. “Hola, gilipollas, me gustaría presentarte a mi novia de la infancia y amante dulce e intermitente, la doctora Johanna Weaver, la destacada psicóloga educativa. Dra. Weaver, le presento a Imbécil. ¿Qué opinas?”

“Creo que es bonito y acogedor estar aquí tumbada así. Me alegro de que no saliéramos. A veces simplemente nos relajamos”.

Maya miró hacia el techo. Sí, era relajado y acogedor. ¿Debería arriesgarse a perturbar su paz?

Ella habló a la ligera, medio en broma. “¿Pero cuándo llegaremos a arder de pasión y explotar en erupciones volcánicas de calor y luz?”

Johanna sonrió. “¿Acabas de inventar eso?”

“No”, admitió Maya. “Era una línea que estaba probando esta tarde en el capítulo que estaba escribiendo. Pero decidí que era demasiado cliché”.

“No somos un cliché”, le aseguró Johanna. “Somos especiales”.

“Claro que lo somos. Simplemente no puedo evitar pensar que si hubiéramos podido mirar hacia adelante esa mañana en el piso del vestuario y vernos ahora, una acogedora pareja

de ancianas tropezando con la televisión nocturna, nos habríamos horrorizado”.

“Tal vez nos habría encantado... saber que todavía estaríamos juntas”, respondió Johanna.

Maya suspiró.

“¿Qué?” –Preguntó Johanna.

“Ha pasado demasiado tiempo desde que hicimos el amor bajo una tormenta”.

“Ya no somos adolescentes”, dijo Johanna. “Yo, por mi parte, podría vivir cómodamente sin volver a hacer el amor bajo una tormenta. Suena muy romántico, pero tu trasero se enfría como el infierno”.

“Bueno, no puedo”, dijo Maya. “No puedo vivir contenta cuando siento que nos hemos conformado con menos”.

“¿Menos de qué?” Johanna se apartó y se volvió para mirarla. “Menos que una intensidad constante, cada minuto del día. Chica, no nos hemos conformado en absoluto. Yo no lo he hecho. Estoy ahí afuera peleando todos los días. No voy a destrozarme porque de vez en cuando quiera relajarme por la noche. Y tú también. Tienes responsabilidades que no tenías a los diecinueve años. Tienes tu escritura. Hay un mundo de gente y una temporada de tormentas cada año.

Pero no creo que puedas joderlos a todos y aún tener tiempo y energía para escribir tus libros”.

“Escribo lo que vivo”, dijo Maya. “Si dejo de vivir, dejaré de escribir”.

Johanna negó con la cabeza. “Bueno, no moriremos sólo porque pasemos una noche o dos viendo la televisión pública. ¡Relájate, niña!

“Siento como si una parte de nosotras hubiera muerto”, susurró Maya en voz baja. Esperaba una respuesta comprensiva, que Johanna la calmara, la acariciara y tal vez incluso le hiciera el amor. En lugar de eso, Johanna se levantó de la cama.

“No puedo hablar más de esto”, dijo. “No llegaremos a ninguna parte con ello. Voy a prepararme un plato de Cheerios²⁶ y una taza de té de hierbas”. Salió de la habitación, cerró la puerta detrás de ella y dejó a Maya mirando la pantalla del televisor en blanco.

“Ajá, veo que he hecho una pregunta delicada”, dijo Lonnie, interrumpiendo el ensueño de Maya.

El silencio del lugar había atrapado a Maya, cerrando suavemente su boca con manos brumosas. Realmente no

²⁶ Pequeños aros de cereal, conocidos por su sabor dulce y crujiente, son un clásico en la mesa del desayuno en muchos hogares alrededor del mundo.

había necesidad de responder a cada maldita pregunta que alguien pensara.

“Entonces”, preguntó Lonnie, su voz cuidadosamente casual, “he estado queriendo preguntarte durante días: ¿Eres lesbiana o qué?”

Prepotente, prepotente, pensó Maya. Por fin ella lo ha dicho claramente. Lonnie la miraba con abierta y amistosa curiosidad, tomando aire para hablar, para preguntar algo más. Ella no se rendiría. Pero no había ningún daño en ella, nada que justificara el deseo de Maya de retirarse cada vez más profundamente en el silencio.

“Qué”, dijo Maya. “Eso es exactamente. He estado buscando toda mi vida una identidad sexual y ahora le has puesto un nombre. Soy un qué”.

“Me alegro de poder ser de utilidad”. Lonnie hizo una reverencia. “En cierto modo lo sospechaba”.

“¿Por qué? ¿Emito señales sutiles que reconoces?”

“Se trata más bien de las señales que no das. Nunca muestras esa sonrisa deslumbrante de adoración masculina de Nancy Reagan, pero tampoco pareces una verdadera lesbiana”.

“¿Cuántos años tienes que vivir con una mujer antes de calificar como una verdadera lesbiana?”

“Eso depende.” Lonnie se levantó y caminó de un lado a otro, abrazándose el pecho con los brazos para calentarse. “Aquí está la lista de verificación: cinco puntos por cada respuesta correcta. ¿Tienes relaciones sexuales con esta mujer? ¿Tienes sexo con esta mujer exclusivamente? ¿Tienes sexo con mujeres exclusivamente? ¿Tienes fantasías sobre sexo con mujeres exclusivamente?”

“Tenemos relaciones sexuales, pero sólo de forma intermitente”, admitió Maya.

“Bingo. Tú calificas”.

“¿Qué pasa si tengo fantasías con hombres?” –Preguntó Maya.

“Mezzo mezzo”.

“¿Sexo con hombres?”

“Oh, uno de esos”. Lonnie arqueó las cejas. “Bueno, eso no necesariamente te descalifica. Las verdaderas lesbianas a veces pueden tener sexo con hombres, siempre y cuando mantengan el debido temor a los bisexuales”.

“¿Eh?” Los escalones de piedra estaban fríos. Maya se metió poco a poco la parte inferior de su chaqueta debajo de su trasero. “Estoy confundida. Si las tortilleras pueden acostarse con hombres, ¿por qué los bisexuales son tan terribles?”

“Porque no se puede construir un movimiento de liberación sexual sobre un pantano de turbia confusión de identidad. Tan pronto como admitamos, por un momento, que la homosexualidad puede ser menos que una condición fija y permanente, Pat Robertson y sus muchachos harán que nos envíen a un Campamento de Reorientación Sexual. De esta manera tenemos una excusa. “Lo siento, senador Helms, no puedo evitarlo, es innato, un defecto genético, como cualquier otra discapacidad, así que por favor sea amable conmigo”.

Maya se rió y se levantó. “Hace demasiado frío para sentarse”, dijo. “Caminemos alrededor del edificio de nuevo”.

“Bueno.”

Juntas abandonaron el patio y caminaron lentamente por el perímetro del edificio. La niebla las encerró en un mundo tranquilo y privado.

“¿Dónde está Jan?” –Preguntó Maya.

“Estamos dejándonos algo de espacio”, dijo Lonnie. “Ya sabes cómo es eso”.

“Oh, sí, sé exactamente cómo es eso. Yo misma estoy recorriendo unos quince mil kilómetros.

“Ya veo.”

“Pero tú y Jan parecíais llevaros muy bien. Quiero decir, la energía entre vosotras dos ha estado ardiendo durante toda la semana”.

“¿Tan obvio es?” Lonnie se detuvo y se volvió hacia Maya.

“Para aquellos que tienen ojos para ver”. Lonnie pareció alarmada y Maya se apresuró a tranquilizarla. “No para todos. Estoy segura de que no, por ejemplo, para los sherpas; no se lo esperarían. O para Howard, por ejemplo. Estoy segura de que nunca se daría cuenta de nada”.

“Oh, Howard. No se daría cuenta si un rinoceronte en celo lo arrinconara en su propia tienda”. Lonnie siguió caminando hacia adelante.

“Entonces, ¿qué pasó entre tú y Jan?” Preguntó Maya, su voz cuidadosamente neutral, una imitación de la voz de su madre en su modo de entrevista. Si ella puede hacerme preguntas indagatorias, puedo darle la vuelta. Aun así, Maya esperaba que sonara comprensiva y no sólo entrometida.

“Cometimos el error de hablar del futuro”. Lonnie suspiró. “Sobre lo que sucederá cuando termine el interludio romántico”.

Maya sacudió la cabeza con tristeza. “Oh, mala idea. Vive el momento, es lo que siempre digo”.

“Pero un momento lleva al otro y al final tienes que decidir, ¿no? Sí. Necesito saber si estoy teniendo una relación o simplemente un romance a bordo”.

“¿Qué quieres que sea?”

“No sé.” Lonnie se echó el abrigo sobre los hombros. “Estoy en una relación, en Portland. Es aburrido.”

Maya se rió. “Eso es bastante directo”.

“Es contundente, pero es verdad. Taylor y yo hemos estado juntas desde la facultad de derecho. Ella trabaja todo el tiempo. Yo trabajo todo el tiempo. Es muy difícil no hacerlo cuando intentas establecer una práctica. Vivimos en la misma casa y casi nunca nos vemos, y cuando lo hacemos, estamos agotadas. Parece que ni siquiera podemos coordinar nuestros horarios para escaparnos juntas”.

“¿Cómo se siente ella acerca de que te vayas con Jan?”

Lonnie se encogió de hombros. “La verdad es que ella cree que Jan y yo somos simplemente buenas amigas”.

“Ya veo.”

Llegaron a una esquina del edificio. Más allá, un seto de enebros oscuros definía una pendiente. Muy por encima de ellos, la niebla se abrió por un momento y Maya vislumbró

las laderas grises de una montaña donde sólo debería haber nubes.

“Odio lastimarla”, dijo Lonnie mientras doblaban la esquina para continuar caminando junto a la pared exterior de la gompá. “¿Y por qué debería hacerlo, realmente?”

“No hay ninguna razón para que así sea”, dijo Maya con cautela, pensando en sus propios experimentos y en los de Johanna en la misma línea. “Pero no se puede negar que a menudo es así. La infidelidad, quiero decir.

“Ay, ¿tienes que llamarlo así? ¿No podrías referirte a ello como, oh, ampliar los parámetros de nuestra relación? Sí, eso suena bien. ¿Cómo podría eso perjudicar a alguien?

“Lo he llamado así muchas veces”, dijo Maya. “A veces hasta lo he creído. Por un momento. ¿Estás pensando en romper con... cómo se llamaba?

“Taylor.” Lonnie se detuvo de nuevo y miró hacia el borde de la montaña que se asomaba a través de la niebla. “No sé. No sé. He pasado los últimos ocho años construyendo una práctica en Portland, no puedo simplemente dejarlo todo y mudarme a Nuevo México. ¿Y cómo puede Jan ser una artista prometedora de Nuevo México en Portland? Se volvió para mirar a Maya nuevamente. “Sexualmente somos geniales juntas, pero geográficamente somos incompatibles”.

“Eso es un problema.”

“Taylor trabaja en mi vida. Lo que sea que tengamos o no tengamos”. Ella volvió a apartar la mirada. “No lo sé, tal vez simplemente no soy tan romántica como solía ser. Cuando envejeces un poco, procuras más inversión en ti misma. No estás tan ansiosa por dejarlo todo y huir con una hermosa extraña.

“Sí.” Maya se estremeció de frío. Ella comenzó a caminar de nuevo. “De todos modos, ya nadie considera ese tipo de cosas románticas. Es simplemente neurótico, o algún patrón adictivo parecido a una enfermedad del que deberías recuperarte. Hace que sea tremendamente difícil escribir novelas.

“Puedo imaginarlo.” Lonnie trotó tras ella.

“Pero no quiero recuperarme de la pasión”. Maya abrió los brazos y saltó sobre un bloque de piedra cercano. “Quiero subirme a un estrado y proclamar al mundo: '¡Oigan, gente, despierten y admitan que el placer y la pasión en todas sus formas son sagrados!'”

“¡Bravo! ¡Bravo!”, aplaudió Lonnie. “Tienes mi voto”.

Maya saltó. “Y mientras tanto, Johanna y yo nos entregamos a tormentas de pasión con tanta frecuencia como la luna eclipsa al sol. No nunca, pero sí raramente. En

cambio, cuando hay tormenta, hay truenos y relámpagos y lluvia torrencial, con todos sus adornos. Por un momento.”

“Y entonces interviene la vida”, dijo Lonnie. “Esa es la forma sensata de verlo. Miro a Jan y mi yo sensato dice: “Disfrútalo, cariño, pero no te lo tomes en serio”. De todos modos, si me mudara a Nuevo México, terminaríamos siendo una pareja feliz y aburrida más, teniendo gatos y haciendo que sus visitantes vieran todas sus diapositivas de Nepal. Pero mi yo insensible a veces se lo pregunta. ¿Por qué mi vida debería ser inamovible a los treinta y cuatro? Si la pasión es santa, ¿no debería valer la pena abandonarlo todo?

Doblaron la esquina y la pared bloqueó el viento.

“Yo lo hice”, dijo Maya, apoyándose contra la pared de piedra que aún conservaba un poco del calor del sol. “Estuve allí, hice eso y conseguí la camiseta”.

“¿Y? ¿Qué dice la camiseta?

“Dice: 'Salté imprudentemente al abismo, y ahora dirijo visitas guiadas a las puertas del infierno, por un porcentaje'.”

“Eso suena tremendamente cínico”.

“Solo soy cínica conmigo misma”. Las nubes definitivamente estaban cambiando ahora, dejando que un rayo de sol se colara para iluminar la niebla con un brillo

dorado. “Creo en lo que estoy enseñando y haciendo. Es sólo que comencé con una visión que sacudió mi vida y terminé con una carrera”. Maya guardó silencio. Eso es más de lo que jamás tuve intención de decirle a Lonnie, pensó. Posiblemente más de lo que alguna vez quise admitirme a mí misma.

“Creo que nunca he tenido una visión”, dijo Lonnie. “Soy abogada, no una chica visionaria”.

“Eso probablemente no sea cierto”. Maya habló bruscamente. “Y si es así, agradécelo. Una visión real es un dolor de cabeza. Es algo a lo que tienes que servir por el resto de tu vida”.

“Oh, ya tengo algo de eso”, dijo Lonnie. “Se llaman los préstamos que pedí para ir a la facultad de derecho”. La niebla era nacarada, brillante, y de vez en cuando se resolvía en formas con bordes dorados. Vieron cómo los picos lejanos los provocaban, revelándose y ocultándose momento a momento.

“¡Yo creo!”, le dijo Lonnie a la niebla. “Creo en las montañas, ¡creo, creo!”

Maya observó cómo se formaban y cambiaban las nubes, recordando un ritual, uno de los últimos que había dirigido antes de que muriera su madre. Meses antes la habían invitado a participar en una ceremonia de clausura de una

conferencia de parteras y cuando llegó el día pensó en cancelarla. Las parteras vivían sus vidas al servicio de las madres, y su madre estaba muriendo y no tenía hijos propios. Ella había ido de todos modos porque había aceptado ir, y parte de su poder residía en cumplir sus promesas.

En el alfombrado salón de baile del gran hotel donde se celebró la conferencia, apagó las luces, encendió una vela y tocó el tambor con un ritmo suave e hipnótico. Se le ocurrió una historia y se la contó a las parteras mientras tocaba el tambor, una historia sobre haber nacido en un mundo donde las mujeres eran libres y la tierra estaba curada. El hotel desapareció y pronto todas estaban respirando el aire de ese mundo, sintiéndolo en su piel mientras corrían libres por la noche bajo la luna en un lugar donde nadie les haría daño ni las detendría. Su propio dolor se había filtrado en la historia y había despertado el dolor oculto de cien mujeres. Incluso mientras bailaban a la luz de la luna del Otro Mundo, recordaron las jaulas y los asaltos de éste y lloraron juntas, un centenar de mujeres gimiendo y sollozando y abrazándose unas a otras hasta que el dolor se transformó en rabia y la rabia en una danza de poder rugiente y atronadora. Mientras Maya las guiaba dentro y fuera de intrincadas espirales, la historia se convirtió en un canto:

Soy una mujer salvaje,
soy una mujer amorosa,

soy una sanadora,
¡Mi alma nunca morirá!

El canto se elevó y se convirtió en un sonido de poder puro y sin palabras, el poder profundo que está respaldado únicamente por el movimiento de la luna y el sol, el baño de las mareas y el crecimiento de los capullos en la primavera. Con una sola voz, cantaron ese poder, lo liberaron y lo trajeron de regreso a la tierra.

Eso es lo que hago, pensó Maya. Cuando estoy en mi mejor momento, puedo mover la energía para que la gente sienta que el poder se comparte y fluye y todo cobra vida. Pero la magia realmente funciona sólo cuando toman las herramientas en sus propias manos.

Porque la curación profunda de ese ritual no procedía del tamborileo, del trance ni de la historia. Había sucedido mientras las mujeres estaban sentadas en el suelo, dejando que el poder regresara a la tierra. Una mujer había hablado al grupo, pidiendo ayuda para su hijo, que tenía un problema de drogas, y otra había hablado y pedido energía para una madre con la que había trabajado cuyo bebé había muerto, y luego otra habló, y otra, hasta que una a una vertieron su verdadero dolor en el estanque de aquellas cien mujeres. Lo que las curó no fue nada de lo que Maya hizo, ni los cánticos que dirigió ni la historia que contó ni el tambor que tocó. Lo que las sanó fue simplemente la oportunidad de expresar su dolor y hacerse escuchar.

La última mujer que habló era de lo alto de las montañas de Chiapas, una indígena que vestía el huipil de su pueblo y su cabello castaño canoso recogido en dos largas trenzas. Hablaba en el español maya que recordaba de sus años en México, y pedía curación para su hermana, cuyo hijo estaba muy enfermo, y que la acusaba de maldecirlo, porque la había visto preparando el incienso para una limpieza, y ahora tenía miedo de ser una bruja. Bruja, el intérprete tradujo la palabra, pero Maya conocía la sutil diferencia entre bruja y curandera, hechicera y curandera. A Maya le recordaba mucho a la curandera que había conocido en Michoacán. Maya le había rogado quedarse con ella y aprender de ella, pero Doña Elena le había dicho que no. “Debes volver a casa”, le había dicho a Maya, “debes encontrar algo por tu cuenta”. Pero Maya no pudo volver a casa entonces, a causa de Rio, y no hasta años después.

Sin embargo, al final había encontrado algo propio que dar, algo que devolver a esta mujer como una pequeña retribución por lo que había recibido en sus andanzas. Un simple regalo, en realidad, sólo los oídos atentos de un centenar de mujeres, muchas de las cuales habían sido tildadas de Brujas, algunas de las cuales recordaban en lo más profundo de su ser lo que era ser quemada. Algo se completó: se cerró un círculo. Las parteras habían puesto a la mujer en el centro y cantaban su nombre, María, y cantaban pidiendo su protección y para darse poder. Y luego Maya había pedido curación para ella, lo que rara vez hacía,

y para su madre, que iba a morir. Se sentó en el centro del círculo y se permitió llorar y llorar mientras las mujeres le cantaban y la abrazaban.

A partir de ese día, su madre había empezado a dejarse llevar. La fuerza implacable que mantenía la respiración de su torturado cuerpo había comenzado a aflojarse, o tal vez la propia Betty había comenzado a deslizarse hacia el Otro Mundo, no de una vez, sino lenta y cautelosamente, como solía entrar en una piscina, paso a paso, dándose tiempo para acostumbrarse a la sensación del agua fría en los tobillos, las rodillas y las caderas.

“¿Qué estás pensando?” La voz de Lonnie irrumpió en su ensueño.

Maya exhaló un largo suspiro. Puedo hacer el espacio. Eso es todo. Pero no ven que ellos mismos hacen el trabajo.

“Las contradicciones”, dijo.

“¿Como?”

“Sé cómo abrir una abertura para que fluya el poder”, dijo Maya, sin estar segura de si Lonnie entendería algo de lo que estaba diciendo. “Realmente, eso es todo lo que sé hacer. Pero el poder no es mío. Puedo enseñar a las personas herramientas que les ayuden a crear un espacio para ello, pero yo no lo creo. Y la gente lo olvida. Lo identifican conmigo y, en lugar de venir por las herramientas, regresan

por lo alto. Y empiezo a sentirme como un traficante de drogas espiritual”.

Lonnie se encogió de hombros. “Es una droga legal, ¿no? Quizás la gente necesite eso. ¿No dijiste algo así cuando estábamos hablando el otro día?

“Pero no es sólo un subidón cuando funciona. Cuando el poder realmente se mueve, puede cambiar tu vida. Y eso es aterrador. La gente cree que lo quiere, pero ¿realmente es así? ¿Tú? ¿Yo? ¿No acabamos de estar hablando de esa misma pregunta?

“¿Quieres decir que podrías hacer un ritual que me hiciera dejar a Taylor e irme a vivir con Jan?”

“No”, Maya negó con la cabeza. “Ese es el punto. No puedo obligarte a hacer nada. Pero en un día realmente bueno, si estuvieras abierta, podría crearte la oportunidad de tocar algo tan profundo que podría hacer que la vida ordinaria fuera insoportable”.

“Uf”, silbó Lonnie. “Pensé que sólo nosotros, los abogados, podíamos hacer eso”.

Maya sonrió. “Eso es un buen día”, admitió. “La cuestión es que muchos días no son tan buenos. A veces abres el espacio y nada fluye. Y ahí estás, frente a todas estas personas expectantes, deseando que suceda un momento que te cambie la vida. Odio decepcionar a la gente”.

“¿Entonces, qué haces?”

“Resuelvo. Ahora sé lo suficiente para poder llenar el espacio con algo. Y lo que no entiendo es que incluso después de los peores momentos, los momentos en los que siento que estoy pronunciando algunas palabras porque nada realmente me habla, la gente se acerca y me dice cuánto sacaron de eso, cómo les han ayudado. Entonces me siento como una estafadora espiritual”.

“¿Por qué? Si sacaron algo de ahí, entonces funcionó, ¿no?”

“¿Pero es real? ¿Es una transformación real, o una pseudoexperiencia, suficiente para desviarlos de la búsqueda de lo que sería real, lo que sería suyo? ¿Estoy siendo honesta?”

Lonnie se quitó la gorra, se sacudió el pelo y se la volvió a poner. “Tal vez estás asumiendo demasiado sobre ti misma. No puedes decidir qué es real para otra persona. Me parece que un cambio es un cambio”.

“Pero una visión real, un cambio real, no es seguro”, dijo Maya. “No pagas una tarifa de taller, pagas con tu vida”.

Lonnie se encogió de hombros. “¿Cómo puedes saber lo que pagan los demás? Sólo porque no se vayan a salvar a Francia no significa que el cambio no traerá consigo muchos riesgos. Quizás no sepas cuáles son. Puede que nunca lo sepas. Pero eso no significa que no sean reales”.

Las nubes se habían reunido nuevamente sobre el sol y Maya se estremeció. “Probablemente tengas razón. No creas que no me he dicho lo mismo. Cuando estoy en medio de esto, cuando mi pasión está madura para ello, no tengo todas estas dudas. Es sólo que desde que murió mi madre, lo único que siento es cansancio”.

“Sigamos caminando”, sugirió Lonnie. “Hace frío.” Siguieron la pared del edificio y continuaron su circunvalación. Habían caminado hasta el muro norte del monasterio, que se alzaba contra el bosque y el borde inclinado del desfiladero. Una gran roca de granito se alzaba sobre ellas, incorporada a la pared.

“¡Mira eso!” dijo Maya. “Es hermoso cómo incorporan la roca natural a la mampostería en lugar de volarla o rodearla”.

“¡Espera!” dijo Lonnie. “Puedo sentir que se acerca una metáfora. Debe ser la presencia de una escritora real; estoy a punto de tener una percepción genuinamente profunda. Algo sobre que la pasión es la roca y las piedras son lo que hacemos de nuestras vidas... ¡Ayuda! ¡Ayúdame!”

Maya se rió. “No te esfuerces”, dijo.

“No, no, para eso vine a Nepal. ¡Quiero sacar provecho del viaje!

“Entonces, ¿la pasión es la roca de la vida o el muro?”
–Preguntó Maya. “¿Es esa la pregunta?”

“No”, dijo Lonnie, repentinamente seria otra vez. “La pregunta es: ¿cuánto tiempo tiene que durar la pasión para que valga la pena arruinar tu vida?”

Contemplaron un rato la roca, sin hablar. Entonces oyeron pasos y Pembila apareció por la esquina, con una amplia sonrisa en su rostro de rasgos uniformes. “¡Namaste!”²⁷, las saludó ella. “Os estoy buscando.”

“¿Debby?”, dijo Maya esperanzada. “¿Está mi hermana aquí?”

Pembila negó con la cabeza y sonrió amablemente ante la mirada de decepción de Maya. “No ha venido todavía. Pero ella vendrá. No te preocupes.”

“¡Ah, Pembila!” dijo Lonnie. “Tal vez puedas darnos la perspectiva sherpa. Estábamos discutiendo si la pasión puede durar o no”.

Pembila frunció los labios y luego volvió a sonreír, obviamente sin entender una palabra.

“Déjame ver cómo explicar esto”, dijo Lonnie. Se acercó a Pembila y levantó la mano derecha. “Hombre”, dijo ella.

27 Originalmente una palabra sánscrita, namaste se compone de dos partes: “namas” significa “inclinarse ante” o “honrar a” y “te” significa “para ti”. Así que namaste significa “me inclino ante ti”. Este significado a menudo se ve reforzado por una pequeña inclinación de cabeza.

Pembila asintió. “Mujer”, dijo, levantando su izquierda. Pembila volvió a asentir. “Casados”, dijo Lonnie, juntándolas.

“Si casados.”

“Muy felices”, dijo Lonnie, gesticulando y sonriendo. “Muy enamorados. ¡Mucho chickie–chickie!

“¡Sí, casados, buen chickie–chickie!” Pembila estuvo de acuerdo. “Si hombre bueno. Bien por esposa. No golpear, no gritar. Hacer chickie–chickie. Hacer bebé.”

“Bien. Entonces, tenemos un hombre, una mujer, casados, felices, mucho chickie–chickie. Luego pasa el tiempo. Mucho tiempo. ¿Todavía felices, todavía casados, pero no tanto chickie–chickie?

“¿Alguien te dijo alguna vez”, preguntó Maya, “que tienes un verdadero don para la comunicación?”

“Es por eso que me dediqué a la abogacía”, dijo Lonnie. “Entonces, ¿eso sucede con las familias sherpas?”

Pembila pareció desconcertada por un momento, y luego su rostro se iluminó. “¡Ajá!” Se acercó a ellas, casi conspirando. “Yo, Ang, nada de chickie–chickie”.

“¿Nada de chickie–chickie?” –Preguntó Lonnie.

“No quiero bebé. Nada de chickie–chickie.

“Supongo que eso responde a la cuestión”, dijo Maya.

“Pero Pembila, sabes que hay pastillas que puedes tomar, hay... muchas cosas, para que puedas tener chickie–chickie y no tener bebés”.

“Voy al médico, Khunde”, dijo Pembila. Se volvió hacia Maya y sonrió. “Hermana doctora, Khunde. Entonces, chickie–chickie. Ahora, dice Tenzing, ¿quieres ir a ver al Rinpoche?”

“Sí, quiero”, dijo Maya. “Mucho.”

“Aceptaré un pase”, dijo Lonnie. “Ya tuve mi cuota de profundidad hoy”.

“Ven”, le dijo Pembila a Maya. “Por aquí.”

Tenzing y Jan la estaban esperando afuera de la entrada de la gompa. Los demás ya habían tenido su entrevista. Después de una breve sesión informativa por parte de Tenzing, fueron conducidos al estudio del Rinpoche, una pequeña habitación de piedra con una ventana de vidrio que daba al desfiladero del río Dudh Kosi. Otro joven monje estaba sentado en un rincón. Maya y Jan se postraron tres veces como Tenzing les había ordenado, arrodillándose para tocar el suelo con la frente. El monje que los acompañaba también hizo una reverencia y Maya admiró su gracia. Bueno, para él era más fácil, reflexionó. No había convertido su cuerpo en un poste

viviente del que colgaban una cámara, una botella de agua, una cartera y una mochila.

El Rinpoche estaba sentado cerca de ellos, en un colchón bajo detrás de una mesa llena de libros, botellas, platos de dulces y frascos llenos de bolígrafos. A su alrededor había montones de pergaminos enrollados, bufandas, cajas y bolsas, que casi ocultaban una vitrina alta llena de budas y otras figuras sagradas. Tenía un rostro amable e inteligente, cuadrado y bien afeitado, y llevaba un par de gafas negras redondas que le daban un aspecto de erudito.

De su mochila, Maya sacó un pañuelo de oración blanco que había comprado de antemano en Katmandú. Se lo puso entre las dos manos y se lo tendió. Él asintió, sonrió y se lo cogió, lo sostuvo un momento y se lo entregó al lama sentado cerca, quien lo colocó en un montón contra la pared.

El Rinpoche habló en sherpa con el joven lama, quien le entregó un viejo tarro de miel del que sacó una mezcla de especias y pequeñas semillas oscuras y semillas rojas más grandes. Tenzing extendió su mano e indicó a los demás que lo hicieran. Uno por uno, cada uno recibió un puñado de semillas.

“¿Qué hacemos con ellas?”, le susurró Jan a Tenzing.

“Comerlas”, dijo sonriendo, y lo hicieron. Las semillas sabían a grano y cardamomo y aromas que Maya no pudo identificar.

El Rinpoche volvió a hablar y el joven monje le entregó un montón de hilos rojos. Murmuró algunas palabras sobre ellos y entregó uno a cada uno de los visitantes.

“Para buena suerte”, dijo Tenzing. “¿Tienen alguna cuestión para el Rinpoche?”

“Sí”, dijo Jan. “Dile que quiero más que nada ser una artista, una buena artista. Quiero que mi trabajo esté lleno de espíritu, lleno de luz. Pero me siento muy atada a la tierra. Sólo puedo dibujar lo que veo. ¿Qué tengo que hacer?”

Si ella me hubiera hecho esa pregunta, reflexionó Maya, le diría: “Sigue dibujando, deja de pensar. Tus manos son más sabias que tu cabeza”. Pero sólo soy una bruja, no una gran líder espiritual, y se podría argumentar que tampoco soy una persona muy agradable.

Maya observó al Rinpoche con interés mientras Tenzing traducía para Jan. Parecía un hombre amable y sereno, y en su presencia ella sentía una sensación de calma y paz. Pero nada más. Ninguna gran emoción, ningún poder abrumador. Cuando era pequeño, les había dicho Tenzing, este hombre había elegido de un montón de ropa las túnicas del viejo monje, Lama Gulu, que había muerto en el terremoto que

destruyó Tengpoche en los años treinta. Las reconoció como suyas, lloró hasta que le dieron los libros y el cuenco de mendicidad del viejo Rinpoche, y así demostró que era la última reencarnación de una larga línea de maestros, un hombre de poder. Pero no parecía más que un anciano amable y erudito.

“Yo pinto”, continuó Jan. “Hago algo de tejido, artesanía y escultura. Estoy empezando a tener cierto éxito en pequeña medida. He vendido algunas cosas a una galería. Oh, ¿por qué digo todo esto? Estoy segura de que no significa nada para él. No es necesario traducir todo eso”, le dijo a Tenzing. “Solo di que me falta algo. De alguna manera siento que no estoy expresando mis ideales más elevados. Las cosas que hago son bonitas, pero no profundas”.

Podría hacerle la misma pregunta, pensó Maya. ¿Estoy cambiando vidas o simplemente proporcionándoles entretenimiento?

El Rinpoche miraba pensativamente a Jan. “Ve a la gompa”, dijo cuando ella hubo terminado. Esperó expectante por más, pero eso fue todo.

“Maya, ¿te gustaría preguntarle algo al Rinpoche?” Dijo Tenzing.

Maya estaba arrodillada, con las nalgas apoyadas en los talones, y desplazó el peso de sus pies, que empezaban a

quedarse dormidos. “Dile que le traigo saludos de parte de aquellos de nosotros en Occidente que todavía adoramos a la antigua Diosa y a los dioses que son sus consortes. Dígale que somos un pueblo pequeño que ha sido perseguido durante mucho tiempo y mentido sobre él, pero que ahora nuestra religión está creciendo nuevamente. Y que estoy feliz y honrada de estar aquí”.

Esperó mientras Tenzing traducía. El Rinpoche la miró con curiosidad y luego habló.

“Él te pregunta si tu religión es cristiana”, tradujo Tenzing.

“No”, dijo ella, picada por la pregunta. ¡Cristiana! ¿No había entendido lo que ella estaba diciendo? Pero claro que no, probablemente para él todos los occidentales eran cristianos por definición. Tal vez “cristiano” simplemente significaba “la religión de los de ojos redondos” y, por lo que sabía, los adoradores de la Diosa eran simplemente otra subsecta, como los Santos Rodantes o los Anabaptistas. “Nuestra religión es mucho más antigua que el cristianismo. De hecho, los cristianos intentaron exterminarnos, nos tildaron de brujos y nos quemaron en la hoguera. Todavía no les agradamos mucho”.

Sacó las piernas mientras Tenzing traducía y el Rinpoche asintió. ¿Pero realmente entendió o simplemente asintió, como hace la gente, por cortesía? se preguntó, mientras doblaba las piernas hasta quedar sentada con las piernas

cruzadas. Parecía ocupar mucho espacio en esta pequeña habitación. Si se retorciera mucho más, derribaría el orgullo y la alegría del Rinpoche, un pequeño calentador eléctrico conectado a la nueva minicentral hidroeléctrica.

“¿Tiene alguna pregunta para él?” –Preguntó Tenzing.

Si tan solo ella pudiera hablar con él, uno a uno, sin mediación ni interferencia, si tan solo pudieran charlar, de líder espiritual a líder espiritual... Oye, Rinpoche, ¿alguna vez te has sentido agotado?, preguntaría ella. ¿Alguna vez te ha sucedido que cuando la gente viene y te pregunta, te pregunta y te pregunta, te sientes agotado? ¿Vacío? ¿Como si no tuvieras nada que dar? ¿Qué haces entonces? ¿Alguna vez haces los movimientos? ¿Estás sentado ahí, aburrido, pensando: “Le diré que vaya al gompá, un consejo inofensivo, que no puede hacer daño y que podría hacer algo bueno?”

¿Los poderes alguna vez dejan de hablarte?

Pero ella no podía preguntarle eso. Al menos no a través de Tenzing. No, tendría que explicarse antes de poder preguntarle algo que valiera la pena, como siempre tenía que explicarse.

“Dígale que durante los tiempos de persecución el linaje de nuestros maestros fue quebrantado. Dile que hemos perdido a nuestros propios mayores. Y por eso ahora,

quienes estamos llamados a ser líderes tenemos que asumir una gran responsabilidad espiritual, a veces desde muy jóvenes. Pregúntale si tiene alguna palabra de orientación para mí”.

El Rinpoche le dirigió lo que ella podría haber descrito por escrito como una mirada larga y pensativa. Pero si fuera sincera, se dijo Maya, diría que parecía aburrido. Profundamente aburrido. Pero tal vez esa sea sólo mi suposición. Quizás simplemente no esté cumpliendo mis expectativas. Volvió a hablar con el joven monje y le entregó una pequeña tarjeta plastificada con una imagen mal impresa de la Tara Verde. La sostuvo en su mano y la miró. Sabía que Tara era lo más cerca que los budistas estaban de tener una Diosa. La figura tenía un pie extendido; ella era un espíritu que se movía hacia el mundo de la forma.

“Dice que orará por usted”, dijo Tenzing.

La entrevista había terminado. Se postraron y se marcharon, para dejar paso al siguiente grupo de buscadores.

“Subiremos a la gompa”, dijo Tenzing.

“Bien”, dijo Jan. “Eso es lo que me dijo que hiciera”.

Maya estaba reflexionando sobre el mensaje que el Rinpoche le había dado. ¿Se suponía que debía meditar sobre la Tara Verde o la tarjeta era simplemente un

recuerdo? ¿Por qué había dicho tan poco y en realidad no había respondido en absoluto a su pregunta? ¿Quiso decir que ella estaba en el camino correcto, que no necesitaba ninguna guía, sólo un pequeño impulso de sus oraciones? ¿O quiso decir que estaba tan enferma que sólo la intervención divina podría ayudarla? ¿O simplemente estaba aburrido?

¿O había respondido en algún nivel más profundo, enviado alguna emanación de la que ella no había sido consciente? ¿Era alguna falta en ella el que no se marchara con los ojos ilusionados como los grupos de occidentales que vio esperando en las escaleras? Tal vez simplemente no lo entendió, tal vez fuese una deficiencia en ella, como el daltonismo, o simplemente una resistencia a los hombres en el poder. ¿Dónde estaban las mujeres? ¿No hubo monjas al frente de los monasterios?

Desde la gompa podían oír sonidos maravillosos y prometedores: tambores, trompetas y el repique de campanas. Subieron las escaleras, se quitaron los zapatos nuevamente, se postraron y entraron.

La gompa era un torbellino de color y sonido. Cada superficie estaba pintada con motivos florales, deidades, budas y nagas²⁸, con formas de lenguas, remolinos, ruedas y símbolos tántricos. Pancartas y tankas colgantes se

28 En el marco de la mitología hinduista, los nagas son un tipo de seres, considerados semidioses inferiores, con forma de serpiente.

balanceaban suavemente en el aire. En el centro había dos filas de mesas bajas, detrás de las cuales se sentaban monjes, con las piernas cruzadas, leyendo textos y cantando en misteriosos tonos menores. A Maya le recordaron a los ancianos de la sinagoga de su abuelo, durante aquellos viajes a Milwaukee para las Grandes Fiestas. Recordaba estar inquieta, irritada con su vestido rosa nuevo almidonado mientras el servicio continuaba. Pero aquí el zumbido fue repentinamente interrumpido cuando todos los monjes tomaron campanas de mano, las resonantes campanas de bronce cuyas notas resonaron por la sala con armónicos y armónicos. Empezaron a tocar, con un gran repique y estrépito. Entraron las largas trompetas y luego un estallido de percusión, tambores y platillos. Luego, de repente, todo se detuvo y los monjes volvieron a cantar.

Maya encontró un lugar junto a la pared donde podía sentarse, escuchar y observar. La pared frontal estaba hecha de vitrinas, con sus ventanas pintadas con mucho color y detalle. En cada una había una estatua de Buda o un Rinpoché o Tara²⁹, hechas de oro, plata o bronce. En un altar lateral había ofrendas cónicas hechas de cebada, mantequilla y azúcar, decoradas con formas planas en forma

29 En el Budismo Tara es una deidad redentora (salvadora) que libera a las almas del sufrimiento. Se reconoce como bodhisattva (“esencia de iluminación”) por el Budismo Mahayana y como buda y madre de budas en el Budismo Esotérico.

de ruedas, como botones gigantes de brillantes colores fluorescentes.

Jan se puso en cuclillas junto a Maya. Permanecieron sentadas durante mucho tiempo, dejando que el sonido las invadiera. Maya disfrutó de la energía, el color, el juego de formas. Necesito abrirme, pensó. Necesito dejarme llevar por lo que sea que haya a mi alrededor.

Maya miró a Jan y notó que tenía lágrimas en los ojos.

“El Rinpoche tenía razón”, le susurró a Maya. “Tenía toda la razón. Esto es exactamente lo que necesitaba”.

Por fin Tenzing les hizo un gesto y todos salieron, recuperando sus zapatos.

“Gracias”, le dijo Maya mientras salían. “Gracias por traernos”.

“Mi placer.” Él sonrió. “Siempre es bueno para mí ver al Rinpoche”.

“No has oído nada sobre mi hermana, ¿verdad?”
–Preguntó Maya.

“Quizás ella no venga hoy”, dijo Tenzing. Según tengo entendido, esta mañana ha habido un accidente en Khumjung. Un muro de piedra cayó sobre los hombres que lo construían. Creo que la necesitan allí”.

El rostro de Maya decayó.

“Tal vez ella venga mañana”, dijo Tenzing. “Sí, estoy seguro de que lo hará. Y si no, al día siguiente vamos de todos modos a Khunde, donde está la clínica. No te preocupes.”

“No estoy preocupada, sólo un poco decepcionada”, dijo Maya. “Esperaba que pudiéramos estar juntas aquí en Tengpoche”. Para que pudiéramos hacer un ritual para Betty, depositar sus cenizas ante la Diosa Madre del Universo y en ese gran gesto expiar todos nuestros pecados, compensar todos nuestros fracasos y abandonos y dejar descansar su espíritu.

“Quizás mañana”, dijo Tenzing. “Veremos.” Se despidió de ellos y se fue a ocuparse de algunos asuntos propios.

Maya y Jan regresaron juntas al campamento. El sol se había puesto y la meseta estaba envuelta en la oscuridad de la niebla que ocultaba las estrellas. Sólo un resplandor en el este les indicó que la luna debía estar saliendo.

Jan resopló. “Me alegro mucho de haberlo hecho”, dijo con voz suave y asombrada. “Eso fue muy poderoso para mí. ¿Lo fue para ti?”

“No lo sé”, dijo Maya, sin querer arruinar la experiencia de Jan con sus propias dudas. “Supongo que el tiempo lo dirá. ¿Pero qué pasó contigo?”

Jan olfateó y Maya sacó un pañuelo de su bolsillo para entregárselo. “Me senté allí en la gompá”, dijo Jan, “rodeada de todo ese color, sonido y riqueza de detalles, y me di cuenta de cuánto me contengo. En mi arte, en mi vida. Nunca quiero darlo todo, nunca entregarme por completo. Es como si pensara que si dejara salir todo el color, la vida y el espíritu que hay en mí, lo perdería. Pero ellos no piensan así. Hacen todo lo posible, para todo, para pequeñas superficies extrañas que nadie verá jamás. ¡Y está tan vivo!

“Pero me encanta lo que haces”, dijo Maya. “Tu trabajo es elegante y sutil”.

“Pero no es fuerte”.

“Su sobriedad es su fuerza”.

Jan negó con la cabeza. “No es lo que podría ser. Lo será. Este viaje me va a cambiar”.

“Sólo prométeme”, dijo Maya, “que no empezarás a dibujar arcoíris, puestas de sol y figuras de Buda rodeadas de luz. Sigue dibujando lo que ves”.

“Pero lo que veo es muy limitado en comparación con lo que puedo imaginar”.

“En absoluto”, dijo Maya. “Es todo lo contrario. Lo que podemos imaginar nunca es tan rico como lo que realmente podemos ver”.

Lonnie, Carolyn y Peter estaban reunidos en la tienda de campaña, donde los chicos de la cocina habían preparado tazas y termos de té. Jan y Maya acercaron taburetes plegables y se unieron a ellos, agradecidos por la calidez y la luz.

“¿Tenéis Tylenol?” Preguntó Howard, asomando la cabeza dentro de la tienda.

Su rostro estaba moteado de rojo y blanco, sus ojos estaban rodeados por líneas de tensión, su boca congelada en una mueca.

“¿Qué ocurre?” –Preguntó Maya. “Te ves terrible.”

“Sólo un dolor de cabeza”, dijo Howard. “Probablemente la altitud”. Tosió, con un sonido seco y áspero. “Y creo que me estoy resfriando”.

Carolyn y Peter intercambiaron miradas preocupadas. “Howard, esos son síntomas del mal de montaña”, dijo Peter. “¿Le has dicho a Tenzing?”

“Estaré bien. Tomaré un par de pastillas y me acostaré. Si alguien puede prestarme un par de Tylenol, aspirinas... algo así”.

“Tengo Tylenol con codeína, para emergencias, pero no sé si es una buena idea tomarlo si tienes mal de altura”, dijo Lonnie.

“Definitivamente no”, dijo Peter. “La codeína deprime la respiración”.

“Tengo Tylenol normal”, dijo Jan. “Te lo daré.” Se levantó y salió de la tienda.

Toda el aura de Howard era gris y turbia. Maya sintió la necesidad de trabajar con él, de frotarle la cabeza y cambiar su energía de la forma que había aprendido. Era como una picazón, como el impulso instintivo de enderezar un cuadro colgado torcidamente. A veces ella podía curarse. No muy a menudo: la curandera que había conocido en México le dijo que no tenía mucho talento para ello, pero de vez en cuando, cuando le llegaba el impulso, se preguntaba si la curandera no se habría equivocado.

Éste era un lugar tan bueno como cualquier otro para intentarlo, se dijo, aquí en medio de estas montañas donde la magia era algo común y todos creían en los milagros. Y tal vez ésta fuera la respuesta del gurú, el siguiente desafío que se le planteaba en su camino.

¿Pero era prudente alentar a Howard de alguna manera?

Aún así, odiaba verlo lucir miserable, perdiéndose su aventura. No, por mucho que él la irritara cuando estaba animado y bien, no podía soportar verlo débil y vulnerable. De repente la invadió una lástima, a la que resistió. Howard, ánimo, ánimo, sé fuerte otra vez para que pueda

despreciarte y sentirme superior. No me hagas sentir por tí, no me hagas imaginar que te cargaron montaña abajo y te enviaron a casa para admitir ante los muchachos de LK que tu única aventura terminó en un fracaso.

“Siéntate, Howard”, dijo. “A veces puedo curar un dolor de cabeza. Te frotaré un poco el cuello”.

Con entusiasmo, Howard tomó asiento y acercó un taburete al lado de Maya mientras ella giraba el suyo para mirarle de espaldas. Lonnie levantó una ceja hacia Maya, y Maya sólo dio la sugerencia de encogerse de hombros. Comenzó a clavar los dedos en los músculos de la base del cuello de Howard. Eran gruesos y fibrosos. Para ser un genio de las computadoras de escritorio, estaba bastante bien formado.

“Ah, eso se siente bien”, dijo Howard felizmente.

“Eres fuerte, Howard. Tienes mucho tono muscular. ¿Haces ejercicio?”

“LK tiene un gimnasio de empresa. Intento ir al menos tres días a la semana”.

“La gente muere por el mal de altura”, decía Peter mientras cogía un plato de galletas. “Algunos cada año. Podría ser bastante grave”.

“Peter, eres muy alentador”, dijo Carolyn.

“Es cierto. Es algo en lo que pensar”.

“Sí, pero al menos tomará unos días”, dijo Lonnie, tomando el plato de manos de Peter y sirviéndose un trozo de jengibre. “No te duele la cabeza y luego mueres quince minutos después”.

“¡Espero que no!”, dijo Howard con fervor.

“Algunas personas lo hacen”, respondió Peter. “Lo leí en la guía. Cuando se abrió la pista en Syangboche, en el hotel Everest View, hubo una serie de incidentes en los que la gente se bajó del avión y cayó muerta. Embolia pulmonar.”

“Peter, basta”, dijo Carolyn.

“¿Qué detenga qué? Eso son hechos. No estoy inventando historias de fantasmas para asustarnos a todos. Estoy hablando de la realidad aquí”.

Maya estaba empezando a sentir que sus dedos se calentaban. El dolor, el espeso miasma de fluidos sutiles que se acumulaban en el cerebro de Howard, se sentía como una masa gris que se depositaba en sus manos y, tan discretamente como pudo, la arrojó al suelo. Pasó los dedos por la energía acumulada alrededor de la coronilla de su cabeza, sin tocarlo, simplemente peinando las capas sutiles, agarrando la energía estancada y sacándola. Howard se estremeció.

“Oh”, dijo. “Un escalofrío recorrió mi espalda”.

“Eso es bueno”, dijo Maya. “Significa que la energía se está moviendo”. Y así era, podía sentirlo. Tenía las manos tan calientes como esos paquetes de Instant Heat que había comprado en la cooperativa.

Si podía curar a Howard, se preguntaba, ¿por qué no podía curar siempre? ¿O si no siempre, al menos con cierta coherencia? ¿Y por qué sentía esa mezcla de temor y desgana? Como si la consolara creer que no tenía ningún poder de ese tipo. Oh, ella enseñaba cientos de ejercicios diferentes para aprender a sentir la energía, sentirla, nombrarla y proyectarla, y eso estaba bien como juego, el truco de la bruja, sentir un aura con un péndulo y hacerlo girar, pero en algún nivel más profundo, dudaba. Su desgana era como una fina película que se deslizaba entre ella y su poder, la misma pantalla que se deslizaba entre ella y Johanna, bloqueando su pasión.

Pero si reclamara este poder, si se llamara a sí misma sanadora, tendría que responder a la acusación de Betty: “¿De qué sirve tener una hija que es bruja si no puedes hacer nada por mí?”

“Lo intentaré, mamá”, había ofrecido Maya, mientras pensaba: ¿De qué sirve tener una hija que es doctora si está en Nepal cuando la necesitas? ¿Por qué no haces esa pregunta?

Pero se había contenido la lengua porque su madre necesitaba su apoyo, no otra pelea por todos los asuntos no resueltos de su vida en común. Estaban en el dormitorio de Betty, poco después de que le diagnosticaran cáncer de huesos al dolor en sus piernas. Maya estaba sentada en el borde de la cama de Betty, mientras en la televisión Oprah entrevistaba a mujeres que agredían a sus maridos. “¿Podemos apagarlo?”

“Adelante. De todos modos, me está dando dolor de cabeza. Toda esta pseudopsicología, cosas de confesiones públicas. Nada más que basura. Debería haber escrito mi libro, haber ido a esos programas. ¿Qué opinas? ¿Crees que podría haber estado en Oprah Winfrey?”

“¿Quién lo dirá?”, dijo Maya alegremente. “Quién puede decir que no pudieras”.

“Ya no estaré. Solía esperar que aparecieras alguna vez. Por eso lo veo, de verdad. Me gusta imaginarte ahí arriba. Pero no creo que entrevisten a las brujas.

“No de la forma en que quiero que me entrevisten, al menos no Oprah”, dijo Maya. “No quiero seguir con el Dr. Hoodoo Voodoo, conseguirte el hombre que quieras por novecientos dólares y la Reina Bruja de Nueva Orleans”.

“¿Qué?”

“Ese fue su espectáculo de Halloween del año pasado. Me gustaría que siguiera con algunas autoras feministas serias, pero parece que ella ya no lo hace. De todos modos, acuéstate y relájate, y trabajaré contigo”. Maya tomó el control remoto y apagó el televisor.

Betty se acurrucó entre las mantas y suspiró. “¿Esto me dolerá?”

“No. Déjame mover estas cubiertas hacia atrás para llegar a tu pierna. ¿Puedes acostarte de lado para que pueda alcanzar tu columna? ¿Te resulta cómodo? Bien. Respira profundamente algunas veces. Ahora quiero que imagines que tu pierna vuelve a sentirse bien. No hay dolor, te sientes relajada, a gusto”.

Betty permaneció en silencio durante un largo momento, inmóvil, respirando tranquilamente.

“No puedo”, dijo finalmente. “No puedo imaginar que me sienta bien”.

“¿Puedes recordar un momento en el que te sentiste bien?”

“No. No lo recuerdo”.

Maya dejó que sus manos recorrieran la columna de Betty, bajando por su muslo, sintiendo la energía como barro endurecido y palpitante. Comenzó a trabajar en él,

rastrillándolo con las manos, insuflando poder en ellas. Pero ella sola no podía hacer mucho. Hubo que despertar a Betty para ayudar.

“¿Y cuando eras niña?” Sugirió Maya. “Me contaste que solías jugar a patear la lata y que tu tía Sadie te gritaba en yiddish que pararas”.

“Tenía sólo diez años cuando me llegó la regla”, dijo Betty. “Ella gritaba en yiddish: '¡Oye, Betty, deja de correr, ya eres una mujer!' Me avergüenzo muchísimo”.

“Entonces, ¿cómo te sentiste cuando estabas corriendo, antes de que ella comenzara a gritarte?”

“Sentí que podía caerme”.

Maya dejó escapar un largo suspiro, tratando de mantener la impaciencia fuera de su voz. “Betty, no estás ayudando. Tienes que intentarlo”.

“¡Intentarlo! ¡Lo estoy intentando! ¿Quieres saber cómo me sentí? Me sentí gorda, torpe, pesada y grande como una casa. Así me sentí”.

Ahora Betty estaba sentada, tensa y enojada, y las manos de Maya se habían apartado, perdiendo cualquier poder que pudieran haber comenzado a transmitir. Esto no estaba funcionando. Debía tener paciencia con Betty. Maya respiró larga y profundamente.

“Bueno. Intentemos otra táctica. Simplemente recuéstate, relájate nuevamente y respira profundamente un poco más. Bien. Ahora bien, ¿alguna vez tuviste la fantasía de que tus piernas se sintieran bien, que tu cuerpo se sintiera bien?

“¿Una fantasía? Sí, solía imaginarme como una bailarina”.

“Bien, eso es bueno”. Maya dejó que sus manos viajaran sobre el aura de Betty nuevamente, tranquilizándola y suavizándola, tratando de imaginar a Betty tan delgada y ágil, algo que nunca había sido. Pero ella era bonita, de cara redonda y regordeta en aquellas primeras fotografías del álbum, las pequeñas en blanco y negro tomadas antes de la guerra. Qué triste, en realidad, que nunca hubiera amado su cuerpo, que nunca se hubiera sentido fuerte, elegante y libre. “Déjate llevar ahora por esa fantasía. Imagínese bailando, haciendo piruetas, saltando alto en el aire y aterrizando, tan ligera como una pluma. Respira ese sentimiento. Deja que te llene. Respíralo hacia tu pierna, hacia tu cadera adolorida. Ahora bien, ¿hay algún color que puedas identificar con ese sentimiento?

“Sí”, dijo Betty en voz baja. “Puedo ver un color”.

“¿Qué color?”

“Blanco.”

“Blanco, eso es bueno. ¿Qué tono, qué color de blanco en particular?

“Oh, un blanco sucio. Como un tutú usado”.

Howard dejó escapar pequeños gemidos de satisfacción cuando Maya apretó y golpeó su robusto cuello. Ella parecía estar teniendo mejores resultados con él, pero él quería estar bien. ¿Y Bety? Era difícil de decir. Seguramente ella no había querido sufrir así, morir con tanto dolor. Lo que ella quería era ser especial y que la cuidaran. De repente Maya estaba tan triste que quiso agacharse en un rincón y llorar. Quitó las manos del cuello de Howard y las sacudió.

“Ya terminé”, dijo.

“Gracias, eso fue genial”.

“Aquí está el Tylenol”, dijo Jan, regresando.

“¿Crees que debería aceptarlo?”, le preguntó Howard a Maya.

Ella alejó aún más su silla de él. “Había una vez un maestro zen”, dijo, “a quien le preguntaron cuál era el secreto de la iluminación. Y él dijo: 'Come cuando tengas hambre, duerme cuando estés cansado'.”

“¿Eh?” Dijo Howard.

“Y para el dolor de cabeza, tómate una aspirina”, intervino Lonnie. “O un Tylenol es igualmente bueno. Y cuando tengas cólicos menstruales, prueba con un Advil.”

“Esperemos que Howard no lo haga”, dijo Peter.

“Nunca se sabe”, dijo Lonnie. “La altitud hace cosas divertidas”.

Maya yacía boca arriba en su saco de dormir. La cena había terminado, había orinado afuera en el frío y se había desvestido en el calor de su tienda, y ahora yacía boca arriba, dejando que el espasmo de tos que le provocaba irse a la cama remitiera. En realidad, sus pulmones parecían estar empeorando. Ahora le dolían cuando estaba acostada, no sólo cuando caminaba cuesta arriba. Tal vez debería probar sus poderes curativos en sí misma. Seguramente aquí, con el poder de las grandes montañas a su alrededor, en esta plataforma de tierra impregnada de todas esas oraciones monásticas, debería poder encontrar alguna curación.

Ella suspiró. Calmando su respiración, comenzó un lento descenso hacia el trance. Abajo, abajo, abajo por una columna de luz, como Alicia por la madriguera del conejo, hacia ese lugar interno que consideraba su lugar de poder. En su mente, miró hacia las cuatro direcciones. En el este, las montañas costeras se elevaban en bandas secas. Hacia el sur, se curvaban y mantenían el pequeño valle de su lugar en un cuenco. Al oeste, las olas del Pacífico atravesaban una larga y blanca costa. Hacia el norte se extendía la playa, llamando la atención. En el centro, un pequeño arroyo formaba un

estanque claro y tranquilo. Maya estaba en cuclillas junto a la piscina, esperando. Le gustaba ponerse en cuclillas en trance porque en el mundo físico sus tendones no eran lo suficientemente largos y se balanceaba precariamente sobre los dedos de los pies y se caía. Lo astral tenía muchas ventajas sobre lo físico. Por otro lado, había algunas experiencias físicas de la vida real que no podían ser reemplazadas por la imaginación. Sexo, por ejemplo. Su maestra Sylvia siempre había alabado el sexo astral, pero Maya siempre lo había encontrado como un destello de orgasmo bastante abstracto, más parecido a ser bombardeado con un estallido de luz que...

Pero ella estaba perdiendo el foco. Concéntrate. Mira la piscina, la claridad de las aguas, y espera, espera que alguien venga. Sí, había una presencia al otro lado de la piscina. Una mujer. Una mujer vieja. Quizás era la Bruja, la propia Segadora, que venía a ofrecer consejo. Ahora mira hacia arriba, lentamente, lentamente. La figura estaba vestida de negro, un negro ahumado que se curvaba y bailaba en plumas espectrales a su alrededor. Estaba apoyada en un palo. Ahora arriba, hasta su cara.

Que estaba cubierta de maquillaje tipo panqueque, cortada por una boca de color rojo sangre dibujada con demasiado lápiz labial, coronada por una gorra de cabello azul plateado con spray en su lugar. Como alguien en un salón de belleza en la parte baja de Beverly Hills, no en Rodeo Drive sino en algo cerca de Pico Boulevard.

“Oh, por el amor de Dios, ¿quién eres?” –Preguntó Maya.

“Soy esteticista. ¿Qué deseas?”

“¿Desear? Quiero curación. Quiero sabiduría. Sólo quiero un toque exótico para justificar arrastrar mi cola arriba y abajo en estas montañas”.

“¿Qué te pasa? ¿No te gusta mi peinado?”

“¿No podría tener un monje? No pido la Diosa, no pido a Tara, incluso un Rinpoche, sólo un simple monje de bajo nivel. Mujer, preferentemente. Otras personas adquieren monjes, indios, chamanes, maestros iluminados. ¿Por qué encuentro una esteticista? No necesito que me peinen, necesito que me reconstituyan los pulmones”.

“Monjes, shmonks. Si no son los tibetanos los que están con ustedes, son los celtas o los Schmelt o los profetas hopi. Eres judía, ¿sabes?”

“¿Entonces me dirás que necesito un buen internista?”

La esteticista puso una mano en su cadera y miró severamente a Maya.

“¿Tiene o no consigo un frasco de tabletas de penicilina para emergencias?”

“Sí.”

“Entonces, ¿qué tipo de emergencia estás esperando? Estás enferma, tienes medicina. Úsala. ¡Tómala!”

Luego ella se fue. Suspirando, Maya volvió a salir del trance y tomó su botiquín médico y su botella de agua. Se tomó dos pastillas. Luego encendió su linterna y abrió su diario.

Querido Rio,

Ésta no es una carta que enviaré jamás. Sólo quiero decir, para que conste, que no eres el único que alguna vez me abandonó. No, me han abandonado mejores que tú: los grandes poderes mismos, la Diosa encarnada, desencarnada y excarnada, sea lo que sea que eso signifique. Pero sé lo que significa. Significa que una parte esencial de mí ha desaparecido en acción. No sé por qué.

O tal vez simplemente no aparece en la forma que espero o quiero ver.

Pero en realidad no es justo elegirte como el Gran Abandonado. Serías el primero en hacérmelo notar. Después de todo, ¿quién me envió una carta hace seis años que nunca respondí?

¿Y qué fue lo que dijiste en tu última carta? ¿Que mi memoria pesa más para ti que la tuya para mí? No estoy segura de que eso sea cierto. A veces siento como si tu memoria fuera una piedra que he llevado alrededor de mi cuello todos estos años, inclinándome.

A veces parece que tu memoria es un trampolín. Salté sobre él, intenté pisotearlo contra el suelo, pero lo único que sucede es que reboto y vuelo.

Y a veces parece que tu memoria es un boomerang. Intento con todas mis fuerzas arrojarlo lejos, pero sigue regresando.

Maya

XXI. OCTUBRE DE 1968

En un día cálido de finales de octubre, tal vez el último día realmente cálido antes del invierno, Maya había extendido sus cartas del Tarot en las escaleras frente a Sproul Hall. Habían pasado casi dos meses desde que Rio la abandonó en la costa y ella se estaba acostumbrando a estar sin él. La mayoría de las noches se alojaba en una gran casa comunal de Grove Street, donde el salón estaba siempre lleno de desconocidos de pared a pared, viajeros como ella, que hacían una pequeña estancia. A menudo alguien cocinaba una olla enorme de arroz y frijoles, suficiente para alimentar a la multitud. Otras noches gastaba sus pequeñas ganancias en pizza o comida china barata que compraba en Telegraph Avenue. Soñaba con viajar, con dirigirse al norte de Canadá, al campo o a Nuevo México. Pero ella se quedó, sin perder nunca la desesperada esperanza de que Rio regresara. Se sentía sola, pero eso le convenía. De alguna manera le

parecía que siempre se había sentido sola, que siempre, en el fondo de sí misma, había sido una niña huérfana sin hogar propio. Ahora por fin el exterior correspondía al interior. Se sentía fuerte, aunque al contemplar las lluvias del invierno se encontraba temblando. Tendría que ir a alguna parte. Tendría que seguir adelante.

Para entretenerse mientras esperaba a los clientes, sacó una carta al azar de la baraja. La que tuvo a mano fue el Caballero de Bastos, una carta que siempre había asociado con Rio.

“¿Leerías por mí?” preguntó alguien. Ella afirmó.

Rio se quedó mirando hacia abajo, plantado en la acera como si fuera una característica natural del vecindario, algo enraizado como un árbol que nunca podría alejarse y perderse. Se había cortado el pelo de modo que se curvaba ligeramente alrededor del cuello. Su barba había crecido, rizada y espesa, y aún no había perdido su bronceado de verano. De repente, Maya se dio cuenta de que no se había bañado en tres días, que sus jeans estaban rotos y andrajosos hasta el punto de ser radicalmente chic, que no tenía buen aspecto. Ella no sabía qué decirle. Quería arrojarle a sus brazos y quería gritarle. En lugar de eso, barajó las cartas.

“¿Qué quieres saber?”

“Perdí a la mujer que amo”, dijo. “Quiero saber si ella volverá conmigo”.

“¿Por qué la dejaste?” Preguntó Maya, sacando una tarjeta y dejándola. Era la carta de la Muerte.

“Mi padre murió”, dijo, agachándose junto a ella. “Se mató. Me enteré de repente, cuando llamé a casa desde Los Ángeles. Tuve que volver para estar con mi madre y no tenía forma de hacérselo saber a la mujer que amo. Pensé que solo estaría fuera por unos días. Pensé que ella me esperaría”.

“Tal vez lo hizo”, dijo Maya. “¿Por qué no volviste con ella?” Ella extendió una segunda tarjeta. El Ocho de Bastos, al revés. Malas noticias, complicaciones.

“Una vez que llegué a casa, no pude escaparme tan rápido como pensaba. Mi madre no me dejó ir; pensé que le iba a dar un ataque. Mi hermano menor se marchó y se alistó en la Infantería de Marina. Llamé a la mejor amiga de mi amante en Los Ángeles. Incluso llamé a su madre. Ella no contactó a ninguna de ellas. Cuando regresé una semana después, ella ya no estaba”.

“Tal vez el sheriff la echó”, dijo Maya, “y no pudo quedarse más”.

“¿Por qué no se puso en contacto con ninguno de nuestros amigos en la ciudad?”

“Tal vez lo hizo al principio y no habían tenido noticias tuyas. Tal vez no le gustaba sentir que estaba tratando de cazarte. Tal vez pensó que simplemente te habías cansado de ella y te habías separado.

“No puedo creer que ella pensara eso”, dijo Rio. “¿Y tú?”

Como respuesta, sacó otra carta. Era el Seis de Copas, al revés, una confianza infantil que se rompió.

“Tal vez ella no sabía qué pensar”.

“¿Qué opinas? ¿Podrá algún día perdonarme y volver a mí?”

“¿La amas?”

“La amo”, dijo, tomando su mano y luego extendiendo la mano sobre las cartas para besarla. “Dios, Maya, he estado tan preocupado por ti”.

“Yo también”, dijo. “No sabía si estabas vivo o muerto”.

Se aferraron juntos hasta que el viento empezó a esparcir las cartas. Las recogió y las guardó en la bolsa de terciopelo que les había bordado hacía mucho tiempo, antes de salir de casa. En lo alto del mazo, colocó a los Amantes.

Rio había regresado con Maya, sin embargo, ella sentía que él la había traicionado de alguna manera fundamental. Había vuelto a la escuela. De hecho, había regresado a Berkeley, a

la carrera de ciencias políticas de la que se había ausentado hacía dos años.

“¿Por qué?”, le había preguntado ella. Estaban tumbados juntos en el gran colchón que él había colocado debajo de la soleada ventana de su apartamento de una sola habitación en un garaje reformado detrás de una antigua casa de madera en las llanuras de Berkeley. Hicieron el amor hasta altas horas de la noche y nuevamente bajo el sol de la mañana que derramaba líquido caliente sobre sus cuerpos desnudos. Acurrucada en sus brazos, ella estaba en casa. Se sintió protegida, amada y protegida. Sin embargo, de alguna manera más sutil, la había dejado sola al borde del abismo. “¿Por qué harías eso?”

“¿Por qué no? Mi viejo está muerto; eso significa que el gobierno me dará dinero de la Seguridad Social si voy a la universidad durante los próximos dos años. Es mejor que trabajar”. Rio se estiró lánguidamente y le sonrió.

“¿Desde cuándo has considerado siquiera trabajar?”

Se dio la vuelta y se apoyó en un codo. “Maya, la escena callejera se está volviendo intensa. Ya no es lo que era hace un año, hace dos años. Llegan deshechos de Vietnam y los dirigen tipos de la mafia. Quiero salir mientras todavía me sienta limpio. Ésta es una manera. Y además, tengo que hacerlo para mantenerme alejado.

No podía discutir con él, no podía insistir en que él viviera su vida para justificar sus propias decisiones. Aun así, sentía que él le había mentado, no por nada de lo que había dicho, sino por presentarse bajo cierta luz. Su héroe forajido de clase trabajadora tenía un historial casi sobresaliente.

—¡Hablabas en serio cuando pensé que le estabas mintiendo a mi madre sobre la facultad de Derecho!, lo acusó. “¡Lo dijiste en serio!”

Él se acercó y le acarició el pelo. “¿Sería eso tan horrible?” preguntó. “¿Dejarías de amarme si fuera a la facultad de derecho? Tal vez pueda terminar haciendo algo bueno”.

“Bien. Serás el gran abogado radical que luchará contra la injusticia”.

“¿Por qué no? Hay mucha mierda en este mundo, Maya. Sólo puedes fumar una cantidad limitada. Contra algunas cosas simplemente tienes que luchar como puedas. Como hace tu padre”.

Ella se alejó de él. “No. No lo hagas. No te conviertas en mi padre”.

“¿Es tan horrible?” Rio retiró su mano. “¿Preferirías que me convirtiera en mi padre?” La amargura en su voz asustó a Maya.

“Lo lamento.” Ella le tendió una mano, pero él se dio la vuelta y le dio la espalda.

“No te entiendo, Maya. ¿No me amas? ¿O simplemente estás enamorada de alguna imagen de quién crees que debería ser?

“Te amo.”

Sacudió la cabeza contra la almohada. “No creo que lo hagas. No me importaría si fueras a la escuela. Te amaría si pesaras trescientos kilos o si te rompieras ambas piernas y nunca pudieras volver a caminar”.

“Es sólo que juramos que nunca aceptaríamos las mentiras”.

Se giró sobre su espalda. Maya pudo ver su rostro nuevamente, pero él miró la mancha de agua en el techo, no a ella. “No me las creo”.

“Pero estás jugando el juego”.

“Sí, pero sé que es un juego. Esa es la diferencia.” Ahora se volvió para mirarla. “Una cosa es que digas que nunca jugarás este juego. Mira de dónde vienes. Pero para mí, sería la primera persona en toda mi jodida familia en jugar sin pincharse. Tal vez quiera hacer eso, sólo para demostrar que puedo”.

“No tienes que demostrarme nada”. Maya extendió la mano para tocarlo, pero él volvió a apartar la mirada.

“No tengo que demostrarle nada a nadie. Pero tal vez quiera hacerlo. Tal vez quiera demostrármelo a mí mismo”.

Aun así, él tomó su mano y se quedó quieto, presionándola contra su pecho. Al cabo de un momento prosiguió.

“De todos modos, estoy jugando un juego ahora mismo. Se llama Traficante de drogas. Dirijo un maldito negocio, como cualquier otro negocio. Sólo que se está poniendo más feo que la mayoría. ¿Es eso lo que quieres que sea, un hombre de negocios?

Ella no respondió. Ya no tenía claro de qué estaban discutiendo. A qué había dedicado su vida era algo resbaladizo. Siguió cambiando, mudando de forma, justo cuando pensó que finalmente lo había captado. Quizás lo que tanto intentaba sostener era sólo la piel muda de algo que ya se estaba deslizando en algún lugar más profundo de su naturaleza. Quizás debería volver a la escuela; tal vez Johanna y su madre tuvieran razón. Podría haber ido a Columbia, haber sido parte del levantamiento de primavera y haber dejado que Joe organizara un Comité de Apoyo de la Facultad en su defensa. Pero cuando se imaginaba sentada ante un escritorio, incluso uno en la oficina del presidente, se sentía atrapada. No, seguiría entregándose a la calle, al camino y al viento. Haría la revolución a su manera.

Rio empezó a leer. Traía a casa libros de sus clases de historia, antropología, mitología. Se amontonaron en el apartamento de una sola habitación, desbordándose de los estantes de simples tablas en equilibrio sobre ladrillos. Cuando terminó sus libros, Maya los recogió y los leyó, para hacerle compañía y tener algo de qué hablar. A menudo iba con él a clase, sintiéndose mucho mayor que las jóvenes de rostro brillante que se quitaban el pelo largo y limpio de los ojos y hacían preguntas ingenuas a los profesores. Maya nunca hacía preguntas: se sentía demasiado intrusa, extraña, ilegal.

Rio continuó abandonándola de manera sutil. No tanto por lo que hacía o decía, sino por sus omisiones. No quiso hablar con ella sobre la muerte de su padre. “Eso ya se acabó”. Ya no quería tomar ácido. En cambio, había empezado a beber. No mucho, unas cuantas cervezas después de la facultad, un par de cervezas los fines de semana. Lo suficiente para que se convirtiera en una película líquida que se deslizaba entre ellos, manteniendo su piel a unos milímetros de distancia. Era curioso, pensó, cómo la marihuana, el hachís y el ácido parecían abrirles algo, no cerrarlo, pero empezó a cuestionarse incluso eso. Cuando fumaban juntos, él parecía encerrarse en sí mismo, alejándose de ella. Ella fumaba menos ahora que él sólo vendía pequeñas cantidades a unos pocos amigos de confianza. La marihuana también había cambiado. La nueva cosecha fue más fuerte, más dura. Parecía alejar del mundo, en lugar de abrirla a la magia.

Algo andaba mal. Rio miraba la televisión ahora. Las noticias de la noche les traían escenas de guerra, batallas en las selvas y en las calles. Niños de ojos grandes miraban fijamente desde el periódico, mostrando la carne destrozada de un miembro quemado, con los labios estirados en gritos silenciosos. Rio dijo que deberían haber ido a Chicago para la convención demócrata; calificó el tiempo en la costa como una pérdida de tiempo. Su hermano Jim le envió cartas desde Vietnam llenas de justificaciones y bravuconadas. Rio pasó largas noches respondiéndole, enviándole folletos de grupos pacifistas que describían la tortura practicada por los estadounidenses. Jaulas de tigres, fosos donde los prisioneros no podían estar de pie, ni tumbarse ni sentarse, napalm, defoliantes devorando la vida de la selva. A altas horas de la noche, mantenía la televisión encendida, viendo las noticias, cerveza en mano para aliviar la tensión mientras se esforzaba por leer las características de los cuerpos destrozados de los chicos estadounidenses que estaban sacando de los campos arruinados y enviándolos a casa en bolsas.

De alguna manera, durante el año de ensueño transcurrido desde que Maya dejó su hogar, el mundo no se había vuelto más abierto, sino más duro y más feo. A Martin Luther King le habían disparado. Recordó haber visto las imágenes de las noticias de la Marcha sobre Washington, acurrucada con Johanna frente al televisor de los Weavers mientras Martin Luther King pronunciaba su discurso. “Tengo un sueño.” La

voz de King había resonado por los altavoces y los ojos de Marian estaban nublados cuando les dijo: “Este es un momento histórico. Escuchad al hombre y nunca olvidéis sus palabras”.

No lo he olvidado, pensó Maya, y la lucha aún continúa, pero una fase de ella terminó. La creencia en las posibilidades ampliadas del amor estaba muerta. Derribado de un balazo en un balcón de Memphis, asesinado por el arma que disparó a Robert Kennedy en su propia fiesta de la victoria, ensangrentado por las porras de la policía de Chicago, atacado con gases lacrimógenos, bombardeado con napalm y fósforo blanco y bombas de fragmentación, defoliado por el Agente Naranja.

¿Podría permanecer tan abierta a todo esto como antes lo había estado al viento, el agua y las rocas? Cuando lo intentó, sintió un dolor que nada parecía aliviar, como los productos químicos que se pegaban a la carne y quemaban hasta los huesos. Sin embargo, el dolor estaba mezclado con su dolor privado, las cenizas de su miedo. Que había cometido un gran error en su vida. Que Rio volvería a irse. Que dejaría de desearla por completo. ¿Y de qué les sirvió su dolor y su simpatía a aquellos cuya piel, sangre y músculos estaban realmente, en ese mismo momento, ardiendo?

Una imagen de las noticias de la televisión estaba grabada en su cerebro. Una mujer estaba en llamas, corriendo, con la boca abierta, las llamas bailando a su alrededor y un niño

ardiendo en sus brazos. Parecía perseguir a Maya, apareciendo en la calle por el rabillo del ojo, atravesando sus sueños.

Dos días después de la toma de posesión de Nixon, Rio recibió una llamada telefónica de su madre. El helicóptero de su hermano Jim había sido derribado en Vietnam. Su cuerpo había sido recuperado y los fragmentos estaban siendo enviados a su casa en Pittsburgh.

“Jim está muerto”, le dijo a Maya, dándole la espalda al teléfono y saliendo por la puerta sin decir una palabra más. Media hora más tarde regresó con una quinta parte de una botella de whisky, se sentó y les sirvió un vaso a cada uno.

“Vamos a tener un velorio”, dijo. “Bebe, nena”.

“Lo siento, Rio”, dijo Maya. “Lo siento mucho.”

“Brindemos por Jim”, dijo Rio, levantando su copa, con los ojos ocultos ante ella. “Otro idiota víctima del sueño americano”.

Maya levantó su vaso y tomó un sorbo, pero el whisky le supo a diluyente de pintura y lo dejó. Ella deslizó un brazo alrededor de su hombro.

“Lo siento”, dijo de nuevo. “Lamento que esté muerto”.

Rio bebió un gran trago de licor y luego otro. Pudo ver cómo el brillo se posaba sobre sus rasgos y él pareció hundirse lejos de ella.

“Los cabrones lo mataron”, dijo.

Luego bebió un poco más.

Maya se sintió miserable. Se sintió mal por el hermano de Rio pero también, como el licor en la botella disminuyó rápidamente, sobre todo sintió miedo. Ella le pasó el brazo por el hombro pero sintió que estaba acariciando una piedra.

“Lo siento”, dijo una vez más, sintiéndose estúpida pero sin saber qué más decir.

“Es demasiado. Primero mi padre, luego Jim. ¿Quién sigue? Quiero saberlo.

Sintió una pequeña sensación de alarma en lo profundo de su estómago. “¿Vas a volar de regreso a Pittsburgh?” preguntó, tratando de sonar normal.

Se volvió hacia ella, con los ojos vidriosos en la superficie pero calientes en el interior, como una fisión nuclear vista a través de una pantalla protectora. Ella nunca lo había visto así antes.

“¡Volar!” dijo, sacando la palabra como si tuviera algún significado interno y profundo. “¿Crees que puedo volar?”

“Rio, ¿estás bien?”

“Volar, volar”.

Él se puso de pie de repente, alejándose de ella con brusquedad. “Jim podía volar”, dijo. “Pero esos cabrones lo derribaron. Fuera del cielo... ¡adiós, adiós!

“¡Rio, me estás asustando!”

“¡Oh, te estoy asustando! No, dulce bebé, no quiero asustarte. ¡Quiero bailar! ¡Bailar para Jim! ¿Bailas conmigo?”

“Claro”, dijo Maya, pensando que tal vez eso lo ayudaría a recuperar la sobriedad un poco. Se sentía entumecida, de algún modo, como si lo que estaba pasando estuviera sucediendo en otra parte, con otra persona. Rio encendió la radio, y empezó a sonar rock and roll. La asió con un torpe agarre de salón y la balanceó bruscamente por la habitación. Giraban cada vez más rápido, golpeando las paredes y tirando tazas de las mesas y libros de los estantes.

“Por favor, ten cuidado, me estás lastimando”. Ahora estaba más que asustada, aterrorizada, mientras la habitación giraba a su alrededor y sus ojos brillaban como focos sombreados. Le parecían tan grandes que quería apartar la vista de ellos y, sin embargo, parecía que no podía volver la cara. Estaba hipnotizada, como un conejo ante las luces de un coche que se aproxima.

“¡No, no te duele! ¡Baila!” La radio emitía un anuncio comercial a todo volumen, pero Rio bailaba con música que sólo él podía escuchar. La golpeó bruscamente contra el marco de la puerta que conducía al baño y ella se separó de él, llorando.

“¡No llores, dulce bebé! ¡Baila!”

“No, no quiero. ¡Estas hiriéndome!”

“¡No, baila!” Rio se giró solo, golpeando la parte posterior de su cabeza bruscamente contra el marco de la puerta.

“¿Quien hizo eso?” Se giró de repente, avanzó hacia la puerta y entró en el baño, donde vio su propio reflejo en el espejo. “¡Ajá! ¡Maldito! Sabía que te encontraría. ¡No me mires así!

Hizo una mueca ante su reflejo.

“¡Hijo de puta feo!” Rio gruñó y hundió su puño en el espejo. Se hizo añicos, enviando rayos de luz bailando sobre las paredes y el techo.

“¡Vete a la mierda!” Rio lloró y lo aplastó de nuevo. Le sangraba el puño y se pasó el dorso de la mano por la boca, untándose la cara con sangre, y luego golpeó los fragmentos rotos con la mano sangrante y los aplastó bajo sus pies.

Debería detenerlo, estaba pensando Maya. ¿Que pasa conmigo? ¿Por qué estoy aquí parada, dejando que se lastime? Pero parecía que no podía moverse ni pensar en nada que hacer.

“¡Maten a esos cabrones!” Rio estaba rugiendo, agitando sus brazos y girando. Golpeó la barra que sujetaba la cortina de la ducha y ésta cayó al suelo. Volviéndose de nuevo, la agarró como si fuera una lanza y salió corriendo del baño arrastrando el plástico detrás de él, manchado de sangre.

Entró corriendo a la habitación donde Maya esperaba. Se retiró al rincón, al colchón que les servía de cama. Se ha vuelto loco, pensó, y yo estoy aquí acurrucada, acobardada ante él, pero la idea parecía irreal. Hizo girar la barra, rompiendo la lámpara y tirando una pila de libros de la cómoda. Sosteniéndola sobre su cabeza, avanzó hacia el teléfono, derribándolo con un fuerte grito mientras rompía la carcasa de plástico. Como no sabía qué más hacer, Maya comenzó a llorar.

Rio la escuchó sollozar, dejó caer el poste y se acercó a ella.

“Estás llorando”, dijo. “Estás llorando por Jim”. Él tomó su rostro entre sus manos con ternura. Podía sentirlos, resbaladizos por la sangre, y cuando él le acarició la mejilla, un fragmento de vidrio roto dejó un rastro rojo.

No estaba llorando por Jim, estaba llorando por Rio, y por ella misma, y por el vacío negro sin fondo donde giraba, de repente, sin nada a qué aferrarse. Besó las lágrimas de sus párpados y Maya comenzó a temblar cuando él la rodeó con sus brazos. Si tan solo abriera los ojos y la mirara con su alma cuerda mirando hacia afuera. Si tan solo sus brazos alrededor de sus hombros pudieran absorber su dolor. Tenía las manos manchadas de sangre y fragmentos de vidrio. Cuando la tocaba le dejaba heridas, rasguños, manchas. “No llores”, dijo una y otra vez, mientras ella sollozaba contra su hombro hasta que pasó la larga noche.

Cuando Maya se despertó en la mañana, Rio estaba acostado a su lado, estirado sobre su espalda, su cuerpo rígido, sus ojos fijos en el techo donde había hecho un agujero la noche anterior. Se sintió terrible. Le dolía de adentro hacia afuera. Como napalm al revés, pensó, quemándose desde el hueso hacia afuera, o como si se hubiera tragado la sustancia y le hubiera chamuscado un hueco lleno de ceniza en el centro. A su alrededor estaban todas las evidencias de destrucción, manchas de sangre, fragmentos de vidrio, pero él todavía estaba allí, todavía vivo. Ella se volvió hacia él y su miedo se disolvió y se filtró. Parecía tan miserable.

“Quiero morir”, dijo. Ella compartió el sentimiento, pero aun así se inclinó y lo besó. Volvió la cabeza.

“Todo estará bien, Rio”, dijo, aunque no tenía motivos para pensar que así sería.

“Soy como mi padre”, dijo. “Déjame. Vete.”

“Rio, sólo tienes resaca”.

“No, no es así. Te lo digo, soy como mi padre. El maldito borracho.

“¿De qué estás hablando?”

“Lo más inteligente que hizo fue suicidarse. Aléjate de mí, Maya. Ahórratelo.”

“No seas estúpido, Rio. Te amo.”

“Entonces eres una tonta”.

No podía quedarse ahí tumbada y sentirse así para siempre, así que se levantó, preparó café, barrió los cristales rotos y limpió las manchas de las paredes. Rio yacía, inmóvil. Todo lo que tenía que hacer, pensó, era limpiarlo todo, repararlo y eliminar las pruebas. Entonces podrían volver a ser como eran antes. Se limpió las manchas de sangre, volvió a colgar la barra en la cortina de la ducha y se duchó. Recogió ropa, sábanas y toallas para lavar la ropa. Ella hizo sopa. Todo el tiempo se mantuvo firme, como si fuera un abrigo que apretase con fuerza para cubrir una herida abierta. Aún así permaneció en silencio.

La casa estaba más limpia que en semanas. Había tirado el teléfono destrozado y la vajilla rota. La habitación se llenó de buenos olores, de comida cocinándose, del olor del hogar. Excepto por los agujeros en el yeso y los marcos de los espejos vacíos, nadie podía decir que había sucedido algo. Y quizá no lo había hecho, o tal vez era tan fácil continuar como si no hubiera sucedido, porque incluso si lo hubiera hecho, pensó, había sido sólo una vez. Y estaba borracho. Y su hermano estaba muerto. Si tan solo se levantara, dejara de quedarse ahí así, como alguien que ella no conocía, un extraño habitando un cuerpo familiar.

“Rio, por favor, come algo”, dijo, llevando una taza de sopa a la cama donde él yacía.

Sacudió la cabeza. “Déjame en paz.”

“Por favor.”

Sus ojos estaban fijos en el techo, lejos de ella. “Maya, mi papá se pasó la vida emborrachándose y golpeando a mi madre y al resto de nosotros. Hasta que Jim creció lo suficiente como para darle una paliza a ese cabrón.

“Lo sé.” Todavía tenía la sopa en la mano y no sabía dónde ponerla y no sabía qué decir, en realidad no.

“Juré que nunca sería como él. Pero lo soy. Puedo sentirlo en mí, con ganas de salir. Aléjate de mí, Maya. Ahórratelo.”

Maya dejó la sopa en el suelo y se volvió hacia él, tocándole la cara con la mano. “Rio, no me lastimaste anoche”.

“Eres una mentirosa.”

“¡No, no lo soy!”

“Tu cara estaba ensangrentada”.

“Eso fue sólo un rasguño. Más sangre tuya que mía. Te lastimaste”.

Rio cerró los ojos y apartó la cabeza de su mano. “Es solo cuestión de tiempo.”

Maya acunó su cabeza, inclinándose para que tuviera que mirarla, incluso si no abría los ojos. Pero él debía poder sentirla, sentir la fuerza de su amor tal como se puede sentir el sol a través de los párpados cerrados.

“Rio, estabas borracho. Nunca te había visto borracho antes y espero no volver a hacerlo. Fue aterrador. Pero no es necesario convertirlo en un melodrama”.

Sus ojos se abrieron de golpe. “¿Es eso lo que crees que estoy haciendo?”

“Come algo. Hice un poco de arroz y verduras. Háblame. ¿No deberías llamar a tu familia? ¿Vas a volver para el funeral?”

Rio suspiró, liberándose de su toque y rodando sobre su costado. “No después de lo que me dijo mi tío Joe”.

Él estaba frente a ella ahora y mirándola, y eso era mejor, mucho mejor. Sí, todo iba a estar bien. Era así realmente. “¿Qué dijo?” –Preguntó Maya.

“Dijo que yo era un apestoso debilucho comunista que no era lo suficientemente bueno como para limpiarle el trasero a Jim, y varias otras cosas por el estilo”.

“No vas a dejar que eso te detenga, ¿verdad?”

“Tengo mucho respeto por Jim. No estuve de acuerdo con él, pero lo respeto. No quiero causar peleas y dolor en su funeral”. Lentamente se sentó. “Y si vuelvo, lo haré. Tan pronto como empiecen con esa mierda del patriotismo, lo haré”. Puso su cabeza entre sus manos. “Dios, Maya, me siento fatal”.

Ella lo rodeó con sus brazos y lo abrazó, enormemente aliviada porque ya no hablaba de morir.

Él la abrazó y ella le acarició el cabello dorado mientras él la sostenía con manos laceradas. “¿Realmente vas a quedarte conmigo?”, susurró él.

“Por supuesto.”

“He tenido mucho miedo”, respiró. “Tanto miedo de que te fueras. No me dejes, Maya”.

“No te dejaré”.

“Lucharé, de verdad que lo haré. Nunca volveré a beber si te quedas conmigo. ¡Te necesito!”

“Nunca te dejaré”, dijo ella, abrazándolo y apreciándolo. Sus palabras alimentaron algo en ella, un profundo manantial de amor que creció, estalló y se desbordó, bañándolos a ambos en aguas curativas. “Te amo, Rio”.

“Yo también te amo.”

La carta llegó cinco días después.

“Querido Richie”, comenzaba, porque Jim siempre llamaba a Rio por su nombre de infancia. ¿Sabes que toda mi vida he tenido estos sueños sobre cosas que luego sucederían? Bueno, anoche soñé mi muerte. Siento que se me acaba la suerte, hermano. Quizás incluso cuando leas esto ya habrá sucedido.

Es gracioso, pero no tengo miedo. El sueño no fue malo: no había dolor en él, solo colores, como si el mundo entero se volviera rojo, ruido y luego luz. Y luego, esta es la parte divertida, estaba sentado en la cocina con papá, teníamos un paquete de seis Coors en la mesa y dije: “Papá, ¿por qué nos hiciste esto?”, y él simplemente me

miró y dijo: “Bebe, Jim. Sabes que esta cerveza sólo se puede conseguir en Occidente”.

Los sueños son raros, hombre, pero en caso de que este resulte ser verdad, quiero decirte un par de cosas. Necesito decirte la verdad sobre un par de cosas. Sabes que siempre fuiste mi hermano favorito, a pesar de los problemas que causaste, porque a pesar de lo testarudo que eras, tenías agallas. ¿Recuerdas aquella vez que robamos el auto del tío Joe y nos emborrachamos en el cementerio? Jesús, estábamos locos, locos como nuestro viejo.

Siempre pensé que crecerías para ser algo, para hacer algo real. Cristo, Richie, eras el más inteligente de todos nosotros. Y es por eso que estoy escribiendo. Porque creo que ahora entiendo algo sobre lo que significa ser un hombre, algo que papá no pudo enseñarnos porque estaba demasiado jodido. Y es esto. Un verdadero hombre arriesga su vida por algo en lo que cree. Por eso Dios nos dio nuestras vidas, para que pudiéramos ponerlas detrás de algo. Incluso del error. Las mujeres están aquí para dar vida a la vida, pero los hombres deben hacer que esa vida signifique algo al estar dispuestos a dejarla. Y eso es todo lo que tenemos que hacer, de verdad. Ni siquiera tenemos que tener razón.

Es curioso, ¿no? Todas esas discusiones que tuvimos sobre esta guerra. Ahora mismo ni siquiera me importa si

hicimos bien o mal al venir aquí, o si ganamos o perdemos. ¿Quién fue jamás un perdedor más grande que Jesús? Y, sin embargo, él entendió esto mejor que cualquiera de nosotros y murió para mostrarnos cómo hacerlo con estilo. Sabes que nunca he sido realmente religioso, pero creo que ahora lo entiendo. Y si perdemos esta guerra, será porque el Viet Cong es el que realmente sabe esto mejor que nosotros y tiene las agallas para hacerlo.

Pero como dije, eso ya no es lo que está en juego para mí. No se trata de ganar o perder, ni de lo correcto o lo incorrecto. Simplemente vivir con gracia, sin quejarse ni lloriquear. Es saber quién eres.

Entonces estoy en paz. No llores por mí, hombre. Yo diría que ahora estoy más feliz que nunca. Soy un hombre. No tengo miedo de morir. Estoy en estado de gracia.

Mi único deseo para ti, hermanito, es que encuentres la misma paz contigo mismo. Te reto a que lo hagas. Ponte en peligro por algo. Ni siquiera me importa lo que sea, incluso si se trata de luchar contra la misma guerra por la que yo estoy luchando, siempre y cuando creas en ello. Incluso si estás equivocado.

Adiós, Richie. Ora por mí, si todavía crees en Dios. Y si no lo haces, bueno, apura un paquete de seis Coors, busca una mujer hermosa y hazle el amor por mí.

Te amo,

Jim

Las lágrimas brotaban de los ojos de Rio. Maya se sintió aliviada al verlas; llorar le parecía algo muy sensato. Él le entregó la carta y ella la leyó mientras él se sentaba a su lado, llorando.

“¿Qué opinas?” –Preguntó cuando terminó.

Ella no sabía qué decir. Jim estaba muerto y nunca antes había visto a Rio llorar así. ¿Cómo podría decir: “Hay un error en su razonamiento”? ¿Cómo podría decir: “Estos son los sentimientos que destruirán el mundo”?

“No lo sé, Rio”, dijo. “¿Qué opinas?”

“Creo que tenemos que detener esta maldita guerra”, dijo.

Marcharon en manifestaciones y asistieron a reuniones. Los bulbos asomaban a la tierra y florecían, las flores se abrían en las ramas de los árboles frutales y las colinas del este brillaban verdes por las lluvias del invierno. Rio pasaba sus días en clases y sus noches en reuniones interminables, escuchando argumentos que Maya no podía comprender y

no quería intentar seguir. Los estudiantes estaban en huelga en apoyo de un programa de estudios para el Tercer Mundo y discutían sobre demandas y tácticas, cómo redactar sus folletos, si provocar o evitar la violencia. Rio parecía disfrutar las peleas, sacudiendo su cabello rubio y plantando sus pies en una postura amplia.

“Conozco a la clase trabajadora de este país, hombre. Soy de la clase trabajadora, y puedo decirles esto: a la clase trabajadora no le impresiona tanta jodida retórica. Es la acción lo que respetan. Si queréis sacar esto de la universidad y llevarlo a la gente, tenéis que actuar”.

Como Maya no estaba en la escuela ni trabajando, y tenía tiempo, la llamaron para hacer recados, mecanografiar documentos, dejar copias en la imprenta, hacer cien llamadas telefónicas, pegar mil folletos en tablones de anuncios y postes telefónicos. Ahora, en la calle repartía folletos y vendía insignias y papeles políticos. Instaló mesas en centros comerciales y habló con mujeres en los supermercados mientras sus hijos aburridos se agarraban a las faldas y se quejaban. Fue al distrito financiero del centro y abordó a los trabajadores de oficina durante el almuerzo.

En realidad, se alegraba de tener trabajo que hacer. El simple hecho de ser ya no parecía una justificación suficiente. La calle misma había cambiado. Los artistas que vendían sus artesanías en Telegraph tomaban clases en el Estado de San Francisco o se mudaban al campo. La gente

que veía todos los días se marchaba a Guatemala, la India o Maui. Los que se quedaron atrás fueron, cada vez más, los destrozados, los fanáticos de la velocidad quemados, los que estaban ligeramente al borde de la locura. ¿Era ella una de ellos? A veces se preguntaba Maya. ¿Seguiría persiguiendo algo que todos sabían que era sólo una alucinación?

Al lado de Rio, se enfrentó a la policía. Las manifestaciones parecían estilizadas como un baile. Primer movimiento: Esquivar detrás del edificio de la Unión de Estudiantes, con el corazón acelerado y el sudor chorreando, mientras la policía los perseguía con las porras en alto. Segundo movimiento: agacharse detrás de un arbusto mientras los oficiales de pies pesados pasaban a toda velocidad. Tercer movimiento: caminar en círculo para reagruparse detrás de ellos y continuar con el canto. Y allí estaba Rio: un destello dorado en medio de un mar azul, donde la acción era más intensa y la policía más cruel. A altas horas de la noche, cuando llegaban a casa, si llegaban a casa, ella besaba sus heridas y hacían el amor, ferozmente, mientras en el estéreo los Stones cantaban “Street Fighting Man”. Habían encontrado una nueva forma de comunión, apagando su ira en el cuerpo magullado del otro, una pequeña compensación por lo que se les escapaba, esa cosa elusiva que Maya nunca había podido nombrar. Ahora, sin un nombre que lo designara, ya no podía evocarlo. En la primavera mágicamente perfumada, cuando las rosas se abrían y grandes bucles de glicinas se mecían suavemente,

como cabellos de mujer, ella caminaba por la calle sintiéndose vieja, abrumada por la nostalgia de algo dulce que ya había pasado.

Una mañana, caminaba por un terreno baldío cerca de Telegraph Avenue, de regreso de la imprenta donde había dejado un folleto que Daniel, el amigo de Rio, había escrito. “Oye Maya, ven a echarnos una mano”, la llamó alguien. Era Rob, uno de las miles de personas que conocía de la calle. Ella le había echado las cartas cuando él intentaba decidir si cambiar su especialidad de matemáticas a economía. Ahora sostenía una pala. Cerca, en el terreno baldío donde se encontraba, otro hombre de pelo largo y una mujer con una falda de cachemira estaban cavando.

“¿Qué está pasando?”, preguntó ella.

“Estamos haciendo un parque. Para el pueblo, para nosotros. Y te hemos elegido a ti”, sonrió sugerentemente, “para cavar este parterre de flores”. Le entregó una pala.

Rob era uno de los hombres más guapos que Maya había visto jamás. Su cabello negro y ondulado le rozaba los hombros, tenía una sonrisa deslumbrante y una forma de mirar profundamente a los ojos de cualquier mujer que estuviera cerca, separando los labios y mordiéndose la punta de la lengua con los dientes que a Maya le pareció muy agradable y sugerente, a pesar de que sabía que él tenía una

novia, una estudiante de danza llamada Liza cuya esbelta gracia Maya envidiaba.

“¿Excavar? ¿Dónde?”

“Aquí”, dijo, señalando un terreno desnudo.

“¿Realmente estáis haciendo un parque aquí?”

“Necesitamos un parque”. Él le guiñó un ojo. “Los niños necesitan un parque. Los hippies necesitan hierba para tumbarse, no sólo para fumar. Necesitas un parque. Los luchadores callejeros necesitan un lugar para R y R³⁰. Y los hijos de puta de la universidad necesitan aprender una lección. Una vez esto fue un bloque de casas. Las derribaron con topadoras para sus propios fines. Así que hay que enseñarles que no pueden simplemente destrozar las casas de la gente y salirse con la suya. Se podría decir que nos hemos apoderado de su propiedad”. Él sonrió de nuevo, una sonrisa de chico malo. “¿Puedes cavar?”

“Puedo entenderlo”, dijo, sonriéndole y comenzó.

Trabajó toda esa tarde en una especie de euforia. Había pasado mucho tiempo desde que había hecho algo tan simplemente físico. El olor de la tierra recién removida parecía prometerlo todo, la gestación de semillas, fructificaciones y maduraciones inimaginables. Incluso el

30 R & R, Rest and Relaxation, descanso y relax, tiempo libre.

dolor en sus músculos se sentía dulce. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que construía algo, que no hacía nada, no creaba nada con sus propias manos?

Trabajó todo ese día y llegó a casa al anochecer y encontró a Rio y Daniel sentados en la mesa de la cocina, escribiendo otro folleto más, en la vieja máquina de escribir manual de Rio. Daniel Wasserman era uno de esos judíos altos y huesudos que leían vorazmente y hablaban sin cesar. Con su nariz picuda asomando por debajo de una explosión salvaje de cabello castaño y nervudo, le recordó a un pájaro inquisitivo.

“¿Dónde has estado?”, preguntó Rio. “Tenemos hambre.”

“Estamos haciendo un parque”, dijo Maya con entusiasmo. “Es maravilloso, deberías venir a verlo. Hoy había allí todo tipo de gente, no sólo novatos y políticos, sino también estudiantes, homosexuales y gente del barrio”.

“Un parque para los niños, qué tierno”, dijo Daniel, expulsando una cadena de anillos de humo perfectos. “La gente está muriendo en Vietnam, los cerdos racistas están matando a los hermanos negros en el gueto y estáis construyendo un parque”.

“Vete a la mierda”, dijo Maya. De repente, se puso furiosa y caminó pisando fuerte hacia la parte trasera de su habitación, que contenía una estufa, un fregadero, un

refrigerador y un armario con algunos platos. Sacó una cacerola y empezó a llenarla con agua. “Es una acción. Es una declaración sobre la propiedad”.

“Oye, no te enojés”, dijo Daniel, apoyando su cigarrillo en el borde de su tazón de cereal favorito.

Odiaba cuando estropeaban los platos en que comían, con sus desagradables cenizas, pero no tenía sentido discutir sobre eso. Ella simplemente se volvió una fastidiosa cuando comenzó. Es mejor pelear por algo importante, como el parque. “Es una acción mejor que escribir mil estúpidos manifiestos”.

“Es una acción potencial”, la corrigió Daniel en tono profesoral. “Un conflicto en embrión. Cuando los cerdos intenten echarte, será una acción. Y seré el primero en hacer cola y que me rompan la cabeza contigo. Tú lo sabes.” Sonrió él, repentinamente juvenil, congraciador.

Maya puso a hervir el agua en el quemador trasero. Ella revisó el refrigerador. No había mucho, pero sacó una cebolla y unas cuantas zanahorias y empezó a picar.

“Escuché sobre ese parque”, dijo Rio, acercándose y dando una calada al cigarrillo de Daniel. “Estaba pensando en comprobarlo”.

“¿Qué es una acción, de todos modos?” Dijo Maya, ignorando la sonrisa de Daniel, bajando su cuchillo una y otra

vez sobre las zanahorias. “Crees que una acción sólo es real si implica luchar contra la policía. Pero hacer algo, crear algo, eso también puede ser una acción”.

“El propósito de la acción”, dijo Daniel, volviendo a su tono anterior, “es hacer visibles las contradicciones del sistema. Si te dejan en paz tendrás parque, pero no acción. Si te arrestan, bueno, entonces se pone interesante”.

“Entonces estás diciendo que no podemos ganar”, dijo Maya.

“Oh, no. Estoy diciendo que no puedes perder”.

Daniel y Rio fueron al parque al día siguiente, y durante las semanas siguientes incluso los políticos más doctrinarios de Berkeley hicieron al menos un intento simbólico de plantar una flor o sembrar césped. La llanura de tierra en ruinas se transformó. Los profesores jubilados trajeron esquejes de sus jardines. Las madres jóvenes, con sus bebés dormidos en cochecitos, se detuvieron para ayudar a colocar las plántulas. Los fanáticos de la velocidad quemados se arrodillaron en el suelo para mantener firme una tabla que estaban martillando en su lugar como caja de arena. De repente, todo el mundo parecía unirse al movimiento, no a un partido sino a un acto al que todos estaban invitados y acudían. Y todos parecían beatificados, incluso los que Maya normalmente despreciaba, los que jugaban, los estudiantes que habían elegido la seguridad antes que la libertad, las amas de casa y

las mujeres mayores que vivían vidas convencionales en tiempos escandalosos. El parque era un indicio de una gran bondad en personas que sólo querían una salida, tierra para cultivar, algo para construir. Era una pequeña visión de por qué estaban luchando, su magia perdida apareciendo y floreciendo a sus pies. Tal vez tener una visión no fuera un lujo sino una necesidad, pensó. Hacer realidad la visión, desafiar a los soñadores a ensuciarse las manos: esa era una acción de otro tipo, una acción que no necesitaba la bendición de la represión para ser real.

Rio estaba en su elemento natural. Construyó cosas, arregló cosas y resolvió problemas que tenían solución, a diferencia de tantos otros. Ayudó a instalar columpios y un arenero, y a levantar y asegurar las letras gigantes que alguien había construido y que deletreaban SABER. Cuando el parque estaba casi terminado, Maya se unió a un grupo, incluidos Rob y Liza, que cocinaban enormes cazuelas de estofado. Rio recorrió los supermercados de Berkeley y Oakland en busca de verduras y patatas, hizo contactos para recoger leche y queso caducados que de otro modo serían desechados, convenció a los restaurantes para que se quedaran sin sobras y a las panaderías con pan del día anterior. El brillo desapareció de sus ojos. Ahora, cuando hacían el amor, Maya imaginaba que algo estaba siendo plantado. Su piel olía a tierra, cebolla y flores.

También descubrió que en el parque la calidad de sus sueños y conversaciones cambiaba. La naturaleza del

trabajo, el sol y la evidencia diaria de crecimiento parecían evocar discusiones más, bueno, más fundamentadas que los vuelos de abstracciones que continuó escribiendo para Daniel hasta altas horas de la noche. ¿Podría realmente el mundo funcionar de esta manera? ¿Trabajaría la gente sólo por el placer de hacerlo, sin ser forzada ni coaccionada? ¿Qué significaría si ganaran? ¿Podrían transformar el campo de batalla en un jardín?

Estaba durmiendo, acurrucada en los brazos de Rio una mañana de mediados de mayo, cuando escucharon unos golpes frenéticos en la puerta. “¡El parque!” alguien en la calle estaba gritando. “¡Están demoliendo el Parque del Pueblo!”

Se pusieron algo de ropa y salieron corriendo a la calle, mientras el autoproclamado pregonero continuaba su ronda, golpeando puertas. Respirando con dificultad, recorrieron las ocho cuadras hasta Telegraph a una velocidad asombrosa. La policía estaba apostada en la calle que corría al lado del parque. Detrás de las líneas se podía oír el crujido de las topadoras y las voces de los hombres que se gritaban instrucciones unos a otros. Mientras el sol, brillando implacablemente, ascendía sobre las colinas, captaron el brillo del metal. Estaban cercando el parque.

Maya se puso de pie, agarrando la mano de Rio, silenciosa en una ira que era tan profunda que no había manera de expresarla, apenas siquiera sentirla. Deseó, por primera vez

en todas las batallas, tener un arma. Una granada para volar la valla, una bomba para llevárselos a todos. Habían asesinado el parque, todo ese trabajo, toda esa esperanza; ahora estaban encerrando su cadáver en una jaula. Pero no la habían enjaulado y nunca destruirían por completo la visión del jardín común, no si ella misma tuviera que convertirse en el arma que les arrojaría. Quizás antes de que se pudiera vivir el amor, la rabia tenía que allanar el camino. Quizás la ira misma fuera un estado de gracia.

“Ahora sé cómo se sienten los vietnamitas”, murmuró una voz a su lado. Liza, la novia de Rob, con su largo cabello rubio colgando suelto sobre su espalda, miró a Maya con ojos color avellana todavía pesados por el sueño. La novia de Daniel, Edith, estaba a su lado. Edith tenía la nerviosa costumbre de rechinar los dientes, lo que hacía que su mandíbula saltara periódicamente. Su piel cetrina estaba marcada por cicatrices de acné y, a la dura luz de la mañana, cubría los huesos cuadrados de su rostro como una máscara de cuero, enmarcados por su cabello castaño, cortado despuntadamente.

“No, no es así”, la corrigió Edith. “No has perdido tu hogar, ni tu familia, ni tus amigos, ni tus cultivos. No te han atacado con napalm ni te han disparado”.

“Denles tiempo”, dijo Rio. “Solo dales tiempo”.

Al mediodía, una gran multitud se había reunido en Sproul Plaza para una manifestación de emergencia. Maya quedó aplastada entre Rio y Daniel. Todo parecía amplificado, más grande que la vida y al mismo tiempo más y más lento, reverberando como el batir de las alas de los cuervos, brillando en las olas de calor de la ira.

“El puto mundo entero está aquí”, murmuró Daniel. “No sólo los fanáticos y radicales habituales, sino también los tipos limpios y que trabajan dentro del sistema de la escuela de negocios. ¿A dónde está llegando la juventud?

“¡Tomemos el parque!” gritó el orador, y la multitud gritó y avanzó, desbordándose hacia Telegraph Avenue. Maya fue presionada, aplastada en una ola de cuerpos en movimiento, ella misma y aún no ella misma, atrapada en los cánticos, los gritos y los golpes de los pies. Ella gritó con su propia voz, y ésta se convirtió en parte de la única voz unida que, a pesar de su aspereza, todavía resonaba con un alto tono de amor.

La marcha avanzó calle abajo. Detrás de ella, el tintineo de los cristales rotos presagiaba todo lo que se hacía añicos a su alrededor: sueños, esperanzas y falsedades, menos las estructuras de control.

La policía los recibió en la calle, más policías de los que jamás había visto reunidos, los policías regulares de Berkeley y los ayudantes especiales del sheriff llamados los Blue Meanies por sus monos de color azul brillante.

“¡Tomad el parque!”, estaba gritando Rio. Él la agarró de la mano y corrieron alrededor de un grupo de manifestantes más lentos. Delante de ellos, un policía estaba golpeando a una mujer joven que tenía las manos levantadas para protegerse la cabeza. La sangre corría por su rostro. Rio saltó entre ellos y comenzó a luchar con el policía por su porra.

“¡Corre!” le gritó a la mujer que se levantó y se alejó lentamente, sollozando. Otro policía entró corriendo y apuntó con su porra a Rio. Para su sorpresa, Maya lo agarró. Se soltó en su mano y antes de que pudiera pensar, estaba corriendo, girando, girando, esquivando, con los dos policías persiguiéndola. Su corazón latía con tanta fuerza que pensó que su cuerpo se abriría. Apenas podía respirar, pero no se atrevía a aflojar el paso. De repente se le ocurrió tirar el garrote. Lo arrojó violentamente hacia un lado y escuchó cómo rompía una ventana.

“¡Buen tiro!”, gritó alguien.

Se lanzó entre una apretada multitud de manifestantes, se abrió paso y salió al otro lado con sus perseguidores todavía atrapados al otro lado de la calle. Respirando pesadamente, continuó poniendo distancia entre ella y ellos. Alguien había abierto una boca de incendios y el agua había salido a borbotones a la calle. La atravesó y se salpicó un poco la cara. El olor acre del gas lacrimógeno comenzaba a filtrarse por la calle. Mojó su pañuelo en el agua y se lo ató sobre la boca y

la nariz. Enmascarada, velada, se giró para regresar y buscar a Rio.

Al otro lado de la calle, un Blue Meany levantó una escopeta y disparó contra la multitud.

Al principio Maya simplemente se quedó parada, congelada. Esto no puede estar pasando, pensó. No está sucediendo. No vi que sucediera. Entonces una mujer gritó y empezó a escuchar otros disparos detrás de ella y a su alrededor.

“¡Están disparando contra la gente!”, gritó alguien. “¡Corred!”

Pero Maya no sabía hacia dónde correr. Sintió como si el tiempo estuviera suspendido; se movía lentamente a través de un medio viscoso. Oh, habían hablado de esto, incluso fantaseado con ello: el momento que finalmente tenía que llegar, cuando la represión escalase hasta convertirse en una guerra abierta. Pero en realidad nunca esperaron que su gobierno disparara contra sus propios ciudadanos.

De repente todos los argumentos de Daniel cobraron sentido. Sí, el parque había sido más importante de lo que creían, si estos fueran los extremos a los que llegarían para aplastarlo. Sí, si valía la pena matar, valía la pena morir. Ahora entendía a Jim, la furia de Rio y la suya propia. Entonces ella iba a morir hoy, muy probablemente, y eso estaba bien. Era,

como decían los indios, un buen día para morir, aunque en realidad preferiría llevarse unos cuantos policías con ella. Pero moriría con dignidad, con gracia, sin huir, sin gritar de miedo, sino caminando, lenta y firmemente, contra el pánico de la multitud, de regreso al parque. Hacia su meta, hacia su visión.

Caminó lentamente, en un trance tranquilo donde nada importaba mucho, y el ruido, los gritos y el pánico parecían muy lejanos. Se deslizó entre los cuerpos presionando en la dirección opuesta. La policía pasó corriendo a su lado, persiguiendo a algún corredor que huía; ella siguió caminando tranquilamente. Dobló una esquina y se encontró en el parque, sola excepto por un joven policía que vigilaba la valla recién construida. Los manifestantes se habían ido y la policía los persiguió. Desde la calle se escuchaban gritos y llantos, pero eran lejanos. Se le había caído la máscara de la cara, pero el gas lacrimógeno había desaparecido y podía respirar. Aún en su extraña y silenciosa calma, caminó hacia el policía solitario. Casi esperaba que él le disparara, pero él sólo gritó, nervioso.

“¡Sal de aquí! ¡Esta área está restringida! Te ordeno que te des la vuelta y te vayas ahora”.

En lugar de eso, caminó hacia él, acercándose, hasta que pudo mirarlo a los ojos. Detrás de él estaba la valla; detrás de la valla, el terreno baldío, el barro, los palos y los escombros de sus visiones.

“Apártate”, dijo. “No quiero tener que dispararte”.

Era joven, no tan joven como ella, pero no mucho mayor, y sus ojos eran de una especie de gris azulado que se profundizaba hasta convertirse en sombras incoloras. Ella lo miraba a los ojos, tratando de comprender cómo él podía ser él y ella podía ser ella misma, tratando de comprender lo que los separaba. ¿Qué le hizo querer matarla? Porque si podía entender eso, pensó, si podía hacer contacto a través de la brecha como lo había hecho una vez con Johanna o con Rio, si podía alcanzar a su enemigo con el corazón, ¿no se transformaría todo?

Sólo por un momento, por un instante, cuando lo miró a los ojos pensó que se estaba mirando en un espejo. No podía recordar si sus propios ojos eran azules o marrones. Ella lo conocía hasta el fondo del alma y sabía que él tenía miedo, como ella tenía miedo. Eran iguales y se reconocieron. Su ser se estiró para abarcarlo, y él, agarrando su rifle, sosteniendo el poder de la vida y la muerte sobre ella, la rodeó. Quizás esta posibilidad siempre estuvo presente, pensó Maya, de recordar quiénes somos realmente, de permanecer desprotegidos ante las barreras. Tal vez podamos tomarnos de la mano y girarnos, y él bajará su arma. Caminaremos juntos en paz por las calles en conflicto y dejaremos que el jardín florezca. Pero luego sus ojos se volvieron opacos. Pasó el momento y la luz se fue.

“Qué vergüenza”, dijo Maya. “¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza!”

Dio media vuelta y se alejó, de regreso a la calle. Después de un largo rato, se encontró en una de las tranquilas calles laterales de Telegraph. Le lloraban los ojos por el gas lacrimógeno y no estaba segura de dónde estaba. Había pensado que iba a morir, pero todavía estaba viva, a pesar de que en la calle los policías seguían disparando a la gente. Rio, pensó, y sintió una punzada de miedo. Estaría al frente, dondequiera que el peligro fuera mayor. ¿Lo volvería a ver alguna vez?

“¡Maya! ¿Estás bien?” Daniel llegó corriendo detrás de ella y de repente ella se alegró muchísimo de verlo. De hecho, ella lo agarró y lo abrazó, aferrándose con fuerza mientras él la acariciaba y le decía con dulzura: “Oye, está bien. Estará bien.”

No era tan malo, pensó, incapaz de dejarlo ir.

“¿Herida?” preguntó.

Ella negó con la cabeza.

“Vamos”, dijo, liberándose por fin. “Volvamos a tu casa. Rio y yo acordamos que nos encontraríamos allí. No hay nada más que podamos hacer en la calle ahora mismo, excepto llenarnos el culo de perdigones.

“¿Viste a Rio?” dijo Maya. “¿Está vivo?”

“Estuvo hace media hora. Sólo disparan perdigones; pueden doler muchísimo, pero por lo general no te matan.

“No lo sabía”, dijo Maya.

Estaban en el apartamento, Maya y Daniel, Liza y Edith. Edith había preparado café y Liza estaba hirviendo agua para arroz y verduras guisadas. La noticia sonó a todo volumen en la televisión. El gobernador Reagan había llamado a la Guardia Nacional. Las tropas estaban convergiendo, armadas con rifles y bayonetas. Maya yacía en la cama pero seguía preocupada, creyendo escuchar pasos, para mirar ansiosamente por la puerta principal.

“Estará bien. Relájate”, dijo Daniel. “No te preocupes por el viejo Rio”.

“No puedo evitarlo”, dijo Maya, pero en ese momento la puerta se abrió y Rio entró, seguido por Rob. Maya saltó y agarró a Rio, y él la hizo girar, la inclinó sobre su brazo y la besó. Estaba exuberante; había tanta vitalidad saliendo de sus poros que a ella le escocían los ojos, como si fuera gas. Quería ponerlo encima de ella y hacer el amor allí mismo, en medio de todos ellos.

“¡Mamá, luchadora callejera!” Dijo Rio. “¿Estás bien? ¿Esos cerdos no te atraparon?”

“No, no”, dijo Maya, repentinamente feliz otra vez, a pesar de que había un toque amargo en su alegría, como el regusto químico del vino barato. “Soy demasiado rápida”.

“Me salvaste el cuello, amor de mi vida. Mierda, hombre, esa fue una escena difícil. Estaban disparando a la gente.

“Definitivamente fue una acción”, admitió Daniel.

A medianoche, las calles estaban llenas de miembros de la Guardia Nacional. Rob y Liza vivían al otro lado del campus; Daniel y Edith en la ciudad. De repente, estas distancias familiares se transformaron en una zona peligrosa, un cruce fronterizo riesgoso. Maya sacó sábanas y sacos de dormir e hizo camas para todos.

Dormían poco y hablaban mucho. Quizás porque Maya todavía estaba en estado de shock, todo lo que dijo Daniel de repente pareció razonable, inevitable. O tal vez él había estado en lo cierto todo el tiempo, delante de ella, y ella simplemente no había sido capaz de verlo.

“El movimiento tiene que entrar en una nueva fase”, dijo ahora Daniel, tumbado en el sofá del Ejército de Salvación que ocupaba una pared de la habitación. “Tenemos que ponernos serios. No podemos esperar que sigan dejándonos vivir nuestra vida normal, protestando los fines de semana y días festivos. Ha llegado el momento de correr riesgos mayores”.

“¿Cómo qué?”, preguntó Rio.

“Como organizarse de manera efectiva”, dijo Daniel. “Nada les asusta más que eso. Necesitamos grupos más pequeños que puedan moverse por las calles y mantenerse móviles, como pequeñas células. Las grandes organizaciones son difíciles de manejar”.

“Con todas sus luchas internas”, dijo Rob. Estaba sentado en una de las sillas de la cocina, liando un porro junto a la mesa. “Los leninistas, los trotskistas, los maoístas, y otros imbéciles comunes y corrientes a quienes les importan un carajo las ideologías. Nunca se librarán de ello”.

“Las grandes organizaciones siempre van a estar bajo la presión de las facciones y siempre van a estar infiltradas”, dijo Daniel.

“Están destruyendo el movimiento”, dijo Edith. “Deberíamos construir algo, no destrozarnos”. Estaba sentada en el suelo, apoyada contra el sofá, dejando que la mano de Daniel le rozara la cabeza. Podría haber sido un gesto sexy, pero Edith parecía no darse cuenta.

Rob lamió la costura de papel de su porro, lo encendió e inhaló profundamente. Rio lo observó de cerca, y cuando Rob lo dejó, Rio se levantó para llevarlo a donde él y Maya habían estado sentados juntos en el colchón de su cama doble, con la espalda apoyada en la pared.

“Estábamos construyendo algo en el parque”, decía Maya. “Los cerdos lo destrizaron”.

“Esa es la otra parte”, dijo Daniel. “Lo que tenemos que afrontar. El cambio pacífico está muy bien, pero hoy demuestra que no importa cuán pacíficos seamos, van a usar la violencia contra nosotros”.

“La violencia es el estilo estadounidense”, dijo Rob. Se puso de pie y saludó, y su voz adquirió el tono estentóreo de las películas patrióticas que se proyectan en las clases de ciudadanía de la escuela secundaria. “Desde el genocidio de los indios hasta la esclavización de los africanos, desde la masacre de Haymarket hasta el bombardeo de Hanoi, la violencia siempre ha sido la fuerza de este país en tiempos de guerra y el refugio en tiempos de paz”.

“Entonces, ¿qué es lo que estás diciendo?” –Preguntó Edith. “¿Que deberíamos renunciar a la no violencia?”

“¡No, no, no!” Dijo Daniel. “No podemos rendirnos. Pero tampoco podemos ser ingenuos. Hoy no estábamos preparados. En el fondo de nuestros corazones, simplemente no podíamos creer que dispararan contra una multitud de chicos estadounidenses. Pero lo hicieron. Nunca podremos olvidar eso. No podemos permitir que nos tomen por sorpresa otra vez”.

“Pero no podemos permitir que nos detengan”, dijo Maya. “Tenemos que seguir adelante y seguir intentando construir cosas, como el parque”.

“Por supuesto”, estuvo de acuerdo Daniel. “Pero ahora sabemos sin lugar a dudas que todo lo que intentemos construir es algo por lo que tendremos que luchar. De lo contrario, el sistema simplemente lo derribará. Tenemos que aprender a defendernos”.

“¿Cómo?” –Preguntó Rob. “¿Tomar las armas contra un mar de problemas para acabar con ellos?”

“¿Empezar de nuevo?” dijo Liza. Maya la miró con recelo. Estaba apoyada contra su colchón, y a Maya le pareció que se acurrucaba innecesariamente cerca de Rio. Inhaló del porro, miró a Liza, como si no estuviera segura de qué hacer, y luego se lo pasó a Liza en el suelo, quien dio a Maya una sonrisa de disculpa.

“Sólo como último recurso”, dijo Daniel. “Aun así, no es ilegal poseer algunas armas y saber cómo usarlas. No todavía, de todos modos. Y podrían ser un elemento disuasorio para los cerdos, en una situación como la actual”.

“¿Estás seguro de eso?” dijo Edith. “¿No serían simplemente un incentivo para apuntar mejor?”

“La gente no se va a quedar tumbada y que le golpeen la cabeza para siempre”, dijo Rob. “Mira lo que pasó con el

movimiento de derechos civiles, después de que mataron a King. Ahora están hablando de autodefensa, no de no violencia”.

“No somos los Panteras Negras”, dijo Liza, con su pequeña voz a medias que contenía el humo que había inhalado. Rio se agachó y le quitó el porro, inhaló de nuevo y luego se lo pasó a Maya con una sonrisa ligeramente tímida.

“Pero deberíamos apoyarlos”, dijo Edith. “Son la vanguardia de la verdadera revolución”.

Rio expulsó el aliento con una tos. “¿Crees que deberíamos apoyarlos matando a algunos policías? Sería un buen eslogan: ¡Fuera un oficial!

“Eso no es lo que estoy diciendo”, dijo Daniel bruscamente. “Hay muchas maneras de apoyar a las fuerzas revolucionarias en este país, además de empuñar un arma. Podríamos tener manifestaciones en los suburbios blancos cuando los guetos estén amotinados, dividir a las fuerzas policiales. Podríamos sentarnos frente a los medios. Pero tampoco me trago toda esta moralización liberal sobre los Panthers, todo este llanto por los viejos tiempos cuando Martin Luther King hacía que los negros fueran amables con los blancos. Los hermanos viven en una zona de guerra. Los guetos son un estado policial. ¿Cómo podemos culpar a la gente por defenderse en esa situación?

“No los culpo”, dijo Rio, con voz seria. “Pero, para ser honesto, no sé si estoy listo para unirme a ellos. Hoy, cuando empezaron a dispararle a la gente, tengo que admitir que estaba cagado de miedo”.

“Yo también”, dijo Maya en voz baja.

“Todos lo estábamos”, dijo Daniel. “Pero ¿no ven? Eso es lo que hoy nos demuestra: que si nosotros, incluso nosotros, los privilegiados, luchamos por nuestros verdaderos objetivos y deseos, el Estado no tiene otra opción que reprimirnos brutalmente. Y nosotros, por lo tanto, si queremos lograr nuestros deseos, no tenemos más remedio que pasar de la resistencia a la revolución”.

“¿Como hacemos eso?” –Preguntó Rob. “Esa es la pregunta, ¿no?”

“Tenemos que organizarnos”, dijo Edith.

“Y educarnos”, coincidió Daniel. “Necesitamos una estrategia, no sólo una serie de arrebatos emocionales. Tenemos que construir coaliciones. Cuando llegue el cambio, vendrá del este de Oakland y de Fillmore y Hunter's Point. Las revoluciones las hacen los desesperados”.

“Bueno, entonces, ¿qué te hace pensar que las dirigiremos nosotros?” –Preguntó Lisa. “No estamos desesperados. Somos estudiantes universitarios blancos de clase media”.

“No todos nosotros”, dijo Maya. El porro se estaba quedando pequeño. Se lo ofreció a Edith, quien lo rechazó con un gesto. Rio lo recuperó nuevamente.

“La intelectualidad tiene un papel que desempeñar”, dijo Daniel. “Debido a nuestro privilegio de clase, es como si estuviéramos en un terreno más elevado. Así podemos ver un poco más lejos que aquellos que tienen la cara hundida en el barro”.

“Eso es tremendamente elitista”, dijo Edith.

Rio negó con la cabeza. “Ya no. Ya no nos dejarán ser una élite, no si defendemos lo que creemos. Eso es lo que hoy me demuestra. Que podemos morir haciendo esto. Podemos morir por nuestros sueños más inocentes”.

“Estoy dispuesta a morir”, dijo Edith. “Pero siento que tengo la responsabilidad de vivir, de la revolución”.

Un hombre, James Rector, murió a causa de las heridas de perdigones recibidas esa noche. Otro hombre, un artista llamado Alan Blanchard, quedó cegado por los perdigones. Rector no era estudiante, decían los periódicos, como si eso de alguna manera hiciera que su muerte fuera aceptable. No ser estudiante era una condición que Maya compartía y que sólo ahora comprendió que podía volverse terminal en cualquier momento.

Por eso debe ser importante, pensó. Su negativa a ir a la escuela, a hacer lo que era aceptable, seguro y esperado, la alió con las víctimas de las porras y las bombas. Había adoptado una postura radical, había hecho de su vida un acto de revolución.

Tarde o temprano, Rio se uniría a ella nuevamente. Sus notas ya estaban bajando. ¿Cómo podría estudiar cuando las calles estaban en llamas? Hacía mucho tiempo que no se mencionaba la facultad de derecho.

Volvería a unirse a ella. Estarían juntos al límite, forajidos visionarios, luchando contra las mentiras y construyendo sueños. Se levantarían juntos o caerían juntos, ardiendo de amor y rabia, abriendo un camino a seguir para el cambio.

XXII. CARTA

Sra. Jeanette Connolly

1443 Camino del río, Pittsburgh, Pensilvania, EE.UU.

4 de junio de 1969

Querida mamá,

¿Cómo está el clima? He oído que estáis teniendo una ola de calor ahí abajo. Aquí está agradable y fresco. Junio puede ser brumoso.

Desearía poder volver para las vacaciones de verano, pero hay demasiadas cosas que hacer aquí en la escuela. Voy a tomar el trimestre de verano y obtener algunos créditos que

necesito. Con todos los disturbios que hubo aquí en la primavera, no me fue tan bien como esperaba. Steve y Laurie cuidarán de ti, estoy seguro.

No, no sé mucho de Carl. Jim solía escribirme con regularidad, pero Carl y yo no parecemos comunicarnos muy bien. Espero que esté bien y que no te preocupes demasiado por él. Sé que es difícil para ti.

Mamá, sólo tengo que decirte algo sobre lo que escribiste en tu última carta. Es esto. Si algo anda mal, está mal. El hecho de que Jim muriera por ello (me refiero a esta guerra, el hecho de que Carl pudiera morir por ella) no la hace correcta. De hecho, si me preguntas, eso lo hace aún más equivocado.

No estoy traicionando la memoria de Jim al decir que la guerra está mal. Lo mismo le dije cuando estaba vivo. Si me hubiera escuchado, todavía estaría aquí. Muy bien, tal vez eso sea injusto. Pero es verdad. Carl también. Nadie le dijo que se alistara en la Infantería de Marina. De hecho, recuerdo que usted misma estaba muy enojado por eso en ese momento.

No puedo recuperar a Jim diciendo una mentira. No puedo mantener a Carl a salvo pretendiendo estar de acuerdo con algo que apesta en todas direcciones. Lo siento si eso te duele, lo siento si Steve no me quiere en su casa y, por cierto, esa es la verdadera razón por la que no vuelvo mucho, no

quiero causar daños o luchar por ti. Pero no puedo mentir. Tampoco puedo perdonar a los mentirosos. Tengo que intentar detener esta guerra. ¿No es eso lo que haces cuando algo está podrido? ¿Intentar acabar con ello? ¿No es así como trataste de criarnos?

¿Qué dice el sacerdote de Santa Catalina? Sabes que muchos clérigos están en contra de la guerra. Mira a los hermanos Berrigan.

De todos modos, basta de eso. Estoy bien, mi novia está bien y, bueno, cosas del sorteo, mi número de lotería está al final de la basura, por lo que parece que el Tío Sam no intentará enviar mi trasero al extranjero, de todos modos, por el momento...

Cuídate tú misma, ahora. Felicita a Laurie, ya que dentro de unos meses tendremos un nuevo pequeño Connolly. Esperemos que él, o ella, no se parezca al resto de la familia.

Solo bromeaba,

Rio (Richie)

XXIII. EL DIARIO DE JOHANNA WEAVER

15 de junio de 1969

Sí, finalmente sucedió. Soy madre ahora. Madre de una niña hermosa, dulce y preciosa. La llamé Rachel, en honor a la abuela, y Roberta, en honor a papá. Raquel Roberta Weaver. Un nombre bonito y sólido. No hay nada de qué burlarse.

¡Es hermosa, hermosa, muy hermosa! Nueve libras y dos onzas, que es mucho para un recién nacido, pero aún diminuta, con los dedos de las manos y de los pies perfectos, pestañas largas y mucho pelo oscuro y rizado. ¡Y ella hace las cosas más increíbles! Bosteza, llora, chupa, duerme y agita sus bracitos y piernas. Marian se ríe de mí. “¡Uno pensaría que nunca antes había nacido un bebé en toda la historia del universo!” Pero ella está tan orgullosa y feliz como yo.

No fue fácil. No he escrito mucho aquí estos últimos meses, en parte porque tenía demasiadas tareas escolares y estaba muy cansada todo el tiempo, y en parte porque simplemente no quería poner por escrito lo que estaba pasando desde que le di la noticia a Marian. Estábamos sentadas en la mesa del comedor, comiendo la pizza Hula Lula que habíamos traído a casa de Shakey's, y pensé que se atragantaría con un bocado de jamón.

“¿Tú estás qué?”, me dijo ella.

“Estoy embarazada.”

“¡Oh, Señor, ten piedad!”

“Lo lamento.”

“¡Lo siento! Joanne, pensé que habías adquirido algo de sentido común, si no de moral en el último año. Con todo lo que he sudado, ahorrado y sacrificado por ti, niña, ¿qué te posee para ir y arruinar tu vida?

“No lo sé, mamá”.

“¿Cómo ha ocurrido?”

“De la forma habitual”, dije.

“No seas inteligente conmigo”.

No era mi intención hacerla enojar (no más enojada de lo que estaba destinada a estar de todos modos), así que retrocedí muy rápido. “No me estoy volviendo inteligente, mamá. Necesito tu ayuda.”

Luego me miró con esa mirada de simpatía maternal que me hizo querer llorar, y parecía que iba a empezar a llorar, pero simplemente dijo en voz muy baja: “¿Qué vas a hacer?”

Tomé una respiración profunda. Aquí viene.

“Quiero tener el bebé, conservarlo y criarlo. ¿Me ayudarás?”

“¿No has pensado en... alternativas?” dijo en voz aún más baja.

“He pensado en todas las alternativas que puedo imaginar. No quiero abortar, mamá. No me preguntes por qué. Sé que haría todo mucho más fácil. Pero simplemente no puedo decidirme a hacerlo. Además, pensé que no querrías que lo hiciera.

“La parte de la iglesia en mí se alegra de oírte decir eso”, admitió Marian. “Me alegra saber que todavía tienes conciencia, cierto sentido del bien y del mal. La parte sensata de mí se pregunta por qué no pudiste haber desarrollado esa conciencia antes de meterte en esta situación”.

“Hubiera sido mejor”, estuve de acuerdo. “Pero ya es demasiado tarde. Ahora sólo tengo que lidiar con lo que es”.

“¿Qué pasa con el padre del bebé? ¿Le has dicho? ¿Se casaría contigo?”

Ésa era la pregunta que había estado temiendo. Pero no había nada que hacer más que responder directamente. “No me casaría con él. No, no se lo he dicho y no planeo hacerlo”.

“¿Quién es él? Casi no has salido con nadie desde que empezaste la escuela.

“Él no es nadie que conozcas”, dije, lo cual era más o menos cierto. Marian había conocido a Rio pero realmente no lo conocía. Había pensado mucho sobre qué decirle, y decidí que simplemente no podía decirle que me había acostado con el novio de Maya. Entonces le dije la verdad con algunas omisiones. “Fue alguien que conocí este verano, cuando me estaba quedando con M, con Karla”.

“¡Karla! Sabía que nunca, nunca debería haberte dejado ir allí.

“No es culpa suya”. No, ciertamente no lo fue.

“¿Lo amaste?” Marian preguntó con una voz más suave que me hizo querer llorar. Deseé, por ella, por mí, haber amado a Rio, en lugar de simplemente sentir lástima por él.

“Tal vez pensé que sí, al principio. Pero luego descubrí que estaba consumiendo drogas”. Vale, admito que si eso no era mentira en la tela lo era en los volantes y flecos, pero ¿qué podía hacer? De todos modos, funcionó.

“¡Drogas! ¿Qué drogas?

“Marihuana, principalmente. Nada que pueda dañar al bebé. Pero no confío en él. Por eso no quiero que él lo sepa”.

“Oh Señor. Joanne, Joanne, ¿qué vamos a hacer? Tenía muchas ganas de que recibieras una educación”. Parecía tan angustiada que no pude soportarlo.

“Lo haré, mamá”, dije rápidamente. “Me quedaré en la escuela hasta que nazca el bebé. Con suerte, terminaré este año. Y luego, mira, si me ayudas, me las arreglaré de alguna manera el año que viene. Podría tener un horario más flexible, o conseguir un poco más de cuidado de niños; tengo el dinero del Seguro Social y del VA de la pensión de papá³¹, y viviré aquí en lugar de mudarme a los dormitorios del campus. Nos las arreglaremos”.

“¡Pero podrías haber hecho tantas cosas! ¡Quería que fueras a lugares, vieras cosas, viajaras! Te imaginé yendo a los bailes de la universidad y... no lo sé. Por muy bonita que

31 En EE UU, el departamento de Asuntos de los Veteranos (VA) ofrece una pensión para los miembros de la familia de un veterano que prestó servicio durante una guerra.

seas... teniendo novios, muchos. ¿Qué clase de novio va a querer que tengas un bebé?

“Del tipo al que le gustan los niños, supongo”, dije. Pero me sentí triste, Sheba, porque sabía que lo que ella estaba diciendo es que quería que yo tuviera todo lo que ella nunca tuvo y había deseado para ella. Y yo le había quitado eso. Pero por supuesto no podía admitirlo, tenía que tomar una actitud al respecto. “Mamá, estamos en 1968. Ya no vivimos en la tierra de Ozzie y Harriet. Si no tuviera un bebé, no iría a bailes, iría a manifestaciones y probablemente me arrestarían otra vez, me golpearían y me aplicarían gases lacrimógenos. ¿Quién sabe? Quizás esto sea lo mejor que me ha pasado”.

Ella solo sacudió la cabeza. “Es difícil criar a un niño sola, Joanne. No sabes en lo que te estás metiendo”.

“Me criaste sola y salí bien”.

“No sé qué decir sobre eso”. Apartó el plato de pizza y empezó a llorar. “Nunca me habría casado con tu papá si hubiera sabido que iba a morir. Mi madre me crió sola, y a Marcus también. La vi luchar. No sabes cómo los niños solían susurrar sobre nosotros, las cosas que decían. Nunca te habría tenido si hubiera sabido que me iban a dejar sola.

“¿Pero te arrepientes de tenerme ahora?”

“Sí. Sí, lo estoy. ¡Lamento que hayas nacido!

“No lo dices en serio, mamá”.

“No. Tienes razón. No lo digo en serio. Sólo quería que todo fuera diferente para ti”.

Me acerqué a su silla, me incliné y la abracé. “Será diferente, mamá. Quizás no sea ideal, pero sí diferente”. Hice una pausa por un momento y luego jugué mi última carta. “Podría darlo en adopción”.

Ella se sentó muy erguida y me empujó. “¡Oh, no! ¡No, no puedes hacer eso! No confío en lo que hacen con los bebés negros”.

“¿Venderlos por piezas?” Sugerí. “¿Triturarlos para hacer comida para perros?”

“Nada me sorprendería. No, Joanne, si vas a tener este bebé, entonces le debemos un buen hogar y una buena educación. No escucharé lo contrario”.

“Bueno. Oh, mamá, si me ayudas, te lo prometo, nunca más tendré problemas. Terminaré la escuela, obtendré un doctorado y haré que estés orgullosa de mí”. Para entonces ya estaba balbuceando, y Marian me acercó a ella, acunó mi cabeza entre sus brazos y lloramos juntas.

Pero luego pasaron meses y meses de oscilaciones entre ella enojándose todo el tiempo y volviéndose demasiado solícita con respecto a mi bienestar.

“Joanne, deja esas compras. ¡No cargues con esa bolsa tan pesada!

“Mamá, puedo soportarlo mejor que tú, con tu presión arterial alta. ¿No sabes que desciendo de esas viejas esclavas que trabajaban en el campo hasta que nacía el bebé, se acostaban, daban a luz y se levantaban inmediatamente para recoger más algodón?

“Creo que estás pensando en las mujeres chinas, o al menos en lo que dicen de ellas”. Ella me quitaría el bolso de los brazos y lo llevaría ella misma. “Y no descienes de los chinos”.

Mientras tanto, yo engordaba cada vez más. Pasé de vomitar por la mañana, antes de Survey of World Literature, a vomitar por la tarde, generalmente a mitad de Psicología 1. Y luego dejé de vomitar y crecí, engordé y crecí. Se me acabaron los vaqueros, los vestidos y el pre-mamá de Marian. Dejé los pupitres de la escuela y tuve que sentarme en una silla de respaldo recto y escribir en un portapapeles. Cuanto más grande me hacía, más sueño parecía necesitar. Este último trimestre intenté programar solo clases de la mañana para poder tomar una siesta por la tarde. Tenía una materia optativa: historia del arte, y eso fue un error. Principalmente el profesor mostraba diapositivas. Tan pronto como se apagaban las luces, mi barbilla bajaba hasta mi pecho y tenía que hacer todo lo que pudiera para no roncar. Lo único que me mantenía despierta la mayor parte

del tiempo era el hecho de que tenía que orinar cada quince minutos. Dejé el Sindicato de Estudiantes Negros porque seguía quedándome dormida en las reuniones. Al final, te digo, estaba realmente lista para que saliera ese niño.

Pero había cosas buenas acerca de estar embarazada, no me malinterpretes. En realidad, me encantó. Me encantaba sentir que dentro de mí había un secreto maravilloso, ¡que no sería un secreto por mucho tiempo!, podrías decir tú. Me encantaba sentir que estaba creando a alguien, por mí misma. Cuando pataleaba o se giraba, sentía una gran emoción. A veces Marian ponía una mano en mi vientre y sentía que el niño se movía, y era como si todo estuviera conectado, ella y yo y lo que llegué a llamar la fila de mujeres detrás de nosotras. Podía sentirnos a todas allí, recorriendo los siglos, regresando a África y más allá, transmitiéndose unas a otras su vida, su esperanza, su poder y su pura determinación de sobrevivir. Y ahora yo era parte de esa línea, otro eslabón de la cadena, pasando mi derecho de nacimiento a la que siempre estuve segura que sería mi hija. Y Marian y yo éramos iguales. Ella también había hecho esto: me pasó el regalo. Y aunque a veces me arrepentía de no estar haciendo todo esto dentro de diez años, con un marido agradable y respetable que sintiera las patadas del bebé y me trajera cosas especiales para comer, la mayoría de las veces sentía cómo una parte antigua, muy antigua de mí, reconocía que todo estaba bien. Que era bueno que madre e hija estuvieran juntas en esto, porque era nuestra apuesta

por el futuro lo que crecía dentro de mí. Algo cambió entre nosotras. Ya no era su niña, era otra mujer en la fila.

Durante todo este tiempo, no supe nada de Maya. Rio dejó de llamarme después de encontrarla en Berkeley y volvieron a estar juntos. De vez en cuando Betty le daba noticias mías. No sé si le contó a Maya sobre el bebé o no. Me preguntaba si ella lo haría y si Rio sumaría dos y dos. Pero no estoy segura de que el niño pudiera ser tan importante.

En fin, el viernes terminé mi cuenta atrás, y el lunes amanecí en un charco. Mi bolsa de aguas había roto temprano. Mamá acababa de regresar de su turno en el hospital y me levantó y me acompañó. Los dolores aparecieron, más fuertes que cualquier cosa que pudiera haber imaginado, a pesar de que tomé algunas de esas clases de Lamaze donde intentan enseñarte a respirar. Quizás hubiera querido dar a luz en casa, pero Marian nunca quiso oír hablar de ello, a pesar de que su propia madre era partera.

“Hemos progresado desde entonces”, decía. “Para eso están la ciencia y los hospitales”.

Podría haber dicho lo contrario si hubiera sabido cómo iba a ser. Al menos podría haber insistido en que fuera a Kaiser, donde ella trabajaba y todo el mundo la conocía. Pero quería ir a UCLA porque allí es donde estaba mi seguro médico estudiantil. Y Marian estuvo de acuerdo, tal vez porque en el

fondo de su corazón no quería que todos sus amigos en el trabajo vieran mientras su hija soltera tenía un bebé fuera del matrimonio.

Fuimos a UCLA alrededor del mediodía, cuando los dolores aparecían cada pocos minutos. Y es que casi todos los médicos, enfermeras y oficinistas de ese hospital son blancos. Y ahí estaba yo, una estudiante universitaria, por supuesto, pero todavía una madre adolescente negra que daba a luz a un hijo ilegítimo. Y nos lo hicieron sentir. Sí, señora. Desde el momento en que entramos y nos dejaron sentarnos y aguardar y aguardar en la sala de admisiones antes de que comenzaran a procesar nuestro papeleo, y la forma en que me preguntaron una y otra vez si realmente era un estudiante en la universidad y me llamaron para verificar mi tarjeta sanitaria de estudiante. Mientras tanto pensé que iba a morir. Dicen que las mujeres olvidan el dolor del parto, así que déjame dejarlo aquí antes de que desaparezca. ¡Ay! Oh, Dios, ¿te dolió? Estas calientes olas de calambres rodando sobre mí, una y otra y otra vez. Y yo solo quería dejarme hundir, y mientras tanto me preguntaban un millón de veces qué medicamentos había tomado durante mi embarazo, y no me creían cuando decía que no había tomado ninguno, ni siquiera una aspirina. Lo cual era cierto, porque incluso antes no había fumado mucho y la sola idea de algo más fuerte me daba ganas de vomitar aún más de las que ya tenía. Pero seguían diciendo: “Sólo tenemos que saberlo. No te causará problemas, pero tenemos que estar

preparados para cualquier posible consecuencia para el bebé”. Y apenas podía concentrarme en lo que decían, excepto que Marian estaba cada vez más enojada, y finalmente pensé que iba a estrangular a este joven rubio y asqueroso detrás del escritorio.

“¡Soy una enfermera!” ella seguía diciendo. “¿Quién es su supervisor? Si no dejas de acosar a mi hija y le consigues atención médica, te voy a denunciar”.

Finalmente me admitieron y me llevaron arriba, a una habitación de la sala de maternidad. No recuerdo mucho de eso. Simplemente estaba en este mundo de dolor donde sentía como si mi cuerpo estuviera tratando de abrirse, pero sí recuerdo que en cada etapa del camino teníamos que esperar y esperar y esperar: que alguien me trajera una bata de hospital, para que alguien me afeite, que alguien venga a examinarme y a darme analgésicos. Mientras tanto, Marian me canturreaba: “Oh, Joanne, Joanne, mi bebé, todo estará bien, está bien, bebé”. Y luego voltearse y gritar: “¿Dónde está el doctor? ¿Dónde está la enfermera? Mi hija va a tener un bebé y necesita atención médica”.

Y luego, cuando finalmente llegó el médico, me examinó, metiendo sus grandes y rojos dedos carnosos en mi ya sabes qué, y luego llamó a las enfermeras para que me llevaran en silla de ruedas a la sala de partos. Y pude oírle decirle a la enfermera: “Así son estas personas: simplemente salen, como salchichas”.

No era mi médico habitual, que no estaba de guardia esa mañana. Nunca lo había visto antes. Me llevaron a esta habitación llena de luces brillantes y hombres vestidos de verde, y ni siquiera me di cuenta hasta que fue demasiado tarde de que no habían dejado que Marian viniera conmigo. Estaba completamente sola y mi cuerpo se estaba desgarrando y de repente tuve miedo, mucho miedo. Las enfermeras me agarraron las manos y las ataron a la mesa.

“¿Por qué estáis haciendo eso?” Pregunté, pero luego vino otro dolor y me decía que empujara.

“Para que no te hagas daño”, me dijeron, y no entendí lo que pensaban que me haría: ¿agarrar un bisturí y abrirme la vena yugular? ¿Levantarme de la cama y atacar al doctor? Pero dijeron que era un procedimiento estándar y supongo que lo es. A veces la anestesia hace que la gente haga cosas raras y yo estaba confusa por las pastillas que me habían dado, pero cuando llegaron a examinarme y llevarme a la habitación, ya era demasiado tarde para la silla de montar que se suponía que debía conseguir. Entonces el médico vino otra vez hacia mí, con un cuchillo, y me cortó. Es lo que hacen para evitar que te rompas. Pero con las drogas y el dolor estaba un poco fuera de mí, y de repente era una joven esclava, atada para ser violada; yo era un animal atado para ser sacrificado, yo era toda la línea de mujeres, espalda contra espalda, que habían sido vendidas, violadas y masacradas. Empecé a gritar. Le habría dado una patada a ese médico en la cara si no me hubieran atado los pies. Y

entonces, de repente, sentí un dolor y un estiramiento como nunca antes, y una enfermera que era algo comprensiva me decía que apretara, que empujara. Sentí que una fuerza grande y profunda se apoderaba de mí. Toda la fila de mujeres me tenía en brazos; podía recostarme contra ellas y sentir su apoyo. Y mi cuerpo era fuerte, fuerte, más fuerte que el cuerpo de cualquier guerrero. No importaba lo que me hicieran; nadie podría quitarme esa fuerza. La vida misma me atravesaba. Entonces sentí que el bebé salía, primero la cabeza y luego todo el cuerpo se deslizaba libremente, y quise alcanzarlo, pero no podía mover las manos.

Se la arrebataron. Supongo que le estaban golpeando el trasero porque podía oírla llorar. Algo salió a chorros de mis pechos. Pero el médico y las enfermeras la estaban pesando, pinchándola y examinando hasta el último detalle de ella, y me volví loca de nuevo. Estaba en los días de esclavitud, y me habían atado y arrebatado a mi bebé e iban a venderla antes de que tuviera la oportunidad de abrazarla, y comencé a gritar, aullar y chillar como nadie. Algo que en ese hospital había escuchado alguna vez antes. Lo juro, Sheba, si no estuviera atada habría saltado, dejando un rastro de sangre, cordón, placenta y todo, y habría estrangulado a ese médico.

Pero luego la simpática enfermera seguía diciéndome que me calmara, que me calmara, que vería a mi bebé en un minuto, y finalmente me la trajeron, toda envuelta en una

mantita rosa, y me soltaron las manos y la abracé con mis brazos. Sheba, compensó todo en el mundo entero.

Luego finalmente me dieron más medicación, un poco después, si me preguntas, pero me dio mucho sueño y se la volvieron a llevar. Sabía que ella no quería irse; podía sentirlo. Cuando desperté estaba en otra habitación, toda limpia, con Marian canturreando sobre mí, y luego la trajeron de regreso por una hora, para amamantarla, y tuvimos tiempo de mirarla y examinar cada detalle perfecto. Deberías haber visto la cara de Marian. Parecía tan orgullosa y complacida que casi lloré. Ella me abrazaba y yo abrazaba a Rachel y de repente entendí a mi madre; sabía exactamente cómo se sentía y por qué había sido así conmigo. Porque cuando miré a mi hija me di cuenta de que no quería que ella pasara por lo que yo pasé. Ella es tan hermosa, preciosa y pura, que en este momento, está al margen de toda la mezquindad del mundo.

Yo también estoy dispuesta a ser una guerrera, pero no quiero que ella tenga que serlo. Quiero que todo le llegue, fácil y con gracia; quiero que tenga cortinas con volantes, gatos de peluche, fiestas y bailes. ¡Quiero que sea bailarina, poeta, presidenta! ¡Reina! ¡Emperatriz del universo!

Oh, Sheba, nada es demasiado bueno para la señorita Rachel Roberta Weaver. Sí, Sheba, entendía a Marian completamente y sabía que ella podía sentir lo mismo. Y tuve que reírme de mí misma. Sólo tuve que reírme.

Éramos felices, Sheba. Y ahora ya llevo un día entero en casa con Rachel y la tengo toda para mí. Puedo abrazarla cuando quiera, alimentarla cuando lllore, mirar sus ojos lechosos durante horas si quiero.

Vaya, he escrito mucho. Ella está durmiendo, todavía. Voy a dejar de escribir y voy a dormir hasta que ella despierte.

Johanna, madre de Raquel

XXIV. PANGBOCHE

En su día de descanso, una agradable caminata de cuatro horas y media hasta el monasterio de Pangboche ayudará a que sus pulmones se aclimaten. ¡Excelentes vistas desde esta gompa en lo alto de la ladera de la montaña!

– Folleto de Mountain Co-Op Adventures

Maya se estremeció. Se sentó junto al hogar del pequeño bhatti³² en Pangboche y extendió las manos hacia el fuego. El calor de las llamas sólo parecía enrojecer su piel sin transferir ningún calor al resto de su cuerpo, y estaba tan cansada que quería llorar. Podría haber pasado el día tumbada pacíficamente en su tienda de Tengpoche, leyendo, durmiendo y tratando de curar sus pulmones. Pero se había

32 Clan rajput que habita entre Jaisalmer y el Punjab occidental.

despertado con un estallido de optimismo. La penicilina estaba funcionando; la sensación de pesadez y fuego en sus pulmones había desaparecido. Podía respirar de nuevo. ¿Cómo podía quedarse atrás y perderse una de las gompas más antiguas de su ruta?

No, estaba llena de emociones que no podía identificar, provocadas por la última lectura de Johanna, y necesitaba tiempo para resolverlas. Era más fácil hacerlo en movimiento que acurrucada contra el frío en su tienda, donde Howard podría venir a visitarla, donde inevitablemente pasaría el día esperando a Debby, preparándose para otra decepción. Deja que Debby venga y te espere.

Así que había ido de excursión con Ang y Tenzing. Carolyn, Peter y Lonnie también habían venido, pero Jan se había ido sola a dibujar. Howard se había quedado en el campamento para curar su dolor de cabeza.

Durante la primera parte de la caminata, el tramo llano a lo largo de la orilla del río que atravesaba bosques frescos y húmedos de enebros y rododendros, Maya estuvo al borde de las lágrimas. ¿Pero por qué? ¿Y para qué? Sus propios recuerdos jugaban con las páginas de diarios y cartas como agua empujando piedras, tratando de reorganizar el pasado.

Los tercos rododendros la rodeaban, con sus verdes capullos bien cerrados. Aún tardarían semanas en florecer y eso la entristecía. Recorrer todo este camino, atravesar estos

bosques, ver el capullo y saber que nunca vería la flor. ¿Estaba llorando por flores que nunca podría contemplar? ¿O porque nunca sentiría lo que Johanna había sentido al tener a Rachel en brazos por primera vez; nunca sentiría el olor lechoso de su propio recién nacido? No, a menos que ella hiciera algo al respecto, hiciera algún cambio radical en su vida y tomara medidas. ¿Ese era su dolor? Que ya no podía refugiarse en acciones irreflexivas, que había superado el punto en la vida (y en la historia) en el que una mujer podía quedar embarazada con la misma facilidad con la que dormía una siesta. ¿Estaba ahí la raíz de su inquietud hacia Johanna?

Podría tener un bebé si quisiera, se dijo. Pero tendría que decidir, decir: “Quiero esto y haré A, B, C y D para que esto suceda”, encontrar un donante o ir a un banco de esperma y realizar un seguimiento de mis menstruaciones y tomarme la temperatura cada día y la Diosa sabe qué cosas además. Quedarse embarazada tendría que ser un acto consciente y autoconsciente. Y no soy buena en eso. Aún así, lo que mejor hago es perderme en el momento, incluso si tengo que crear el momento para perderme. Pero, ¿cómo se hace eso con una pareja femenina? ¿O sin pareja en la era del SIDA?

Cruzaron el río por el puente colgante de hierro que cruzaba el Dudh Kosi. Hizo una pausa por un momento, mirando las aguas espumosas de color blanco azulado, pensando en Rio. El río cantor, había llamado a sus momentos de magia. No debería haber sido tan cuidadosa,

pensó, debería haber tenido su bebé cuando tuvo la oportunidad. Pero no, qué desastre habría sido huir con un niño. De todos modos, en aquellos días ella no quería un bebé. Ella había querido gestar una revolución, dar a luz a un mundo completamente nuevo.

Cuando comenzaron a subir la colina por el otro lado, Maya volvió a toser. El día se volvió frío y lúgubre. Las retorcidas hayas negras formaban dibujos sombríos contra el cielo frío y gris. Incluso cuando la niebla comenzó a levantarse, revelando los glaciares azul hielo de Ama Dablam, de picos afilados, el sol pálido no arrojó ningún calor. Dejó de pensar en cualquier cosa excepto en el esfuerzo requerido para abrirse camino con dificultad por el sendero. Ang se acercó detrás de ella y, con una sonrisa, tomó su mochila para llevarla. Ella no discutió. Había renunciado a su fantasía de peregrinar a estas montañas con las cenizas de su madre a la espalda. Deja que Ang las cargue. Era suficiente trabajo transportar su propia carne viva por estos senderos.

No es una esteticista lo que necesito, se dijo, sino un entrenador personal superior. Cuando llegó a la gompa, el monasterio, un edificio de dos pisos de color ocre coronado con un techo de tejas rojas en el centro de un pequeño pueblo de casas de piedra situadas sobre terrazas amuralladas, su camisa estaba empapada de sudor. Sin embargo, obedientemente se quitó sus pesadas botas de montaña en el vestíbulo de entrada y se postró en el suelo tres veces, mientras Ang sonreía con aprobación. Ella

demostraría respeto por cada costumbre que se les ocurriera aunque eso la matara. Y podría hacerlo, pensó, merodeando por el interior de la gompá en calcetines, mientras el frío se filtraba desde el suelo de piedra y le hacía doler las piernas.

Sintió frío durante todo el proceso, como si su cuerpo hubiera olvidado cómo generar calor, algo que ninguna fuente externa pudiera penetrar. Un baño caliente, pensó para sí misma, daría todo mi mérito acumulado por uno ahora mismo. Vendería mi alma al diablo sólo por tener una oportunidad en esos fuegos del infierno.

Aun así, había tantas cosas fascinantes que ver en el oscuro pasillo que no se atrevía a ponerse los zapatos e irse. La luz se filtraba a través de la puerta abierta. La tarde estaba oscura y tuvo que mirar con atención para distinguir los detalles de las imágenes delicadamente pintadas que cubrían cada superficie. Las paredes estaban pintadas con budas y bodhisattvas, las vigas estaban talladas y pintadas con hojas, verticilos y espirales, los bancos que se alineaban en las paredes estaban decorados con diseños y cientos de mandalas³³ pintados colgaban de las vigas, ondeando suavemente en el aire. Sobre uno de los bancos había una colección de instrumentos, campanillas de bronce y largas trompetas de hueso decoradas con plata. En un rincón, un

³³ Los mandalas son pinturas con representaciones simbólicas espirituales y rituales del macrocosmos y el microcosmos, utilizadas en el budismo y el induísmo.

monje estaba sentado, con las piernas cruzadas en un banco, cantando uno de los estrechos libros de hojas sueltas de textos sagrados. Su túnica roja, su cabeza rapada, su postura inmóvil, creaban una sensación de absorta concentración en el cuarto oscuro.

Velas se alineaban en los altares. Ang animó a Maya a encender una. Ella asintió; cualquier cosa que pudiera calentar el lugar, aunque fuera en un grado inconmensurablemente pequeño, parecía una buena idea. Tomó una de las velas amarillas bajas, la encendió con la llama de una que ya ardía en el altar y la colocó junto a su hermana. Debería hacer una oración, pensó, pero ¿para qué? ¿Un bebé? No, todavía no estoy lista para orar por un bebé. ¿Que mi hermana venga a mí, se preocupe por mí y me ame? Es mejor ceñirse a algo más básico.

“Por favor, espíritus, no me dejen morir de neumonía”. Ella murmuró la sentida oración en voz baja. Pero entonces algo pareció moverse en el aire frío, como si una presencia más grande entrara y llenara la habitación, y de repente ella estaba parada ante el altar con lágrimas brotando de sus ojos. El canto del monje resonó en la sala; de vez en cuando tomaba una de las campanas de bronce y la hacía sonar, sus dulces matices cantaban como agua en movimiento entre piedras. El sonido hizo eco de cada momento de gracia que había tenido en su vida, la llevó de regreso al viento frío de la costa, al suelo del vestuario. Sí, pensó, mirando la pálida llama de la vela. Sí, eso es. Pero tan pronto como su mente

formó palabras, el momento de cantar la abandonó. La voz baja del monje zumbó, dejándola sin nada que pudiera nombrar o sostener, sólo una repentina necesidad de sacar las cenizas de su madre de la mochila, dejar de cargarlas, entregárselas al monje y pedirle que se las llevara; ser una guía para Betty dondequiera que estuviera. De hecho, comenzó a moverse hacia el banco donde Ang había dejado su mochila. Cuando se alejó de la vela, el hechizo se rompió. El frío quemaba sus calcetines de lana y recordó que le llevaba las cenizas de su madre a Debby. Todavía tenía algo que completar; aún no había llegado el momento de dejarse ir.

Además, a Betty no le habría gustado estar aquí. Le gustaba Los Ángeles, el sol y las palmeras, en mangas de camisa en febrero. Odiaba el frío y se había mudado desde Milwaukee para escapar de él.

Tenzing hablaba en voz baja a los demás, que estaban reunidos en un rincón cerca de la entrada, examinando las pinturas murales que, según Tenzing, mostraban la vida de Padmasambhava, quien trajo el budismo al Tíbet. Maya se acercó a ellos.

“Solía haber un cráneo de yeti en esta gompa”, estaba diciendo Tenzing. “Pero fue robado”.

“¿Robado? ¿Por qué querría alguien robar un cráneo de yeti? –preguntó Carolyn.

“Probablemente algún maldito turista”, sugirió Peter. “Pensó que sería un gran recuerdo”.

“Cráneo de Yeti”, resopló Ang. “Yo ver. Cráneo de cabra, no yeti”. Él sonrió.

“Oh, Ang, eres un cínico”, dijo Lonnie. “No estropees el sueño. Quiero volver a casa y decir que estuve en un monasterio con una calavera de yeti”.

“Entonces, ¿quién te detiene?” –Preguntó Peter. “Puedes decir lo que quieras. ¿Quién diablos va a comprobarlo?”

“Ah, pero quiero creerlo”, dijo Lonnie.

Tenzing les indicó que se fueran. Maya se había vuelto a atar las botas de montaña, agradecida por sus suelas gruesas. Los condujo a través de los campos en terrazas hasta la casa de té. Maya entró, ansiosa de calor y refugio, pero el aire dentro de sus muros de piedra no parecía más cálido que el aire exterior. Se sentó con los demás, esperando el té, en la sala principal que tenía varias mesas pequeñas para comer y largos bancos para dormir. Las paredes estaban decoradas con fotografías de números antiguos del *National Geographic*, carteles de montañas y un mapa bastante incongruente del crecimiento de la civilización en Oriente Próximo. También había fotografías de visitantes famosos, en particular Jimmy, Rosalynn y Amy Carter, en su camino hacia Kala Pattar. La imagen deprimió a

Maya porque los Carter eran años mayores que ella, se dirigían a altitudes mayores, lucían alegres y en forma mientras ella tenía ganas de acostarse y dejar que los perros la pasaran por encima. ¿Qué le pasaba? Estaba tan agotada que no podía imaginarse avanzando hacia Kala Pattar a cinco mil metros de altura. Y ni siquiera había sido presidenta, un puesto que exigía la fuerza de una si alguna vez la había.

Para entonces sus dientes castañeteaban audiblemente. Ang la tomó de la mano, le indicó que se levantara y la llevó a la cocina para que se sentara junto al hogar, una estufa baja de barro y piedra donde ardían ramas de enebro. Los estantes de la pared frente a la ventana contenían platos, ollas y sartenes, hileras de los omnipresentes termos chinos baratos, paquetes de galletas y botellas de Coca-Cola: las provisiones de comida del pequeño lugar. Maya los miró con avidez.

La pequeña habitación estaba iluminada por una ventana situada en el ancho muro de piedra. Fotografías de una revista de moda occidental se alineaban en el nicho de la ventana. Maya se preguntó qué significaban aquellos vestidos y blusas sencillos para la mujer sherpa que había colgado los cuadros. ¿Eran una especie de sueño ideal? ¿Encontraba bonitas las formas y los colores? O tal vez entendió intuitivamente que estas cosas eran los verdaderos íconos religiosos de Occidente, y las colocó de la misma manera que Maya disfrutaba del calendario de mandalas

tibetanos que colgaba en su propio baño, algo exótico a la vista, de otro mundo.

Observó a las dos mujeres sherpanis, madre e hija, mientras charlaban y reían mientras preparaban un almuerzo sencillo para los excursionistas. Las mujeres vestían las tradicionales faldas largas y delantales y pañuelos a rayas multicolores. Parecían completamente a gusto la una con la otra, cómodas trabajando juntas, haciendo lo que había que hacer. ¿Habían sido ella y Betty así alguna vez? Hace mucho, mucho tiempo, tal vez. Maya recordaba haber hecho un seder³⁴ en Milwaukee, para Baba, la madre de Betty, el año en que ella sufrió el ataque cardíaco y no pudo hacerlo por sí misma. Maya tenía diez años, estaba muy orgullosa de las bolas de matzá³⁵ que ella misma hacía, tan superiores a la de la bebé Debby, en quien sólo se podía confiar para realizar tareas simples como poner la mesa o sacar tazones de perejil cortado para mojar en agua salada. Pero entonces Maya buscó profundamente en los armarios y encontró una cacerola para poner las bolas de matzá, y Betty le gritó cuando descubrió lo que había hecho porque la cacerola no era kosher para el Pesaj³⁶, y Maya había

34 El seder (orden) es una comida ritual judía que es la pieza central de las celebraciones de la Pascua.

35 Pan ácimo tradicional elaborado con harina y agua. Es la comida oficial del seder.

36 Kosher, apto, adecuado. Pesaj es una festividad judía que conmemora la liberación del pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto, relatada en el Pentateuco.

gritado de vuelta a ella, ¿Cómo se suponía que iba a saberlo? No es que hagamos el kosher en casa, mamá. Y entonces Baba, al oír los gritos desde su lecho de enferma, se puso nerviosa, gritándole a Betty que no iba a comer ni un bocado de la cena, no, ni un bocado, no confiaba en ella, y, ¡oh, me va a dar un infarto otra vez! Sí, hubo momentos, pero no duraron.

La sherpani mayor le ofreció a Maya una taza de té caliente, y ella aceptó con una sonrisa agradecida, rodeando la taza de hojalata con las manos para calentarse, respirando el vapor y sorbiendo el líquido caliente. Podía sentir cómo dejaba un rastro de calidez a través de las regiones frías de su interior. Sí, una taza o dos más y podría comenzar a descongelarse.

Junto al hogar había una enorme jarra que contenía agua caliente, y la hija llenó un termo con ella y lo llevó a la sala principal donde los demás esperaban. La madre empezó a servir arroz, lentejas y bolas de masa que se habían calentado en el hogar, llenando platos que la hija, que regresaba de la otra habitación, llevaba. La madre le entregó un plato a Maya, con una sonrisa, y le dio un tenedor y una cuchara para comer. La comida caliente sabía bien y se sumó a la piscina de calidez que crecía lentamente en el centro de Maya.

Ella y Johanna ahora trabajaban juntas con la misma facilidad. Una de ellas preparaba una ensalada mientras la

otra hervía fideos para hacer pasta; una de ellas removía una salsa mientras la otra hacía brócoli picado al vapor. Una de ellas pintaba la pared mientras la otra le seguía pintando las molduras; una de ellas cavaba el jardín mientras la otra plantaba las plántulas, y todo el tiempo hablaban con la misma comodidad y familiaridad. Chismear sobre el trabajo de Jo o la última hazaña de Rachel en la escuela. Sí, su vida en común se sentía como la de una cómoda camisa vieja, tejida con los hilos de lo cotidiano. Como diría Lonnie, trabajaban en la vida de la otra. Quizás Maya no lo apreció lo suficiente.

Maya empezaba a sentir, si no calor, al menos menos frío, cuando un grupo de jóvenes excursionistas entró, riendo y hablando, descargando las pesadas mochilas que llevaban en la sala principal de la casa de té y luego se unieron a ella alrededor de la chimenea para calentarse las manos. La pequeña habitación estaba llena de cuerpos jóvenes y fuertes y voces risueñas en una mezcla de acentos, pisoteando, quitándoselas chaquetas y apiñándose cerca de la chimenea, bloqueando el calor. Pero están fríos, se dijo, recién llegados del exterior, y ya hace casi veinte minutos que tengo una posición indiscutible. De mala gana, retrocedió para darles más espacio y se retiró al asiento de la ventana.

“Oh, Dios, qué paseo”, dijo una mujer rubia con acento alemán. “¡Tengo mucha hambre! ¡Voy a pedir un filete de yak, una hamburguesa de yak y un estofado de yak!

“Voy a pedir un plato de patatas fritas para todos. Espero que tengan muchas patatas”, dijo su compañero, un joven alto con un chaleco verde de plumas. “Casi lloré anoche cuando se les acabó el dhal bhat”³⁷.

“Menos mal que tenías esas PowerBars” (barras de proteínas), dijo una segunda joven, que estaba sentada en el borde de la chimenea, desabrochándose las botas de montaña y quitándose los calcetines a rayas. “Nunca hubiéramos bajado de Kala Pattar”.

“Oh, me duele la cabeza”, dijo la mujer rubia. “No quiero ni pensar en Kala Pattar. Sabes, realmente creo que prefiero los Annapurnas. El paisaje es igual de hermoso pero los senderos no son tan empinados”. Ella también se quitó los zapatos y los calcetines. La cocina rápidamente empezó a oler a vestuario. Pero, se dijo Maya, debería ser la última persona en el mundo en quejarme de eso, dado que un vestuario fue el lugar de mi despertar espiritual. Ese es mi error: buscar poder en las montañas cuando evidentemente estaba destinada a meditar con el sonido de puertas metálicas, portazos y el incienso de la ropa interior sudada.

“Pero en las casas de té hay aún más gente que aquí”, dijo la mujer de los calcetines a rayas.

37 Dhal Bhat es un plato tradicional del Nepal que consiste en alimentos básicos como arroz (bhat) y lentejas (dhal).

El joven había regresado de la otra habitación, seguido por la sherpani mayor, quien con una sonrisa educada intentó maniobrar alrededor de la propia chimenea, que ahora estaba bloqueada por cuerpos y adornada con zapatos y calcetines.

“Dicen que Manaslu es el lugar para estar”, comentó. “Dicen que es como era el Khumbu hace veinte años. Aún no está arruinado”.

La sherpani, que observaba su hogar, parecía angustiada y hablaba rápidamente y con entusiasmo en su idioma. Los jóvenes excursionistas la ignoraron. Entró otra joven que se paró en la puerta. Maya levantó la vista y captó su atención. Era la chica del suéter verde.

“He oído que Bután es bueno. Aunque es difícil entrar. Necesitas un visado especial. O tal vez puedas conseguir que alguien te guíe hasta la frontera”, decía la alemana.

“O tal vez no”, dijo la mujer de los calcetines a rayas. “No lo sé, creo que ya tuve suficiente de montañas. Conocí a un tipo en Katmandú que me habló de una playa en Tailandia donde puedes vivir prácticamente comiendo solo mariscos y frutas tropicales. Sol y agua, eso es lo mío”.

“Por favor”, dijo la sherpani, señalando impotente hacia el hogar.

“Dejen pasar a la señora”, dijo el hombre. “Vamos, Elaine, ¿cómo vamos a comer si ella no puede cocinar?”

“Sólo me estoy calentando las manos. Dame un minuto más”.

“No es eso”, dijo la chica del suéter verde. Sus ojos eran grises y nivelados, notó Maya, su rostro delgado y en forma de corazón era tan joven que parecía aún no estar terminado, un esbozo de lo que sería algún día cuando todas las líneas estuvieran rellenas. Su voz también era joven, tan ligera y suave que casi podría haber sido la voz de una niña, excepto que hablaba con una autoridad tranquila que silenció la habitación. “Tienes que quitarte los zapatos y los calcetines. El hogar es sagrado aquí. Lo estás insultando”.

Maya la miró y sonrió, sintiendo una oleada de orgullo, como si la niña de alguna manera le perteneciera.

“Oh, dame un respiro”, dijo Elaine. “Mis calcetines están empapados... sólo necesito secarlos. ¡Seguramente ella puede entender eso!

“No es cuestión de entender”, dijo la niña con su voz tranquila y segura. “Lo que es sagrado es sagrado. No es negociable”. Miró a su alrededor en busca de aliados y llamó la atención de Maya.

La apoyaré, pensó Maya. La respaldaré y luego hablaremos, y esta vez no diré nada estúpido.

“Ella tiene razón, ¿sabes?” dijo Maya. “Somos invitados de esta gente. Tenemos que respetar sus tradiciones”.

“Ah, pelotas”, refunfuñó un joven. “Es una superstición tonta en un país con tantas formas para mojarse los pies. Juro que los nepalíes destacan por idear formas de hacer que una vida que ya es difícil sea más incómoda de lo necesario”. Pero se agachó y recogió sus zapatos y calcetines. “¿Elaine? ¿Úrsula? ¿Tomo los vuestros también?”

La rubia Úrsula le dio a Maya una mirada desagradable, pero ella recogió sus medias y zapatos y pasó bruscamente junto a la chica del suéter verde que todavía estaba en la puerta.

“Tengo calcetines limpios en mi mochila”, dijo, y fue a la otra habitación.

Los otros dos la siguieron.

La sherpani sonrió aliviada. Maya se levantó, con la intención de ir a la otra habitación y dejar libre la cocina, pero la sherpani negó con la cabeza y le hizo un gesto para que volviera a sentarse. Agradecida, lo hizo y la chica del suéter verde se unió a ella en el alféizar de la ventana.

“Nos hemos visto antes, camino a Namche”, dijo Maya. “Mi nombre es Maya. ¿Cómo te llamas?”

“Claire”, dijo.

La sherpani le entregó a Claire una taza humeante de chaya (espinaca) caliente, tomó la taza de Maya y la volvió a llenar. Se sentaron, bebiendo juntas, en un silencio que Maya quería romper, pero no sabía cómo. ¿Qué es lo que quiero de ella? Ella se preguntó. ¿Una bendición? ¿Necesito que mi yo más joven me diga que no me he comprometido ni cedido, que realmente estoy bien?

Su silencio se desvaneció en el silencio del pueblo, la esencia destilada de una soledad con la que Maya estaba familiarizada, el silencio que descendía al final de la tarde, cuando todos estaban en el trabajo y sólo ella estaba en casa, tratando de escribir. Un silencio apacible y conmovedor, con la luz empezando a fallar y el tiempo agotándose. En un momento habrían terminado su té. Se perdería una oportunidad.

“¿Cómo va tu viaje?” –Preguntó Maya. Un comentario poco original, pero ahí estaba.

“Bien.”

La niña parecía parte del silencio, parecía contener en su quietud tesoros revelados sólo por pequeños rayos de sol que entraban por las ventanas de pergamino. «Pero tal vez estoy interpretando todo eso. Quizás simplemente sea tímida».

“¿Dónde vas hoy?”

Claire sonrió, la media sonrisa misteriosa y contenida de un Kore griego arcaico³⁸. “No sé. Quizás a ninguna parte. Tal vez me quede aquí y estudie con los monjes de la gompa.

“¿Puedes hacer eso? No sabes que se enfrentan a los occidentales”.

Claire se encogió de hombros. “No sé si lo hacen. Pero quizá vuelva a Tengpoche, aunque no me gusta mucho estar allí. Hay demasiada gente, demasiados excursionistas. O a Thami”.

“Es bueno ser tan libre cuando eres joven”, dijo Maya, porque se sintió obligada a ofrecerle algo a la niña. “Cuando envejeces, la vida se vuelve más... complicada”.

“No tiene por qué ser así”, dijo Claire con decisión, como si fuera un credo que ella misma reclamara.

“Eso creí yo una vez”, dijo Maya. “Pero las complicaciones tienen una manera de sorprenderte”. De repente Maya quiso tomarla por los hombros y advertirla, aconsejarla, sentarla y derramarle todo lo que había aprendido en veinte años. Mira, mira, así es la vida y así debe ser, yo he recorrido tu camino, me he dirigido a curanderas y curanderos y chamanes en todo el Tercer Mundo. Sé cómo reunir poder y sé cómo se siente cuando se te escapa y lo hace cuesta abajo.

38 La Kore es una escultura femenina que muestra una actitud hierática.

Escúchame, déjame ponértelo fácil. No quiero que tengas que pasar por lo que yo pasé.

Entonces eso es lo que siento por ella, pensó Maya. No lujuria sexual, sino lujuria materna. Soy veinte años mayor que ella, edad suficiente. Quiero ser la madre de alguien, tener alguien que me siga, a quien transmitirle cosas.

“Hay que estar alerta”, dijo Claire. Maya quedó sorprendida por la palabra que usó. Vigilante. Como vigilia. Y era imposible pensar en vigilia sin pensar en soledad, del mismo modo que era imposible decir motosierra, por ejemplo, sin pensar en Texas y masacre. ¿Estaba sola la chica? ¿Y era eso lo que ella misma necesitaba, una dosis de soledad a la antigua usanza, para despertarla y hacerla apreciar la calidez de la cocina de Johanna?

“Pero si estás demasiado alerta”, dijo Maya, “si estás demasiado comprometida con tu propia libertad, entonces nunca podrás comprometerte con nadie más ni con nada. Puede ser una forma vacía de vivir”.

“Los lamaas dicen que el vacío es forma, la forma es vacío”, respondió Claire. “Las complicaciones son todas ilusiones. Una vez que atraviesas el velo, el vacío es todo lo que hay”.

Había un tono en su voz, bajo la calma y el silencio, solo un suave indicio en el que Maya captó algo quejumbroso, como si estuviera tratando de convencerse a sí misma de algo.

Está sola, pensó Maya. Necesita una madre, un amante o una mejor amiga, y en lugar de admitirlo y salir a buscarla, está convencida de que la soledad es un camino espiritual.

Bueno, sé cómo se hace eso.

“Sí, pero también dicen que se supone que primero debes vivir una vida”. Maya habló a la ligera, pero tenía la sensación de haberse unido a una batalla que ya estaba en marcha dentro de la niña. “Tener sexo, tener hijos, tener lo que fuera el equivalente a una carrera. Entonces tienes algo a lo que renunciar. Por lo general, una no sale y encuentra la iluminación a los diecisiete años”.

“Dieciocho”, dijo la niña. “Muchos jóvenes van a los monasterios a los dieciocho años. Algunos van incluso más jóvenes, cuando son niños. Viven una vida totalmente espiritual”.

“Ah”, dijo Maya, “pero tal vez tú y yo nacimos en cuerpos de mujeres en Occidente precisamente para poder luchar con todas las contradicciones de la vida ordinaria, turbia y desordenada”.

La chica suspiró. “Eso es lo que todo el mundo dice. Así lo justifica todo el mundo. Y así continúa”.

Pero debería decir eso, Maya casi protestó. Debería tener dieciocho años y gritar por la pureza. ¿Por qué de repente quiero convencer a esta chica de que se vaya a casa, vaya a

la universidad y tenga citas? ¿Es este mi instinto maternal descendiendo de la peor manera posible? En un momento estaré repitiendo las líneas de Betty.

La chica era una mensajera. ¿Pero cuál era el mensaje? ¿No he estado lo suficientemente alerta, he permitido que mi pureza se vea complicada por el trabajo, los compromisos y todas las ansiedades de la vida diaria? ¿O he estado demasiado alerta, cortando las complicaciones que podrían haberme alimentado con un hijo propio? Como Rio. ¿Por qué estoy tan segura de saber qué es lo correcto para ella cuando no sé qué es lo correcto para mí?

“Tal vez seas tú”, dijo Maya. “Tal vez seas tú quien lo haga, supere todo y permanezca libre. Una vez pensé que lo sería, pero resultó ser otra persona”.

“Tengo que intentarlo”, dijo Claire. “Eso es todo lo que sé.”

“Que te vaya bonito”, dijo Maya.

“Eso es español, ¿no? ¿Qué significa?”

“Que te vaya bien”.

Maya pensó en su conversación durante todo el camino de regreso a Tengpoche. Al ir cuesta abajo, podía seguir el ritmo de los demás sin respirar con dificultad ni toser mientras descendían por las laderas escalonadas. Debería haberle advertido, pensó Maya. Debería haberle dicho que hay un

poder en la desconexión, en lo informe, que puede salirse de control. Lo he visto suceder, he visto a los hippies llegar a Panahachel en busca de iluminación, conformándose con droga barata. No debería haberla dejado ir. Ella necesita a alguien que la guíe, o tal vez yo simplemente necesito a alguien que la cuide, alguien que me haga sentir que puedo unirme a lo que Johanna llama la línea de mujeres, esos ancestros que se remontan al pasado y se extienden hacia el futuro en los que aún están por llegar. Pero yo soy el eslabón roto, fuera de lugar, sin madre, sin hijos. A la deriva sin aferrarme a la tierra, como una cometa suelta de su cuerda.

Por supuesto que tengo a Rachel, se dijo. Aprendí a trenzarle el pelo (lo suficientemente bien como para obtener lo que Johanna siempre decía que eran notas aprobatorias para una chica blanca), supervisé sus deberes y sus partidos de softbol, asistí a sus espectáculos de danza, la hice practicar con el piano y la llevé alrededor como chofer.

Pero no la llevé en mi útero, ni la hice nacer, ni forjé esa conexión de sangre, leche y huesos.

¿Era eso tan importante? ¿O tal vez estaba sintiendo el espíritu de Betty respirar en su nuca, susurrando: “Bebé. Nietos. ¡No dejes que mi línea desaparezca!”

Bueno, entonces ella simplemente tendría un bebé. Muchas mujeres lo tuvieron solas.

Estaban cruzando el puente colgante y por un momento se detuvo para mirar los estanques azules del Dudh Kosi y la espuma danzante que se arremolinaba y bailaba blanca alrededor de sus bordes.

Si yo fuera un tipo diferente de persona, reflexionó, uno de los sherpas podría dejarme embarazada. No creo que el SIDA sea un problema aquí, todavía no. Tashi, tal vez, es joven y viril. Podría tener un adorable bebé sherpa, dulce y marrón, que se sentiría como en casa a gran altura.

Pero no, el niño treparía por todo lo que estuviera a la vista y yo nunca podría atraparlo.

Lujuria infantil, pensó mientras seguía caminando. Ahora el camino empezaba a subir de nuevo, pero suavemente. Se quedó atrás de los demás, pero eso le convenía. No quería hablar, quería pensar.

¿Era eso lo que estaba pasando? ¿Por qué de pronto se sentía tan inquieta, tan descontenta en su relación con Johanna? Ya lo había visto antes: dos mujeres aparentemente perfectamente felices, dedicadas la una a la otra, que llegan a esa edad en la que la alarma del reloj biológico empieza a sonar y, de repente, una u otra termina con un hombre. A veces, sólo para romper dolorosamente unos años más tarde, con equipos de abogados librando costosas batallas por la custodia.

Betty, deseabas tanto tener un nieto. Y ni yo ni Debby estábamos dispuestas a dártelo. ¿Tu deseo se soltó como un miasma que flotaba libremente cuando moriste y se insertó en mí?

¿Es un fantasma que puedo exorcizar? ¿O un espíritu al que podría acoger con agrado? ¿O significa simplemente que no fui suficiente para ti, tal como soy?

Habían llegado al lugar a lo largo del sendero donde una serie de pequeñas cabañas de piedra albergaban ruedas de oración pintadas de oro, rojo, verde y azul, tambores cilíndricos que podían girar empujando los radios que sobresalían de su base. Delante de ella, Maya pudo ver que Ang hacía girar cada rueda a su paso, y cuando llegó a la cabaña, hizo lo mismo. Nunca dejes pasar la oportunidad de ganar méritos, esa era su filosofía. Observó cómo la rueda giraba, sus formas y colores se desdibujaban, todavía pensando en su madre. Parecía que los buenos momentos entre ellas eran como el giro borroso de una rueda. Algo se movió, cambió, se soltó y por un corto tiempo tuvo mérito ante los ojos de su madre. Pero entonces la rueda desaceleraba y se detenía, y los viejos patrones de bordes duros reaparecían, sin cambios.

Antes de que la rueda pudiera detenerse, Maya tiró del radio y lo hizo girar nuevamente. El truco consistía en mantenerse en movimiento, esa era la cuestión. El movimiento era similar a la libertad. Ambos aportaban

mérito, borraban el pecado y desafiaban la gravedad misma. Ambos ofrecían un escape de fantasmas y miasmas.

Ella giró y giró la rueda, mientras los demás caminaban lejos, fuera de la vista, girando para perderse en los colores, los patrones y la velocidad borrosa. Si tuviera suficiente mérito, suficiente movimiento, suficiente libertad, escaparía de las complicaciones y los recuerdos y regresaría a la simple pureza de la visión. Sería como Claire, de dieciocho años otra vez; ella retrocedería en el tiempo.

Y en esta ronda no cometería los mismos errores.

XXV. NOVIEMBRE DE 1969

“Esta es mi hija Karla, la activista”. La mano de Betty descansaba sobre el hombro de Maya y había una nota en su voz que se parecía al orgullo. El toque, el tono, hicieron a Maya feliz pero cautelosa. Podría acostumbrarse a que la aprobaran, y entonces ¿qué pasaría cuando las verdaderas condiciones de su vida se hicieran evidentes?

Marchaban con su hermana Debby y un pequeño contingente de amigas de su madre que habían venido desde Los Ángeles para la movilización de noviembre. Las mujeres sonreían y sus cabellos grises reflejaban el sol. Los ojos de Debby siguieron a Maya con admiración mientras saludaba a sus amigos y consultaba con los monitores sobre los detalles de la ruta. Porque Maya se había convertido en una organizadora. No una líder, no alguien que discutiera puntos de teoría en reuniones nocturnas, sino una de las legiones de mujeres, en su mayoría, que ayudaban en la oficina, escribían cartas, hacían llamadas telefónicas y organizaban

lugares para que los manifestantes de fuera de la ciudad pudieran reunirse, permanecer.

Era parte de la estrategia del Frente Nacional, como Daniel había llamado al colectivo que formaron en honor a People's Park (el parque de la gente). Ella y Rio, Daniel y Edith, Rob y Liza, se habían conocido durante todo el verano, aparentemente para sesiones de estrategia y educación mutua. En realidad, tomaban largos almuerzos compartidos, fumaban droga y discutían interminablemente sobre cómo poner fin a la guerra.

En agosto, se habían ido juntos a acampar durante diez días en la Alta Sierra. Una sesión de desarrollo de habilidades, la había llamado Daniel. Habían tenido un serio debate en uno de sus almuerzos sobre si debían traer o no un par de rifles para practicar tiro al blanco.

“Debemos prepararnos para todas las contingencias”, había dicho Daniel.

“No estoy preparada para eso”, había dicho Liza. “Simplemente no me veo en la Brigada Revolucionaria de Fusileros”.

“Si estuvieras en Vietnam, no tendrías el lujo de elegir”, dijo Edith. “Tendrías que defenderte”.

“Pero no estoy en Vietnam”, dijo Liza, vertiendo jarabe de arce en un delicado chorro sobre su plato de panqueques.

“Soy estudiante de danza en Cal. Andar por ahí con un rifle no cambiará eso”.

“Sólo digo que necesitamos desarrollar una amplia gama de habilidades”, dijo Daniel. “Espero que nunca tengamos que usar armas, que no lleguemos a eso. Pero si alguna vez las necesitamos, deberíamos poder utilizarlas. Entonces podremos tomar una decisión real. Si decidimos ser no violentos, será una decisión política, no porque no sepamos distinguir una colilla de un bozal”.

“Sí, piensa en lo vergonzoso”, dijo Rob con un guiño. “Ahí están, los Panteras y los cerdos, disparándose en las barricadas, el hermano que está delante de ustedes recibe un balazo en el corazón, ¡bam, pow! La hermana revolucionaria que está a su lado recoge su rifle caído y te lo entrega: un encargo solemne. Y dices: 'Oh, por cierto, ¿cómo se hace esto?' “

“¿Nunca puedes tomar nada en serio, Rob?” Edith le frunció el ceño. “Algún día lo que decidamos aquí podría significar vida o muerte para alguien”.

“Me lo tomo en serio”, dijo Rob. “Simplemente creo que quizás nos lo estamos tomando demasiado en serio”.

“Pero si no nos tomamos en serio a nosotros mismos, ¿quién lo hará?” –Preguntó Edith. “Quizás sería bueno para

todos nosotros aprender a disparar. Aprender la disciplina que se obtiene al manejar el poder real”.

“Sé disparar”, dijo Rio. “Sé todo sobre armas, mierda, crecí con ellas. Caza de marmotas y conejos. Y lo odio. Odio matar cosas”.

“Estamos hablando de autodefensa, no de matar”, dijo Daniel.

“Solía llorar cuando morían las pequeñas marmotas, y mi padre y mis hermanos solían reírse de mí”.

“Entonces podrás enseñarnos”, dijo Daniel.

Rio negó con la cabeza. “No en este viaje. Por un lado, no tenemos rifles... y son caros. Y por otra parte, no es temporada de caza. No se puede andar por el bosque con armas en verano”.

“Rio tiene razón”, dijo Rob. “Si decidimos que realmente necesitamos saber cómo usar un arma, deberíamos ir al campo de tiro algún domingo y disparar al plato”.

Daniel negó con la cabeza. “Demasiadas posibilidades de ser observado y recordado”.

“Oh, vamos, Daniel”, dijo Maya. “¿De verdad crees que alguien está tan interesado en nosotros?”

“Tan pronto como empecemos a tomar medidas efectivas, lo estarán. Tenemos que esperar eso, entrenarnos para afrontarlo comportándonos desde el principio como si fuera cierto. Como dijo Edith, debemos tomarnos en serio”.

“Bueno, lo hago”, dijo Rio. “Me tomo muy en serio que tenemos que poner fin a la guerra. En serio y personalmente. Mi hermano está muerto, eso es grave. Otro hermano mío está allí ahora mismo. Si tengo que morir para poner fin a esta guerra, está bien. Estoy dispuesto. Pero recuerdo cómo se sentía mirar a aquellas malditas marmotas con la cabeza arrancada. No sé si estoy dispuesto a matar”.

Un largo silencio siguió a su declaración.

“Yo tampoco”, dijo al fin Maya en voz baja, queriendo apoyarlo de alguna manera, sabiendo lo que le costaba hablar de su hermano. “No quiero matar a nadie”.

“No estoy hablando de matar a nadie”, dijo Daniel. “Dios sabe que no quiero matar gente. Ni siquiera quiero lastimar a nadie, si se puede evitar. Pero debemos reconocer que, en última instancia, es posible que no podamos evitarlo. Nos enfrentamos a un sistema de violencia institucionalizada, y no va a entregar el poder sólo porque se lo pidamos amablemente”.

De nuevo el grupo guardó silencio. Maya se levantó y empezó a recoger la mesa, y la discusión pasó al menú del viaje.

Viajaron con mochilas a un lago alpino y practicaron cómo hacer fuego, hacer señales y encontrar el camino a campo traviesa con un mapa y una brújula. Maya no estaba segura de por qué eran necesarias estas habilidades para detener la guerra, pero disfrutó muchísimo el viaje. Por la noche, junto al fuego, sostenían largas discusiones políticas. ¿Deberían trabajar con la Moratoria en otoño, planificando el grupo un día completo de actividades para detener la guerra? Daniel la llamó una huelga general de bajo riesgo para los liberales. ¿Deberían trabajar con el grupo que planea la gran movilización de noviembre, la siguiente de la serie de marchas gigantes a las que miles regresan cada primavera y otoño, con regularidad como aves migratorias? ¿Deberían seguir siendo independientes, emprender sus propias acciones, intensificar la lucha en sus propios términos, cualesquiera que fueran? Por encima de ellos, el cielo estaba cubierto de demasiadas estrellas. Durante el día, el cielo era extraordinariamente azul, reflejado en lagos ocultos que descubrieron en lo alto de repisas de granito calentado por el sol. “Si esto no fuera la naturaleza”, se quejó Daniel, “sería de mal gusto. Exagerado.”

Ahora Maya marchaba por Geary Street detrás de la pancarta de Mujeres en huelga por la paz, en compañía de mujeres con trajes de pantalón de poliéster y zapatos de

tacón plano, que empujaban cochecitos o exhibían fotografías de sus nietos y sonreían y saludaban a las multitudes que se alineaban en las calles. Eran maestras, madres y trabajadoras sociales, todas ellas, excepto Maya, integradas en la vida ordinaria. No estaban considerando dar esas vidas para detener la guerra a la que se oponían. Cuando se cansaban de cantar “Ain't Gonna Study War No More” (No me voy a preparar para la guerra nunca más), hablaban de sus trabajos, de cuál era el restaurante más auténtico de Chinatown, de tomar el ferry a Sausalito y dónde comer en Fisherman's Wharf, de sus hijos en escuela de posgrado y sus hijas que estaban casadas y cómo el sacerdote de su parroquia local se había manifestado en contra de la guerra. Maya empezó a sentir una extraña sensación de dislocación, como si la marcha se hubiera transformado sin su conocimiento en un picnic suburbano como parte de un paquete turístico. ¿Qué estaba haciendo ella allí? La mujer que apareció en las noticias de la noche, ¿dónde estaba? ¿Quién se acordó de ella? ¿Sanaría la señora Kohls sus heridas con café de su termo? ¿Podría su bebé viajar en el cochecito con la hija de la señora Irving, con su piel ennegrecida y descamada protegida por los paraguas que levantaban contra las ráfagas de lluvia?

Su madre se volvió hacia ella y sonrió. “Esta marcha es algo hermoso. Estoy orgullosa de que hayas colaborado en su organización”.

Maya notó que Betty había envejecido. Nuevas líneas rodeaban sus ojos y su cabello castaño estaba veteado de gris. Su piel era suave, pálida y ligeramente pecosa. Vestía pantalones azules de poliéster con banda elástica en la cintura y una blusa de flores rojas y blancas. De repente Maya se sintió abrumada por la ternura hacia ella. Quería tomar a su madre en sus brazos y abrazarla como si Betty fuera la niña, y evitar que volviera a sufrir daño. Sin embargo, sospechaba que ella misma seguiría haciéndola daño. Porque, después de todo, ¿dónde residía su lealtad? ¿En los brazos de carne suave de su madre? ¿En la mujer en llamas?

“Te amo, mamá”, dijo Maya. “Me alegra mucho que hayas venido, y Debby también. Estoy muy feliz de que podamos marchar juntas, así”.

Los ojos de Betty se llenaron de lágrimas. Deslizó su brazo alrededor del hombro de Maya y su otro brazo alrededor de la cintura de Debby, y siguió caminando, una mujer orgullosa apoyada por sus hijas. Y si pudiéramos quedarnos así, pensó Maya, y no hablar, y no arruinarlo... Abrió la boca y empezó a cantar.

“Voy a deponer mi espada y mi escudo,
Abajo en la rivera...
Abajo en la rivera ...”

Las voces de las mujeres se elevaron con la canción, y la música creció a su alrededor y las llevó como el río que

cantaban, entrelazado con filamentos de amor. Por primera vez en mucho tiempo, Maya se dio cuenta de que estaba feliz. Su madre la amaba de nuevo. La gente se estaba levantando. Incluso la gente común y corriente, la que no era valiente, no estaba a la moda o no estaba dispuesta a morir, tal vez incluso ellos detendrían la guerra.

Pero el camino era largo y no podían cantar para siempre. La señora Kohls pasó su termo sin fondo y Maya bebió agradecida una bebida que era fuerte, lechosa y dulce.

“¿Sabías que Johanna tuvo un bebé?” dijo Betty.

“¿Qué? ¡Estás bromeando!

“No, es verdad. El pasado junio. Ha sido un año difícil para ella”.

“¿Ella abandonó la escuela?”

“No, ella está aguantando. Marian la está ayudando. Vive en casa y Marian trabaja en el turno de noche, duerme por la mañana y cuida al niño por la tarde. Supongo que por la mañana Johanna lleva al niño a la guardería. ¡Qué vida tienen algunas personas!

“¡No puedo creerlo!” No puedo creer que no me lo haya contado, pensó Maya, que dejaría que su ira siguiera siendo una barricada entre nosotros. ¿Cómo era posible conectar tan profundamente y terminar tan separadamente?

“No cuentes conmigo para hacer lo mismo por ti”, advirtió Betty.

“No planeo quedar embarazada, mamá. No te preocupes. Antes de tener hijos, quiero hacer del mundo un lugar adecuado para criarlos”. O caer intentándolo, añadió en silencio, un resultado que en realidad pensaba que era más probable.

“Esperemos que ese día feliz llegue antes de tu menopausia”, dijo su madre.

La marcha continuó cuesta arriba y guardaron silencio mientras luchaban por subir. Las mujeres mayores redujeron la velocidad y Maya tomó una señal y se la llevó a una mujer que respiraba con dificultad. Finalmente alcanzaron la cima de la colina. En la cima, se volvieron por un momento para ver la larguísima fila detrás de ellas: miles de personas llenando las calles, extendiéndose hasta la Bahía, una cinta de color hendiendo la ciudad.

Cuando comenzaron a bajar, Betty habló de nuevo. “Entonces, ¿alguna vez piensas en volver a la escuela?” –preguntó con una voz tan cuidadosamente casual que a Maya le dolieron los oídos.

“Necesito quedarme libre ahora mismo para poder dedicar mi tiempo completo a este trabajo. Tenemos que poner fin a

esta guerra, Betty. Hay muchas cosas que están mal en este país y que tenemos que cambiar”.

“No puedo discutir eso. Estoy aquí, ¿no? Pero, ¿cómo puedes estar preparada para hacer los cambios si no tienes educación?

“Mamá, lo que enseñan en la universidad es cómo prevenir el cambio, no cómo realizarlo. Estoy recibiendo mi educación en las calles”.

“¡Oh, Dios, dame un respiro!”

“¡Es cierto!”

“Karla, estoy hablando de tu vida, no de tu retórica. ¿Qué tipo de vida estás haciendo para ti? Incluso tu novio está en la universidad. ¿Va a querer una esposa que ni siquiera tenga un diploma de escuela secundaria?

El brazo de su madre fue retirado y Maya se apartó, envolviéndose en su propio silencio.

“Bueno, ¿lo es? ¡Contéstame a eso!

“No puedo responder a eso, mamá. Es sólo que... tú y yo pensamos en términos tan totalmente diferentes que ni siquiera puedo empezar a hablar contigo.

“Inténtalo. No veo cómo puedes cambiar el mundo si ni siquiera puedes explicar tus ideas a tu propia madre”.

Maya miró furtivamente a Debby, esperando encontrar un aliado. Pero el rostro de su hermana estaba cuidadosamente sereno, neutral, cerrado. ¿Cómo podría decirle a su madre lo que realmente creía? ¿Podría decir mamá, estamos viviendo en los últimos días? Todo esto se va a desmoronar y me he comprometido a ayudar a derribarlo. Me sorprendería si alguna vez llegara a tener veintiún años.

“Mira, mamá, no quiero pelear contigo hoy. ¿No podemos simplemente decir que este es un momento histórico y queremos ser parte de él?

“Pero en todo el país, los estudiantes universitarios son parte de ello”. La voz de Betty se elevó hasta casi un chillido. “Y cuando pase el momento, todavía tendrán algo. Una educación. Un título. Un futuro.” Dejó de caminar por un momento, respiró hondo y deslizó su brazo alrededor del hombro de Maya. “Karla, escúchame, esto es algo que sólo se aprende viviéndolo, pero estas cosas pasan. Un movimiento es como un estado de ánimo: estás dentro de él y luego sales de él, pero la vida continúa”.

Maya se liberó del abrazo de su madre y reanudó su caminata cuesta arriba. “¿No podemos hablar de otra cosa? Como tú, Debby. ¿Cómo está la secundaria en Harding?

“Está bien”, dijo Debby. “He estado bastante ocupada este semestre porque tengo una doble especialización: ciencias e idiomas. De esa manera, cuando sea médico, podré viajar por todo el mundo”.

“Eso es genial, Debby”, dijo Maya, evitando la mirada de su madre.

Debby respiró hondo y miró de su hermana a su madre y viceversa. “¿No quieres ser nada, Karla? Quiero decir, ¿quieres hacer esto toda tu vida?”

“Soy algo, Debby. Soy yo”. Debby era joven. Aún podría ser salvada si Maya pudiera alcanzarla. “Eso es suficiente. Porque lo que quiero es mucho más grande que cualquier cosa que pueda ser”.

“¿Qué deseas?”

“Quiero que todo cambie. Quiero vivir en un mundo diferente”.

Para su sorpresa, el brazo de su madre se deslizó hacia atrás sobre sus hombros. “Simplemente me duele”, dijo Betty. “Ojalá pudiera darte un mundo diferente. Ojalá pudiera facilitarte las cosas”.

Maya no se apartó. Ella se dejó acercar. Si tan solo pudiera ceder, dejar que su madre la protegiera nuevamente, ser una niña por un tiempo. Pero ese tiempo había pasado. Tendría

que seguir luchando. “No te estoy pidiendo que me pongas las cosas fáciles, mamá. Déjame vivir a mi manera”.

“Bueno”, dijo Betty. “No me había dado cuenta de que había tenido mucho éxito al detenerte”.

Maya les dio una nota para Johanna.

Querida Johanna,

Escuché sobre tu bebé. Supongo que debería felicitarte, aunque estoy segura de que no es fácil ir a la escuela y tener un bebé también.

Espero que no estés todavía enojada conmigo. Ciertamente no estoy enojada contigo. Supongo que he aprendido mucho y ahora entiendo cómo el racismo de este sistema injusto siempre nos ha dividido. No es realmente sorprendente que hayas visto eso antes que yo. Sólo quiero que sepas que estoy dedicando mi vida a trabajar contra la opresión de tu pueblo y de otros pueblos del Tercer Mundo, como en Vietnam. Me gustaría ser tu aliada de alguna manera.

Te quiere,

Maya J.

Esta carta no la satisfizo. Sonaba rígida, como algo escrito por un comité, no por ella. Ella la envió de todos modos. El problema era que ya no podía simplemente escribir una carta de Maya J. a Johanna M. porque era demasiado consciente de escribir una carta de una persona blanca a una persona negra. Parecía ser otro momento en el que no podían comunicarse. Realmente no esperaba una respuesta y no la recibió.

Maya se frotó las manos y pisoteó sus pies, que se habían convertido en muñones entumecidos. Había estado todo el día parada en el frío afuera de Macy's en Union Square, sosteniendo una paloma de papel maché con una abertura para monedas. Faltaba menos de una semana para Navidad. Calle abajo, el Ejército de Salvación tocó su campana y cantó villancicos lúgubres. A su alrededor estaban reunidos los demás miembros del Frente Interior. Estaban repartiendo globos que decían PAZ EN LA TIERRA: DETENGAN LA GUERRA EN VIETNAM.

“¿Quieres un globo, pequeño?” preguntó Daniel, vestido como Papá Noel, con un traje de felpa rojo cubierto de botones políticos. Era un San Nicolás flaco, picudo pero extrovertido.

Rio estaba a cargo de la botella de helio, junto con Rob.

“¿No es lindo?”, dijo la madre del niño, que vestía un abrigo de piel oscuro y tacones de aguja. “Dile gracias a Santa... ¡Espera un minuto! ¿Qué es esto?” cuando vio el mensaje estampado en los globos.

“Paz”, dijo Edith, colocando un folleto en la mano de la mujer. “¿Sabes cuántos niños han sido asesinados en Vietnam este año?”

“¡Joey, devuélveme ese globo!”

“¡No quiero!”

Ella le arrancó el hilo de la mano y él empezó a llorar mientras ella se lo llevaba a rastras.

“Deberían avergonzarse de ustedes mismos”, gritó la mujer. “Usar a niños para su propaganda”.

“Piensa en los niños de Vietnam”, gritó Edith tras ella. “¡Piensa en su Navidad!”

Edith conocía todos los hechos y estadísticas sobre Vietnam, cuántos habían muerto, cuántas toneladas de bombas se habían lanzado, exactamente cómo afectaban el napalm y el fósforo blanco a la piel humana. Ella nunca dejaba de acordarse de gritarlo. Maya se sintió inadecuada ante su determinación.

“¡Oye tú, ahí! ¡Aléjate de aquí! ¡No tienes permitido estar por aquí! El guardia de seguridad de la tienda, un hombre fornido de rostro rubicundo, salió de la entrada principal y abordó a Daniel.

“¡Ho, Ho, Ho!” Dijo Daniel jovialmente.

“¡Te acosaré!

“Feliz Navidad”, dijo Rob, entregándole un globo a una niña. “Paz en la Tierra.”

“Es maravilloso el trabajo que estáis haciendo”, dijo una joven. “Vamos, Jessica. Feliz navidad.”

“¿Por qué ese hombre lastima a Santa?” –Preguntó Jessica. El guardia de seguridad había agarrado a Daniel por la muñeca y estaba tratando de obligarlo a alejarse de la entrada de la tienda. La niña empezó a llorar.

“¡Deja en paz a Papá Noel!” dijo la mujer. “Estás asustando a los niños”. Se estaba formando una multitud y Edith estaba ocupada recitando hechos y repartiendo folletos. Maya sostuvo la paloma, sonrió y dijo: “¡Felices navidades! ¿Le importaría hacer una contribución a la paz?

El detective soltó el brazo de Daniel pero hizo una llamada por su walkie-talkie. Rio llenaba los globos con helio. Rob se los entregaba a los niños y a cualquiera que quisiera

aceptarlos. La multitud creció, gritándoles aliento o acusándolos, hasta que llegó la policía.

“Se les ordena dispersarse”, dijo el oficial. “Esta es una reunión ilegal”.

“En seguida, oficial”, dijo Daniel, “¿eso muestra el espíritu navideño?”

“Paz en la Tierra”, dijo Rio, entregándole un globo al segundo policía. El hombre soltó la cuerda y el globo se elevó hacia el cielo.

“Paz en la Tierra, detened la guerra en Vietnam”, dijo Maya, agarrando un puñado de globos y distribuyéndolos rápidamente entre un grupo de niños que estaban reunidos cerca de Santa.

“Estás bajo arresto”, le dijo el primer policía a Santa.

Los niños comenzaron a llorar y gritar, al igual que la mayoría de sus madres. “¡No puedes arrestar a Papá Noel delante de mi hijo!”

“¡Ese hombre es una farsa! ¡Arréstenlo ahora!”

Daniel, sonriendo, se sentó. Edith, siguiendo su ejemplo, se unió a él. Al otro lado de la calle, Liza, su vigía, agitó un brazo para indicar que estaba allí. Rob agarró el tanque de helio e intentó retroceder silenciosamente con él, pero otro coche

patrulla se había detenido y otros dos policías lo bloquearon. Las sirenas sonaban y los niños lloraban. Maya y Rio se sentaron con los demás, entrelazando los brazos en cadena y cantando:

Será mejor que te cuides
Será mejor que todos griten
demasiados han muerto
Y es por eso que
Papá Noel quiere salir
de Vietnam!

Maya sintió emoción, pero no miedo cuando el garrotazo bajo su brazo la liberó del agarre de Rio. Con un ruido sordo, otra porra aterrizó en su espalda. Escuchó el crujido de las porras golpeando a los demás y trató de estirarse hacia atrás para protegerse la base del cuello, pero le agarraron la mano y le retorcieron el brazo detrás de ella.

“Vamos, hermana”, escuchó.

Cantaron el segundo verso un tanto irregularmente mientras los policías se los llevaban a rastras.

Él sabe a quién has estado golpeando.
Él conoce las cabezas que rompes,
Él sabe lo que el napalm les hace a los niños.
¡Así que largaos, por el amor de Dios!

“Necesitamos hacer más”, dijo Edith. Después de quedar en libertad bajo fianza, regresaron al apartamento de San Francisco en Capp Street donde vivían Edith y Daniel. Estaban sentados en la pequeña sala de estar que daba a la cocina. Rob estaba tumbado en un sofá sin muelles. Daniel había tomado el asiento más cómodo, en un sillón que había perdido sus patas. Edith se sentó en el brazo. “De alguna manera todo el mundo necesita hacer más. Necesitamos estar más comprometidos”.

“¿Pero comprometidos cómo? ¿Y a qué?, preguntó Rio. Estaba sentado en una de las sillas de la cocina al revés, con las piernas colgando a los lados y los brazos cruzados sobre el respaldo.

“Comprometidos a poner fin a la guerra”.

“Bien. ¿Pero cómo? Esa es la pregunta.”

“Y no sólo poner fin a la guerra”, dijo Daniel, señalando con su cigarrillo encendido, “sino cambiar el sistema que hace posible la guerra e inevitable.” Se había quitado el gorro de Papá Noel, pero todavía llevaba el abrigo rojo con ribetes de algodón blanco.

“Dime cómo hacerlo”, dijo Liza, “y haré casi cualquier cosa. Pero, francamente, no veo que nada de lo que hemos hecho hasta ahora sea muy eficaz”. Estaba sentada en el suelo,

estirándose mientras hablaban, mostrando sus largas piernas con sus medias negras de bailarina.

“Mira cómo ha cambiado la opinión pública en los últimos dos años”, dijo Daniel. “Ahora la guerra es un tema de debate nacional”.

“Gran maldita cosa”, dijo Rio. “Están debatiendo cómo matar a más vietnamitas y que mueran menos chicos estadounidenses, para quitarse la presión de encima en casa”.

“Un millón de personas marchando en las calles no han detenido la guerra”, dijo Edith, avivando el humo que flotaba hacia ella desde el cigarrillo de Daniel. “Cientos de arrestos, miles de manifestaciones, innumerables cartas, demostraciones y canciones de protesta, y la guerra continúa. La Moratoria no la detuvo y la movida de noviembre no la detuvo. El SDS³⁹ prácticamente se ha disuelto y eran única facción con agallas de los estudiantes. Al menos estaban tomando medidas”.

“No podemos actuar hasta que nos eduquemos”, dijo Daniel. “Tenemos que determinar cuáles son nuestras propias posiciones. La acción por sí sola no es suficiente,

39 El SDS, Estudiantes por una sociedad Democrática, fue una organización activista estudiantil de los años 60.

requiere tiempo, estrategia y un programa revolucionario general”.

“¿Qué hemos estado haciendo durante los últimos seis meses?” Dijo Rio. “Hemos leído tantos malditos libros que deberíamos obtener crédito por el curso”.

“Hay más que estudiar. Apenas hemos echado un vistazo a Marx”.

“Oh, no”, dijo Maya. Estaba parada en la cocina, esperando a que hirviera el agua para poder preparar café para todos. “Estoy dispuesta a morir por la revolución, pero no estoy dispuesta a morir de aburrimiento tratando de entender *Das Kapital*”.

“Pero para ser cuadro, hay que entender *Das Kapital*”, dijo Daniel. “Tienes que ser capaz de analizar las contradicciones y saber por qué estás luchando”.

“Genial, explícamelo”, dijo Maya. “Entiendo las cosas estando afuera, en el viento o en la calle. No a través de libros”.

“Maya, ¿por qué subestimas tu propio intelecto? En realidad, no eres sólo una estúpida chica mística que no puede pensar, ¿sabes? Tienes un cerebro en la cabeza, no te vendría mal usarlo”. Daniel volvió a hacer un gesto con su cigarrillo, arrojando ceniza al cuello blanco del traje de Santa.

“¡Vete a la mierda!” Maya le dio la espalda y se dedicó al café.

“Oh, nuestro pequeño y feliz colectivo ya está comenzando con paz, armonía y compañerismo”, dijo Liza. “Bésense y maquillense, niños”.

“Maya, fuiste grosera”, dijo Edith. “Pero Daniel fue condescendiente”.

“Lo siento, está bien. Es sólo que esta inclinación antiintelectual del movimiento realmente me afecta. ¿Qué hay de malo en usar tu mente?

“Nada”, dijo Maya por encima del hombro mientras vertía agua a través del café molido en la toalla de papel que usaban como filtro. “Es sólo que hay más de una forma de usarla”. ¿Cómo explicar que no quería una ideología o una estructura para sus pensamientos, que seguía algo intuitivo como un olor, como un sentimiento en su propio cuerpo que surgía ante la presencia de la libertad? Su crítica de lo que estaba mal no era algo que pudiera incluir en un programa de diez puntos. Era una sensación de encierro, un reconocimiento del agotamiento de la vida, que parecía generado por las estructuras de pensamiento. Sin embargo, tal vez eran necesarios, tal vez la libertad sin barreras que ansiaba no era, en verdad, una base práctica para una vida. O no lo suficiente. Porque ahora, se dio cuenta, quería algo

más que libertad. Por el bien de la mujer en llamas, quería que su libertad significara algo.

“No quiero quedar atrapada en abstracciones”, dijo finalmente.

“Nadie está discutiendo eso”, dijo Daniel. “La ideología debería ser una base, no una jaula”.

“¿Entonces, que vamos a hacer?” –Preguntó Lisa.

“¿A corto o a largo plazo?” –Preguntó Daniel.

“Oh, el largo plazo está bastante claro”, dijo Rio. “A la larga, aplastaremos al Estado. A corto plazo, propongo que volvamos al centro mañana... tal vez lo intentemos en Powell y Market”.

“Pero esta vez quiero ser Papá Noel”, dijo Rob desde el sofá donde yacía boca abajo, con los ojos cerrados.

“¡Tú! ¿Quién ha oído hablar de un Papá Noel mexicano-italiano? –Preguntó Daniel.

“¿Quién ha oído hablar de un Papá Noel judío?”, respondió Rob, levantando la cabeza.

“Jesús era judío, ¿por qué no debería serlo también Papá Noel?” –Preguntó Daniel.

“Propongo que, de acuerdo con nuestro compromiso con el proceso democrático, rotemos el puesto de Papá Noel”, dijo Edith. Maya se giró para mirarla fijamente. Si alguien más hubiera dicho eso, habría sido una broma. Pero Edith hablaba muy en serio.

“¡Está bien!”, dijo Rob, sonriendo. “¡Adelante! ¡La brigada de Papá Noel!

“No lo sé”, murmuró Daniel. “Me suena sospechosamente rojinegro”.

El día que el Frente Nacional recibió armas para luchar, Rio disparó a todos los relojes de la casa. Irónicamente, las armas, en forma de dos rifles de caza, una escopeta y una pistola, fueron los regalos póstumos de Jim, enviados a Rio por su madre cuando limpió el antiguo dormitorio de los niños para que su hermana viuda pudiera mudarse allí.

Maya había llegado desde la calle, de regreso a su garaje reformado, con las manos agrietadas por el frío de haber echado cartas para extraños y le dolían los pies. Rio estaba sentado en el sofá, con las piernas apoyadas en el viejo carrito de teléfonos que usaban como mesa de café, donde reposaba una quinta parte de whisky junto a los restos de un paquete de seis cervezas Heineken. Él le sonrió, adormilado. A su lado había una caja de cartón parcialmente desembalada.

Cogió una pistola negra brillante en su mano derecha, la apuntó a la cabeza y dijo en broma: “¡Bang bang!”.

“¿Qué carajo es eso?” –Preguntó Maya. “¡Guardalo!”

“El tiempo ha muerto”, dijo con exagerada solemnidad, girándose lentamente para apuntar al reloj de la cocina. Apretó el gatillo y el disparo pareció destrozar a Maya. Ella gritó cuando el reloj se hizo añicos.

“¡Rio, estás loco!”

“¡Fuera de mi mente!” Hizo un gesto hacia una audiencia invisible. “El problema contigo es que no entiendes el tiempo. El nuevo tiempo. Te aferras a los viejos tiempos, pero ahora es un buen momento”.

“¡Por favor, Rio!” Dijo Maya, tratando de caminar lenta y tranquilamente hacia él, tratando de no entrar en pánico porque alguien que no reconocía parecía estar mirando por sus ojos.

“Tiempo, tiempo, tiempo...” comenzó a cantar, extendiendo la mano y tomando un trago de whisky escocés de la botella.

“¡Por favor, por favor!”

“Vamos a pasar un buen rato. Ven conmigo bebé. Ven aquí.”

Ella fue porque no quería enfadarse con él, y porque pensó que tal vez podría calmarlo, y porque tenía miedo y quería aferrarse a él a pesar de que él mismo era a lo que le temía. Se deslizó junto a él en el sofá, con la esperanza de agarrar el arma. En lugar de eso, la rodeó con sus brazos y apuntó con el arma a su pecho.

“¿Qué hora es ahora, niños y niñas?” Él le guiñó un ojo.

“No, Rio. ¡Por favor, no es gracioso!

“Es hora de luchar, es hora de ganar”. Él la miró fijamente y luego se giró de repente y disparó una serie de disparos al reloj que había encima del televisor.

“Buen momento... buen momento...” Se echó a reír. Él la miró acusadoramente y, para apaciguarlo, ella se rió con él.

“Este es el comienzo de la revolución”, dijo, y se rió con más fuerza mientras cogía de nuevo el whisky.

“Por favor, Rio, no bebas más. ¿Vale? Por mí, cariño. Por favor, guarda el arma”, canturreó Maya, preguntándose por un momento en quién se había convertido.

“Aprovecha el tiempo”, dijo, y se desmayó.

XXVI. EL DIARIO DE JOHANNA WEAVER

10 de enero de 1970

Bueno, mi propósito de Año Nuevo era contestar la carta de Maya, pero han pasado diez días y no he escrito ni una palabra. Así que supongo que no lo haré. Realmente, es difícil saber qué decirle. Al principio sólo iba a romper la maldita cosa. ¡Ella me hizo enojar! Maya, pendejo, quería decirte, ¿qué te ha hecho Berkeley? ¿Te convirtió en una ideóloga de mierda? Señor, qué triste. Qué terriblemente triste.

Luego me enojé de nuevo. Niña, hablas de racismo, pero esta carta es lo más racista que he conocido que hayas hecho, con todas nuestras luchas. ¿A dónde diablos fui por ti? ¿Cómo pasé de ser una persona a una abstracción, una Persona Negra? ¿No soy una mujer? ¿No soy todavía la chica

cuyo pelo rizado casi le arrancaste mientras gritábamos juntas a los Beatles en el show de Ed Sullivan? ¿No nos tocamos una, dos veces, de corazón a corazón, de mano a mano?

Pero tampoco pude escribir esa carta. Porque cuando me recosté y me miré en el espejo, tuve que admitir que mi propia cara también tenía algo de suciedad. Tuve que admitir que fui yo quien primero incorporó la raza a nuestra amistad, gritándole esa mañana que era una niña blanca mimada. Señor, Señor, si hubiera sabido cuántos problemas causaría esa palabra, me habría contenido la lengua. Pero entonces no tendría a Rachel, ¿verdad?

Maya, escribiría si pudiera, el racismo es real. La injusticia es real. Pero lo que nos divide es simplemente la culpa. La tuya, porque por alguna razón te sientes obligada a cargar sobre tus hombros todos los pecados de la raza blanca, aunque de hecho, mientras mi gente era enviada desde África, la tuya vagaba por Europa del Este en algún lugar siendo ensartada por cosacos y asada por la Inquisición. Tal vez todavía no te hayas dado cuenta de que eres judía. Por supuesto, tienes privilegios. ¿No intenté decírtelo? Pero no dejes que se te suba a la cabeza. Hay un precio que pagar.

Y luego está mi culpa, que es más simple y más personal. Que me follé a tu novio a tus espaldas y ahora tengo su bebé. Y no quiero que él lo sepa. No quiero compartirlo, excepto un poco con Marian. Ella es mía. Ahora se sienta y come

comida sólida, y juro por Dios que tiene un gruñido especial que significa “mamá” y otro para “galleta” y entiende la mitad de lo que le digo. Sus ojos me siguen por toda la habitación con esa vieja y sabia expresión en ellos, como si supiera mucho, mucho más que yo sobre lo que se avecina.

Pero tampoco puedo escribirle eso a Maya. La verdad audaz y mezquina es ésta: que no puedo acercarme a ella otra vez sin decirle quién es el padre de Rachel, y no estoy dispuesta a hacerlo.

No puedo responder a su carta.

Johanna.

XXVII. NOCHE EN TENGPOCHE

El Monasterio de Tengpoche es el corazón espiritual de Khumbu. Aunque no es antiguo, alberga muchas obras de arte y manuscritos irreemplazables. Aquí el pueblo sherpa guarda sus tesoros.

– Folleto de Mountain Co-Op Adventures

“Al yeti le gusta imitar a los seres humanos”, dijo Tenzing con su pequeña sonrisa burlona. “Verán gente cavando y plantando campos de día, y de noche intentarán hacer lo mismo y terminarán por destruirlos. Por eso a la gente del pueblo no les gustan”.

Estaban sentados en la tienda comedor en el campo junto a Tengpoche, terminando su cena de buñuelos de coliflor, patatas fritas, lentejas y arroz. El cálido resplandor de una lámpara de queroseno ahuyentaba la oscuridad y, con un sólido coeficiente de grasa en su interior, Maya se sintió más cálida que en todo el día. El calor y las calorías casi compensaron su decepción porque Debby todavía no hubiera aparecido.

“Ciertamente puedes ver por qué”, dijo Lonnie, limpiándose la boca con la parte posterior de su pañuelo. “Como una plaga de tuzas de King Kong”.

“En una aldea”, continuó Tenzing, “la gente cavó un gran hoyo y entró en él. Allí bebieron agua y fingieron pelear con cuchillos de madera. Luego abandonaron el pozo y esa noche metieron dentro cuchillos reales y botellas de alcohol. Todos los Yetis se emborracharon y se mataron unos a otros. Sólo uno escapó, una hembra embarazada que no pudo participar en la pelea”.

“¡Qué triste!” dijo Jan. “Qué terriblemente triste. Piensa en cómo debió haberse sentido ella, con toda su gente muerta”.

“En realidad, parece que mi vecindario es el de un sábado por la noche”, observó Maya, preguntándose si se atrevería a tomar una segunda ración de buñuelos. ¿Qué diría el Entrenador Personal Superior? Oh, al diablo con eso, ella merecía un poco de consuelo. Había esperado, realmente lo

había hecho, que Debby se uniera a ellos aquí, en este altiplano donde podrían haber dejado las cenizas de Betty a la vista de Chomolungma. Tendría que dejar de lado esa fantasía. Debby se había ocupado de eso. Por supuesto, para ser justos, Debby no sabía que Maya había traído las cenizas de su madre, que había esperado una noche de luna llena como ésta, con las montañas brillando a lo lejos como diosas.

No lo sabía porque Maya no se lo había dicho, sólo le había enviado un mensaje muy básico. Lo que no decimos nos divide, reflexionó Maya. Los secretos tallan Grandes Cañones de separación a través de las relaciones. Míranos a Jo y a mí, separadas por el secreto de Rachel. Y el mismo secreto me impidió acercarme a Rio, responder la carta que me envió. ¿O el secreto era sólo un pretexto para mantener un silencio que realmente no quería romper? ¿No tanto por lo que había hecho, sino por en quién me había permitido convertirme cuando estaba con él?

¿Y en quién me convertí para Johanna, ocultándole su secreto?

La conversación se desarrolló a su alrededor y Maya intentó concentrarse en ella, porque no le gustaba la dirección en la que iban sus pensamientos.

“Cuéntanos otra historia”, le estaba diciendo Carolyn a Tenzing. “Otra historia de yetis”.

“Había un pastor de yaks”, dijo Tenzing, “que solía frotarse la piel con mantequilla, a modo de loción. El yeti lo miró. Dejó muchísima mantequilla de yak para el yeti, y cuando el yeti se la frotó en la piel, se incendió. Corrió y corrió, hasta que encontró a su amigo. '¿Adónde debo ir? ¿Adónde debo ir?' preguntó, y su amigo dijo: “Al río” (river). Pero el yeti entendió: 'Al bosque' (forest), así que corrió bajo los árboles y quemó el bosque, matándose a sí mismo y a su amigo”.

“¿Por qué tengo la sensación de que estas historias de yetis son chistes polacos de Sherpaland?” reflexionó Peter.

“Eso también es triste”, dijo Jan. “¿No hay historias alegres sobre el yeti?”

“Quizás la cualidad existencial de la yetidad no sea feliz”, sugirió Lonnie.

“No hay muchas historias alegres sobre vampiros o duendes, de hecho”, observó Peter.

“Pero el yeti parece diferente. No lo sé, siempre pienso que deberían ser muy parecidos a los humanos”, dijo Jan.

“Eso es lo que quiero decir”, dijo Lonnie. “La cualidad existencial del ser humano no es tan feliz, cuando lo piensas”.

Había querido decirle a Rachel la verdad, estaba pensando Maya. Casi lo hice la noche que ella me lo pidió. Tal vez

debería haberlo hecho, pero no era el momento adecuado. Jo y yo llevábamos juntas, ¿cuánto?, tres o cuatro años para entonces, desde que regresé de México. Ya habíamos estado discutiendo sobre dónde se había ido nuestra pasión.

“Tal vez la regularidad lo estropee todo”, había dicho Jo. “Soy hija de Oshún. No puedo ser un perro de una sola mujer”.

Oshun era la diosa yoruba del amor, y Jo había comenzado recientemente a estudiar con Nimba, una amiga de Maya que era sacerdotisa Lucumi. Jo y Maya habían ido juntas a un bimbe, dejando que los salvajes tambores y los movimientos rítmicos de la danza las llevaran al trance. Después, mientras comían pollo guisado, quingombó, cuscús y verduras, Maya se dio cuenta de que Johanna conversaba profundamente con uno de los tamborileros, un hombre apuesto y musculoso con rastas salvajes y piel oscura y brillante que resultó ser un profesor de antropología en Cal durante el día.

“Quieres decir que quieres salir con ese baterista”, dijo Maya acusadoramente.

“¿Luis? Tal vez. ¿Sería eso tan horrible? ¿Te importaría?”

“¿La verdad? No sé.” Tal vez lo haga, pensó, pero tal vez nos hayamos vuelto demasiado familiares, demasiado entrelazadas. Quizás yo también necesite un poco de

espacio para respirar. “Estarías segura de que estarías a salvo, ¿no?”

“Maya, no me refiero a acostarme con el chico, solo a salir a cenar”.

“Oh, ¿ya tienes una cita concertada?”

“Tentativamente. Le dije que tenía que consultar mi calendario”.

“¿No le dijiste que tenías que consultar con tu novia?”

“No, no lo hice. Casi no conozco al chico. Además, ya hemos hablado de este tema una y otra vez. Mi vida privada es asunto mío. No tengo que proclamárselo a todo el mundo”. Se enfrentó a Maya, su voz a la defensiva. “He dicho esto antes y lo diré otra vez: tengo que trabajar en toda la comunidad negra, no sólo en el auxilio de mujeres. Nuestro mayor apoyo en Hunter's Point proviene de las iglesias, y ellas no son amigables con los homosexuales. El bien que puedo hacerles a las lesbianas al salir del armario no supera el daño que les haría a los niños con los que intento trabajar”.

“¿Qué tal si se lo dices a alguien a quien estás a punto de dejar entrar en tu vida privada?”

“Si nos involucramos, por supuesto que se lo diré. Pero lo único que hacemos es salir a cenar”.

Al final, Johanna había ido a su cita y Maya se había quedado en casa con Rachel, ayudándola con su tarea de matemáticas y releendo el manuscrito *Desde la montaña*, tratando de discernir por qué había recibido otra notificación de rechazo. No estaba pensando en Johanna y Luis. Ella no estaba celosa. En todo caso, sentía un susurro de alivio. El apartamento parecía más abierto, la cocina, donde estaba sentada junto a Rachel en la pequeña mesa de madera, parecía más espaciosa.

“Conoces a mi mamá desde hace mucho tiempo, ¿no?” Dijo Rachel abruptamente, levantando la vista de su papel y lápiz. Su cabello colgaba en dos largas trenzas y sus ojos midieron a Maya como si estuviera evaluando algo.

“Desde que éramos niñas. Casi la edad que tienes tú ahora. Maya estudió el trabajo de Rachel, leyendo al revés. Sra. Eller, quinto grado, hoja de trabajo de fracciones, decía. El tono de Rachel era demasiado informal, siempre una señal de que estaba a punto de decir algo de gran importancia.

“Así que tú también debes haber conocido a mi papá”.

Maya guardó silencio. Cogió su taza de té y la tomó lentamente. Aquí estaba, por fin, el momento que siempre había sabido que llegaría algún día, el momento que ella y Johanna nunca habían acordado cómo afrontarlo.

“Lo conocía”, dijo al fin.

“¿Cuál es el gran misterio sobre él?”

“¿Qué quieres decir?”

“¿Por qué mamá nunca habla de él? Y su voz se vuelve divertida. No tenemos fotos ni nada, no como las que tiene la abuela Marian del papá de mamá”.

Si le miento, pensó Maya, nunca volverá a confiar en mí. Si le digo la verdad, ¿qué dirá Johanna? Especialmente esta noche. Ella nunca creerá que no lo hice por celos y despecho.

“No soy un bebé”, proclamó Rachel en respuesta al silencio de Maya. “Y creo que alguien debería decirme la verdad”.

Tiene razón, pensó Maya. Pero no puedo ser yo.

“¿Por qué no le preguntas a tu madre?”

“Lo he hecho, un millón de veces. Ella simplemente dice: 'Murió en la guerra' y cambia de tema”.

Maya permaneció en silencio, retorciendo los dedos, sin mirar a Rachel a los ojos.

“¡Dime! ¡Quiero saber!”

“No me corresponde a mí decírtelo”, dijo finalmente. “Es cosa de tu madre”.

“Pero ella no lo hará, ¡ya lo sabes!”

“Lo lamento.”

“Si lo sientes, entonces cuéntame sobre él. De todos modos, ¿de quién es padre?”

“Creo que tienes derecho a saberlo”, dijo Maya. “Pero no soy tu madre”.

“Pensé que eras mi amiga”, dijo Rachel. Maldita seas, Johanna, pensó Maya. Maldita seas por ponerme en esta posición.

“De todos modos, sé que nunca estuvieron realmente casados”, dijo Rachel.

“¿Como sabes eso?”

“Porque mi apellido es Weaver, igual que el de mi mamá”.

“Eso no significa nada”, respondió Maya. “Muchas feministas ponen a sus hijos el nombre de su madre. ¿Por qué debería desaparecer el nombre de la mujer?”

“¿Entonces estaban realmente casados? ¿Dónde están las fotos de la boda?”

“No intentes manipularme”, dijo Maya. “Te lo dije, debes preguntarle a tu madre. No estoy de acuerdo con ella, pero tiene derecho a decidir qué decirte”.

“¿Qué hay de mí? ¿Qué pasa con mis derechos? No te preocupas por mí”. Rachel arrojó su libro y salió corriendo de la habitación.

¡Oh, Diosa, Johanna! ¿Cómo quedé entre ustedes dos? ¿Y qué le digo? Te amo, pero tu madre es mi amante, mi mejor amiga, mi único apoyo emocional y económico en estos momentos. Mi guardiana.

Maya se levantó y siguió a Rachel a su habitación. La niña yacía en su cama, llorando.

“Me preocupo por ti”, dijo Maya, acariciando su espalda suavemente.

“¡No, no lo haces!”

“Oh, cariño, no llores. Lo siento.” No me odies. No me culpes. “Te diré una cosa, hablaré con tu madre por ti. Intentaré persuadirla”.

Rachel se giró sobre su espalda y miró hacia el techo. “No me importa lo que hagas”, dijo. “Te odio.”

“Vamos, cariño, no digas eso. Vamos, volvamos a la cocina. Te haré chocolate caliente y te ayudaré con tus problemas de matemáticas”.

Pero el rostro de Rachel se había cerrado, como puede cerrarse el rostro de un niño. Tanto como puede hacerlo un puño cerrado.

Cuando Johanna llegó a casa, Rachel estaba profundamente dormida en su cama. Maya esperó despierta, bebiendo demasiadas tazas de té de hierbas y sin poder concentrarse en su manuscrito. Finalmente oyó abrirse la puerta y el murmullo de voces abajo. Johanna subió las escaleras. Maya se sintió aliviada al ver que Luis no la seguía.

“¿Como estaba tu cita?” –Preguntó Maya.

“Oh, Maya, ¿qué puedo decirte?” Johanna colgó el bolso en el respaldo de la silla, se sentó y se quitó los zapatos de tacón. “Fue interesante. Ya sabes, sólo para disfrazarte y salir con alguien diferente, ir a cenar a uno de esos lugares sobre los que leíste en Herb Caen pero que nunca llegas a ver. Donde te sirven cinco champiñones rellenos sobre escarola y sabe mejor que cualquier cosa que te hayas llevado a la boca antes. ¿Cómo estuvo tu velada? ¿Estuvísteis bien?”

“Bien.” Maya miró fijamente su taza de té.

“Le hablé de ti”, dijo Johanna.

“Oh, lo hiciste. ¿Eso significa que estás involucrada?”

“Significa que creo que es un buen tipo y confío en él. Maldita sea, Maya, ¿no puedes entender que a veces necesito arreglar algunas cosas con alguien que también conoce a la comunidad negra desde adentro? ¿Crees que siempre me siento cómoda con las contradicciones?

Maya negó con la cabeza. “No. Sé lo difícil que es para ti”.

“Crees que soy una cobarde”.

“No, no lo hago.”

“No soy una cobarde. Nunca he rehuido hacer algo porque fuera difícil. Es sólo que tengo que decidir por mí misma qué tiene sentido. Lo que es correcto.”

“Está bien.” Maya miró hacia arriba. “De verdad, Johanna, estoy bien con lo que elijas decirle al mundo, o no. Pero hay algo más”.

“¿Qué?”

“Raquel. Me preguntó por su padre”.

“Oh, lo hizo”. La voz de Johanna era baja, sospechosa.

“Le dije que te preguntara. Tuvimos una pelea por eso. Y me sentí como una mierda. Maldita sea, Johanna, es hora de decirle la verdad.

“Ella es demasiado joven.”

“¡Ella está preguntando! Eso me dice que tiene edad suficiente para saberlo.

“Ella sólo tiene diez años”.

“Diez por cuarenta. Es muy madura para su edad”.

“No es tan madura como parece”.

“¡Pero está preguntando!” La voz de Maya se elevó y Johanna se giró para mirarla a los ojos. “Odio tener que mentirle y evadirla. ¿Cómo puede alguna vez confiar en mí?

“Ya veo”, asintió Johanna. “Esto no se trata de ella, se trata de ti. Quieres que le cuente sobre su padre para aliviar tu malestar”.

“No, no lo hago. Quiero que se lo digas para aliviar su incertidumbre. Y porque tiene derecho a saberlo”.

Johanna se levantó. “Debería haberlo sabido. Debería haber sabido que tendrías que vengarte de mí de alguna manera por salir con Luis.

“Ese no es el problema”.

“Creo que lo es. No creo que esto se trate de Rachel en absoluto. Se trata de tus celos”.

“¡Eso es una mierda!” Maya golpeó su taza contra la mesa y la miró.

“Tal vez. Pero entonces, ¿podrías explicarme por qué tienes que sacar este tema esta noche, precisamente esta noche? Quieres castigarme”.

“Ella me lo pidió esta noche, por eso”, dijo Maya bruscamente.

“¿Sólo de la nada, sin pequeñas pistas o señales tuyas?”

“Te lo dije, ella me preguntó”. Maya respiró hondo y volvió a hablar con más calma. “Honestamente, Jo, no la insté a hacerlo. Pero no quiero volver a estar en esa posición. ¡No puedo seguir mintiéndole!

“¡Ahora me estás acusando de mentir!”

“Sólo digo...”

“¡Ella es mi hija!”, dijo Johanna con una voz que no permitía discusiones ni compromisos. “¡No es tuya! Esta es una decisión que debo tomar por ella, no por ti. ¡No tienes derecho a quitármela!”

Se miraron fijamente, cara a cara, con furia. Nada aquí es mío, pensó Maya. Todo se debe al sufrimiento de Johanna, y todo está bien, hasta que la enfado. Sólo porque no nos hayamos enfrentado antes no significa que esta barrera no haya estado ahí. No es de extrañar que las aguas no suban para nosotras. Tengo que salir, hacer un cambio. Dejarlo todo antes de que se acerque a mí.

El rostro de Johanna se suavizó.

“Lo siento”, dijo. “No quise decir eso tal como suena”.

“Lo dijiste en serio”, dijo Maya. “Está bien, es verdad. Raquel es tuya”. Se puso de pie y se giró para salir por la puerta, y Johanna extendió una mano para sujetarla.

“Pero ella no es toda mía”. La mano de Johanna sobre su brazo era una súplica. Perdóname, decía, ámame de todos modos. ¿Cómo podría Maya alejarse de eso? “Por favor, Maya, esto es algo que tengo que hacer yo misma. Y lo haré. Cuando sea el momento adecuado, lo haré. Tienes que confiar en mí”.

“Tal vez el momento adecuado sea cuando ella pregunte”, dijo Maya, sin alejarse, pero sin dejarse acercar ni abrazar.

“Tal vez. Lo pensare.”

“¿Quieres?”

“Lo haré.”

Ella sí lo pensó, admitió Maya para sí misma. Ella pensó y pensó. Finalmente, Rachel dejó de preguntar.

Los chicos de la cocina trajeron teteras humeantes y cuencos de melocotones enlatados y empezaron a recoger

los platos. Rachel había dejado de preguntar, pero nunca dejó de querer saber. El secreto siempre estuvo ahí, entre ella y Maya, una barrera que nunca cruzaron.

“Al menos el tiempo ha mejorado”, estaba diciendo Carolyn. “Ese es un pensamiento feliz. Mañana tendremos una gran vista de las montañas”.

“Justo cuando nos vamos”, refunfuñó Lonnie.

“La luna está realmente hermosa esta noche”, dijo Jan. Se volvió hacia Maya. “Está llena. ¿No crees que es una buena noche para un ritual?”

“Supongo que sí”, dijo Maya de mala gana. No estaba de humor para bailar a la luz de la luna. No tengo hijos, se dijo de nuevo. Rachel nunca fue mía. Mi propia madre no es más que una bolsa de cenizas en mi mochila y mi hermana ni se ha molestado en venir a verme. No podemos hacer juntas el ritual que imaginé; no podemos dejar descansar a Betty frente a la Diosa Madre del Universo. Entonces, ¿por qué hacer algo? La tienda comedor estaba cálida: ¿por qué debería morir congelada tratando de sacar a relucir los restos de su poder y arriesgarse a exponer sus carencias y su dolor?

Maldita sea Debby, la perra egoísta. Pero eso era injusto. Si Maya le hubiera dicho lo importante que era para ella encontrarse aquí... pero no. Maya había tenido una razón

para no decírselo. Era tan probable que Debby se mostrara reticente como comprensiva. No había querido discutir con ella por cable; había querido presentarle un hecho consumado. Aquí estoy: hermana, cenizas, luz de luna, montaña sagrada, todas las piezas en su lugar. ¿Qué dices, hermana?

Bueno, infierno. Debby o no Debby, la luna todavía estaba llena y brillaba sobre Jomolungma. Tal vez debería dejar de sentirse como una niña petulante de dos años y comportarse como una sacerdotisa, olvidarse de la decepción y de sus cenizas y bailar para ella misma.

“Después de que terminemos nuestro té, saldremos y bailaremos por la luna”, dijo Maya. “Quien quiera puede venir”.

“¿No sólo mujeres?” –preguntó Carolyn.

“No, los hombres también. Si quieren.”

“Gracias”, dijo Peter, bostezando. “Pero creo que hay una cama para mí”.

Al final, sólo las cuatro mujeres caminaron juntas hasta el borde de la meseta, lejos de los grupos de tiendas, las linternas y las voces, hacia un terreno abierto. Maya llevaba su mochila, con las cenizas de su madre y el pequeño tambor de mano que había traído. Le dio a Jan un cuenco de leche que le había pedido prestado a los chicos de la cocina para

usarlo como ofrenda. Eligió un terreno plano e instaló un altar sencillo: solo el cuenco de leche y su lámpara de vela en el suelo desnudo. La noche estaba despejada en parches. Por momentos, la luna brillaba sobre ellas, iluminando la nieve, las tiendas y los bordes de las altas montañas con su resplandor plateado. Maya contenía la respiración, como para absorber la belleza de la noche. Luego las nubes volvían a arremolinarse sobre su rostro, convirtiendo la noche en un profundo azul aterciopelado.

“¿Deberíamos empezar?”, preguntó Maya un poco vacilante. Todavía podía sentir su desgana, como un obstáculo en el camino que tendría que superar. Desde el banco bajo detrás de ellas, escuchó una tos suave. Se giró y vio a Ila, el conductor de yaks, en cuclillas en el suelo, con Tashi detrás de él.

Ila sonrió tímidamente. De todos los sherpas, él era el único que alguna vez parecía descuidado, con el cabello sin peinar y el rostro cubierto por la espesa sombra de una barba que afeitaba irregularmente. A Maya le recordó una versión himalaya de Humphrey Bogart en *El tesoro de Sierra Madre*. Pero tenía una pequeña y dulce sonrisa y una voz baja y hermosa. Todas las mañanas cantaba cánticos budistas mientras preparaba bolas redondas y pegajosas de alguna sustancia que adoraban los yaks, como su golosina diaria.

“¿Es posible buscarme?”, dijo él. Maya lo miró fijamente sin comprender.

“¿Es posible buscarme?” Repitió él. De repente ella entendió.

“¡Quieres mirar!”

El asintió.

“Por supuesto que puedes mirar”. Normalmente ella habría dicho que no. El ritual no era una actuación que debía observarse. Pero aquí, en este lugar donde todos le habían permitido tan generosamente observar sus ceremonias, ¿cómo podría excluirlo? “Puedes unirte, si quieres”.

“¿Me uno?” Él rió.

“Te unes. Si quieres.” Detrás de él, Tashi retrocedió unos pasos, riéndose. “Tashi también.”

Tashi avanzó. “¿Podemos unirnos?”

“Seguro. De hecho, sería fantástico si quisieras traducirle a Ila”.

Tashi se recostó boca arriba y se rió en voz baja para sí mismo, pero se levantó y se unió a los demás mientras Maya los formaba en un círculo.

“Está bien, ¿no es bueno... que hagamos nuestro propio ritual aquí?” Maya le preguntó a Tashi. “Quiero decir, ¿necesitamos obtener permiso de Rinpoche o algo así?”

“No, aquí está bien. En la gompa, no”. Se disolvió en risas de nuevo, aparentemente ante el solo pensamiento.

“¿Qué hacemos?” –preguntó Carolyn.

“Tómense las manos”, dijo Maya. “Respirad juntos, sentid vuestros pies en la tierra”.

Ella los guió a través de una breve meditación, indicándoles que sintieran su conexión con la tierra.

“Respira hondo e imagínate como un árbol que puede echar raíces aquí. Deja que tu aliento se hunda a través de tus raíces hasta la tierra”.

Podía sentir que su energía comenzaba a cambiar. Sí, la tierra aquí tenía poder, la corteza era tan gruesa, kilómetros de ella bajo sus pies. Podía sentirla pulsando, presionando contra sus plantas. Todo lo que tenía que hacer era dejarlo entrar.

“Atrae el poder de la tierra”, dijo. “Deja que te llene”. Pero las palabras eran sólo palabras. Las suelas de sus botas de montaña seguían siendo una barrera entre sus pies y el suelo.

“En mi tradición”, le explicó a Tashi, “siempre comenzamos reconociendo las cuatro direcciones. Entonces, tal vez esta noche deberíamos nombrarlas como las montañas sagradas que nos rodean. Sagarmata. Ama Dablam. Ayúdame, Tashi... ¿cuáles son las demás?”

Tashi le estaba murmurando a Ila, evidentemente traduciendo porque Ila levantó la vista y dijo amablemente: “Lhotse. Nuptse.”

“Gracias. Sean bendecidas. Montañas sagradas, poderes de la tierra, vientos que barren estas cumbres, sol que calienta el aire, ¡lo deseamos! Aguas del Dudh Kosi y de todos los ríos sagrados, estén con nosotros. Préstadnos vuestra fuerza”. Esperó mientras Tashi traducía para Ila, quien asintió con aprobación.

Luego se quedó quieta un momento, preguntándose qué hacer. Un ritual podría ser éxtasis, energía, intimidad. En el mejor de los casos, los tres. Pero necesitaba un propósito, un enfoque, una historia para unirlos. Sin su madre para descansar, ¿qué estaban haciendo aquí, bajo la luna del escondite?

Todos la miraban expectantes.

“Ila”, dijo, “¿te gustaría ofrecer una oración?” Tashi tradujo e Ila sacudió la cabeza con timidez.

“Entonces cantemos a la Diosa de la Luna”, dijo Maya. Sacó el pequeño tambor de mano que había traído en su bolso de lona y comenzó a tocar, cantando un canto sencillo que interpretó Tashi.

Después de un momento, los demás se unieron.

“Ella cambia todo lo que toca,
Y todo lo que toca, cambia”.

Sí, así era como solía hacerlo, antes de que su poder la abandonara. Empezaba a tocar el tambor, con un ritmo suave, respirando al ritmo de los movimientos que hacían sus dedos sobre la piel del tambor, dejándolo susurrar, dejándolo moverse. Luego abría la boca y dejaba que salieran las palabras, palabras que llevaban a las personas a lugares, les contaban las historias que necesitaban escuchar. Hasta que las palabras, las imágenes, los tambores y el aliento los unían a todos; las personas separadas se convertían en un ser respirante que viajaban juntos, que luchaba contra demonios y cantaba a las Diosas, que lloraba y se regocijaba con una voz que construía y construía hasta que el poder se desvanecía, generado, formado y liberado.

Pero ahora el tamborileo sonaba muerto. Rumor sordo, ruido ahogado. Cuando se quedó quieta para dejar que el poder la llenara, permaneció vacía. La noche la rodeaba de belleza, pero las palabras que le salían eran palabras de memoria, cosas memorizadas o inventadas hacía mucho

tiempo, los exoesqueletos despojados de pasados momentos de poder.

“Diosa del cambio, ayúdanos a superar los cambios que enfrentamos”, dijo Maya cuando el canto terminó.

“Guardemos silencio por un momento y meditemos en la luna, la noche y las montañas”, dijo Maya, para ganar algo de tiempo para pensar. “Escuchemos atentamente, para oír lo que tienen que decirnos”.

Escuchó, esperando una voz o al menos una intuición que le dijera qué hacer. Todo lo que podía oír era la voz petulante de su madre.

“No fui lo suficientemente buena para ti. Oh, no. Tenías que salir e inventarte la gran Diosa Madre”.

“Yo no inventé a la Diosa, Betty”, dijo Maya. “Ella ha existido desde mucho antes que cualquiera de nosotras”.

“Te decepcionaste de mi omnipotencia maternal cuando tu padre nos dejó. Tenías que reemplazarme con una figura materna poderosa”.

No, no, ella nunca debía dejar las cenizas aquí. Esa no sería la historia que contaría este ritual. Es hora de recurrir a algo probado y verdadero.

“La luna llena es el momento de culminación y cumplimiento”, dijo Maya. “Que cada uno nombre lo que esperamos que se cumpla en el próximo mes”.

“Mi trabajo”, dijo Jan inmediatamente. Maya levantó el cuenco de leche y se lo entregó.

“Derrama unas gotas, como ofrenda”, dijo.

Jan lo hizo y Maya le indicó que le pasara el cuenco a Lonnie, a su izquierda.

“Esto es para que florezca la pasión”, dijo Lonnie, derramando un poco de leche en el suelo.

Ila estaba a su lado y miró a Maya inquisitivamente mientras Lonnie le entregaba el cuenco.

“¿Debo hacer?” preguntó.

“¿Puedes explicar?” Maya le dijo a Tashi, quien habló rápidamente con Ila. Ila sonrió y sirvió un poco de leche, hablando largamente en sherpa.

“Dice que ora por las cosas que estamos plantando ahora, las patatas y la cebada, y por la buena salud de todos los animales y de todos nosotros”, tradujo Tashi.

Quizás la historia sea tan simple como eso, pensó Maya. Brujas de Occidente y Sherpas de Oriente se han unido para

adorar a la luna a la sombra de la Diosa Madre del Universo. Quizás el problema aquí no sea si siento o no una oleada de poder. He cumplido mi función simplemente haciendo que esto suceda.

“Ahora toma el cuenco y pide un deseo”, le dijo Maya a Tashi.

Lo hizo, riéndose para sí mismo y luciendo algo avergonzado.

“Me gustaría”, dijo con un gesto dramático, “¡una motocicleta!” Derramó una buena cantidad de leche en el suelo. Carolyn extendió la mano y le quitó el cuenco.

“Deje algo para el resto de nosotros”, dijo. Levantó el cuenco y lo miró pensativamente. “Deseo tener un hijo”, dijo finalmente, y vertió el líquido en el suelo.

Maya tomó el cuenco. Quizás eso es lo que debería pedir, pensó. A pesar de que Carolyn está casada, es profesional y delgada, ella también podría ser una mensajera para mí. Pero no estoy lista.

“Deseo paz para el espíritu de mi madre”, dijo, y derramó las últimas gotas de leche.

Ahora deberían cantar, bailar y aumentar el poder, pero Maya no estaba segura de estar a la altura. En lugar de eso, comenzó a cantar en voz baja.

“Somos el poder en todo
Somos la danza de la luna y el sol”.

Cantaron suavemente y la luna apareció detrás de las nubes, pintando bordes plateados en las montañas. Este lugar es tan hermoso, pensó Maya. El ritual es superfluo. Todos los demás recordarán esta noche como luminosa, mágica. Sólo yo, con mis expectativas, la consideraré una decepción. Ese es mi defecto. Si pudiera dejar de lado cómo espero que se mueva la energía, podría disfrutar del poder plateado y silencioso que está aquí, ahora, y estar contenta.

Se quedaron en silencio otra vez.

“Tocad la tierra”, dijo Maya, “para darle algo del poder que hemos levantado”.

Se arrodillaron y se pusieron en cuclillas, con las manos en el suelo. Los sherpas hicieron lo mismo: Ila con su sonrisa alentadora y Tashi todavía riéndose.

“Ahora, digamos cada uno algo por lo que estemos agradecidos durante el último mes”, dijo Maya. Era una buena manera de terminar. Nunca prolongar un ritual en el frío, ese era uno de sus lemas, aunque la verdad es que ahora se sentía más cálida que sentada junto al fuego en Pangboche. “Yo empezare. Estoy agradecida de estar aquí, en este hermoso y sagrado espacio, y agradecida por la calidez y amistad del pueblo sherpa”.

Tashi tradujo e Ila habló fuera de turno.

“Dice que está agradecido por su grupo, que es tan amigable y amable”, interpretó Tashi. “Dice que espera que usted regrese muchas veces a nuestro país”.

Uno por uno, los demás hablaron de su gratitud, siguiendo el ejemplo de Maya de alabar la tierra y al pueblo de Khumbu. Las risas de Tashi finalmente lo vencieron cuando llegó su turno. Lonnie le pidió a Ila que les cantara una canción y, después de una larga consulta, él y Tashi cantaron juntos y los demás tararearon.

“Bendito sea”, dijo Maya. Ella agradeció a la Diosa, a las direcciones, a los elementos y a las montañas sagradas, y el ritual concluyó.

Me siento mejor, pensó mientras recogía sus cosas. Ila insistió en llevar el cuenco a la cocina y no discutió. De repente estaba muy cansada. Pero sintió una sensación de paz, como si la noche plateada se hubiera infiltrado en los espacios grises de su interior. Se metería en su tienda y dormiría profundamente bajo la luna.

Maya yacía en su tienda, con su diario abierto frente a ella, pensando en escribir con una linterna, o leer más del diario de Johanna, o incluso una de las cartas de Rio. Su saco de dormir estaba caliente y tal vez debería quedarse dormida.

“¿Hola?” una voz llamó suavemente. “Maya, ¿puedo hablar contigo un momento? Era Howard”.

La paz que el ritual le había llenado se evaporó. Maldición. Estuvo tentada de decirle que se fuera, pero en contra de su buen juicio, se sentó y abrió parcialmente la cremallera de la tienda, lo suficiente para mirar hacia afuera. Su rostro llenó la abertura y la linterna de ella iluminó el mechón de cabello rubio, los ojos muy abiertos y el ligero temblor de su labio inferior.

“¿Qué ocurre?” –Preguntó Maya.

“Uh, solo quería agradecerte por el masaje de ayer. Mi cabeza se siente mucho mejor”.

“Me alegro, Howard”.

“Y, eh...” vaciló.

Oh, Diosa, ella se había dejado llevar por esto. Ella lo sabía. Ella nunca debería haber sucumbido a su impulso de ser amable con él.

“Bueno, tú estás sola y yo estoy solo”, prosiguió. “Me preguntaba si querías compañía”.

Se dio cuenta de que hubo un momento en su vida en el que habría dicho que sí por pura lástima. Dale al hombre una aventura, algo que contarle a los chicos de LK. Conviértete

en la bruja mágica que le enseñaría a sus torpes manos a desbloquear los secretos del universo. Pero ella ya había superado eso, gracias a la Diosa. Oh, los hombres nunca sabrían con qué frecuencia fueron follados por lástima. Pensó en Johanna y Rio. Pero eso fue diferente, ¿no?

“Howard”, dijo pacientemente, “cuando te froté el cuello ayer, realmente solo quería aliviar tu dolor de cabeza. No pretendía ser una invitación.

“Oh”, dijo, luciendo decepcionado y un poco confundido.

“Eres un buen tipo, pero estoy cansada. Me voy a dormir ahora. Buenas noches”, dijo con firmeza y volvió a cerrar la cremallera de la tienda. Después de un momento, lo escuchó alejarse.

Hubo un tiempo, admitió para sí misma, en el que habría dicho que sí sólo porque odiaba rechazar a alguien. Fue uno de sus fracasos. Debería estar indignada, furiosa por ser vista como un objeto sexual, por estar tumbada aquí en la oscuridad, sintiéndose triste por él, sintiendo su decepción. ¡Que sienta su propia decepción, maldita sea! Que se meta con alguien de su edad.

Por otro lado, si la lujuria era realmente el centro de sus problemas, tal vez simplemente había desperdiciado una buena oportunidad de quedar embarazada. Él nunca tendría que saberlo. No era del tipo que tiene SIDA, aunque, por

supuesto, nunca se podía estar segura. Por otro lado, él era del tipo cauteloso. Podría haber tenido que convencerlo de que no usara condón, y eso podría ser difícil. Y si fallaba, podría haberse sometido a una experiencia levemente desagradable en vano.

Por otro lado, si hubiera tenido éxito, podría haber tenido un lindo bebé rubio, brillante, bueno en matemáticas y, bajo su guía, no tan torpe. Pero no, eso no funcionaría. Si no podía soportar la idea de Howard, ¿cómo podría ser lo suficientemente bueno para ser el padre de su bebé?

¿Quién sería lo suficientemente bueno? Dios mismo, tal vez, posiblemente Bruce Springsteen. ¿No estaba rompiendo con su esposa porque ella no quería tener un hijo? Tal vez debería escribirle una carta, enviarle una copia de uno de sus libros. “Querido Bruce, soy una gran admiradora tuya y me pregunto si te importaría enviarme una cucharadita de semen envasado en hielo”.

¡Ojalá existiera un banco de esperma de famosas estrellas del rock! Podría tener uno de Bruce, un chico, por supuesto, algo rudo, listo y bueno arreglando autos. ¡Dios sabe, eso sería útil! Y luego quizás uno de Peter Gabriel, una chica sensible y musical. Y para terminar y recordando los viejos tiempos, un par de gemelos judíos de pelo rizado y voces quejosas de Bob Dylan.

Maldito Howard, se estaba quedando dormida y ahora estaba completamente despierta. Sacó su diario, encendió la luz de clip que iluminaba las páginas y empezó a escribir.

Celos. ¿A eso se reduce todo? Lo real que nos separa a Johanna y a mí. No de Luis, Raymond, Lillian o cualquiera de los otros amantes de Jo, sino de Rachel. Su hija. Su niña. Claro, ella siempre la ha compartido conmigo, he sido parte de su vida desde que tenía seis años, posiblemente estuve en su pensamiento durante su concepción, pero aun así, ese punto siempre llega, ¿no?, esos momentos cruciales en los que hay que tomar una decisión: ¿Hasta qué hora debe quedarse despierta? ¿Cuánta asignación debería recibir? ¿Deberíamos decirle la verdad sobre su padre? Discutimos... pero ella decide. He sido su asesora, no su socia.

¿O estoy racionalizando, tratando de justificar lo que probablemente no sea más que un clamor biológico de mis genes, queriendo preservarse, queriendo transmitirse? ¿O el fantasma de mi madre, cabalgando sobre mi espalda, todavía intentando que cumpla sus sueños?

Finalmente ella durmió. En sus sueños, era perseguida por una figura gigante y torpe que dejaba un rastro de llamas detrás de él.

XXVIII. ENERO DE 1970

Maya no quería vivir con el Frente Interior pero pensó que sería bueno para Rio. Su consumo de alcohol aumentaba lenta y constantemente. En una casa comunal grande, llena de gente, tendría que mantener todo bajo control. Él había abandonado la universidad, pero de alguna manera ella se sintió más angustiada que reivindicada. Ella quería que él hiciera realidad sus sueños, cualesquiera que fueran. Ella lo amaba y sentía su decepción quizás más profundamente que él. Pero él nunca habló con ella sobre su decisión, solo la anunció un día cuando llegó a casa y luego se tomó un six-pack. Ahora aceptaba trabajos de construcción y regresaba a casa sudoroso y con el aliento oliendo a cerveza. Sí, sería mejor vivir con otras personas. En algún lugar profundo donde no tenía que mirarlo, estaba el pensamiento de que, si él tenía otro de lo que ella llamaba sus episodios, ella no estaría sola para afrontarlo.

La casa de Capp Street era una antigua casa victoriana dividida en pisos. Daniel y Edith, junto con Rob y Liza, alquilaron un piso inferior, una serie de habitaciones distribuidas a lo largo de un pasillo oscuro. Maya y Rio eligieron la más pequeña y oscura, con una ventana que daba a un pozo de luz. Lo compartían con un escritorio y una máquina de escribir eléctrica, lo que ocupaba la mayor parte del espacio disponible y significaba que en cualquier momento del día o de la noche era probable que alguien los sorprendiera. Se suponía que no les debía importar. La sala estaba llena de sillas y sofás rotos y apestaba a humo de tabaco de las reuniones que parecían estar eternamente en progreso. La cocina era un rincón oscuro separado del salón por una encimera. Detrás de la estufa colgaba un cartel del Che Guevara, adornado con su declaración: “A riesgo de parecer ridículo, permítanme decir que el verdadero revolucionario está motivado por grandes sentimientos de amor”. El cartel estaba salpicado de grasa: El “amor” era casi ilegible.

Maya odiaba el apartamento claustrofóbico y sin aire. Odiaba las reuniones interminables, las discusiones políticas que acompañaban incluso a las decisiones más simples. Pero Rio bebía menos y reía más. De todos ellos, él era el único que podía desatascar un inodoro atascado, cambiar el aceite de un coche o construir una plataforma para un mitin que no colapsara. Lo necesitaban y a él le gustaba sentirse útil.

“¿Cómo puedes cambiar el mundo cuando ni siquiera sabes cambiar el grifo de la lavadora que gotea?” a menudo se le oía murmurar.

“¿Cómo puedes limpiar la injusticia cuando no puedes lavar tus propios platos sucios?” Maya podría replicar, pero aún así podían reírse juntos.

“¿Cómo se puede detener la guerra si no se puede detener el malfuncionamiento del baño?”

“¿Cómo puedes hacer la revolución si no sabes hacer la cama?”

“¡Haz el amor, no la cama!” Rio lloraría, la agarraría y se la llevaría.

En realidad nunca hicieron la cama, que era sólo un colchón en el suelo. De vez en cuando, Maya quitaba las migas y las cenizas de las sábanas y, de vez en cuando, las llevaba a la lavandería. Maya preparaba café en infinitas jarras, vaciaba ceniceros y lavaba los platos apilados cuando se quedaban sin platos limpios. Edith la ayudaba ocasionalmente. Por lo general, Liza estaba demasiado ocupada, yendo a una clase de baile o a una reunión, y los hombres se quejaban de que las tareas domésticas eran una fijación burguesa y se reían de ella.

La guerra continuó. En diciembre, la policía le disparó en la cama al líder de los Panteras Negras, Fred Hampton. En

marzo, los periódicos se llenaron de la explosión en la casa de Greenwich Village que mató a tres miembros del Weather Underground. Maya estaba horrorizada pero, en algún otro nivel, avergonzada. Parecía como si los muertos fueran los que estaban efectuando la acción real, quienes estaban comprometidos de una manera que ella afirmaba estar pero con la que aún no había actuado. Estaba rodeada, aunque a regañadientes, por la burbuja protectora de su blancura, su clase media; no había ningún sufrimiento que pudiera reclamar. Oh, el holocausto, pero eso ya pasó, se acabó. Los Panthers hablaban en mítines, asistidos por guardaespaldas, cargados de munición y con ametralladoras en las manos, con las piernas en una postura amplia y cómoda, las manos cruzadas sobre el pecho y las boinas inclinadas. Parecían representar algo que hacía irreal todo su dolor, la postura vacía de una niña blanca mimada, como la había llamado Johanna. Como si la única manera de hacerse real, de hacer válido su propio sufrimiento, fuera hacer cosas cada vez más difíciles, hasta que finalmente pudiera cometer algún acto tan extremo y sacrificar tanto que fuera reivindicada. Sin embargo, ¿qué podría hacer ella, qué acto podría realizar que pudiera compararse con el dolor de la mujer en llamas?

En esos momentos, deseaba profundamente tener a Johanna, no tanto para hablar con ella, sino por su presencia, su tacto. La carta que había escrito no había recibido respuesta, como era apropiado, pensó Maya. Cuando

reconsideró su contenido, sus mejillas ardieron de vergüenza. Pensó en escribir otra pero nunca lo hizo.

Las reuniones del Frente Interior se centraron cada vez más en cuestiones tácticas. Manifestaciones, marchas, teatro callejero: habían hecho de todo y aún así la guerra continuaba. ¿Había llegado el momento de la lucha armada? Las armas de Rio estaban guardadas bajo llave en el sótano, ante la insistencia de Maya y Liza. ¿Era hora de utilizarlas? Todos los días había amenazas de bombas en edificios públicos, explosiones en juntas de reclutamiento o estaciones. Alguien estaba actuando. ¿No deberían estar haciendo lo mismo?

“No estamos haciendo lo suficiente. No estamos arriesgando lo suficiente”, dijo Edith. Se estaban reuniendo en la sala de estar del Frente Interior. Estaba sentada en el sofá debajo de la ventana, al lado de Daniel, quien apoyaba una mano en su muslo mientras con la otra liaba un cigarrillo. Liza estaba en el suelo, estirándose, con Rob en una silla detrás de ella. Rio paseaba por la cocina con una cerveza en la mano, y Maya observaba todo desde una silla colocada estratégicamente lejos del humo del cigarrillo, que le daba dolor de cabeza, junto con las interminables discusiones que parecían dar vueltas y vueltas sobre los mismos puntos.

“¿Pero qué deberíamos estar haciendo?”, preguntó Rob.

“Necesitamos seguir educándonos”, dijo Daniel. “Nuestro análisis no está claro”.

“Eso es todo lo que hacemos, joder, educarnos”, se quejó Rio. Maya lo escuchó atentamente, alerta por el más mínimo comienzo de una difamación en su voz. “¿Qué hay de detener la maldita guerra?”

“¿Es absolutamente necesario utilizar la palabra 'joder' como adjetivo quince veces en cada frase?” –se quejó Lisa–.

“¡Joder, sí!” Dijo Rio. “Esa es la puta forma en que habla la gente real, hombre. Gente que no son jodidos estudiantes universitarios. ¿Tienes algún problema con eso? Maya escuchó con ansiedad, pero él estaba divertido, medio burlándose de sí mismo, aunque todavía no demasiado. ¿Cuántas cervezas quedaban del six-pack de la noche?, se preguntó ella.

“Si volvemos a lo que dijo Lenin en el *Qué hacer*”, comenzó Daniel, pero Maya lo interrumpió.

“¡Qué aburrido!”

“Por favor, Maya”, dijo Edith, “estamos tratando de tener una discusión seria aquí”.

“Lo digo en serio. Marx, Lenin, Trotsky y todos ellos están muertos. Son viejos muertos. ¿Qué saben ellos sobre intentar detener una guerra?

“¿Estamos simplemente tratando de detener la guerra o estamos tratando de hacer una revolución?” –Preguntó Rob.

“Por eso necesitamos un análisis claro”, dijo Daniel. “Porque, francamente, creo que los acontecimientos están demostrando que no podemos detener la guerra sin una revolución. La guerra es inherente a este sistema. Es el fruto del árbol del capitalismo. Tenemos que talar el árbol para evitar que crezca el fruto”.

“Creo que estamos de acuerdo en esa parte del análisis, Daniel”, dijo Edith. “En lo que no estamos de acuerdo es en qué usar como hacha”.

Rio terminó su cerveza, la dejó sobre la mesa y fue al refrigerador. Dios, pensó Maya, va a ser una de esas noches. Pero si digo algo, simplemente se enojará.

“Nos utilizamos a nosotros mismos, hombre”, dijo Rio. “Nosotros somos el hacha”.

“¿Pero cómo?”

“Deberíamos leer el documento de posición de los Weathermen. No podemos criticarlo a menos que lo hayamos leído”, dijo Daniel.

“No podemos leerlo”, dijo Maya. “No puedo leerlo porque es totalmente ilegible. Lo único bueno es el título: 'No necesitas un meteorólogo para saber en qué dirección sopla

el viento', y se lo copiaron a Bob Dylan. Prefiero simplemente escuchar el álbum”.

Edith suspiró. Ella y Daniel intercambiaron miradas sufridas. “Tu problema, Maya, es que te falta concentración. ¿Por qué no consigues un trabajo? Simplemente pasar el rato en la calle es contraproducente en este momento”.

“¿Por qué no trabajas en una fábrica?”, sugirió Daniel, “si no quieres volver a la escuela, ve a la Escuela de la Vida. Tal vez puedas organizar a los trabajadores”.

“No quiero trabajar en una fábrica”, dijo Maya. “Lo odiaría”.

“La mayoría de la gente en el mundo tiene que hacer cosas que odian”, dijo Edith, mordiéndose el interior de las mejillas.

“Sí, y no quiero ser uno de ellos”, dijo Maya.

Daniel la miró con tristeza. “¿Entiendes lo privilegiada que es tu actitud?”

“No estás trabajando en una fábrica, estás en la escuela de posgrado. Estás haciendo lo que quieres hacer”, respondió Maya.

“¡Lo que quiero hacer! ¿Qué sabes sobre lo que quiero? Daniel se levantó y caminó por la habitación.

Maya lo miró sorprendida, porque solo por un momento hubo algo en su voz que nunca antes había escuchado, una intensidad de emoción como si estuviera a punto de confesarle sus sueños y deseos más secretos. Por primera vez, consideró si él podría querer algo de ella. “¿Entonces que?” preguntó suavemente.

“Te diré lo que quiero. Quiero escribir una tesis condenadamente brillante sobre los factores económicos que impulsaron la Guerra Fría, y conseguir una beca para estudiar en la Sorbona, en París, y beber Pernod por las tardes en un pequeño café de la *rive gauche* con hermosas mujeres vestidas de negro, y en verano quiero pasear por los Pirineos”. Se arrojó sobre el sofá y bajó la voz. “Quiero enseñar en una universidad, de una manera que desafíe todas las suposiciones. Quiero tener hijos. Quiero vivir la vida para la que me criaron. Y si no hubiera una maldita guerra chupasangre, o si yo fuera el tipo de persona que pudiera ignorarla y fingir que no huelo el hedor de los hornos de gas que hay al final de la calle, haría precisamente eso. Pero no lo soy, y no puedo, y ustedes tampoco, ninguno de ustedes, o no estarían aquí. Entonces no podemos hacer lo que queremos. Tenemos que hacer lo que hay que hacer, queramos o no”.

“¿Pero qué es lo que hay que hacer?”, dijo Rob en voz baja. “Eso es lo que no entiendo. Porque lo que estamos haciendo no está funcionando”.

Daniel todavía estaba concentrado en Maya. “Si estuvieras haciendo lo que realmente deseas, si realmente estuvieras siguiendo un sueño, estaría detrás de ti en todo momento. Pero por lo que puedo ver, no estás haciendo una mierda con tu vida. Así que será mejor que seas útil”.

Lo soy, Maya quiso llorar. ¡Me mantendré fiel a mi visión a toda costa! Pero ella nunca podría explicárselo a Daniel. ¿Era eso cierto? Tal vez él tenía razón y ella simplemente estaba perdida.

“Oh, déjala en paz”, espetó Rio. “¿Por qué carajo debería ir a trabajar a una fábrica? Ella no va a hacer una mierda allí de todos modos, hombre. Vengo de la clase trabajadora, ¿vale? Unión, lo entienden. Revolución, no”.

“Pero nuestro trabajo es educarlos”, dijo Edith.

“¿Educarlos para qué? ¿Que deberían estar ansiosos por salir y recibir un disparo en la maldita calle? Déjalo, Edith. Simplemente detengamos la guerra y dejemos en paz a la clase trabajadora”. Echó la cabeza hacia atrás y apuró la mayor parte de la botella de cerveza.

Él la había defendido y Maya estaba agradecida. Era tan real y feroz comparado con el resto de ellos, atrapados en sus nudos intelectuales. ¿Cuántas cervezas quedaban? ¿Estaría demasiado borracho después de la reunión para tener sexo?

“Pero no podemos hacer una revolución sin la clase trabajadora”, dijo Daniel, casi desesperado.

“No puedo vivir contigo, no puedo vivir sin ti”, dijo Rob, guiñándole un ojo a Maya. “Como las damas”.

Maya se levantó y fue hacia el frigorífico. Quedaban dos cervezas. Suficiente para ponerlo firmemente al límite. Sacó una y tomó el abridor de botellas. Rio la estaba mirando con curiosidad.

“¡Tengo sed!”, le dijo ella. “¿Te importa?”

“Oye, bebe, cariño”, dijo expansivamente. “Somos un colectivo, lo compartimos todo. Aplastar la propiedad privada. Aplastar al Estado”.

“Hay una más”, dijo. “¿Alguien la quiere?”

“Claro, dámela”, dijo Rob, dándole su sonrisa de “tú y yo tenemos un secreto”. Con profundo alivio, se la entregó. Ahora Rio estaría bien. Y cuando terminase esta interminable reunión...

Cuando terminó, ella y Rio se sentaron en su pequeña habitación sin aire, con las piernas estiradas sobre el colchón y la espalda apoyada contra la pared. Él quería salir a tomar más cerveza, pero ella lo convenció de compartir un porro. Maya se sentía suelta, relajada, como si su cuerpo pudiera hundirse en la pared. La habitación le parecía gris y se sentía

atrapada en ella, sin nada que mirar, sin ningún color que la llevara a viajar fuera de sus límites. Pero Rio estaba a su lado y era cálido, vivo y hermoso, todos los colores del mundo viviente jugando en su piel.

“Entiendo a Daniel”, decía. “No dejes que te afecte de esa manera. Mira, la cuestión es que nadie le enseñó a hacer nada real. Para él, los libros son lo real”.

“Puedo entenderlo”, dijo Maya, “pero él también tiene que entenderme a mí. Quiero aprender de la vida, no de los libros. No quiero leer a Lenin ni a Mao ni a Bernardine Dohrn. No quiero leer a Marx”.

“Marx es un poeta”, dijo Rio.

“Sí, aproximadamente un párrafo de cada cincuenta páginas. Y el resto es aburrido. ¡Muy aburrido!”

“Tal vez pueda animarte”, dijo, deslizando su camiseta por su cabeza. Lamió su pezón izquierdo. “Esta es la tesis”, dijo, y luego besó el pezón de su seno derecho. “Y esta es la antítesis”. Le desabrochó los vaqueros y se los bajó hasta las caderas, acariciando su ombligo. “Y aquí está la síntesis”. Lentamente, descendió hasta los rizos de su vello púbico, dejando que su lengua acariciara su clítoris. Ella miró hacia abajo para encontrarse con sus ojos por encima del montículo de su vientre, y él levantó la cabeza y sonrió. “Las reservas atesoradas del capital”, dijo, quitándose sus propios

jeans y levantando la cara para besarla mientras colocaba su mano en su raíz. “¿Puedes sentirlo... el potente poder del proletariado?”

“Lo siento”, dijo, riendo.

“¿Pero realmente lo sientes?”

“Realmente lo siento”, dijo, frotándose contra él.

“Siéntelo”, murmuró. “¿Sientes lo que le está pasando?”

“Sí”, susurró.

“Está aumentando. El proletariado está aumentando”.

Ahora que Telegraph Avenue estaba a un largo viaje en autobús, Maya ya no leía las cartas allí con regularidad. En lugar de eso, consiguió trabajo limpiando casas o haciendo trabajos temporales de oficina. De los dos tipos de trabajo, prefería limpiar porque le dejaba la mente libre. En una oficina, obligada a concentrarse en escribir cartas e informes de otras personas, se sentía atrapada.

“¡Banco de America! ¡Uf!” Daniel silbó cuando ella informó durante la cena sobre su nuevo trabajo temporal. “¡Eso podría ser útil! Tal vez puedas conseguir alguna información privilegiada.

“Lo dudo”, dijo Maya, girando cansinamente su tenedor para recoger hebras de espagueti. Había trabajado todo el día y luego había vuelto a casa a preparar la cena, porque nadie más se había molestado. “Solo estoy escribiendo etiquetas para su sistema de archivo”.

“Te sorprendería lo que puedes aprender de las etiquetas de los archivos”, dijo Daniel. “Mira cómo reconstruyen la economía medieval a partir de viejos libros de contabilidad de la iglesia”.

“Se trata principalmente de nombres de empleados, para sus registros de seguro médico”, dijo Maya.

“Los nombres podrían ser útiles”.

“¿Cómo?” –Preguntó Rob. “¿Crees que deberíamos tomar como rehenes a algunas secretarias? ¿Amenazarlos con acabar con el grupo de mecanógrafos si no dejan de financiar la guerra?”

“Eso es todo”, dijo Daniel. “No sé qué podría ser útil y qué no. No sé qué vamos a tener que hacer al final”.

Rob asintió. Rio miró pensativamente a Daniel. “¿Qué estás diciendo?”

“Nada parece estar funcionando”, dijo Daniel. Miró a Edith, una mirada rápida como para confirmar alguna conversación que habían tenido antes.

“Hemos recorrido este terreno una y otra vez”, dijo Edith. “Con el tiempo tendremos que dejar de estudiar y hacer algo”.

“Hemos estado haciendo algo”, dijo Maya. “Muchas cosas. Pasamos toda nuestra vida marchando, organizándonos y hablando con amas de casa en el centro comercial”.

“Hemos estado haciendo gestos”, dijo Daniel. “Hacer cosas para sentirnos nobles y buenos. Manipulación de símbolos. Pero no hemos detenido la guerra”.

“Al menos lo hemos intentado”, dijo Rob. “Cuando nuestros nietos, si los tenemos, nos pregunten: '¿Qué hiciste en la lucha contra la guerra, papá?' Tendremos algo que decirles”.

“Eso es lo que quiero decir”, dijo Daniel. “Hemos estado haciendo lo que nos permite mirarnos en el espejo por la mañana, y eso está bien, hasta donde llega. Pero ¿de qué les sirve a los vietnamitas o a los pobres imbéciles que enviamos allí para que maten por nosotros, si no funciona? ¿No nos estamos entregando simplemente a una forma más refinada de egoísmo, si evitamos hacer lo que podría funcionar, pero que tal vez no nos parezca tan moral y puro?”

“¿Qué tienes en mente?” –Preguntó Rob.

“He pensado mucho en esto”, dijo Edith, mirando a Daniel. “Personalmente, no estoy dispuesta a dañar a otro ser

humano, ni siquiera a detener la guerra. No puedo hacer eso. Pero estoy dispuesta a tomar medidas contra la propiedad. No lo considero violento”.

“¿Qué propiedad? ¿Dónde?”, preguntó Rio.

“Eso es lo que deberíamos estar analizando”, dijo. “A qué apuntar, cuándo y cómo, para que estemos seguros de que nadie resulta herido. Porque nada más de lo que hemos hecho parece estar funcionando”.

Daniel dejó el tenedor. “Cien mil personas marchando pacíficamente no obtienen ni de cerca la reacción de una pequeña amenaza de bomba en una oficina de reclutamiento”.

Liza parecía alarmada. “No sé nada sobre bombas”, dijo.

“Puedes aprender”, dijo Edith. “Todos podemos aprender lo que sea necesario para derribar este sistema. La pregunta es: ¿estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario? ¿O estamos demasiado asustados? Miró a su alrededor, desafiándolos a todos. Nadie le respondió.

Tengo miedo, pensó Maya. En los ojos de Edith parecía ver el reflejo de la mujer en llamas. Una vez juré que nunca más dejaría que el miedo me detuviera. Pero dejó el plato a un lado porque ya no tenía hambre. Delante de ella, en algún lugar, algo parecía desmoronarse, como hileras de hermosas luces que se disolvían. O tal vez estaban convergiendo,

delineando caminos que ella no podía prever y que no habría elegido por sí misma.

En mayo, Nixon invadió Camboya. Maya obedientemente marchó, cantó y esquivó a los policías, tratando de animarse ante la magnitud de la indignación. Después de que la Guardia Nacional disparara contra cuatro estudiantes en Kent State, las universidades de todo el país se declararon en huelga. Sin embargo, de alguna manera se sentía mayoritariamente cansada. Ya he hecho esto antes, pensó. Alguna esperanza había florecido, derramado sus semillas y muerto.

Estaba perdiendo la fe. Pero no puedo rendirme, se dijo. No puedo simplemente volver a la escuela y olvidarme de la guerra y tratar de ser normal. Porque no es la guerra, es el corazón, el corazón abierto que late y florece. Alguien tenía que mantener la fe en ello, vivir para ello, hablar por ello.

Rio, Daniel, Edith y Rob comenzaron a celebrar reuniones secretas de las que ella y Liza fueron excluidas.

“No es que no confiemos en ti”, dijo Daniel. “Pero cuanto menos sepas, menos podrás revelar accidentalmente”.

Maya había estado enojada, pero Rio la había calmado. “Oh, cálmate”, dijo. “De todos modos, no quieres estar en esas reuniones. Básicamente son Edith y Daniel hablando durante horas sobre qué es peor, si la empresa que fabrica

napalm o el banco que les presta dinero. Creo que es su forma de juego previo. La única razón por la que me dejaron participar es porque si alguna vez hacemos algo práctico, me necesitarán.

Siempre estaba medio esperando escuchar en las noticias que algún edificio en el que había trabajado había sido volado, y que uno de los folletos que había escrito a máquina estaba ligeramente redactado para justificar el acto. Pero nunca pasó nada. De hecho, pensó, a pesar de la retórica que flotaba en la casa, de los ejemplares del *Pequeño Libro Rojo* de Mao guardados en el baño para leer en el baño, de los angustiosos debates, esperaba firmemente que nunca sucedería nada. Y eso estaba bien para ella; de hecho, era preferible. La idea de que Rio colocara una bomba en el Presidio o realizara un ataque contra un importante medio de comunicación parecía irreal. La idea de que Daniel hiciera lo mismo era absolutamente ridícula. Era un hombre claramente nacido para escribir artículos abstrusos en revistas académicas marxistas.

Cada vez más, le recordaba a su propio padre. Pero su padre, al menos, era de clase trabajadora o, en realidad, en su propia infancia, fue francamente pobre. De hecho, había trabajado en fábricas durante los años en que estuvo en la lista negra para enseñar o ejercer la abogacía. A veces se encontraba deseando poder mostrarle el colectivo, escuchar su crítica, hablar con él sinceramente sobre sus propias dudas y temores. Ella le había escrito; él tenía su dirección.

Escribía sobre ello con tanta frecuencia como siempre, es decir, a veces una tarjeta por su cumpleaños, que ella sospechaba que se debía a Betty. A veces lanzaba una polémica sobre la escena política actual, algo que ella sospechaba que estaba escrito más para organizar sus pensamientos que para comunicárselo. Cuando ella respondió, con una respuesta larga y reflexiva, él nunca respondió.

Llegó a casa una tarde y escuchó una voz familiar que resonaba desde la sala de estar.

“Pero no se puede simplemente adaptar a Frantz Fanon a la política interna de Estados Unidos. Una rebelión anticolonialista es un animal diferente a una revolución marxista”.

Era su padre. No lo había visto en persona desde hacía años, no desde el invierno anterior a su fuga, pero reconoció su voz de inmediato, y el sonido de ella, atronador por el pasillo, resonante con su amor por el debate, la hizo sentir de repente protegida y completa, como si todos los caminos serpenteantes de su vida hubieran convergido de repente.

Se detuvo un momento en la puerta para observar la escena. Él y Daniel se enfrentaban a través de la caja que servía de mesa de café. Rio, sentado un poco apartado, estaba tomando una cerveza y Edith estaba cortando verduras en la cocina. Había botellas de cerveza en el suelo

y Joe y Daniel estaban enfrascados en una discusión. El cabello de Joe, notó, ahora era bastante blanco, y se pasó la mano por él hasta que se levantó como la gorguera de un gato enojado. De hecho, él y Daniel eran similares, como si hubieran salido de la misma línea de producción, Daniel era el modelo más joven y delgado de aquello en que Joe se había convertido.

Algo en la escena era principalmente masculino: podrían haber sido dos gorilas gigantes enfrentándose y golpeándose los pechos, haciendo ruidos desafiantes con la boca. Río miró, ligeramente divertido. Era una batalla que se libraba en un terreno que no era el suyo. De vez en cuando, él estiraba el brazo, cerraba el puño y lo retorció para aliviar los tendones que ella sabía que habían empezado a tensarlo ocasionalmente cuando trabajaba demasiado. El movimiento hizo que sus bíceps se contrajeran y se hincharan.

De repente, la escena le pareció como a veces le pasaban las cosas con el ácido, como una parodia de sí misma. ¿No podían ver los jugadores qué guión estaban representando?

“Hola, papá”, dijo.

Él se levantó y la abrazó con fuerza. “¡Karla! Déjame echarte un vistazo”. Él la sostuvo con el brazo extendido. “Demasiado delgada, niña. ¿Qué pasa? ¿No te está alimentando la revolución?”

“¿Qué estás haciendo aquí?”

“Salí a una conferencia del Gremio Nacional de Abogados. Pensé en sorprenderte.

“Nunca nos dijiste que tu padre era Joe Greenbaum”, dijo Daniel. “El famoso abogado radical”.

“Nunca preguntaste”, dijo Maya.

“Daniel y, uh, Rio, me estaban hablando de tu grupo”, dijo Joe.

“Oh, bien”, dijo Maya.

“Simplemente no tengo clara”, dijo Joe, sentándose de nuevo y acomodándose en el sofá, con Maya sentada un poco incómoda a su lado, “vuestra ideología. Os llamáis colectivo marxista-leninista, pero eso puede encubrir multitud de pecados. No sé qué significa para ti y en qué crees”.

“Creemos en la acción”, dijo Rio. “La gente necesita un ejemplo. Tienen que ver que se pueden tomar medidas que pueden dañar gravemente la máquina de guerra”.

“¿Qué quieres decir con daño grave?” –preguntó Joe. “¿Crees que cualquier cosa que usted o yo o todo el Weathernut Underground, los veinte, podamos hacer

dañará seriamente la maquinaria de guerra de este país?
¿Tenéis alguna idea de a qué os enfrentáis?

“En el último año ha habido más de quinientos atentados políticos”, dijo Daniel. “Claro, cada uno es un pequeño acto en sí mismo, pero todos juntos son algo con lo que lidiar”.

“Como un ataque de mosquitos”, dijo Rio, con los labios extendidos sobre los dientes en una sonrisa, “chupando la sangre del vientre de la bestia”.

“Bueno, esta bestia está armada con DDT”, dijo Joe. “Cualquier error causa problemas y listo. Son aniquilados”.

“Pero no lo entiendes, Joe”, dijo Edith, inclinándose hacia adelante y señalando con el cuchillo de verduras. “Estas acciones son imparables porque están descentralizadas. No hay un liderazgo central que lo controle todo para poder ser eliminado. Ni siquiera los Weathermen. Son muchos pequeños grupos, pequeños círculos, colectivos, independientes unos de otros, pero unidos porque están actuando, y cada uno puede convertirse en un foco, como un pequeño motor que mueve el motor de la revolución”.

“Como una pequeña locomotora”, dijo Rio. “Creo que puedo, creo que puedo, creo que puedo, creo que...”

“Tranquilo, Rio”, dijo Daniel.

“¡Chú chú!”

Joe lo miró fijamente y Maya rápidamente habló para desviar su atención.

“¿Alguna vez llenaste un vaso con agua azucarada, papá? ¿Y luego dejaste caer una cuerda? Durante la noche, los cristales se forman en la cuerda. Así es como vemos la acción: algo en torno a lo cual la gente cristaliza”.

“No van a cristalizar en torno a la violencia”, dijo Joe. “No en este país”.

“No estamos hablando necesariamente de violencia”, dijo Daniel. “Simplemente no la rechazamos de plano. Como usted mismo dijo, nos enfrentamos a la mayor constelación de dominio jamás reunida en el mundo. No podemos darnos el lujo de rechazar ninguna opción”.

“Les sugiero encarecidamente que olviden eso”, dijo Joe. “No soy pacifista. Fui a España en el 38. Luché en la Guerra Mundial. Sé que llega un momento en el que tienes que coger las armas. Pero ese momento no es ahora. Soy realista. En este país ahora mismo, la violencia que se ha infiltrado en el movimiento está alienando a las mismas personas a las que debemos llegar”.

“No sé si eso es cierto, Joe”, dijo Daniel. “Me parece que en este país la gente no te toma en serio a menos que estés dispuesto a luchar por lo que crees. Todavía tenemos la mentalidad de frontera. A menos que te quedes ahí con una

pistola en la mano, metafóricamente hablando, estás meando contra el viento en lo que respecta al pueblo estadounidense”.

“Y de todos modos, ¿a qué llamamos violencia?” dijo Edith. “¿Dañar propiedades que se utilizan para ayudar a matar personas? ¿Insultar a los policías o tirar algunas piedras? ¿Derramar sangre sobre los expedientes militares? Realmente, toda la violencia que se pueda atribuir al movimiento, incluso las pocas muertes, no se corresponde con una sola incursión en una aldea vietnamita, y mucho menos con algo como un bombardeo o un My Lai”⁴⁰.

“Pero no es así como lo percibe el pueblo estadounidense”, dijo Joe. “Es su forma de pensar la que tienes que cambiar”.

“A veces es necesario alienar a las personas para poder cambiarlas”, dijo Rob alegremente. “Es la versión izquierdista de destruir el pueblo para salvarlo”.

Edith lo fulminó con la mirada.

“No adoptamos la posición liberal de decirle a la gente sólo lo que quieren oír, de manera que se sientan cómodos”, continuó Daniel. “¿Cómo diablos puede eso cambiar a alguien?”

⁴⁰ La matanza de My Lai fue un crimen de guerra cometido por personal del ejército de los Estados Unidos el 16 de marzo de 1968, con el asesinato en masa de civiles desarmados en Vietnam del Sur.

“Pero tampoco se debe cerrar el diálogo”, dijo Joe. “La Nueva Izquierda ha hecho demasiado de eso”.

“¡Chú chú!” Dijo Rio.

“Por supuesto que no”, dijo Edith rápidamente. “Joe, ¿te gustaría quedarte a cenar? Estoy poniendo un poco de arroz y hay muchas verduras”.

“En realidad, esperaba llevar a mi hija a cenar”, dijo Joe, hundiéndose en la silla.

Maya le dio una rápida mirada a Rio, quien se levantó en silencio, fue a la cocina y salió con otra cerveza. Ella lo observó, intentando leer por el brillo de sus ojos y el mínimo movimiento de sus pies, cuál era su estado de sobriedad. ¿Sería encantador... o beligerante?

“¿Rio?” preguntó vacilante.

“Tenemos una reunión”, dijo. Ella no pudo leer el tono de su voz. ¿Estaba herido? ¿Enojado? Le mostró los dientes blancos a Joe. “Probablemente le gustaría pasar un tiempo a solas con su hija, señor Greenbaum”, dijo.

¿Estaba siendo genuino? ¿O su cortesía era ligeramente irónica o burlona? Él le guiñó un ojo y ella supo que estaba borracho, no lo suficiente como para tener un episodio, pero sí lo suficiente como para causar problemas. Sería mejor sacar a su padre de allí.

“Sí, eso sería genial, papá”, dijo.

Se puso la falda y el jersey que llevaba para trabajar en las oficinas del centro, se puso unas medias rosas para llevar debajo de las sandalias, que sólo estaban un poco estropeadas, y se recogió el pelo desgreñado en un moño. No parecía nada elegante, pero ningún lugar la echaría. Su padre la llevó al centro de Chinatown, a un restaurante con reservados de madera tallada intrincadamente y cortinas que se cerraban, dando la ilusión de privacidad. No recordaba haber salido a cenar sola con él antes. Cuando las visitaba en Los Ángeles, las llevaba a ella y a Debby, generalmente a la pizzería local o al Bob's Big Boy.

Pidieron una variedad de platos para compartir, camarones, pollo y cerdo asado, un festín de cosas que Maya ya rara vez veía. Parecía una indulgencia extrema. Se preguntó por un momento cómo un hombre tan políticamente concienciado como su padre podía justificar el gasto en esta comida, que les habría permitido a ella y a Rio alimentarse durante una semana. Y, sin embargo, en realidad era sólo un modesto restaurante chino, justo al final de la calle del lugar donde Rio la había llevado la noche que la sacó de Stow Lake. Solían comer a menudo en Chinatown, riéndose de los extraños nombres de los platos del menú. ¿Qué me ha pasado? pensó de repente. Y Rio... ¿cuándo sacrificamos nuestra capacidad de placer?

Estaban bebiendo el fragante té de jazmín. Maya no sabía cómo romper el silencio porque lo que quería preguntar era algo como: Dime qué cambiará realmente el mundo. Por fin Joe habló.

“¿Escuchaste que Debby será una estudiante de intercambio? Se va a Madrid a cursar un año de bachillerato.

“¿En realidad? Genial. No, no he hablado con Betty desde hace algunas semanas”.

“Ella es una buena chica, Debby. Quiere ser médico”.

“Lo sé. Ella siempre lo hizo. Incluso cuando éramos pequeñas, ese era su juego favorito. Yo siempre tenía que ser el paciente y ella me daba pastillas”.

Llegó la cena y se dedicaron a servir arroz y compartir porciones de los platos, probar y comparar. La comida era buena y Maya estaba feliz a nivel animal, solo por probar especias, condimentos y proteínas concentradas después de las eternas comidas de arroz y verduras, acompañadas de alguna que otra pizza. El silencio volvió a caer. Maya estaba segura de que Joe la estaba mirando, preguntándose cómo podía tener una hija tan inadaptada, un fracaso escolar, cuando su hermana menor era tan brillante y competente. Pero si pudiera realmente hablar con él, pensó Maya, de corazón a corazón, a través de todas esas capas de prejuicios

y expectativas, si él pudiera verme y ver en qué me he convertido...

¿Pero en qué se había convertido? ¿O adónde había ido esa chica que podía permanecer desnuda con los brazos levantados ante el aullante viento?

Finalmente Joe habló de nuevo. “Escucha, Karla, ¿por qué no vuelves a la escuela? No te mataría. Y no tiene por qué ser Colombia. Mira, el próximo otoño es mi año sabático. Voy a enseñar en la U. de Washington, en Seattle. Te gustaría Seattle, es una bonita ciudad. Podrías vivir conmigo y tu matrícula estaría cubierta durante el primer año.

“Parece que lo tienes todo planeado, papá”. Ella miró su plato y contempló un camarón en equilibrio precario entre sus dos palillos, sin mirarlo a los ojos. El problema era que estaba tentada. Sería, en cierto modo, un alivio. Dejarlo todo atrás: el piso andrajoso y su habitación andrajosa y su amor andrajoso; la tensión de tratar de convencerse a sí misma de que realmente estaba siguiendo algo cuando el rastro parecía largo y frío. Podría ser estudiante, en otro lugar, y lavarse el cabello todos los días para que brillase cuando lo mostrase al viento.

“Mi vida está comprometida con la revolución”, dijo, no porque lo creyera sino porque quería ver cómo reaccionaría él.

“¡Mierda, Karla! ¡Jesucristo, no me digas esa mierda! ¡A mí, entre todas las personas! ¡Incluso Angela Davis consiguió un maldito doctorado! Hizo un gesto con los palillos como si fueran lanzas y diminutas gotas de salsa de ostras volaron sobre la mesa. “Si quieres servir a la revolución, edúcate para tener algo con qué servirla”.

“No terminé la secundaria, papá, ¿recuerdas? ¿Cómo puedo ir a la universidad?

“Haz una prueba. Te lo digo, puedo arreglarlo por ti. Eres una chica brillante. He hablado con el consejero de admisiones. Sólo tienes que decidirte a querer hacerlo. Si lo quieres, es posible. Lo haré posible para ti”.

“No necesito que hagas mis posibilidades, Joe”.

“Ahí es donde te equivocas. Me necesitas, lo creas o no. Porque, francamente, Karla, por lo que puedo ver, todo lo que estás haciendo es un gran lío”.

“Muchas gracias, Joe. Es un verdadero voto de confianza”.

“Karla, escúchame. Esa casa... esa gente, son como niños jugando con pólvora. ¿Qué saben sobre el mundo real? Créeme, he visto a mucha gente que quiere hacer una revolución. He pasado toda una vida en ello. Hace más de treinta años que fui a España y antes estuve en el Partido”. Hizo un gesto con sus palillos, esparciendo arroz en su plato. “No es algo fácil de hacer, te lo puedo asegurar. Si lo fuera,

ya la habríamos hecho. El esfuerzo tiene un alto precio. Se necesita mucho de ti para sostenerte. Después de un tiempo, tienes una idea de quién lo logrará y quién se autodestruirá en el camino”.

“Lo tendré en cuenta.” Ella estaba enojada ahora. Era curioso, ella había querido su opinión sobre el Frente, sobre su vida, pero no de esa manera. Lo que ella quería era que él y ella, al verse, pudieran entonces mirar juntos su vida, y ella pudiera apoyarse en su historia, para no tener que reinventarla por sí misma. Pero él estaba ciego para ella.

“Mira, si estuvieras conduciendo un auto y te viera tomar la autopista en dirección equivocada, ¿no intentaría avisarte? ¿Detenerte? ¿Y no me lo agradecerías? Tenía los ojos muy abiertos, marrones, atractivos. Casi sintió lástima por él. Después de todo, él era su padre. Con todos los fracasos entre ellos, él todavía quería amarla, cuidarla y protegerla. Pero entonces su voz volvió a tornarse dictatorial. “Te lo juro, Karla, si Dios mismo existiera, estaría parado justo a mi lado sosteniendo un gran cartel rojo en la autopista que dijera ¡VUELVE! ¡ESTÁS YENDO POR EL CAMINO EQUIVOCADO!”

“¿Terminaste de insultarme?”

“No te estoy insultando, por el amor de Dios. ¡Solo quiero ayudarte!

“No necesito tu ayuda”.

“Mira, lo siento. No quiero obligarte. Solo piensa en ello. Prométeme que lo considerarás.

“Lo pensaré”, dijo Maya. Joe extendió la mano sobre la mesa y apretó la de ella. Su agarre era fuerte, cálido y sólido, y tan fuerte que dolía.

“Si no puedes evitar que beba, ¿de qué te sirve?”

Los ojos de Edith estaban fríos mientras desafiaba a Maya. Por una vez estaban solas en la cocina y Maya, como siempre, estaba limpiando después de los demás.

Rio había estado bebiendo mucho otra vez, saliendo a bares con Randy y T-Bone, dos de los chicos que conoció en su trabajo de construcción. Afirmó que eran buenos contactos y que podrían tener acceso a explosivos. Maya no confiaba en ellos. La ponían nerviosa, bebiendo cerveza en el destartado sofá, con los ojos entrecerrados y las expresiones escondidas tras sus espesas barbas. Sospechaba que alentaban a Rio a experimentar con drogas más poderosas que el alcohol y la marihuana: speed, tal vez, o tranquilizantes. A veces parecía demasiado animado, hablaba demasiado rápido y tenía los ojos demasiado brillantes. Otras veces dormía tan profundamente que

apenas podía despertarlo. Ella se preocupó; sin embargo, no quiso discutir el problema con Edith.

“Por un lado, evito que este lugar quede enterrado en la basura colectiva”.

“¿Por qué no lo dejas? ¿Cómo van a aprender los hombres a ser responsables si tú te ocupas de ello todo el tiempo?

“Los hombres de por aquí podrían tropezar con ratas vivas y no darse cuenta”, dijo Maya con paciencia. “¿Qué tal si me echas una mano con estos platos?”

“Eres prescindible”, dijo Edith, pero agarró un paño de cocina. “No lo digo de manera insultante. Yo también soy prescindible. Pero Rio no lo es. Tiene habilidades de las que no podemos prescindir”.

“He tratado de evitar que beba. Simplemente lo vuelve loco”.

“Él no está contento contigo”, dijo Edith. “Me pregunto cuánto estás realmente dispuesta a sacrificar”.

“¿Qué quieres decir?”

“Si fuera más feliz con otra persona, si eso le permitiera funcionar mejor para la revolución, ¿lo dejarías ir?”

“¿De qué estás hablando? ¿Tú?”

“No estoy hablando de nada”, dijo Edith. “Sólo estoy cuestionando”.

¿Qué hay de mí? Maya quiso preguntar. ¿Existo sólo para servir a Rio, para ser la piedra de afilar su hacha? La pregunta la asustó. Si ella respondiera honestamente, ¿qué le quedaría? Continuó lavando los platos, ignorando las monótonas quejas de Edith sobre la forma en que la huelga estudiantil estaba perdiendo energía durante el verano.

La pregunta es, pensó mientras dejaba escurrir el agua sucia del fregadero antes de abordar la gran sartén grasienta, la pregunta es, en tiempos de guerra, ¿a qué nivel de vida tiene derecho alguien?

¿Qué tipo de vida personal tenía la mujer en llamas? ¿Alguien la estaba instando a volver a la escuela en Seattle?

Pero, ¿cómo podremos salir de este lío sin vislumbrar alguna otra posibilidad? Marx tenía un sistema, un plan para hacer que las cosas cambiaran. Ella nunca había tenido un plan, pero le parecía que una vez había tenido una visión, al menos un atisbo de algo más. Pero tal vez no. Tal vez sólo había tenido una serie de sentimientos incipientes bajo el rocío del viento del océano.

Después de todo, tal vez debería escuchar a su padre. Puede que Seattle no esté mal. Y, sin embargo, no podía

abandonar a Rio. Ella lo amaba. Estaban unidos. No, tendría que intentar protegerlo de sí mismo.

¡Si tan solo tuviera alguien con quien pudiera hablar! Alguien que no tratara de obligarla a ser o hacer nada, sino que la escuchase, con la mezcla justa de simpatía y desapego. Anhelaba a Johanna, por todas esas largas tardes en las que volvían a casa del colegio, se tiraban sobre la alfombra de su dormitorio y hablaban y hablaban. Y aquí no tenía ninguna amiga como Johanna. Edith no era candidata. Y Liza... Liza tenía sus propias debilidades, la peor de las cuales, desde el punto de vista de Maya, era seducir a todos los hombres guapos que cruzaban la puerta. Lo cual tal vez era solo una justa respuesta a las aventuras de Rob con las mujeres que traía a casa de los mítines y rescataba de la policía, cada una más joven y bonita que la anterior. Pero fue encontrar a Liza acurrucada con Rio en su cama una tarde cuando Maya llegó inesperadamente a casa lo que aclaró la intención detrás de la pequeña charla de Edith. Me han tendido una trampa, pensó Maya, y se enojó.

“Cariño, odio ver tu cara ponerse así de pétrea”, le sonrió Rio, pero su expresión permaneció sin cambios.

Liza se levantó con una gracia suave y de bailarina. “Quizás sea mejor que los deje por un minuto”. Ella salió de la habitación.

Rio se levantó y puso su mano sobre el hombro de Maya. Ella le restó importancia.

“¿Tenemos que ser burgueses en esto?” preguntó. “¿No puedes aceptar la libertad?”

Maya permaneció en silencio, demasiado herida para saber qué decir. Y humillada, sí, eso era lo que se sentía. Porque había pensado que él siempre la amaría sólo a ella, y eso era una estupidez. Sí, burgués, romántico, estúpido, estúpido.

“Te amo”, dijo Rio. “No llores”.

Besó las lágrimas de debajo de sus párpados.

Rob se había ido a pasar la noche con alguien que había conocido en su clase de español. Rio y Liza estaban juntos en su cama, con la puerta cerrada y gemidos ocasionales salían de la pared. Maya estaba liberando sus emociones limpiando, fregando la estufa y tirando todos los viejos recipientes de comida mohosa del refrigerador, despojando la encimera de su acumulación de tazas de café viejas, folletos manchados, papeles y migas, moviendo la mesa y las sillas para frotar debajo de ellas. Edith se estaba quedando en East Bay después de una clase tardía, y Daniel estaba leyendo en la sala de estar, con los pies en alto sobre la mesa de café, golpeando distraídamente su cigarrillo en un cenicero precariamente lleno.

“Si tiras ese cenicero”, dijo Maya, saliendo de la cocina con un balde de agua sucia, “te arrojaré esta agua sobre la cabeza”.

“Oye, tómatelo con calma”, dijo Daniel. Miró el cenicero, lo llevó con cautela a la cocina y depositó las colillas en la basura. “¿Eso está mejor? ¿Te sientes más segura ahora?”

“¡Ahora has dejado huellas por todo mi bonito y limpio suelo!”

“Por el amor de Dios, Maya, ¿qué es esto? ¿Un comercial de Spic and Span? Estoy tratando de trabajar un poco”.

“¡Yo también!” Ella regresó a la cocina blandiendo un trapo, pero él la detuvo y la rodeó con un brazo.

“¿Pasa algo?”

Ella le quitó el brazo de encima. “Digamos que no estoy del mejor humor esta noche”.

Deslizó su brazo alrededor de su hombro y señaló con la cabeza hacia el dormitorio. “¿Por ellos?”

“No quiero hablar de eso ahora”.

“Venga, Maya, conoces el viejo dicho: 'No te lastimes, véngate'. “

“¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir, ¿por qué deberías sufrir esto solo cuando juntos podríamos aplastar la monogamia? Siempre me he sentido atraído por ti, ¿sabes?”

Él se quedó allí mirándola, parpadeando, sus ojos azules ligeramente llorosos y su cabello moviéndose en cinco direcciones diferentes. Ella no se sentía atraída por él. Había momentos en los que él la irritaba tanto que felizmente podría haberlo matado a tiros con uno de los rifles encerrados en el sótano y, sin embargo, había algo querido en él: su brillantez unida a su torpeza, tal vez. Ella no podía odiarlo. No, eran camaradas que trabajaban juntos por los mismos objetivos.

“¿Quieres que te folle por venganza?”, respondió ella. “¿Quieres que te use?”

“No es venganza exactamente”, dijo Daniel. “Llámalo... simetría”.

“¿Qué pasa con Edith?”

“Edith y yo ya no tenemos ese tipo de relación. Ahora no por un tiempo. Dice que quiere conservar su energía para la causa”. Daniel le dedicó una sonrisa irónica. “La verdad es que ella debería haber sido monja. Es sobre lo que mi madre siempre me advirtió, ¿sabes? “No te mezcles con los goyim, hijo mío”, decía, “son muy extraños”. Búscate una buena chica judía. “

Él le sonrió y de repente ella se echó a reír. ¿Por qué no joder, de todos modos? Él lo quería y ¿qué le importaba realmente a ella? También sería una lección para Rio. ¿No se había follado a hombres que conocía menos bien y con los que no compartía nada? Aunque no por un tiempo. Había pasado mucho tiempo desde que se había acostado con alguien excepto con Rio. Bueno, tal vez era hora de que eso cambiara.

“Ve a cepillarte los dientes”, le dijo.

En la cama, se sorprendió por su dulzura y su atención. La acarició y agasajó con paciencia infinita, atento a cada señal, a cada cambio en su respiración. Era un amante humilde, dispuesto a darlo todo, sin esperar nada. Podía recostarse y alejarse flotando y permitirse ser complacida; excepto que cada vez que empezaba a desviarse, la cara de Rio se entrometía. Se encontraría recordando su ardiente urgencia, la sensación de ser arrastrada por un poder animal crudo. Mientras tanto, Daniel seguía haciendo el amor con cuidado, talmúdicamente, como si ella fuera un texto que estuviera diseccionando, deteniéndose en el valor místico de cada vocal sagrada.

Cuando por fin terminaron, la acunó en su brazo y se tumbó con la cara pegada a su cuello, reacio a separarse. Había pasado mucho tiempo desde que ella y Rio habían permanecido juntos de esa manera. De repente, la invadió una sensación de profunda familiaridad, como si ella y Daniel

hubieran estado juntos miles de veces antes, como si siempre hubieran estado hechos el uno para el otro. Él era su compañero predestinado, el simpático chico judío que el destino había elegido para ella. Estaban destinados a casarse, reproducirse y crear la familia que ella nunca había tenido. En las vacaciones se reunirían y él discutiría alegremente con su padre mientras ella y Betty servían la comida a su gran prole de niños, que eran los más inteligentes de su clase. Después de muchos años juntos se retirarían a Florida.

Ella se sentó abruptamente. “No podemos hacer esto”, dijo.

“¿Qué ocurre?” –Preguntó Daniel. “¿Hice algo mal? ¿No quedaste satisfecha?”

Ella sacudió su cabeza. “No es eso. Eso estuvo bien. Maravilloso. No, somos nosotros. ¡Míranos!”

“Para mí nos vemos bastante bien”, dijo Daniel. “Un poco pálidos, tal vez, pero vivimos en una zona de niebla”.

“No, ¿no lo ves? Esto es lo que quieren de nosotros. Tú y yo, que estemos juntos. Terminarás tu tesis y yo volveré a la escuela, tendremos buenos hijos judíos y viviremos en los suburbios de algún pequeño pueblo donde tú serás el radical local de la universidad estatal. ¡No podemos hacer esto!

Él se acercó, tomó su mano y la apretó con fuerza.

“Lo sientes”, dijo Maya suavemente. “Tú también lo sientes. Tal vez sea lo que tú quieres, en el fondo, pero no es lo que yo quiero”.

“Maya”, comenzó, y luego hizo una pausa. Su voz la sorprendió. Parecía venir de algún lugar muy dentro de su pecho, como si todo lo que le había oído decir antes hubiera surgido de alguna capa superficial, y ahora por fin estaba escuchando su verdadera personalidad. “Maya”, empezó de nuevo, “no vamos a vivir tanto tiempo. No si creemos lo que decimos que creemos. No si hacemos lo que hay que hacer. Lo sabes, ¿no?”

Lo hacía, lo había dicho muchas veces, pero la verdad es que la idea de morir le parecía irreal. Levantó la mano libre y trazó ligeramente la línea de su mejilla, como si estuviera memorizando la forma de su rostro, tratando de retenerla en su mente y hacerla inmortal.

“Es por eso que Edith renunció a esto”, susurró suavemente. “Dijo que era demasiado doloroso para ella sentirse tan viva. Pero yo no soy así. Quiero vivir todo lo que pueda, tanto tiempo como pueda”.

Ella respiró hondo, queriendo decirle algo que le ofreciera asentimiento, si no consuelo. Pero él se alejó.

“Dios, escúchame”, dijo, y su voz retomó su habitual tono medio burlón. “Sueno como un héroe sacado de

Hemingway. *¿Por quién doblan las campanas?*. ¿Alguna vez leíste ese libro? No, claro que no, lo olvidé. No lees, hueles el viento”.

“Sí lo leí”, dijo Maya. “Leí a Hemingway en la escuela secundaria”.

“Pensé que habías abandonado la escuela secundaria”.

“Antes de que me retirara. Sr. Harvey, cuarto período, World Lit. “Incluso si estos tres días son todo lo que tenemos, pueden ser toda una vida para nosotros”. Algo como eso.”

Daniel golpeó ligeramente el cráneo de Maya. “¡Un cerebro! Sabía que tenías cerebro. ¿Por qué intentas ocultarlo?”

“No trato de ocultarlo. Simplemente lo uso a mi manera”. Maya apartó su mano. “Sabes, mi padre luchó en esa guerra. Se fue a España. Y regresó y todavía está vivo”.

“¿Qué estás diciendo?”

“Podríamos sobrevivir, eso es todo”.

“Podríamos”, admitió Daniel. Su voz bajó y volvió a ponerse seria. “Pero es mejor no esperarlo, no pensar en ello. Porque si lo hacemos, comenzaremos a tomar decisiones basadas en lo que nos ayudará a sobrevivir, no en lo que hay que hacer”.

“¿Sería eso tan malo?” –Preguntó Maya.

“No, si quieres tener una pequeña vida feliz en los suburbios, no. Pero si quieres rehacer el mundo, entonces sí. El hacha que corta el árbol se va a despuntar”.

“¿No podríamos simplemente plantar algo nuevo y esperar a que caiga el árbol?”

“Lo intentamos”, dijo Daniel. “¿Recuerdas el parque?”

“¿Como pudiste hacerlo?” Rio la fulminó con la mirada durante el desayuno, se negó a hablar con ella en todo el día, la ignoró durante la cena y estuvo de mal humor durante la reunión nocturna. Ahora, al final de la noche, la siguió a su habitación y cerró la puerta detrás de él.

“¡Fuiste tú quien quería acabar con la monogamia!” dijo Maya.

“¡Sí! Simplemente no entiendo por qué tuviste que hacerlo con Daniel, precisamente entre toda la gente”.

“¿Cómo puedes decir eso? Te jodiste a Liza.

“Eso es diferente.”

“¿Qué carajo quieres decir con eso es diferente? ¿Cómo es diferente?”

“Mira, no me opongo a que te lo folles, si quieres hacerlo. Pero no creo que realmente lo quieras. Creo que sólo querías vengarte de mí. Es como un billar sexual esto de aquí. Una chica se folla a Rob, así que Liza me folla a mí, así que tú te follas a Daniel y Edith va a la biblioteca.

“Bueno, ¿quién empezó?” –Preguntó Maya.

“¿Quién empezó? ¡Jesús, sueñas como un niño de seis años!

“No es que te la folles lo que me importa”, dijo Maya, casi convencida de haber dicho la verdad, “sino la forma en que lo hiciste. Primero, nunca lo discutiste conmigo. No fuiste honesto conmigo”.

“Nunca te he mentado.”

“¡Lo hiciste! ¡Mentiste al no decirme lo que estaba pasando!

“No lo hice... Simplemente sucedió. ¿Vale? Esa es la verdad. Mira, Maya, te amo. ¿Eso significa que no puedo sentir algo por Liza también? ¿No crees que tengo suficiente amor para todos?

“No. No lo haces. Casi nunca nos vemos, cuando lo hacemos. La mitad del tiempo estás borracho o dormido o tan preocupado por alguna mierda de la que no puedes hablar...

“Déjame en paz, ¿vale? ¡Maldita sea, Maya, realmente puedes ser una perra! Solo entiende esto: ¡no puedes controlarme! No soy tu propiedad privada, no soy tu posesión, no soy tu pequeño...

“¡Oh, vete a la mierda!”

“¡Que te jodan! ¡Que te jodan! ¡Esa es tu maldita respuesta a todo! ¡Excelente! Bueno, ¡no me jodas, jode a Daniel! Que se joda Rob, que te joda cualquier imbécil de la calle que puedas encontrar y que se quede quieto el tiempo suficiente. ¡Simplemente no vengas a llorarme!

Salió de la habitación dando un portazo. Maya se arrojó sobre la cama y lloró. Al principio ella lloró con una oreja medio agachada, esperando que él volviera y fuera dulce, le acariciara el pelo y le secara las lágrimas con la camisa. Después ella simplemente lloró, desolada. Mucho, mucho después, cuando el rectángulo negro de su ventana se había vuelto de un gris oscuro y sombrío, regresó, apestando a sudor y licor. Sin desvestirse, se tumbó a su lado, le pasó el brazo por los hombros y empezó a roncar. Su pesado brazo la inmovilizó, pero ella decidió interpretar su peso como consuelo y finalmente se durmió.

Rob tuvo una pelea tormentosa con Edith y se mudó de la casa. De todos modos, se marcharía de la ciudad durante el verano e iría a Fresno a organizar a los trabajadores agrícolas. Maya evitó los acercamientos de Daniel, ignoró sus

insinuaciones y se quedó cerca de Rio. Porque Liza también se mudó. Ella afirmó que quería regresar a East Bay. Rio y Maya se mudaron a la antigua habitación de Liza, que era un poco más luminosa pero bastante más grande. Ahora, pensó Maya, las cosas tienen que volver a mejorar. Encontró colchas con estampados indios en una caja y las colgó en las paredes de su habitación. Cubrió la ventana con viejos trozos de encaje que compró en una tienda de segunda mano y colgó los pendientes de una cinta que prendió a la puerta. La habitación le parecía festiva, llena del color y la belleza que anhelaba.

Pasó el verano y nunca fueron a la montaña.

Llegó el otoño y se reanudaron las clases en todas las universidades que se habían declarado en huelga la primavera anterior. Parecía que los estudiantes no podían sostener una acción durante el verano. ¿Cómo podrían entonces sostener una revolución? Tal vez los estadounidenses simplemente no estaban hechos de material revolucionario, o estaban demasiado adoctrinados por la televisión, o tal vez no estaban lo suficientemente desesperados. O simplemente asustados. Asustados del gran abismo de libertad que se abría a sus pies. Miedo de quedarse sin algo, una educación, un título, si soñaban demasiado profundo. Miedo de comprometerse con algo que en realidad podría ser sólo un estado de ánimo y pasaría.

Como ella misma estaba asustada, tal vez en realidad no había nada que ella pudiera hacer por la mujer en llamas. Rio parecía remoto, casi siempre separado de ella, de alguna manera, lo suficientemente ocupado, o lo suficientemente enlucido, como para evitar tocarse realmente. Y, sin embargo, todavía había tanta dulzura entre ellos, después de que habían gritado y gritado, y ella estaba empezando a tocar ese lugar vacío donde lo que él decía, y lo que decían Johanna y su madre y sus propios miedos, era correcto, y ella realmente estaba equivocada y era testaruda e inútil, entonces él la tocaba, tal vez sólo con una mano, en su mejilla o le acariciaba el cabello.

“Lo siento, cariño”, susurraba. “Sé que estoy siendo una mierda contigo. Te mereces algo mejor que yo.”

“Pero te amo”, murmuraba ella.

“Algún día te lo compensaré. Si salimos vivos de todo esto. Lo juro.”

Ella le creyó. Su amor era todo lo que le quedaba de magia, y no importaba lo poco que se tocaran, cuando lo hacían ella todavía estaba llena de oro miel. Amaba sus labios, carnosos y exigentes, sobre los de ella, su cuerpo presionado contra el de ella en la noche, grande y cálido, envolviendo el suyo con una sensación de refugio. No, ¿cómo podría renunciar a ello? Sin embargo, en el fondo, ahora era consciente de Daniel, observándolos, esperando el momento oportuno, como si

en el fondo supiera que ella estaba condenada en última instancia a acudir a él, o a alguien como él. No, Rio era al menos su talismán, protegiéndola de su destino.

“No sé realmente qué decir sobre mí”, dijo Maya. “Quiero decir, no sé de qué tipo de experiencia de opresión hablar”.

Estaba sentada en un círculo de mujeres, tiradas en el suelo del apartamento de Leona Burke. Leona era una mujer de cabello oscuro con ojos muy abiertos y fijos, a quien Maya conocía del antiguo Comité de Moratoria. Ahora estaba organizando el Centro de Mujeres de East Bay y se había ofrecido a facilitar esta primera reunión de un nuevo grupo de sensibilización. Liza había sugerido que Maya y ella fueran juntas. Se habían conocido en la calle del centro una mañana cuando Maya se apresuraba a ir a un trabajo al que llegaba tarde.

“Mira”, dijo Liza, “lo siento por lo de Rio. Lamento que hayamos permitido que un hombre se interponga en nuestra solidaridad como mujeres”.

Oh, Dios, pensó Maya, otra cruzada, otra causa. Ahórramelo.

“Eso es genial.”

“No quiero perder el contacto ahora que estoy fuera del piso. Nuestra amistad es importante para mí”.

“¿Oh?”

“De verdad, Maya. ¿Ya te uniste a un grupo de concientización? Hay uno nuevo a partir del martes por la noche. ¿Por qué no vamos juntas?”

“No estoy segura.”

“Te lo prometo, no tienes que leer nada”.

Maya tenía dudas pero se dejó convencer. Y ahora estaba sentada en este círculo, esperando que se abriera y compartiera sus experiencias de vida más íntimas con estos extraños y con Liza, a quien no podía evitar ver como un aliado dudoso en el mejor de los casos, sino como un enemigo abierto.

“Realmente no creo que esté oprimida”, continuó Maya.

“¿Estás bromeando, Maya?” La interrumpió Liza. “Eres una de las personas más oprimidas que conozco”.

“¿Cómo puedes decir eso?”

“Mírate. Nunca terminaste la secundaria y te ganas la vida limpiando casas de otras personas, o haces trabajos de mierda en oficinas corporativas para ayudar a Daniel con su

investigación. Tu dieta se parece a la cocina del cinturón kwashiorkor. Vives en una pequeña habitación con un tipo que bebe demasiado y se folla a otras mujeres. Limpias lo que ensucian los hombres, mecanografías sus folletos, cocinas la comida, lavas los platos, vacías los malditos ceniceros, prácticamente les limpias el culo a los idiotas. Ninguna mujer en el mundo, ni siquiera en el Tercer Mundo, te envidiaría ni por un momento”.

“Deberías hablar de que Rio se folla a otras mujeres”, dijo Maya con amargura.

“Lamento eso. ¿Qué puedo decir? Mi conciencia aún no se había elevado. Ni siquiera fue muy buen polvo”.

“¿Qué quieres decir? ¡Rio es un gran polvo!” Dijo Maya, indignada, pero al mismo tiempo inquieta. ¿No es así? Ella se preguntó. ¿Hay algo mal en mí que cree que lo es? “¿Hay algo que no sé?”

“Realmente no quiero escuchar mucha discusión sobre las proezas sexuales de los novios de las mujeres heterosexuales”, dijo Leona. “Para eso no estamos aquí”.

“Nos estamos saliendo del proceso”, dijo Mary. “Se supone que debemos dejar que Maya hable sin interrumpirla”.

Maya tragó un poco de aire y continuó. “Incluso si tienes razón, Liza, incluso si mi vida es tan jodida como dices, eso no me oprime. Tengo opciones”.

“¿De qué sirve tener opciones si has sido condicionada a no poder tomar decisiones?”, dijo Liza.

“¿De qué sirve tener un proceso si no lo cumplimos?” dijo Leona. “Deja de interrumpirla”.

“Todo lo que soy es lo que he elegido ser. Así que no tengo a nadie a quien culpar excepto a mí misma”. Ella se sentó en silencio, sin querer hablar. Las otras mujeres parecían un tribunal reunido para juzgar su vida y ella quería ocultársela. “No tengo nada más que decir”.

“Tienes tus diez minutos, elijas usarlos o no”, dijo Leona. “Si no quieres hablar, está bien. Nos sentaremos aquí en silencio”.

“Deja hablar a alguien más”, dijo Maya.

“Ese no es el proceso”, dijo Leona.

“Tal vez podrías decirnos cómo llegaste a tomar decisiones en tu vida”, dijo Irene suavemente. “Liza me ha hecho sentir curiosidad. ¿Por qué dejaste la escuela?”

“Mi mejor amiga Johanna y yo tomamos ácido juntas. Estábamos tratando de iluminarnos”. Ella dudó. La historia era difícil de contar sin disminuirla. Las palabras desnudas se deslizaron sobre la superficie y dejaron de lado muchas cosas. Pero ella continuó. “Estábamos bastante drogadas y terminamos completamente desnudas en el suelo del

vestuario, tocándonos. Hasta que nos encontraron las profesoras de gimnasia”.

Las mujeres esperaban en silencio, atentas como un gato agazapado. “Así que te echaron por ser tortillera”, susurró Donna. Sostuvo un cigarrillo entre sus dedos demasiado delgados y esbozó una sonrisa forzada mientras se lo llevaba a los labios.

“No exactamente”, dijo Maya. “Llamaron a la policía y nos arrestaron, pero al final intentaron encubrirnos. No me echaron de la escuela. Pero había una brecha tan enorme entre la forma en que me sentía y la forma en que todos los demás reaccionaban que supe que no pertenecería a su sistema nunca más. Sé que es el peor cliché hablar de amor, pero lo sentimos. Realmente lo hicimos. Y no parecía haber lugar para lo que sentíamos”. Porque ni siquiera la palabra amor era lo suficientemente grande, pensó. Lo que vislumbramos fue adónde nos podría conducir el amor.

El silencio que recibieron sus palabras fue reconfortante, como si estuvieran siendo digeridas profunda y lentamente. En el silencio, pudo considerar su propia historia desde una nueva perspectiva. “No podemos permitir que nos hagan pensar que estábamos equivocadas”, le había dicho a Johanna, pero ¿alguna vez había creído realmente que ella y Johanna tenían razón? ¿Creías que era suficiente estar enojada en lugar de avergonzada? ¿Creía lo suficiente como para creer también que su propio amor salvaje era algo por

lo que luchar, como había luchado tan duramente durante tanto tiempo por los demás?

Donna aspiró una profunda bocanada de humo y la exhaló lentamente. “Mi historia es algo similar. A mi mejor amiga Lucía y a mí nos pillaron haciéndolo en el prado cerca de nuestro internado. Sólo que en mi caso me mandaron a un psiquiatra. El psiquiatra empezó a ahondar en todas las razones profundas por las que algo podría haber salido mal en mí, por las que me sentiría atraída por las mujeres, no por los hombres. Me deprimí. Entonces tuvimos más sesiones, una al día. Me deprimí mucho. Entonces me metió en un hospital, en una sala cerrada. Entonces, dejadme decir que tenía tendencias bastante suicidas. Me dieron tratamientos de shock. Luego tuve problemas para recordar cosas o concentrarme en lo que estaba pasando. Entonces me dieron drogas y las drogas me volvieron realmente loca. Y luego conocí a Mary, en la sala. Y nos enamoramos”. Se giró y sonrió a Mary, quien extendió su propia mano regordeta y morena y le dio unas palmaditas en el hombro a Donna. “Y aquí estamos, simplemente tratando de sobrevivir”.

Estaban unidas, las seis, en el silencio.

“¿Por qué?” –Preguntó Maya. “¿Qué tiene de peligroso el amor? ¿Por qué tienen que destruirlo?”

“El amor es político”, dijo Leona. “Nuestras propias vidas son políticas. Necesitamos enojarnos por nosotras mismas,

no sólo por los demás. Necesitamos luchar por nosotras mismas. Nuestra rabia es una forma de amor”.

Mi rabia es vieja, cansada y rancia, pensó Maya. Pero ¿y si fuera rabia por mí? ¿Y si yo misma fuera la mujer en llamas?

Cuando llegó a casa, a medianoche, el fregadero estaba lleno de platos y cenizas de cigarrillos, el suelo lleno de botellas de cerveza. Rio estaba en alguna parte. Daniel le sonrió sugestivamente y dijo casualmente: “Me alegro de que estés en casa. Me estaba dando hambre”.

“Es medianoche. ¿Aún no has comido?

“Te estaba esperando.”

“¿Por qué? ¿Para no tener que freír tus propios huevos?

“Oh, joder, Maya, no me digas que vas a empezar a decir toda esa basura de la liberación femenina. Aquí estamos, las mujeres blancas privilegiadas de Estados Unidos: no más culpa para nosotras, oh no. Por fin tenemos una opresión que podemos considerar propia”.

“Que te jodan, Daniel”.

“¡Esa es la mejor idea que has tenido hasta ahora!”

“¡Lo digo en serio!”

“Vamos, Maya, sé amable conmigo. Estoy borrado. He estado trabajando duro todo el día y toda la noche”.

Se sentía como un insecto envuelto lentamente en seda de araña. Una frase, un hilo. Pegajoso, suavemente confinado. Empezaría a pensar en lo valiente que era, en lo dispuesto a morir y a sentir lástima por él.

“No”, dijo, “no dejaré que me metas en esto. Cocina tu propia cena”.

“Rio está fuera por esta noche”, dijo Daniel.

“¿Qué tiene eso que ver con esto?” dijo, pero sabía que así era. Sí, una parte de ella quería saborear de nuevo la dulce y dolorosa familiaridad de su cuerpo. Le dejaría devolverle algo que nunca había tenido, sabiendo en todo momento que el destino pronto se lo iba a quitar.

“Recibí una antología de Hemingway de la biblioteca”, dijo. “Podríamos tener una velada intelectual los dos. Leyendo juntos”.

Maya suspiró y cedió. “Una vez... y luego nunca más. ¿Vale?”

“¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te guste?”

“Una vez”, dijo de nuevo. ¿Cómo podría explicarle lo familiar que le resultaba? Eres de mi propia especie, pensó.

Somos parientes. Demasiado cercanos, demasiado endogámico. Te pareces demasiado a mi padre y ya has prometido abandonarme.

“¿Johanna? Soy Maya”. La mano de Maya tembló mientras agarraba el auricular del teléfono, esperando durante la larga pausa que siguió al anuncio de su nombre. Por fin habló Johanna.

“¿Maya? ¿Mi aliada, Maya? Me sorprende saber de ti. Pensé que estabas demasiado ocupada trabajando contra la opresión de mi pueblo”.

“Lamento esa estúpida carta”. Maya se apresuró a decir todo lo que pudo antes de que Johanna cambiara de opinión y colgara. “Lamento haberla escrito. Pero tengo que hablar contigo. Estar en contacto. No puedo dejar que entremos en este silencio”.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. De nuevo Maya esperó durante un largo, largo momento.

“Johanna, ¿estás ahí? ¿No quieres hablar conmigo? En serio, lamento nuestra pelea, la carta, todo. ¿No podemos olvidar la estúpida carta y hacer como si nunca la enviase?”

“Diablos, no, niña”, dijo Johanna por fin. “Nunca olvidaré eso”.

“Oh, Johanna, es un placer hablar contigo. Sólo para escuchar tu voz”.

“Si, es bueno. Oh, Maya, niña, te extraño”.

“¿Tú? ¿De verdad?”

“Sí, por loca que esté, lo hago. ¿Cómo va la revolución?

“No tan bien. Empieza a parecerme que nunca aprendí a ser una aliada conmigo misma. ¿Tiene sentido?”

“Lo primero con sentido que te escucho decir en años. ¿Cómo está Rio?

“Bien.” Maya hizo una pausa. “No, él no está bien. No tiene sentido hablar contigo después de todo este tiempo si sólo voy a mentir y fingir cosas. Bebe demasiado y se tira a otras mujeres”.

Otro silencio. “Lamento oír eso”, dijo Johanna. “No me sorprende, pero lo siento”.

“Es un hombre”, dijo Maya. “Tal vez eso es todo lo que podemos esperar de ellos”.

“Tal vez. A veces parece así”.

“¿Cómo estás? ¿Como esta el bebé? ¿Cómo se llama?”

“Su nombre es Rachel, en honor a mi abuela. Oh, Maya, desearía que pudieras verla. Quiero decir, no te diré que no ha sido difícil, pero vale la pena. No hay sentimiento igual en el mundo”.

“¿Cómo decidiste seguir adelante y tenerla?” –Preguntó Maya.

Johanna esperó antes de responder. “Bueno”, dijo a la ligera, por fin, “Siempre quise tener un bebé algún día y pensé: ¿qué mejor momento para tener un bebé que cuando estás embarazada?” Maya se rió. “Hay lógica ahí”.

“Me mudaré a Berkeley el año que viene, en otoño. Transferencia. ¡Tengo que salir de aquí! Puedes imaginar cómo es, con mi mamá y todo eso. Quiero decir, ella ha sido buena conmigo. Ella realmente estuvo detrás de mí. Pero tarde o temprano tendré que valerme por mi cuenta. Tengo que respirar un aire diferente”.

“Dios, sería bueno tenerte aquí arriba. Para poder verte todo el tiempo. Si no me voy. Mi papá quiere que vuelva a la escuela. Dice que puede llevarme a donde estará el año que viene, en Seattle”.

“¿Vas a hacerlo?”

“Estoy pensando en ello.” Era la primera vez que Maya admitía, incluso para sí misma, que esto era cierto.

“Bueno, sabes que eventualmente tendrás que hacerlo, así que ¿por qué no terminar de una vez?”

“¿Lo crees?”

“Tienes que vivir en este mundo, hermana”.

“Supongo que eso es cierto”.

Le estaba dando a Rio una última oportunidad. Tal vez todavía pudieran encontrar la magia que una vez habían creado juntos. Al menos la buscarían, acordaron, en las montañas, solo ellos dos, y no se irían para entrenar o practicar la lectura de mapas ni para ningún propósito más importante que simplemente estar juntos. El cielo de junio era de un azul intenso y las ventanas abiertas de la camioneta dejaban que los cálidos vientos del Valle Central les azotaran el cabello. La furgoneta subió más y más por las colinas, la pendiente lenta y constante de las sierras occidentales. Pasarían una semana entera juntos, tal vez más. No tendría alcohol ni otras mujeres que lo distrajeran, que les impidieran encontrar el dulce lugar. Sí, después de todo, todo iba a estar bien. No importaba que ahora estuviera en silencio, meditabundo, encerrado en sí mismo. Tendría todo el tiempo que necesitara para sacarlo a relucir de nuevo.

A medida que las estribaciones comenzaron a convertirse en montañas, cubiertas de bosques de altos pinos y repletas

de centros turísticos, la autopista se convirtió en una carretera normal y corriente. Rio tomó un desvío donde un extenso edificio de troncos desgastado lucía un letrero que decía PINEWOODS TAVERN.

“Rio”, dijo Maya, esforzándose por mantener su voz neutral y controlada, “prometiste que no beberías en este viaje”.

“No voy a beber. Jesucristo, ¿eres mi maldito guardián? Quiero ir al maldito baño.

“Si te emborrachas ahí dentro”, dijo, “te dejaré. Realmente lo haré esta vez”.

“Oh, por el amor de Dios, Maya. Realmente sabes cómo hacerme enojar”. Él se alejó pisando fuerte, dándole la espalda. Ella lo vio subir los dos escalones hasta el porche de madera que rodeaba el salón, abrir la puerta y cerrarla de golpe detrás de él.

Ella esperó.

“No tengo que preocuparme todavía”, pensó. “Tengo cinco minutos, diez minutos”. Y luego: “¿Qué voy a hacer?”

Cuando pasaron quince minutos, supo que él no saldría hasta que se emborrachara. Y no puedo soportarlo, pensó. No podía soportar la decepción, ni la espera, preguntándose si entrar y confrontarlo y arriesgarse a hacerlo enojar, o caminar por el polvoriento estacionamiento, fantaseando

con irse con otro hombre en otro auto. Ella quería ser rescatada, pero él siempre había sido su salvador, y ¿quién la salvaría de él? No, esta vez tendría que salvarse ella misma.

Podría entrar allí, sacarlo a rastras y obligarlo a irse. Pero no, no podía hacer eso, no otra vez. Dios, deseaba que él simplemente saliera y le dijera alguna excusa, incluso alguna mentira, para poder evadir esto una vez más. Así podría volver a creer que todo podría salir bien, que podrían estar bien juntos. Está bien, esperaría cinco minutos más. Y si viniera, podrían olvidar este... incidente. Pronto estarían en las montañas, donde no habría alcohol. Y si él no venía, ella... esperaría cinco minutos más.

Pero cuando pasaron quince minutos más y volvió a caminar alrededor del estacionamiento, contó cien autos que pasaban por la autopista y luego cien más, abrió la puerta y sacó su mochila. Lentamente, dividió la comida, llenando su mochila con suministros para varios días, mientras pensaba que seguramente él vendría y la detendría. Pero al fin terminó. Aún así no salió. Cerró la mochila, cerró la puerta. Pensó en una cosa más: otra botella de agua. Aún esperando, aún esperando, abrió la puerta, abrió su mochila, volvió a empacar, sintiendo todo el tiempo como si se estuviera viendo actuar bajo el agua, con todos los sonidos amortiguados y algo sofocando su respiración.

¿Realmente iba a hacerlo? Si no pensara, si simplemente recogiera su mochila y se parara al costado de la carretera y sacara el pulgar, seguramente él regresaría antes de que a ella la llevaran. Seguramente. Porque, se dijo mientras caminaba hacia el borde del camino y esperaba, porque no tenía sentido que el amor terminara así. No, no tenía sentido no sentir el toque de su mano en su mejilla, no pensar que sus ojos no mirarían los de ella, verían lo mucho que la había lastimado y cambiarían. Seguramente vendría.

Un coche se detuvo antes de que él llegara. Durante todo el camino montaña arriba, siguió mirando por la ventana trasera, esperando verlo siguiéndola en la camioneta.

Pero nadie la siguió.

Le pidió al conductor que la dejara bajar en lo alto del paso. Conocía un inicio de sendero que comenzaba allí. Se puso la mochila al hombro y empezó a caminar. Todo el tiempo ella estuvo tranquila. Las lágrimas caían de sus ojos, pero se concentró en moverse, un pie tras otro. Este momento, este rastro, este paso era todo lo que tenía para superar. Aunque sabía que las posibilidades de que él la siguiera eran escasas, no pudo evitar escuchar detrás de ella. El sendero subía por la ladera de una montaña y atravesaba prados que la asombraban con su belleza que abarcaba el cielo, pasando por lagos acunados en granito, tan claros y azules que apenas podía soportar mirarlos. Estaba jadeando y sudando, por lo que no tuvo que pensar, mientras el sendero coronaba

un paso y comenzaba a descender hasta un lago que yacía ahuecado en un cuenco de roca como una lágrima en una mano áspera. Hacía mucho que el sol se había puesto y corrió en la oscuridad hasta un lugar protegido donde podía montar la tienda, desenrollar su saco de dormir, meterse dentro y llorar.

Lloró durante mucho, mucho tiempo, tal vez toda la noche. No se había dado cuenta de que podía llorar así, como si sus entrañas salieran con sus sollozos, como si nunca fuera a parar. Al amanecer, había dormido lo suficiente como para soñar que él había ido tras ella y la había encontrado. Él se acostaba a su lado acunando su cabeza en su brazo, se abrió hacia ella y le contó todo su dolor. Lloraron juntos y sus lágrimas formaron un chorro de sal. El sueño fue tan dulce como su primera noche juntos, pero cuando despertó, estaba sola.

XXIX. CARTA

James Patrick Connolly

En algún lugar del infierno, probablemente

15 de agosto de 1971

Querido Jim,

¿Por qué te escribo? Estás muerto y yo estoy borracho. No tan beodo como me gustaría estar, no completamente borracho, resistiendo, ja, ja. Lo suficientemente beodo como para que me tiemble la mano y estar pensando que nadie podrá leer esto jamás. Lo cual es lo mejor. Te escribo, Jim, porque espero unirme a ti pronto. Estoy listo. Anhele unirme

a ti. La verdad hombre, te escribo porque no hay nadie más. Nadie más.

Maya ha desaparecido. Ninguna palabra, ninguna señal. Culpa mía. Mi maldita culpa. Pero la de ella también, maldita sea. Debería haber sabido que no debía molestarme así. Debería haber sabido que no debía tomarme en serio. O tal vez debería haberla tomado en serio cuando amenazó con irse. Mierda. Pero ella lo había dicho cientos de veces antes. ¿Cómo podría creerla? Nos pertenecíamos el uno al otro, hombre. Lo supe desde el primer momento en que la vi al otro lado del lago. Desde la primera vez que la toqué. Me sentía como en casa con ella. Me sentía como cuando después de un día cazando marmotas en enero, con la nieve mordéndote el cuello y los pies casi congelados y abres la puerta y la casa está cálida y huele a café.

¡Confíe en ella, maldita sea! Ella me dijo que hiciera lo que hiciera, ella siempre estaría ahí para mí. Ella me dijo que nunca me dejaría.

Así que sí, está bien, Jimbo, cadáver en descomposición, la puse a prueba. Demonios, soy joven, necesito espacio para maniobrar. No puedo simplemente follarme a una mujer por el resto de mi vida, no importa cuánto la ame.

De todos modos, ella se fue y es culpa mía. Sólo tuve que parar en la taberna. Era el cielo. Tan azul, hombre, a medida que nos adentrábamos en las montañas. Tan frío, azul y

limpio. Necesitaba algo para suavizar el tono y atenuar el brillo. Sólo una copa, pensé, en ese bar. Solo una. Pero el relleno se estaba saliendo del plástico rojo roto de los taburetes y la camarera tenía el lápiz labial corrido demasiado por encima del labio superior. Dios, cómo me golpeó eso.

Entonces una cosa llevó a la otra. Estaba enojado con Maya por molestarme. Que se joda, pensé. Déjala esperar un poco. Déjala esperar.

Oh, Dios, Jim, ¿por qué nací tan estúpido?

Ya conoces todas esas viejas historias sobre un hombre que se casa con una esposa hada. Él está enamorado de ella, es feliz, pero hay una cosa que se supone que no debe hacer ni decir, y siempre la hace o la dice, y luego ella se va y nunca regresa.

Me siento como ese hombre, Jim. Pero no sé qué fue la cosa. No sé qué fue.

Cuando salí del bar por primera vez, pensé que había ido a orinar o algo así, a comprar algo en la tienda. Esperé. Ella no volvió. Entonces pensé que estaba tratando de devolverme la jugada. Me enojé cada vez más. Pero finalmente miré dentro de la camioneta y noté que su mochila había desaparecido. La comida dividida. Entonces me di cuenta de que ella realmente se había marchado.

Debo haber conducido por esa carretera cientos de veces. No sabía adónde iría. Toda la tarde, de ida y vuelta, arriba y abajo, estuve como un loco. Finalmente me vino el pensamiento de que seguramente ella había regresado a la ciudad. Bien, ella no se iría sola a las montañas. Se iba a casa, se quejaría con nuestros amigos y se quejaría en su grupo de mujeres. Regresé tan rápido que fue una suerte que la policía estatal no me detuviera. Pero ella no estaba allí.

Daniel y Edith estaban teniendo una especie de reunión con Randy y T-Bone, los dos chicos que traje al grupo porque trabajan para una empresa que a veces hace explosivos. Ah, mierda, no debería estar escribiendo esto, pero diablos, voy a romper esta carta tan pronto como lo saque todo de mí. De todos modos, están dispuestos, pero no son demasiado brillantes. Randy es grande y rubio, T-Bone es pequeño, flaco y moreno. Supongo que están bien, al menos son artículos genuinos de clase trabajadora. Daniel estaba pontificando y ellos estaban sentados allí, drogados o aburridos, o ambas cosas, y Edith se mordía las mejillas y los ceniceros se habían desparramado por todo el suelo y toda la maldita casa apestaba. No pude soportarlo. Ya estoy harto, Jim, de hablar, hablar, hablar y refinar nuestra maldita ideología. El movimiento se ha ido a la mierda. Camboya hizo que pareciera que algo estaba pasando, pero eso fue hace más de un año y no ha sucedido gran cosa desde entonces. Incluso los Weathermen (perdóname, el Weather Underground) han desaparecido. Y mientras tanto la guerra

continúa. Mientras estoy aquí enloquecido porque mi novia me dejó, mientras Daniel corre la boca y Edith mastica la suya, mientras nos revolcamos en este agujero de mierda lleno de nuestra propia maldita basura, la guerra continúa. A tipos como tú los están convirtiendo en pequeños trozos de carne en mal estado. Otros tipos como tú, matan a tiros a niños y llevan a sus madres al monte y las clavan antes de volarles la cabeza.

No pude soportarlo. Me enojé, les chillé y les grité a todos, no me pregunten qué carajo dije. Tiré algunas sillas. Sí, fue una escena digna de nuestro viejo.

Daniel y Edith me gritaban, pero T-Bone simplemente me llevó aparte y salió al pasillo. “Cálmate”, me dijo. “Si estás tan harto de hablar, haz algo. Adelante, Randy y yo te respaldaremos. Esta gente, hombre, hablarán hasta la muerte. Tal vez la manera de sacarlos de sus casillas sea mostrárselo”.

“Tal vez tengas razón”, dije. Me sentí tranquilo, feliz. Sí, tenía razón. Al diablo con toda esta estrategia y consenso. Nada me impedía hacer lo que quisiera. Bajé al sótano, donde guardamos las cosas que nos compró T-Bone. Empecé a intentar armar algo, sólo para ver si podía, ya sabes... Pero fue demasiado para mí, en mi estado de extrema tensión, que incluso estaba mucho más jodido de lo que estoy ahora. Es un trabajo delicado y de precisión. Tienes que tener mucho cuidado o te volarás el culo por las

nubes. Lo cual en ese momento me importaba una mierda, pero aun así supongo que tengo un instinto de autoconservación.

Edith bajó mientras yo trabajaba.

“¿Qué crees que estás haciendo?”, preguntó.

“Tomando medidas”, dije. “Ya he tenido suficientes tonterías”.

“Eres una mierda”, dijo Edith. “Deja esas cosas, maldita sea. ¿No te das cuenta de lo peligroso que es? Lárgate de aquí, Rio. Estás borracho y eres un irresponsable”.

Mi brazo se movió, Jim. Voló por el aire hacia su cara. El puño adherido al brazo le habría arrancado algunos dientes si hubiera conectado. Ella se alejó de mí. Entonces corrí. Tuve que salir de allí. Porque nuestro viejo casi me había atrapado. Podía sentirlo colgando de mis hombros; podía oler su aliento a whisky. Si no hacía algo, algo puro, drástico y limpio, me convertiría en él.

Conduje la camioneta al centro. Me detuve en una pequeña calle lateral, saqué un poco de gasolina del tanque y llené una botella de Pepsi. Mojó un trapo y lo puse encima.

Todo el tiempo me sentí como si estuviera completamente sobrio. Todo estaba tan claro, Jim, claro y distante, como si estuviera mirando el mundo por el lado equivocado de un

telescopio, y estuviera muy, muy lejos. Me sentí bien. Sentí que estaba donde se suponía que debía estar, haciendo lo que tenía que hacer. Ahora entiendo tu última carta. Entiendo lo que quieres decir con arriesgar tu vida. Lo mío no significa mucho, pero me sentí bien al estar dispuesto a realizarlo, a tomar alguna acción real, sin importar cuán pequeña fuera.

Cerré la furgoneta y escondí la botella debajo de mi abrigo. Podía sentirla fría contra mi corazón, que latía con tanta fuerza que casi podía oírlo golpear la botella. Entonces, aunque mi mente estaba tranquila, mi cuerpo estaba cagado de miedo. En Market Street estaba el Centro de Reclutamiento del Ejército. Lo habíamos examinado antes como posible objetivo: no tenían vigilante nocturno ni guardia de seguridad. Caminé hacia allí. En el camino recogí un ladrillo suelto que encontré en un terreno baldío, donde estaba acurrucado un borracho envuelto en periódicos. Por un momento, me paré y lo miré. Él podría haber sido yo. Podría ser él, apestando a mis propios excrementos, estrellado entre los cristales rotos. Pero parecía tan pacífico, casi inocente, como si mientras dormía se hubiera vuelto un niño. Se me ocurrió que tal vez todos tengamos esa inocencia todavía en nosotros, en alguna parte. Incluso yo. Salimos de ella hacia la miseria y el pecado, pero está ahí, esperándonos, esperando para reclamarnos tan pronto como se lo permitimos. Entonces ya no tuve miedo. No,

estaba tranquilo y en paz mientras caminaba hacia Market Street.

Miré alrededor. Para entonces ya era tan tarde que hasta los vagabundos habían abandonado la calle. El centro de reclutamiento tenía un gran escaparate lleno de carteles. ¡EL TÍO SAM TE AMA! Yo a él no. No, Jim, te atraparon a ti, pero a mí no. Tiré un ladrillo por la ventana y destrocé al Tío Sam. El ruido, el estrépito y el tintineo, como el del agua que cae, me parecieron bien. Limpio. Saqué la botella de mi abrigo, encendí una cerilla y encendí el trapo. Antes de que tuviera oportunidad de pensar, la tiré por la ventana. Luego me alejé.

Después de un momento escuché un estruendo y luego un rugido. Me permití echar un vistazo atrás. Era hermoso, Jim, las llamas anaranjadas elevándose en la noche negra, el humo como un espíritu bailando bajo las farolas. Hermoso y poderoso, más poderoso que tú o yo. Fuego limpio y caliente.

Luego me obligué a caminar lentamente de regreso a la camioneta. Sin correr, sin apresurarme, aunque para entonces el miedo volvió a aparecer. Quería parar y cagar en cada terreno baldío, o sentarme para que mis piernas pudieran sostenerme. Estaba seguro de que los cerdos estarían allí en un minuto, mis manos temblaban, sintiendo las esposas ya alrededor de mis muñecas. No me importa

morir, Jim, pero no creo que pueda soportar que me encierren. Eso realmente me asusta.

Pero no vino ningún policía. Regresé a la camioneta y encendí el motor. Dios, ¡sonó fuerte! Estaba seguro de que todos en un kilómetro y medio a la redonda lo oirían. Pero nadie se acercó a su ventana y gritó. Para entonces ya podía oír sirenas en Market Street, pero no había ninguna en el lugar donde yo estaba, así que me fui, en dirección sur, hasta Harrison Street y de regreso a Mission. Eran las cuatro de la mañana cuando llegué a casa, pero Daniel todavía estaba despierto, fumando, leyendo y tomando notas.

“Será mejor que dejes eso”, dije, “y empecemos a trabajar en nuestro folleto. Se acabó el tiempo de estudio, hombre. Ha llegado el momento de actuar”.

“¿De qué diablos estás hablando?” preguntó y yo se lo conté.

Simplemente se sentó allí y me miró, Jim, con esos ojos suyos tristes y llorosos, y luego me di cuenta de que había empezado a llorar. Estaba sentado en el sofá, dejando que la ceniza de su cigarrillo cayera al suelo y lloraba en silencio.

“Esto no es como se suponía que debía ser”, dijo, sacudiendo la cabeza. “Esto no es como se suponía que debía ser”.

Joder, Jim, ¿qué es?

Lo dejé llorando solo y me fui a la cama. Me acosté y traté de dormir, pero de repente sentí frío. Quería que Maya estuviera allí, que se enrollara contra mí y me mantuviera caliente. Pero ella ya no estaba, yo estaba temblando y no podía parar. Entonces me di cuenta de que podría haber matado a alguien. Entonces me di cuenta, Jim, de que soy exactamente lo que nunca quise ser, un pedazo del viejo bloque, un borracho loco, malo y peligroso.

Entonces no podemos escapar. No importa lo que hagamos o no hagamos, no podemos escapar de lo que Él nos hizo, de lo que nos transmitió en nuestra sangre. Pero tengo la intención de darle uso, oh mi hermano muerto, podrido y desperdiciado. Caeré, lo sé, pero no caeré fácilmente. Tengo la intención de darle uso.

No sé cómo recibirás esta carta. Veremos si estoy lo suficientemente borracho como para enviarla por correo.

Rio

XXX. EL SERMÓN DEL FUEGO

Todas las cosas, oh Bhikkus, están en llamas.

El ojo, oh Bhikkus, está ardiendo; las formas están en llamas; la conciencia ocular está en llamas; las impresiones que recibe el ojo arden; y cualquier sensación, placentera, desagradable o indiferente, que se origina en dependencia de las impresiones recibidas por el ojo, también está en llamas.

**–El sermón del fuego.
La sabiduría del budismo**

Maya soñaba con humo, ruido y voces que gritaban. Río estaba lanzando un cóctel Molotov a un yeti en llamas que perseguía a una mujer en llamas por el bosque. Los bosques

ardían y el humo hacía que Maya tosiera y se ahogara. Pronto ella también estaría ardiendo, con los pulmones chamuscados y la piel chamuscada y descamada. Y entonces no habría ningún dolor que pesara más que el suyo, ninguna dimensión de sufrimiento que ella no conociera.

Se despertó tosiendo al escuchar la voz de Tenzing llamándola. “Despertar. Despierta, Maya, y vístete rápido. ¡La gompa está ardiendo!

Su pequeña tienda era sofocante, lo suficientemente llena de humo como para dificultar la respiración de sus ya irritados pulmones. Se sentó y sostuvo su cabeza entre sus manos por un momento. Le pesaba la cabeza y le dolía, y no sabía qué hacer.

Aire. Debía obtener aire. Abrió la cremallera de la puerta para dejar entrar una ráfaga de viento frío, que llevaba consigo el olor a humo. Luchó contra una sensación de pánico, la sensación de que estaba atrapada en la pequeña tienda, de que el humo entraría y la asfixiaría y no podría salir. Movimiento, esa era la cuestión. Buscando a tientas en la oscuridad, encontró sus pantalones deportivos, su camiseta larga, su suéter y los gruesos calcetines de lana con los que había caminado hasta Pangboche y de regreso. Una prenda tras otra, se fue poniendo todo, metiéndose los pies en las botas sin molestarse con los cordones. Agarrando su chaqueta y su gorra, salió de la tienda.

Afuera, el aire se movía más libremente, el humo denso se alternaba con ráfagas de viento frío. Todavía tenía problemas para respirar, pero la sensación de pánico disminuyó. Al menos aquí podría moverse.

Se agachó para atarse las botas. El viento había disipado la niebla y la luna llena brillaba sobre los inmensos picos, con sus cimas nevadas y sus flancos helados brillando de un blanco azulado. Un resplandor rojo salía de la gompá y un humo negro brotaba del techo y de las ventanas, ondeando en la noche plateada como una oración maligna.

Tenzing había terminado de despertar a los otros miembros del grupo. Permanecieron juntos, contemplando la destrucción con un horror sordo y adormecido. Lonnie y Jan se tomaron de la mano. Howard estaba lejos de Maya y no la miraba a los ojos. Menos mal, pensó. Ella trató de mostrarle una pequeña y fría sonrisa, una sonrisa que diría: “Seguiré siendo amigable y educada contigo ya que estamos atrapados juntos en este grupo, pero no pidas más”. Sospechó que lo único que logró fue una mueca que se perdió en la oscuridad.

“¿Podemos ayudar de alguna manera?” –Preguntó Peter.

“Podrías ayudar en la fila”, dijo Tenzing. “Pero quédate muy atrás. No os pongáis en peligro”.

Varias filas de personas se extendían desde la gompa hasta el campo abierto. A su cabeza, Maya podía ver vagamente figuras entrando y saliendo del humo. Eran monjes que rescataban todos los tesoros que podían. En cada fila, la gente pasaba libros, tankas y artefactos, de mano en mano, para apilarlos y cubrirlos con lonas a salvo del fuego.

Maya se estremeció. El frío de la noche, el miedo en su sueño y la realidad de la gompa ardiendo la dejaron dislocada, sin saber si estaba despierta o dormida. Ella miró fascinada el fuego. Al principio vio principalmente humo, una nube que salía de las ventanas y del techo del monasterio. Entonces Maya vio las llamas, saliendo por las ventanas y parpadeando en lo profundo del interior. Las llamas se elevaron y bailaron mientras los monjes entraban y salían corriendo. Contuvo la respiración, esperando que las figuras que desaparecían en la bruma reaparecieran nuevamente.

Odiaba esperar sin poder hacer nada. Peter y Lonnie se habían unido a las filas, y ella también caminó hacia la más baja de ellas, ayudando a mover los objetos preciosos que pudieran salvarse del holocausto. A su izquierda estaba uno de los chicos de la cocina cuyo nombre nunca supo pero que la saludó con una cálida sonrisa. A su derecha estaba uno de los exploradores rubios y delgados de la expedición danesa, un hombre que, por lo que ella sabía, pronto se aventuraría a subir por los collados y escorrentías de la mismísima

Sagarmatha. Pero aquí, en la fila, todas las distinciones de clase y condición física desaparecieron. Todos eran iguales.

El lugar de Maya estaba bastante alejado del fuego, y ella permaneció de pie, con sus compañeros, observando y esperando mientras la gente corría de un lado a otro. Unos cuantos monjes corrieron hacia adelante, con sus túnicas rojas azotadas por el viento, para arrojar cubos de agua a las llamas. El esfuerzo parecía más una ofrenda que un intento serio de apagar el fuego. El agua produjo un chapoteo inútil, devorado en un instante por la rugiente boca de las llamas. Aquí los elementos arrasaban sin control ni mediación. El fuego era fuego, el agua era agua, dadores de vida, quitadores de vidas.

“Esto es terrible”, dijo el escalador danés en un buen inglés, casi sin acento. “¡Pensar que no hay nada más que podemos hacer!”

Era alto y parecido a un dios, al estilo del Apolo griego. ¡Qué fuerte debe ser, qué forma, qué increíble sistema cardiovascular debe tener!

“Aquí no hay departamento de bomberos”, dijo Maya. “No hay bombas de agua, hidrantes ni helicópteros”.

“Helicópteros”, dijo. “Si tan solo pudieran traer algunos helicópteros. Recoger agua de los lagos y tirarla al fuego. Pero por la noche, por supuesto, es imposible”.

“Es bastante complicado volar de día”, coincidió Maya. “Es una bendición a medias, de acuerdo, vivir tan cerca de los elementos. Tienen una tendencia a volverse... elementales”.

Y por cierto, se imaginó diciendo: ¿te gustaría tener un hijo? Parece que tienes un buen potencial genético. Había oído que los daneses tenían una mentalidad extremadamente abierta en cuanto a muchas cosas. ¿Por qué no intentarlo?

“La civilización moderna tiene sus beneficios”, coincidió el potencial padre de su hijo. “Aquí arriba se entiende por qué nos tomamos la molestia de inventar tecnología”.

La verdad era, admitió Maya, que ella no era el tipo de persona que podía hacer una sugerencia como esa a sangre fría. No, ella era demasiado recatada, femenina y tímida. O en todo caso, sensible a la energía, a diferencia de ciertas personas, Howard por ejemplo. Ésa era la ventaja del banco de espermatozoides, supuso, algo anónimo, impersonal. Si tan solo hubiera uno para escaladores famosos. O incluso escaladores no famosos. Por otro lado, ¿era realmente prudente tener un hijo que siempre fuera capaz de dejarte atrás?

Estaba a punto de preguntarle su nombre al escalador, cuando alguien lo llamó desde el otro lado del camino y, dándole una breve sonrisa, abandonó la fila y se alejó. Maya

avanzó para cerrar la brecha, pero no pasaba nada en ese momento. Se sentía superflua y, sin razón, abandonada.

Las lágrimas nublaron sus ojos. Por un momento, se sintió responsable de la quema de la gompá, como si hubiera llevado el fuego consigo en su espalda, desatado al leer la carta de Rio.

No seas estúpida, se dijo. Nada de esto es culpa tuya. Ni este fuego, ni los demás. Tenía derecho a dejarlo. Mi culpa fue haberme quedado con él tanto tiempo. Muchas mujeres dejan a sus novios y la mayoría no van a quemar la oficina de reclutamiento.

Aún así, el residuo de su dolor permaneció con ella. Quería hacerle daño, admitió, y lo hice. Pero no quería diecisiete años de venganza.

No debería haber leído las cartas. En todo caso, ¿cómo había sobrevivido esa última carta? ¿Por qué no la había roto, como habría hecho cualquiera con un poco de sentido común? ¿Realmente había estado lo suficientemente borracho como para enviarla por correo? ¿Y entonces cómo había llegado a su madre, para que Carl la encontrara y se la enviara a ella?

Me equivoqué al leer sus cartas. Aún así, al menos sé cuánto me amaba, a su manera retorcida. Cómo lo amaba. ¿Qué significa eso ahora, después de todos estos años y

silencios, excepto que pudimos causarnos dolor el uno al otro?

¿Debería ir a verlo? ¿Es ese el camino de regreso para reclamar mi poder? Y si es así, ¿le hablo de Rachel? ¿Y arriesgar mi relación con Johanna?

Podía imaginar las recriminaciones de Johanna. No es de extrañar que su pasión flaqueara. Su amor estaba plagado de secretos y mentiras de omisión, como la madera podrida en una viga de soporte.

“¡Esto es horrible!” Lonnie se acercó detrás de Maya y se paró junto a ella, ocupando el lugar vacío del escalador. Maya volvió a retroceder unos metros. “¿Qué le vamos a decir a la gente en casa? Llegamos al centro espiritual de todo Khumbu y, tan pronto como llegamos, ¡se quemó!”

“¿Crees que fue influencia nuestra?” –Preguntó Maya. Estaba bromeando, pero no podía deshacerse por completo de los rastros de culpa irracional.

“Dicen que fue el calentador eléctrico del estudio del lama. Se volcó y se produjo un cortocircuito. ¿Es eso irónico o qué?”

“Apesta a simbolismo”, coincidió Maya. “La tecnología llega a Khumbu sólo para destruir el corazón espiritual del país”.

“Sí”, dijo Lonnie. “Te hace pensar”.

“Me pregunto qué pensará el Rinpoche”.

“Está por allá.” Lonnie señaló con la barbilla a un grupo de monjes. En medio de ellos, Maya pudo ver al Rinpoche. No era un hombre alto. Cuando los monjes se agolparon a su alrededor, prácticamente desapareció. Luego se alejaron y Maya vislumbró su rostro. Se quedó quieto, absorto en quietud, contemplando las llamas. ¿En qué estaba pensando? Se preguntó Maya. ¿Fue esta la mayor tragedia de su vida o simplemente otra lección de impermanencia?

Pensó en su propia casa, en todas las cosas que constituían su entorno y su hábitat cotidiano; su taza favorita, del tamaño, la forma y el grosor que a ella le gustaban; su viejo escritorio de roble con numerosos cajones que había comprado en Busvan; su cama con sábanas de algodón egipcio de color morado oscuro; la colección de Diosas de arcilla, piedra y madera pintada que llenaban el altar de su dormitorio y se derramaban para cubrir la parte superior de estanterías, cómodas y armarios; el espejo que le había regalado a Johanna y que colgaba en la sala de estar y fracturaba la luz de la tarde. Parecían tan permanentes, como rasgos de la naturaleza, eternos en su misma cotidianidad. Y, sin embargo, entre una respiración y otra, un cable podría chispear, una vela caerse y todo ello podría desaparecer.

Toda su vida había estado en guerra con lo ordinario, lo cotidiano, pero ahora se daba cuenta de cuán fuertemente

había capturado su lealtad y su corazón. Apreciaba el recuerdo de cada cosa sencilla en su propia casa. El grifo cuya arandela que goteaba acababan de reemplazar, milagroso repartidor de agua; la manta de lana que había comprado en Irlanda y que colgaba del brazo del sofá; la colección de dibujos que Rachel había dibujado a lo largo de los años y que Johanna había enmarcado y colgado en el vestíbulo. Querida Diosa, déjalos continuar. Que sean preservados en un mundo impermanente.

“Aquí vamos”, dijo Lonnie. De repente, una avalancha de objetos se acercó por la línea. Libros sagrados, los largos y delgados textos tibetanos con sus folios de papel sueltos, tankas de seda pintada, estatuas vestidas con túnicas coloridas, como ropa de muñeca. Girar, balancear, agarrar, girar, soltar. Como un baile. Todavía estaba medio dormida, y todo todavía parecía... no exactamente irreal, pero atrapada en ese estado del que solía hablar la curandera que había conocido en México, donde la realidad no era tan fija y a veces podías alternar entre ellas, la Realidad Buena y la Mala. El Mundo Bueno y El Mundo Malo, los había invocado. O podrías caer en uno u otro y quedarte atascada. Rio, había caído en la Mala Realidad hace años y nunca salió. Bueno, esto era El Mundo Malo, seguro, y hasta donde podía ver, había progresado demasiado como para regresar a la realidad en la que se había ido a dormir apenas unas horas antes. Ahora, ese tiempo parecía existir en alguna otra eternidad. Había tenido frío eternamente, le había dolido la

espalda durante siglos, eones, mientras entre sus manos pasaban textos sagrados y tankas de valor incalculable, todos los tesoros y escombros de una vida espiritual. Una trompeta de hueso tallada y un gorro de lana. Un Buda dorado y un montón de túnicas de lana roja que había que lavar. Una campana de bronce y una pila de ollas de aluminio. Los signos materiales de la impermanencia, los escombros del misticismo. Ja, pensó, no son diferentes a mí, sólo un grupo de paganos. Todos somos coleccionistas de basura.

Los monjes habían desistido de sus intentos de apagar las llamas con cubos de agua. Al igual que el lama, se quedaron de pie y observaron, mientras los pocos valientes continuaban lanzándose hacia el humo para salvar lo que podían. Maya recordaba la gompa pintada, el vívido mundo de azafrán, rojo óxido, viridian y azul índigo que había visto ayer por la tarde. Podía imaginar cómo sería el interior, los colores brillantes ennegreciéndose por el humo y luego la llama brillante lamiendo las paredes, devorando la madera hasta la piedra. ¿Dónde estaban ahora los linajes pintados del Rinpoché, las deidades pacíficas e iracundas? ¿Liberadas en el aire? ¿Rescatadas? ¿O simplemente se fueron?

Las lenguas de fuego se convirtieron en grandes pancartas rugientes, ondeando y bailando como banderas rojas de oración desde las ventanas, saltando hacia el techo. El Rinpoche gritó y uno de los monjes mayores contuvo al joven más audaz que estaba a punto de hacer otra incursión en el edificio en llamas. Dio un paso atrás, con la cabeza gacha, y

todos se alejaron mientras las llamas alcanzaban más altura a través de un agujero abierto en el techo.

Una última estatua apareció en la línea y Maya la sostuvo por un momento. Una Tara de bronce, su rostro delicado y autónomo, su pie derecho extendido, símbolo de su disposición a entrar en el mundo material. ¿Dónde estuviste esta noche?, quiso preguntar Maya. ¿Estaba usted preocupada ocupándose de los acontecimientos en otros lugares? ¿O es demasiado simple pensar que los grandes poderes de manifestación y disolución se preocupan por las mismas cosas que nosotros?

El humo se derramó, las llamas saltaron y se arrastraron y se elevaron y devoraron, ennegreciendo las piedras y rugiendo sobre las vigas del techo hasta que, con un gran estruendo atronador, el techo se derrumbó.

Lonnie tomó la mano de Maya y la apretó con fuerza. La fila retrocedió, disolviéndose en grupos dispersos que simplemente se quedaron de pie y observaron al tigre devorar a su presa.

Tenzing se acercó y les indicó que se unieran a sus compañeros de viaje donde se habían reunido, cerca de su propia tienda de campaña.

“Se acabó”, dijo Tenzing con tristeza. “No podemos hacer más. Lo mejor es intentar dormir una o dos horas. Haré que los chicos de la cocina nos despierten tarde.

“No creo que pueda dormir”, dijo Carolyn.

“Inténtalo. Mañana tendremos una larga caminata y necesitas descansar”.

En el camino de regreso a su tienda, Maya volvió a ver al Rinpoche. Estaba quieto en el centro de un grupo de monjes que hablaban a un ritmo rápido. Sobre su bata roja llevaba una chaqueta de plumas. Otros monjes corrían de un lado a otro, colocando lonas sobre las pilas de objetos rituales y escrituras que salpicaban el campo como una nueva cadena de colinas. Estaba mirando las ruinas del monasterio mientras ardían en rojo y negro bajo la luz de la luna. Quizás Maya lo estaba imaginando, pero su rostro parecía absolutamente sereno, como si simplemente aceptara la pérdida de su hogar, otro do-si-do en la danza de la impermanencia. Primero hay una gompa, luego no hay gompa, luego sí la hay. ¿Estaba recordando sus otras vidas? Pensando, bueno, oye, es mejor que cuando todo el lugar se derrumbó sobre mí con el terremoto y me enterró entre las ruinas. ¿O fue capaz simplemente de contemplar lo que es, sin pantallas en el camino, sin comparaciones con lo que fue, sin charlas de culpas, errores o arrepentimientos?

Si es así, podría aprender de él.

XXXI. VERANO - OTOÑO DE 1971

Maya se despertó sola. Había acampado junto a un lago acunado en una cuenca poco profunda de las Sierras. La estrecha cornisa que bordeaba el lado este del lago colgaba suspendida en lo alto de un profundo cañón. A lo lejos, un río verde se abría paso hasta el mar.

La luz la despertó. No el sol en sí, que tardaría horas en escalar las crestas y filtrarse a través de los altos pinos que la protegían, sino el cambio de la atmósfera del índigo al gris perla. Se quedó quieta por un momento, esperando que el dolor de la soledad la estremeciera. Llegó, como lo había hecho todas las mañanas durante la semana pasada desde que dejó a Rio. Pero no tan agudamente, no tan profundo o duradero como durante esos primeros días, cuando la lastimaba todo el dolor de su ausencia. Había permanecido

despierta, noche tras noche, escuchando el crujir de pasos en el pedregal, esperando que él la siguiera y la encontrara. Seguramente su magia era lo suficientemente fuerte como para superar el tiempo, la distancia y todo lo que los separaba. Seguramente vendría.

Pero no vino. Lo cotidiano la había capturado y erosionado su magia.

Ahora incluso su dolor, su última conexión con él, estaba disminuyendo. Llorándolo, se levantó de su saco de dormir, salió gateando de su tienda y se quedó desnuda al amanecer, dejando que el viento fresco acariciara su carne que anhelaba contacto. Tiempo atrás, en la costa, había imaginado al viento como su amante, pero ahora quería simplemente sentirlo tal como era. El viento era real y constante. El olor de los pinos y el olor a humo de leña de su fuego que ahora volvió a encender, el sonido del arroyo cayendo sobre las rocas para llenar el lago, la intensidad del cielo azul; todos ellos eran reales. Había estado viviendo en una niebla de abstracciones. Ahora había emergido de nuevo al mundo real, un mundo que se ocupaba de sus asuntos sin pedirle nada, sin necesitar nada. No se le exigía que lo arreglara, lo guardara, lo cambiara ni hiciera nada más que simplemente estar en ello, una forastera, una invitada. Quizás algún día, si se quedaba el tiempo suficiente, podría atravesar la pantalla que aún la mantenía separada y pertenecer.

Se levantó y caminó hasta la orilla del lago. El agua estaba fría, fresca de los campos de hielo que se encontraban en lo alto del pedregal sobre ella. Algunos días entraba lentamente, caminando paso a paso, saboreando cada nueva sensación de frío en la piel mientras se sumergía poco a poco. Hoy se zambulló, una inmersión poco profunda e incómoda que la impulsó hacia adelante. Nadó durante unos momentos, el frío era tan intenso que apenas podía respirar, apenas hacía que sus brazos y piernas siguieran moviéndose. Cuando su cabeza emergió del agua, el frío formó un doloroso anillo alrededor de su cuello. Pero eso también era algo así como la montaña, algo que ella no tenía que cambiar ni arreglar. Tenía el cuello frío y luego tendría el cuello cálido. Y si dejaba de llamar fría a la sensación se convertía en simplemente información, ni agradable ni desagradable, sólo intensa. La palabra frío cubrió la experiencia.

Regresó chapoteando a los bajíos y se arrodilló junto al pequeño fuego que había encendido. Si no pensaba en “caliente”, mientras se frotaba vigorosamente con la toalla, entonces el frío y el calor se convertían en nada más que diferentes tipos de fuego que hormigueaban en su piel. Estaba viva, viva, viva.

Consideró el desayuno. Su comida casi se había acabado. Se comería el arroz sobrante de la noche anterior y guardaría lo último de su avena. Cuando se le acabara la comida, tendría que volver a casa.

¿Pero dónde estaba casa? ¿De vuelta a Rio y a Capp Street? Cuando pensaba en él, se estremecía a pesar del calor del fuego. Su vida en común parecía cubierta por una fina película gris. Cuando volvió a mirarse a sí misma, parecía medio dormida, entumecida, bajo un hechizo embotado. Aquí, en la montaña, podía volver a ver en color.

Si tan solo Rio la hubiera seguido hasta aquí, tal vez el lago lo habría limpiado a él también. Pero no lo había hecho. Él no lo haría. Eso era real. Había tomado otra decisión.

Si ella hubiera regresado, ¿se habría dado cuenta de su error? ¿La habría extrañado, la habría añorado como ella lo deseaba a él, la habría deseado, se habría reformado para ella?

Quería creer que él había cambiado. Anhelaba creerlo, pero en el fondo sabía que la respuesta era no. No, no había cambiado, o si lo había hecho, era para peor. La vida te ofrecía ciertas encrucijadas y, una vez superadas, los caminos se bifurcaban. No había vuelta atrás, ni volver sobre tus pasos. Odiaba creer que ella y Rio habían superado ese punto, que su magia mutua había desaparecido verdadera e irrevocablemente. De repente Maya estaba llorando, sosteniendo su plato de arroz integral frío y acurrucándose cerca del fuego. No, ella no quería que su amor terminara, lo quería allí junto al fuego con ella, cálido, vivo y brillante como lo había estado cuando estuvieron juntos por primera vez, con la barba dorada y los ojos amables.

Él no estaba allí. Ése era el punto al que ella seguía regresando, lo que era real. Lo que ella quería, lo que deseaba y lo que podría haber sido eran abstracciones como toda la teoría marxista-leninista reunida. Lo que era real era la silenciosa soledad azul de este lugar montañoso con cielo lacustre, donde ella había roto el hechizo y era libre una vez más.

¿Adónde ir entonces? ¿A Daniel? Si Rio no podía ser salvado, ¿debería ceder ante el destino y dejar que el lento y cuidadoso acto sexual de Daniel los uniera? Ella se estremeció. La envolvería en hilos de palabras y la chuparía hasta dejarla seca.

¿De vuelta con su madre, en Los Ángeles? Eso sería caer en otro hechizo, más antiguo y más profundo incluso que el embrujo de Rio y la revolución. Si volviera a casa, Betty asumiría que Maya estaba admitiendo que se había equivocado todo el tiempo.

Y tal vez lo había estado, pensó Maya, pero el bien y el mal también son abstracciones. ¿Por qué debería dejar que me juzgase justo cuando me estoy liberando de juzgar lo frío y lo cálido, lo hambriento y lo lleno? No, no, no. Soy lo que soy, como Popeye el marino, y eso es todo lo que soy, como el lago es el lago, es algo para lo cual la palabra lago es sólo una aproximación, una descripción que te hace mirar tu imagen mental del lago cuando te alejas de la cosa misma.

Si permanecía aquí el tiempo suficiente, podría desaprender palabras. Porque quien era ella, comiendo su arroz frío, agachándose en la tierra y dejando secar su cabello al sol con el olor a humo de leña, era una persona siguiendo algo que no tenía palabras. No sabía a dónde iba y no podía definir ni describir lo que seguía. Sólo sabía que estaba dedicada a ello, fuera lo que fuera.

Ella suspiró. No, Betty nunca entendería eso, nunca podría entenderlo. No sentía ninguna simpatía por los viajes informes ni las búsquedas místicas. Realmente, yo tampoco, pensó Maya. Palabras así, cualquier palabra, cualquier nombre, suenan vomitivamente pomposos y tontos.

De todos modos, ninguno de los nombres sería exacto. Había encontrado su santo grial, hacía mucho tiempo, en el suelo del vestuario con Johanna; simplemente no podía recordar exactamente qué era ni descubrir cómo encajarlo en el mismo mundo que las glicinas y la mujer en llamas.

Las definiciones eran trampas. Debería evitarlas, evitar situaciones que la obligarían a utilizarlas. Los juicios de Betty, incluso el amor preocupado de Betty, no eran lo que ella necesitaba. ¿Cómo podía volver a casa y decir: “Mamá, no soy diferente de lo que era cuando me fui hace cuatro años y no voy a cambiar? No voy a ir a la escuela. No voy a buscar trabajo. Sólo quiero vagar por el mundo y ser libre. Ah, pero si dices, no he hecho ningún progreso en todos estos años;

si no tengo un destino, entonces no hay nada hacia lo que avanzar”.

No, Betty la inscribiría en la escuela de trabajo social o algo así antes de que Maya pudiera protestar dos veces, y esta vez tal vez Maya no tendría el valor y la firmeza para resistir.

¿Su padre entonces? “Hola, Joe, he decidido aceptar tu oferta y volver a la escuela en Seattle”. Sería más fácil tratar con Joe porque una vez que hubiera arreglado su vida, probablemente la dejaría en paz. Pero entonces ¿cómo se sentiría Betty? Maya la habría abandonado de nuevo, se habría entregado a Joe, el traidor, le habría permitido encaminarla donde Betty había fracasado. ¿Era eso justo? ¿Estaba bien eso? ¿No había elogiado a Betty ante las mujeres del grupo de sensibilización por apoyarlas a Debby y a ella todos esos años después de que Joe se marchara, por ser responsables como siempre lo fueron las mujeres mientras los hombres huían para ser libres? ¿Cómo podría aliarse con Joe ahora?

No, era demasiado. Lo que tenía que hacer era seguir vagando, sin mapa ni brújula, trepar por el lecho del arroyo hasta el pedregal alto y descubrir los manantiales que daban origen al lago.

Se acabó el arroz; esa noche cocinaría lo último que le quedaba. Lo que era incluso más grave era que se le había acabado el café instantáneo. Pero ella quería quedarse. Tal

vez aprendería a vivir sin drogas, incluida la cafeína. Las drogas también eran pantallas, incluso más que las palabras. Quizás necesitaba aprender a tener hambre. A pesar de toda la frenética identificación del Frente con el Tercer Mundo, con toda su pobreza voluntaria o no tan voluntaria, ella nunca había pasado hambre, no en el sentido de querer comida y no poder conseguirla, día tras día, no como la mayoría de los niños en el mundo sentían todo el tiempo.

Ella se quedaría. Si lo que necesitaba aprender era el hambre, aprendería sobre el hambre, aunque la idea no le atraía. Si necesitara aprender a ser fría, tendría frío. Si la soledad era la lección, bueno, ella estaba completamente sola allí. Otros campistas habían aparecido en lo que supuso que sería el fin de semana en el mundo exterior. No la habían molestado y no tendría que hablar con ellos, excepto que podría rogarles las sobras de comida cuando estuvieran a punto de hacer las maletas. Ella no moriría de hambre. Pero ella hablaría lo menos posible. Principalmente, intentaba dejar de hablar consigo misma, dejar de nombrar, describir y limitar y abrir la boca para saborear lo que realmente había allí. Se quedaría hasta que llegara el invierno o supiera adónde ir, lo que ocurriera primero.

Sobrevivió gracias a dádivas de arroz y frijoles y paquetes de cenas liofilizadas. Hervía agujas de pino para hacer té y comía bayas donde las encontraba. Cuanto menos hablaba, más se sentía atraída a mirar, a ver, a despertarse por la mañana y contemplar el lago, bebiendo con los ojos antes de

sumergirse en el agua. Cuanto más miraba, más había para ver: la luz cambiante sobre el agua, el brillo del atardecer sobre el cañón del río, las pequeñas variaciones de color que surgían con el juego de sombras. Caminó por el cañón del río para ver cómo crecía el arroyo, cayendo sobre rocas y alimentando las raíces de los árboles; trepó por el afloramiento de granito que dominaba el lago y se adentró en praderas escondidas en las laderas más lejanas de las montañas para encontrar los lagos de color verde azulado donde comenzaban los arroyos. Y así, cada día deambulaba, contemplando piedras y hojas y el juego de luces en el agua en movimiento, contemplando con la mirada vacía y abierta de un bebé un mundo nuevo.

En un buen día podía retener la pureza de la disolución, dejar que el sol fluyera dorado por sus venas y saber que la tracería de las ramas de los pinos contra el cielo y la fría caricia del viento en su espalda desnuda eran simplemente patrones en el tapiz tejido por su aliento. Podía seguir ese ritmo y escuchar el latido de la luna contra el paso medido de la noche al día, podía sentir sus propios pasos desnudos sobre la roca, sobre la arena, sobre la corteza que se convertía en tierra mientras ella misma se convertía en tierra, lentamente.

Cada noche bajaba por las rocas hasta su campamento a la orilla del agua, recogía leña caída y soplaba las brasas acumuladas de su fogata para darles nueva vida. Se calentó las manos, observando el brillo rojo parpadear en sus

palmas, casi sorprendida de ver que seguían teniendo forma humana. Se sentía como un animal: sin palabras, sin necesidad de divisiones entre su ser y la vida de la montaña.

En un día perdido en el tiempo, cuando el sol brillaba pero el frío del invierno ya se había colado en el viento nocturno, y las tormentas del verano ya habían comenzado a amenazar con nieve, ella yacía sobre una roca de granito, tomando el sol como un lagarto o un gato, disfrutando del fugaz calor.

En un momento comenzaría su ronda diaria. Sigue la orilla del lago y sube la cornisa de granito del lado opuesto, para quedarte con el rostro enterrado en la corteza del pino solitario que se alzaba sobre las rocas. La corteza era áspera y olía a piña, y cada vez que respiraba la fragancia aromática, sentía como si estuviera respirando el aroma de un amante.

La tierra se convirtió en una presencia erótica que despertaba cada día para acercarse y abrazarla. Los árboles, los arroyos, las rocas, todos estaban vivos, acercándose a ella y llamándola, pidiéndole que fuera su testigo, que los percibiera mientras cambiaban en la luz tornadiza; que los admirara, los alabara y los adorara.

Desde el pino solitario continuaría montaña arriba, trepando de roca en roca, siguiendo el curso del arroyo que alimentaba el lago. En lo alto de las montañas había claros bordeados de abetos y pinos, y más arriba aún había un pequeño prado escondido donde florecían flores silvestres al

borde del invierno. Ubicado bajo el cuenco de borde afilado de la cresta más alta, un estanque claro se alimentaba de la nieve aún sin derretir que permanecía en el pedregal.

Allí se detenía durante mucho tiempo, ocasionalmente mojaba las manos para beber, pero sobre todo simplemente miraba, contemplaba la piscina como si estuviera mirando a los ojos de Rio, o a los ojos de un amante, uno que le devolviera la mirada y del que fuera ella el espejo perfecto. Por fin comprendió que ese amor, ese reflejo, era lo que siempre había buscado y deseado, de donde surgía toda religión original.

El discurso de los dioses era el discurso de la tierra. Pero incluso decir eso, usar esas palabras, era introducir un lenguaje falso. Porque “la tierra” no era algo separado de ella; no eran dos seres separados en la tenue conexión llamada relación. Se había convertido en parte de esta cosa de tierra/cielo/árbol/lago/luz cambiante que también era ella. Había dejado de contarse una historia sobre estar separada y se permitió saber que era una expresión de la tierra tanto como cualquier árbol o roca.

La tierra siempre estaba pidiendo amantes, testigos. Ella había respondido y se había convertido en su sirvienta. Ella sirvió mirando con abierta atención los árboles, las flores silvestres, la claridad del estanque. Simplemente con percibir, ella devolvía algo.

No somos un error, pensó. Tenemos un propósito que debemos cumplir. Principalmente intentaba no pensar, sino existir como una mirada en blanco y con los ojos abiertos. Cuanto más dejaba de lado el habla humana, más podía hablar de amor con la tierra misma, podía sentir cómo los árboles tomaban conciencia bajo su tacto. Había encontrado su trabajo: despertar a los árboles.

Los árboles le hablaron. Los árboles, la piscina, el suave toque de nieve que llega con el soplo del viento. Ese día todos le hablaron, no con palabras sino con imágenes/recuerdos de tormentas, hielo y nieve amontonándose muy, muy por encima de su cabeza. No puedes sobrevivir, tradujo. Viene el invierno. Tienes que irte.

Cuando pensó en dejar la montaña, sintió un dolor en los huesos, tan profundo como el dolor que había sentido al dejar a Rio. Pero ella obedecería. Sabía que no debía discutir con los árboles, las rocas y el viento. Sabía que no debía quedarse más tiempo.

“¿Pero a dónde voy? ¿Qué debo hacer?” –le preguntó a la piscina que reflejaba sus propios ojos.

“Despierta las cosas”, escuchó, formando las palabras para sí misma porque ahora entendía que las palabras eran contenedores en los que podía sujetar y transportar lo que tendría que dejar. “En las montañas, despierta la montaña. Despierta entre tu pueblo la montaña que duerme dentro de

tu pueblo. Habla con la voz de la montaña. Sé nuestros ojos y oídos”.

Se formaron nubes sobre el paso, ocultando el sol. Caminó hasta su campamento y empacó cuando la nieve comenzó a caer.

XXXII. DE TENGPOCHE A KHUMJUNG

*Vivamos felices, aunque no consideremos
nada nuestro. Seamos como dioses,
alimentándonos del amor.*

***–El Dhammapada
La sabiduría del budismo***

“Namaste”.

La suave voz del ayudante de cocina más joven penetró el sueño inquieto de Maya. Cuando el fuego se extinguió, se

acostó en su tienda, pero todo olía a humo y le hizo toser. No podía recuperar el aliento. Durante mucho tiempo permaneció despierta, jadeando, presa del pánico, preguntándose por qué la penicilina no la ayudaba, sabiendo que necesitaba descansar. Finalmente se había decidido a pensar en las montañas, a evocar los recuerdos de ese verano que había pasado sola. Los recuerdos la habían adormecido durante una o dos horas. Ahora se despertó sintiendo fuego en el fondo de su garganta.

“Namaste”, volvió a decir el chico de la cocina. Gimiendo, abrió la cremallera de su tienda y aceptó la taza de té caliente y el agua para lavarse que él le había traído. Se sentó y sorbió lentamente la bebida caliente, esperando a que la cafeína hiciera efecto. Si tan solo pudiera dormir y dormir y dormir, preferiblemente en su propia cama en su pequeño y soleado dormitorio. Johanna tenía razón, pensó. Deberíamos haber tomado un crucero por el Caribe juntas. Podría estar tumbada en la terraza ahora mismo, sin enfrentarme a otro día subiendo montañas y recorriendo viejos y rancios recuerdos.

Bebió el té lentamente, reacia a abrir su tienda y enfrentarse a las ruinas humeantes del monasterio. Si se quedaba aquí, encerrada en su propia burbuja de plástico, podría fingir por un momento más que todo seguía igual, que podía abrir la puerta y caminar por el salón gompá pintado y rogar a los monjes que la dejaran quedarse allí, sí, y a la chica del suéter verde también. Juntas se sentarían a

los pies del Rinpoche y buscarían la iluminación. Maya se afeitaría la cabeza, haría voto de celibato y regresaría a casa al cabo de unos veinte años.

El agua de su aseo se estaría enfriando. Es hora de levantarse y aprovechar el día, como dicen. Rápidamente se lavó, se vistió y empacó. Hoy caminarían hasta Khunde, donde estaba la clínica de Debby. Esta noche, seguro, finalmente vería a su hermana.

Salió de la tienda y contuvo el aliento. El cielo se había despejado. Estaba de pie en un cuenco rodeado de montañas, austeras y masivas, coronadas con campos de hielo que brillaban en azul y blanco, grabados con crestas tan afiladas que parecían cortar el aire. Se elevaban por encima de la meseta y de la gompa en ruinas, con una belleza que superaba la escala del juicio humano.

Una vez supo hablar con las montañas, cómo entrar en ellas, convertirse en ellas y acariciarlas. Si pudiera hacer eso aquí, si pudiera convertirse en la amante de la Diosa Madre, ¿volvería su poder? Pero estas montañas eran de otro orden. Eclipsaban a las Sierras y hacían que las Montañas Rocosas parecieran granos. No estaba segura de poder alcanzar sus dimensiones. Pedían un amor tan vasto que la pondría del revés.

El grupo desayunó casi en silencio. Todos parecían tener sueño, incluso el infatigable Tenzing tenía los ojos llorosos y

la cara hinchada. Maya terminó su avena rápidamente y llevó su té fuera de la tienda para poder contemplar las montañas. Lhotse, Nuptse, Sagarmatha. Estaban allí, irradiando una presencia, una conciencia, ni benévola ni malévola, sino simplemente de un orden diferente al de ella. A las montañas no les importaba si ella tosía o si Lonnie y Jan terminaban juntas o si ella y Johanna rompían. No les preocupaba que Rio hubiera arruinado su vida. No, y no les importaba si ella iba a Nevada o alcanzaba el Nirvana. ¿O lo hacían? ¿Había algún nivel más profundo, algún plano en el que la conciencia de las montañas respondiera a la muerte, el desperdicio y el dolor? ¿Había una compasión incrustada en las mismas rocas, de modo que ofrecieran su belleza en compensación por la pérdida humana?

Estaba cerca de una revelación, aunque no podía evitar sentir que estaba a punto de descubrir algo que ya sabía. Si hubiera podido permanecer allí una hora más, incluso veinte minutos, podría haber logrado un gran avance. Pero ya era hora de irse. Los monjes ya estaban en pie, rebuscando entre las ruinas de la gompá que se estaban enfriando. Tendrían mucho trabajo que hacer y los excursionistas, dijo Tenzing, sólo serían un estorbo en el camino. Con su mochila al hombro, siguió al grupo por el sendero que había subido con tanto esfuerzo sólo dos días antes.

La bajada, como siempre, fue fácil. Pero cuando cruzaron el río y comenzaron el tramo cuesta arriba del sendero que conducía de regreso a Namche y luego a Khumjung, Maya se

quedó atrás. Se movía lentamente, arrastrando los pies y doliéndole los pulmones por el aire frío. Estaba cansada, harta de sus recuerdos, cansada de la caminata, cansada de reunir toda la energía que pudiera para dar un paso más cuesta arriba, y luego otro, y otro.

¿Por qué vine a este viaje? se reprendió a sí misma. Ya no eres quien eras hace diecisiete años, capaz de caminar durante días con un puñado de arroz, capaz de disfrutar del frío sin siquiera lloriquear. Ahora estoy gorda, débil, enferma y fuera de forma. Ya no soy apta para ser una amante de las montañas. Eso es para los jóvenes y delgados, para los poseedores de cuádriceps de acero y sistemas cardiovasculares perfectos y suéteres verdes andrajosos, que no cargan con el equipaje de sus amores imperfectos, que no se dejan secar por el hambre de otras personas. Oh, maldita sea, maldita sea, ¿por qué tengo que estropear esto por mí misma?

Ang se acercó sonriendo y volvió a tomar su mochila. Ila pasó junto a ella con los yaks. No importa cuán lento caminara Maya, uno de los sherpas se quedaría detrás de ella y la cuidaría, y nunca se quejaría ni la ridiculizaría. Pero ella se sintió mal. El camino fue como una tortura interminable que se prolongó por la eternidad. No puedo hacerlo, pensó. No puedo seguir. ¿Qué pasaría si se sentara en medio del camino y llorara? ¿La llevarían? ¿Seguirían siendo corteses, sonriendo, aceptándola, o se resentirían muchísimo por tener que cargar con una mujer americana

fornida y malcriada por este camino en el que no tenía derecho a estar?

Ella quería llorar. Intentó apartar la mirada de Pembila, quien le sonrió dulcemente porque sabía que si alguien era amable con ella rompería a llorar. Y eso no estaba bien, en realidad no había nada malo, solo estaba cansada, sudorosa y enferma. Si no estuviera enferma, tal vez no estaría tan cansada. Si no estuviera tan cansada, tal vez no se sentiría tan enferma.

¡Diosa! Fue una suerte que no se hubiera escapado a las montañas con la chica del suéter verde; ella nunca podría seguir el ritmo. Ni siquiera podía seguir el ritmo del paquete turístico. No es de extrañar que las grandes potencias no le cantaran. No es de extrañar que el Rinpoche pensara que necesitaba orar por ella.

Recordó la expresión de su rostro mientras veía arder su monasterio. La misma mirada plana y neutral con la que él la había mirado. ¿Y si no fuera aburrimiento, sino la mirada infantil con los ojos abiertos con la que una vez había contemplado las montañas? ¿Había aprendido el Rinpoche a abandonar las barreras de palabras y juicios que le impedían ser el amante del mundo? ¿Le había ofrecido el mismo espejo claro que su piscina de montaña?

Ella suspiró. El camino continuó subiendo, sin alivio, sin ningún tramo nivelado a la vista, y ella realmente no podía

sentarse en el camino y llorar. Tenía que continuar. No había elección. Se había puesto en esta situación y ahora tendría que salir de ella.

Está bien. Allí estaba ella, en la tierra de Buda. ¿Por qué no probar el camino del Buda? Aceptar lo que el Rinpoche le había mostrado. Recordar lo que ella ya sabía y déjalo ir. Dejar que su cuerpo sea, con sus limitaciones e imperfecciones, sus pulmones jadeantes y sus kilos de carne de más. Dejar de intentar tallarlo y cincelarlo y convertirlo en algo que no es, y amarlo como a un pino, como a una roca. Dejar de culparse por ser enferma, lenta y pesada. Dejar ir las palabras enfermo y lento y el peso de todo lo que transmiten, y simplemente sentir el funcionamiento de sus músculos contra la roca. Dejar de desear que las subidas sean cuesta abajo; dejar de contarte una historia sobre lo que deberías sentir y dejarte llevar.

Ella paró. Sólo por un momento, se permitió respirar el aire limpio y enrarecido. Estaba rodeada de una belleza increíble, coronas blancas sobre las formas azules de montañas tan altas que parecían justo donde uno esperaría que estuvieran sólo pájaros o estrellas. Por ese momento, ella estuvo presente en la belleza, y ya no deseaba estar en otro lugar, en casa en los brazos de Johanna o acurrucada en el sofá con una buena taza de té. El camino aún era empinado, su respiración aún era áspera, su cuerpo aún lento y terriblemente cansado, todavía estaba preocupada por qué decirle a Debby y qué le diría Debby, pero de alguna manera

ya nada de eso se interponía entre ella y las montañas. Fue liberada de una jaula de cristal llena de clamores y parloteos, a un mundo donde podía sentir el aire en su piel y escuchar los tonos de campana del silencio. La luz bailaba en los glaciares para acariciar sus ojos, y ella se abrió, dejándose vaciar, destripar, un conducto para una ola tras otra de amor lo suficientemente profundo como para igualar las montañas.

Y las montañas recibieron su amor con amor. Ella era su amada y querida hija; ella era roca viva y un órgano de éxtasis sin piel.

Luego pasó el momento y reanudó su lento ascenso por el sendero pedregoso junto a una antigua orilla del río. Todavía respiraba con dificultad mientras avanzaba entre los bosques de rododendros retorcidos, observando las montañas ir y venir a través de las nubes. Pero ahora el río cantaba y el día era luminoso.

Entonces esto es lo que quieren decir con pérdida del ego, pensó. No perder el yo, no caer en un vacío sin forma, sino apartarte de tu propio camino para poder ver, sentir y tocar lo que es. Lo sabía. Lo supe a los diecisiete años y lo volví a encontrar en la montaña, y ahora aquí. Es realmente muy simple y es la cosa más difícil de hacer del mundo.

Después de todo, puedo ser la amante de las montañas, pensó. Puedo entrenar la compasión de las rocas sobre mi

propia historia y mirar mi vida con esta misma visión luminosa.

Lo que veo es lo que realmente sé: que cuando estás presente en el mundo, todo cobra vida para encontrarte. Los durmientes despiertan; los muertos reviven. Johanna y yo lo descubrimos cuando nos tocamos en el suelo del vestuario, y lo hemos ido encontrando y perdiendo desde entonces. Cuando estamos presentes unos con otros, encendemos la pasión. Cuando estamos ausentes, la pasión muere.

Bueno, maldita sea, pensó Maya, por fin lo he logrado. Una visión espiritual genuina, como diría Lonnie. Quizás debería compartirlo con ella. Oye, Lonnie, esto es lo que he descubierto. La pasión no tiene nada que ver con la monogamia o la falta de ella. No, la pasión es evocada por la conciencia y arruinada por la autoconciencia, por las historias que contamos para definirnos a nosotros mismos.

Debería escribirlo en mi diario. O es la idea suprema de mi vida, o es como esas cosas que se te ocurren con ácido y que parecen tan brillantes en ese momento pero que suenan banales o incomprensibles al día siguiente. Ya veremos.

O tal vez debería escribirle a Johanna.

Querida Johanna: He hecho el descubrimiento más maravilloso sobre nuestra relación: no tiene nada de malo. Es lo que es, un tesoro, una joya, rica, picante y complicada

y sí, no todo en cada momento es para cada una de nosotras, pero he dejado que eso me separe de lo que hay entre nosotras, el toque del corazón que nunca ha fallado, salvaje y hermoso como estos picos ascendentes.

Por fin, el camino llegó a la cima de la cresta y desembocó en una vista de campos marrones en terrazas que daban paso a senderos bordeados por las paredes de roca de los pueblos gemelos. Caminaron por un amplio valle de terrazas revestidas de piedra en un cuenco de crestas oscuras, ahora cubiertas de nuevo por nubes. Maya apenas podía mover los pies, pero caminaba contenta a su ritmo lento. Todo la deleitaba: la luz cambiante, las largas paredes de piedras de oración talladas, los niños jugando y cantando en el patio de la escuela. Todo parecía encajar en una especie de perfección que la incluía a ella.

Acamparon en un campo junto a una pequeña estupa blanca. A los excursionistas se les sirvió té en un establecimiento cercano mientras los cocineros montaban las tiendas. La cabaña de piedra parecía más fría que el aire exterior, y Maya se acurrucó alrededor del pequeño punto de calor que le proporcionaba su taza y pensó en su hermana.

Ella estaba aquí. La clínica de Debby estaba subiendo una colina en algún lugar del pueblo. Maya la vería por fin. Debby no tendría más excusas para posponer el encuentro. Y ahora Maya estaba lista. Su encuentro sería la primera prueba de

su recién encontrada serenidad. ¿Podría dejar de describir su relación por su historia y estar presente para Debby, podría mirar con los ojos abiertos sin juzgar ni esperar hoy quién era su hermana?

Ang entró en la habitación y se acercó a donde estaba sentada Maya, un poco apartada de los demás, con su diario abierto como excusa para no hablar.

“¿Quieres ir a ver a tu hermana?” preguntó.

“Sí. ¿Puedes llevarme o decirme cómo encontrar la clínica?”

“Descansa”, dijo Ang. “Estás muy cansada. La tienda está levantada. Descansa una hora, trabajo. Luego vamos a ver a la hermana”.

“Gracias, Ang.” Si, eso estaría bien. Primero un poco de descanso, para no enfrentar a Debby en un estado de completo agotamiento. Maya recogió su diario y salió de su tienda. Sí, realmente la idea de caminar siquiera treinta metros cuesta arriba parecía imposible.

Aún era temprano, aunque el cielo estaba nublado y oscuro. Se metería en su saco de dormir y se calentaría. Tal vez tomaría una siesta un rato, o simplemente se tumbaría y pensaría, o terminaría de leer el diario de Johanna. Si, eso estaría bien. Practicar un poco, antes de encontrarse con Debby, en entrenar esta nueva conciencia, esta suave paz que lo impregnaba todo, en su propio pasado.

XXXIII. EL DIARIO DE JOHANNA WEAVER

4 de noviembre de 1971

Oh Dios, oh Dios, oh Dios. Ha pasado mucho tiempo desde que escribí aquí, pero esta noche tengo que escribir o volverme loca. Por primera vez en mi vida desearía tener una botella de whisky o vodka, algo que trajera el olvido. Sólo para pasar la noche. Si pudiera despertarme mañana y saberlo, podría afrontarlo. Pero preguntarme, no saber, imaginar horrores espantosos en mi imaginación... no puedo soportarlo. ¡Malditos, malditos, malditos ambos, malditos todos! Maldito sea ese tonto chico blanco y sus armas y bombas y maldito el padre de Maya por llenarle la cabeza con retórica desde el día de su nacimiento y maldita ella por no ver a través de ambos. ¡Maldito FBI! ¿Dónde diablos estaban? ¿Por qué no estaban en el trabajo? ¿Por qué no los detuvieron?

Quizás sea mejor empezar desde el principio. Esta mañana sintonicé las noticias en KPFA mientras preparaba el desayuno de Rachel. Al menos tenían el informe, el principio. Cómo alguien bombardeó el Bank of America anoche y el Frente Interior reclamó el crédito. Al principio no le presté mucha atención: estos días siempre hay alguien bombardeando algo. Pero continuaron con la historia. Al parecer la bomba fue colocada en el baño de mujeres. Habían llamado para dar una advertencia, pero no era el momento oportuno, o la bomba explotó demasiado pronto, y una guardia de seguridad, una mujer negra, entró para ir al baño y la mató. Jesús, me dije, ¿no es así siempre? Un grupo de chicos blancos jugando a la revolución, sin duda, ¿y la sangre que se derrama de quién es? La de la mujer negra. Una mujer pobre, tres hijos, según decía la radio, y ningún padre en la foto; ella estaba trabajando para apoyarlos. Sí, podría identificarme con ella. Pobre hermana. Uno ya es bastante difícil de cuidar.

Así que estaba pensando en estos pensamientos mientras hacía que Rachel comiera su cereal y bebiera su leche, lo cual ella no quería hacer porque quería leche con chocolate, que yo no le daría. No quiero que piense que puede simplemente regañarme y desgastarme. Y luego tuve que vestirla y quería ponerle un par de pantalones, pero tuvo que usar el vestido rosa con volantes y un lazo al final de cada trenza. Me pregunto cómo es posible que una niña de dos años y medio tenga ya un sentido de la moda tan definido. No pude pensar

en mucho más. Pero la historia volvió a sonar en la radio mientras intentaba ordenar la casa después de acompañar a Rachel a su escuela Montessori. Tenían a toda una colección de izquierdistas de Berkeley en el aire, hablando sobre el bombardeo, debatiéndolo, denunciándolo, desmenuzándolo y escupiéndolo, tratando de decidir si era algo bueno o malo. Lo que muestra lo mal que están algunas de sus cabezas. ¡Como si alguna vez pudiera ser bueno matar a una mujer inocente, a una mujer negra, a una madre! Pero supongo que eso no les importa mucho a algunas personas, incluso a aquellos que se llaman a sí mismos izquierdistas. Están dispuestos a sacrificarse por la revolución, está bien, siempre y cuando sea otro quien sea el sacrificado.

Siguieron contando la historia, hablando del Frente Interno, Frente Interno, Frente Interno. De repente algo me golpeó como un cuchillo en el estómago. Frente interno. ¿No era ese el nombre del grupo en el que estaban Maya y Rio? Ella me lo mencionó en su única llamada telefónica. Me devané los sesos tratando de recordarlo, pero cuanto más pensaba en ello, más segura estaba. Sí, fueron ellos. Dios, oh Dios.

Luego pasé de estar enojada a tener miedo. Terminé los platos y fui a clase y en todo el tiempo no escuché una palabra de la conferencia del profesor McLeod. Tomé notas, pero las palabras pasaron directamente de mis oídos a mi mano, sin pasar por el cerebro.

¿Qué les va a pasar? Jesús, pueden ser unos idiotas, pero Maya sigue siendo mi amiga más antigua. Y Rio, lo quiera o no cerca, es el padre de mi hija. De repente recordé lo dulce que había sido conmigo, en la costa, insistiendo en llevarme de regreso a Los Ángeles después de que Maya y yo tuvimos nuestra pelea, negándose a dejarme hacer autostop sola. Yo los conozco. No podrían haber tenido la intención de matar a nadie.

Pasé la tarde tratando de concentrarme en mis conferencias pero sobre todo odiándome a mí misma. Porque en los dos meses que llevo aquí en Berkeley, no he intentado contactar con Maya. Aunque sabía, por esa llamada telefónica, lo confundida que estaba. Ella estaba sufriendo; ella me necesitaba y no me acerqué a ella. Por supuesto, ella tampoco se acercó a mí. Quiero decir, ella no tenía mi número, pero estoy en la guía telefónica. Pero no importa. Son mis pecados los que me preocupan: ella pagará por los suyos. Dios mío, si los atrapan, les harán pagar.

Pero no la llamé ni me puse en contacto por la misma razón de siempre. Raquel. ¿Qué podría decir? ¿Podría decirle, Maya, te he anhelado y anhelado, pero te traicioné? Tengo el bebé de tu novio. Y lo que es peor, tal vez, ella es una maravilla y un milagro y es mía, no suya, no, nada de ella es suyo, de verdad, así que ¿por qué debería saberlo? ¿Por qué debería arriesgarme a compartirla con un extraño? Y sin embargo, ¿cómo puedo verte, hablarte con este secreto entre nosotras?

Y ahora tal vez nunca la vuelva a ver.

Al mismo tiempo que me destrozaba, seguía pensando: No puedo permitirme esto. Tengo que concentrarme. No puedo permitirme un día perdido, una hora perdida. Estoy demasiado presionada aquí, entre la escuela, Rachel y mi trabajo de medio tiempo en Head Start por las tardes. Mi vida es como un rompecabezas. Hasta el último pedazo de tiempo o dinero tiene que encajar con todos los demás, o todo se desmoronará. Con el dinero del Seguro Social y del VA, y lo que recibo de Head Start, casi puedo lograrlo, pero ese dinero sólo me durará hasta que tenga veintidós años. No puedo darme el lujo de perder el tiempo. Tengo que concentrarme. Tal como están las cosas, el año que viene tendré que pedir préstamos para terminar. Gracias a Dios por la beca de Rachel en la escuela Montessori; por fin ser negro servía para algo. Estaban muy contentos consigo mismos por reclutar a un auténtico niño de color que puede ser, entre comillas, ilegítimo, pero que no da miedo.

Pero estoy divagando. Era uno de esos días lluviosos y racheados que no saben si brillar o llover a cántaros. Cada vez que caminaba a otra clase, me llovía y luego el sol aparecía en parches, por lo que los árboles, los edificios y el césped verde parecían brillar con una luz interior. La luz me consoló. Traté de aferrarme a ello, de recordar que alguna vez todo lo que necesitaba para ser feliz era permanecer al sol. Pero seguí pensando en las sombras y las paredes grises y en cómo sería estar encerrado.

Hoy no era uno de mis días de Head Start, gracias a Dios. No podría lidiar con un grupo de niños de cuatro años en este momento. Alrededor de las cuatro llamé a Debby, a la casa de Betty. Sabía que ella estaría en casa después de la escuela y Betty estaría en el trabajo.

“¿Has tenido noticias de Maya?”, pregunté yo.

“No hemos sabido nada de ella en meses”, dijo Debby. “Rio nos llamó un par de veces y nos preguntó si sabíamos dónde estaba. Parecía borracho. Pero luego dejó de llamarnos, así que supusimos que ella había vuelto con él. Mamá ha estado tan furiosa que ni siquiera intentó llamarla”.

“¿Has visto las noticias hoy?”, le pregunté.

“Leí el periódico”.

“¿La historia del bombardeo? ¿Lo que sucedió en Los Ángeles?”

“Está en primera página. ¿Por qué?”

“Debby, creo que fueron ellos. Maya y Rio. El Frente Nacional era el nombre de su colectivo”.

“¡Oh, no! ¡Johanna, debes estar bromeando!

“Ojalá lo estuviera”.

“¿Cómo pudieron hacer eso? Que estúpido. ¡Qué estupidez total! Maldita sea, ¿no tienen ningún sentido?”

“Maya tiene sentido”, la defendí. “Simplemente no tiene el mismo tipo de sentido que tú y yo reconocemos”.

“Oh Dios. Oh Dios, Johanna, ¿qué va a pasar?”

“No sé. Debby, ella sigue siendo mi amiga, haya hecho lo que haya hecho. Si necesita ayuda, quiero intentar ayudarla”.

Sonaba como si Debby estuviera llorando al otro lado del teléfono. Esperé un momento.

“No llores”, le dije. “Puede ser que esté equivocada. Quizás no sean ellos. Quizás Maya estaba en otro lugar. Dios mío, Debby, ahora lamento haberte llamado. Nunca debí haberte enojado tanto”.

Finalmente se calmó. “No, no, me alegra que hayas llamado. Es mejor estar preparado, pase lo que pase. Pobre mamá. Esto la va a matar”.

“No se lo digas. No se lo digas hasta que estemos seguras. ¿Lo prometes? Sólo la preocuparás muchísimo, tal vez en vano.

“¿Qué puedo hacer? Tengo que decírselo a alguien. ¡Tengo que ver las noticias!

“Podrías llamar a tu padre”, sugerí.

“¿Mi padre? ¿Qué bien haría eso?”

Apuesto que ha pasado por situaciones similares. Quizás tenga algunas ideas sobre qué hacer”.

“No hay nada que podamos hacer”, dijo Debby. “Ni siquiera sabemos dónde está. Quizás nunca lo sepamos”.

–Entonces díselo a Sarah –dije. “Ella sigue siendo tu mejor amiga, ¿no? ¿La hermana pequeña de Tony Klein?”

“Sí.

“Ve a su casa, mira las noticias allí. Déjale una nota a tu madre, inventa alguna excusa. Tenéis que estudiar juntas para un cuestionario sorpresa. Necesita tutoría en álgebra. Quédate a pasar la noche, si puedes... a menos, a menos...

“Bien. No lo digas”.

“No lo haré. Ah, y mira si puedes conseguir el número de Tony. Está por aquí en alguna parte, pero aún no me lo he encontrado. Tal vez esté en la guía telefónica, lo miraré. Pero llámame desde su casa, si quieres hablar. No desde el tuyo. Es posible que intervengan tu teléfono”.

“Bueno.”

“Te llamaré más tarde allí. Todavía sé el número, está grabado permanentemente en la memoria de mi celular”.

“Sarah tiene su propio teléfono privado. Llámame a su número y podrás llamar tan tarde como quieras.

Cogí un lápiz y anoté el número que ella dictó. “Entiendo. Te llamare. Y Debby... lo siento. Lo siento mucho.”

“No es tu culpa”, dijo, y colgó.

Pero no pude evitar sentir que era culpa mía. Si me hubiera quedado con Maya, si me hubiera acercado a ella, si no me hubiera follado a su novio a sus espaldas y no me hubiera dejado embarazada y luego se lo hubiera mantenido en secreto, si la hubiera dejado apoyarme, esto no hubiera sucedido. Sé que no hubiera sucedido.

Pero luego llegó el momento de levantar a Rachel y escucharla gritar y gritar y tirarse al suelo cuando intenté ponerle el impermeable. No sé qué le pasa. Creo que a ella realmente le gusta la escuela, y los maestros dicen que juega con los otros niños y se divierte todo el día, pero tan pronto como llego, pierde los estribos. Supongo que tiene que castigarme por dejarla, por alejarla de la abuela. Y nunca podré explicarle que tenía que irme, tenía que irme para salvar mi vida. No porque Marian fuera mala o crítica o quisiera cualquier otra cosa que no fuera mi apoyo incondicional, sino porque si no empezaba a caminar sola,

iba a terminar lisiada. Éramos demasiado cercanas, Marian y yo. Empecaba a olvidar quién soy.

Que es una guerrera. Una guerrera del corazón.

Que no es lo mismo, imbécil Maya, que tirar bombas.

Caminé a casa con Rachel bajo la lluvia. Eso es algo que me encanta de Berkeley: todo es tan compacto. Podemos caminar desde el apartamento hasta la escuela de Rachel en quince minutos y el campus está a sólo unas manzanas de distancia. Por supuesto, tuvo que saltar en todos los charcos del camino. En cualquier otro día, ese paseo habría sido puro placer, verla saltar y jugar, disfrutar de su deleite con sus nuevas botas amarillas, de la forma en que el agua salpica cuando sus pies aterrizan, del sonido, la luz clara y la humedad. Pero hoy estaba loca por llegar a casa y poner las noticias. Aún así, no sentí que pudiera apurarla. Pobre chica, pasamos poco tiempo juntas. Así que la dejo jugar y buscar caracoles entre la hiedra de la casa grande de la esquina y, en general, perder el tiempo. Cuando regresamos ella tenía hambre, por supuesto. Acabo de prepararle un perrito caliente para cenar. No me gusta hacerlo (no puede ser tan nutritivo), pero es rápido y cociné algunas verduras congeladas al vapor. No hice una ensalada. Es inútil con ella, de todos modos, no come ensalada.

Encendí la televisión mientras comíamos, algo que tampoco suelo hacer. Rachel, por supuesto, quería ver

dibujos animados, pero le dije que tenía que ver algo para adultos y, de todos modos, no había dibujos animados. Lo cual era mentira, y ella lo sabía, porque tan pronto como le di la espalda por un minuto, cambió de canal y allí estaba Bullwinkle, el alce. Ella gritó cuando le di la vuelta y yo le grité y luego tuve que hacerla ir a su habitación por unos minutos. Mientras estaba allí, la historia se repitió. Ni siquiera noté que ella retrocedía, pero creo que sintió que estaba molesta porque ella estaba callada, subiéndose a mi regazo y chupándose el dedo mientras yo miraba.

Había unos quince coches de policía alineados frente a un viejo local en ruinas en el distrito de la Misión, en la ciudad. El comentarista decía que la policía había recibido una pista importante de un informante ese mismo día que los llevó al apartamento, donde esperaban arrestar a los miembros del Frente Interior. Cuando llegaron, afirmaron, fueron recibidos a tiros. ¿Quién sabe si eso es cierto? A los policías les gusta entrar furiosos y luego afirmar, después del hecho, que a ellos les dispararon primero. En cualquier caso, un oficial había resultado herido y ahora se encontraba en condición crítica en la Unidad de Traumatología General de San Francisco. Acordonaron la zona y ahora intentaban vaciar la casa disparando botes de gas lacrimógeno a través de las ventanas.

Quería bajar allí. Me senté allí, sosteniendo a Rachel y viendo la escena en la televisión, toda reducida a blanco y negro, la noche, los coches de policía y los problemas,

mirando esa vieja casa en ruinas, no diferente de mil otras en San Francisco. Una casa victoriana con fachada falsa, dos pisos de altura sobre un garaje, un gran ventanal junto a la puerta principal en el primer piso y dos ventanales arriba. Necesitaba pintura y había un gran agujero en una ventana por donde los policías habían lanzado los gases lacrimógenos. Pero nadie había salido.

Todos estaban esperando. Intenté imaginar cómo era el interior. ¿Estaban en pánico? ¿Estaban resignados a su destino? ¿Esperaban llegar a un acuerdo al final o esperaban morir?

Si pudiera estar allí, hablar con ella... Pero no tenía a nadie con quien dejar a Rachel y no podía llevarla a ese peligro. Y de todos modos, ¿qué podría decir? Vive, Maya, vive en una prisión por el resto de tu vida, si es necesario, pero no mueras para no tener que vivir contigo para siempre en mi conciencia, sintiéndome siempre culpable de que me alejé de ti, de que no fui honesta contigo. Esa ventana oscura, el cristal roto, tenía el aspecto frío y siniestro del agua profunda, como la bahía en una tormenta cuando estás conduciendo por el puente y miras hacia abajo y te preguntas cómo sería caer. Quería transmitir mi propio mensaje. Decir, Rio, tengo tu hija y morirás sin haberla visto nunca. Culpa mía. Culpa mía.

De repente se escuchó un fuerte ruido, una ráfaga de disparos desde el interior de la casa y todos los que estaban

en la calle se pusieron a cubierto. Los policías respondieron al fuego, rompiendo el resto de las ventanas con sus ametralladoras. Nadie salió.

¿Estaban muertos ahí dentro? ¿Estaba tirada en el suelo, con sangre goteando de su boca? Dios mío, debería estar allí. Debería estar con ella.

El teléfono sonó. Rachel corrió y lo agarró antes de que pudiera levantarme del sofá. Nunca he perdido todo el peso que subí con el embarazo. Ella dijo hola, pero se lo arrebaté de la mano y ella comenzó a llorar, por lo que apenas pude escuchar la voz al otro lado de la línea.

“¡Tranquila!” Le dije. “Sabes que no me gusta que contestes el teléfono. Ahora cállate, para que mami pueda hablar o vete a tu habitación”. Puse mi cara más severa y ella se sumió en sollozos silenciosos.

“¿Johanna? ¿Eres tú?”

“Soy yo. ¿Debby?”

“Te llamé para darte el número de Tony. ¿Tienes un lápiz?”

“Solo un minuto.” Cogí un lápiz y escribí el número en el reverso de la factura del gas que aún no había pagado. “Gracias. Lo llamaré más tarde”.

“¿Estás viendo las noticias?”

“Lo estoy. ¿Estás bien?”

“Sí. No. Estoy en casa de Sarah Klein. Johanna, tengo miedo. La van a matar. Van a matar a mi hermana”.

“No pienses así, Debby. Puede que ni siquiera esté allí.

Todavía podía ver la televisión, porque el teléfono estaba en el pasillo del salón-comedor. En ese momento, una imagen de Rio apareció en la pantalla.

Debieron haberla tomado en alguna manifestación, tenía el aspecto granulado de una fotografía tomada por un policía encubierto. Tenía la cabeza echada hacia atrás y el pelo largo y alborotado, los labios entreabiertos y en su rostro había una expresión de triunfo, una mirada de guerrero, la alegría de la batalla. Sí, por loco que estuviera, también era un guerrero. No es de extrañar que nos hubiésemos unido para tener una hija entre nosotros que sería... ¿qué? Alguien de carácter fuerte y valiente.

“Actualización”, dijo el comentarista. “NBC News acaba de recibir un informe exclusivo que identifica a tres de los miembros sospechosos del Frente Interior. En la pantalla aparece Richard 'Rio' Connolly, de veinticuatro años, ex alumno de Berkeley.

Rio, desearía poder decirte que has hecho algo bueno.

Luego la imagen desapareció y aparecieron personas que no reconocía y nombraban nombres que nunca había oído.

“¿Viste eso?” –Preguntó Debby. Todavía sostenía el teléfono congelado contra mi oreja. “Son ellos, Johanna. ¡Lo son!”

“No mostraron la foto de Maya”, dije. “Tal vez ella no volvió con ellos. Quizás ella no esté allí. Estoy segura de que ella no está allí”.

Mentí. No estaba nada segura.

Las cámaras de televisión volvieron a enfocar la casa. Oímos otra ráfaga de disparos. Y entonces, como si las balas hubieran encendido algo en lo profundo del oscuro vacío de la casa, pudimos escuchar un estruendo. Fue bajo, al principio, como si un desastre se aclarara la garganta antes de atacar, y luego, de repente, se escuchó un fuerte aplauso y un rugido y toda la casa explotó en llamas.

“Apártense”, gritaba la policía a la multitud, y “¡salgan con las manos en alto!” Gritaban por sus megáfonos a la casa. Pero nadie salió.

Nadie salió.

“Debby”, dije. “Debby, ¿estás bien?” Por un momento pareció como si ambas hubiéramos estado allí, capaces de sentir la onda expansiva, con las fosas nasales ardiendo por

el humo. Pero yo estaba al otro lado de la bahía y ella estaba a quinientas millas de distancia, en Los Ángeles, sollozando desconsoladamente por teléfono.

“No. Tengo que dejarte, Johanna, no lo soporto. ¡No puedo soportarlo! Colgó el teléfono.

Luego me quedé sola, contemplando el infierno, con lágrimas corriendo por mis mejillas. Pero no sola, porque Rachel se acercó y me dio un abrazo. Me agaché para abrazarla y ella me dio unas palmaditas en la espalda, ofreciéndome consuelo. Eso me hizo llorar más. Era tan pequeña y tan dulce, y ni siquiera sabía que yo estaba viendo a su padre arder vivo.

Los comentaristas comentaban, pontificaban y especulaban sobre si era posible dejar a alguien con vida. Quería mirar el fuego, en silencio, llorarlos con dignidad, pero Rachel estaba empezando a hacer preguntas sobre el fuego y no quería asustarla. Oh, Dios, a veces es difícil ser madre, no eres una mujer ni por un momento, ni siquiera por un momento de pena. Pero también es bueno. Apagué la televisión, preparé su baño y me calmé con las tareas simples y cotidianas de lavarla, ayudarla a secarse, vestirla con su pijama de conejito y leerle un cuento. Esta noche los actos ordinarios de crianza parecían heroicos, actos de un guerrero del corazón que desafiaba a la muerte.

Y luego ella estaba en la cama. Encendí su lamparita y salí de puntillas para dejarla dormir.

Y entonces me pongo a escribir y espero. Una llamada telefónica. Las noticias de las once. A que las llamas se apaguen y los cadáveres sean identificados.

Oh, Dios, si Maya por algún milagro sale viva de esto, nunca más le mentiré otra vez. No guardaré más secretos.

Yo espero. Lo espero.

Johanna.

XXXIV. NOVIEMBRE DE 1971

Maya estaba parada al costado del camino. La ligera nevada que había comenzado mientras hacía el equipaje se había convertido en una lluvia helada que caía sobre su rostro y le pegaba el pelo al cuello. Estaba tratando de retener dentro de ella la pureza de los fríos de los manantiales de la montaña, tratando de retenerla en el borde oscuro de la carretera. Los coches aceleraban dejando estelas de luz. Extendió la mano, con el pulgar hacia arriba y los dedos curvados como para captar la luz que fluía a través de ella y se alejaba de ella. No era lo mismo el frío en la montaña que en la carretera. Comenzó a preguntarse si realmente era lo suficientemente fuerte como para traer el corazón de la montaña de regreso al mundo.

Un coche se detuvo. Por un momento se quedó mirando, luego corrió a abrir la puerta del asiento trasero y saltó dentro.

Conducía un joven de largo cabello color arena y su novia estaba sentada a su lado en el frente. Maya fue asaltada por el olfato y el sonido. En la radio sonaba música rock a todo volumen y la joven chupaba un porro. El humo hizo que a Maya le diera vueltas la cabeza mientras aceleraban hacia la lluvia.

“Gracias”, dijo Maya, después de un momento, recordando que debía decir algo.

“Es genial”, dijo el hombre. “¿A dónde vas?”

Pensó por un momento y se dio cuenta de que no sabía la respuesta.

“A cualquier ciudad”, dijo finalmente.

“Genial”, dijo el hombre nuevamente. “Vamos a Berkeley”.

“Suficiente. Gracias”, dijo Maya. No estaba acostumbrada a hablar. Sus palabras se sintieron coaguladas.

La mujer se volvió y le ofreció el porro. “¿Quieres fumar un poco de marihuana?”

Maya negó con la cabeza. “Gracias de cualquier manera.”

La mujer se encogió de hombros y subió el volumen de la radio, demasiado alto para conversar.

El coche aceleró montaña abajo bajo la lluvia y en la oscuridad. Maya, acurrucada en su ropa mojada, sintió que el frío se convertía en escalofrío. Ella se estremeció. Ya echaba de menos el aire claro y el cielo amplio. Aquí estaba ella encerrada en una apestosa caja de metal, hacinada con dos extraños y sintiéndose vacía y sola. La voz le decía que aguantara, no el aire y el cielo en sí, sino lo que le traían y le decían. Pero el frío empezaba a disminuir. En su mochila llevaba un suéter seco y una falda andrajosa. Se quitó la ropa mojada y se puso ropa seca. El frío disminuyó. Aprendería, una vez más, a dejarse proteger.

Después de un tiempo, la música y los anuncios estridentes se desvanecieron hasta convertirse en un murmullo que ella pudo ignorar. El movimiento la tranquilizó. Lamentó su montaña perdida, pero una parte de ella se alegró de moverse de nuevo, siguiendo su imán interior de regreso al mundo. Ella durmió.

Una voz en la radio la despertó. Algo llamó su atención: alguna frase o nombre familiar que surgía de algún lugar lejano de la memoria. Volvió a la conciencia para escuchar.

“... y más sobre ese tiroteo en el distrito de la Misión de San Francisco. Fuentes policiales han identificado el edificio en 352 Capp Street como la sede del notorio grupo terrorista

Frente Interior. Al menos tres personas murieron esta noche cuando las balas aparentemente encendieron un depósito de explosivos plásticos. No se ha establecido la identificación de los cadáveres. El Frente Interior se ha atribuido la responsabilidad de una serie de atentados políticos durante el último año, en particular la explosión de ayer en el edificio del Bank of America que mató a un guardia de seguridad e hirió...

Ella ya no podía oír. Estaba viendo un cuerpo carbonizado en los restos de la vieja casa donde habían amado y peleado tantas veces. Cuando la voz decía “cuerpos” quería decir que debían estar muertos, Daniel con su corazón cuidadosamente escondido, Edith con su culpa. Y Rio. Uno de los cuerpos debe ser el suyo, su dulce piel cubierta de suave cabello rubio, ahora negro, carbonizado, humeante. Ella se iba a poner enferma.

Él estaba muerto. Muerto. La palabra era como una niebla fría dentro de ella y trató de sentirlo, pero no había nada más que un vacío pegajoso.

No debería haberlo dejado, pensó. Sabía que si lo dejaba, moriría. Luego alejó ese pensamiento.

Lo amaba, pensó en cambio. Lloró en silencio, esperando que los extraños en el asiento delantero no se voltearan y le ofrecieran su simpatía o le hicieran preguntas. Recordó los días en la costa, siguiendo a Rio río arriba, ambos desnudos

mientras trepaban de roca en roca. Recordó la suave hierba del prado mientras hacían el amor, bajo sus cuerpos el olor del trébol dulce del aliso, alrededor de sus cabezas el zumbido de las abejas. Durante ese breve tiempo, el toque dorado como la miel del corazón se había posado sobre ellos como una de esas mismas abejas peludas, pero no pudieron sostenerlo. Como nunca había podido retenerlo, como estaba perdiendo ahora, con cada giro de las ruedas, la claridad de su lago, de su estanque.

Pero ese era su desafío, sostener la montaña, sostener lo que era demasiado grande para ella. O perderlo y encontrarlo, una y otra vez, hasta que la pérdida y el hallazgo se convirtieran en el pulso intermitente de un corazón que late.

¿Y qué iba a hacer ahora? Porque en el fondo de su mente todo el tiempo había estado la idea de que volvería con él. De regreso a la casa de Capp Street, de regreso a las complicaciones y tentaciones que pondrían a prueba la claridad de la montaña, convertirían sus aguas puras en un intoxicante agri dulce. Oh, Dios, ¿qué había hecho? ¿Qué había hecho ella?

La dejaron en Telegraph Avenue. La lluvia seguía cayendo intensamente y la calle estaba sombría, los escaparates oscuros y las puertas todas cerradas. No tenía dinero ni lugar a dónde ir, y lo que quería más que nada era hacer autostop a través de la bahía y llorar sobre las cenizas humeantes. Oh,

Dios, si tan solo tuviera una radio, un televisor, algo que le diera las noticias. La noche húmeda era muy diferente de la lluvia purificadora de las montañas. Tenía que tener cuidado; ella lo sabía. Debía mantener la calma, mantenerse como si estuviera drogada con ácido, mantenerse flotando sobre el abismo de la pérdida en un espacio pequeño y despejado donde pudiera pensar qué hacer. Supervivencia; debía dedicarse a sobrevivir.

¿A quién podría acudir? ¿A alguna de sus amigas de su grupo de ancianas? ¿Leona? ¿Donna? La acogerían, la protegerían, la esconderían si fuera necesario, pero no entenderían su dolor. Nunca habían conocido a Rio en los buenos tiempos, cuando todavía era su mago, su pirata, su rey Sol dorado.

A mitad de la manzana, llegó a una cabina telefónica. Maya se detuvo.

Sólo había una persona que ella quería, una que pudiera compartir su dolor como habían compartido la fuente del mismo esa noche en la tormenta. Johanna. Ella había dicho que se trasladaría a Berkeley en otoño. Para entonces, la escuela había comenzado. Ella debía estar aquí.

Maya buscó en los bolsillos laterales de su mochila donde, meses atrás, había guardado las pocas monedas que tenía en su bolsillo cuando dejó a Rio. Puso una moneda de diez

centavos en el teléfono y marcó información, pidiendo el número de Johanna Weaver.

“Tengo un Johanna M. Weaver en Carleton”, dijo el operador.

“¿Y la dirección?”

“Veintidós treinta y tres, apartamento cuatro”.

Carleton estaba a la vuelta de la esquina, a sólo unas manzanas de distancia. Maya se vio inundada de emociones contradictorias: alivio, miedo, tristeza, esperanza. Tal vez Johanna la odiaba y no la querría cerca. Pero no, habían hablado por teléfono, habían dicho que seguían siendo amigas. Ella acogería a Maya. Lo haría.

De repente se dio cuenta de lo cansada que estaba, del frío y del hambre que tenía. Era un animal salvaje atrapado en un lugar hostil; necesitaba un refugio, un lugar seguro donde pudiera acurrucarse y llorar. Por favor, Dios, murmuró, o no Dios, sino los verdaderos dioses que he nombrado para mí, por favor, viento, lluvia, sol y roca, dejad que Johanna me consuele, que me acoja.

Estaba empezando a temblar de frío. Los elementos eran demasiado fuertes para ella aquí. No podía afrontar su poder en aquellas calles asfaltadas, no podía enfrentarse a ellas con el corazón cargado de dolor. Quería estar dentro, protegida del viento. Ella comenzó a caminar.

En una calle de elegantes casas antiguas de madera, el edificio de apartamentos de Johanna era una caja de estuco con todo el encanto de un Motel 6. Había sido construido a principios de los años sesenta, una estructura rectangular con cuatro puertas en el nivel inferior y cuatro en el superior, unidas por un balcón estrecho con barandilla de metal. La puerta de Johanna era la tercera en el nivel inferior. Maya permaneció frente a ella durante un largo rato. Alguien había en la casa. Podía ver la luz azul de una pantalla de televisión jugando en las cortinas. Si nunca llamaba a la puerta, nunca la podrían rechazar, ni volverla a internar en el frío. Siempre pudo creer que Johanna la habría amparado y la habría acogido.

Respiró hondo, dio un paso adelante y tocó el timbre.

Alguien se movió. Los pies se arrastraron por el suelo, la puerta se abrió un poco, todavía sujeta por una cadena. Maya escuchó a alguien jadear y luego la puerta se cerró de nuevo.

Pero Johanna sólo estaba quitando la cadena. Al momento siguiente, la puerta se abrió de golpe, dos manos morenas alcanzaron a Maya y la arrastraron hacia adentro, y unos brazos cálidos la rodearon.

“¡Maya!” dijo ella, llorando. “¡Maya, Maya, Maya!”

Maya esperaba una bienvenida, pero no estaba preparada para la ferocidad con la que Johanna la abrazó. Las lágrimas corrían por las mejillas de Johanna, sus manos acariciaban el cabello mojado de Maya. Su toque le devolvió la piscina, la montaña. Su toque le devolvió la vida a Maya.

Johanna hundió la cabeza en el hombro de Maya, sollozando.

“Johanna, está bien, está bien”, le canturreó Maya. Sus brazos abrazaron el cálido cuerpo de Johanna, ofreciéndole consuelo. “Todo está bien.”

Después de un largo momento, se separaron y dieron un paso atrás para mirarse la una a la otra.

“Pensé que estabas muerta”, dijo Johanna.

“¿Yo? Yo no. No soy yo la que está muerta. ¿Por qué pensaste eso?”

“¿No estabas con Rio?”

“No durante... meses”, dijo Maya. Las palabras fueron difíciles de encontrar. Estaba acostumbrada a medir el tiempo según la salida del sol y la salida de la luna y las estaciones de frío y lluvia, no como algo que se pudiera medir, registrar y contabilizar.

“¿Dónde diablos has estado entonces?” –Preguntó Johanna, escudriñando las mejillas bronceadas por el sol y el cabello áspero por el viento.

“He estado en la montaña. Sola.”

En la televisión, los bomberos apagaban las llamas, mientras los cuerpos carbonizados, envueltos en sábanas, eran sacados en camillas.

“¿Entonces no estabas con ellos? ¿No estabas en la casa?

Maya sacudió la cabeza, incapaz de apartar los ojos del televisor. Había anhelado noticias, pero ahora las imágenes herían sus ojos y se grababan de forma indeleble en su memoria. ¿Sería esta la última vez que viera a Rio, una forma informe bajo una sábana blanca en las últimas noticias? ¿Estaba Daniel en una de esas bolsas para cadáveres, con los ojos azules carbonizados hasta convertirse en trozos de carbón?

“No estabas allí”, dijo Johanna, más para sí misma que para Maya, como si necesitara asegurarse de que era verdad. “Realmente no estabas allí.”

Las voces de la televisión predecían mal tiempo. Habían terminado con el Frente Nacional, habían terminado con Rio, Daniel y Edith. Ya eran viejas noticias. Johanna se acercó y apagó el aparato.

“¿Qué montaña?”, preguntó ella.

Era muy difícil hablar, difícil formular respuestas a preguntas que parecían venir de otro mundo. La montaña con el lago azul, quiso decir Maya. La montaña con olor a pino, el viento granítico, el aire que anunciaba lluvia, la montaña de tormentas, la montaña del sol sobre flores silvestres... o por no decir nada de eso, porque todas eran abstracciones, descripciones, que no tenían nada que ver con lo real excepto engañar a la gente haciéndoles creer que entendían cuando no era así.

“¿Estás bien?” –Preguntó Johanna.

Maya negó con la cabeza. Ella se quedó de pie con los brazos alrededor de sí misma, temblando. Todo lo que alguna vez la había calentado se había quemado hasta los cimientos.

“¿Escuchaste?” Dijo Johanna en voz baja. “¿Escuchaste lo que pasó?”

Maya asintió. Ahora sus escalofríos se convirtieron en temblores. Ella era un terremoto andante; iba a desmoronarse allí mismo, en la sala de Johanna.

Johanna se acercó y rodeó a Maya con sus brazos. La sostuvo con fuerza, como si literalmente la estuviera manteniendo unida.

“Adelante, llora”, dijo Johanna. “Está bien. Estoy aquí.”

Pero no estaba bien y Maya no podía llorar. Apenas podía respirar, como si cada entrada de aire a sus pulmones fuera otra traición a los muertos. Ella debería haber estado con ellos. ¿Cómo podían estar muertos y ella seguir viva?

“Estás mojada”, dijo Johanna, su voz de repente práctica. “Voy a prepararte un buen baño caliente y luego te calentaré un poco de sopa. ¿Vale?”

“Debería bajar allí”, dijo Maya en voz baja. “Debería estar con ellos”.

“Maya, cariño, no hay lugar a dónde ir. Se acabo. Fue hace horas. Las últimas noticias son sólo una repetición, ya lo sabes”.

“Debería estar con ellos”, dijo Maya nuevamente. “Yo también debería estar muerta”.

“¡No digas eso!”

La voz aguda de Johanna la sobresaltó. Maya jadeó, respiró larga y profundamente y comenzó a llorar.

“Ay Maya, niña, no quiero oírte hablar así. Simplemente quítate esas cosas mojadas antes de que te mueras de frío.

“Lo amaba”, dijo Maya. “¡Lo odio a muerte, pero lo amaba tanto! ¡Oh Dios, oh infierno! Ya ni siquiera estaba segura sobre quién estaba hablando, si de Rio o Daniel o de todos ellos juntos, o simplemente de ella misma.

Johanna la dejó llorar durante un largo rato y luego la llevó al baño, preparó la bañera, mezcló el agua con sales con aroma a pino y desnudó a Maya como una niña mientras se llenaba la bañera. Hizo que Maya se acostara en el agua caliente y fragante y absorbiera su calor, mientras ella se sentaba en el borde de la bañera, sosteniendo la mano de Maya.

La calidez del agua era un consuelo que Maya no sentía que mereciera. El olor a pino le devolvió la montaña. Oh, nunca debería haberlos dejado solos, a ninguno de ellos, a todos, pero de hacerlo debería haberse quedado en la montaña, haber aprendido a derretir la nieve con el calor de su cuerpo y no haber bajado nunca.

“Vamos”, dijo Johanna por fin. “Te secaremos y te alimentaremos un poco. Estás demasiado delgada, niña”.

Ayudó a Maya a salir de la bañera y la frotó con una toalla. Ella me está devolviendo a la vida, pensó Maya. Ella me está llamando a regresar de la naturaleza y anclarme en el mundo humano. Y no quiero volver. Pero no tengo elección.

“Así que no estabas con ellos”, dijo Johanna, frotando la toalla en las piernas de Maya como si se asegurara de la solidez de Maya. “¿No estuviste involucrada en el atentado?”

“Me separé en el verano”, dijo Maya. Ésa era la palabra, el nombre de la pradera verde, la época cálida y de flores silvestres. Si para Johanna era importante poder hablar con palabras de tiempo, tendría que intentarlo. “Rio y yo íbamos a la montaña. Tuvimos una pelea y fui sola”.

“Gracias a Dios por eso”, dijo Johanna. “Ahora levanta los pies, uno a la vez. Así es. Soy bastante buena en esto, ¿no crees? He estado practicando.”

“¿Practicando?” Preguntó Maya mientras Johanna se frotaba los pies.

“Recuerda que ahora soy mamá”.

“Correcto.” De hecho, Maya lo había olvidado. No podía pensar en Johanna como en la madre de nadie. Ella tiene toda una vida separada de mí, pensó Maya. Años y años, y lazos de sangre separados. Ella ya no me pertenece. Y todo el que lo hace está muerto.

“Vamos, ponte esta bata de baño”, la persuadió Johanna. “¿Quieres ver al bebé?”

“¿El bebé? Ah, por supuesto, el bebé”.

Johanna pasó su brazo por los hombros de Maya y se llevó un dedo a los labios. “Shh”, dijo, mientras la conducía hacia la puerta del dormitorio y la abría silenciosamente. Maya miró hacia adentro y vio una pequeña figura acurrucada en una cama baja. La niña parecía tener dos o tres años. Su brazo izquierdo estaba colocado sobre un osito de peluche que Maya recordaba de la infancia de Johanna, y algo en la expresión de su rostro, la estructura de los huesos o la curva de su frente, le recordó a Maya la última noche que durmió con Rio. Ella la miró, sus párpados temblaban como lo hacían los de niños ante las escenas de algún sueño secreto, y se preguntó cómo podía entregarse a la inocencia incondicional del sueño. La niña tenía la piel color chocolate con leche y una nube de pelo oscuro.

Johanna cerró la puerta.

“Es muy hermosa”, dijo Maya.

“Es la hija de Rio”.

Maya comenzó a temblar de nuevo tan pronto como el calor de la bañera disminuyó. Ella no quería sopa; quería ayunar, rasgar sus vestiduras y arrancarse los cabellos. Comer algo ahora, pensó, sería una burla a los muertos. Pero bajo la mirada cansada de Johanna, se obligó a comer.

Johanna abrió el sofá del salón e hizo la cama. Arropó a Maya y se subió a su lado, sentándose contra el respaldo.

“No hay otro lugar para dormir”, explicó, con una ligera nota de disculpa en su voz. “Le dejé el dormitorio al bebé”.

“El bebé”, dijo Maya. Usar palabras todavía era como ponerse ropa después de correr desnuda en el viento. “El bebé de Rio”.

“Lo siento”, susurró Johanna. “Debería habértelo contado todo hace mucho tiempo. Esta noche, cuando pensé que estabas muerta, juré que si aparecías viva nunca más te mentiría.

“¿Por qué? ¿Por qué tuviste que mentir?”

Johanna apartó la cabeza de Maya y miró en dirección a la puerta de Rachel. “Me siento culpable. Y avergonzada, supongo. Era tu novio”.

“¿Qué importaba eso?”

“Tenía miedo de que así fuera. Sobre todo, tenía miedo. Realmente no conocía muy bien a Rio y me pareció el tipo de persona que podía perder el control. Parecía más seguro, menos complicado, que ella fuera sólo mía”. Johanna permaneció en silencio durante un largo rato y luego prosiguió. “Yo también estaba enojada... con él. Lo consolé y luego actuó como si nunca hubiera sucedido. Las únicas veces que se puso en contacto conmigo fue para preguntarme si había tenido noticias tuyas.

“¿Y yo? ¿Por qué no me lo dijiste?”

“No podría decírtelo sin decírselo a él, ¿verdad?”

“Supongo que no.”

“Ahora lo siento”, susurró Johanna. “Lo siento mucho. No parece justo que haya muerto sin siquiera conocerla”.

Maya se sentía entumecida otra vez. La realidad de la muerte de Rio se había desvanecido. En un momento volvería a inundarla, asfixiándola y ahogándola, pero por el momento yacía alta y seca. Estaba pensando en el tiempo y los mundos que creaba y cómo cambiaban y se desplazaban sin previo aviso. Esa misma mañana se había despertado en un mundo montañoso, en el que el viento frío que azotaba los altos pasos y las primeras nevadas le decían, con voz inconfundible, que había llegado el momento de partir. En ese mundo, su mundo, Rio todavía existía y su hija no. Ahora eso había cambiado. No podía acostumbrarse a ello.

“¿Cuándo ocurrió?” –Preguntó Maya.

Johanna esperó un largo momento antes de responder. “En la tormenta esa noche o el día siguiente. Cuando volvimos a Los Ángeles”.

“Oh. Te refieres a ...”

“Estaba tan destrozado cuando se enteró de lo de su padre. Lo lamento.”

Maya guardó silencio, tratando de digerir esta información. Johanna parecía esperar que significara algo para ella, que importara que había hecho el amor con Rio dos veces en lugar de una. Maya se sentía como una criatura hada arrastrada desde la naturaleza, no acostumbrada a las costumbres ni a la compañía humana. ¿Qué debería significar? ¿Debería estar enojada o celosa? Tal vez lo hubiera estado antes, ciertamente la Maya que había vivido con Rio era lo suficientemente celosa. ¿Pero ahora? Ahora bien, ¿qué podría importar que el bulto bajo la sábana blanca hubiera disfrutado de Johanna? Excepto que él dejó una semilla, una chispa de sí mismo, en ella. Si Maya estaba celosa, estaba celosa de eso: de que él siguiera viviendo a través de Johanna, no de ella. Que Johanna había reencarnado lo mejor de él, cómo era en la costa, joven, limpio y libre.

“¿Te importa?” –Preguntó Johanna.

Maya negó con la cabeza. “Ahora ya no.”

“Debería habértelo dicho hace mucho tiempo. No debería haber intentado mantenerlo en secreto. Nos dividió”.

Las palabras eran vetas, pero lo que Maya necesitaba eran capas, algo de espacio entre ella y el dolor crudo y terrible. Ella hizo otra pregunta. “¿Cuándo lo supiste?”

“No por un tiempo. Empecé la UCLA. Justo alrededor de la mitad del período, las señales se volvieron inconfundibles”.

“Eso debe haber sido difícil”.

“No fue fácil. Oh, al principio pensé en abortar. Entonces no era demasiado fácil, pero hubiera sido posible. Pero fue extraño, Maya. Era como si siguiera escuchando esta voz dentro de mí. Ella me hablaba y me decía: 'Estoy aquí por una razón, mamá'. Tengo un propósito que cumplir.' Y simplemente no pude hacerlo. Intenté decirle: 'Mira, yo también estoy aquí por una razón'. Y tu propósito hará que el mío sea bastante difícil de llevar a cabo. ¿No puedes esperar un rato? Pero ella se mantuvo firme. Todavía es una niña con una voluntad fuerte.

“Así que pensé, bueno, al menos déjame pasar el primer año de universidad, y luego, cuando nazca el bebé, veré si puedo soportarlo. Quizás me lleve más tiempo, pero lo haré”.

“¿Qué dijo tu madre?”

“Puedes imaginar. Tenía algunas palabras que decirme. Pero cuando se calmó y cuando le dije que no tenía intención de abandonar la escuela si podía evitarlo, decidió ayudarme.

Y Rachel ayudó. Retrasó su nacimiento tres semanas después de su fecha prevista, por lo que nació la semana después de los exámenes finales. De hecho, en tu cumpleaños: el trece de junio de 1969. Eso me dio el verano libre para cuidarla y acostumbrarme a ella. Luego, cuando empezaron las clases en el otoño, simplemente la llevé a clase. En aquella época la gente traía a sus perros a clase. Pensé, ¿por qué no podía traer a mi bebé? Nadie iba a ser alérgico a ella”.

“¿Y ahora estás aquí arriba?”

“Estoy terminando aquí y luego, con suerte, continuaré con la escuela de posgrado. En psicología, si entro”.

Johanna habló simple y llanamente, pero Maya escuchó los matices resonar de la manera que había aprendido a escuchar en el silencio de la montaña. Oyó el orgullo de Johanna y también oyó, no exactamente una crítica a sí misma, sino una conciencia del contraste. ¿Qué tenía ella para mostrar de su propia vida que pudiera compararse con la sólida realidad de un título universitario y un hijo? El cadáver carbonizado de un amor y las aguas claras de la soledad.

“Lo has hecho bien”, dijo Maya.

“Sorteé lo que estaba frente a mí”.

“Lo intenté”, dijo Maya lentamente, como si estuviera haciendo una confesión. “Traté de mantener lo que

teníamos. Y luego todo se estropeó. Entonces fui a la montaña y allí estuve. Pero ahora...”

Ella paró. De pronto volvió a temblar, al borde de las lágrimas. El mundo se había desmoronado y se había reconstruido del revés. ¿Cómo podría Rio estar muerto? ¿Cómo no iba a estar furioso, furibundo y rabioso, o riendo, dispuesto a hacer el amor? ¿Cómo pudo haber cobrado vida de esta manera imprevista, a través de Johanna y no a través de ella?

Johanna extendió la mano y acarició el cabello de Maya.

“Puede que no esté muerto, ¿sabes?”, dijo. “No dijeron de quiénes eran los cuerpos. Es de mala suerte llorarlo todavía”.

Rio. Era como una presencia física en la habitación con ellas. Maya se preguntó si sintió su fantasma o sólo la consolidación de su memoria. Tenía los ojos húmedos y la cara húmeda. Se tocó la mejilla. Lágrimas. Esa era la palabra para ello. Había nombres para lo que sentía. Podría llamarlo dolor, sufrimiento o pena. Pero las palabras eran cosas planas, nada como ese pozo de vacío y pérdida que resonaba dentro de ella y hacía que le dolieran hasta los huesos.

“No podía quedarme con él”, dijo Maya en un susurro. “No pude cambiarlo. Lo intenté.”

“Estoy seguro de que lo hiciste”.

“Si no me hubiera ido, él todavía estaría vivo”.

Johanna negó con la cabeza. “Lo más probable es que tú estuvieras muerta”.

Debería estarlo, pensó Maya. Los muertos tiraban de ella, la llamaban. Eran su verdadera familia, su destino.

Como si hubiera escuchado las palabras no dichas, Johanna se deslizó hacia abajo y rodeó a Maya con sus brazos. El cuerpo de Johanna estaba cálido, vivo. Su cuerpo cantaba a la vida, un contrapunto al llamado de los muertos. Maya recordó la última vez que se tocaron: esa misma noche en la costa, cuando Johanna era la que necesitaba calor. Ella y Rio la habían colocado entre ellos. Él debería estar aquí ahora, al otro lado. Pero cuando se acercó a él, tocó un miasma frío y pegajoso. El fantasma de Daniel, mirándola con ojos de cristal azul y diciendo: “Maya, no vamos a vivir tanto tiempo. No vamos a vivir”.

Te he traicionado, Daniel, pensó Maya. No he cumplido nuestro pacto.

“¿Entonces estuviste en las montañas todo el verano?”
–Preguntó Johanna. “¿Con quién estabas?”

“Estuve sola”, dijo Maya. Johanna esperó, queriendo hechos, información, palabras, palabras, palabras. Maya suspiró. “Me llevaron después de dejar a Rio. Me dejaron junto al comienzo de un sendero y comencé a caminar.

Caminé todo el día, acampé y encontré el lugar en el que quería estar. Un lago, en lo alto del Pacific Crest Trail. Simplemente me quedé allí. La gente me dio comida. Mochileros, que traían demasiado y no querían regresarlo. Sentí que si me quedaba allí el tiempo suficiente, podría entender algo, algo así como que estuvimos tratando de estar juntas una vez. ¿Recuerdas?”

“Lo recuerdo”, dijo Johanna. “Pero parece que fue hace mucho y muy lejano”.

“Lo hemos perdido”, susurró Maya. “Todo está muerto, desaparecido y enterrado ahora. Nunca lo volveremos a encontrar”. Ella comenzó a llorar, grandes sollozos desgarradores que sacudieron su cuerpo y le cortaron el aliento. Los brazos de Johanna la acunaron dentro de un cálido círculo. La voz de Johanna canturreó; sus manos acariciaron el cabello de Maya. Pero los muertos también la acariciaban. Unos dedos fríos trazaron patrones en su columna. Un aliento frío se coló en su boca, se deslizó entre sus sollozos ahogados y se insinuó en su pecho. Era más seguro y más limpio dejarlo entrar, pensó. Que sea como el último acto de una tragedia: todos los actores borrados del escenario. Sólo el círculo mágico de los brazos de Johanna detuvo a los muertos. Sin su calidez, se llevarían a Maya.

“Lo que encontramos nunca podrá perderse”, murmuró Johanna. “Siempre estará ahí, esperándonos”.

Necesito elegir, pensó Maya. Ya sea para unirme a ellos, los fantasmas, o para volver a la vida.

“¿Crees eso?”, preguntó ella. “¿De verdad lo crees?”

“Más que cualquier otra cosa en el mundo”, dijo Johanna, en voz baja y vibrante, como si estuviera haciendo una promesa.

“He vivido eso, durante años he vivido ese momento”, dijo Maya. “Pero ahora apenas puedo recordarlo”.

“Quédate quieta”, dijo Johanna, acariciando la mejilla de Maya. “Quédate quieta y lo recordaremos juntas”.

Maya enterró su rostro en el pecho de Johanna, tratando de acercarse, de fusionarse con su calidez. De repente se sintió invadida por un deseo desesperado de vivir. Si pudieran tocarse, una vez más, aunque fuera por un momento, los fríos fantasmas serían ahuyentados. Si pudiera entrar en un nuevo florecimiento, tendría la fuerza para afrontar la mañana carbonizada que se avecinaba.

“Por favor”, le susurró a Johanna. “Por favor.”

Johanna la besó, tentativamente, casi maternalmente, en la coronilla.

“Sí”, murmuró Maya. “Sí.”

Johanna acercó el rostro de Maya al suyo y la besó en los labios.

Tráeme a la vida, quiso suplicar Maya. Se había convertido en piedra y Johanna era una diosa cuyas manos transmitían fuego vivo. Por todas partes sus dedos se tocaban, pechos, muslos, vientre, piedra calentada hasta convertirse en tierra; crecían bosques, los pájaros empezaban a volar...

“Tócame por todas partes”, susurró Maya, y Johanna obedeció. Sus manos dieron forma a montañas, suavizaron cañones y entraron en las cavernas más profundas, dando vida a manantiales dormidos y haciendo fluir aguas curativas.

Más tarde se quedaron quietas, con los cuerpos apretados y abrazándose.

“Me gustaría protegerte”, susurró Johanna. “Lamento haberte llamado mimada hace tantos años. Desearía más que nada poder mantenerte a salvo y mimarte”.

“Ojalá pudieras”, dijo Maya. “Me gustaría quedarme aquí contigo, para siempre, tal como estamos ahora”.

“Pero no podemos”, dijo Johanna. “Oh Maya, cariño, tengo miedo por ti. No van a dejar que esto acabe. Tan pronto como las cenizas se enfríen, reunirán a todos los que alguna vez estuvieron relacionados con ellos”.

“Sshh”, dijo Maya. “No quiero pensar en eso ahora. No quiero tener miedo”.

“Pero Maya...” comenzó Johanna.

Maya puso su dedo en los labios de Johanna, silenciándola. “Cada vez que llegamos a este lugar sucede algo que nos da miedo. Pero no lo tendré. Ahora no. Por la mañana ya decidiré qué hacer. Pero ahora quedémonos aquí, estemos aquí, durmamos aquí. Entonces seremos fuertes. Entonces tendremos algo por qué vivir durante años y años y años”.

“Eres una niña loca”, dijo Johanna. “Pero te ayudaré en todo lo que pueda”.

La mañana trajo una resurrección. “¡Rio Connolly arrestado!” gritaban los titulares. “¡Célula terrorista destruida!”

Maya se quedó sentada mirando el periódico, con las manos temblorosas. Lo habían encontrado desmayado en el asiento delantero de su camioneta, borracho. Estaba vivo, aunque su rostro en la portada parecía como si deseara estar muerto. Dos policías se lo llevaban esposado, un icono de represalia en el papel del periódico.

Se sintió entumecida. Bajo la corteza helada que la mantenía unida, un manto de dolor se agitaba y hervía bajo tierra. En algún lugar muy, muy profundo, sintió un núcleo, como el corazón rojo de una flor. La noche anterior lo había

tocado; algún día profundizaría y viviría una vez más según sus ritmos. Pero por ahora, debía pisar con cuidado la superficie, como si caminara sobre una fina costra de lava recién derramada. Una grieta, un avance, y la quemarían viva.

Ella se estremeció. Mejor no pensar en quemarse, ni entretener imágenes de fuego.

Maya estaba sentada a la mesa de la cocina en el nicho pavimentado de linóleo junto a la sala de estar que daba a la estrecha cocina. Johanna estaba junto a los fogones, friendo tocino y huevos. El café se estaba preparando en el segundo quemador. Los olores ordinarios y cotidianos parecían evocar algo de lo que Maya había sido durante veintiún años antes del verano en las montañas. Un yo para quien las palabras eran herramientas familiares y la presencia de Johanna era completamente natural, ordinaria. Un yo que podía sentarse y hablar como si todavía tuviera quince años un viernes por la mañana, como si nunca hubiera habido esa última pelea en la costa, y el largo silencio posterior, como si su vida no yaciera ardiendo en ruinas.

“Odiaré estar en la cárcel”, dijo Maya.

“Mejor que estar muerto”.

“No para él. Será simplemente una muerte larga y lenta”. Como lo sería para mí, pensó Maya. Puede ser. Sintió una pequeña opresión en el pecho.

“Me siento mal por él”, dijo Johanna. “Pero eres tú quien me preocupa en este momento. ¿Qué vas a hacer?”

“No sé.” No podía apartar los ojos de su imagen. Tenía la cabeza gacha, el rostro apenas visible y las manos esposadas a la espalda. ¿Volvería a ser libre alguna vez?

“Bueno, ya es de mañana, niña. Es hora de que empecemos a resolverlo, antes de que vengan a por ti.

Ellos, ¿quiénes eran? ¿No podría decirles que ya no soy la misma persona que era cuando estaba con él? He cambiado y toda esa historia parece pertenecer a otra persona. Excepto por el dolor. Entonces la avalancha de pérdida volvió a golpear. Si tan solo Rio siguiera libre, a ella no le importaría lo que hiciera, con quién follara, cuánto bebiera. Oh dioses del lago y de la montaña, ¿por qué no podían tener otra oportunidad?

Johanna le dio la vuelta a una tira de tocino. “¿Qué tan involucrada estuviste?”, preguntó ella. “¿Cuánto sabes?”

“Nunca estuve en medio de la acción”, dijo Maya lentamente. “Nunca supe lo que realmente estaba pasando, nunca fui un cuadro, como solían decir”.

“¿Conocías a mucha gente? ¿Personas que pudieras identificar?”

“Seguro.” Descruza los brazos, quiso decir Maya. Abrázame, tócame de nuevo, mantenme a salvo del reino de las abstracciones como la ley y la policía. Pero la policía sería bastante real si la persiguieran. La cárcel también sería real. Moriría allí, encerrada lejos del sol y del viento.

Johanna suspiró. “Estás en problemas.”

Maya sintió que el amor de Johanna la rodeaba y sintió su miedo, como un olor a smog en el viento. De pronto supo que, para sobrevivir, no podía permitirse el lujo de tener miedo. El miedo la absorbería, la consumiría. Debía encerrarlo, permanecer en su superficie seca e incrustada, no pensar demasiado, no imaginarse encerrada, no permitirse ver la imagen de los ojos enjaulados y derrotados de Rio.

“Lo sé”, dijo.

“Tal vez pueda ayudar”, dijo Johanna. “Odiaría verte encerrada para pagar por los pecados de Rio”.

Dejó el tocino sobre una pila de toallas de papel para que escurriera y rompió los huevos en un recipiente azul. Maya se sentó con la cabeza entre las manos. Rio estaba vivo, pero no podía acercarse a él, calmarlo, abrazarlo. Nunca más volvería a correr libre y desnudo en medio de una tormenta

en la costa. Por la ventana, que daba a la pared del edificio de al lado, la lluvia caía con fuerza. Los otros cadáveres habían sido identificados. Uno era un vagabundo local que Maya recordaba vagamente que solía refugiarse en su porche trasero de vez en cuando. Pobre hombre, esta vez se había equivocado de noche. Otro era Daniel. Nunca sucumbirían juntos a las seducciones de la vida ordinaria. Nunca volvería a discutir con ella, nunca haría el amor lenta y cuidadosamente, nunca volvería a revelar el dulce corazón que mantenía envuelto en palabras, palabras, palabras. Éramos opuestos y deberíamos habernos emparejado, pensó Maya. Ahora nunca terminará su tesis, nunca se sentará tirando cenizas al suelo, ensuciando las tazas de café, exponiendo sus teorías. Pero no, ella realmente no podía creerlo. Algo había salido mal en el mundo, pero seguramente se reescribiría el guión.

El tercer cuerpo era el de Edith. ¿Había finalmente hecho lo suficiente, dado lo suficiente? Había tenido éxito donde Maya había fracasado y se había convertido en la mujer en llamas.

La puerta del dormitorio se abrió y una pequeña niña morena salió corriendo.

“Dormilona.” Johanna sonrió, levantó a Rachel y le dio un fuerte abrazo. “Ven a conocer a mi amiga Maya. Maya, ella es Rachel”.

Rachel observó a Maya críticamente durante un largo momento y luego se soltó de los brazos de su madre y subió al regazo de Maya. Su cuerpo era suave, cálido y vivo, y Maya la abrazó con fuerza, como si estuviera agarrando un salvavidas. Rachel se retorció y se deslizó hacia abajo, desapareciendo en su habitación, sólo para emerger un momento después sosteniendo una muñeca. Tiró de la manga de Maya, con los ojos muy abiertos y orgullosos, recordándole a Maya, sí, a Rio en sus primeros días juntos, cuando él le traía algún nuevo regalo u oferta exótica. Tal vez estaba deseando eso; en realidad, Rachel se parecía más a Johanna, con sus mejillas redondeadas y la generosa escultura de su boca.

“¡Muñequita!” Dijo Rachel, añadiendo algo indistinguible.

“¿Qué está diciendo?” –Preguntó Maya.

“Harriet Tubman”, dijo Johanna. “El nombre de la muñeca es Harriet Tubman”.

Maya se encontró sosteniendo una muñeca Barbie negra. “Ella es, eh, hermosa”.

“Sé gentil”, dijo Rachel, sosteniendo la muñeca para que Maya la besara, luego la arrebató y trotó de regreso al dormitorio con ella.

“No se pueden aislar del exterior”, dijo Johanna mientras batía los huevos con un tenedor. “Hay que reinterpretarlo para ellos”.

“¿Que crees que debería hacer?” –Preguntó Maya. “¿Huir? ¿Entregarme? Si realmente me persiguen, no puedo quedarme aquí. No quisiera meterte en problemas”.

Antes de que Johanna pudiera responder, algo suave cayó en las manos de Maya.

“Oso. Oso Pooh”, dijo Rachel.

“Es encantador”.

“¡Oso caca!” Dijo Rachel, riendo y saliendo corriendo de nuevo.

“Come”, dijo Johanna, dejando un plato de huevos con tocino. “Rachel, ven a desayunar”.

Maya comió. Los muertos la perdonarían y, para los vivos, necesitaría fuerza. Había olvidado lo hambrienta que estaba. Había comido poco en días. Rachel apareció cargando un gran pato de peluche. Su madre la envió severamente para que lo dejara en el dormitorio.

“¿Dice el periódico de qué se le acusa?” –Preguntó Johanna.

Maya miró el periódico. Palabras, pequeñas manchas de tinta sobre papel de periódico que significaban el fin de vidas. “De todo”, dijo con tristeza. “Todo, desde posesión ilegal de armas de fuego hasta asesinato en segundo grado. En ese último atentado murió una mujer”.

“Lo sé.”

“Una mujer negra. Dios. La policía afirma que el Frente les estaba disparando. Algo se incendió, explotó. ¿Me pregunto cómo escapó?”

Rachel regresó, se sentó tranquilamente en su trona y empezó a comer.

“¿Quién sabía que estabas con el Frente?” –Preguntó Johanna. “¿Alguien que ofrecería voluntariamente la información a los federales?”

“No sé. Todo el mundo lo sabía, supongo. Quiero decir, no era ningún secreto. La gente del antiguo Comité de Moratoria, mi grupo de mujeres, mi padre. Nunca hablarían con los federales, pero ¿quién puede decir lo que harían los demás?”

“Bueno, entonces”, dijo Johanna, “podemos suponer que los federales ya lo saben. Esos grupos seguramente estarán infiltrados. Lo más probable es que tu grupo también lo estuviera”.

“Éramos tan pequeños”, dijo Maya. “Y muy cuidadosos. Nos conocíamos muy bien”. Excepto Randy y T-Bone, pensó para sí misma. ¿Que les pasó a ellos? ¿Dónde estaban cuando ocurrió la masacre? Pero ahora era inútil especular sobre ellos. Era ella misma de quien tenía que preocuparse. Ella hizo a un lado su plato. “No quiero ir a la cárcel. Moriría allí. Tampoco quiero que me utilicen para clavar los clavos en el ataúd de Rio”.

“¿Podrían hacerlo?”

“Supongo que sí. Sé lo suficiente para eso”.

“Me parece que puedes manejar esto de dos maneras”, dijo Johanna. “Puedes salir y contratar a un abogado político destacado. Quizás tu padre conozca a alguien. O puedes desaparecer. Sal de la ciudad, vete por un tiempo”.

“No te vayas”, dijo Rachel. “Me gustas.”

Maya sonrió. “Tú también me gustas.”

“¿Te estás comiendo ese huevo o simplemente estás jugando con él?” –le preguntó Johanna a Rachel. “Despeja tu lugar, niña, y ve a ponerte los zapatos y los calcetines”. Rachel empujó su silla hacia atrás y salió corriendo al dormitorio.

“Ojalá fuera verano”, dijo Maya. “Simplemente regresaría a las montañas. Pero se acercan las nieves”.

“Creo que lo mejor sería ir a algún lado. ¿No tienes ningún contacto con otros grupos?”

Maya negó con la cabeza. “No quiero juntarme con esa gente, pasar los próximos diez años escuchando argumentos sobre el análisis de clase. Sólo lo soporté por el bien de Rio”. Cada vez que hablaba, añadía una nueva capa de personalidad. Pero ya podía ponérselas y quitárselas, pensó. Ya no estaba atrapada en ellas. Ya no confundiría la cubierta con el núcleo. “No creo que necesite pasar a la clandestinidad. Si no estoy en escena por un tiempo, me ignorarán. Después de que Rio haya sido juzgado y se hayan asegurado de que todos los demás estén muertos o encarcelados, lo que yo sepa ya no importará. Si me relaciono con la clandestinidad, terminaré sabiendo más cosas que podrían lastimar a más personas por más tiempo, y nunca me liberaré de todo eso”.

Rachel apareció, llevando su abrigo y un pequeño bolso rojo. Johanna se levantó.

“Tengo que llevarla a la escuela. Llegamos tarde. Escucha, volveré esta tarde. Quédate aquí sentada. Hablaré con algunas personas por ti”.

Rachel le ofreció su mejilla a Maya para que la besara. “Adiós”, dijo.

“Adiós”, dijo Maya. “Te veré de nuevo. Y cuando lo haga, te contaré una historia”.

“Hay comida en el refrigerador, siéntete como en casa”, dijo Johanna. “Descansa, ¿entiendes? Y no toques esos platos. Los limpiaré cuando llegue a casa”.

El apartamento de Johanna era sobrio, pero ordenado. Una sala de estar con forma de caja, tenía un sofá, un sillón grande y un televisor pequeño. Los muebles estaban cubiertos con telas con estampados africanos brillantes, y franjas de los mismos patrones decoraban las paredes. Los libros estaban colocados en estantes hechos de ladrillos y tablas, y una canasta de mimbre contenía los juguetes de Rachel. No había lujos visibles, pero la habitación parecía cuidada. Se sentía como un paraíso.

Maya limpió la cocina, hizo la cama y lavó las cosas de su mochila que necesitaban limpieza. Cuanto más ocupadas tenía las manos, menos tenía que pensar. Puso la radio en la emisora de noticias, pero ésta seguía informando de los hechos que ya conocía. Sin embargo, necesitaba oírlas una y otra vez, hacerlas reales para ella misma. Los libros de Johanna la intrigaban, pero no podía concentrarse. Se dio un largo baño y luego puso un disco en el estéreo: *Blonde on Blonde*⁴¹, de Bob Dylan. Tumbada en el sofá con los ojos

41 *Blonde on Blonde* es el séptimo álbum de estudio del cantautor estadounidense Bob Dylan, lanzado como álbum doble el 20 de junio de 1966. El título del álbum [Rubia sobre rubia] en sí es un doble sentido que

cerrados, escuchó, una y otra vez, “Sad Eyed Lady of the Lowlands” (Dama de ojos tristes de las tierras bajas).

Johanna regresó alrededor de las tres, con cartones de comida china para llevar, trescientos dólares en efectivo y un certificado de nacimiento de Margaret Anne Bradley.

“Estás lista”, dijo. “Vino uno de tus viejos amigos”.

“¿Qué?”

“El bueno de Tony Klein. Está aquí ahora y es un gran mandamás de la política radical. Al menos parece conocer a algunas personas útiles. Él envía su amor”.

“Eso fue rápido.”

“Eficiencia es mi segundo nombre”. Johanna le guiñó un ojo. Dejó la comida en la mesa de la cocina, sacó cucharas del cajón y empezó a servir en platos arroz y pollo con anacardos. “En realidad, puedes agradecer a los amigos anónimos de Tony. Están preparados para emergencias. Supongo que si esa es tu línea de trabajo, tienes que estarlo. Cuando tienes que desaparecer, tienes que hacerlo rápido; no puedes quedarte sentado durante una semana o dos esperando que llegue el papeleo”.

hace referencia al harén interminable de una estrella del rock, así como a la pintura constructivista de Kazimir Malevich Cuadrado blanco sobre fondo blanco.

Maya miró consternada su plato de comida. Era demasiado, Johanna había hecho demasiado. “Pero, Johanna, no puedo aceptar tu dinero. Estoy segura de que lo necesitas... con el bebé y todo”.

“Novia, este no es mi dinero. Este es el Fondo de Apoyo a la Terrorista Local de Antiguos Alumnos de Harding High. Johanna acercó una silla y empezó a comer.

“¿Pagaron ellos?”

“Este fue de mi cuenta bancaria, pero estoy cobrando cheques para cubrirlo. Tony se ofreció y llamó a Joyce Levine, que está en Brandeis. Y Debby tiene algunos ahorros. Ella cree que tal vez tu padre podría devolverle el dinero. Johanna señaló el plato de Maya. “Come, niña. Vas a necesitar tu fuerza. Desafortunadamente, me temo que será mejor que te vayas de aquí lo antes posible. Tony dice que los federales están por todo Berkeley, interrogando a todo el que estuvo remotamente cerca del Frente.

“¿Entonces Debby sabe que estoy a salvo? Eso es bueno. No quisiera que Betty perdiera la cabeza”. Maya tomó una cucharada de comida. Sí, debería comer mientras pudiera.

“La llamé anoche, después de que te quedaste dormida. A casa de su amiga Sarah. Ella pasó la noche allí. Al parecer, Betty nunca supo nada al respecto; no escucha las noticias de la noche.

“Pero ella lee el periódico de la mañana. Se enterará de lo de Rio”.

“Y Debby podrá decirle lo que está pasando. Tu padre también. No necesitas preocuparte por ellas”.

Maya descubrió que se le llenaban los ojos de lágrimas. “Johanna, eres una maravilla. No sé cómo empezar a agradecerte”.

“No.” Johanna se levantó, se acercó y puso una mano en el hombro de Maya. “Tú harías lo mismo por mí. Somos las mejores amigas, ¿no?”

“¿Lo somos todavía?”

“Nunca he encontrado a nadie lo suficientemente loco como para reemplazarte aún. Sólo desearía que pudieras quedarte aquí por un tiempo”.

“¿A dónde debería ir?” –Preguntó Maya. De repente, el mundo parecía un gran vacío gris. ¿Qué haría ella? Caería en el olvido y nunca más se volvería a saber de ella.

“Lejos. No me digas dónde”. Johanna se agachó y tomó las manos de Maya. “Pero escribe cuando la tensión se apague, ¿de acuerdo? No quiero que desaparezcas de mi vida para siempre. No quiero preocuparme todo el tiempo por lo que te está pasando”.

Maya se puso de pie y levantó a Johanna con ella. Se abrazaron y se achucharon durante un largo momento, sus frentes se tocaron, respirando el aroma de la otra.

“Acabo de encontrarte de nuevo”, dijo Maya. “Odio perderte tan rápido”. No quiero irme, lloró en silencio. Me temo que estoy sola. Pero se iría ahora, antes de que Johanna fuera a buscar a Rachel a la escuela, antes de que perdiera los nervios. El recuerdo de la noche floreciente la sostendría. El camino la guiaría, una vez más.

“Nunca nos perderemos”, dijo Johanna. “Lo sé ahora. Somos una el karma de la otra”.

“Entonces debes haber hecho algo bastante malo en tu última vida”, sonrió Maya.

“No es lo suficientemente malo como para merecer perderte”, dijo Johanna. “Cuídate.”

XXXV. KHUNDE

Esta mente tuya es luminosidad inseparable y vacía en forma de una gran masa de luz; no tiene nacimiento ni muerte, por lo tanto es el Buda de la Luz Inmortal. Para reconocer esto es todo lo que se necesita.

***–La liberación a través de la escucha del bardo.
Libro tibetano de los muertos***

La clínica estaba en las afueras de la ciudad, justo donde los amplios y llanos campos comenzaban a elevarse en las laderas de la montaña. El edificio de estilo sherpa era largo y bajo, con techo de chapa. Maya siguió a Ang por las

estrechas callejuelas. Había dormido una siesta después de su llegada, pero todavía estaba cansada, desgastada tanto por el peso de sus recuerdos como por el esfuerzo de la caminata. La corta subida supuso un esfuerzo.

“Gracias por mostrarme el camino”, le dijo a Ang mientras él la conducía colina arriba.

“Ningún problema. De todos modos, tengo que venir a buscar medicinas. Se dio unas palmaditas en el estómago, sonriendo. “Úlcera.”

“¡Úlcera! ¡Ang, no querrás decirme que tienes una úlcera!

Él asintió con tristeza.

“¡Ahí se van todas mis ilusiones sobre la vida sana y sin estrés en la montaña!”

“Cuando mi hija muerta, muy triste”, dijo. “El estómago se pone malo. El doctor ayuda mucho.”

“Lo lamento.”

Él asintió de nuevo, aceptando en silencio su simpatía mientras seguían caminando.

“Y lamento mucho lo de Tengpoche”, dijo Maya, resoplando levemente mientras subían una escalera de

piedra. “¡Qué tragedia más horrible! ¿Crees que lo reconstruirán?”

“Oh, sí”, dijo Ang. “Pero se necesita mucho tiempo y mucho dinero”.

“Tal vez podríamos hacer algún tipo de contribución”, sugirió. “Hablaré con los demás al respecto”.

“Este grupo, muy buena gente”.

“Me gustaría hacerlo”.

Continuaron. Estaba contenta de su compañía. Ahora que su encuentro con Debby estaba cerca, se sentía aprensiva. Hacía mucho tiempo que no veía a Debby y la última vez que estuvieron juntas, se pelearon. ¿Qué paso? Oh, sí, el homenaje a Joe.

Maya había volado a Los Ángeles cuando escuchó la noticia de que Joe había muerto, desplomándose en medio de una conferencia debido a un ataque cardíaco masivo. Le dijo a su madre que tenía que reunirse con un agente para un posible trabajo de consultoría en una película. La agente era Megan Ricci de Harding High, ahora una de las figuras menores de la industria. Si fuera necesario, respaldaría la historia de Maya, porque en realidad había bajado sólo para estar con Betty, para consolarla en silencio, para que Betty no tuviera que admitir que necesitaba consuelo, que estaba de luto por

un hombre que la había abandonado entonces, treinta años antes.

Llegó y encontró a su madre hundiéndose en el dolor. Debby había estado en casa, por una vez, haciendo sus preparativos para Nepal, estudiando cintas en idioma sherpa, murmurando frases mientras hacía compras y hacía las maletas. Betty había hablado incesantemente de Joe, de lo atractivo que había sido cuando era joven, de lo dinámico y de lo mucho que adoraba a sus hijas pequeñas. Estaba hablando de otro Joe distinto al que Maya recordaba, esa figura distante que les enviaba copias de sus libros, pero no cheques. Finalmente Betty se acostó en su cama y lloró, luego se despertó para exhortar a sus hijas a llorar, a dejar salir el dolor, a seguir adelante y estar bien.

“No puedo llorar”, había dicho Debby. “¿Cómo puedo llorar? ¡Apenas conocía a ese bastardo!

“¡Debby! Ese hombre era tu padre, por el amor de Dios. No era un padre perfecto, de ninguna manera, ¡pero aun así es una pérdida!

Estaban sentadas en el dormitorio de Betty, con la televisión encendida, Oprah entrevistando a esposas jóvenes de hombres mayores. Maya lo apagó.

“No es ninguna pérdida para mí”, dijo Debby. Betty estaba recostada en su cama, apoyada en las almohadas, con Debby

sentada a los pies de ella. Maya vino y se sentó junto a su madre.

“No digas eso. No es verdad”. Betty se volvió para mirar a Maya. “¿Qué pasa contigo? ¿Vas a decirme que la muerte de Joe no es una pérdida para ti?

“Es una pérdida, mamá. Lo siento”, dijo Maya. Debby la miró fijamente. “Pero claro, soy mayor. Estuvo presente la mayor parte de mi vida. Él era más como un padre para mí”.

La verdad era que la pérdida era abstracta: rara vez veía a Joe ni sabía nada de él. Pero sí, podía sentir el dolor de saber que nunca lo volvería a ver, que ahora él nunca podría venir a rescatarla, transformar sus vidas con su mágica presencia masculina.

“Dentro de una semana habrá un homenaje para él”, dijo Betty. “En Columbia. Iré. Y ustedes dos también”.

“¿Crees que es una buena idea?”, empezó a decir Maya razonablemente cuando Debby intervino.

“Yo no iré. De ninguna manera. Y tú tampoco, si tienes algo de sentido común.

“Soy su esposa”, dijo Betty. “Yo pertenezco allí. No estaría completo sin mí”.

No, quiso gritar Maya, no digas eso, no soporto que pienses eso, pero no dijo nada.

“Fuiste su esposa hace treinta años”, dijo Debby con dureza. “Ha tenido otras tres desde entonces, la última tan joven que ni siquiera había nacido cuando él te abandonó. ¡Jesucristo, mamá, ella es más joven que nosotras! ¿Por qué deberías ir? No le debes nada.

“Él es parte de mi vida”, dijo Betty. “Él es el padre de mis hijas”.

“Serás humillada. Me niego a ir”.

“Oh, cállate”, le dijo Maya. No sabía qué era peor: la creciente tendencia de su madre a involucrarse en una fantasía sobre Joe Greenbaum o la dureza de Debby.

“¿Por qué debería callarme? Sólo digo la verdad”.

“Simplemente estás molesta. Tu padre está muerto”, dijo Betty con su voz más tranquilizadora de terapeuta. Pero de repente a Maya le pareció vieja: su cara redonda con exceso de carne, su papada colgando pesadamente, las líneas y arrugas demasiado evidentes en su piel. Era anciana y frágil. Maya quería más que nada que no le doliera. “Entonces estás proyectando tu dolor en mí”.

Debby fue implacable. “¡No lo estoy! No estoy molesta porque mi padre esté muerto. Estoy molesta porque no estás en contacto con la realidad”.

“Oh, Debby, basta”, dijo Maya.

“¡Es cierto! Maldita sea, Betty, tienes que dejar de pensar en ti y en Joe en el mismo pequeño círculo. No estás junto a él. Tú, Joe, no estáis juntos. ¡Nos abandonó a todas hace treinta años y me niego a consagrar su memoria!

“¡Oh, cállate!” dijo Betty. “Se cree muy inteligente, señorita doctora. ¿Qué sabe usted al respecto? ¡No sabes una maldita cosa! Ella atacó con el dorso de su mano, fallando a Debby y accidentalmente golpeando a Maya en la cara.

“¡Ay, eso duele!”

“¡Oh, salgan de aquí las dos!”

“Yo, ¿qué he hecho?” dijo Maya. “¡Te estaba apoyando!”

“Y un diablo lo hacías. Las conozco a ustedes dos, siempre conspirando contra mí. Sé cómo pensáis. Bueno, dejadme deciros esto. Pertenezco a Joe. ¡Soy la madre de sus hijas, par de mocosas, y pertenezco allí! ¡Me engañaron durante treinta años con él, pero no permitiré que nadie me robe eso!

Huyeron a la cocina. Buscando consuelo, encontraron una vieja botella de vino Manischewitz en el armario encima del frigorífico y la abrieron.

“Ella se calmará”, dijo Debby, sirviéndole a Maya un generoso vaso.

Maya tomó el vaso que le entregó Debby y se sentó. “¿Por qué tienes que provocarla así?”

“Sólo quiero que vea, al menos una vez, lo que está haciendo”, dijo Debby, uniéndose a Maya en la mesa. “¿Por qué no podía olvidarlo y casarse de nuevo, como la madre de todos los demás? ¿Qué le pasa?”

“No lo sé, pero no la curarás frotándole la cara. Está envejeciendo, Debby. Tiene casi setenta años. Ella no va a cambiar”.

“Bueno, no iré a ningún homenaje a Joe Greenbaum. No voy a levantarme y pretender ser su querida y obediente hija. O tal vez debería irme. Levantarme y dar un discurso sobre cómo él nunca envió manutención infantil. ¡Hoy en día lo encarcelarían!

Maya sorbió el líquido dulce y empalagoso. “Mira, estás enojada con él. Yo también estoy enojada con él. Pero ¿por qué desquitarse con Betty?”

“Porque ella es una tonta. Una vieja tonta que se engaña a sí misma. Y no lo soporto, Karla”. Los ojos de Debby contenían lágrimas. “¡Ella me vuelve loca!”

Maya se acercó a la mesa para acariciar la mano de Debby. “Ella también me vuelve loca. Pero ella es nuestra madre. Ella no nos abandonó. Tenemos que apoyarla”.

“Bien.” Debby apartó la mano. “Tú la apoyas. Tú eres la que siempre la abandonó antes; yo soy la que tiene que quedarse en casa y vivir en el desastre. Bueno, ya terminé con eso. Me voy ahora y es tu turno de sostenerla si eso es lo que quieres hacer. Pero no puedo soportarlo. Realmente no puedo soportarlo”.

Maya fue con Betty al funeral. Debby se quedó atrás. Betty parecía digna con su traje negro, pero vieja, y todo el consuelo y la atención recayeron en la señora Joe Greenbaum número cuatro, una estudiante de posgrado de veintinueve años que le había sonreído tontamente a través de sus copiosas lágrimas.

“La primera esposa de Joe, qué amable de tu parte venir. ¡Es como si la historia cobrara vida!”

Todos los colegas de Joe habían dicho cosas buenas sobre él, y aunque Maya quedó impresionada y satisfecha al saber el lugar incondicional y honorable que había ocupado entre la intelectualidad de izquierda, y cómo su erudición jurídica

había revisado la opinión aceptada sobre esto y después de eso, se encontró alimentando un dolor en el estómago que, aunque indudablemente psicosomático, todavía dolía muchísimo. Lo peor fue ver a Betty divertirse, en medio de su dolor. Una vez más se vio bañada por la gloria reflejada de Joe.

“Soy parte de su historia”, le murmuró con orgullo a Maya.

Si Debby hubiera estado allí, le habría gritado a Betty que el comentario era un insulto, no un cumplido. Si Maya hubiera sido más joven y optimista, habría animado a Betty diciéndole que era una persona importante por derecho propio, que no necesitaba la gloria de Joe para convertirse en alguien. En lugar de eso, guardó silencio, sonriendo cortésmente a las señoras de Joe Greenbaum número dos, tres y cuatro, dejando que Betty disfrutara de lo que evidentemente experimentó como su hora de triunfo. Maya se fue a casa, Debby voló a Katmandú y caminó hasta Khumbu. Seis meses después, a Betty le diagnosticaron cáncer.

Una luz ardía en la parte trasera de la clínica. Ang llamó a la puerta.

Quizás esta vez nos conectemos, pensó Maya. Ella respiró hondo. Si puedo abrirme a ella como si fuera una montaña, si puedo ser su testigo y su espejo, no su juez, entonces tal vez ella me encuentre. Podemos estar presentes la una para

la otra, hablar, abrazarnos y consolarnos como verdaderas hermanas. Después de todo, ahora ambas somos huérfanas sin madre a quien aferrarnos, sin hijas, sin otra línea femenina que nosotras.

Ella mantendría ese pensamiento. No importa lo que Debby dijera o hiciera, se reservaría su opinión, mantendría la calma y mostraría su amor.

Una sherpani delgada con un delantal de rayas brillantes abrió la puerta. Ella y Ang conversaron rápidamente por un momento, y luego Ang se volvió hacia Maya.

“Lo siento mucho”, dijo. “Tu hermana se ha ido.”

“¿Desaparecida?”

“Hasta ahora no”, dijo. “Espera. Ella trae un mensaje”.

La mujer desapareció dentro de la casa y luego salió con un sobre que le entregó a Maya. Maya lo abrió y leyó:

“Querida Karla, Maya, quiero decir, nunca me acostumbraré a llamarte así. De todos modos, lo siento mucho, pero tengo que ir a solucionar una situación de emergencia a un día de camino de aquí: un posible brote de tifoidea. Es muy serio y no puedo demorarlo. Pero conozco tu horario. Me reuniré contigo en Thami, acamparé contigo esa noche y regresaré contigo a Namche al día siguiente. Lamento que las cosas no hayan

salido bien y no tengamos mucho tiempo juntas, pero ya sabes cómo son las cosas. Espero que estés disfrutando de Khumbu. Con cariño, Debby”.

Debería haberlo sabido, pensó Maya. ¡Maldita sea, de todos modos! Ella no quiere verme. Ella sólo me está evadiendo. ¡Cómo diablos puedo practicar la aceptación de Buda si ella ni siquiera aparece para que la practique!

“¿Malas noticias?” Ang dijo ansiosamente, mirándola a la cara.

Maya suspiró. “Dice que se reunirá con nosotros mañana. Simplemente estoy decepcionada”.

“Sí, muy triste”, coincidió Ang. “Estás deseando ver a tu hermana”.

“Así es”, dijo Maya. Pero en el fondo también sintió un ligero escalofrío de alivio. Quizás mañana no estaría tan cansada. Quizás mañana sería un mejor día para reunirnos, menos conflictivo y más propicio para la conexión.

Forzó una sonrisa para Ang. “Nos reuniremos mañana. Todo irá bien.”

“Ahora volvemos”, dijo Ang. “Cenar. Estás muy cansada, que duermas bien esta noche, que descanses bien. Mañana vamos a Thami, no tan fuerte. Fácil. Entonces conoces a tu hermana”.

Maya agradeció a la mujer que le había entregado la carta de Debby, inclinando la cabeza y diciendo “namaste” mientras Ang le pasaba un par de rupias. Bajaron la colina hacia el campamento.

Mientras se preparaba la cena, Maya caminó hasta el borde del campo donde estaban acampados. Un muro bajo de piedra dominaba la estupa blanca en las afueras del pueblo. Bajo el azul profundo, resplandeciente y saturado del cielo crepuscular, el edificio brillaba suavemente. Se abrió camino sobre las piedras sueltas de la pared, con la intención de sentarse y contemplar el silencio, cuando notó una figura inmóvil ya encaramada en la pared.

Maya reconoció a Pembila y le sonrió. Pembila le devolvió la sonrisa, pero de repente Maya notó lágrimas en las mejillas de la otra mujer.

“Pembila, ¿qué pasa? ¿Estás bien? ¿Puedo ayudar?”

Pembila negó con la cabeza.

“¿No hay nada que pueda hacer?” –Preguntó Maya. Nunca había visto a la mujer sherpani ser más que sonriente, amable, risueña y bromista. Debería dejarla, pensó Maya. Tal vez la estoy humillando, entrometiéndome en sus lágrimas privadas. Pero tal vez necesite consuelo, un hombro sobre el que llorar. ¿Qué debo hacer? ¿La rodeo con mis brazos o me voy?

Insegura, se sentó junto a Pembila y le tomó la mano. Si siento que se retira, pensó, me iré. “Lamento que te sientas triste”, dijo Maya.

Pembila le apretó la mano con fuerza. “Hace un año, mi hija murió”, dijo en voz baja. “Ahora muy triste”.

“Lo siento mucho”, dijo Maya. Ella no sabía cómo ofrecer más. No había consuelo ante tal pérdida. Pero Pembila se aferró a su mano y pareció consolarse con su tranquila presencia. Maya respiró suavemente, como si estuviera sosteniendo algo precioso que un suspiro o un movimiento repentino pudiera perturbar. Se sentaron juntas, dos mujeres afligidas tomadas de la mano, mientras la luz se desvanecía y el cielo se oscurecía.

XXXVI. DICIEMBRE DE 1971

“Y si cierras la boca del cartón de leche de inmediato”, dijo la señora Porter, “las cucarachas no entrarán”.

Maya cumplió, como hacía con todas las órdenes y peticiones de la anciana. Vertió el agua gris de lavar el piso en el inodoro antes de fregar la taza. Mezcló, según las instrucciones, solo una cucharada de lejía en un galón de agua antes de fregar la cortina de la ducha. Hirvió el huevo de la señora Porter durante exactamente dos minutos y medio y lo sirvió en el recipiente adecuado, con la cucharadita adecuada y sólo una pizca de sal.

“La chica que tuve antes que usted siempre tenía que discutir por cada pequeño detalle”, continuó la señora Porter. “No veo que sea mucho pedir, a mi edad, que se

hagan las cosas a mi manera. Si no quieres vivir con cucarachas, debes estar atento a ellas. No puedes tirar la basura en todas partes, como esa gente de abajo. Este edificio está lleno de gente que no vive mejor que los cerdos. Intento decírselo, pero no me escuchan”.

Era una anciana frágil, inquieta y a menudo dolorida por la artritis que le retorció las manos hasta convertirlas en garras y la mantenía confinada a la cama o a la silla de ruedas. Cuando el ascensor funcionaba en el antiguo edificio de ladrillo de la calle 116 Oeste, ella salía todos los días por la tarde, mientras Maya limpiaba. Más a menudo, cuando el ascensor se atascaba o hacía mal tiempo, ella se quedaba dentro y supervisaba. Su cabello era blanco y fino, y sus cejas claras se arqueaban sobre sus grandes ojos azules, dándole a su rostro una expresión de perpetua indignación. Cada tarde, Maya la ayudaba a calentar una cera medicinal especial y a incrustarle las manos y los brazos huesudos. La cera absorbía parte del dolor y más tarde, cuando liberaban sus brazos del capullo, emergían arrugadas y translúcidas como si su piel misma fuera sólo otra especie de capa de cera.

El diminuto apartamento estaba impregnado de un aire de tristeza, soledad y vida restringida. La señora Porter vivía de su pequeño subsidio por discapacidad, que apenas alcanzaba para pagar el alquiler y la comida. Envío a Maya a la tienda con instrucciones precisas sobre qué marca de margarina comprar para ahorrar unos centavos, qué tamaño

de caja de cereal y cuántas zanahorias y patatas. Se compraba fruta fresca una vez por semana. Si Maya cometía un desliz y compraba quizás una o dos manzanas extra porque tenían buena pinta, la señora Porter lloraría de frustración y miedo real.

El Estado le daba veinticinco dólares a la semana para gastar en una asistente, alguien que limpiara, comprara y cocinara para ella. Para ello Maya debía trabajar dos horas al día, de lunes a viernes. No era un gran trabajo, pero le sentaba bien a Maya, o Maggie, como se llamaba a sí misma ahora. No tuvo que presentar pruebas de un diploma de escuela secundaria ni de un número de seguro social. Estaba cuidando el apartamento de un estudiante de posgrado de matemáticas en Columbia que había colocado un aviso en un tablón de anuncios solicitando a alguien que regara sus plantas y alimentara a su gato mientras él estaba lejos arreglando la herencia de su padre recientemente fallecido. Tenía una sala de estar, un dormitorio y una pequeña cocina cubierta de grasa que daba a un conducto de ventilación. Maya había fregado sistemáticamente la cocina tan pronto como el estudiante se fue. A pesar de su rigurosa limpieza, las cucarachas permanecieron.

La señora Porter se sentía sola porque a nadie le gustaba, y a nadie le gustaba porque era vieja, quisquillosa y se quejaba todo el tiempo. Maya se sentía sola porque intentaba mantener la soledad de las montañas en medio de Manhattan y porque estaba esperando. Esperando

convertirse cómodamente en esta nueva persona que era/no era, Margaret Anne Bradley. Esperando el permiso de conducir y el pasaporte, esperando el juicio de Rio, o que el invierno se convierta en primavera, esperando el deshielo en los altos pasos de las montañas.

“Lo que no entiendo”, le dijo un día la señora Porter, “es por qué una joven como usted no hace algo por sí misma. No es que me esté quejando. Es difícil conseguir buena ayuda. Por alguna razón, todas me abandonan. Pero tú deberías estar haciendo algo mejor que esto”.

“Quiero ser escritora”, dijo Maya. “Tal vez algún día tenga éxito”.

En realidad, esta fue otra de sus muchas mentiras. Ella no quería ser escritora; todavía desconfiaba de las palabras, las usaba con avaricia, como si cada una fuera una concesión a fuerzas que lamentaba tener que reconocer. Pero había descubierto, en sus primeros días en Nueva York, que tenía que ser algo para anticiparse a las preguntas. Había venido a Nueva York porque allí iba el primer autobús que salía de la estación Greyhound. Parecía lo suficientemente grande como para desaparecer en él, y la única persona que conocía era su padre, que estaba tomando su año sabático enseñando en Seattle. Ella sólo aspiraba a permanecer anónima. Al parecer, todos los demás en Nueva York querían ser alguien importante: un actor, un artista, un poeta. Maya no podía imaginarse a sí misma como artista; ni siquiera su

madre había percibido nunca el más mínimo signo de talento en sus cuadros. Los actores y bailarines siempre estaban tomando clases y probando papeles. No tenía ni el dinero ni las ganas de hacerlo. Pero los escritores eran criaturas solitarias. El hecho de que no tuviera trabajo que mostrar no era un obstáculo; Nueva York estaba llena de aspirantes a escritores que nunca produjeron nada.

Cuando no estaba trabajando para la señora Porter, Maya deambulaba por las calles, tratando de observar el constante desfile de personas como si fuera un arroyo rugiendo por las laderas de una montaña. Sus años con el Frente al menos le habían enseñado a vivir prácticamente con nada. Para desayunar tomaba yogur. Para el almuerzo y la cena, cocinaba ollas de sopa de frijoles y lentejas. Para ahorrarse los billetes de autobús y metro, caminaba donde podía, desde la parte alta de la ciudad hasta los Cloisters o cruzando el parque hasta el Museo Metropolitano, donde observaba atentamente esculturas antiguas y pinturas medievales, tratando de descubrir lo que los artistas habían sabido. Asistió a conferencias de historia, música y arte en Columbia, las grandes clases con cientos de estudiantes donde podía desaparecer de forma anónima en las últimas filas. “¿Adivina qué, Joe?” Se imaginó escribiendo. “¡Estoy en Columbia después de todo!”

Meditó en Central Park, tratando de convencerse de que su visión permanecía intacta, de que, después de todo, no se había convertido en una especie de fantasma, atrapada en

un inframundo en el que su vida real quedaba suspendida indefinidamente. Hubo momentos en los que se encontró rozando deliberadamente a la gente en la calle, o golpeando a un joven cuando salía de un salón de clases, solo para tocar a alguien por un momento, para saber que ella todavía era real. Se sentía como una ladrona, una ladrona de toques, robando pequeños momentos de contacto.

Los muertos la perseguían. Vislumbraba a Daniel en los hombros encorvados de un hombre caminando por Broadway y recuperaba el aliento hasta que podía ver su rostro convertirse en el de un extraño. O escuchaba el tono de voz de una mujer detrás de ella en la fila para hacer la compra y se daba vuelta, esperando ver el rostro preocupado de Edith. A menudo veía su propio reflejo en una ventana, su rostro demacrado bajo una melena de cabello castaño sin recortar, sus manos agrietadas metidas en los bolsillos del desgastado abrigo de tela con cuello de piel sintética que había comprado en una tienda de segunda mano por cinco dólares, y le venía el pensamiento de que en algún momento de su vida había tomado un rumbo equivocado. Ella podría haber sido una de las estudiantes con las que se sentaba en las clases a las que se colaba. Podría haber estado allí por derecho propio, sacando buenas notas, usando guantes de cuero, botas elegantes y un abrigo de invierno a la moda. Su amante podría haber sido delgado y confiado, un esquiador que la llevaría los fines de semana a las pistas, un erudito que discutiría con ella puntos de la

historia medieval mientras tomaban un capuchino humeante, un artista que organizaría fiestas salvajes y elegantes en su loft... cualquiera, cualquier cosa, excepto un hombre en una prisión que podría haber estado mejor con los muertos liberados por el fuego. Sí, la idea de Rio encerrado la perseguía más que los fantasmas de Edith y Daniel. Ella no podía hacer nada por él; ni siquiera podía escribirle sin ponerse en peligro. Así que esperó, intentando, como meditación, como disciplina espiritual, sacarlo de su mente.

A medida que diciembre se acercaba a la Navidad, las multitudes se hacían más densas, más ruidosas y más alegres. Maya sintió su soledad con mayor intensidad, al igual que la señora Porter, que empezó a quejarse incesantemente de que nadie la había invitado a la cena de Navidad.

“Una pensaría que en la iglesia habría alguien”, dijo, “o uno de los vecinos. Pero hoy en día la gente es egoísta. No piensan en nadie más. Gira esa escoba hacia el otro lado. Si la cambias de vez en cuando, se desgasta más uniformemente”.

Sin embargo, el día de Nochebuena parecía más alegre. “Mi vecina Sylvia, de arriba, me invitó a cenar”, dijo. “¿No es lindo? Pero tengo un favor que pedirte. No quiero interferir con tu día, pero ¿estarías dispuesta a pasar si el ascensor no

funciona y ayudarme con el novio de Sylvia a subir las escaleras? Es sólo un momento”.

“Claro”, dijo Maya. En realidad, no tenía planes para el día, excepto ir a comer calamares a uno de los restaurantes cubano-chinos locales con los pocos dólares que había ahorrado. La idea de cenar sola en un restaurante no era muy atractiva, pero la idea de un plato de sopa de lentejas en su apartamento vacío era aún peor.

El ascensor, como siempre, no funcionaba. Al mediodía, Maya llegó y ayudó a Eric, un hombre robusto de unos sesenta años, a subir las escaleras con la señora Porter y su silla. Los condujeron a un apartamento tan pequeño como el de abajo, pero completamente invadido por libros. Estantes cubrían todas las paredes, y montones de ellos estaban apilados sobre sillas y debajo de las mesas. La habitación olía a polvo y a algo más picante, como a incienso, junto con el rico olor a carne del pavo asado.

Sylvia resultó ser una mujer de cabello plateado y gran estatura, también de unos sesenta años, con una cara alargada, ojos grises inteligentes y una sonrisa ligeramente irónica. Su cabello blanco estaba recogido en trenzas que rodeaban su cabeza como una corona. Habló con acento británico, dándoles la bienvenida e invitando a Maya a tomar ponche de huevo.

“Debería irme”, dijo Maya, pero la bebida parecía tan atractiva, espumosa y espesa en un gran ponche de cristal, que se dejó convencer de probar una taza. El ponche de huevo era dulce, rico y ligeramente embriagador, como todo lo que Maya echaba de menos en la vida.

“¿Puedes quedarte a comer pavo?” –Preguntó Silvia. “Hay mucho y estaremos encantados de tenerte”.

Quería decir que no, porque quería tener un lugar mejor adonde ir que aquella habitación estrecha llena de gente mayor. En su mente se imaginaba una habitación con techos altos y molduras ornamentadas donde personas delgadas vestidas a la moda bebían champán. Y allí habría alguien, un hombre como ella, algo fuera de lugar y vestido de forma extraña, pero más real con sus Levi's que todos los demás con sus trajes a medida. Él la miraría a los ojos, le tomaría la mano y le diría: “Salgamos de aquí, tú y yo. Alejémonos de estos farsantes. Quiero conocerte, quiero hacerte el amor, quiero que pasemos el resto de nuestras vidas juntos...”

¡Para! Se dijo a sí misma con firmeza, porque el hombre en su imaginación se parecía cada vez más a Rio. De repente ella sintió su pérdida, como un agujero en su corazón. ¿Dónde estaba hoy? ¿Servían pavo en Navidad en prisión? Probablemente, entonces ¿por qué diablos no debería comer algo? Francamente, tenía hambre. Por el momento había perdido su montaña, la paz, la calma de las aguas

tranquilas. Entonces, atrapada entre los antojos del cuerpo y los impulsos del orgullo, ¿por qué no comer?

“Me encantaría unirme a ustedes”, dijo Maya, y se mostró servicial, limpiando lugares para sentarse entre los libros con títulos fascinantes. *La Diosa Blanca, Las Enseñanzas Secretas de Todas las Edades, Madres y Amazonas, La Clave Mayor de Salomón, Tarot Revelado*. Evidentemente, los gustos de Sylvia se inclinaban hacia lo ocultista. Se sentaron a deleitarse con pavo, relleno y batatas, mientras la señora Porter seguía quejándose sobre el portero del edificio, que nunca arreglaba nada, y Eric le guiñaba un ojo a Maya mientras tallaba.

“Háblanos de ti, Maggie”, dijo Sylvia de manera algo abrupta, cuando la señora Porter estaba a punto de lanzar un nuevo ataque contra los vecinos de abajo.

“No hay mucho que contar”, dijo Maya. “Trabajo para la señora Porter. Soy nueva en la ciudad”.

“Maggie es escritora”, dijo la señora Porter. “Algún día será famosa”.

“¡Escritora!” Sylvia y Eric intercambiaron miradas. “Ahora, si eso no es sincronicidad en el trabajo. Le estaba diciendo a Eric que lo que necesito es un escritor que colabore conmigo. Y aquí está ella. ¿Buscas empleo?”

“Uh, bueno, no estoy segura de ser una buena escritora. Todavía. Quiero decir, estoy empezando. Aprendiendo”, dijo Maya torpemente.

Sylvia la miró, los ojos de la mujer mayor ligeramente desenfocados, como si estuviera viendo algo más allá de la presencia física de Maya. “Tengo una intuición sobre esto”, dijo. “Sentí algo tan pronto como entraste por la puerta. Podría estar equivocada, pero sospecho que debemos hacer algo juntas. De todos modos, estoy segura de que eres una muy buena escritora. Siempre puedes detectar a los malos: memorizan sus propios poemas y los recitan en cualquier oportunidad. En serio, necesito alguien con quien colaborar y también puedo pagarte. Cuatro, tal vez cinco dólares la hora”.

Cuatro dólares la hora podrían significar lujos inauditos: manzanas frescas todos los días. Huevos. Guantes de lana. Tickets de metro hasta el Village. ¿Pero tenía derecho a engañar a esta mujer que la alimentaba y la acogía con tanta amabilidad? Por otro lado, tal vez ella podría hacer el trabajo, fuera cual fuera. Había sido buena escribiendo en la escuela secundaria. ¿No le había predicho Frank Harvey una carrera? ¿Fotocopiar sus ensayos? ¿No había escrito todos esos artículos para el periódico clandestino de Tony?

“Dime lo que quieres”, dijo Maya.

Nuevamente Sylvia y Eric intercambiaron miradas. “Son sólo algunas... memorias que estoy tratando de poner en orden”, dijo Sylvia. “Pero hablaremos después de cenar. No deberíamos estropear una comida con negocios”.

En cambio, Eric contó historias divertidas sobre sus experiencias conduciendo un taxi en la ciudad y hablaron de política. La guerra en Vietnam avanzaba a pasos agigantados y tal vez incluso estaba llegando a su fin. Maya no podía sentir ninguna sensación de triunfo personal. Parecía estar terminando a pesar de sus esfuerzos, más que a causa de ellos.

Después de la cena, después de que la señora Porter comenzara a quedarse dormida y la llevaran escaleras abajo, los otros tres se sentaron a hablar.

“Este es un proyecto confidencial”, dijo Sylvia. “Se requiere alguien discreto. ¿Puede guardar un secreto?”

“Eso puedo hacerlo”, dijo Maya.

“En lo que estoy trabajando es en un libro de rituales. Eric y yo practicamos la Antigua Religión”.

“¿Qué antigua religión?”

“La que se remonta a antes del cristianismo. Paganismo, se la podría llamar. Adoramos a la Diosa”.

“¿Qué diosa?”

“Aquella que es nacimiento, crecimiento, muerte y regeneración”.

Las palabras se asentaron en la habitación y hormiguearon en la nuca de Maya. Le zumbaron los oídos. Había algo aquí para ella.

“No sé nada sobre ella”, dijo Maya. “Pero estaría dispuesta a aprender”.

La cargaron con libros y sobras de pavo y la enviaron a casa a leer. Se sintió agradecida; la comida la mantendría durante días y los libros aliviarían su soledad. Y así pasó la noche de Navidad leyendo vorazmente en su apartamento. Hacía mucho tiempo que no leía mucho. Durante todos los años con el Frente, había sentido que sólo podía justificar no leer a Marx si no leía mucho de nada. Pero allí, sola en la ciudad, había repasado el alijo de misterios y ciencia ficción del apartamento del matemático, sintiendo todo el tiempo como si estuviera volviendo a consumir una droga, algo que la alejara de sí misma.

Ahora, sin embargo, estaba lista para leer de manera diferente, para asimilar nuevas ideas, para absorber información. Viviendo en un lugar donde la mente gobernaba el cuerpo, donde la naturaleza era la abstracción y el pensamiento humano era lo real, aprendería a moverse

una vez más en el reino del pensamiento. Ella había sido buena en eso una vez; ella podría ser buena en eso todavía.

Leyó el primer libro, algo escrito por un hombre llamado Gerald Gardner llamado *Witchcraft Today* (La brujería hoy), que se había publicado a principios de los años cincuenta. Afirmó haber descubierto, en New Forest, en el sur de Inglaterra, un grupo que practicaba una antigua tradición que se remontaba a antes de la conquista normanda. Su tipo de brujería no era la adoración al diablo, como la iglesia intentaba pintarla, sino la adoración a la naturaleza y el entrenamiento de la mente y la intuición. A medida que Maya leía, se emocionaba cada vez más. Durante años, se había llamado a sí misma Bruja sin saber realmente lo que significaba la palabra. Había leído cartas del Tarot y hecho amuletos de protección para Rio, pero ahora empezaba a verse a sí misma como parte de una larga tradición tan rica en dimensiones como cualquier otro sistema. La Antigua Religión, según los libros, era el conocimiento antiguo que celebraba la vida y sus ciclos de renovación. A través de siglos de persecución, las enseñanzas secretas habían sobrevivido. Reconoció que eso era un mito, pero quería creerlo. Pudiera verificarse o no la historia, las enseñanzas parecían verdaderas. Le dieron nombres a las experiencias mudas que había tenido en la montaña.

Ella siempre había sido cautelosa con las descripciones. Había luchado con todas sus fuerzas para acabar con las palabras, para dejar de lado los marcos que disminuían lo

que era real. Pero ahora empezó a sentir la necesidad de algún recipiente en el que verter el poder que había evocado. Sin una manera de sostenerlas y transportarlas, las visiones se disolvían y su poder se desvanecía. ¿Podrían usarse las palabras no como una caja para confinar lo que era real sino como un caldero en el que la experiencia podría hervir y hervir a fuego lento?

Ella siguió leyendo. La Diosa Blanca fue más difícil, debido al molesto hábito de Robert Graves de hacer referencias a cosas que no sabía y a libros que no había leído. Si hubiera seguido en la escuela, si hubiera ido a la universidad como su madre quería, tal vez hubiera sabido quiénes eran los carios y los mosinoequianos, pero no lo sabía. Aún así, había ideas, nombres, imágenes que resonaban en su interior con el sonido del agua cayendo sobre el granito en el silencio de las montañas. Ella había creado sus propios nombres para los poderes, pero tal vez no fuera la única que alguna vez se había encontrado con el Vidente, el Cantante o la Segadora.

“No sé si realmente te seré de mucha ayuda”, le dijo Maya a Sylvia cuando le devolvió los libros. Estaban sentados en una mesa redonda de madera junto a la única ventana del salón que daba sol, bebiendo té, al estilo inglés, con un chorrito de leche, otro pequeño lujo para Maya. El ascetismo de la pobreza, paradójicamente, la estaba haciendo rica. El mundo estaba ahora lleno de pequeños caprichos alcanzables. “Nunca fui a la universidad. No sé si realmente puedo escribir”.

“Bueno, intentémoslo y ya veremos”, dijo Sylvia. “No te preocupes. Si no funciona, te lo diré”.

“Me gustaría intentarlo de todos modos. Más que eso, Silvia. Leí esos libros, o al menos los comencé. Son fascinantes. Quiero aprender más. Quiero capacitarme. Nunca supe que esto existía, pero, curiosamente, creo que soy una bruja”.

“Es muy probable”, dijo Sylvia. “Tienes ese aspecto”.

“¿La mirada?”

“Algo sobre el rostro... y el aura. Ese es el cuerpo energético que rodea tu cuerpo físico. Veo un pentáculo⁴² en el tuyo. Así reconocí que eras una de nosotros”.

“¿Un pentáculo?”

“El signo de la Diosa, los cuatro elementos sagrados, más el quinto, que es espíritu y los gobierna a todos, en el círculo de la luna llena. Veo agua azul y árboles verdes. ¿Una montaña?”

“Pasé el verano en la montaña”. Maya se encontró contándole a Sylvia cosas que nunca había compartido con nadie, ni siquiera con Johanna. Cómo el silencio había

42 Un pentáculo es una placa grabada con símbolos mágicos que alguna gente cree que funciona como un amuleto contra enfermedades provocadas por malas influencias astrales.

parecido provocar un silencio más profundo dentro de ella, hasta que en el centro del espacio silencioso comenzó a escuchar voces que no eran tanto palabras o sonidos sino una sensación de presencia y conocimiento. La montaña parecía estar muy lejos de este apartamento estrecho y sofocante con sirenas afuera en las calles, bocinas sonando y voces fuertes gritándose unas a otras, sin embargo, la intensidad de los ojos velados de Sylvia mientras escuchaba era un vínculo entre los mundos.

“Bueno, lo has hecho muy bien por tu cuenta”, dijo finalmente, cuando Maya hubo terminado. “Has establecido tus contactos, como decimos. Generalmente es un trabajo muy avanzado. Debes tener algunas vidas pasadas como sacerdotisa. Más tarde aprenderás a recordarlas. Pero deberías estar capacitada. Es como el ballet, en cierto modo. No puedes simplemente hacer saltos elegantes sin el trabajo básico con la barra, o terminarás con el equivalente psíquico de los ligamentos tensos. Y realmente, esto funcionará perfectamente, porque lo que quiero escribir es una especie de manual básico de entrenamiento psíquico. Podemos formular cada ejercicio a medida que avanzas en él. ¿Cuándo empezamos?”

“¿Hoy, después de que termine con la señora Porter?”

“Cierto—oh.”

“Pero no quiero que me pagues”, dijo Maya. Había luchado profundamente con su conciencia y, después de un suspiro por las posibilidades perdidas de los huevos, la mantequilla, los panecillos y el queso, había encontrado los términos en los que podía vivir con sus propias mentiras. “Será un intercambio. Mi ayuda por tu entrenamiento.”

Sylvia la miró fijamente durante un largo rato y finalmente asintió. “Me parece bien.”

Los días de Maya siguieron un nuevo patrón. Ahora iba a ver a la señora Porter por las mañanas y pasaba las tardes con Sylvia, practicando meditaciones y ejercicios y luego buscando las mejores palabras para transmitir sus efectos sobre el papel. Aprendió la respiración desde abajo en su diafragma que traía relajación y abría los centros psíquicos. Aprendió cómo conectarse a tierra, cómo establecer su contacto con ella, enviando raíces de energía hacia abajo, a través del concreto y el asfalto y los sistemas subterráneos de metros y tuberías de alcantarillado para encontrar energías terrestres. Aprendió sobre los elementos tierra, aire, agua y fuego, cómo hacer contacto con cada uno de ellos, cómo invocar sus energías particulares y sus poderes protectores.

Durante muchos años se había negado a someterse a cualquier tipo de instrucción formal. A veces la disciplina la irritaba. Déjame en paz, quería decir, déjame experimentar por mi cuenta, no lo definas por mí. Pero siguió adelante,

sobre todo porque disfrutaba de la compañía de Sylvia, la presencia tranquila, de buen humor y sensata que hacía soportable la jerga ocultista.

“Las palabras”, diría Sylvia, “son sólo una conveniencia, como la moneda, que nos permite intercambiar indicios de lo Sin Palabras de un lado a otro. Recuerda siempre que los verdaderos misterios no se pueden contar. No porque tengamos prohibido decirlos, sino porque no se pueden expresar con palabras”.

Sylvia le dio el almuerzo, a pesar de las protestas de Maya, y le sirvió té al final de cada sesión de trabajo. Mientras tomaban sándwiches y galletas, contaba historias de islas mágicas de mujeres donde alguna vez fueron entrenadas las antiguas sacerdotisas, de círculos llamados aquelarres que se reunían para aumentar el poder para hacer retroceder las invasiones de Hitler, de profecías sobre el regreso de las viejas costumbres. Su tradición, dijo, venía de Escocia, de la antigua raza indígena de los pequeños pueblos a los que llamaban Faeries⁴³, que no eran cosas coquetas con alas sino un grupo real, aunque de tamaño pequeño, de tribus: los

43 Un hada es un espíritu fantástico humanoide. Según la tradición son espíritus protectores de la naturaleza, pertenecientes a la misma familia de los elfos, gnomos y duendes. En la actualidad suelen representarse con forma de mujer con alas brillantes.

pictos⁴⁴, duendes, conocidos por su magia y su forma matriarcal de organización. Ella habló de la elevación de las piedras verticales, cantadas con música. Y contó historias de los tiempos de las llamas, los tiempos de persecución, cuando aquellos que eran acusados de brujería eran violados y torturados espantosamente y luego quemados vivos, y el Arte mismo pasó a la clandestinidad.

“Con el tiempo conocerás a algunos de los demás”, dijo Sylvia. “Y cuando lo hagas, recuerda que la primera regla de etiqueta es nunca identificar a otra persona como una bruja. Nunca interrogues a nadie, como dicen ustedes los americanos. Déjales que se identifiquen”.

La discusión contribuyó a la creciente inquietud y sentimiento de culpa de Maya por sus propios secretos. ¿Cuánto sabía Sylvia? se preguntó, mientras la mujer mayor le enseñaba a leer las energías sutiles del cuerpo, primero con las yemas de los dedos, luego para verlas con los ojos como luces frías y parpadeantes y colores de matices indescritibles. ¿Qué podía leer de la vida de Maya, cuando juntas podían viajar en el tiempo a las vidas paralelas que Sylvia insistía que no eran tanto pasadas sino omnipresentes, ya que todo el tiempo existía como uno? Ese pensamiento

44 Los pictos eran una confederación de tribus celtas que habitaban el norte y centro de Escocia, al norte de los ríos Forth y Clyde, desde al menos los tiempos del Imperio romano hasta el siglo X.

no agradó a Maya, quien prefirió dar por cerrados ciertos capítulos de su pasado.

Por ello, Maya comenzó, en sus noches libres, a asistir a lecturas y asistir a talleres de poesía. Al menos, pensó, puedo aprender lo que otras personas creen que es escribir bien.

Lo que otras personas pensaban que era buena escritura resultó ser oscuro para Maya. Los poemas que recibieron elogios fueron pastiches de imágenes que nunca llegaron a fusionarse en un significado que ella pudiera identificar. Se sentó atrás, con sus vaqueros raídos y sus suéteres de segunda mano, sintiéndose intimidada.

Una noche se encontró hablando con una mujer que había leído un poema que a Maya le gustaba porque era claro y vívido y hablaba de un tema que conocía bien: la ruptura del amor. La lectora la invitó a unirse a un grupo de mujeres escritoras que se estaba formando.

Ella fue a la primera reunión porque estaba a una manzana de donde se hospedaba y se sentía especialmente sola esa noche. Estaban seleccionando al jurado para el juicio de Rio y los periódicos estaban llenos de la historia. Había visto las noticias de la noche, había visto su foto con el rostro demacrado y magullado y los ojos atormentados. No había nada que ella pudiera hacer por él, ni siquiera tenía manera de establecer contacto excepto, tal vez, por las rutas etéricas

que Sylvia le estaba enseñando. Tal vez él pudiera sentir su preocupación; tal vez no. Apagó la televisión y salió.

Ya había seis mujeres reunidas en la sala del apartamento cuando llegó Maya. Inmediatamente se sintió fuera de lugar. Probablemente ninguna de ellas era rica, pero todas vestían pantalones hechos a medida o jeans lo suficientemente usados para estar a la moda, botas altas de cuero suave y suéteres tejidos a mano con algodón o lana real, no cubiertos con pequeñas bolitas de pelusa acrílica, como el de ella. Estaban charlando sobre las becas que habían solicitado y sus horarios de enseñanza para el trimestre y con quién contactar en *Mistress Magazine*. Maya se sirvió en silencio un plato de queso y galletas saladas, tratando de no parecer obviamente hambrienta y preguntándose si ya era demasiado tarde para escabullirse.

“Empecemos”, dijo Christina, la mujer que había invitado a Maya. Para horror de Maya, se dio cuenta de que antes de que las mujeres comenzaran a leer su trabajo, tenían la intención de hacer un círculo y darle a cada mujer la oportunidad de hablar sobre su vida. Lo último de lo que quería hablar en el mundo era de su vida. En realidad, habría preferido discutir la teoría del valor trabajo.

Se obligó a escuchar a las otras mujeres mientras hablaban. Todas parecían ser estudiantes de posgrado, profesoras o editoras asistentes de editoriales. Sus problemas parecían muy racionales, cuerdas y respetables:

cómo lograr que se tomara en serio su trabajo, cómo vencer las probabilidades en contra de las mujeres y conseguir un ascenso, cómo disciplinarse para trabajar. ¿Y qué podría decir ella? Soy la criada de una vieja malhumorada y ahora estoy molesta porque mi amante, mi ex amante, debería decir, va a ser enviado a prisión por mucho, mucho tiempo y lo extraño terriblemente a pesar de que odio su maldito visceralismo. Esa era la verdad, y podía sentir lágrimas en sus ojos, lo cual luchó por contener, porque no iba a llorar allí, no iba a gotear sus lágrimas saladas en las botas de gamuza de estas mujeres y luego tener que mentir sobre por qué ella estaba llorando. A fin de cuentas, era una mala mentirosa. Ella, heroína del underground no era adecuada para este papel. Debería haber escuchado a Johanna, haber terminado la escuela secundaria, haber ido a la universidad en Columbia y casarse con alguien como podría haber sido Daniel. Entonces nunca se habría mezclado con Rio y pertenecería a esta habitación con estas mujeres, y sus propios problemas también serían agradables y controlables.

Cuando llegó su turno, decidió contarles toda la verdad que pudo.

“Soy nueva en Nueva York”, dijo. “No conozco mucha gente aquí. No soy estudiante ni nada por el estilo. Supongo que ahora lo principal en mi vida es aprender sobre la Diosa”.

Para su sorpresa, esto provocó un coro de preguntas que intentó responder. Les dijo que antes de que triunfaran las religiones basadas en libros, dioses y poder masculino, hubo un tiempo en que las mujeres tenían poder y respeto, cuando la gente adoraba a una Diosa del nacimiento, el crecimiento y la vida.

“¿Pero cuál es la evidencia de ello?” –Preguntó Cristina.

“Oh, no me importan las pruebas”, dijo una mujer delgada y pelirroja que tejía tapices. “Quiero creerlo. Todas queremos creerlo: que alguna vez hubo algo diferente. Dime los símbolos de la Diosa, quiero tejer algo”.

“Ella es la Tejedora, en uno de sus aspectos”, dijo Maya. “Ella es tierra, aire, fuego, agua y las tres fases de la luna. Ella es el árbol sagrado y el gato y el pájaro, la flor de cinco pétalos y el paso del tiempo. Ella es la piedra y la estrella y los capullos que se abren en hojas que cambian de color y caen de los árboles para regresar a la tierra y fertilizarla”.

Algo empezó a suceder mientras ella hablaba. Dejó de sentirse como la pobre cerillera y comenzó a sentir el poder corriendo a través de ella una vez más, como si al pronunciar las palabras luna, piedra, estrella, invocara a alguien: el Cantante, que bailaba en su lengua hacia el centro de la luz de la habitación, riendo.

“¿Y cómo te estás enterando de esto?” preguntó Carol, la pequeña mujer de cabello oscuro que trabajaba en *Doubleday*.

Les habló de Sylvia y entonces se emocionaron mucho.

“¿Crees que ella vendría aquí? ¿Nos enseñaría? ¿Nos hablaría?

“No lo sé”, dijo Maya. “Puedo preguntarle”.

Después salieron a comer a uno de los restaurantes oscuros y de moda que habían surgido en el barrio. Maya pidió té, que tomó mientras las demás comían ensaladas, linguini y espaguetis con salsa de almejas. “No tengo hambre”, afirmó. Era otra mentira.

“¿Realmente no tienes hambre o simplemente estás arruinada?” –Preguntó Carol. “Porque tengo mucho dinero en efectivo. Puedo prestarte un poco”.

“No tengo hambre”, repitió Maya obstinadamente. Le llevaría semanas devolver los cinco o diez dólares que le costaría la comida, y decidió no volver a salir con esas mujeres nunca más. Sin embargo, allí estaba, en Nueva York, y si bien la montaña le había enseñado algo sobre el silencio, las lecciones de la ciudad parecían tener algo que ver con la conversación. Quizás ella también necesitaba aprender eso.

“Connolly se declara culpable”, proclamaban los titulares de la mañana. Gastó un precioso centavo en comprar un periódico de camino al trabajo, pero no tuvo oportunidad de leer el artículo hasta que terminó con la señora Porter y subió al departamento de Sylvia para almorzar. Extendió el papel sobre la mesa. No habría juicio. Se había declarado culpable de todos los cargos, desde posesión ilegal de armas de fuego hasta asesinato en segundo grado. La sentencia estaba prevista para la semana siguiente. Rio no había hecho ninguna declaración al juez ni a la prensa. La foto mostraba sus manos cubriéndose el rostro. Detrás de sus dedos, Maya pensó que podía discernir su desolación. Más que nada, quería llorar. Pero Sylvia la estaba mirando fijamente.

“¿Qué hay de fascinante en el periódico?”, preguntó ella.

Maya suspiró. ¿Cuánto tiempo, se preguntó, podría seguir mintiéndole a esta mujer que podía leer imágenes en su campo energético y descubrir sus vidas pasadas? ¿Qué le hizo pensar que podía ocultar esta vida?

“¿Que sucede cariño?”

Maya comenzó a llorar. La anciana se sentó y la rodeó con sus brazos. Maya podía oler el incienso adherido a su ropa. El olor la envolvió y, sin embargo, también pareció asfixiarla. Anhelaba el viento fresco y limpio del océano o el viento seco que soplaba sobre las crestas de granito de los pasos altos, el tacto reconfortante de Johanna o incluso los brazos

protectores de su propia madre, que probablemente ya la odiaba. Estaba llorando por el Rio que la había acompañado en la plataforma rocosa de la costa, con los brazos extendidos e inclinados hacia el viento. Había algo bueno en él que no debería haberse desperdiciado. Debería haber tenido que luchar una guerra justa o una revolución real. Ella debería haber podido salvarlo.

“¿Qué ocurre?”, volvió a preguntar Sylvia.

“Soy una mentirosa”, dijo Maya finalmente. “No soy quien crees que soy. Mi nombre no es Maggie Bradley, es Maya Greenbaum. Y ese hombre”, señaló el periódico, “es mi amante. Lo era.”

“Dios mío”, dijo Sylvia. “Sabía que habías estado sentada sobre algo, pero esto no es un trato justo”.

“¿Me odias?”

“No seas ridícula. Pero ahora tengo una curiosidad tremenda por escuchar la historia”.

Maya le contó todo.

“¿Lo amas?” Sylvia preguntó cuando terminó.

“Supongo que sigo intentando no hacerlo”.

“Nunca intentes no amar. La Diosa es amor, incluso del tipo que te arranca el corazón. Quizás especialmente de ese tipo –añadió pensativamente. “Siempre tiene algo que enseñarnos”.

“Bueno, me gustaría saber lo que se supone que debo aprender de esto”.

“Vaya, es obvio. Te trajo a la montaña y te trajo aquí”.

“¿Y Rio? ¿Él también tiene algo que aprender? Preguntó Maya, mirando la foto granulada del periódico, todo lo que jamás tendría de él.

“La Diosa es la gran maestra, pero sus métodos de enseñanza a veces dejan mucho que desear en términos humanos. Su escala de medida es muy diferente a la nuestra. Ella piensa en eones, milenios. Unos años no son nada para ella. Pero sean cuales sean las lecciones que tenga, las aprenderá o no. No puedes hacerlo por él”.

“¿Y los muertos? ¿Qué aprenden?

“No lo sabemos”.

“Ellos también eran amigos míos”, dijo Maya. “Daniel fue mi amante, una o dos veces”.

“¿Has llorado por ellos? ¿Has hecho las paces con ellos?

“He estado demasiado ocupada simplemente sobreviviendo”.

“Hablaemos con ellos cuando la luna esté oscura”.

Al oscurecer la luna, el tribunal concedió a Rio veinticinco años de encierro. Maya caminó por Broadway, repitiéndolo para sí misma como un mantra. Veinticinco a cadena perpetua. Veinticinco más veintidós: ella tendría cuarenta y siete años cuando él saliera, y él casi cincuenta. Cincuenta. Parecería como si hubiera pasado toda una vida, pero luego había vidas por las que pagar: la guardia de seguridad que había mantenido sola a tres niños, la estridente Edith y el brillante Daniel y el vagabundo desconocido de las escaleras, desaparecido, muerto y carbonizado. Encendió velas para ellos, habló con sus espíritus o al menos dijo palabras al aire. No estaba segura de cuál. Miren, espíritus, si tuve algo que ver con su muerte, cualquier cosa que hiciera o no hiciera, lo siento. Querido Daniel, si te he decepcionado al sobrevivir, si he sido menos de lo que esperabas o he dado menos de lo que los tiempos exigían, perdóname. No sintió mucha respuesta, a pesar de que estaba empezando a ver a los vivos como luces, globos de color que bailaban y jugaban en patrones e imágenes que le contaban historias. Pero estos muertos permanecieron silenciosos, fríos. Podía sentir más fácilmente a Rio, o imaginar que lo sentía a él, retraído y miserable. Una vida. Parecía mucho, mucho tiempo.

A Sylvia le cautivó la idea de asistir al grupo de mujeres y fue con Maya la semana siguiente. Llevó una de sus meditaciones para leerla en voz alta y Maya, sintiendo que sólo había una forma de redimir su falsa posición, había escrito un poema para compartir. Quizás fuera un poema imprudente leerlo en voz alta, ya que trataba sobre Rio, pero la escritura había aliviado sus sentimientos de una manera sorprendente, y cuando lo leyó, los demás elogiaron su poder emocional sin comprender del todo la naturaleza literal del poema, las imágenes.

Un verano de inmersiones
diariamente en agua clara de manantial
no puedo quitar el hedor
de alcohol, orina y sangre.

Le disparaste al reloj
como práctica de tiro
Rompiste todos los espejos de la casa.
con tus manos desnudas

Gritos

¡Mata las imágenes!
¡Aplasta el espectáculo!
Todo estalló accidentalmente,
ya que las cosas estallan

Las bajas no fueron planeadas.
Los asesinatos, sí,
pero no premeditados.

“Podría salir en diez o quince años”, le aseguró Eric. La idea era un pequeño consuelo. Diez o quince años todavía era mucho, mucho tiempo. Estaban limpiando el dormitorio trasero de Sylvia para que Maya pudiera mudarse. El estudiante de matemáticas no regresaba y Sylvia le había ofrecido un lugar donde quedarse. El libro estaba progresando muy bien. Cada semana probaron una nueva meditación en el grupo de mujeres. Carol conocía a un editor que podría estar interesado en el manuscrito. Habían enviado un esquema y un capítulo de muestra. Maya descubrió, para su sorpresa, que se había creado una vida.

Su habitación era pequeña, pero tenía una ventana que se abría y daba a la calle. Un único colchón ocupaba la mayor parte del espacio. Cubrió las paredes con poemas y postales de sus cuadros favoritos y de lugares lejanos, lugares en los que le gustaría estar. Leía cartas del Tarot a personas que conoció a través de su grupo de mujeres, lo que aumentaba su dinero. Estaba reservando para el momento en el que volvería a avanzar, de regreso a la montaña, a través de

alguna frontera. Mientras tanto, por la mañana le preparaba té a Sylvia y le llevaba el desayuno a la cama, porque le gustaba mimar a la mujer mayor. Limpió la casa de la señora Porter. Escribió.

“No soy infeliz”, le escribió a Johanna en una carta que temía enviar. Aunque te extraño, te extraño desde hace años, desde que tuvimos esa pelea en la costa, y antes. Es curioso cómo nuestros momentos de conexión siempre han sido mucho más breves que nuestras separaciones y, sin embargo, de alguna manera tú eres una parte de mí de la que nunca estoy sin ella, mi hermana, mi espejo, mi amor. Y lo extraño, Diosa, ayúdame. Quizás no tanto a él—quien—era, sino la promesa de dulzura que nunca se cumplió. Eso es lo que más duele. No puedo dejar ir lo que nunca tuve.

De todos modos, estoy aprendiendo algo sobre forma, estructura y disciplina. Ya era hora, supongo que se podría decir. Quería creer que la pureza de la visión era suficiente. Pero incluso decir eso le da forma a algo que por su propia naturaleza no tiene forma, y por eso se convierte en una mentira. No sé. Tal vez hayas tenido razón todo el tiempo, en que no podemos vivir estas cosas en su pureza en este mundo, ni hablar de ellas en inglés. ¿Existe un lenguaje que realmente pueda describir los misterios?

Sylvia dice que todos compartimos lo que ella llama la mente grupal. Y para cambiar esa mente, lo que aportas no debe ser muy diferente de lo que la mente ya cree, o

simplemente será rechazado. Pero si te unes a la mente del grupo y la mueves un poco en una dirección, y luego un poco más, y un poco más, puedes llevarla a cualquier parte. Es como guiar un grupo de Girl Scouts por el bosque. Si quieres que te sigan, sólo puedes estar un poco más adelante o perderán de vista dónde estás. Pero el peligro, por supuesto, es que cuanto más cerca estás de ellos, más empiezas a caminar, hablar y pensar como ellos, y puedes olvidar fácilmente hacia dónde vas.

No sé. Nunca quise liderar a nadie ni que nadie me siguiera. Sólo quería vivir algo. Y ahora siento que estoy caminando por un camino, pero no sé mi propio destino.

Terminaron el manuscrito el primero de abril.

“Un día auspicioso”, dijo Sylvia.

“Ojalá.”

“Día de los Inocentes'. El Loco es el Embaucador, ya sabes, simplemente otro aspecto de Dios”.

Eric trajo una botella de champán y brindaron. “A la estrella en la rueda”, dijo. “Al igual que el pentagrama dentro del círculo, que le da nombre, que traiga abundancia, bendiciones y protección”.

“Bendito sea”, respondieron Maya y Sylvia.

Al día siguiente, Maya, agradecida por fin por la práctica de mecanografía que había adquirido en los trabajos de oficina que odiaba, se sentó a mecanografiar el manuscrito terminado. Después de una semana de trabajo sólido, terminó. Cuando le entregó el original a Sylvia junto con las copias que había hecho en la tienda de la calle, ambas sintieron el final de algo. A mediados de abril, se recordó Maya, todavía era invierno en las altas montañas. Pero había otras montañas, costas y desiertos florecientes. Nueva York había empezado a sentirse como una prisión.

“No pusiste tu nombre en él”, dijo Sylvia, mirando la página del título.

“No puedo usar mi nombre real y no quiero ponerle un alias”, dijo Maya. “No sería buena magia”.

“Sin embargo, no es justo”, dijo Sylvia. “Deberías recibir crédito por tu trabajo”.

“Es tu trabajo”, dijo Maya. “Tus ideas, tus conocimientos, tus ejercicios”.

“Pero tu lenguaje y tus imágenes aportan mucho. De verdad, Maya, está muy bien escrito. Y no me siento honesta al hacer pasar tu trabajo como mío. ¿Por qué no usas un seudónimo? Ésa es una antigua y excelente tradición”.

Maya negó con la cabeza. “Ya tengo demasiados nombres. Apenas puedo seguirles la pista tal como están las cosas. Curiosamente, se siente bien ser un escritor en negro. Ésa también es una antigua y excelente tradición”.

Sylvia dijo que le pediría a uno de los amigos abogados de Eric que redactara un contrato simple, asegurando a Maya un porcentaje de las ganancias del libro.

“Por supuesto, si desapareces, será difícil cobrarlo”, advirtió Sylvia.

“No quiero desaparecer. Pero tengo que salir de Nueva York. Y no volveré el próximo invierno. Mi padre volverá aquí otra vez, a Columbia, y eso es demasiado cerca para que me sienta cómoda. Podrían estar vigilándolo. Estoy más segura si él no se topa conmigo o no sabe dónde estoy”.

–Entonces tendrás que escribirnos. Mantente en contacto.”

“Lo haré.”

“Y tendrás que regresar entre Yule⁴⁵ y Año Nuevo, para que podamos iniciarte. Yo lo haría ahora, pero realmente se supone que se debe esperar al menos un año y un día desde

45 El Yule es un festival pagano muy antiguo que coincide con el solsticio de invierno del hemisferio norte. Después de muchos siglos existiendo como un acontecimiento independiente, en el siglo IX Yule se convirtió en una forma más para referirse a la Navidad.

que empiezas a estudiar. Qué conveniente que comenzaras en un día memorable como Navidad”.

“Sylvia, eres demasiado buena conmigo”. Maya tomó la mano de la mujer mayor.

“Soy incluso mejor de lo que crees, porque también te daré algo de dinero para el viaje”, dijo, metiendo la mano en su bolsillo y deslizando un sobre en la mano de Maya. “Considéralo un avance. De todos modos, no quiero pensar en ti haciendo autostop sola. Toma un autobús”.

“Está bien, Sylvia, es un trato”.

XXXVII. CARTA

1 de marzo de 1988

Querida Maya,

Si has leído hasta aquí, estarás casi al final de las selecciones de material que efectué para ti. De hecho, releerlo yo misma ha sido toda una experiencia. Tenemos una historia juntas, novia. Para mí, eso vale algo. Espero que también para ti.

No me malinterpretes. No estoy tratando de rogarte ni presionarte. Sólo estoy poniendo mis cartas sobre la mesa. No quiero perder lo que tenemos. Aunque no sea perfecto, es rico.

Ay, Maya, no quiero que nos comuniquemos así, poniendo palabras en la página porque hemos perdido la capacidad de estar juntas. Preferiría acostarme a tu lado y murmurar mis recuerdos en tu nuca, pero no parece que hagamos mucho de eso estos días. De todos modos, no estoy lista para compartir contigo gran parte de los últimos años de mi diario. Pero he adjuntado algunas cosas que tal vez te resulten interesantes: algunas de las cartas que me enviaste.

No te preocupes si las pierdes. Son todas copias. Para el caso de que alguien quiera publicar algún día tu correspondencia recopilada, me quedo con los originales.

Cuando vuelvas, hablaremos.

Te ama,

Johanna

XXXVIII. CARTA

15 de enero de 1973

San Martín, Uruapan

Michoacán, México

Querida Johanna,

Fue bueno saber de ti y obtener las fotografías. ¡Rachel ciertamente se está haciendo grande! Y es maravilloso poder escribir con regularidad.

México ha sido un verdadero refugio para mí, aunque no he logrado lo que vine a hacer, que era encontrar un curandero tradicional con quien trabajar. Pero tal vez haya aprendido algo, después de todo.

El problema no estaba en encontrar a la persona de la que quería aprender. No, las curanderas abundan aquí, pero cuando conocí a Doña Elena, supe que ella era la indicada. Algunos amigos que hice en el albergue en Ciudad de México me pusieron en contacto con ella; todos vinimos aquí para hacer una lectura y tan pronto como ella me miró me dijo que tenía demasiados nombres y demasiados yoes y que llevaba un peso negro de dolor en mi espalda. (Mi español ha llegado a ser bastante fluido; ¡la señora Martínez en Harding High estaría orgullosa!) De todos modos, nos envió a todos al mercado en Uruapan a comprar flores blancas, velas, harina de maíz y sal, y cuando regresamos me hizo una limpieza, básicamente una especie de baño áurico con todo lo anterior y muchos aceites aromáticos que vienen en latas de spray, con nombres como *Siete potencias africanas*, *Cambia tu suerte* o *Amor ven a mí*. Aunque realmente lo que más necesito probablemente sea *Law Away* (Lejos de la ley). Tal vez debería tener algo de eso a mano, ¿no sería útil? La policía llama a tu puerta en mitad de la noche y les das unas cuantas rociadas (algo así como Raid [insecticida] para policías) y ya se han ido.

De todos modos, allí estaba yo en su salón del altar, que es simplemente una casa cuadrada, sin ventanas, hecha de

bloques de cemento con techo de hojalata y piso de tierra, mirando su altar, una Virgen de madera tallada en una caja de vidrio con un marco dorado rodeada de rosas de plástico, cubos de flores frescas y marchitas, luces navideñas parpadeantes, la parte superior cubierta con una toalla de felpa. Ella me acariciaba la espalda con las flores blancas y murmuraba encantamientos y de repente supe que quería quedarme allí, en ese patio abarrotado de casas de bloques con los cerdos y las gallinas hurgando bajo mis pies, y ser su aprendiz.

Cuando terminamos todos, le pregunté. Ella me miró larga y duramente, tomó mis manos, me miró las palmas y luego sacudió la cabeza.

“Tu poder no está en tus manos”, dijo.

“¡Pero puedo aprender!” Protesté. “No seré una carga para ti. Estoy dispuesta a dormir en el suelo y ayudar con todo el trabajo. Puedo fregar y limpiar y ni siquiera me importa limpiar los desechos de los cerdos”.

De nuevo, ella negó con la cabeza. “No serviría de nada. Puedo enseñarte a recolectar las hierbas, a preparar los tés y los aceites, pero no funcionará. No eres una sanadora”.

Quería protestar, quedarme y discutir con ella, pero intuí que ese no sería el camino. Pero tampoco podía rendirme. Así que encontré un lugar donde quedarme, no en su pueblo

sino en otro pueblo a unas cinco millas de la carretera. No es exactamente un lugar con muchos alojamientos turísticos, sólo un pequeño pueblo sucio, polvoriento y feo, con edificios de bloques de cemento en un paisaje seco. Hay una especie de hotel barato que atiende a los viajeros locales, así que por dos dólares la noche alquilé una habitación oscura, parecida a una celda, con una cama llena de bultos y un inodoro indescriptiblemente sucio, más bien como un agujero en el suelo, al otro lado del patio. Es un poco como pagar para estar en la cárcel, excepto que puedo salir, lo cual es una gran diferencia. Una gran diferencia. Pienso mucho en nuestro amigo y en dónde debe estar. Y eso me pone triste, Johanna. Ni todas las limpiezas del mundo pueden quitarme ese dolor.

De todos modos, durante una semana me quedé aquí y comí en los puestos del mercado (y sí, eso significa que visito mucho ese horrible baño, pero así es la vida en el Tercer Mundo), y luego camino los cinco kilómetros hacia abajo, el camino para ver a Doña Elena. Tuve cuatro lecturas de cartas y tres limpiezas y la vi realizar muchas curaciones, porque así es como funciona aquí. El sanador no tiene una sala de espera privada y, por lo general, la gente no viene a verlo sola, sino con la mayor parte de su familia para recibir apoyo moral. Tu madre, tu hija, un par de primas, lo que sea. Y luego te sientas y esperas mientras ella se ocupa de quien esté antes que tú, y quien venga después podrá escuchar todos tus problemas más íntimos. Se podría decir que he

aprendido mucho con sólo observar cómo las personas se unen y se apoyan mutuamente. Por supuesto, también se vuelven locos unos a otros, contratan brujas para que se maldigan entre sí y pelean. Pero no es ninguna vergüenza tener un problema: no hay necesidad de escabullirse para visitar en secreto al psiquiatra a la hora del almuerzo, no hay necesidad de fingir. Porque aquí todo el mundo tiene problemas. Todo el mundo es pobre, todo el mundo se enferma y el centro de salud más cercano está lejos. Los desastres son parte de la vida diaria.

Así que aprendo, simplemente sentada en esa habitación oscura esperando mi turno para una lectura, caminando por el camino polvoriento después, aprendiendo a cronometrar mi llegada para no llegar la primera y tener una excusa para esperar. Me he vuelto tan familiar que los lugareños ahora detienen sus camionetas y me llevan, tal como lo harían con cualquier aldeano. A menudo no tengo que caminar de regreso a la ciudad, viajo con estilo, de pie en la parte trasera de la camioneta, agarrándome a la barandilla de metal mientras el camión salta y se mueve por el camino de tierra, y el manojo de pimientos que una anciana lleva consigo. traer al mercado me golpea en la cara.

Tenía la esperanza de que mi perseverancia impresionara a Doña Elena, que pudiera ceder y aceptarme. Me habría contentado con seguir viniendo y visitándola todos los días. Pero ayer ella no aceptó mi dinero, no leyó las cartas ni hizo nada por mí.

“¿Qué deseas?” ella me espetó. “Me has pedido que te enseñe y te he dicho que no. ¿Por qué sigues regresando?”

“¿Quizás cambies de opinión?”, dije yo.

“Nunca cambiaré. No eres una sanadora y no hay nada para ti aquí. ¿Por qué no vuelves a casa? Tu madre está llorando por ti”.

“No puedo ir a casa”, admití. “Tuve algunos problemas... debido a un hombre que amaba”. Si bien no es raro tener problemas con la ley aquí, que una mujer esté huyendo es bastante inaudito. Pero los problemas con un hombre... eso todo el mundo puede entenderlo. Los diversos miembros de tres familias extensas que esperaban detrás de mí asintieron y suspiraron con empatía.

“Pero no puedes quedarte aquí. No hay nada aquí para ti. Aquí no es donde acumularás poder”.

“¿A dónde debería ir?”

“Debes encontrar lo que es tuyo. No lo que es mío”. Entonces se detuvo, por un minuto, como si estuviera recibiendo alguna comunicación. “Sigue tu nombre”, dijo finalmente, “hasta que puedas ir a casa”.

Entonces, supongo que eso es lo que haré. ¿Pero qué nombre? Me llaman Margarita, como la bebida. ¿O Maggie?

¿Ya es hora de decir que no voy a trabajar más en la granja de Maggie? ¿Margarita? ¿Karla? ¿Maya?

Maya, probablemente. Ya que, de todos modos, me toca un viaje a Yucatán. El libro de Sylvia ha generado algo de dinero y ella y Eric se van de vacaciones. Me reuniré con ellos unos días para que finalmente pueda hacer mi ritual de iniciación. Hace mucho que debería haberlo hecho, dice, pero como sabes, nunca me he sentido segura de volver a Nueva York, ahora que mi padre ha vuelto allí.

Y, aunque lamento dejar a la curandera, no me arrepentiré en absoluto de dejar el hotelito y el horrible baño. Aunque estoy segura de que no será el último de su tipo de los que me encontraré. De hecho, no me importará en absoluto acompañar a Sylvia y Eric a pasar unos días de lujo turístico. Me han reservado una habitación en su hotel, justo en la playa.

Espero que la escuela de posgrado no sea demasiado agotadora. ¿Todavía estás contenta de haber decidido quedarte en California? Ese mundo parece muy lejos de mí ahora. Lo más probable es que mi madre y tú tuvierais razón: debería haber vuelto a la escuela hace mucho tiempo. Pero ahora probablemente nunca lo haré. Aún así, estoy recibiendo una educación de otro tipo. Puedes decírselo a Betty de mi parte si le escribes. No me siento segura escribiéndole yo misma. Si todavía están buscando contactos del Frente, vigilar su correo sería algo muy obvio. Pero

espero que en realidad no estén llorando por mí. Diles que no es necesario. Estoy bien, de verdad. Muy bien.

A veces daría cualquier cosa por tenerte aquí, por sentarme y tener una larga, larga charla sobre psicología, magia, quiénes somos y qué estamos haciendo aquí en el mundo. Algún día sucederá. Podré volver a casa, o tal vez tú vengas aquí. ¿Cómo se está adaptando Rachel al jardín de infancia este semestre? ¿Están ya los árboles frutales en flor?

Saqué una carta para nosotras. Surgió Fuerza, la mujer que sujetaba las fauces del león. Está envuelta en rosas: forman un ocho, el signo del infinito. Karma.

Aún no me has perdido. Un día de estos, como un viejo hueso que creías haber enterrado, apareceré.

Te ama,

Maya

XXXIX. CARTA

4 de mayo de 1973

Santiago Atitlán, Guatemala

Querida Johanna,

Lamento no haber escrito en mucho tiempo. He estado en movimiento. Ahora estoy en Guatemala, aquí en las tierras altas para escapar del calor. Esta ciudad está situada al borde de lo que debe ser el lago más hermoso del mundo, un antiguo cráter volcánico lleno de agua muy azul y picos en forma de cono que se elevan en su borde. La gente aquí todavía usa su vestimenta tradicional. Las mujeres visten

camisas bellamente bordadas llamadas huipiles, y cada pueblo tiene un diseño y colores tradicionales diferentes. Los hombres visten pantalones bordados de colores vivos y sombreros de vaquero. En el lago se puede ver a los pescadores de pie en sus pequeños botes de madera, recogiendo sus redes mientras las olas suben y bajan de modo que el bote desaparece en los vaivenes y los hombres parecen caminar sobre el agua.

Me lo pasé muy bien con Sylvia y Eric. Alquilamos un auto en Mérida y Eric nos llevó por caminos de tierra bastante horribles para recorrer los sitios mayas en Yucatán: Chichén Itzá y Tulum. Adjunto postales. Nos alojamos en un hotel pequeño y sencillo (¡pero con buena plomería y un baño limpio!) en la playa, justo al norte de Tulum. Allí todavía es bastante salvaje y no está muy desarrollado, por lo que por la noche teníamos toda la larga playa para nosotros solos. El aire era cálido, la luna llena y la ceremonia fue poderosa. Ojalá pudiera escribirte los detalles, pero se supone que no debo hablar de eso. Todo lo que puedo decir es que se sintió tanto como una confirmación como una iniciación, o un poco como la escena del Mago de Oz cuando el Mago le dice al León Cobarde que la única diferencia entre él y un héroe es que el héroe tiene una medalla. Ahora que he recibido mi testimonio, puedo ver que he tenido muchas iniciaciones desde nuestro momento en el vestuario.

Sylvia está envejeciendo y le resulta difícil caminar largas distancias. Aún así, tiene una energía increíble. Estábamos

levantados y en movimiento casi cada minuto del día: nadando, haciendo turismo o siguiendo pistas hasta las curanderas locales. El gerente del hotel en el que nos hospedamos nos dio indicaciones para encontrar a una mujer llamada Doña Isabel, una anciana diminuta que vive en una pequeña casa en la selva. Sylvia estaba encantada de ir a leerla y, conmigo traduciendo, logró hablar con ella, de Bruja a Bruja.

Esto es lo que nos enseñó Doña Isabel:

Hay dos mundos, dice, o tal vez sería más exacto llamarlos dos realidades, la Buena Realidad y la Mala Realidad, El Mundo Bueno y El Mundo Malo. Si tenemos suerte, vivimos de la Buena Realidad como caminar sobre la fina piel sobre leche hervida. Siempre es posible abrirse paso y ahogarse.

En la Buena Realidad, las lluvias llegan cuando deben, la policía no te nota cuando pasas con el coche a toda velocidad delante de su cara. Pero en la Mala Realidad, la sequía mata las cosechas y el ganado, la policía te selecciona entre la multitud para comprobar tus documentos, el coche te choca de frente.

Correr un riesgo, especialmente un riesgo grande, es como gritarle a El Mundo Malo: “¡Ven a buscarme, imbécil!” Es como sacar la lengua y hacerle una mueca a Dios.

Y, sin embargo, es necesario correr riesgos para vivir.

Ser Bruja, una bruja, dice Doña Isabel, es tener el poder de pasar de una realidad a otra, de agarrarse al hielo (cambiando metáforas aquí) e izarse fuera del agua helada, o (vamos a ser honestos aquí) saber cómo empujar a alguien más a través de la corteza (ese tipo de magia, sin embargo, es kármicamente desaconsejable). Ella misma no es una bruja sino una curandera, una sanadora.

“Tú no eres curandera”, me dijo, confirmando el diagnóstico de Doña Elena. “Pero es posible que éste sea tu talento: moverte entre mundos, cambiar uno por otro”.

“¿Cómo lo hago?”, le pregunté.

“No soy una bruja. ¿Cómo puedo decírtelo? Sólo sé esto: que hay dos cosas que necesitas. Es necesario adquirir poder. Y es necesario rechazar la Mala Realidad, negarse a aceptar tu destino”.

“¿Pero no es una locura negarse a aceptar la realidad?”

“La locura es la brujería de los impotentes. No sirve de nada rechazar la realidad a menos que puedas cambiarla. Pero tampoco sirve de nada adquirir poder si se teme desafiar al Mundo Malo”.

Todavía estoy pensando en esto. Me parece que he estado desafiando la Mala Realidad toda mi vida, con distintos grados de éxito.

“Si la realidad se puede cambiar”, dije, “¿por qué a nuestro alrededor hay gente viviendo del polvo?”

“Porque no tienen poder. Si se negaran a aceptar este mundo, ¿de dónde reunirían el poder para cambiarlo? ¿Podrían todas las brujas de Yucatán, suponiendo que pudieran dejar de lado sus diferencias y peleas y trabajar juntas, podrían cambiar este gobierno? Y si pudieran, ¿eso cambiaría el polvo en oro, maíz o cualquier cosa útil?”

“Tal vez”, dije, preguntándome si a Marx le habría gustado su teoría.

“Yo te digo esto: apártate de los que viven en el Mundo Malo. Especialmente los hombres. Tienen una gran atracción sobre ti, porque llaman a esa parte de ti que es transformadora. Quieres salvarlos. Pero aún no tienes poder y te derribarán”.

Bueno, Johanna, no puedo discutir eso.

De todos modos, después de que Sylvia y Eric regresaron a casa, me dirigí en autobús y barco a Guatemala, visitando tantos sitios mayas como pude, ¡y a la mayoría de ellos es muy difícil llegar! Dile a Rachel que vi un tucán real y vivo en la jungla cerca de Tikal y que escuché a los monos aulladores al amanecer. Y ahora estoy aquí por un tiempo, en este hermoso lugar, donde la vida es barata y tengo tiempo infinito para caminar, nadar, pensar y escribir en mi diario.

Y dicho todo esto, diré una cosa más. ¡Quiero volver a casa! Oh, Jo, te extraño, me duele y, más que eso, estoy cansada de deambular y mirar los límites de la vida de otras personas. Quiero echar raíces en algún lugar, trabajar duro en algo, despertarme por la mañana y saber que las personas que veo ese día son personas que veré al día siguiente y al siguiente, durante semanas, meses, años. Aquí salgo principalmente con otros turistas, jóvenes viajeros que visitan el mundo casi sin dinero, que conocen los lugares de moda para ir y, a veces, las cosas más interesantes para ver. En cierto modo, estoy haciendo exactamente lo que ellos están haciendo. Si hubiera ido a la escuela y me hubiera graduado, me habría tomado uno o dos años hacer exactamente esto. Pero no lo hice y hay una gran diferencia entre ellos y yo.

Ellos pueden irse a casa y yo no.

Lo siento, no quiero parecer autocompasiva aquí. Realmente estoy bien, todavía estoy aprendiendo mucho y todavía me lo estoy pasando muy bien.

Pero sigue consultando con Tony por mí. Lamento que no crea que es prudente que regrese todavía. Si eso cambia, házmelo saber. Puedes escribirme a c/o American Express, Antigua. El correo es relativamente confiable allí; aquí es imposible.

Con cariño para Rachel, Tony, Debby y Betty, si tienes noticias de ellos. Y tu mamá también. Los extraño a todos. Dile a Debby que lamento mucho no poder estar en su graduación.

Te ama,

Maya

XL. ENERO DE 1976

Se había bañado en el estanque sagrado de Palenque, recorrido las almenas de Tulum y el camino procesional de Chichén Itzá, visto el amanecer en Tikal y el atardecer sobre el lago de Atitlán, pasado días sola en las selvas tropicales de Chiapas y noches despierta en las playas del Yucatán. Pero fue en una parada de autobús común y corriente en medio de la Ciudad de México donde Maya tuvo su visión, en una calle cuya única gracia era que al levantar los ojos hacia el horizonte en aquel día extraordinariamente claro, podía ver a lo lejos el contorno de los grandes volcanes, Popocatépetl, el Príncipe de la Montaña, e Ixtacihuatl, La Mujer Dormida.

La calle estaba llena de vapores provenientes del tráfico que le picaban los ojos. Los cerró por un momento y cuando los abrió, una mujer estaba sentada a su lado. Era pequeña y morena, vestía el colorido huipil de los mayas y una falda

tejida, con un chal a rayas echado sobre los hombros. Maya sonrió.

“Buenos días”, dijo.

“Buenos días”, respondió la mujer. “¿Adónde vas?”

Maya se sorprendió un poco cuando le preguntaron a dónde iba. Normalmente la gente quería saber de dónde era. Pero ella respondió cortésmente, en español, que iba a la oficina de American Express a buscar correo.

“No”, le dijo la mujer, “eso no es lo que deseo saber. Quiero saber, ¿a dónde vas?”

Sorprendida, Maya la miró más de cerca. Ella era de cuerpo redondo, ni vieja ni joven, sus claros ojos castaños en su rostro ovalado parecían ligeramente divertidos. Ahora Maya notó que el chal estaba envuelto y atado para llevar algo en la espalda. Parecía sólida, real, no una visión o una aparición sino una mujer como Maya que podía pagarle dinero a un conductor y ocupar un asiento en un autobús.

“¿Adónde vas?” preguntó la mujer de nuevo.

Maya lo consideró durante un largo y difícil momento. “No lo sé”, admitió. “Algo está completo para mí aquí, pero no sé qué viene después”.

“¿Cómo puedes viajar si no sabes tu destino?”

“No sé. Solamente lo hago.”

“¿Qué sigues?”

“Algo. Un olor en el viento. Un indicio de que de una forma u otra es lo correcto”.

La mujer se volvió y señaló hacia el horizonte. “Mira”, dijo. “¿Ves La Mujer Dormida?”

“Sí.”

“En tu país también duerme, ¿sí?”

“Sí”, dijo Maya. “De donde vengo hay una montaña que los indios llamaban Tamalpais, que en su lengua significa 'Dama Durmiente'. “

“Es lo mismo. Ha estado durmiendo durante mucho, mucho tiempo. Pero ahora debes regresar a esa tierra. Porque ella va a despertar. Ella va a dar a luz”.

Hablaban en español y para decir “parir” la mujer usó la frase dar a luz. Maya miró la montaña y de repente pareció moverse, palpitando como un vientre viviente lleno de una gran luz viva y caliente, no fría y blanca sino roja como la sangre del útero y la vida y la luna llena en el horizonte.

“Debes irte a casa”, dijo la mujer. “Tu trabajo está allí, ahora. Tu trabajo es ser partera de lo que está por venir”.

“¿Cómo puedo hacer eso?”

“Deja que las habilidades que has aprendido como Vidente y el poder que has acumulado te enseñen cómo convertirte en Cantante”.

“¿Qué quieres decir?” Preguntó Maya, sintiendo un escalofrío recorrer su columna vertebral, porque la mujer había usado sus propios nombres privados para los poderes, nombres que nunca le había contado a nadie, ni siquiera a Sylvia.

“Has venido aquí, como los demás de tu tierra, mirando, mirando y mirando. Eso es bueno, ahí empieza el poder. Pero la búsqueda no puede durar eternamente. Debe cambiar; debe convertirse en dar o se convertirá en simplemente tomar”.

Maya asintió, pero sintió una extraña sensación de vértigo. ¿Había caído en otra realidad, como solía hablar la curandera? ¿O esta mujer simplemente estaba loca, era alguna nacionalista mexicana paranoica que acosaba a los turistas en la calle?

“Vete a casa”, dijo la mujer. “Vuelve por donde viniste. Para convertirte en Cantante, debes cantar con poder desde tu propia tierra”.

“Tengo miedo de volver a mi país”, admitió Maya. “Tuve algunos problemas con la policía”.

“No tengas miedo. Ahora ya no corres ningún peligro por parte de la policía.

“¿Cómo lo sabes?”

“Veo qué fuerzas se reúnen a tu alrededor y qué te persigue. Es hora de que regreses”.

“¿Pero cómo me convierto en Cantante? ¿Qué significa eso?”

“Es fácil”, dijo. “Cuenta la leyenda. Canta la canción.”

Cuenta la historia. Canta la canción. “¿Pero qué historia?”
–Preguntó Maya. “¿Que canción?”

“Toma”, dijo la mujer, “te daré algo para ayudarte. Pero si lo tomas, debes llevarlo. No puedes dejarlo”.

Deshizo el nudo que ataba su chal y le entregó el bulto a Maya. Los brazos de Maya envolvieron algo que parecía vivo, como un pequeño bebé o un animal, y su corazón se inundó de amor, como si hubiera nacido para apreciar esa pequeña cosa que todavía no podía ver. Y, sin embargo, también pesaba en sus brazos, de modo que sentía su peso.

“Aquí te voy a ayudar. Voy a mostrarte cómo llevarlo”, dijo la mujer. “Llévalo en tu espalda, así”. Y le mostró a Maya cómo cubrir el chal de modo que la carga colgara entre sus omóplatos y cómo hacerle un nudo delante.

Justo cuando se habían cansado, llegó el autobús. Maya se volvió para agradecer a la mujer, pero no había nadie detrás de ella. Sin pensarlo, se encontró pagando el billete, subiendo al autobús y tomando asiento en la parte de atrás. Se apoyó con cautela en el asiento para no aplastar lo que llevaba detrás, pero no encontró resistencia hasta que su espalda tocó el asiento. Extendió la mano hacia atrás, pero su mano no encontró nada. Estaba envuelta en un chal vacío y polvoriento, y el peso se instaló en su propio corazón y cayó hasta su útero.

XLI. EL DIARIO DE JOHANNA WEAVER

11 de febrero de 1976

Todo empezó como uno de esos días. Primero, tuve mi pequeña conferencia con la Sra. Evans, después de terminar de asesorar a mi último estudiante del día.

Estaba tratando de ser paciente con ella, tratando de hablar en voz baja y controlada. “Sólo digo que no es el peor resultado para una mujer sana dar a luz a un niño sano. Incluso si ella es joven. Incluso si es joven y pobre. Incluso si es joven, pobre y negra”. No muestres tus emociones, niña, me dije. Mantén esa ira en la punta de tus dedos, está bien quitarte el esmalte de las uñas, si es necesario, pero mantenla fuera de tu voz, fuera de tu cara.

“¿Incluso si no hay ningún padre responsable en la imagen?” Dijo la Sra. Evans.

Esto es la guerra, me dije. No puedes ser autoindulgente. No digas nada que ella pueda usar en tu contra. No parezcas alguien que odia a los hombres. “Un buen padre es algo maravilloso. Sin embargo, la maternidad soltera no tiene por qué considerarse una de las grandes tragedias del mundo”.

“¿Entonces la alentarías? No estamos aquí para eso, señorita Weaver. Los ojos azules de la señora Evans estaban helados detrás de sus gafas. Sus uñas eran perfectas conchas rojas. Acarició firmemente un mechón suelto de su cabello gris hacia su pelo plateado y me favoreció con una sonrisa y un estiramiento de sus delgados labios.

Ella me odia. La odio. Pero en la guerra uno hace lo que tiene que hacer. Sonríe. Muestra algunos dientes. “No, no me refiero a fomentar el embarazo adolescente. Simplemente estoy sugiriendo algunos programas destinados al apoyo práctico y emocional para mediar en los aspectos más perjudiciales de la situación y garantizar el mejor resultado para la madre, el niño y la sociedad”. Toma eso, perra, pensé. “Ciertamente, nuestro principal objetivo debería ser evitar que la situación se desarrolle. Pero una vez que una mujer joven queda embarazada y toma la decisión de quedarse con el niño, y tenemos en cuenta que, por ley, no podemos aconsejarle que aborte, nuestro objetivo debe ser mantener a la chica en la escuela y darle los conocimientos necesarios, habilidades y ayuda que necesitará para criar a un niño que pueda desarrollar todo su potencial”.

“Pero sus programas implican un apoyo tácito a la maternidad soltera. Bueno, sería como decirles a estas chicas que creemos que han tomado una decisión racional y responsable”.

“Bueno, señora Evans, creo que podríamos llegar más lejos con las chicas si las tratáramos como adultos que han tomado la decisión que les parece más razonable, dadas sus opciones y circunstancias”.

“¡Pero son completamente irresponsables! ¡No toman decisiones, actúan como... como animales! Ella me lanzó la vieja mirada de reptil con sus brillantes ojos azules.

“Entonces tal vez dependa de nosotros enseñarles a ser responsables. El enfoque punitivo no está funcionando, señora Evans. Dejemos de hacinarlas en guetos y de humillarlas y veamos si podemos incorporarlas un poco más a la sociedad, en lugar de expulsarlas”. Esa es la nota, niña. Pasión. Compromiso. No la llames racista hasta que diga algo realmente estúpido delante de testigos.

La Sra. Evans miró su escritorio, movió un papel del final de una pila al frente de otra pila y alineó la pila con cuidado. “¿Exactamente qué es lo que quieres hacer?”

“Quiero hacer una asamblea y hablar con los estudiantes sobre el problema. Quiero contar con su ayuda para formar un grupo de ayuda mutua para cada madre soltera de la

escuela. Ayudarla a cuidar a los niños para que puedan estudiar. Para recaudar dinero para ropa y recolectar juguetes y ayudar a resolver los problemas que surjan. Quiero ofrecer clases especiales en cuidado y desarrollo infantil... para todos los estudiantes. Justo aquí en el nivel secundario que es donde más lo necesitan”.

La señorita Evans pareció alarmada. “¡No hay presupuesto para eso!”

“No requerirá presupuesto. El desarrollo infantil lo enseñaré yo misma, como parte de mi horario habitual. Prepararé una unidad de tres o cuatro días que pueda enseñar en las aulas. El componente de crianza de los chicos será enseñado por quienes mejor lo conocen: la gente de la comunidad. Madres, padres, abuelas y tías. Los involucraremos en la escuela y serán modelos a seguir para los chicos”.

“¿No crees que esto idealizará el embarazo para las chicas? Recibirán todos estos mimos y atención por ello”.

“Por eso está el componente práctico. Una vez que las que no están embarazadas hayan cambiado algunos pañales y hayan pasado algunos ataques de llanto, creo que gran parte del romance desaparecerá. De ahí es donde obtenemos nuestro efecto disuasorio”.

Volvió a barajar sus papeles. Casi sentí pena por ella. Tenía tantas ganas de tener una buena razón para decir que no. No le estaba dando nada.

“¿Qué quieres de mí?”

“Quiero su apoyo, como directora de esta escuela, Sra. Evans”. Muestra los dientes. Espera un momento. Dos. “Necesito saber que está conmigo en esto”.

“Significa mucho trabajo extra. Tendrás que hacerlo”.

“Quiero hacerlo.” Espera un momento. “Necesito hacerlo. Me funcionará bien como información de investigación para mi tesis doctoral”. ¿Fue eso un error? ¿Admitir mi propio interés?

“Ajá”. La señora Evans volvió a sonreír y esta vez detecté un destello de algo más cálido que el odio, aunque tal vez llamarlo amabilidad sería una exageración. “Entiendo.”

No entiendes nada, perra. Guerrera, muestra esos dientes otra vez. “Si esto funciona, podríamos publicar algo al respecto. La escuela podría recibir una atención positiva”.

“La atención positiva nunca es mal recibida”, dijo la Sra. Evans. “Supongo que también podríamos intentarlo. Pero recuerda, no hay presupuesto”.

A los negros nos encanta trabajar gratis, señora. Me trae recuerdos de aquellos días de esclavitud sin preocupaciones. “Por supuesto. Aprecio su respaldo, señora Evans”.

“Ya veremos.”

La entrevista me había retrasado y eso significaba que apenas llegaría a tiempo a la guardería de Rachel después de la escuela, por lo que tendría que comprar la cena con la niña a cuestas, hambrienta e inquieta. ¿Qué debo hacer? Quizás deberíamos parar en el Kentucky Fried Chicken. No demasiado saludable, pero sí un remedio. O burritos. ¿No eran la comida perfecta? Combinando los cuatro grupos de alimentos: proteínas, almidón y si agregamos crema agria y guacamole, tendríamos lácteos y vegetales verdes. Y entonces quizá tendría tiempo de leerle un cuento a Rachel antes de tener que salir corriendo a dar mi clase nocturna en la Universidad Estatal de San Francisco.

A pesar de toda mi charla sobre la rectitud de la maternidad soltera, tuve que admitir que mi propia vida tenía una cualidad implacable. Nunca hubo suficiente tiempo, dinero o descanso. Oh, era mejor ahora que Rachel estaba en la escuela y yo había terminado con mi propio trabajo del curso. Aún mejoraría. Mejor y mejor y mejor.

Llegué tarde al centro de cuidado infantil Happy Valley y Rachel, con su nuevo reloj digital que Marian le regaló para Navidad, sabía exactamente qué tan tarde.

“He estado lista para partir desde las cinco en punto, y ahora son las cinco, veintidós y treinta y ocho segundos”, me informó. “Treinta y nueve. Cuarenta.”

“Lo siento bebé. Tuve que hablar con la directora y ya sabes cómo es”.

“¿Fue mala contigo?”

“Hablé con ella. ¿Tienes tu mochila?”

“Te lo dije, he estado lista durante los últimos veintitrés minutos y diez segundos”.

“Tengo a Rachel. Gracias, Cindy”, grité por el pasillo mientras nos íbamos.

Corte a la escena en la que la madre acosada y el niño inquieto llegan a la puerta de su casa. Estaba tratando de equilibrar los burritos en un brazo y mis libros en el otro mientras insertaba la llave en la cerradura de la puerta principal, y pude escuchar el teléfono sonar. La puerta se abrió y uno de los burritos se deslizó de su bolsa y cayó en los escalones.

“¡Mierda!” Debo confesar haber exclamado.

“Esa es una mala palabra, mamá”, dijo Rachel, pasando a mi lado y corriendo hacia el teléfono mientras yo intentaba recoger lo que podía de comida.

Subí pesadamente las escaleras, respirando con dificultad mientras hacía malabarismos con los paquetes. Aún no he perdido ese peso, ¿en cuánto tiempo? Ya son casi ocho años. Sigo diciendo que voy a hacer ejercicio, pero ¿cuándo tendré tiempo, dime? Dejé los paquetes sobre la mesa, agarré un trapo y bajé las escaleras para limpiar.

“Es la señora Samuels”, gritó Rachel desde el pasillo. “Dice que no puede cuidar a los niños esta noche. Tiene gripe estomacal”.

“¡Doble mierda!”

“¡Mamá!”

No sólo implacable, pensé mientras limpiaba el desorden de carne y crema agria en los escalones. Fuera de control. Ahora tendría que llevar a Rachel conmigo a clase, lo cual era duro e injusto para todos. ¿Qué más puede salir mal? Me preguntaba. Realmente, sería lindo sentarse en este escalón y llorar. O dormir.

Cerré los ojos por un momento.

Cuando los abrí, ella estaba parada frente a mí, bronceada, sonriendo, vestida con un poncho de colores vivos y muy bordado y quitándose un pesado bulto de la espalda.

“¿Maya?”

“Ya estoy de vuelta. ¿Te alegras de verme?”

Me levanté, riendo y la abracé. “¡Chica! ¡Casi no puedo creerlo!”

“¿Puedo quedarme contigo?”, preguntó ella.

“¡No se considerará ninguna otra opción!”

Nos quedamos un momento, mirándonos una a la otra. Maya parecía tan delgada, ágil, ligera y libre. En comparación, me sentía pesada, sólida, agobiada.

“Te ves bien”, le dije. “Delgada, mala y bronceada”.

“Es tan bueno verte”, dijo. Podía oír el aire entre nosotros zumbando, crepitando y zumbando.

La guié escaleras arriba hasta el apartamento.

Habían pasado más de cuatro años desde que nos vimos. Pero sentí como si ella acabara de salir por la puerta esa mañana. Con nosotras siempre es lo mismo. Nuestra amistad existe en algún lugar de otra dimensión, fuera del tiempo.

Le pedí que pusiera sus cosas en la pequeña habitación de enfrente que usábamos para los invitados y llamé a Rachel para que viniera a conocer a su tía Maya. Pude ver a Maya mirando a la niña, las dos elegantes trenzas de Rachel

colgando de su espalda, su falda a cuadros, su suéter rojo por una vez todavía relativamente limpio y la propia sonrisa de Rio brillando en su dulce piel de chocolate con leche. Aparte de su color, la chica no se parece mucho a mí. Un juicio, supongo, pero una mejora al fin y al cabo.

“Hola”, dijo Rachel cortésmente, luciendo como la niña modelo. Sonreí con orgullo.

“Hola”, dijo Maya. “La última vez que te vi eras sólo un bebé. ¿Cuántos años tienes ahora? ¿Siete? ¿Ocho?”

“Seis y medio.”

“Cuatro años, entonces”. Maya negó con la cabeza. “Es difícil creer que estuve ausente tanto tiempo. Estoy segura de que no me recuerdas de antes. Pero yo si te recuerdo. De hecho, creo que te debo una historia”.

“Me gustan las historias”. Rachel sonrió y supe que iban a ser amigas, lo cual fue bueno. A veces Rachel simplemente se enfrenta a alguien sin que yo pueda ver ninguna razón, y luego hay que pasar un infierno.

Mientras tanto, el tiempo seguía corriendo y las clases pronto comenzarían y ninguna de nosotras había comido.

“Debes tener hambre”, le dije. “¿Qué tengo que pueda arreglarte rápido? ¡Maldita sea, desearía no tener que enseñar esta noche! No puedo soportar salir corriendo y

dejarte. ¿Comes huevos? Rachel, niña, come ese buen burrito. Tenemos que partir en quince minutos”. Estaba balbuceando nerviosamente porque odiaba muchísimo salir corriendo de Maya cinco minutos después de su llegada, y porque tenía miedo de que volviera a desaparecer si la dejaba sola. “Es uno de esos días: la niñera canceló, se me cayó la cena en las escaleras...”

“Siéntate”, dijo Maya. “Relajarte. No soy una invitada, ¿recuerdas? Soy tu antigua socia en el crimen. Y no voy a ir a ningún lado por un largo tiempo”.

“¿Eso es una promesa?” Le pregunté seriamente.

“Es una advertencia. Estoy harta de viajar. Estoy harta de huir y esconderme. Quiero sentar cabeza, instalarme y volver a ser quien soy. ¿Por qué no te comes el burrito y me dejas cocinar algo para Rachel y para mí mientras enseñas? Y luego, cuando regreses, podremos tener una buena y larga charla”.

“No puedo aprovecharme de ti de esa manera”, dije, pero era mera formalidad, algo que Marian hubiera querido que dijera. Sabía que podía y lo haría. Y además, si estuviera cuidando a Rachel, no se escaparía a ningún lado antes de que yo llegara a casa. Quiero decir, Maya puede ser voluble, pero nunca dejaría sola a una niña de seis años.

“¿Por qué no?” –Preguntó Maya. “Tengo la intención de aprovecharme de ti. Además, me encantará”.

“Está bien. Tú ganas.”

Luego corrí hacia la puerta, me comí el burrito en el auto (lo que significó que mi abrigo adquirió un glaseado de jugo de frijoles y aguacate) y llegué a clase con sólo cinco minutos de retraso. Y ahora están todos en grupos pequeños procesando sus reacciones a la lectura de la semana pasada, mientras yo me pongo al día con este diario.

Vaya, se les acabaron los quince minutos. Tengo que dejarlo.

Johanna

XLII. FEBRERO DE 1976

“Déjame contarte la historia”, dijo Maya, “sobre la mujer que se convirtió en montaña”. Había alimentado a Rachel, supervisado sus deberes, visto el programa de televisión favorito de la niña con ella, sintiéndose todo el tiempo dividida, extraña y normal al mismo tiempo. Aquí estaba esta niña que era una extraña y, sin embargo, Maya sentía que la había conocido toda su vida, que estaban vinculados a nivel celular como si ella realmente hubiera sido parte de la concepción de la niña. En los ojos muy abiertos de Rachel vio la inocencia perdida de Rio, y en su piel clara de chocolate con leche, la niñez de Johanna, y en su inteligencia escuchó algo de su propia voz.

“La mujer vivió hace mucho, mucho tiempo, en una tierra donde las mujeres eran poderosas y libres. Los hombres

también, por cierto. Y la gente adoraba a su Madre la Tierra, al Dios de la Lluvia y a la Serpiente”.

“Me gustan las serpientes”, dijo Rachel. “Son mis reptiles favoritos, excepto los dinosaurios, pero están extintos”.

“A mí también. Son animales muy mágicos. ¿Sabes por qué?”

“¿Porque no tienen piernas?”

“Sí, y mudan de piel. Entonces parecen estar muertas, pero vuelven a la vida. Entonces representan el renacimiento”.

“¿Como la reencarnación?” –Preguntó Raquel.

“Reencarnación. Bien. Sabes muchas palabras importantes para alguien que sólo tiene seis años”.

“Soy inteligente”, dijo Rachel. “Y mamá me explica las cosas”.

“Estoy segura de que sí”, dijo Maya, deseando apretar a la niña y abrazarla. Ella se contuvo. Ella todavía no me conoce bien, pensó Maya. Será mejor que vaya despacio.

“Le dije a mamá que cuando mueres, regresas como otra persona. Eso es lo que creo. Y ella dijo que se llamaba reencarnación. ¿Es eso lo que tú crees?”

“Más o menos.” Era extraño estar hablando inglés, a veces tenía que detenerse un momento para encontrar las palabras que quería.

“¿Crees que podrías volver como un animal?”

“No veo por qué no. Los hindúes creen que es posible”.

“¿Qué pasa con un animal realmente grande? ¿Como un elefante o una ballena? ¿Se necesita más de una persona para hacerlo?”

“Es un pensamiento hermoso”, dijo Maya. “Tal vez si amas a mucha gente cuando estés vivo, todos volverán a estar juntos como una ballena”.

“O una montaña”, dijo Rachel. “O algo realmente grande, al menos. Continúe con la historia, por favor”.

“Esta mujer, en nuestra historia, era hija de la Madre Tierra y del Dios de la Lluvia, y era la líder del pueblo. Podía correr más rápido que nadie, cantar hermosas canciones y tejer tocados de plumas. Siempre que la gente no estaba contenta, ella tenía buenos consejos para ellos. Y todos vivieron bien.

“Hasta el día en que nació el Dios de la Guerra. Saltó completamente crecido y armado desde el vientre de la Madre Tierra, después de que ella accidentalmente se tragara algunas plumas. Toda la gente pensaba que era tan

guapo, alto y fuerte y que su lanza era tan brillante. Los deslumbró. Lo siguieron a la guerra y aprendieron a matar a otras personas y a quitarles sus cosas, y la Hija de la Madre Tierra estaba muy triste.

“Ella trató de hablar con la gente y advertirles, pero ellos se rieron de ella y luego se enojaron con ella. '¡Mátala! ¡Mátala!' El Dios de la guerra lloró. Y ella se escapó.

“Ella corrió y corrió y corrió, hasta que no pudo correr más. La ayudó Nube, el hijo del Dios Lluvia, quien tampoco estaba contento con las nuevas formas. Era un alma gentil y no le gustaba hacer estruendos, truenos y arrojar lanzas de relámpagos sobre la gente. Siempre decía que le daba indigestión. No, le gustaba hacer llover una lluvia suave y gentil que penetrara la tierra y alimentara las plantas y los árboles.

“Así que se escapó con la Hija de la Madre Tierra. Finalmente cayó la oscuridad. Estaban tan cansados que se tumbaron en el suelo. Nube lloró y sus lágrimas empaparon la tierra y despertaron el espíritu de la Madre Tierra. Escuchó su triste historia y finalmente habló.

“'Este es un mal momento', dijo la Madre Tierra. 'La gente ha tomado un mal camino. Pero hasta que lleguen al final, no te creerán cuando les digas que no lleva a ninguna parte buena. Sólo te matarán a ti también. Debes esperar a que

lleguen al final de este camino. Debes esperar a que cambien de opinión.

“¿Cómo vamos a esperar?’ Preguntó la Hija de la Madre Tierra. “Nos están cazando y nos matarán”.

“Ven a mí’, dijo la Madre Tierra. “Te esconderé y te protegeré, hasta que llegue el momento en que la gente cambie de opinión”.

“Y así durmieron en los brazos de la Madre Tierra, y cuando llegó la mañana, la mujer se había convertido en una montaña, con su amiga Nube envuelta alrededor de su cabeza. Y por eso espera hasta que la gente cambie de opinión”.

“Esa es una historia extraña”, dijo Rachel. “Pero me gusta.”

“A mí también.”

“¿Me contarás otra historia mañana?”

“Por supuesto. Te contaré una historia todos los días mientras me quede aquí”.

“¿Cuánto tiempo estarás aquí?” Preguntó Rachel, sus ojos comenzando a cerrarse mientras dormía.

“Hasta que haga lo que he venido a hacer”.

“¿Qué es eso?”

“Despertar a la Hija de la Madre Tierra”, dijo Maya.

“¿Entonces cuáles son tus planes?” –Preguntó Johanna. Estaban tomando su segunda copa de vino, sentadas en la pequeña mesa apiñadas en un rincón de la cocina.

Maya miró a Johanna, absorbiéndola. Era difícil creer que por fin estaba en casa, que podía quedarse allí y ver a Johanna todos los días, y conocer a Rachel, y no tener que hacer las maletas y seguir adelante por la mañana.

“No te rías”, dijo Maya, “pero quiero escribir. Supongo que Sylvia me despertó el gusanillo”.

“¿Cómo va su libro?”

“Nada mal. Bastante bien, en realidad, en pequeña medida. Gana tres o cuatro mil al año con ello e insiste en darme la mitad. Así que tengo un poco de dinero ahorrado... No gasté mucho en México”.

“¡Genial!” Cuando Johanna sonrió, sus ojos se arrugaron y había líneas más tenues alrededor de los bordes. Estaba un poco más redonda que hace cuatro años... o tal vez no. Era difícil recordar porque el tiempo juntas había sido muy breve. Cuando Maya la imaginó mentalmente, vio a la Johanna de sus días de escuela secundaria. Pero esta

Johanna era madura, sofisticada con su traje rojo y su cabello recogido en un peinado afro cuidadosamente recortado.

“Quizás quiero escribir sobre lo que aprendí en la montaña. Y en México. No sé. Primero tengo que recuperarme del choque cultural”.

“¿Y no te preocupan las cuestiones legales? ¿De Rio?”

“La maga, que significa bruja, o tal vez hechicera, me dijo que no me preocupara. Así que no me preocuparé”.

“Hace mucho tiempo que no hablo con Tony Klein”, dijo Johanna. “Se ha convertido en un destacado abogado radical en Berkeley. Llámalo mañana. Él sabrá lo que debes hacer”.

“El bueno de Tony Klein”.

“Joyce Levine es psicoterapeuta en Boston”. Maya sonrió. “Supongo que todos lo habéis hecho bien, todos los viejos. Excepto yo. Y Rio”.

“Aún no has terminado”, dijo Johanna.

“¿Y Rio?”

Johanna guardó silencio un momento. Luego miró a Maya. “¿Estás en contacto con él?”

“No. Ni siquiera sé en qué prisión está. Supongo que podría averiguarlo.

“¿Vas a hacerlo?”

“No me parece. Supongo que todavía siento que hacer contacto con él podría estar tentando mi suerte. De todos modos, todo parece ya muy lejano”. ¿Era eso cierto? Se preguntó Maya. ¿O todavía estaba intentando apartarlo? “De ese amor no queda mucho más que las consecuencias”.

Por el alivio en el rostro de Johanna, Maya supo que había dado la respuesta correcta.

“¿Raquel lo sabe?” –Preguntó Maya. “¿Acerca de su padre?”

Johanna negó con la cabeza. “No vi ninguna razón para decírselo. Ella cree que su papá murió en la guerra de Vietnam”.

“Bueno, en cierto modo eso es cierto”, dijo Maya. “Aun así, ¿crees que es prudente criarla con una mentira? ¿No se resentirá cuando se entere?”

“¿Se lo vas a decir?” –Preguntó Johanna.

Maya tomó un largo sorbo de vino y sintió que la tensión de Johanna aumentaba mientras esperaba una respuesta. “No, a menos que tú quieras”.

“Se lo diré algún día, cuando tenga edad suficiente para entenderlo”. La voz de Johanna tenía un tono más alto,

ligeramente a la defensiva. “Ahora sólo sería una carga para ella”.

“¿Te hace preguntarte acerca de tu propio padre?”
–Preguntó Maya. “¿Cómo sabes que realmente murió en Corea?”

“Recibí dinero de la Administración de Veteranos para ir a la escuela. Mi mamá tenía álbumes de recortes con fotografías de él. Fotografías de boda. Fotos de barbacoa con la familia”, espetó Johanna, y luego guardó silencio. Sus ojos recorrieron las paredes de la cocina, como si buscaran pruebas inexistentes. “Oh. Bueno. Ya veo a qué te refieres.

“Ella es una niña muy inteligente, ¿sabes? No esperará eternamente”.

Johanna miró pensativamente el cuenco de su copa de vino. “Cuando obtenga su sangre, se lo diré entonces. ¿Te quedarás aquí tanto tiempo?

“No sé. Creo que me gustaría”, dijo Maya vacilante. La idea de permanecer en algún lugar durante más de unas pocas semanas era a la vez atractiva y aterradora. “Espero que... Si quieres que yo...”

“Sí. Necesito a alguien, Maya. Se está volviendo difícil hacerlo sola”.

“Lo sé.” Maya deslizó su mano sobre la mesa, para descansar sobre los dedos de Johanna, donde se curvaron alrededor del pie de su vaso. Los dedos eran delicados y suaves, y cuando sus manos se tocaron, todo el cuerpo de Maya se convirtió en un corazón palpitante.

“Sí”, dijo Maya.

“¿Sí qué?”

“Sabes qué.”

“Lo sé”, dijo Johanna lentamente. “Pero ...”

“¿Pero qué?” Preguntó Maya, alejando su mano.

“Piensa en nuestro historial”, dijo Johanna con una pequeña sonrisa forzada. “Cada vez que lo hacemos, sigue alguna catástrofe. Policías, profesores de gimnasia, suicidas, más policías...”

“Tal vez podamos romper el patrón”. Sonrió Maya. Entonces sus ojos se pusieron serios. “O tal vez no quieras. Está bien. Seguiremos siendo amigas”.

“Siempre seremos amigas”, dijo Johanna. “Siempre seremos amantes, en el sentido más profundo de la palabra. Y me asusta muchísimo”.

“¿Por qué?”

“Hemos hecho el amor exactamente tres veces”, dijo Johanna, extendiendo la mano y tomando la mano de Maya nuevamente. Un cálido resplandor subió a través de los dedos de Maya, a través de su brazo, hasta el centro de su cuerpo donde encendió fuego. “Y cada vez me trajo un gran regalo comprado a un precio muy, muy alto. La primera vez nos hizo volar el mundo a las dos y me enseñó lo que tenía que ser”.

“¿Qué es eso?”

“La frase que uso es guerrera del corazón. Guerrillera del corazón”.

“Eso me gusta”, dijo Maya, juntando su mano libre sobre la de Johanna, para poder acunar el calor entre sus palmas. “Te queda bien. También suena bien en español. Guerrillera del corazón. ¿Y la segunda vez?”

“La segunda vez me trajo a Rachel”.

Maya presionó la mano de Johanna entre las suyas. “¿Y la tercera?”

“La tercera vez te encontré y te perdí al mismo tiempo”.

“No me iré esta vez”, prometió Maya.

Johanna miró hacia la mesa.

“¿Tienes miedo de eso?” –Preguntó Maya.

“Tal vez”, admitió Johanna. “Soy madre, maestra y estudiante de posgrado. Tengo una tesis que escribir. No estoy segura de poder soportar que mi mundo sea destrozado a diario”.

“Si lo hacemos a diario”, dijo Maya, “o incluso, digamos, quincenalmente, tal vez nos acostumbremos. No será una experiencia tan devastadora”.

“¿Y qué pasa si está destinado a ser así?” –Preguntó Johanna. “¿Qué pasa si se supone que es algo raro, mágico y fuera de lo común, no algo arrastrado por los prejuicios, la política y toda la rutina de la vida cotidiana de todos? ¿Qué pasa si no quiero proclamarme lesbiana y unirme al Centro de Mujeres?”

“¿Es eso lo que te molesta?” Maya dejó ir a Johanna.

“Para ser absolutamente honesta, eso es parte del problema”.

“Ya veo.” Maya inclinó su silla hacia atrás y se apoyó contra la pared. “Eres madre, estudiante de posgrado y un pilar de la sociedad. Supongo que es más fácil para mí. Sólo soy una hippie, una que abandonó la escuela secundaria, una revolucionaria y una fugitiva, así que ¿por qué no ser lesbiana también?

“No eres negra”, dijo Johanna. “La comunidad negra no simpatiza con las lesbianas. Y ahí es donde está mi trabajo, Maya. No es que tenga miedo del qué dirán. ¿Tengo derecho a satisfacer mis deseos si eso destruye mi utilidad?”

Maya dejó su silla firmemente sobre sus cuatro patas y se inclinó hacia adelante. “Olvidas que he escuchado esos argumentos antes. Eso dijimos, una y otra vez, en el Frente. ¿Tenemos derecho a una vida personal en tiempos de guerra? La pobre Edith muerta y Daniel... siempre se sintió condenado. Nunca supe cómo discutir con ellos, pero siempre sentí que algo andaba mal. ¿Qué utilidad podemos tener si no vivimos plenamente quiénes somos? ¿Qué tipo de mundo puede crear la mitad de la gente?”

“No quiero definirme”, dijo Johanna. “Me gustan los hombres, ¿sabes? Los encuentro atractivos”.

“Ambas lo hacemos”, dijo Maya. “A veces incluso el mismo”.

“¿Estás enojada por eso?”

“No.”

Se sentaron juntas en un largo silencio.

Johanna extendió la mano y volvió a tomar la mano de Maya. “¿Entonces, qué nos queda?”, preguntó ella.

“Un amor poderoso de una por la otra”, susurró Maya. “Uno que no podemos limitar, definir o encajar en ninguna categoría... porque lo encontramos cuando buscamos romper todos los límites”.

“Tengo miedo”, dijo Johanna en voz baja, “pero soy una guerrera del corazón. No dejaré que el miedo me detenga”.

“¿No?”

“¿Qué deseas?”

Maya se aferró a la mano de Johanna, empapándose de su toque eléctrico. “Nuestra primera vez fue fuego, la segunda, en esa tormenta, agua. La tercera fue tierra y esta vez...”

“¿Cuál sería esta vez?” –murmuró Johanna.

“Quiero que esta vez sea como pájaros que se acarician con delicadas alas, como águilas que se aparean en caída libre, apretadas entre sí, girando en espirales mientras caen a la tierra”.

XLIII. DE KHUNDE A THAMI

Viaje hacia el oeste por la tradicional ruta comercial hacia el Tíbet. Al final del día llegamos al monasterio de Thami, uno de los más antiguos de la región, que parece surgir de las rocas de la montaña. Una subida suave y constante, con la última hora bastante empinada.

– Folleto de Mountain Co–Op Adventures

Maya se despertó con el grave gruñido de los cuernos tibetanos. Al principio sonaron como un motor calentándose o un pequeño avión errante, pero todavía estaba demasiado oscuro para que cualquier avión se aventurara en estas montañas. Tashi, que le trajo té, le sonrió cuando le preguntó cuál era el sonido.

“Una ceremonia”, dijo. “Alguien ha muerto en el pueblo, probablemente.”

Escuchó las armonías bajas mientras bebía el té de la mañana. Los cuernos parecían tocarse en pares, uno de ellos se elevaba por un momento, produciendo un sonido más reconocible como música, un llamado o una advertencia a los espíritus malignos: “¡Fuera! ¡Salid!” Luego retrocedía para unirse a su hermano en los profundos reinos del abismo, tarareando un gruñido bajo y resonante, como si la propia tierra estuviera tratando de cantar.

Y lo está, pensó Maya. Así la tierra se da aquí voz, haciendo resonar los cuernos y los huesos de trompeta y los labios para tocarlas, alimentándolos de ella misma para que cada átomo y molécula de sus cuerpos sea de su hierba, de su cebada, de sus campos de papa.

De repente, apoyada contra la pared de la tienda, con la parte inferior de su cuerpo apoyada en el suelo, tuvo una profunda sensación de cómo sería realmente pertenecer a estas montañas, no comer nada que no creciera en estos campos o pastase en estos prados, santificados por la oración y el sudor. Vio los muros de piedra alzándose para proteger las pequeñas parcelas de tierra y las casas de piedra creciendo para albergar a la gente, a los gompas levantando sus techos escalonados y pintando sus mandalas y colgando sus tankas y banderas de oración, no como cosas hechas por la gente sobre la tierra o hacia la tierra, sino como la propia

forma de autoexpresión de la tierra, de modo que la comida, el refugio, los cánticos y las oraciones de la gente fueran todos un tejido perfecto de relación. O lo fueron, alguna vez. Ahora las costuras, tal vez, se estaban deshilachando un poco. Y aquí estoy, pensó, un logo extranjero intentando bordarse en el brocado, sin entenderlo realmente. Bebiendo este té, que no hice para mí ni cultivé. Que se cultivó en tierras con las que no tengo ninguna relación.

De hecho, casi todo lo que he comido en mi vida, aparte de las pocas hierbas y lechugas que cultivamos en el patio trasero, proviene de tierras con las que no tengo ninguna relación. Eso parece obsceno, de algún modo. Como tener relaciones sexuales constantemente sin ninguna implicación personal. Peor aún. La comida es una penetración mucho más íntima.

Maya dejó su taza vacía. Quizás por eso muchos de nosotros tenemos cáncer, pensó. No son los aditivos, es la desconexión que representan. ¿Pero qué hacemos al respecto? No podemos volver atrás y reconvertirnos en agricultores.

Los cuernos agudos empezaron a perseguirse unos a otros a lo largo de una escala de notas menores y disonantes. ¿A quién pertenezco? Se preguntó ella. ¿A Johanna? Siempre hemos sentido que pertenecíamos la una a la otra. Por eso hemos permanecido juntas durante doce años, sin perder nunca la magia aunque, como ella temía, ciertamente la

cotidianidad nos desgastaba. Pero aguantamos, a través de mi ascenso de proscrita sin un centavo a autora publicada, a través de nuestros experimentos en la no monogamia, a través de todos nuestros argumentos, en los buenos y en los malos tiempos. Hemos estado juntas tanto tiempo que cada una somos en parte la expresión de la otra, como esos cuernos son la expresión del ascenso y descenso de estos senderos.

Pero ahora Maya estaba sintiendo las brechas, las desconexiones. Todos esos años de exilio, pensó. Culpé a Rio, así que me confabulé con Johanna para exiliarlo, sin contactarlo nunca, incluso cuando hubiera sido seguro, debido a su secreto. Oh, le advertí, le aconsejé que fuera honesta con Rachel, pero guardé silencio.

En la primera ceremonia de sangre de Rachel, la sentaron en el centro de un círculo iluminado con velas y formado por siete mujeres vestidas de rojo. La bañaron en agua de manantial mezclada con agua recolectada durante un año por todos sus amigos viajeros, del pozo sagrado de Brigid en Irlanda y del río Níger y el Nilo. Vistieron a la niña con una capa roja que Maya le había hecho y le colocaron rosas rojas en la mano.

“Ahora eres una mujer”, le dijeron, mientras ella se sentaba en el centro del círculo sagrado. “Pregúntanos lo que quieras sobre ser mujer e intentaremos responderte con sinceridad”.

“Háblame de mi padre”, le dijo a Johanna. Johanna le contó a regañadientes que su padre había intentado detener la guerra de Vietnam utilizando medios violentos, que había bombardeado el edificio del Bank of America y matado accidentalmente a una mujer. Los ojos de Rachel se veían grandes en el cuarto oscuro y Maya podía ver las llamas de las velas reflejadas en sus profundidades. Entonces Johanna mintió. Le dijo a Rachel que su padre estaba muerto.

¿Qué podría haber hecho? Se preguntó Maya. ¿Debería haberme alzado en el círculo sagrado y acusarla de mentir? ¿Debería habérselo dicho a Rachel más tarde?

Habían peleado, por supuesto, detrás de la puerta cerrada del dormitorio después de que todas las mujeres se hubieran ido y Rachel estuviera dormida.

“Tienes miedo de un rival”, había acusado Maya a Johanna. “Estás tratando de acaparar su amor”.

“Estoy tratando de protegerla”, dijo Johanna. “Está bien, no es cierto que esté muerto, pero en otro sentido sí lo está. El Río que conocíamos está muerto”.

“¡Eso es un sofisma!”

“Mira, Maya”. Johanna tomó las manos de Maya. Estaban de pie en la oscuridad junto a la cama y Maya apenas podía ver el rostro de Jo. “Me has contado cómo era Río, esos últimos años en los que viviste con él. Tú misma dijiste que

era alcohólico, que estaba muy borracho y fuera de control. Todos los días trabajo con docenas de niñas que han sido violadas y torturadas con incesto y abusadas por sus padres, tíos y padrastros borrachos. Si sabe que está vivo, querrá contactarlo. ¿Cómo puedo arriesgarme?

“Está en prisión”, dijo Maya. “Difícilmente podrá abusar de ella desde allí”.

“Razón de más para protegerla”, insistió Johanna. “¿De verdad crees que una docena de años de prisión mejorarán su carácter?”

Maya guardó silencio. Sus manos se sentían flácidas en las manos de Johanna.

“Míranos”, continuó Johanna, apretando con más fuerza las manos de Maya. “Mi padre está muerto y tenía una gran relación con él. Hablaba con él por las noches cuando rezaba, siempre sentí su amor y apoyo. Quizás fueran imaginarios, pero eso no importaba. Tu padre está vivo y es una fuente constante de decepción para ti.

“Pero eso es real”, dijo Maya, alejándose y sentándose en la cama. “Es mejor una decepción real que una fantasía irreal”.

“No estoy de acuerdo”, dijo Johanna. “Una fantasía positiva es muchísimo mejor que una realidad abusiva. ¿No has leído

los estudios sobre cuántas mujeres creativas crecieron sin padres?

“No he leído ningún estudio sobre nada”, dijo Maya. “Bien lo sabes. Sólo digo que no deberías haber mentido. Estábamos en un espacio sagrado, formando un círculo, y deberías haberle dicho la verdad”.

Podría haber luchado contra ella entonces, pensó Maya. Podría haberla dejado. Podría dejarla ahora, desarraigarme de mi suelo, romper el espejo y abrir un espacio muy, muy amplio que cualquier cosa podría llenar. Podría ser libre.

La idea la dejó helada. Abrió la puerta de su tienda y contempló un campo cubierto de nieve.

La nieve atormentó al grupo de excursionistas durante toda la mañana, cayendo en torbellinos y arremolinándose y luego retrocediendo mientras caminaban sobre un terreno abierto cubierto de rocas, amplias vistas que le recordaron a Maya las praderas abiertas de las Sierras, tierra de color marrón rojizo, matorrales y altos picos bajo las nubes bajas. El sendero descendía hacia un cañón bordeado de abetos desde donde podían ver el horizonte azul de senderos y montañas desplegándose y atrayendo: la “carretera”, la antigua ruta comercial, hacia el Tíbet. Los slips largos y el chaleco de plumas de Maya no pudieron evitar que el viento frío se colara a través de cada capa de protección que pudo idear. Pero al menos el sendero era en su mayor parte cuesta

abajo o llano, y podía respirar el aire fresco y acre. Quizás la penicilina finalmente estaba funcionando.

Después del almuerzo, el clima empeoró y el sendero comenzó a ascender a través de un escarpado desfiladero azul sobre el ancho lecho de grava de un pequeño y feroz río. Los lados del cañón se elevaron, desnudos, negros y rocosos a medida que las nubes se acercaban y las ráfagas de nieve se convertían en un constante aguanieve húmedo.

Finalmente, el sendero tomó una pendiente pronunciada hasta el río, cruzó un puente junto a paredes de roca adornadas con pinturas de Tara y del Guru Rinpoche. Maya miró hacia donde las aguas de color blanco azulado habían tallado y esculpido la roca gris en formas onduladas y agujeros que parecían huesos. El agua había empapado sus botas de montaña y sus pies eran piedras frías. Al otro lado del río, el sendero ascendía en curvas cerradas por la ladera de la montaña.

Lo entiendo, Diosa, le dijo al agua, a la roca, a las crecientes paredes del cañón. Esto es una prueba. Ayer tuve la Gran Revelación sobre la aceptación, así que hoy quieres saber si realmente lo he entendido. ¿Podré conservarlo cuando las cosas se pongan difíciles? No podrías darme un día para disfrutarlo. Oh no, tú no.

Bueno oye, no hay problema. Se giró y empezó a subir por el sendero. Le dolían los pies fríos, pero eso era sólo una

sensación. Si no se encogía ante el frío, no se alejaba de él, no pensaba en tomar una buena taza de té dentro de un cálido refugio... ja, eso era una risa; dudaba que algo así existiera en todo Khumbu..., aunque simplemente se dejara llevar por la pendiente del sendero y su tos, que había regresado, y el aguanieve helado, le impidiera toda la vista de la montaña...

Dame un respiro, Sagarmatha, Chomolungma, como quieras llamarte. Lo que parece que no entiendes es que estoy tratando de hacer la Aceptación 101 y esto es como el examen parcial del seminario de posgrado.

Aún así, subió, alimentándose de las siluetas sombrías de los árboles o de los atisbos del arroyo, que se acercaba cada vez más al sendero a medida que el desfiladero se abría hacia los campos inclinados. Siguieron los bajos muros de piedra más allá de algunas casas, cruzaron el arroyo sobre escalones de piedra y finalmente llegaron al campamento, un campo al lado de una casa de té que se alzaba sola bajo el hombro de la montaña.

Tenzing la estaba esperando mientras pasaba por el pequeño hueco en el muro de piedra que se abría al campo.

“Entra y caliéntate”, dijo. “Los chicos del establecimiento montarán vuestras tiendas de campaña”.

“Tengo que encontrar a mi hermana”, le dijo Maya.

“Creo que ella te encontrará”, dijo, sonriendo, y ella tomó su palabra y lo siguió al interior del bhatti.

Decir que el bhatti era cálido habría sido una gran exageración, pero hacía un poco menos de frío que al aire exterior y era considerablemente más seco. Maya se puso sus pantalones deportivos y un suéter y calcetines de lana seca. Estaba a punto de sentarse para calentarse las manos con una taza de té caliente cuando se abrió la puerta. Entró una mujer vestida con el traje tradicional sherpa, el pañuelo en la cabeza, el jersey largo y los delantales a rayas atados por delante y por detrás. Las Nike que llevaba en los pies parecían incongruentes. Sus ojos recorrieron la habitación y por un largo momento Maya no la reconoció. Entonces sus miradas se encontraron. Se miraron fijamente por un momento, luego corrieron una hacia la otra y se abrazaron.

Se envolvieron durante un largo momento, con fuerza, como si al presionarse lo suficientemente cerca pudieran borrar todos los espacios que alguna vez las habían separado.

“¡Debby!” Dijo Maya, alejándose por fin. El flequillo castaño de Debby caía directamente hasta su frente bajo el pañuelo, y sus gafas grandes y redondas le daban la misma mirada seria y de lechuza que había tenido cuando era niña. “Estaba empezando a pensar que caminaría por todo el país de los sherpas sin verte siquiera”.

Debby se apartó del abrazo de Maya.

“Háblame de mamá”, dijo. Su voz bajó. “Ella está muerta, ¿no?”

“¿Nunca recibiste mi carta?”

Debby negó con la cabeza. “No. Pero lo supe cuando recibí el mensaje de la empresa de trekking. No vendrías aquí si ella todavía estuviera viva”.

La voz de Debby era triste, pero tenía un trasfondo de acusación. Maya dio un paso atrás.

“No podía ponerlo en un cable”, dijo. “Era demasiado abrupto. Mamá muerta, detente. No era así como quería que lo descubrieras. Entonces escribí. ¿Pero no lo entendiste?”

“Lo sabía de todos modos”.

“Lo lamento. Pero en realidad no quería simplemente escribirte una carta. Quería poder abrazarte y consolarte”.

Debby negó con la cabeza. “No intentes ser mi madre ahora, Karla. Maya... lo que sea. Es demasiado tarde para eso. Sólo porque mamá esté muerta no significa que heredes su lugar”.

“No estoy tratando de tomar su lugar”, dijo Maya.

Permanecieron un momento en incómodo silencio la una con la otra.

“Ven y conoce al resto del grupo”, dijo Maya finalmente. Se reunieron con los demás alrededor de una gran mesa donde se servía el té. Tenzing, Ang y los otros sherpas eran viejos conocidos de uno de los dos únicos médicos existentes a un día de caminata de Namche, y Debby les hablaba en una mezcla de inglés y sherpa con una camaradería amistosa. Los americanos la recibieron con cálida curiosidad.

“¿Cuánto tiempo llevas practicando aquí?” –preguntó Carolyn.

“Casi dos años”, dijo Debby.

“Me interesan los problemas de salud mental en estas aldeas”, dijo Peter. “¿Hay muchas psicosis?”

Debby sonrió. “Aquí arriba, la cordura y la locura se encuentran en un contexto completamente diferente. La comunidad se hace cargo de la mayoría de las necesidades que llevamos a los psicoterapeutas. Los lamas y los curanderos tradicionales se encargan de la mayor parte del resto”.

“Pero debe existir alguna verdadera psicosis”, insistió Peter. “Existe en todas las culturas”.

“Cuando lo hacemos, lo vemos a la antigua usanza, como posesión por espíritus malignos. En su mayoría lo tratan con oración y magia. Y, francamente, eso parece funcionar tan bien como la mayoría de la medicina occidental en esos casos”. Debby cambió de tema. “Según tengo entendido, todos ustedes estaban en Tengpoche cuando ardió. Cuentenme sobre eso.”

“Fue terrible”, dijo Carolyn. “Nunca me había sentido tan impotente”.

Peter se lanzó a una larga descripción de los acontecimientos de la noche, Lonnie lo interrumpió y los demás intervinieron. Maya se sentó y escuchó, cada vez más impaciente. Quería a su hermana para ella.

Howard estaba sentado en silencio, un poco apartado de los demás. Captó la mirada de Maya y le dedicó una media sonrisa tímida. Intentó devolverle un gesto amable y amistoso, que le transmitiera una mirada amistosa pero neutral. Realmente, ella no quería herir sus sentimientos ni arruinar su viaje. Ella quería que él tuviera la aventura más salvaje, segura y limpia que pudiera. Su sonrisa se hizo más profunda a cambio. Rápidamente Maya apartó la mirada e interrumpió a los demás.

“Estaba pensando”, dijo, “que todos deberíamos contribuir con algo de dinero y hacer una donación para la reconstrucción de la gompa”.

“Sí, estábamos pensando lo mismo”, dijo Peter. “Es una buena idea.”

Se lanzaron a una nueva discusión y Maya volvió a interrumpir.

“Sabéis, Debby y yo apenas hemos tenido la oportunidad de hablar. ¿Os importa si me la llevo?”

Carolyn sonrió. “Por supuesto que queréis hablar”, dijo. Debby y Maya recogieron sus tazas y platos de galletas y se dirigieron a una pequeña mesa en el rincón más alejado.

Debby habló con la sherpani que dirigía la casa de té y les trajo una taza de té recién hecho y un montón de pan plano. La sherpani habló y habló durante un rato en su propio idioma, evidentemente describiendo algún síntoma o problema, pues Debby escuchaba atentamente y de vez en cuando hacía algún comentario en tono profesional. Debby pertenece aquí, se dio cuenta Maya de repente. Ella no ha crecido en estas montañas más que yo, la medicina que ofrece no tiene más conexión con esta tierra que la fruta enlatada importada, pero de alguna manera ha llegado a echar raíces aquí.

Por fin, la mujer desapareció en la cocina y Maya y Debby pudieron hablar.

“Te ves genial”, dijo Maya, tratando de tocar una nota ligera. Conectemos primero, antes de descender a la pesada

compañía de la muerte. “¡Delgada y bronceada!” Oh, Diosa, escúchame. ¿Por qué las mujeres siempre tenemos que empezar de esta manera, asegurándonos unas a otras que nos vemos bien? Un ritual de conexión, como el de los perros que levantan cortésmente la cola para olfatear. “No esperaba que llevaras el vestido local”.

“Hacen que la gente se sienta más cómoda”, dijo Debby. “La ropa, quiero decir. Y tú misma pareces delgada y esbelta.

“Ahora estás mintiendo”, dijo Maya. “Nadie puede verse delgado con pantalones deportivos”. Volvió la cabeza y tosió por un momento, y Debby fijó una mirada profesional en ella, preocupada.

“Aunque no sueñas tan bien. ¿Cuánto tiempo llevas con esa tos?

“Desde que me resfrié en el avión que venía para acá. Simplemente no va mucho mejor”.

“No, no mejorará, a esta altitud. Nada se cura fácilmente aquí arriba, especialmente los pulmones. El aire es muy seco. ¿Pero estás segura de que no tienes ni un poquito de mal de montaña? Eso puede ser bastante serio, ¿sabes?

“Lo sé. Pero no tengo ningún otro síntoma. Y parece estar mejorando un poco. No lo sé, a estas alturas estoy tan acostumbrada que si dejara de toser no sabría quién soy”.

Debby no parecía convencida. “Probablemente te vendría bien un buen y largo descanso. No te cuidas”.

“Suenas como Betty cuando dices eso”.

“A veces Betty tenía razón”. Los ojos de Debby comenzaron a nublarse con lágrimas. Maya extendió una mano por encima de la mesa. Sí, esto era lo que ella quería, estar con Debby, consolarla, conectarse. Pero Debby apartó la mano de Maya. “Deberías haberme avisado, Karla. Deberías haberme dicho que se estaba muriendo”.

Maya suspiró. Así que así iba a ser. Como siempre fue, como siempre había sido, entre ella y Debby, entre ella y Betty. Se tanteaban la una a la otra y fallaban y se daban golpes en lugar de suaves toques reconfortantes.

“Estuvo muriendo durante un año y medio”. Maya intentó mantener su voz tranquila y neutral. No estoy emitiendo juicios, sólo exponiendo hechos. “Sabías que ella tenía cáncer. Nunca volviste a casa”.

“El cáncer puede significar años. Estaba intentando volver a casa. Sólo que lleva un tiempo arreglar las cosas aquí. No puedo simplemente irme y dejar a esta gente”.

Maya se sentó, con los labios cerrados, dejando que el vapor de su taza de té rodeara su rostro como una nube, un velo.

“¿Qué es?” Dijo Debby. “Adelante, escúpelo. No puedo soportarlo.”

¿Es realmente por eso que vine? Se preguntó Maya. ¿No para consolar, sino para confrontar? Estoy acusando, estoy acusando, Debby. Yo estuve allí para ella al final y tú no.

“¿Bien?” Debby estaba esperando.

“En un año y medio podrías haber encontrado a alguien que te relevara. De todas las personas, los sherpas entenderían que necesitabas ir a consolar a tu madre moribunda”.

Tan pronto como dijo esas palabras, Maya se arrepintió. Debby se limitó a mirarla, con la mirada fija detrás de los lentes redondos que reflejaban el propio rostro de Maya. Mirar a Debby era como mirarse en un espejo, el espejo que siempre le había mostrado lo que podría haber sido, lo que debería haber sido, con lo que nunca podría estar a la altura. La buena hermana. Ella siempre fue la mala. Pero había sido insuficiente con Betty al final.

“Ésta es mi vida”, dijo finalmente Debby. “Yo la elegí. He vivido en lugares apartados, donde realmente me necesitaban. Eso es lo que quiero. No quiero operarme la nariz en Wilshire Boulevard. Quiero ayudar a las personas que más lo necesitan. Hay un precio, como lo hay para cualquier cosa. Supongo que mamá y tú pagasteis una parte

de ese precio. Tómallo como tu contribución al Tercer Mundo”.

“Mira, lamento haber dicho eso”. Tentativamente, Maya extendió su mano hacia adelante nuevamente, pero ante la mirada de Debby, la retiró. “No es que quiera hacerte sentir culpable”.

“Sólo lo estás intentando con todas tus fuerzas”.

“Digamos que el espíritu de Betty se apoderó de mí por un momento allí”. Maya aventuró una sonrisa momentánea.

“¿De qué te ríes?”

“Estaba pensando que ayer por la tarde pensé que había alcanzado una especie de iluminación. Pero no hay nada como tu propia familia para quitarte la serenidad del Buda”.

Debby la miró y, de repente, un pequeño atisbo de sonrisa apareció en las comisuras de su boca.

“Lo siento, Karla–Maya. Sé que hiciste lo mejor que pudiste por ella. Sé que fue una gran tensión para ti”.

Ahora Debby extendió su mano sobre la mesa y Maya la tomó. Así es como es, pensó. Podemos conectarnos si dejas que la madre sea ella, si dejas que ella sea quien se ponga en el lugar de Betty. ¿Bueno, por qué no?

“A veces desearía haber hecho más”, admitió Maya. “A veces me siento fatal por no haber abandonado mi vida y haberme mudado allí para cuidarla”.

“Lo sé. Pero ella te habría vuelto loca”. “Y esa es la tragedia de Betty”.

“Esa es la tragedia de la vida”, dijo Debby. “Pero yo también lo siento. Lo siento, lo siento, lo siento. Lamentaré el resto de mi vida no haber podido decirle adiós. ¿Fue... difícil al final?

“Al final todo fue pacífico”, dijo Maya. “La sentí irse y de repente la habitación se llenó de una gran sensación de paz. Y alivio. Hasta entonces era un infierno. Es sorprendente cuán tortuosamente el cuerpo intenta mantenerse con vida. Todavía respirando, cuando ya no tiene sentido”.

“Lo sé.”

“Supongo que sí. Lavé su cuerpo después de su muerte. La enfermera me dejó. Bendije cada parte de ella. Su cabello todavía se estaba cayendo debido a la radiación. El vello púbico también. Era muy difícil mantener el pelo pegado a ella. Todavía pienso en eso”.

“¿Supongo que ya tuviste el funeral?”

“Tiene que ser dentro de un día, según la ley judía. Tú lo sabes.”

Debby asintió. “No es que la ley judía haya significado mucho para Betty”.

“Bueno, ¿qué podría hacer? No podía mantenerla en una cámara frigorífica durante uno o dos meses mientras te expulsaban del Himalaya.

“No, por supuesto que no”, admitió Debby. “Bueno, ¿cómo estuvo? ¿Fue un funeral bonito?

“Lo grabé para ti. Vinieron todos los primos segundos y muchos de sus compañeros. La gente decía cosas bonitas”. Buscó en su mochila y sacó un casete envuelto en papel regalo y se lo entregó a Debby como ofrenda de paz.

“Gracias.” Debby sostuvo el casete en su mano, lo desenvolvió y lo miró como si fuera algo que pudiera picar. “¿Dónde la enterraste?”

“Ella no quería ser enterrada, con tradición o sin ella. La hice incinerar”.

Debby asintió. “Eso es mejor. Odiaba pensar en ella en uno de esos lugares tipo Forest Lawn en Los Ángeles. ¿Qué hiciste con las cenizas? Guardó el casete en una bolsa que llevaba en el delantal.

“Nada aún. Pensé que podríamos hacer algo juntas”.

Debby guardó silencio.

“¿Qué?” –Preguntó Maya. “¿Qué dices?”

“Quizás me quede”, añadió. “Ahora que Betty está muerta, no hay motivo para que regrese todavía. Podría quedarme un año más”.

Miró a Maya, una mirada rápida como si esperara ira o recriminaciones, pero Maya simplemente se encogió de hombros.

“Eso tiene sentido. ¿Por qué no?”

“Quiero decir, que te extraño. Quería verte, y ahora estás aquí”.

“Por un par de días.”

“Regresa. Ahora que conoces el camino, acércate en cualquier momento”.

Ellas rieron. Sí, cuando sonreímos, cuando echa así la cabeza hacia atrás, entonces nos parecemos, pensó Maya. Somos hermanas.

“De todos modos, supongo que deberías seguir adelante y hacer lo que sea con las cenizas. Quiero decir, aprecio que pienses en mí y todo eso...”

“En realidad”, dijo Maya, “tengo las cenizas aquí”.

“¿Qué?”

“Las traje conmigo”.

“¿Por qué, en nombre de los siete Budas, harías eso?”

“Porque no pudiste venir al funeral. Porque soy tan malditamente psíquica que en algún lugar en el fondo sabía que no volverías pronto.

“¡Pero Maya, ella no pertenece aquí!” Debby levantó las manos con frustración. “¡Ella no es una sherpani!”

“Tú tampoco, pero estás aquí”.

“Eso no es lo mismo. Y tampoco para siempre”.

“Ya es suficiente”, dijo Maya, e inmediatamente deseó no haberlo hecho. “Lo siento, no sé qué diablos me pasa”.

“Sé exactamente qué te pasa. Estás loca. Estás enojada porque en tu mente se supone que eres tú quien puede salir y hacer cosas emocionantes y tener aventuras y desaparecer en Dios sabe dónde, y se supone que soy yo quien debe estar atrapada cuidando de Mamá. Y por una vez resultó al revés”.

¿Era eso cierto? Se preguntó Maya. ¿Estaba resentida Debby por no cumplir con su papel de buena hermana? Podría ser verdad. Tendría que examinarlo en un momento de calma reflexiva, si es que algún día llegaba ese momento. En ese momento todo lo que sentía era una especie de picadura entumecida y una necesidad de responder y

protegerse. Era una sensación, un estado de energía que le resultaba profundamente familiar. En media hora juntas, ella y Debby habían reproducido exactamente lo que Betty y Joe habían generado entre ellos, lo que los había distanciado.

Somos las hijas de nuestros padres. Casi lo dijo en voz alta, pero en lugar de eso dijo simplemente: “No quiero pelear contigo, Debby. Lo lamento. No quiero hacerte sentir mal”.

El rostro de Debby tenía una expresión hinchada, como si estuviera intentando con todas sus fuerzas no llorar. “No puedo creer que hayas traído sus cenizas aquí. ¿En qué? ¿Una urna a lomos de yak? ¿Una caja?”

“Una bolsa de plástico, si quieres saberlo. Así salieron del crematorio”.

Debby se estremeció. “¿Por qué no enviar simplemente su cadáver? Podríamos cortarlo y dárselo a los buitres, como hacen los tibetanos. ¡Habría pensado que tú, entre todas las personas, tendrías una idea de lo que pertenece y lo que no pertenece! ¡Yo debería haber estado allí al final, no tú!

No voy a decirlo, pensó Maya. No voy a decir: ¿Y de quién es la culpa de que no lo fueras?

Maya respiró hondo e intentó hablar en un tono tranquilo y distante, sin conseguirlo del todo.

“Tal vez tengas razón, tal vez deberías haber estado allí en lugar de mí. Quizás Betty lo hubiera preferido así, no lo sé. Pero no estabas. Tuve que tomar las decisiones. Entonces, está bien, dime a dónde pertenece y la llevaré allí. ¿Monte Sión, en Tierra Santa? ¿Rusia? ¿Los Ángeles, en algún cementerio lleno de contaminación en un valle que tú y yo nunca iremos a visitar? ¿Debería haberla esparcido en el patio y luego vender la casa? ¿Debería enterrarla en mi patio trasero? ¡Dime qué debería haber hecho con mamá!

“¿Por qué no le preguntaste qué quería que hicieras?”

“¡Lo hice! ¡Docenas de veces! Ella nunca lo dijo. Lo único que dijo fue que no quería que la enterraran. No, eso no es verdad. Lo que en realidad dijo fue: “Si no me pueden enterrar junto a Joe, no quiero que me entierren en ningún lado”.

“Oh, Dios. Realmente no dijo eso, ¿verdad?”

“Lo hizo.”

Debby miró a Maya y sacudió la cabeza. “Nunca lo superó, ¿verdad?”

“Ella empeoró al final. Ella lloraba y lloraba y lloraba por cómo él la traicionó”.

“Oh Dios.”

Ahora podían volver a mirarse, unidas por una mezcla de lástima y vergüenza que ambas conocían.

“Probablemente debería haber esparcido sus cenizas en el puerto de Nueva York, como las de Joe, para que pudieran mezclarse en el fondo del mar”, dijo Maya. “Eso es lo que ella realmente hubiera querido, aunque no se atrevía a decirlo. Y yo no me atreví a hacerlo”.

“No. No, no podrías hacer eso”. Debby extendió su mano hacia adelante y Maya la tomó. Se sentaron, tomadas de la mano, unidas por fin.

Tenzing se acercó a su mesa y rompió el silencio entre ellas. “Vamos a caminar hasta la gompa. La lluvia ha parado. ¿Vendréis?”

Debby miró a Maya. “La gompa es muy hermosa”, dijo. “No deberías perdértela”.

“No me lo digas”, le dijo Maya a Tenzing. “Todo es cuesta arriba, ¿a que sí?”

Él asintió, sonriendo. “Pero al regresar, todo será cuesta abajo”.

La lluvia no había cesado, sino que se había convertido en polvo de nieve que volaba de lado hacia ellos mientras subían. La nieve cubría los árboles con una fina silueta blanca, dibujaba rayas blancas en el palo de madera que un

joven sherpa llevaba montaña abajo y vidriaba los lomos de los yaks que pasaban junto a ellos. Mientras caminaban por el sendero, aparecieron de repente formas imponentes de entre el gris y, a medida que se acercaban, tomaron forma y definición, convirtiéndose en un muro de oración, un árbol doblado, una puerta de piedra.

Maya había vuelto a gatear como un caracol, respirando laboriosamente y deteniéndose periódicamente para toser. Debby subió con facilidad, sin siquiera respirar con dificultad, pero se quedó junto a Maya, luciendo preocupada.

“Tal vez habríamos hecho mejor en quedarnos en el bhatti”, dijo. “Realmente parece que te vendría bien un buen descanso”.

“Tú me conoces”, dijo Maya, deteniéndose por un momento. “Odio perderme algo. Además, el viaje casi ha terminado. Tendré mucho tiempo para descansar cuando llegue a casa”.

“Nunca crecerás”, dijo Debby.

“Espero que no”, dijo Maya con fervor. Todavía estaba intentando practicar su disciplina de aceptación. Si pudiera dejar en paz a Debby, como podía dejar su propia lentitud, su tos, entonces su relación le parecería tan hermosa como un trozo de mármol viejo, coloreado con muchas vetas, defectos e imperfecciones, rico y fuerte.

Doblaron una curva y descubrieron que las nubes se habían abierto para revelar un rayo de sol y una visión de las altas montañas al otro lado del desfiladero. Pembila, Lonnie, Jan y Carolyn se sentaron en un muro de piedra mirando la vista y descansando, mientras Maya y Debby se acercaban a ellos. Todos los hombres habían seguido adelante y Maya se sintió aliviada al ver que Howard no estaba por ningún lado. Su presencia puso ansiosa a Maya, como si al rechazarlo hubiera cometido algún error que la dejaría expuesta a represalias.

No estoy obligada a acostarme con todos los hombres que me lo piden, se dijo con firmeza. Después de veinte años de feminismo, seguramente no debería tener que planteármelo todavía.

No, eso no es lo que me molesta. Tal vez en algún reino profundo y oculto de mi subconsciente, siento que al rechazar a Howard, un Howard básicamente decente, estable y responsable, me quedo abierta a Rio.

Maya dejó su mochila y se unió a las mujeres en la pared. El cambio en la respiración provocó una nueva ronda de tos. Evitó la mirada de Debby.

“Entonces, ¿estás feliz trabajando aquí?” le preguntó Carolyn a Debby.

“Me encanta”, dijo Debby con fervor. “Es el lugar más fascinante en el que he estado... y me necesitan todos los días”.

“Eso debe ser satisfactorio”, dijo Carolyn.

“¿Pero no te sientes sola?” –Preguntó Jan. Estaba sentada cerca de Lonnie. No se tocaban del todo, y una vez más Maya casi podía sentir que el aire entre ellas se calentaba.

“No demasiado. No puedes sentirte demasiado sola en un pueblo. Cuando el pueblo sherpa te acoge, tienes una familia instantánea”.

Pembila había estado escuchando atentamente y ante esto sonrió.

“No estas sola”, le dijo a Debby.

“Tú quédate Khumbu, nosotros te buscamos marido sherpa”.

Ella le sonrió a Maya. Una vez más, Pembila volvió a ser la misma, alborozada y alegre, sin mostrar rastros de tristeza. Sólo una calidez extra en su sonrisa reconoció la noche en que ella y Maya se habían sentado y llorado juntas.

“Será mejor que sea joven y guapo”, dijo Debby. “No quiero viejos para mí”.

“¿Qué tal uno de los chicos de la cocina?” Sugirió Maya. “Son muy buenos cocineros”.

“Demasiado joven”, objetó Debby. “No soy una ladrona de cunas”.

“Tashi, entonces.”

“Tashi, tal vez sea bueno para doctor”. Pembila se volvió hacia Lonnie con una sonrisa burlona en su rostro. “Mejor para ti.”

“¡Para mí! Es un poco joven para mí, ¿no crees?”

“Joven, mejor”, dijo Pembila.

“Ah, tal vez eso es lo que necesito, un marido florero”, dijo Lonnie. “Eso ciertamente resolvería los dilemas de mi relación. Pero Pembila, me dijiste que Tashi era tibetano y que no son buenos para chickie–chickie. Si me voy a casar, quiero sacar algo bueno del trato”.

En ese momento, Tashi subió por el sendero silbando. Debby le sonrió.

“Oye, Tashi, Pembila está intentando casarte”.

Se detuvo y sus ojos se agrandaron con fingida alarma. “No puedo casarme”, dijo.

“¿Por qué no?” –Preguntó Lonnie.

“Tengo esposa e hijos”, proclamó. “Muchos, muchos niños”.

“Supongo que te casan joven en el Tíbet”, dijo Lonnie.

“No en el Tíbet. Tengo esposa e hijos en Montana”.

“¿En el rancho ganadero? Con tu caballo.

“No caballo”, dijo Tashi. “Motocicleta.”

“Tashi tiene una nariz grande”, dijo Pembila. “Nariz grande, grande...” Señaló sugestivamente a la entrepierna de Tashi y le guiñó un ojo. “Bueno para chickie–chickie”.

Tashi se sonrojó.

“Pembila, eres incorregible”, dijo Debby. Se volvió hacia el resto de ellos. “Ésta no es una conversación típica con una sherpani. Sólo quiero que todos sepan eso. La mayoría de las mujeres aquí son bastante reservadas respecto al sexo”.

“Tomamos nota”, dijo Lonnie.

“Te casas con ella”, le dijo Pembila a Tashi, señalando a Lonnie. “Es muy mujer”. Pembila apretó juguetonamente el pecho de Lonnie. “Necesita un hombre joven y fuerte”.

Tashi huyó por el desfiladero.

“Ahora lo has ahuyentado”, se quejó Lonnie.

Luego las nubes se cerraron y el sol desapareció. Se levantaron para reanudar la subida.

“No mucho”, dijo Pembila. Una vez más caminaron penosamente hacia arriba a través de la niebla. Pasaron por una pequeña garita con mandalas pintadas en el techo. Cuando salieron, el viento había amainado y la nieve caía en grandes copos. Por encima de ellos podían ver los viejos edificios de piedra del monasterio enclavados en las colinas. Siguieron subiendo, terraza tras terraza, Debby avanzando fácilmente al frente con Pembila, hablando en sherpa, y Maya siguiéndolas lentamente detrás. Los demás desaparecieron, dejándola a ella sola para llegar a la última terraza.

Mientras lo hacía, miró hacia la pared que bordeaba el terreno llano sobre el que se encontraba la gompa. Algo se movió a lo largo de la pared, batió un ala y de repente apareció un gran faisán, destacándose como un llamativo circo en el árido paisaje invernal de color marrón y blanco. El pájaro tenía una cresta verde sobre una cara roja, anillos en el cuello rojos y verdes y un cuerpo regordete de pavo real azul e iridiscente, con una cola dorada. Parecía como si una de las brillantes pinturas murales cobrara vida.

Maya se quedó quieta, conteniendo el aliento. Mientras observaba, una bandada entera siguió a su líder hasta la pared, los machos acicalándose y pavoneándose ante las hembras pardas y monótonas. Uno bajó volando,

extendiendo su cola dorada, pasó no muy lejos de ella, y ella sintió como si la hubiera bañado en oro, como si la tierra le hubiera dado una señal de que estaba pasando sus pruebas, que era deseada y bienvenida después de todo. Se abrazó a sí misma, temblando de gratitud y de frío.

El frío finalmente llevó a Maya a la sala gompa, aunque la temperatura interior no era significativamente más cálida que la exterior. Con alguna dispensa se les permitió quedarse con los zapatos puestos, y Maya se mostró agradecida. Todos los excursionistas y Debby estaban reunidos alrededor de Ang, quien les decía que el monasterio era muy antiguo, tal vez de unos mil años. Él mismo había estudiado allí cuando era joven. Estaba tan oscuro por dentro que apenas podían ver, pero Tenzing y Ang tenían linternas que iluminaban los mandalas y tankas y los rincones ocultos de las paredes, iluminando los misterios.

Las paredes estaban llenas de cubículos. En cada uno de ellos había un texto tibetano largo y estrecho, del que sólo se veía el extremo, cubierto de seda. En los bancos había grandes caracolas y largos cuernos tibetanos adornados con plata. De las vigas colgaban tambores redondos con los bordes tallados y pintados de rojo. De las vigas colgaban tankas, enmarcados en seda de colores, y en la pared del fondo había pinturas de Budas y aspectos de Tara bailando. En las otras paredes había imágenes del Rinpoché y linajes completos de Buda, esculturas de madera pintadas en nichos y otros Budas pintados en unión extática con sus consortes.

Maya miró todo, tratando de presenciar a la gompa como había presenciado la montaña, viendo cada curva y tono pintado como la tierra revelándose y expresándose en color y forma. Se había preguntado antes sobre los colores, ante tanto brillo y patrón que emergían de esta tierra de verde, marrón y azul, pero ahora que había visto los faisanes, comprendió que la propia Naturaleza era la colorista más derrochadora de aquella zona.

En el altar frontal, un joven lama preparaba y encendía lámparas de cera ante una estatua de Buda. Maya hizo una donación, depositó algunas rupias en la caja proporcionada y encendió una lámpara. Por el rabillo del ojo, notó que Debby hacía lo mismo. Maya estaba rezando una oración silenciosa por Betty y se preguntó si Debby también lo estaría haciendo. Deberíamos rezar juntas, pensó. Deberíamos hacer algo.

Pequeñas ventanas cuadradas revelaban que afuera la luz del día se estaba desvaneciendo. La nieve soplaba alrededor de los portales de la gompa. De repente Maya se llenó de ansiedad. Si no hacían algo ahora, nunca lo harían. El ritual nunca sucedería.

Se acercó a donde estaba su hermana contemplando una deidad feroz con ojos rojos y una boca dentada en el centro de su estómago.

“Debby, ven conmigo ahora”, dijo en voz baja. “Hagamos algo por mamá, aquí arriba”.

“¿Hacer qué por ella?” –susurró Debby–.

“Un rito. Un adiós”.

“¿Por qué aquí?”

“Porque estamos aquí. Y es un lugar santo. Y esta es la única noche que pasaremos juntas, fuera de Namche. Es extraño, he estado aquí en estas montañas mucho más tiempo, pero comencé a pensar en Namche como la gran ciudad”.

“Haz algo, si quieres”, dijo Debby.

“Pero el punto es hacerlo juntas”.

“El punto para ti, tal vez. Pero para mí eso no significa nada”.

“¿Qué quieres decir con que no significa nada?”

Habían alzado la voz y el joven lama las miraba con curiosidad. Debby tomó a Maya del brazo y la condujo hacia el nicho en la entrada de la gompa.

“Mira, Maya”, dijo. “No te pedí que vinieras aquí. El ritual es lo tuyo, no lo mío. Y ciertamente no el de mamá”.

“Pero no estuviste en el funeral. Nunca le dijiste adiós”.

“Lo siento, ¿vale? ¡Ya dije que lo sentía! Por amor de Dios, ¿nunca dejarás de culparme por eso? ¡No es que no me sienta lo suficientemente mal! Pero ahora no puedo hacer nada al respecto”.

Maya respiró hondo. “No te estoy culpando. Te estoy ofreciendo... ofreciéndote la oportunidad de hacer algo ahora. Para poner fin. Un homenaje al final”.

“¡Pero esa es tu necesidad, no la mía!”

“¿Entonces? Entonces, ¿es un crimen para mí tener una necesidad?”

“No, simplemente no asumas que es mi responsabilidad cumplirla”.

“Te pido que la compartas conmigo”.

“Se comparte y se obliga”.

¡Nadie te obliga a hacer nada!

Se quedaron de pie, mirándose la una a la otra, cara a cara. Entonces Debby se dio la vuelta. Maya se dio cuenta de que no iba a ceder. Y no hay nada que pudiera hacer. No puedo hacer que quiera realizar un ritual para mamá. No puedo obligarla a amarme, perdonarme por el pasado.

Éste era otro momento de su caminata por la montaña, otra cosa que tendría que aceptar. Ella y Debby no iban a conectar. Nunca harían juntas el ritual que ella había imaginado. Ella había venido para nada. Había llevado las cenizas de su madre hasta aquí para nada. Bueno, había algo zen en eso. Ella las había criado y las derribaría. Si fuera una maestra iluminada, se reiría.

Pero ella no estaba iluminada y quería llorar. Podía sentir las lágrimas brotar. No quería llorar en el nicho de la gompá, con todos los demás excursionistas reuniéndose alrededor y Howard mirándole la nuca. En silencio, agarró su mochila, con las cenizas de su madre dentro, y salió.

Un camino conducía a la montaña desde detrás del edificio y ella lo siguió. La nieve volaba a su alrededor, convirtiéndose en aguanieve que le picaba la cara mientras se dirigía hacia el viento. Sólo un poco. Pronto oscurecería y Tenzing y Ang se alarmarían si se dieran cuenta de que ella se había ido sola. Tendría que regresar rápidamente. De todos modos, quería regresar rápidamente. Ella estaba asustada. La soledad de la montaña, el frío, el aguanieve, la oscuridad, todo la hacía sentir sola, sola, muy sola. Tenía muchas ganas de volver a estar dentro, en algún lugar seguro, con un fuego, una taza de té caliente y compañía.

Pero había pasado toda su vida resistiéndose y anhelando seguridad y comodidad, ¿no? Y siempre, cuando los dejaba atrás, cuando llegaba al borde, encontraba algo. Ahora haría

lo que debería haber hecho en primer lugar: ir sola a las alturas, sin vigilancia ni refugio. La montaña la había alcanzado y le había mostrado sus colores. Ella no debería tener miedo.

Pronto caería la oscuridad. Tendría que darse prisa. Estos senderos no eran un lugar para pasear sola de noche, mientras la nieve se convertía en lluvia. Subió cuesta arriba, tan rápido como podía hacer que su cuerpo cansado avanzara.

Así no era como yo lo quería, Betty. Quería un ritual para ti que tuviera grandeza, estilo, no una dispersión apresurada ante la tormenta. Pero así es como es.

Se detuvo para recuperar el aliento. Aquí, aquí es tan bueno como en cualquier otro lugar, ya que no puedo ver nada con esta lluvia. Podría estar en cualquier lugar, en el fin del mundo. O en el camino del pueblo hacia la letrina, por lo que sé. ¿Es esto realmente cierto, Betty?

En ese momento la llovizna se convirtió en un torrente. La lluvia caía a cántaros. Maya agachó la cabeza y corrió por el camino, o lo que ella pensó que era el camino. Ya no podía ver hacia dónde iba, sólo sentir que seguía moviéndose hacia arriba, sus pies resbalando en el suelo fangoso. Si fuera inteligente, se daría la vuelta y regresaría a la gompá, pero se mostró reacia a darse por vencida. Pero esto ya no era místico, esto de correr hacia arriba en la oscuridad, era una

estupidez de primer orden, el tipo de cosas que hacen los turistas que no conocen las montañas y se dejan matar.

Ella paró. Quizás la lluvia le estaba diciendo que ese no era el momento ni el lugar para dejar las cenizas de Betty. Ella se daría la vuelta y bajaría. Debby tenía razón, era hora de crecer. Lo único era que no estaba exactamente segura de desde dónde había llegado. No parecía haber un rastro bajo sus pies. Aún así, ella había subido y la gompá definitivamente yacía en dirección hacia abajo. Todo lo que tenía que hacer era seguir sus pies y dejar que la llevaran allí.

Ella comenzó a caminar. La montaña le había mostrado sus colores. Seguramente eso la guiaría ahora. Y, como Tenzing estaría de acuerdo, era más fácil caminar hacia abajo que hacia arriba. Estaría de regreso en poco tiempo, sólo que tenía que tener cuidado de evitar que sus pies se resbalaran debajo de ella. Tenía los calcetines mojados dentro de las botas y podía sentir una ampolla que comenzaba en un talón. Sus pantalones deportivos estaban empapados. Sabía que si dejaba de moverse tendría mucho, mucho frío.

Cuando ya había bajado hasta donde había subido, se detuvo por un momento. La lluvia todavía era intensa cuando intentó mirar a través de ella. Seguramente debería poder ver las luces de la gompá, esas lámparas de cera que el lama había encendido tan piadosamente. Las lámparas de su propia ofrenda. Pero delante de ella no había nada más que oscuridad.

Bueno, no importa. Probablemente la lluvia fue demasiado intensa. Si continuaba, sólo un poco más...

Pero un poco más, y un poco más aún, no produjo ningún cambio. Tal vez su sentido de distancia y proporción era confuso, tal vez simplemente no había bajado lo suficiente todavía. Pero ¿y si ella bajara demasiado? ¿Qué pasaría si bajaba por el lado equivocado de la cresta, lejos de la gompa y del pueblo? Podría morir de hipotermia antes de que alguien la encontrara.

Ahora deja de hacer eso, se dijo a sí misma. Que no cunda el pánico, esa es la primera regla. ¿Qué hacer cuando estás perdida en la montaña? Detente, decían todos, y espera el rescate. Seguramente Ang y Tenzing vendrían a buscarla. Pero si se detuviera, se congelaría. No, retrocedió veinte pasos, giró ligeramente hacia la izquierda, y luego bajó de nuevo, trazando un patrón en zigzag alrededor de la ladera de la colina, hasta que encontrase algo: un camino, una cabaña, un muro de piedra. Seguramente en esta tierra habitada encontraría algún marcador que la guiara. Y ella llamaría mientras lo hacía.

“¡Ang! ¡Tenzing! La lluvia azotó su rostro y le devolvió la voz. Subió veinte pasos, luego bajó otros veinte y luego volvió a subir, siempre hacia la izquierda. Lo cual estaba muy bien, siempre y cuando la gompa no estuviera a su derecha. No pienses en eso, estaba segura, casi segura, de que si se había desviado del camino era hacia la derecha. Así que

ahora tenía que ir por el camino correcto. De todos modos, había una probabilidad del cincuenta por ciento. No pienses en estar perdida toda la noche, no pienses en Sagarmatha entregándote el curso de posgrado de aceptación, también conocido como Muerte 101. Solo piensa en estar en la Buena Realidad, donde podrías regresar tranquilamente al salón gompa, je je, solo salí por un momento y me quedé atrapada en la lluvia...

“¡Ang! ¡Tenzing! Nada. Nada más que oscuridad y silencio. Maya había estado cansada al principio, pero ahora empezaba a sentirse agotada, mientras continuaba su curso en zigzag subiendo y bajando la montaña. Seguramente no podría haber llegado tan lejos, ¿verdad? ¿Y cuánto tiempo podría seguir así? ¿Tal vez ya había pasado por el sendero y se lo había perdido? Oh, Diosa, si no moría pronto por exposición al frío, se volvería loca. Pero ella no podía morir aquí. Debby nunca se lo perdonaría a sí misma y, de todos modos, morir no era lo suyo. Fue lo que hizo Betty. Ella nunca había querido hacer lo que hacía Betty.

Pero ella había estado allí con Betty. Ella había murmurado, canturreado y acariciado su mano, y la había calmado, sintiendo a su madre hundirse. Hacia abajo y hacia abajo, había dicho, hacia el agua, hacia un estanque profundo, déjate llevar, flotar y disolverte, hasta que no quede nada más que la esencia de quién eres. Sí, ahora Betty iba hacia donde Maya siempre había querido llevarla, hacia las profundidades espirituales donde la esperaban todos los

que alguna vez había amado. Ahora, al final de su vida, podría dejar que Maya la guiara, dejar que Maya fuera la fuerte, la que estuviera a cargo. Como si su madre, al morir, finalmente hubiera llegado al mundo que Maya había habitado toda su vida, llegado finalmente a donde Maya tenía un regalo que podía darle.

“¿Te gustaría decir una oración? ¿El Shemá? había preguntado Maya. Betty asintió.

“La diré contigo. ¿Cuál te gustaría, la antigua o una de las nuevas versiones feministas?

“La vieja”, susurró Betty.

La dijeron juntas, la primera oración que aprende un niño, la última oración que dice mientras agoniza.

Semá, Israel, Adonai Elohenu haced eco.

Escucha, oh Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor uno es.

Las palabras resonaron con los susurros de los antepasados, Zaydeh Stein con su chal de oración y sus tefilín⁴⁶ atados al brazo, murmurando oraciones por la mañana y por la noche, Baba Stein enseñándoselas a Debby, las palabras que sonaron en los labios de los mártires del

46 Los tefilín, también conocidos como filacterias, son objetos del ritual judío consistentes en pequeñas cajas de cuero negro unidas por unas correas en cuyo interior se aloja enrollado un trozo de pergamino con cuatro pasajes de la Torá.

holocausto, resonaron en las cámaras de gas, brotaron de los labios carbonizados de las víctimas de la misma Inquisición que había quemado a las Brujas. Maya podía entregar a su madre al cuidado de sus antepasados y, sin embargo, ella misma no podía decir ni siquiera la más simple y básica de las oraciones y creerla por completo. No, ella no podría llamar a Dios Señor, ni siquiera Dios, o Uno, excepto como una granada es un todo de muchas semillas, como un organismo es una criatura de muchas células. ¡Escuchen, gente, lo que llamamos lo sagrado tiene muchas formas y una variedad infinita! Escuchen, amigos, ustedes son Diosa, eso es lo que son, Tat Tvam Asi⁴⁷. Hermanas y hermanos, ¡cada lengua que habla su propia verdad nombra un nuevo Dios!

Pero su madre estaba muriendo y ya era demasiado tarde para la teología. Maya se sintió invadida por una terrible ansiedad. Había algo que necesitaba saber, algo que sólo Betty podía decirle, pero no podía imaginar qué era. El apellido de soltera de tu madre, mamá, tu color favorito, qué comida te gustaba más. ¿Qué cocinaste? No lo recuerdo, excepto ese plato horrible con judías verdes cortadas a la francesa congeladas, aros de cebolla congelados y sopa de champiñones. Pensaste que era mi favorito porque me gustaba cuando tenía diez años, y me lo hacías cada vez que

47 Fórmula espiritual en sánscrito que significa “Tú eres eso”, o, Tú eres la Fuente de todo. Es el verso 6.8.7, del Upanisad Chandogya (invitación para que el estudiante se siente a los pies del maestro y aprenda).

volvía a casa, y nunca te dije que lo había superado, que me reía de él. ¿Ves, ves, con todo lo que hice, cómo te protegí? Y de repente Maya estaba sosteniendo la mano de su madre y sollozando, con lágrimas corriendo por sus mejillas, y Betty se volvió hacia ella y le preguntó: “¿Por qué lloras?”.

“Porque te estás muriendo, mamá”.

“Estás llorando por ti, no por mí”.

Un médico entró en la habitación, joven y rubio, hablando con eficiencia.

“Señora. Greenbaum, me dijeron que rechazaste los antibióticos. ¿Entiendes que sin ellos no podemos tratar tu infección pulmonar? Siguió parloteando, con una larga lista de términos técnicos y posibilidades espantosas.

Betty se volvió hacia Maya. “¿Que está diciendo?”

“Está diciendo que si no tomas antibióticos, morirás antes”.

“Bien. Eso es lo que quiero.” Luego se volvió hacia el médico, pensativa. “Dime, ¿cómo sabré cuando estoy muerta?”

El médico dejó de hablar por un momento, desconcertado. Probablemente nadie le había preguntado eso antes, pensó Maya. Buena mamá. Oh, si todavía pudieras avergonzarme preguntándole dónde fue a la escuela y por qué eligió la

medicina y cómo se llevaba con su padre. Si tan solo te levantaras y me gritaras, una vez más.

“Uh, no lo sabrás”, dijo el médico. “Estarás inconsciente”.

“Yo te lo diré, mamá”, dijo Maya. Betty se volvió y la miró.

“¿Cómo lo sabré?”

“Dejarás de respirar. Tu corazón se detendrá. Tu espíritu abandonará tu cuerpo”.

“¿Crees en los espíritus?” preguntó Betty, cerrando los ojos.

“Sí. Creo que cuando mueres, no desapareces por completo. Hay algo de ti que continúa y se une a los demás, a los que has amado antes, a los ancestros. Ellos te ayudarán”.

“No me ayudaron antes”, dijo Betty.

“¿Cuándo?”

“En la cascada”.

“¿Qué cascada?”

“Sabes. La cascada de la antigüedad”.

¿Qué había querido decir Betty? Se preguntó Maya. ¿Dónde había estado, adónde había ido? ¿Dónde estaba ahora, cuando Maya la necesitaba, sus propias lágrimas mezclándose con la lluvia? Ay, Betty, lo siento. Tal vez al final seas a ti a quien debo aceptar, con todas tus fortalezas y defectos, con todas las formas en que me amaste y trataste de controlarme y me volviste loca.

Quería dejarte descansar en algún lugar hermoso, espectacular, quería encontrar la montaña más alta, la mismísima Diosa Madre del Universo, quería darte algo, Betty, darte en la muerte lo que nunca pude darte en vida, lo que nunca podrías recibir. Un vistazo, una muestra, un indicio del lugar hacia el que siempre me he estado moviendo y buscando. Quería dejarte descansar aquí, en los brazos de la montaña, en el dulce río cantor, quería que estuvieras acunada en una flor rosa a punto de florecer. Para que al fin me entiendas.

Pero en cambio, parece que estoy a punto de descansar yo. Que estúpido. Qué indeciblemente estúpido.

Justo en ese momento, la lluvia amainó levemente. Un brillo tenue del sol del crepúsculo iluminó la montaña y, justo más adelante, Maya pudo ver una pequeña estructura. Corrió hacia allí, agachándose bajo el techo de una puerta arqueada, para detenerse en el centro de un pabellón cuadrado y abierto, sólo un techo y sin paredes, lo suficiente para protegerse de la lluvia, lo suficiente para asegurarle que

no estaba totalmente perdida para siempre. Gracias, Diosa; gracias mamá. Lo más probable es que no vaya a morir ahora, aunque todavía no estoy fuera de peligro, o más exactamente, de la lluvia. El alivio fue tan grande que quiso reír. Esta era una de las puertas de entrada a la gompa, y todo lo que tenía que hacer era seguir el camino sobre el que se encontraba, hacia arriba o hacia abajo. Si ella supiera cuál. Si tan sólo pudiera recordar los detalles de la puerta inferior por la que habían pasado... o ver ésta con claridad.

La lluvia parecía amainar ligeramente. Subía y, si no llegaba pronto a las terrazas y muros de piedra de la gompa, se daría la vuelta y bajaría. Eso sería mejor que bajar y tener que dar la vuelta y subir.

Salió del refugio y empezó a caminar por el sendero. Escuchó un sonido ahogado, como pasos caminando por el sendero hacia ella.

“¿Ang? ¿Tenzing?, llamó ella.

“¡Hola!” La voz de una mujer llegó a ella.

“¿Debby?” ¿Había venido su hermana a buscarla, lista para recuperarse, tal vez para hacer el ritual después de todo?

La mujer que se acercó a ella, materializándose entre la niebla y la lluvia, no era Debby sino la chica del suéter verde, Claire.

En ese momento no llevaba un suéter verde sino un anorak largo azul marino. Salió de la tormenta como alguien que llega de otro mundo, pero cuando habló, su voz era humana.

“Gracias a Dios”, dijo cuando vio a Maya. “Pensé que estaba perdida”.

“Estoy perdida”, admitió Maya. “Hay una puerta de entrada justo detrás de mí, pero no sé si es de debajo o encima de la gompa”.

“Tiene que estar arriba”, dijo Claire. “Más arriba no hay nada más que montaña. Acabo de llegar de allí”.

En ese momento, un relámpago iluminó el cielo y la lluvia comenzó a caer a cántaros de nuevo.

“Vamos”, dijo Maya, agarrando su mano y juntas corrieron hacia el refugio.

Se acurrucaron en el centro del pabellón. “Me perdí en el sendero de arriba”, dijo Claire. “Finalmente encontré un camino, pero no estaba segura de si era el correcto o no”.

“Lo sé”, dijo Maya. “A mi me pasó lo mismo. Da miedo.”

“Te ves con frío.” Maya estaba temblando. Sus pantalones deportivos eran sorprendentemente cálidos, aunque estaban mojados, pero el agua había mojado su chaqueta de Gore-Tex y empapado su sudadera debajo.

“Me gustaría llevar puesto mi suéter de lana”, dijo Maya, “pero no es así”.

“Tengo un suéter seco en mi mochila. Espera un minuto.”

Claire se quitó la mochila, rebuscó en su interior y sacó una camisa de manga larga y el suéter verde roto.

“No está muy limpio”, dijo.

“No me importa. Gracias.” Maya rápidamente se despojó de su propia ropa empapada y se apretó contra Claire, que abrazaba con fuerza su figura más amplia. La lluvia caía ferozmente a su alrededor, pero bajo su refugio se encontraban en su propio mundo seguro.

“¿Deberíamos salir?” Sugirió Maya. “Pronto oscurecerá”.

“Esperemos unos minutos. Tal vez aligere”.

“Unos minutos”, estuvo de acuerdo Maya. “Después de eso, correremos hacia abajo”.

“¿Qué estás haciendo aquí sola?” –Preguntó Claire. “Pensé que estabas con el grupo del trekking”.

“Estaba de mal humor”, admitió Maya. “Tuve una pelea con mi hermana; ella es la doctora en Khunde y nos localizó aquí. Entonces salí corriendo un momento, a llorar bien, y el resto es historia. O casi lo era. Estaba tan feliz de haber sido

encontrada, no perdida, de estar viva, de no seguir a su madre hasta la muerte. Se sentía completamente a gusto con Claire, como si se hubieran movido a través de la niebla y se hubieran encontrado en algún lugar más allá del tiempo y el espacio, donde no se aplicaba ninguna de las reglas ordinarias y no era necesario demostrar nada a nadie. “¿Qué estás haciendo, perdida en la montaña?”

“Vine aquí para unirme a la gompá. Pero no me aceptaron. Así que hice una caminata para superarlo”.

“Oh lo siento. Supongo que lo siento. ¿Por qué no te aceptaron?”

“Dijeron que debería volver a casa y aprender de mi propia gente”.

“Oh. Bueno, probablemente sea un buen consejo”.

“¿Pero por qué? ¿Por qué no? Aceptan a otros occidentales”.

“Quizás vean otro destino para ti. Según tengo entendido, son buenos en eso”.

“De todos modos, subí a la montaña para intentar decidir qué hacer a continuación. Así es como siempre decido. Escucho y percibo lo que me llama”.

“Eres sabia si has aprendido a hacer eso a tu edad”, dijo Maya. “Bueno, a cualquier edad, en realidad”, añadió, temiendo sonar condescendiente.

“Pero nada me llama”, dijo Claire lastimeramente. “Todo lo que conseguí fue mojarme”.

“A mí me pasó lo mismo una vez”, le dijo Maya. “Quería estudiar con una curandera. Una mujer sabia. Leía cartas y hacía curaciones a las personas, realizaba rituales para ayudarles a conseguir lo que querían. Era curioso, en ese sentido se parecía mucho a mi madre: a la que acudías con tus problemas, y ella lo solucionaba todo. Yo no, nunca pude contarle mis problemas a mi madre, no después de tener unos diez años. Pero otras personas sí lo hacían. Ella era terapeuta. Una especie de curandera, en nuestros términos occidentales. Pero de todos modos, la curandera en México me dijo que me fuera a casa. “Ésta no es tu tradición”, dijo. “Esta no es tu gente. Esta tierra no es tu tierra. Debes encontrar lo que es tuyo. Me tomó años seguir su consejo. Pero, por supuesto, tenía miedo de volver a casa”.

“¿Por qué?”

“Esa es una larga historia”.

“¿Tenía razón?”

“Bien. Sí, supongo que al final sí. Podría haber aprendido de ella. Entonces podría haber traído el conocimiento a casa

y traducirlo en algo que no era. Otra credencial, ya sabes, algo más para incluir en el currículum, para poner en la biografía: “estudié con curandera en México”. La habría usado, sin querer, tomado algo que era suyo y lo habría convertido en otra cosa, con las mejores intenciones del mundo”.

“Pero no quiero una biografía”, dijo Claire. “No quiero credenciales. Juraría nunca contarle a nadie dónde aprendí lo que aprendí, ni cómo ni cuándo. Sólo quería estar con ellos”.

“Pero aún así no sería real. No sería honesto”.

“¿Por qué?”

“Porque esto no es donde tú perteneces, donde yo pertenezco. Estamos de paso. Y si pertenecieras aquí, no podrías estudiar en este monasterio. Las mujeres no pueden. Quizás estarías en el convento de monjas cerca de Tengpoche”. Pensó en Pembila, sentada quieta como una ofrenda en el muro de piedra junto a la estupa.

“¿Pero a dónde pertenezco? He sido una viajera toda mi vida. Me siento tan a gusto aquí como en cualquier otro lugar”.

“Bueno, tal vez ese sea nuestro problema”, dijo Maya. “El de todos nosotros en el llamado mundo moderno. Ninguno de nosotros pertenece realmente a ningún lugar como lo

hacen estas personas. No comemos de la tierra en la que vivimos ni le devolvemos nada ni escuchamos lo que dice. No somos muy buenos siendo las manos que usa la tierra para moldearse. Quiero decir, amo San Francisco, pero no pertenezco a él, mi cuerpo no se formó con su comida y su agua, mis canciones y mis escritos no surgen de mi relación con él. Ninguno de nosotros sabe dónde estamos ni adónde ir, ni siquiera dónde enterrar a nuestros antepasados. Ese es mi problema.”

“¿Cuál es tu problema?”

La lluvia se había cerrado a su alrededor como un muro en movimiento. Quizás he muerto, pensó Maya de repente. ¿Quién me lo diría? ¿Cómo puedo saberlo? Esta podría ser la estación de paso de la muerte, la puerta de entrada entre los mundos.

“Traje aquí las cenizas de mi madre”, dijo Maya, como si no estuviera hablando con Claire sino con el guardián de la puerta, como si la llamaran a confesar sus fracasos y todas las búsquedas incumplidas de su vida. “Para que mi hermana y yo pudiéramos dispersarlas juntas. Pero ella no quiso”.

“¿Por qué no?”

“Ella se resiste al ritual. Ella se resiste a mí. No pude persuadirla”.

“¿Qué harás con ellas ahora?”

Maya permaneció en silencio por un momento, observando la impenetrable lluvia. Si tuviera que girar en este lugar más allá del tiempo, perdería todo sentido de arriba y abajo. Extendió una mano para palpar el poste que sostenía la entrada y estabilizarse.

“Iba a esparcirlas en la montaña. Pero luego llegó la lluvia y me perdí”. Sí, la luz se estaba apagando. Claire era una figura oscura, una forma en la niebla. Ella podría ser cualquiera. Podría ser una campesina con un chal a rayas que hacía mucho tiempo le había dado a Maya algo para llevar a la espalda.

“¿Me ayudarás?” Preguntó Maya, sin estar segura de con quién estaba hablando. “¿Me ayudarás a esparcir las cenizas de mi madre aquí en esta tierra santa?”

“¿Es este el lugar correcto? ¿Es el momento apropiado? ¿Estás segura?”

Sí, pensó Maya. Aquí, en la puerta entre los mundos, dejaré ir a Betty, a esta salvaje vorágine de relámpagos, viento y lluvia torrencial, la esparciré en la tormenta, la dejaré fertilizar estos campos. Aquí es tan bueno como cualquier otro lugar, y si no era ahora, ¿cuándo?

“Estoy segura”, dijo Maya.

Se quitó su pequeña mochila, metió la mano y sacó la bolsa de tela en la que había metido la bolsa de plástico que había

recibido del crematorio. Ahora que había llegado el momento, se sintió algo reticente a abrirla, a meter la mano y tocar las cenizas y los trozos de hueso que una vez habían sido su madre. Esparcir las cenizas sería hacer definitiva la muerte. Entonces ella y Debby estarían solas, sin nadie entre ellas y la muerte, ya no serían jóvenes ni inmortales.

Y por eso debo hacerlo, se dijo, levantando la bolsa de plástico y mirando hacia la lluvia.

“Vamos a esparcirlas”, dijo. “Respirar juntas, sentir la profunda conexión entre la tierra, el aire, el fuego y el agua. Escuchar la voz de la tormenta...”

Maya escuchó. El viento silbaba y se estremecía, la lluvia azotaba. Tal vez estuviera muerta, pero se sentía viva, eléctrica, extasiada, como si la lluvia que la empapaba la hubiera acariciado, reclamado. Respiró hondo y abrió la boca para cantar, pero en lugar de eso le sobrevino una tos larga y atormentadora.

Bueno, eso es todo, pensó. Ahora sé que al menos no estoy muerta. Toso, luego vivo.

Cuando la tos disminuyó, se puso de pie y escuchó la lluvia, esperando una señal, una confirmación de que lo que estaba a punto de hacer era lo correcto. Esperó un largo momento y luego volvió a esperar. En ningún lugar del viento, de la tormenta o de la montaña escuchó nada que llamara a Betty.

Ella suspiró. “Esto no está funcionando”, le admitió a la chica. “No está bien. Mi madre no pertenece aquí, como tampoco tú o yo”.

Claire simplemente asintió. Maya cerró la bolsa de plástico. Cuando la volvió a guardar en su mochila, sintió algo más y lo sacó. Era una carta vieja y deshilachada; la carta de Rio que había recibido hacía muchos años y nunca respondió.

“¿Qué vas a hacer con ella?” –Preguntó Claire.

¿Era la carta una señal? Se preguntó Maya. ¿Le estaba diciendo algo? Lo volvió a colocar con cuidado, en lo profundo de su mochila, debajo de las cenizas de su madre, donde la lluvia no la alcanzaría.

“No lo sé”, le dijo a Claire. “Tal vez la pondré en una urna, sobre la repisa de la chimenea. Tal vez tendré que cargarla durante años y años, como un albatros, hasta que se revele el lugar correcto”. “¿Qué opinas?”

Claire negó con la cabeza. “No creo que sea una buena idea”. “Creo que hay que hacer la pregunta correcta. Siempre hay que hacer la pregunta correcta para obtener una respuesta”.

“¿Y cuál crees que es la pregunta correcta?” Maya todavía tenía la sensación de estar hablando no con la chica sino con una gran fuerza de vida y muerte más allá de ella, alguien

que había guardado un umbral y había impuesto el destino.
“¿A dónde pertenece Betty?”

“No”, dijo Claire. “La pregunta es: '¿Qué tienes que hacer para que tu madre descanse?' “

Maya se estremeció. Una pequeña bola de fuego eléctrico saltó por su columna.

¿Qué tengo que hacer? Maya se repitió a sí misma. ¿Dejar descansar a mi madre, a mi hermana, a mi historia, a mi pasado, para seguir adelante? Esto es para lo que vine aquí: para estar entre los mundos en este medio refugio en medio de una tormenta, después de haber estado a punto de morir, y que esta niña me haga esa pregunta. Y ahora puedo volver a casa, cargando con mis cenizas, mis cartas sin respuesta, mis diarios y la ira de mi hermana, sin saber la respuesta, tal vez, pero sabiendo al menos cuál es la pregunta.

“Gracias”, dijo Maya. “Gracias por decirme eso”.

“¿Que tienes que hacer?”, dijo de nuevo Claire. “¿Adónde tienes que ir para que descanse tu madre?”

Y entonces, de repente, Maya lo supo.

Enterrar a su madre era enterrar su propia historia, estar presente en todo ello como a veces podía estar presente en Johanna, en las montañas.

Y eso significa, sobre todo, estar presente conmigo misma. Oh, Jo, llegaste a darte cuenta de cómo el secreto entre nosotras nos separaba a la una de la otra. ¿Por qué no pudiste ver que el secreto que guardábamos juntas nos hacía alejarnos?

“Nevada”, dijo Maya. Claire la miró sorprendida. “Tengo que ir a Nevada. Hay alguien a quien tengo que ver allí y no puedo dejar descansar a mi madre hasta que lo haga.

“Bueno, entonces ahí lo tienes.”

La lluvia amainó por un momento y el cielo se iluminó, sólo ligeramente, pero lo suficiente como para que los rasgos de Claire se resolvieran en el rostro de una mujer muy joven que estaba viva, vulnerable y sola.

“¿Y tú? ¿Qué tienes que hacer para volver a casa? –le preguntó Maya.

“Tengo que construir un hogar”, dijo Claire. “No tengo ninguno”.

“Bueno, entonces ahí lo tienes. Ese es tu desafío, eso es lo que harás a continuación”.

“Suena tan banal”.

“No lo es”, dijo Maya. “Somos muy parecidas, ¿sabes? Me llevó treinta y ocho años darme cuenta de que hay tanto

poder en lo cotidiano como en todas las gompas del Himalaya”.

“¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir, cualquier cosa que tengas que hacer para construir un hogar será exactamente lo que te resulte más difícil y lo que más necesites hacer para crecer. Quizás para ti sería fácil quedarte aquí y meditar. En cierto modo, lo sería para mí. Pero regresar a Estados Unidos y alquilar un apartamento o mudarse con un grupo de personas con las que tienes que identificarte podría ser una prueba espiritual definitiva, si te quedas presente, si te mantienes alerta. Tómame, como ejemplo. Puedo amar cualquier montaña con la profundidad de la propia Diosa. Lo sé ahora. Pero ponme en la misma habitación que mi hermana y la compasión se desvanecerá. Así que tengo algo en lo que trabajar”.

Su voz bajó cuando el ruido de la lluvia se suavizó y finalmente amainó.

“Es más ligera”, dijo Claire.

“Corramos entonces”.

Claire negó con la cabeza. “Creo que me quedaré aquí un poco más. Meditaré en lo que dijiste”.

“¡Pero está oscureciendo!”

“Me quedo con una familia, justo detrás de la gampa. Sé dónde estoy ahora. No me perderé”.

“¿Qué pasa con tu suéter?” Dijo Maya, comenzando a despegarlo.

“Quédatelo”, dijo Claire. “De todos modos, es viejo. Mira, la lluvia ha parado. Mejor corre.”

Maya asintió. Dejaría a Claire en el portal entre los mundos, sin despedirse. Patinando y deslizándose, corrió por el sendero hacia las luces parpadeantes de las lámparas de cera en la gampa.

XLIV. CARTA

Granja de honor de Lexington

27 de abril de 1983

Querida Maya,

Probablemente te sorprenderás y tal vez no te alegrarás mucho de saber de mí, y no podría decir por qué te culparías. Quizás no debería escribirte en absoluto. Pero puedes, ya sabes, en cualquier momento recoger esto y tirarlo a la basura, que tal vez sea su lugar. No, lo retiro. Estoy intentando con todas mis fuerzas no criticarme, sobre todo porque eso interfiere con lo que tengo que hacer, que es enmendar lo más que pueda. No quiero suplicar tu simpatía o tu consuelo, así que si de vez en cuando me pongo a

preguntar, ignórame. Porque, sinceramente, no sé si tendré el valor de volver a leer esta carta antes de enviarla, por lo que puede que sea un poco dura.

Ve al grano, muchacho. Leí tu libro, *Desde la montaña*. El tipo que me lo prestó, Dave Ryan, estuvo aquí varios años por derramar sangre en oficinas de reclutamiento y ahora ha vuelto por golpear puntas cónicas de misiles. Estoy seguro de que no sabía que te conocía, simplemente le gustó el libro. A mí también. Quería decirte eso. Has hecho algo bueno, algo de lo que estar orgullosa.

Y quiero decirte esto: que lo siento. Perdón que te haya hecho daño. Lamento no haber estado ahí para estar a tu lado cuando me necesitabas, que tuvieras que pasar por tantas cosas sola. Sé que esto no cambia nada, tal vez ni siquiera quieras escucharlo, pero ahí está. De todos modos, es verdad.

Maya, soy alcohólico. Puedo admitirlo ahora. Hace diez años no podía. Si hubiera podido, todo habría sido diferente, pero por supuesto no sirve de nada volver a eso ahora. No es nada agradable tener que admitirlo. Odio pensar en lo importante que es eso en todo lo que hice o no hice. Porque ni siquiera me refiero a la bebida, sino a lo que representaba en mí. Mis propios fracasos de coraje. Las formas en que traté de alejarme del dolor. Las formas en que me alejé de ti.

Sabes, cada vez que nos tocábamos, solía sentirme seguro, en paz, en casa. Desde el primer momento en que te vi, al otro lado del lago Stow, desde la primera vez que hicimos el amor, bajo los árboles, sentí que dondequiera que fuera, fuera quien fuera o en lo que me convirtiera, estarías ahí para acompañarme. Y había llegado a confiar en eso, en ese gran y dulce sonido que resonaba a través de nuestros cuerpos cuando estábamos juntos. Confié en ello y me asustó muchísimo, supongo que porque nunca lo había sentido antes. Entonces tuve que violarlo.

Lo siento, ahora. Lamento no haber sido lo suficientemente fuerte para aceptar el regalo que era, que estuviéramos juntos. Pero fue demasiado para mí. Hubo momentos en que solo tu toque parecía arrancar la carne de mis huesos. Bueno, yo era joven y tonto y, como quizás recuerdes, todos pensábamos que estábamos a punto de morir.

Te digo esto no para justificarme, sino tal vez para obtener algo de claridad para ambos. He cometido muchos errores importantes en mi vida, pero ese es el que más lamento en este momento, del que tal vez surgieron los demás: mi fracaso en amar.

Los primeros años aquí fueron bastante malos. Es difícil ser alcohólico en el antro. Tú... no, yo... viví de borrachera en borrachera, buscando cualquier cosa que pudiera sobornar, engañar o manipular para drogarme. Hice cosas que apenas

puedo recordar, pero no te cargaré con ellas. Es curioso, apenas puedo recordar mi propio juicio. O sin juicio, como resultó, sólo una migraña borrosa, donde hombres con buenos trajes hicieron tratos con mi vida. Lo único en lo que podía pensar era en que quería morir y quería un trago.

Me metí en muchos problemas esos primeros años, muchas peleas, me metieron bastantes veces en el hoyo. Una vez me encerraron en régimen de aislamiento durante sesenta días. Pensé que me iba a volver loco por el silencio. No sólo el silencio fuera de mí, al que podría acostumbrarme. Lo que me atrapó fue el silencio interior. Después de un tiempo, cuando intenté hablar con personas dentro de mi cabeza, no estaban allí. O los veía y se daban la vuelta. Jim me dio la espalda. Te marchaste. Mi madre simplemente se cubrió la cara con las manos.

Estaba lo más cerca posible del fondo. Tenía que hacer algo o me iba a quebrar de una manera que sería peor que morir. Porque hasta entonces todavía sentía, sin importar lo que hubiera hecho o lo malo que fuera, que en algún lugar de mí todavía había un núcleo de... ¿de qué? ¿Corazón? ¿Ideales? Algo por lo que alguna vez estuve dispuesto a dejar atrás mi vida. Pero como el jabón mojado en la ducha, esa parte de mí se estaba escapando rápidamente.

Empecé a pensar en algo que Dave Ryan dijo una vez, después de haber hecho un período de aislamiento. Dijo que cuando no había nadie más con quien hablar, hablaba con

Dios. Estaba lo suficientemente desesperado como para hablar con el diablo si hubiera podido convocarlo, pero no creía en Dios. Había dormido durante muchas reuniones de AA (Alcohólicos Anónimos) tratando de lograr la libertad condicional, y estaba dispuesto a admitir que era un borracho, al menos ante mí mismo, pero no había ningún Poder Superior en el que sintiera la más mínima confianza.

De hecho, ese núcleo de mí, esa parte todavía tal vez redimible, estaba ligada a mi condición de ¿marxista, materialista y revolucionario? O digamos que hice lo que hice con el Frente Interior por la convicción de que teníamos que actuar por nosotros mismos, que no podíamos depender de algún dios o de algún líder o abstracción para arreglarnos la vida, que teníamos que darle forma a la historia con nuestras propias manos. Y a pesar de cómo resultó, todavía creía (tal vez debería decir que creo) en nuestras motivaciones.

Lo cual no es excusa para nuestros errores. Todavía no habíamos comprendido que el fin no justifica los medios, como dicen los anarquistas; que, de hecho, a menudo no hay fines más allá de los medios, por lo que es mejor tener mucho cuidado al elegirlos.

Tengo que vivir con las decisiones que tomé. Los muertos están muertos. Están más allá del alcance de mis excusas o enmiendas. Pero todavía tengo que vivir mi vida. Lo sé ahora. Todavía tengo que hacer lo que puedo hacer.

Así que no tenía a nadie a quien rezar ni a nadie con quien hablar. De hecho, no podía recordar haber tenido una experiencia espiritual que no estuviera basada en alguna droga u otra, y aunque, como sabes, tuvimos algunos viajes de ácido bastante cósmicos, simplemente no podía imaginar basar mi vida espiritual en una droga o alucinación inducida. No si realmente quería cambiar. Y sabes, Maya, esto puede que te suene gracioso, pero eso me arrojó a un nivel de desesperación más profundo del que jamás había sentido. Fue como si alguien golpeará esa parte irrompible de mí con un martillo y me dividiera según mis defectos.

Simplemente me tumbé en el suelo (allí no te daban cama, sólo un colchón) y no sé cuánto tiempo estuve acostado. Estaba recordando esos momentos en la costa contigo y Johanna, pero sobre todo recordaba el viento, lo que sentía al soplar en mi cara y apretar mis ojos contra él y el sabor de la sal en mi barba, y el olor de la tierra mojada y el aspecto del cielo sin paredes alrededor. Y luego me acordé de la tormenta; sabes, ese momento en el que íbamos a tomar ácido y la tormenta se acercaba y dijiste: “No, veamos cómo se siente hacer esto correctamente”. Nos hiciste quitarnos la ropa y subimos a Whale Rock y nos quedamos allí sobre el océano mientras las nubes negras entraban. ¡Dios, tenía frío! Pensé que iba a morir. Pero después de un tiempo el frío cambió, dejó de ser frío y se convirtió en otra cosa. Toda mi piel estaba eléctrica. Las olas saltaban y tronaban debajo de

nosotros, y la lluvia rompía y caía en láminas plateadas, como luz húmeda y me sentí limpio después.

Y se me ocurrió que incluso si no tuviera un Poder Superior, tal vez podría tener un Lugar de Poder. Incluso si no pudiera creer en una especie de dios amoroso y amable, sí podría creer en la roca, el viento y la lluvia. Y tal vez, si los recordaba con suficiente intensidad, si los imaginaba con suficiente intensidad, podría volver a sentir el sabor de esa limpieza.

Entonces eso es lo que hice. Me quedé allí y me imaginé de nuevo en Whale Rock. Tenía hambre de esa limpieza con todo todavía vivo en mí, porque pensé que si podía hacerlo real, incluso en mi imaginación, si podía sentir un indicio de lo que la tormenta había traído, podría entregarle mi vida.

Después de un tiempo, comencé a atender al ambiente. Esta celda tenía ventanas tapiadas y solo encendían la luz unas pocas horas al día, por lo que la mayor parte del tiempo permanecía a oscuras. Pero había una rendija de luz donde una de las rejas metálicas sobre la ventana no encajaba bien, por lo que durante el día se filtraba un pequeño rayo de sol. Y esa luz del sol empezó a parecer como una mano que se extendía hacia mí. Podía tocarlo y sentir calor. Podría (esto puede parecer una locura) abrir la boca y saborearlo. La luz sabía dulce a miel y sabía a esa limpieza de la roca. Y Maya, eso fue suficiente. Sólo ese rayo de sol, y cuando se fue, el recuerdo de él, me sentí redimido. No exactamente perdonado; ya no necesitaba ser perdonado, ni siquiera yo

mismo. Al sol, a la roca, al viento y al agua no les importaba lo que yo hubiera hecho. Personalmente, no se preocupaban por mí. Simplemente porque esa era su naturaleza. Todo lo que tuve que hacer fue extenderles mi mano. Siempre estuvieron ahí, ofreciéndose.

El motivo por el que te cuento todo esto es para agradecerte, para hacerte saber el regalo que me has hecho. Cuando leí tu libro, me di cuenta de que habías encontrado algo similar allá arriba en la montaña. Quizás esto no sea tan sorprendente, ya que partimos del mismo lugar.

Y en caso de que pienses que esta carta es engañosa, debes saber que las cosas están mucho mejor ahora. Comenzaron a girar para mí después de ese tiempo. Eso fue, ¿cuánto... hace cinco años? Todavía parecía que tenía una cantidad infinita de tiempo, como si fuera a estar aquí para siempre. Pero estaba decidido a no esquivar más el dolor. Cuando me dejé sentir realmente herido por dónde estaba, por lo que era y por lo que había desperdiciado, descubrí que, por primera vez en años, había algo que quería y que estaba a mi alcance. Quería salir. Eso fue todo. Sólo para volver a ver el cielo, aunque hubiera muros que lo rodearan. Y supe que podía. Tendría que comportarme bien para recuperar mi privilegio de hacer ejercicio, pero podría hacerlo ahora. Tenía mi propio propósito para sostenerme. Antes, cada vez que cedía, cada vez que obedecía una orden, sentía que me quitaban ese núcleo de piedra. Podía sentir que se hacía cada vez más pequeño. Y la cosa es, Maya, que en prisión eso

es lo que pasa, cada minuto. Obedecer o desobedecer. Y no puedes desobedecer todo el tiempo. Nadie puede. Quizás Gandhi, pero no muchos otros.

Sí, he estado leyendo a Gandhi. No te rías. Algunos de los hombres aquí que proceden de la resistencia por la paz iniciaron un pequeño grupo de estudio. En realidad, mi vida ahora mismo es bastante buena. Trabajo en construcción y plomería sobre el terreno, así que salgo mucho al aire libre. Me trasladaron a Honor Farm. Yo tengo algunos amigos. Hay algunos nativos americanos aquí y una vez al mes uno de sus mayores viene a sudar. A veces me dejaban venir, gracias a mi bisabuela Cherokee. Probablemente mi vida no te parezca gran cosa, pero para mí es una gran mejora. Saldré dentro de tres o cuatro años, que todavía es mucho tiempo, pero no infinito.

No respondas a esto si no quieres. Probablemente ahora estés feliz con otra persona, y todo esto es historia antigua. Eso espero. Pero necesitaba decirte todo esto. Espero que no te moleste. ¿Sabes lo que le pasó a Johanna? A mí también me gustaría escribirle. Por favor, no lo tomes a mal si firmo esto.

Te ama,

Rio

XLV. DE THAMI A NAMCHE

Si te dicen que para convertirte en Arhan debes dejar de amar a todos los seres; diles que mienten.

Si te enseñan que el pecado nace de la acción y la bienaventuranza de la absoluta inacción, diles que se equivocan.

***–La voz del silencio.
La sabiduría del budismo***

“He estado pensando en ello”, dijo Debby, sentándose en su saco de dormir en la tienda que ella y Maya habían compartido, y sosteniendo su té de la mañana en sus manos. “La oración que debemos decir por mamá es la oración judía, la que se dice por los muertos”.

Maya volvió la cabeza para mirar a su hermana. Cafeína, pensó, tomando un largo sorbo de su propia taza. Necesito cafeína para lidiar con esto, si no algo más fuerte.

“Es bueno que sea escritora”, le dijo a Debby. “Por no hablar de una psicóloga. He desarrollado un oído para el subtexto. Porque ¿has notado que en nuestra familia nadie se disculpa directamente? Te pelearías con Betty, gritarías y chillarías y colgarías el teléfono, y ella nunca admitiría que estaba equivocada. Nunca, nunca jamás. Pero al día siguiente te llamaba y te contaba cómo fue al teatro con Lenore Kapfenberg y te contaba toda la trama de la obra y un resumen de todos los actores y al final de la conversación ella insistía sobre invitarte a comprar entradas cuando la obra llegase a San Francisco”.

“¿Qué estás diciendo?”

“Sólo estoy tratando de aclararme lo que estás diciendo. ¿Quieres decir (sólo como una suposición descabellada) que tal vez lamentas haber sido tan perra conmigo cuando vine hasta aquí para verte y lamentas haberme gritado delante del grupo de excursionistas y dijiste que no debían dejarme salir sin un guardián sólo porque quedé atrapada en la tormenta, y que posiblemente tenía razón acerca de que hiciéramos algo juntas por Betty?”

“¿Y si lo fuera?”

“Luego haría algún comentario alegre sobre algún tema totalmente irrelevante que no diría directamente pero podría implicar que admito que traer las cenizas de Betty aquí fue una forma no de manipular exactamente, sino de tratar de crear una situación que no pudieras evadir”

Debby sonrió. “No trajiste un libro de oraciones judío, ¿verdad?”

“A decir verdad, nunca se me ocurrió”. Maya tomó un sorbo de su té caliente lentamente. “Pero ahora que has hecho la sugerencia, creo que estoy de acuerdo. Sí, eso se siente bien. Deberíamos decir el Kadish. El único problema es, ¿cómo? No conocemos las palabras y no tenemos el libro”.

“No creo que nadie más en el grupo tenga uno”.

“Lo dudo”, dijo Maya. “Lonnie es judía, pero no me parece del tipo devota. Pero se lo preguntaré”.

“¿Qué pasa si ella no tiene uno?”

“Haremos nuestro propio Kadish”, dijo Maya. “Lo que sé sobre el Kadish es que no dice nada en absoluto sobre la muerte. Se trata de alabar a Dios”.

Debby negó con la cabeza. “No me gusta mucho alabar a Dios. Prefiero hacerlo en hebreo, así no tengo que preocuparme por lo que significa”.

“Bueno, podríamos alabar la vida”, sugirió Maya. “Alaba las montañas, alaba los ríos, alaba el funcionamiento arcano de la fisiología humana, lo que sea que te excite”.

“Esperemos que podamos encontrar el hebreo”, dijo Debby.

“Creo que es arameo”, dijo Maya. “Recuerdo haber leído eso en algún lugar.”

“Lo que sea.” Se acercó a Maya y se dieron la mano, bebiendo su té al amanecer.

Éste es tu ritual, Betty, pensó Maya. Ni cantos hermosos, ni colores intensos, ni incienso ni cuernos tibetanos. Sólo la simple ceremonia de tus dos hijas intentando y sin éxito conectarse, discutiendo y quejándose en un baile propio, fallando e intentando y de vez en cuando teniendo éxito. Mi ofrenda a ti, mamá, es simplemente mi promesa de que nunca me rendiré. Seguiré buscándola y así me aliaré con el viento, las rocas y la lluvia.

Estaba pensando en la carta de Rio. Quizás tenga razón, pensó. Tal vez este mundo sea una trompeta de fémur, un cuerno de templo a través del cual llama la compasión. Cuando respondemos, ocurren milagros.

Apretó la mano de Debby. “Me he sentido muy frustrada”, dijo Debby en voz baja. “Quería tener más tiempo contigo. Cuando escuché que vendrías, me emocioné mucho, aunque

sabía que eso significaba que mamá estaba muerta. Pero había tantas cosas que quería mostrarte”.

“Nunca lo hubiera imaginado”, dijo Maya secamente.

“Yo no inventé las emergencias. Realmente sucedieron”.

“Pensé que me estabas evitando”.

“No.”

Se sentaron juntas en silencio, tomadas de la mano, hasta que a Maya empezó a dolerle el trasero y cambió de posición.

“¿Estás feliz, Maya?” –Preguntó Debby en voz baja. “¿Ya sabes, vivir con Johanna y escribir y todo eso? ¿Estás haciendo lo que realmente quieres hacer?”

“No lo sé”, admitió Maya. “Creo que sí. Pero desde que murió mamá, no me he sentido tan segura. Todo parece haberse ido al garete. Pero lo creo. Creo que estoy haciendo lo que se supone que debo hacer. La felicidad no está tanto en las circunstancias, sino en cómo las enfrentas, de todos modos”.

“Supongo que eso es cierto”.

“¿Y tú? ¿Estás feliz?”

“Estoy feliz en mi trabajo. Estoy feliz de estar aquí”.

“¿No te sientes sola?”

“A veces. Me gustaría tener una pareja. Me gustaría tener un hijo. Pero no creo que lo haga. No soy muy buena para emparejarme”.

“Una de nosotras debería hacerlo”, dijo Maya. “Tener un hijo, eso es. Dejar descansar al fantasma de Betty. Darle fotografías de un nieto que pueda mostrar en el cielo”.

“¿Lo quieres?”

“Estoy pensando en ello. Mucho desde que estoy aquí. Estoy en esa edad en la que el reloj biológico empieza a funcionar como una bomba de tiempo”.

“¿Cómo se siente Johanna al respecto?”

“No hemos hablado de eso”. En realidad, admitió Maya para sus adentros, en realidad no había considerado la pregunta. ¿Qué significa eso? Que inconscientemente veía su futuro como algo separado del de Johanna, o que lo que realmente quería era simplemente una fantasía de bebé, no algo que alterase su estilo de vida, sus relaciones y su alojamiento. ¿No comercializa nadie los bebés? Como en el vídeo de la pecera, sin alimentación ni limpieza complicada, simplemente enciéndelo y observa al niño jugar, gorgotear y crecer. “Rachel ya está en la universidad. No creo que Jo quiera empezar todo de nuevo”.

“Supongo que no. ¿Pero ella no te apoyaría si quisieras?

“Ella sentiría que debería hacerlo. Pero no estoy segura de querer ponerla en esa posición. De todos modos, primero tenemos otras cosas que resolver”.

“Bueno, serías una buena madre”, dijo Debby.

“¿En realidad?” Dijo Maya, sorprendida. “No hubiera esperado que pensaras eso”.

“¿Por qué no?”

“Pensé que pensabas que yo era una de las personas más raras del mundo”.

Debby se apoyó en un codo. “Honestamente, Maya, a veces siento que me has elegido para un personaje en una película en la que en realidad no estoy. ¿Sabes?”

“No. Pensé que tú me habías elegido para la película equivocada”.

Ellas rieron.

“No hemos sido muy buenas para vernos realmente”, dijo Maya.

“Lo sé”, admitió Debby. “Supongo que heredamos eso de Betty. Ella siempre nos eligió para papeles secundarios en su

propio drama. Ella nunca pudo entender que tuviéramos nuestras propias películas”.

“Por eso fue tan difícil estar con ella”, dijo Maya en voz baja. “Por qué no podía moverme allí. ¿Por qué no volviste a casa?

“Lo sé. Fue un error”, admitió Debby. “Debería haber ido. Pero sé por qué lo hice. Aún estoy triste. Triste que esté muerta, triste que se haya sentido tan sola mientras estaba viva. Pero por eso no quería hacer un ritual contigo. No quería ser simplemente un extra en tu película”.

“Estaba pensando más bien en que seríamos coprotagonistas”.

“Podemos decir el Kadish juntas. Haciendo tu ritual, no soy más que un papel secundario.”

La caminata de la mañana volvió sobre su ruta a lo largo del cañón y luego subió a Namche. El sol calentaba. Maya llevaba el suéter verde de Claire y ató su propia chaqueta a su mochila. Por primera vez en la caminata, se sintió fuerte y despidió a los ansiosos sherpas que se ofrecieron a llevar su mochila. A pesar de estar empapada el día anterior, apenas tosía.

Quizás por fin me esté poniendo en forma, ahora que el viaje casi ha terminado, pensó Maya. Si alguna vez vuelvo a hacer esto, juro que primero me apuntaré a un gimnasio.

Pero para mí esa es la parte más triste de lo difícil que ha sido. Probablemente no quiera volver a hacerlo.

Aun así, disfrutaba de la simple sensación de caminar, sintiendo sus músculos fuertes y elásticos. Tal vez no era tan fuerte como Peter, ni tan veloz como Jan o Carolyn, quienes estaban muy por delante de ella, avanzando rápidamente. Pero se sentía lo suficientemente en forma como para sentir que podía caminar para siempre, por la antigua ruta comercial hacia el Tíbet y hasta China, sobre las altas laderas de Chomolungma, hasta la luna y los confines de las estrellas o, al menos, para ser realistas, los planetas más cercanos, Venus o Mercurio. Tal vez el viaje resultaría ser como un parto: olvidaría el dolor y recordaría sólo los momentos de éxtasis. O tal vez su cuerpo era como un viejo caballo de guerra, acelerando su paso mientras se dirigía a casa, al establo.

Al principio, Debby caminó a su lado, señalándole los senderos que había tomado y las cabañas que había visitado para reparar un hueso roto o dar a luz a un bebé. Después de un rato, se adelantó para charlar con Ang y Pembila. Maya caminó sola, todavía pensando en la carta de Rio.

Debería haberle escrito, admitió para sí misma. Claro, Tony me advirtió que no lo hiciera, dijo que podría provocar nuevas investigaciones y hacer que se interesaran por mí. Pero podría haber encontrado una manera. Quería hacerlo. Nunca me dije, no, no le voy a contestar, lo voy a cortar. Llevé

la carta en mi bolso durante años, siempre creyendo que en el próximo viaje en avión, o cuando terminara el siguiente capítulo, o cuando terminaran las vacaciones, escribiría. Pero nunca lo hice. Siempre estaba demasiado cansada, o empacando para el próximo viaje, o atrasada en comenzar el siguiente capítulo.

Siempre algo me detenía. No podría responder esa carta a menos que la respondiera honestamente. Y no podía hacer eso sin contarle sobre Rachel.

La verdad es que tanto Johanna como yo hubiéramos estado más cómodas si él hubiera muerto con los demás. Podríamos haber dicho Kadish por él, elogiar lo que había que alabar en su vida, enfurecernos, lamentarnos y hablar abiertamente de él. Él habría sido nuestra tragedia romántica mutua, y nos habríamos sentido tan cómodas con la seguridad de que éramos mejores, más cuerdas y más fuertes que él. Muerto, podría haber sido cualquier cosa que quisiéramos que fuera. Pero vivo, siempre era un pequeño peligro, un secreto continuo que teníamos que enterrar, para que no apareciera y se convirtiera en algo que no esperábamos y que no podíamos afrontar.

¿Entonces qué hago ahora? ¿Desenterrarle y arriesgarme? ¿O seguir mintiendo?

Pensar en el Kadish le recordó su problema. Lonnie caminaba lentamente, no muy lejos, y Maya se apresuró a alcanzarla.

“Hola, Lonnie”, preguntó Maya mientras se acercaba a ella. “¿Conoce usted la oración hebrea por los muertos? Queremos decir Kadish por nuestra madre. Pero no tenemos el libro y no conocemos la oración”.

“Apuesto a que Howard la sabe”, dijo Lonnie.

“¿Howard?” Oh Diosa, ¿tendría que recurrir a él en busca de ayuda? “¿Con esa buena apariencia nórdica? No sabía que era judío”.

“La mitad”, dijo Lonnie. “Pero a él le gusta. Va a un grupo de Renovación Judía en Palo Alto. Me lo contó todo”.

“Qué extraño”, dijo Maya.

“¿Extraño? ¿Por qué?” Lonnie se detuvo en el camino y miró a Maya con astucia. “No me digas, déjame adivinar. Te insinuó y tú lo rechazaste.

“Lo tienes”, dijo Maya.

“¿Fuiste grosera con él? ¿Insultante?”

“No, fui bastante educada”.

“No dejaría que eso te moleste”, dijo Lonnie, reanudando su caminata. “Los tipos como Howard se acostumbran a ser rechazados. Simplemente se les cae de la espalda”.

“Bueno, le preguntaré”, dijo Maya. El sendero era lo suficientemente ancho para que ella y Lonnie caminaran una al lado de la otra, y ella siguió el paso tranquilo de Lonnie. “¿Cómo estáis Jan y tú? ¿Habéis tomado alguna decisión sobre lo que vais a hacer?

“Sí, hemos decidido hacer juntas el recorrido por el Annapurna el año que viene. Mientras tanto, iremos a casa y pensaremos un poco más. Tal vez intente asistir a uno de tus rituales este año: dejarte cambiar mi vida del revés. ¿Tienes planes de venir a Portland?

“Creo que tengo algo programado para Seattle”, admitió Maya.

“Suficientemente cerca.”

Cuando el grupo llegó a Namche, acomodaron sus cosas en la casa de Ang, delimitaron sus espacios para dormir y tomaron el té. Maya se había sentado en un pequeño taburete frente a Howard, quien ocupaba el rincón más alejado del largo banco. Debby se sentó a su lado. Mientras mordisqueaban las últimas galletas, Maya se obligó a hablar.

“¿Puedo pedirte un favor, Howard?”

“¿Un favor? Seguro.” Parecía sorprendido y tan contento de que se lo pidieran que Maya casi se sintió culpable.

“Lonnie me mencionó que eres judío”.

“Medio. Mi madre nunca se convirtió. Mi padre me envió a una escuela hebrea y todo eso, para hacer el bar mitzvá⁴⁸. Pero yo siempre me sentí un poco, ya sabes, que no era del todo genuino”. Howard siguió charlando nerviosamente. “Pasa por la madre, ya sabes: el judaísmo. Si ella es judía, tú eres judío. Si ella no lo es, tú no lo eres. Por eso siempre dudo de lo que soy”.

Quiere complacer, pensó Maya. Él quiere ser lo que yo quiero que sea. Está tratando de moldearse a sí mismo en lo que imagina que quiero. Y no lo logra del todo. Qué triste.

Por eso era más difícil amar a los seres humanos que a las montañas, pensó. La gente siempre estaba construyéndose a sí misma, usándose unos a otros como planos, láminas y espejos. Las montañas eran simplemente montañas, altas o bajas, escarpadas o redondeadas, boscosas o desnudas. No se formaron en relación con algún ideal sino en respuesta a cosas reales: el desplazamiento de las placas terrestres, la

48 Bar mitzvá significa “hijo de los mandamientos”. Al celebrar el bat mitzbah, el joven pasa a ser un miembro/a judío activo/a y responsable en la sinagoga y en la comunidad judía.

presión de la roca fundida, la acción del viento, la lluvia y el agua corriente.

“Es el último vestigio del matriarcado, lo de la madre”, dijo Maya. “Pero en realidad, si sientes que eres judío, yo digo que eres más judío que la mayoría de nosotros”. Ahora ella estaba tratando de apoyarlo, de expiar su compasión haciéndolo sentir mejor consigo mismo.

“Bueno, ahora los grupos reformistas dicen que no importa cuál de los padres sea judío”, dijo Howard. “Me gusta esa idea.”

“Me preguntaba”, intervino Maya. “¿Tienes un libro de oraciones contigo?”

“¿Un libro de oraciones? No. Nunca pensé en traer uno. ¿Qué quieres de un libro de oraciones?”

“Queremos decir Kadish por nuestra madre”.

“¿El Kadish? Lo sé de memoria. Lo dije casi todos los días durante un año después de la muerte de mi padre”.

“¿Lo hiciste?” Dijo Maya, encantada. “¡Oh, eso es maravilloso! Howard, nos has salvado”.

“Pero para decir el Kadish se necesita un minián”, dijo Howard, angustiado. “Son diez judíos. Solía ser diez hombres judíos, pero hoy en día cuentan también las mujeres”.

“Qué avanzado”, dijo Debby.

“Sólo los ultraortodoxos siguen cumpliendo la regla sobre los hombres”, dijo Howard. “Pero no tenemos diez judíos aquí”.

“Tenemos cuatro”, dijo Maya. “Nosotros tres y Lonnie. ¿No está eso lo suficientemente cerca?

“No es una cuestión de porcentajes”, dijo Howard. “Se supone que diez son diez”.

“Oh, vamos, Howard”, dijo Debby con impaciencia. “¿Realmente le importaría a Dios?”

“Ese no es el punto.” Una línea vertical apareció en el centro de la frente de Howard, y de repente Maya pudo ver cómo la preocupación esculpiría su rostro cuando envejeciera. “La cuestión es que el Kadish es una oración que se supone debe decirse en comunidad. No es una oración individual”.

“¿Qué quieres decir?” –Preguntó Maya.

“El Kadish trata sobre la comunidad que se levanta en alabanza a Dios y a la vida, frente a la muerte”, dijo Howard. “Eso es lo que da apoyo a los dolientes y mantiene unido el tejido de la vida cuando la muerte lo ha roto. Sin la comunidad, la oración no tiene sentido. Son sólo un montón de palabras vacías”.

Maya lo miró asombrada. Sus ojos brillaban y su nerviosismo y torpeza habían desaparecido. Se ha olvidado de sí mismo, pensó, y por primera vez se muestra su verdadero yo, auténtico y sólido como una montaña.

Sí, las montañas eran fáciles de amar. No tenían que definirse frente a los valles, las llanuras o las colinas, ni preocuparse por su apariencia. No necesitaban bajar ninguna otra montaña para poder elevarse.

¿Y ella? ¿No había estado usando a Howard, durante todo el viaje, como su complemento? Presentarlo como el nerd, el cobarde, el tímido, para que ella pudiera destacarse frente a él como valiente, salvaje y libre. De modo que, hasta ese momento, no se había permitido vislumbrar siquiera quién era él realmente.

¿No había usado ella a Rio de la misma manera?

“Howard, me sorprendes”, dijo Maya. “No tenía idea de que fueras tan teólogo”.

Él sonrió un poco tímidamente. “Tenemos un gran rabino en Palo Alto. Judith Pizer, se llama. Después de la muerte de mi padre, me uní a un grupo de estudio. Repasamos el Kadish en detalle”.

“Escucho lo que estás diciendo, Howard”, dijo Debby. “Pero esta es la única oportunidad que Maya y yo tendremos de

decir esta oración juntas, tal vez durante años. ¿No podemos hacer una excepción esta vez?

Debby miró a Maya y la miró a los ojos. No intercambiaron una palabra ni un guiño y, sin embargo, Maya sabía que ambas sentían su conexión, su propósito común. Y eso es todo lo que siempre quiso de ella, se dio cuenta Maya. Simplemente estar vinculadas, moviéndose hacia el mismo fin, pequeño o grande. Pensé que teníamos que hacer un ritual, pero realmente podríamos haber preparado una cena o plantado un árbol. Qué irónico que Howard sea el instrumento de nuestra conexión.

“¿Pero por qué querías hacer algo por tu madre que esencialmente no tiene sentido?” –Preguntó Howard.

“Porque no carecería de sentido”, dijo Maya. Se detuvo por un momento. Cuanto más hablaban del Kadish, más firmemente sentía ella que decir la oración era el ritual correcto y perfecto para Betty. Pero ¿cómo convertir esa intuición en un argumento razonado? “El significado cambiaría”, comenzó lentamente. Howard y Debby la miraron, esperando. “La oración se convertiría en una ofrenda a nuestros antepasados”.

“Eso suena más pagano que judío”, objetó Howard.

“Soy pagana”, dijo Maya, “pero escúchame. Hablas de reparar roturas. Bueno, aquí estamos, Debby y yo, la ruptura

encarnada. Soy una sacerdotisa de la Diosa, ella es una... ¿qué? ¿Qué eres, Debby? ¿Una atea?"

"No exactamente. Supongo que diría que soy una especie de agnóstica semibudista.

Maya sonrió. "Nuestra propia madre creía más en Freud que en Dios".

"No en los últimos años", intervino Debby. "Dale algo de crédito. Ella se pasó a los posfreudianos".

"Como sea", continuó Maya. "Nuestro padre era leninista. Nuestra familia está muerta o dispersa, pero aquí estamos nosotras juntas, precisamente en Nepal. Y la cuestión es, ¿cómo hacemos las paces con nuestros antepasados? En la tradición de la Diosa, la muerte no rompe la comunidad. La comunidad continúa, más allá de la muerte. De modo que si tenemos cuatro judíos vivos aquí, tenemos cuarenta mil espíritus o más. Diríamos la oración como una forma de volver a casa con ellos".

Cuando dijo las palabras "volver a casa", Maya de repente pensó en Claire. Debería haber conseguido su dirección, pensó, o invitarla a visitar San Francisco. Nunca sabré si ella se construye un hogar o no.

¿Y yo? Mi camino a casa, a lo que sea que Jo y yo podamos ser la una para la otra, parece estar tomando un desvío a través de Nevada. Tal vez necesito dejar que el Kadish me

lleve a casa con mis antepasados para que puedan enseñarme a vagar por el desierto.

“Todavía no me parece bien”, dijo Howard. “Pero qué diablos, es tu funeral”. Luego se sonrojó. “Oh, lo siento mucho, no quise decir eso de esa manera. ¡Dios! ¡Qué comentario más estúpido!

Maya y Debby se rieron.

“No te disculpes”, dijo Maya. “Tienes razón. Es nuestro funeral. Y eso es bueno.”

Estaban en la terraza exterior de la casa de Ang: Maya y Debby, Howard y Lonnie. Desde la puerta del establo, Ila y los zopkios observaron respetuosamente. El sol se ponía detrás de las montañas y el aire resplandecía. Rayos de rosa y oro iluminaron el cielo.

“Yiskadol v yiskadash shemay rabá...”

Howard se paró frente a las mujeres, incómodo en su papel de rabino, sin saber muy bien qué hacer con sus manos mientras pronunciaba lentamente las palabras de la oración para que los demás las repitieran.

“V'almah di vrah cheruteh–v'amlich maljuteh...”

Las antiguas palabras resonaron desde la cornisa, flotando sobre Namche.

Esto no es lo que imaginaba, pensó Maya. Éste no es el ritual de fantasía que había soñado para Betty. Todavía llevo sus cenizas en mi espalda y las llevaré hacia abajo como las subí, hasta que pueda dejarlas descansar para siempre.

Pero mientras miraba a su hermana, canturreando las antiguas palabras, Debby apareció de repente radiante cuando Tara entró en el mundo de las formas, con los ojos encendidos y todo el cuerpo preñado de iluminación. Lonnie, a su lado, brillaba con la santa pasión de la Dakini, y Howard se transformó, su torpeza adquirió la gracia del santo payaso. Maya quería levantar las manos y bailar, girar en círculos, gritando un nuevo mantra: ¡Debby, Howard, Lonnie! gritando al cielo y a la tierra que aquí ante sus ojos estaba Buda, la Diosa encarnada. Tú, eres el Perfecto, quería decirles a todos, reunirse con Ila, Tenzing, Jan, Carolyn y Peter; enviar ondas de pensamiento a Johanna en casa y a Rio en Nevada, pidiendo perdón por no haberlo visto antes. ¡Alabados sean Pembila y Tashi! ¡Exaltado sea Ang! ¡Hosannas a los impasibles zopkios en sus puestos! Sois todos más, mucho más de lo que me he permitido saber, sois grietas y cañones y pliegues donde fluyen aguas vivas y nacen bosques, sois cada uno una Diosa Madre de vuestro propio universo, y sólo me he dejado deslumbrar por una imagen. Postales en el bazar. Pero ahora, ahora lo sé. Betty, he reunido un coro de dioses para ofrecerte una oración.

El desierto la estaba esperando. Bajaría de la montaña para caminar por sus llanuras de arena. Las revelaciones que

traería consigo no eran del tipo de las que podían grabarse en tablas de piedra o proclamarse a las multitudes. Se parecían más al pozo de agua dulce que se decía que seguía a Miriam la profetisa a donde quiera que fuera. Mientras deambulaba, sería sostenida.

Sostuvo la mano de Debby, murmurando las sonoras palabras mientras los brazos rocosos de las montañas las acunaban a ambas. En el cielo flotaban pancartas de colores como banderas de oración ondeantes al viento, y cuarenta mil espíritus danzaban sobre la ciudad.

XLVI. CARTA

Sitio de pruebas de Nevada

4 de marzo de 1988

Querida Maya,

Probablemente no recibirás esta carta hasta que regreses de tu viaje. Espero que haya sido uno bueno. Quizás no debería volver a escribirte. No quiero inmiscuirme en tu privacidad. Es que después de escribirte la semana pasada me di cuenta de lo mucho que no te había contado. Y como te pido que vengas aquí, siento que te debo toda la verdad.

El problema es que la verdad es difícil de decir. Oh, puedo darte datos, incluso puedo expresar emociones cuando se

me pide. Es un truco que tengo (tal vez todos tenemos, una especie de prestidigitación emocional): distraer a la audiencia exponiendo tu dolor. Pero lo que muestras es el dolor que puedes soportar mostrar, la historia que has contado tantas veces que sus bordes están desgastados y ya no te corta cuando pasas sobre ella. Entonces esa honestidad se convierte en una ilusión de honestidad, y guardas las cosas reales en tu interior, donde ni siquiera tú las ves más.

No quiero hacer eso contigo. No quiero mentirte.

Pero puedo. Esta es una advertencia.

Lo que tengo que escribirte es lo que realmente me pasó en estos últimos años y cómo llegué hasta aquí. Cuando te escribí desde la cárcel estaba en un buen espacio. Había llegado a una especie de aceptación de las cosas. He tenido altibajos desde entonces. Ya sabes, es difícil cuando te comprometes a cambiarte a ti mismo de alguna manera fundamental. Al principio hay un subidón de energía, una especie de euforia, pero el día a día te carcome y te desgasta. Las tonterías normales de la vida serían suficientes para lidiar cuando estás afuera, pero cuando estás adentro (es decir, en prisión) tienes el estrés adicional de estar encerrado, observado, registrado, ordenado y, en general, humillado quince veces al día. Sin mencionar la tensión de vigilar constantemente tu espalda para asegurarte de que alguien no te clave un cuchillo. Aguanté, no siempre en alto

pero sí firme, si sabes a qué me refiero, y hace unos tres años me liberaron.

Probablemente tengas una imagen en tu mente de cómo es eso: una vieja película granulada en la que un tipo sale por las puertas de la prisión estatal, con un traje que no le queda muy bien, y el director le da la mano y le dice: “Buena suerte, hijo”. Bueno, no es así. Estuve en un centro de rehabilitación durante un par de meses, donde eres libre de salir a buscar trabajo durante el día, pero hay toque de queda por la noche. Te alojas en un dormitorio con un grupo y, en general, es un poco como un campo de entrenamiento, sin ejercicio. La casa estaba en la ciudad de Nueva York, en Brooklyn, y tampoco en la mejor parte.

Desde el momento en que salí de esos terrenos de la prisión, quería una cosa y sólo una cosa: una bebida. Esa era mi imagen de la libertad: poder entrar a un bar, sentarme y decir: “Dame una Dos Equis”. Sólo una cerveza, nada fuerte. Quizás si hubiera podido ir a las montañas o a las limpias playas de Occidente, habría pensado en la libertad en otros términos. Pero las playas de Brooklyn están cubiertas de basura y jeringuillas usadas y las olas están hurañas y aceitosas.

No bebí. Tenía miedo de a qué me llevaría. Pero, Dios, ¡cómo lo deseaba! Como una monja a Jesús, como Mao la revolución, como un bebé el pecho de su mamá: así anhelaba un trago. Un deseo tan intenso, seguí pensando,

debería centrarse en algo significativo y profundo. Conversar con la zarza ardiente, escalar el Everest, liberar a la India, cambiar el mundo. Ah... pero lo había intentado y mira a lo que me llevó. Quizás era menos peligroso obsesionado con mi batalla con la botella.

No bebí, pero tampoco encontré trabajo. Es curioso cómo se ve en un currículum, ya sabes: 1971–1985 Prisión Federal de Arlington. Estoy bromeando, por supuesto. Principalmente buscaba trabajos en la construcción. No te piden currículum pero sí quieren saber dónde te formaste y cuáles son tus referencias. Conseguí algunos trabajos de jornalero, pero eso fue todo.

Aun así, lo iba a lograr. Ahorré mi dinero en el centro de rehabilitación. Me pagaron un poco de la prisión. Sólo pagan unos pocos centavos la hora, pero a lo largo de catorce años eso suma. No tenía a nadie a quien acudir. Tú no, desde luego, y todos nuestros viejos amigos estaban muertos o desaparecidos o hacía tiempo que me habían descartado. Y si no lo hubieran hecho, no habría confiado en ellos. Como solía decir Groucho Marx: no me gustaría unirme a ningún club que me admitiera como miembro. Mi familia también me había descartado, así que estaba solo.

Durante catorce años todo estuvo decidido por mí. Cuándo levantarse, qué comer, cuándo acostarse. El maldito café ya tiene azúcar cuando te lo sirven. No hay mucho margen para elegir.

De repente estás ahí, en la calle, de cara al vacío. Todo parece demasiado grande, demasiado abierto, las luces demasiado deslumbrantes, los ruidos demasiado confusos. No estás acostumbrado. Te despiertas y el día se extiende ante ti sin fin y no sabes cómo dividirlo en pedazos manejables. No tienes un trabajo al que ir ni un alma que se preocupe por ti excepto tu oficial de libertad condicional, y no volverás a verlo hasta dentro de tres meses, si tienes suerte. Ni siquiera tienes un perro para pasear.

Lo peor es que sigues pensando: “Soy un hombre libre, se supone que debo ser feliz. Esto es lo que esperé durante catorce años”. Pero no te sientes libre, sientes que has caído en una especie de vacío, en una no vida, donde ninguna de tus acciones cuenta. Como si fueras un fantasma y tus manos atravesaran todo lo que intentas agarrar. Podía sentir que la rabia comenzaba a crecer. Lo mismo que sentíamos por la guerra, ¿recuerdas? Esa sensación de que podíamos gritar, marchar y arrasar por las calles para siempre, y no importaría. Nadie estaba escuchando. Nada iba a cambiar. Y así te ves impulsado a hacer lo siguiente, lo más extremo, hasta que haces algo de lo que no puedes retractarte. Y además, están escuchando bien, han estado observando cada movimiento que haces durante años, reproducen transcripciones de tus llamadas telefónicas e introducen las cartas de tu hermano como evidencia.

Pero me estoy amargando, y eso es peligroso, ahora como entonces. Mi vieja tentación: culpar a alguien más por todas

las cagadas, culpar al gobierno, culparte a ti por dejarme, culpar a nadie para no tener que decir, sí, lo acepto, mis propias manos hicieron el acto que me puso aquí.

Seguí luchando. Seguí intentando abrirme camino de regreso a ese lugar limpio, con el viento, la lluvia y la roca. Me gradué del centro de rehabilitación y me instalé en una habitación barata en un hotel de barrio, pero luego cerraron el lugar y no pude encontrar otra habitación que pudiera pagar. Estaba durmiendo en las calles, y estaban duras como piedras, de acuerdo, pero allí, en medio de Brooklyn, el viento es simplemente amargo y la lluvia está llena de humo y arena. Así pasó el tiempo. Todavía conseguía algunos trabajos de jornalero, cada vez menos a medida que me ensuciaba más, pero un día estaba ayudando a un tipo a subir tres tramos de escaleras con una bañera de hierro fundido y el imbécil la dejó caer. La cosa cayó y me derribó. Bueno, tuve suerte de no morir aplastado ni romperme nada, pero me torcí bastante el tobillo y no pude trabajar durante un tiempo.

Eso me mató. No estoy orgulloso de lo siguiente, Maya, pero juré que te escribiría una carta honesta, y así lo haré. El tipo para el que había estado trabajando me llevó al hospital del condado y me pagó veinticinco dólares. Me vendaron el tobillo para que pudiera cojear y salí a comprar medio litro de vodka. Hay un gran roble viejo y extendido en Prospect Park. Me senté debajo de él, de espaldas a su tronco, y bebí hasta olvidarme. Y Maya, tengo que decirte que el olvido es

un lugar muy dulce. Ahí no duele nada. Sin fantasmas, sin recuerdos, sin arrepentimientos.

Me gustó tanto el olvido que cuando terminé esa botella salí y compré otra. Cuando me quedé sin dinero, me hice un cartel de cartón que decía VETERINARIO HERIDO: AYUDA POR FAVOR y me senté en una divisoria de hormigón en medio de la calle hasta que reuní suficiente dinero para emborracharme de nuevo. Demonios, pensé, soy tan víctima de Vietnam como cualquiera que alguna vez se haya puesto un uniforme y haya disparado contra Charlie en nombre del Tío Sam.

Estaba feliz, Maya. Recuerdo haber pensado: “Muy pronto llegará el invierno y me acostaré en la nieve y estaré muerto”. Olvido permanente. No más rogar y buscar monedas extra. No más intervalos incómodos de conciencia y miedo. Y luego: “¿Por qué esperar? ¿Por qué esperar al invierno?”

Para entonces ese roble había empezado a parecerse a mi madre. No mi verdadera madre, que Dios la ayude, llorona y abatida, sino como la madre que todos desearían haber tenido, grande, protectora y amable. Él redujo la velocidad del viento y evitó la lluvia en mi espalda, y me encontré hablando con él. No puedo decir que dijese mucho en respuesta, pero después de un rato comencé a sentir que sí me respondió. Cuando estaba muy, muy borracho, respondía con palabras, con una boca gomosa y parlante como en una caricatura de Disney. Cuando no estaba tan borracho, la

conversación era más como una respuesta que podía sentir en algún lugar muy dentro de mí.

Tal vez pienses que estoy relatando una visión mística, pero lo que me dijo el roble fue muy práctico. Él dijo: “Nunca te suicides con el estómago vacío”.

Ahora hay un consejo para ti. Me hizo sentir como un niño llorón al que mamá pone en su lugar y me recordó que no había comido en mucho tiempo. Cuando bebes mucho, la comida tiene menos prioridad.

Entonces supe que tenía que tomar una decisión: vivir o morir. Morir parecía preferible, pero de algún modo incorrecto. Quizás por culpa de Jim. Siempre fue el buen hermano, el chico modelo. Morir era simplemente otra cosa que tenía que hacer y de la que yo no era digno. O más bien: no quería morir. Para mí morir era abaratar su muerte. O peor. Pensé en mi padre, volándose los sesos en el auto detrás de nuestra casa. Durante toda mi vida, lo que más temía era convertirme en él. Y ahora aquí estaba yo, el hijo de mi padre, completamente borracho y pensando en suicidarme.

Me levanté y caminé hasta la Misión de San Francisco y esperé en la fila para una cena de arroz y frijoles y dejé que oraran por mí y me dieran una cama para pasar la noche, una ducha y algo de ropa limpia. A menudo pienso en ese paseo por allí, en cómo estaba yo, sucio y apestoso y zigzagueando

de un lado a otro, un pedazo de basura humana, dirías si me hubieras visto. Sin embargo, allí estaba yo, caminando, lento y desesperado, de regreso a la vida. Lo que quiere decir simplemente que siempre trato de recordar que nunca se sabe adónde va o viene alguien. Alguien que parece haber perdido toda esperanza puede estar justo a punto de dar un giro.

Por malo que fuera ese momento, no me arrepiento, porque me enseñó mucho de lo que necesito saber en el trabajo que hago ahora. Que es alimentar a la gente. Lo que pasó fue que me quedé en la Misión de St. Francis por unos días, hasta que superé lo peor de la resaca, multiplicada por mil; espero que ni siquiera puedas imaginar cómo fue eso. A medida que me despejé un poco y me sentí mejor, las oraciones comenzaron a llegar a mí. Había otro refugio en Acts of Mercy House, dirigido por un grupo de católicos radicales relacionados con el movimiento por la paz. Me acordé de Dave Ryan, el activista que se hizo amigo mío en la cárcel. Había estado con ellos antes de separarse para formar su propio grupo. Me quedé con ellos por un tiempo y comencé a regresar a las reuniones de AA allí y a ayudar en la cocina, y después de un tiempo, me ofrecieron un trabajo, como asistente de cocina y personal de mantenimiento en general. No pagaban mucho, pero incluía una habitación en su casa comunitaria y mucha compañía amigable. Eran religiosos, pero no piadosos (si me sigues) en un sentido con el que me sintiera cómodo. Así que eso es lo que hice, hasta

este verano, cuando finalmente terminó mi libertad condicional.

El trabajo era bueno para mí y yo era bueno para el trabajo. He llegado a ver que hay algunos regalos que he recibido de la vida, por muy jodida que haya sido. Una es que puedo hablar con cualquiera. No juzgo a nadie, porque he pasado por eso. Incluso más abajo que ellos. Y otra es que puedo ser honesto, como intento serlo contigo. No tengo ninguna pretensión de seguir el ritmo. No me queda ninguna cara que salvar.

Y así al final soy libre.

Una de las condiciones de mi libertad condicional fue que me mantuviera alejado de grupos políticos y manifestaciones. El verano pasado, cuando finalmente terminó mi libertad condicional, decidí dejar el comedor social por un año y viajar con este grupo llamado Grains of Truth⁴⁹, que se especializa en alimentar a un gran número de personas en acciones políticas. Somos una especie de grupo heterogéneo: estoy yo, está Marge, una gran mujer mayor que se fue después de la muerte de su marido y decidió trabajar por la paz, está Lissa, que tiene veintidós años y es un alma un poco perdida, y está Herb, un viejo que luchó contra Franco en la Brigada Lincoln y ahora pasa todo su

49 Granos de la verdad, un antecedente histórico de Food Not Bombs (Comida No bombas), que proporciona alimentos vegetarianos a necesitados y a todo tipo de personas en ciertas movilizaciones sociales.

tiempo luchando contra el gobierno, a pesar de que tiene un corazón arriesgado. Recogemos más equipo cuando lo necesitamos y sabemos cómo alimentar a varios cientos de personas con menos dinero del que puedas imaginar, incluso en medio del desierto sin agua corriente, asegurándonos de que nadie se enferme. Lo cual es una habilidad que vale la pena tener.

Ahora ya sabes cómo llegué a Nevada. Espero que no te asuste, porque seguro que me gustaría que vinieras, no sólo por motivos políticos, sino porque, siendo sincero, me gustaría verte, para hablar de los viejos tiempos y como fueron. Siento que me he ganado el derecho a querer eso, aunque tal vez no el derecho a conseguirlo.

Pero no, esto es sólo parcialmente honesto. Lo leo de nuevo y suena tan frío, tan antinatural, comparado con lo que siento. Ten paciencia Maya, amor, si no has descartado esto, si es que aún lo estás leyendo, ten paciencia, por favor. Me ha llevado muchos años terribles poder decir estas dos palabras: “Me duele”, y no puedo decirlas claramente y sin adornos más de una vez por página. Por favor, ayúdame. Ayúdame a no mentir. Sintoniza tus oídos al canal de esas dos palabras y las oirás, como una voz fantasma en la radio, un zumbido bajo debajo de todo lo que digo.

Todo en mí está luchando por no decirlas, por mantener la calma, por fingir que lo que tú decidas realmente no me

importa tanto. Supongo que me equivoqué cuando dije que ya no me queda cara que salvar.

Lo que diría, si fuera honesto, es que siento que tú y yo fuimos interrumpidos en medio de una conversación hace diecisiete años. Muy bien, llámalo argumento. Una pelea. Pero es como si me hubieran cortado en mitad de una frase, antes de que pudiera terminar lo que estaba diciendo. Nunca pude decir adiós.

Sé que una vez me amaste y ahora puedo verte partir y verlo como un acto de amor. En aquel momento estaba tan desconcertado como un perro abandonado. Nunca tuve la oportunidad; no fui capaz de decirte cuánto te amaba. No podía admitir que te necesitaba. Pensé que lo que necesitaba era cualquier otra cosa: libertad, alguna otra mujer con quien follar, una bebida.

Así que te alejé. De alguna manera desapareciste, te transformaste en una ausencia, en la nada, en un vacío en el aire.

Ya no puedo soportar el vacío, Maya. No soporto los agujeros, los espacios vacíos, los silencios de mi pasado. Sé que no tengo derecho a pedirte nada pero te pido ayuda. Hasta que no hable contigo, hasta que termine esa frase, no puedo seguir adelante. Nunca podré curarme por completo.

Lo único que me da el valor de pedirte que me ayudes es que creo que esa conversación todavía está inconclusa para ti también. Ninguno de nosotros puede realmente salirse con la suya al cortar el pasado. Creo que no sólo estoy pidiendo sino ofreciendo algo de curación.

Y por si no lo tienes claro, lo único que quiero hacer es hablar contigo, cara a cara, sólo por un rato.

Hay más, Maya. Ésta no es la historia completa, pero es todo lo que puedo contar. No soy tan honesto como me gustaría ser, pero sí todo lo honesto que puedo ser. Tengo que parar. Lo lamento. Ahora estoy divagando. Voy a terminar esta carta ahora y enviarla por correo antes de que pierda los nervios.

Rio

XLVII. NEVADA

En abril de 1988, miles de ciudadanos preocupados de todo Estados Unidos se reunirán en el sitio de pruebas de Nevada para expresar su oposición a la guerra nuclear. En este año electoral crítico, es más vital que nunca adoptar una postura.

Únase a nosotros en el desierto durante dos semanas de acciones para impedir que el Departamento de Defensa lleve a cabo su serie planificada de pruebas nucleares subterráneas. ¡Alza tu voz por la paz!

– Folleto del comité para la prohibición de las nucleares

Las puertas de la perdición estaban siendo asaltadas por un ejército de payasos andrajosos, magos enmascarados y tamborileros con rastas. A Maya le dolía la cabeza. Se paró frente a la puerta principal del sitio de pruebas de Nevada, rodeada por una multitud que llevaba máscaras de animales, plumas de pájaros e imágenes ancestrales hechas de gasa y de yeso pintado. El ruido de los tambores era ensordecedor, lo que Maya consideraba un tamborileo hippie: animado, al compás, pero desenfocado, un estruendo afable. Su propio tambor, un dombek metálico con forma de reloj de arena, estaba encerrado en el maletero de su coche. No sentía ninguna necesidad de tocar, sólo el deseo de montar su tienda y tumbarse en algún lugar.

Los últimos días habían implicado tanto movimiento, tantos vuelos a través de tantas zonas horarias, que había superado el desfase horario y se había despegado del tiempo. Su cuerpo ya no sabía cuándo despertarse ni cuándo dormir ni cuándo esperar que saliera el sol.

Pero no podría dormir hasta que viese a Rio. Él era la culminación de su viaje, el destino de todo su movimiento frenético. Entonces ¿dónde estaba él? pensó. Qué frustrante recorrer diez mil millas y luego no encontrarlo.

Lo había buscado en el campamento, en la gran tienda de cocina instalada por Grains of Truth. Una servicial joven con la cabeza rapada la había guiado hasta el borde de la carretera, junto a la puerta principal, donde Grains servía

sopa caliente y café desde una mesa pequeña. Pero Rio tampoco estaba allí, y el joven del mohawk azul que se ofrecía como voluntario parecía no tener idea de dónde estaba.

“Vuelve a consultar más tarde”, sugirió. “Marge volverá en media hora más o menos. Probablemente sabrá dónde se ha ido.

Tal vez este sea mi destino, pensó Maya, atravesar el fuego y el agua para encontrarme con personas que no están nunca allí cuando finalmente llego. Pero tiene que estar por aquí en alguna parte. Paciencia. Lo veré muy pronto.

Quizás este sea sólo otro de los pequeños desafíos de la Diosa. Me prometí a mí misma que recordaría lo que aprendí en Nepal. No debo pensar en Rio como mi cumbre, mi parada de descanso, mi taza de té en mi destino final, sino simplemente caminar hasta esta montaña y estar donde estoy.

“¡Maya!” Una mujer joven saltó entre la multitud y abrazó a Maya, abrazándola con fuerza. “¡Viniste! ¡Lo hiciste después de todo!

“¡Alix!” Maya estaba encantada de encontrar a alguien a quien conocía aunque fuera solo un poco. Alix había asistido a varios de los rituales que ella dirigía y Maya siempre se había sentido atraída por ella. Tenía poco más de veinte

años, se decía anarquista, tenía una rosa negra tatuada en el hombro izquierdo, cinco aros en cada oreja y uno en la nariz. Su cabello rubio estaba corto por delante y colgaba en una cola teñida de rojo por detrás, y sus ojos eran nivelados y desafiantes, transmitiendo la impresión de que, independientemente de su altura relativa, no miraba a nadie ni hacia arriba ni hacia abajo.

“Le pedí al comité que te invitara, pero nadie sabía si realmente vendrías”, dijo Alix.

“Yo tampoco lo supe con certeza hasta... Diosa, ¿fue hace sólo unos días? Parece que fue hace décadas, en otro mundo”.

“Estuviste en Nepal, según escuché”.

“Así es.”

Maya sintió la calidez del corazón abierto de Alix y se aferró a ella por un momento, sintiéndose bienvenida y deseada. Sospechaba que tal vez necesitaría aprovechar su amistad. Sí, admitió para sí misma, tenía miedo de hablar con Rio, miedo de su legítima ira. Necesitaba una base de operaciones.

“¡Es genial que estés aquí!” Alix la tomó de la mano y la llevó al campo abierto junto a la carretera, donde la multitud era más escasa y el ruido no tan abrumador. “Bien, ahora

podemos escucharnos. Ven y conoce mi grupo de afinidad, Círculo A”⁵⁰.

Un pequeño grupo de personas estaban juntas y Alix presentó a Maya. “Esta es mi amiga Maya”, anunció Alix. “Veamos, estos son Laura, Hazel, Ben, Kathy, Tommy y Roger, nuestro antropólogo residente”.

“Aquí en el desierto, a todos los nativos se les asigna un antropólogo residente”, dijo Tommy. Le sonrió a Maya, sus rizos rubios y apretados y sus grandes ojos azules le daban una mirada de inocencia casi angelical. “Viene con el territorio.”

“¿Es usted realmente antropólogo?” –le preguntó Maya a Roger, un hombre alto y de cabello oscuro que llevaba una corona de cuernos de ciervo. “Tal vez puedas explicar el significado de las coloridas costumbres locales. Como las máscaras, por ejemplo”.

“Soy sociólogo. Estoy haciendo una tesis doctoral sobre el movimiento por la paz”, dijo. “Y representan toda la vida que está amenazada por una guerra nuclear. Pero te he conocido

50 La A circulada, como símbolo del anarquismo, es un fenómeno relativamente reciente. Concretamente de 1964, cuando el grupo Jóvenes Libertarios de París propuso al conjunto del movimiento anarquista un signo gráfico que pudiera ser adoptado por todos los anarquistas y facilitase la realización de pintadas, reduciendo al mínimo los tiempos de escritura.

antes. No lo recordarás, pero te oí hablar el año pasado cuando estuve de regreso en Boston.

“Ahora te reconozco”, dijo Hazel. “Eres Maya Greenwood. Estuve en una lectura que hiciste. Me encantan tus libros”. Era pequeña y rubia, con gafas grandes y cuerpo redondo, y miraba tímidamente a Maya a través de una corona de plumas.

Maya se sintió avergonzada. Había venido aquí para un encuentro muy privado con su pasado, pero tan pronto como anunció su nombre, volvió a ser una figura pública. Es cierto que era sólo semifamosa, una palabra difícilmente conocida, pero en ciertas comunidades como ésta, era lo suficientemente popular como para anunciarse como Maya Greenwood, lo que la hacía inmediatamente responsable ante multitudes de extraños.

Pudo ver las formas en que Alix y sus amigos comenzaron a adaptarse y presentarse ante ella. Hazel la miraba ansiosamente y Alix sonreía con orgullo, atribuyéndose el mérito de haber producido este premio. Ben se animó; de repente, Roger se interesó por ella. Laura parecía tímida y Kathy parecía un poco avergonzada, como si nunca hubiera oído hablar de Maya y sintiera que debería haberlo hecho. El cambio fue sutil, tan leve que si no se hubiera sensibilizado nunca lo habría notado.

Sintió una punzada de pánico. Esto es lo que me pasa, se dio cuenta. Por eso nunca pude mantener unido a un grupo, por eso siempre sintieron que los dominaba. No por nada de lo que hacía, sino porque tan pronto como decía mi nombre, me convertía en la estrella de la película. Y no pude verlo, porque por supuesto soy la estrella de mi propia película, como lo somos todos.

Pero no quiero eso ahora. No puedo encontrarme con Rio, y hacer las paces con mi historia, si siento que estoy bajo el foco de atención. Quiero el amparo de la oscuridad, las sombras, el anonimato.

“¿No puedo ser Maggie por un tiempo?” preguntó ella. “Tengo ganas de ser anónima”.

“Oye, es una antigua y excelente tradición”, dijo Ben. “Un nombre de guerra. ¿Pero por qué?”

“Debe ser espinoso que la gente te reconozca todo el tiempo y te aprecie”, dijo Hazel. “Retiro mi comentario”.

“¿Qué, ahora no te gustan sus libros?” –Preguntó Ben. Era alto, larguirucho, con el pelo rojo brillante parcialmente oculto bajo una máscara de oso que llevaba echada hacia atrás en la cabeza. Su rostro era pálido y pecoso y parecía tener más o menos la edad de Maya. “Sí me gustan, y no me avergüenza admitirlo”.

“Esperábamos que si vinieras, liderarías un ritual”, dijo Laura. Una máscara de cuervo con pico amarillo coronaba su cabello oscuro, cortado al estilo juvenil, casi afeitado por detrás pero largo por delante.

“Estoy aquí para apoyar la acción”, dijo Maya, “pero también estoy aquí por motivos personales. Necesito algo de espacio durante unos días para ordenar mi vida”.

Tommy señaló la amplia llanura desértica, las colinas bajas en el horizonte, el cielo azul e ininterrumpido. Entonces has venido al lugar correcto. Espacio es lo que tenemos”.

“Quizás no quiera estar a la altura de mí misma, por un tiempo... si eso tiene sentido”. Maya sintió la necesidad de explicar. “Quizás necesite espacio para ser simplemente una imbécil”.

“¿Podemos adoptarla?”, preguntó Alix al grupo y todos sonrieron cálidamente.

“Oye, ella dijo la palabra mágica”. Tommy sonrió. “Círculo A de gilipollas. Bienvenida a bordo.”

“Puedes acampar con nosotros”, le dijo Alix a Maya. “Tal vez incluso hagamos una acción”.

“Lo que quieras”, dijo Tommy. “Entrenamiento en noviolencia, estrategias de bloqueo, análisis de los efectos de la radiación de bajo nivel o chismes locales: considéranos

tu propio grupo de acción privado”. Le entregó una bolsa abierta de M&M'S. “Empieza con este, el caramelo oficial del grupo de afinidad Círculo A. Sabe bien, viaja bien, no se deshace en tu bolsillo y proporciona esa ráfaga extra de energía que necesitas cuando los federales están detrás de ti”.

Los tambores en la puerta principal se hicieron más fuertes.

“Algo está pasando”, dijo Alix. “Vamos a ver.”

El Círculo A avanzó entre la multitud y Maya lo siguió.

Frente a las puertas dobles, tamborileros y bailarines estaban concentrados junto a la valla de ganado colocada a lo largo de una zanja en la carretera. Detrás había una fila de policías y guardias de seguridad de la empresa privada Wackenhut que, según Ben, vigilaba todas las instalaciones federales. Más adelante en la calle, detrás de los manifestantes, tres coches de policía estaban detenidos junto a la acera y un sheriff apoyado contra la puerta de uno de ellos hablaba por un walkie-talkie.

Maya se sintió extrañamente decepcionada por lo ordinario de todo. Había esperado algo más, una sensación de fatalidad y pavor, algo como las Puertas de Mordor, una vista de la tierra devastada y arruinada. Pero la Zona Cero, donde detonaban las bombas, estaba a cuarenta kilómetros

de distancia. Aquí lo único que podían ver en el horizonte lejano eran las luces de Mercurio, la ciudad corporativa del sitio de pruebas.

Los tambores resonaban, los bailarines giraban, pero nada más parecía estar sucediendo. Maya escudriñó a la multitud pero no vio señales de Rio. ¿Lo reconocería? Se preguntó Maya. ¿Cómo se veía ahora? ¿Estaba desgastado, abatido, mostraba su rostro las marcas de alguien que había vivido demasiado tiempo en lugares difíciles y dormido demasiadas noches sin refugio? ¿Tenía el pelo gris? ¿O era, maldita sea la idea, calvo? Sé que ya no somos jóvenes, ambos estamos en la mediana edad, admitió. Pero la idea de un Rio calvo era casi demasiado difícil de soportar.

De repente sintió todo el peso de su cansancio. Realmente no he parado desde Nepal, pensó. Dos días completos en aviones de regreso, un interludio muy cargado con Johanna, otro avión, otra conversación intensamente emotiva, otro avión... ¡Diosa! Era un milagro que todavía estuviera de pie. Me siento como si estuviera en el último obstáculo de una larga carrera, pensó, persiguiendo o afrontando una serie de encuentros incómodos. Como una extraña búsqueda del tesoro. Primera pista, encuentra a tu hermana en Nepal. En segundo lugar, siéntate frente a Johanna en la mesa de la cocina a tu regreso y dile que te diste cuenta de algunas cosas durante el viaje.

“¿Qué?” –había preguntado Johanna con mirada cautelosa. Se había peinado con un estilo nuevo, con docenas de extensiones trenzadas enrolladas hacia arriba y hacia atrás, para lucir majestuosa, y Maya pensó que nunca se había visto tan hermosa. Ella misma no quería nada más que dormir, pero sabía que debía afrontar esta conversación. La carta de Rio la esperaba en la pila de correo sobre su escritorio. Se sentó y la leyó de principio a fin mientras Johanna buscaba un lugar seguro para aparcar el coche. Ahora estaba decidida a ser al menos tan honesta como él.

“Por un lado, que te amo”.

Johanna sonrió. “¿Tuviste que viajar hasta Nepal para darte cuenta? Nunca lo dudé. ¿Pero...? Escucho un pero en tu voz”.

“Pero sólo puedo quedarme contigo bajo dos condiciones”.

“¿Que son?”

“Que le cuentes a Rachel sobre Rio. Y que le cuente a Rio sobre Rachel”.

Johanna se reclinó en su silla y cerró los ojos. “¿Qué provocó esto?”

“Hemos estado mintiendo, Johanna. Mentirle a ella y mentirle a él con nuestro silencio”. Deseó que Johanna la mirara, que la mirara a los ojos. “No puedo vivir contigo si me exiges seguir haciéndolo”.

Johanna se sentó. “Yo no lo llamo mentir. Yo lo llamo discreción”.

“Lámalo como quieras. No puedo seguir haciéndolo. Hace diecisiete años que no le escribo porque no sabía qué decirle sin hablarle de ella. Al igual que tú no me hablaste... ¿Recuerdas? Me diste esas páginas de diario para leer, Jo. No me digas que no esperabas que tomara esta decisión”.

Johanna guardó silencio.

“¿O fue por eso que me diste tu diario? Querías que te obligara a actuar. Consciente o inconscientemente”.

La tetera silbó. Johanna se levantó, cogió una taza del estante, la enjuagó con agua caliente del grifo y preparó una taza de té. Dejó la olla sobre la mesa, sacó tazas del armario, sacó la leche del frigorífico y sacó las cucharas. Sólo cuando todo estuvo cuidadosamente arreglado y el té reposando frente a ellas, miró a Maya y dijo: “Leí esas páginas antes de dártelas. Hubo algo que me llamó la atención: algo que dije sobre Marian. Cómo se aferraba a una mentira porque tenía miedo de perder un amor”.

“Yo recuerdo eso.”

“¿Crees que estamos condenadas a convertirnos en nuestros padres?” –Preguntó Johanna.

Maya extendió la mano y tomó la mano de Johanna.

“No creo que estemos condenadas en absoluto. Excepto para seguir buscando eso que seguimos teniendo perdido”.

Johanna tenía lágrimas en los ojos, pero sonrió. “¿Y podemos seguir haciendo eso juntas?”

“No hay nadie a quien preferiría tener como compañera”, dijo Maya.

“Tengo miedo”, admitió Johanna. “Sé que tenemos que decírselo a ambos, pero tengo miedo. Eso es difícil de admitir para una vieja guerrera dura como yo. Prefiero sentirme moralista”.

“No tengas miedo”, la tranquilizó Maya. “He tenido noticias de él, Jo. Ha cambiado. Ha pasado por mucho, pero también ha crecido. Él nunca haría nada que la lastimara”.

Johanna negó con la cabeza. “Puede que no haya tenido la intención de lastimarla, pero aún así ella podría resultar herida. Aún así, ya no es a él a quien le tengo miedo. Ahora tengo miedo de perderla”.

Maya le apretó la mano. “Jojo, osito tonto, no la vas a perder. ¡Ella te ama!”

“Ella estará furiosa conmigo por mentirle”.

“No hay duda. Ella se enojará muchísimo con las dos. Pero sólo tenemos que tener fe en que ella nos perdonará”.

“¿Eso crees?”

“Por supuesto que lo hará. Mira todas las cosas por las que perdonamos a nuestras madres”.

“Sólo quería protegerla”, dijo Johanna, sirviendo el té. “No quería que ella creciera en una relación íntima con alguien en quien no confiaba. ¿Está eso tan mal?”

“Sí, estuvo mal”, dijo Maya. “Comprensible, perdonable, pero incorrecto”. ¿No era así?, se preguntó ella. ¿Cómo habría sido para Rachel escribir cartas a su padre en prisión, que la llevaran a verlo, tal vez, conocerlo por primera vez en alguna sala de visitas rodeado de otros presos, o en una de esas horribles cabinas, separadas por una hoja de vidrio, hablando por teléfono? O más tarde, que apareciera borracho y sucio, pidiendo dinero. Por supuesto, tal vez si hubiera sabido que tenía una hija, tal vez si hubiera podido acudir a ellas después de salir de prisión, no habría terminado borracho y en la calle. ¿Quién podría decirlo? Podrían haberlo acogido y aun así podría haber destrozado todos los muebles y roto el corazón de Rachel.

“De todos modos, esté bien o esté mal, ese no es el problema ahora”, dijo Maya. “Eso está terminado. Lo que tenemos que mirar es lo que hacemos ahora. Me voy a Nevada, Jo. A la acción antinuclear de allí a la que me han invitado. Rio está allí. Me escribió. Voy a verlo y no le voy a mentir”.

“No, tienes que decírselo”, dijo Johanna. “Pero te pediré algo”.

“¿Qué?”

“Quiero que hables con Rachel antes de decírselo. Ella se lo merece”.

“Lo hace”, estuvo de acuerdo Maya. “¿No deberías ser tú quien se lo diga?”

Johanna suspiró. “Debería ser yo. Tienes razón, sólo desearía que lo hicieras. Pero supongo que eso no es justo”.

“Estaré justo a tu lado”, dijo Maya. “¿Pero cómo se lo decimos? ¿Por teléfono? No volverá a casa hasta principios de junio”.

“Supongo que tendremos que llamarla antes de que vayas a Nevada”.

Pero en lugar de eso, Maya llamó a las aerolíneas y canjeó algunos de sus cheques de viaje. Había dormido unas horas y luego se había despertado a las cinco de la mañana; su reloj interno respondía a alguna alarma errónea. Johanna gimió, se dio la vuelta y puso un brazo sobre Maya. Se acariciaron juntas. Maya se bañó en la dulce familiaridad de su aroma, su tacto. Johanna abrió los ojos y le sonrió a Maya, levantando la mano para acariciarle el cabello. Se besaron. Sus manos, sus labios se encontraron. Viajando por las

curvas, montículos y elevaciones del cuerpo de Johanna, las manos de Maya recorrieron su viaje. Juntas escalaron la montaña y se detuvieron en sus cimas mientras los colores y los espíritus bailaban para ellas. Abrieron los brazos a la avalancha y dejaron que las enterrara vivas bajo la nieve blanda y húmeda.

Luego hizo las maletas frenéticamente durante unas horas y tomó una siesta hasta que llegó el momento de que Johanna la llevara de regreso al aeropuerto para tomar el vuelo nocturno a Boston.

“He hecho todo lo difícil que se me ha ocurrido en la vida”, dijo Johanna en voz baja mientras se despedían con un abrazo en el salón. “Tuve a Rachel, la conservé y la crié yo sola. Luché para terminar la escuela y ahora lucho todos los días por los niños de esta ciudad. ¿Soy tan horrible, puedo ser tan cobarde por dejarte hacer esto?

“Estoy dispuesta a hacerlo por ti”, dijo Maya. “Considéralo un regalo de amor, una ofrenda”.

Rachel la había recibido, tal como habían acordado, en la puerta. Encontraron una pequeña mesa en la única cafetería del aeropuerto abierta tan temprano en la mañana. Maya bebió café solo, esperando que eso la despertara, y Rachel se unió a ella. La chica tenía los ojos de Johanna y los pómulos de Rio y una esbelta elegancia que era completamente suya. Su cabello estaba recogido desde su

coronilla, volando suelto en una nube salvaje detrás de ella. Llevaba una túnica gris sobre calzas de lana negras y tenía las uñas pintadas de rojo sangre.

Maya comenzó lentamente. “Esto es algo que deberíamos haberte dicho hace mucho tiempo. Se trata de tu padre. Quería pero... Pero tu madre no me dejó. No, eso no es justo. Pero no lo hice. Lo siento por eso.”

“¿Perdón por qué?”

“Tu padre no está muerto. Está vivo.”

“¿Qué?” Rachel dejó su taza de café y miró fijamente a Maya.

“Tu padre está vivo”.

“¡Vivo! ¿Quieres decir que ha estado vivo todo este tiempo?”

Maya tenía una estúpida necesidad de reírse nerviosamente o decir algo estúpido. No, estaba muerto pero ha sido revivido. Ella se contuvo y simplemente asintió.

“¡Pero mamá me dijo que estaba muerto! Que la policía le disparó en un tiroteo de los años sesenta.

“No le dispararon”, dijo Maya. “Fue arrestado... y encarcelado durante catorce años. Pero está vivo”.

“¡Estás diciendo que ella me mintió!” Rachel se agarró al borde de la mesa. “¡Ella me dijo que estaba muerto!”

Maya tomó su mano, pero Rachel la apartó. “Ella estaba tratando de protegerte”.

“¡Pero hablé con él! Cada Halloween, solía encenderle velas. ¡Hablé con su espíritu todo el tiempo!

Maya no dijo nada. ¿Qué había que decir? Tomó un sorbo de café, una bebida amarga.

“¿Y lo sabías?” La voz de Rachel bajó, de modo que las palabras parecieron salir de ella. “¿Estuviste en contacto con él todo ese tiempo y nunca me lo dijiste?”

Maya negó con la cabeza. “No estuve en contacto con él. Tenía miedo de estarlo”. Ella respiró hondo. “Verás, él era mi novio, en realidad, más que el de Johanna. Lo compartimos, se podría decir. Ya sabes cómo eran las cosas en los años sesenta: lo compartíamos todo. Pero yo estaba con él, con su grupo, cuando hablaron por primera vez sobre el tema de los bombardeos. Salí antes de que fuera real, pero cuando lo atraparon, tuve que esconderme. Para que no me pudieran obligar a una posición en la que tuviera que testificar contra él. Cuando regresé, tenía miedo de contactarlo”.

“¿Durante catorce años? ¿Tuviste miedo durante catorce años? Los ojos de Rachel la acusaron y Maya no pudo

mirarlos. –¿Lo dejaste pudrirse en prisión todo ese tiempo y ni siquiera trataste de ir a verlo?

“No.”

–¿Al menos le escribiste?

Maya negó con la cabeza. “Me escribió una vez, pero nunca respondí”.

“¿Escribiste todo ese libro sobre tu vida y ni siquiera le escribiste?”

“Estuvo mal”, admitió Maya. “Tal vez todo el mundo tiene un lugar en su vida en el que peca o fracasa, un momento en el que no está a la altura de quien cree ser. Rio era mío. Lo siento ahora”.

“Pero no fue sólo un momento. Fueron años y años y años”. Rachel parecía joven y vulnerable. Maya anhelaba alcanzarla, abrazarla, pero estaba envuelta en su ira, era intocable.

“No puedo defenderme”, dijo Maya. “Todo lo que puedo decir es que voy a verlo ahora. Él no sabe nada de ti. Johanna nunca se lo diría. Esa es parte de la razón por la que no escribí. No sabía qué decirle sin hablarle de ti.

“Deberías habérselo dicho”, dijo Rachel. “¿Qué iba a hacer? ¿Exigir la custodia?”

“Se lo voy a decir ahora. Espero que no te moleste.”

“¿Lo crees? ¿Qué hay que tener en cuenta? ¿Que existo?”

“Que le hable de ti, ahora. No estoy exactamente pidiendo tu permiso, porque tengo la intención de decírselo. Pero me gustaría que sintieras que tienes algo que decir en el asunto”.

“¿Qué dices?” Rachel se quedó mirando el pasillo, que empezaba a llenarse de pasajeros que se dirigían a las puertas de embarque para los primeros vuelos. “Primero no le dices nada a él ni a mí, durante diecinueve años, y ahora lo harás, diga lo que yo diga. Y, de todos modos, no es un “decir”, es una realidad. Soy una realidad. Tú y mamá creen que pueden inventar la realidad y hacerla como quieren o creen que debería ser, pero no pueden. Yo existo, y si él es mi padre, tiene derecho a saberlo. Tengo derecho a saber de él. Y tú y mamá habéis violado esos derechos”.

“Queríamos protegerte”, dijo Maya en voz baja.

“¿De qué?” Rachel se volvió hacia Maya de nuevo y alzó la voz. “¿Pensaste que sería una vergüenza tan grande tener un padre en prisión, mucho peor que no tener ningún padre? Cuando ya tenía una madre que era lesbiana y bruja, ¡nunca te preocupaste por protegerme de eso! ¿O pensaste que escaparía de la cárcel y vendría a abusar de mí? ¿Era tan peligroso?”

La gente los miraba con curiosidad. Maya habló en voz baja. “No. Es simplemente... bueno, Johanna lo expresó de esta manera. Ella no quería que crecieras en una relación con alguien en quien no confiaba”.

“Entonces, debería haber pensado en eso antes de acostarse con él y haber usado un condón”. Rachel se recostó en su silla con un golpe.

Maya intentó esbozar una pequeña sonrisa. “No los usábamos en los viejos tiempos. Todavía no teníamos que preocuparnos por el SIDA”.

“De todos modos, ¿era mejor dejarme crecer teniendo una relación con un fantasma que ni siquiera existía? ¡Nunca me había sentido tan increíblemente humillada! Rachel tenía lágrimas en los ojos y nuevamente Maya quiso alcanzarla, pero no se atrevió.

“Lo lamento.”

Se quedaron mirando durante un largo momento el desfile de gente que pasaba. Maya terminó su café y fue a buscar una segunda taza. Su estómago protestaría más tarde, pero ahora mismo necesitaba desesperadamente energía, incluso energía falsa. Se sentó de nuevo y Rachel habló en voz más suave.

“¿Cómo es él?”

El café estaba demasiado caliente para beberlo. Maya sopló para enfriarlo. ¿Qué decirle? “Sigue estando en la política. Lleva un par de años fuera de prisión. Ahora mismo está en Nevada, en el lugar de la prueba. Trabaja con un grupo que alimenta a la gente en acciones políticas y ayuda a las personas sin hogar. Recibí una carta suya recientemente. Por eso voy”. Por un momento, se debatió sobre mostrarle las cartas a Rachel. Pero no, eso sería la máxima injusticia. Debería tener derecho a presentarse ante su hija como quisiera, a cometer sus propios errores, a pintar la cara que quisiera. “No puedo decir mucho más que eso. No lo he visto en diecisiete años. Pero si te parece bien, le pediré que te escriba. Escribe cartas estupendas. O que te llame, si lo prefieres.

“Como sea”, dijo Rachel. “Quiero decir, cualquiera de las dos cosas. Puedes darle mi número. ¿Pero cómo es él?

“No sé cómo es él ahora. Cuando era joven, era alto, rubio y hermoso. De fondo irlandés, con algo más: cherokee, creo que dijo una vez. Su nombre es Rio, Rio Connolly. Richard, en realidad, él mismo tomó el nombre de Rio”. Tomó un sorbo de café, se quemó la lengua y dejó la taza. Entonces lo amaba. Era salvaje, cariñoso y mágico, y era un imbécil que follaba con mis amigas y bebía demasiado. No tan diferente de cualquier otro imbécil”.

“Tal vez debería escribirle”, dijo Rachel. “Podrías llevarle una nota”.

“Seguro.”

“¿Qué debería decir?” De repente parecía una niña, tímida e insegura.

“Lo que quieras contarle”.

Rachel pensó durante un largo momento, luego sacó un bolígrafo y garabateó algo en una página que Maya arrancó de su diario. De su cartera sacó una fotografía. “Aquí, dale esto. Es una de mis fotografías de graduación de la escuela secundaria, un extra. Ojalá tuviera una foto de él”.

“Intentaré conseguirte una. ¿No me odias?

Raquel negó con la cabeza. “No te odio. Ni a mamá. Pero estoy enojada”.

“Tienes derecho a estarlo. Pero intenta recordar que Jo siempre trató de hacer lo mejor para ti”, dijo Maya, dándose cuenta de que sonaba como cualquier adulto del mundo. “Eso suena poco convincente, y supongo que es en parte cierto, y en parte que ella hizo lo que pensó que era mejor para ella. Pero ella estaba actuando por amor a ti”.

“Un amor que no puede ser honesto no vale mucho”.

“Ella te amaba lo mejor que podía. Ambas lo hicimos. Siempre lo haremos. Y ese amor no es perfecto, Rachel.

Ambas tenemos defectos. Pero es algo a lo que debemos aferrarnos mientras aprendemos”.

Se pusieron de pie y Rachel permitió que Maya la abrazara para despedirse.

A Maya le duelen las piernas de estar de pie. En el puesto de guardia del ganado, los tambores y los bailarines habían iniciado un canto palpitante y mudo. La multitud llenó el camino y Maya se abrió paso hasta el borde donde podía mantener a la vista la mesa de los “Granos de la Verdad”. El mismo joven de cabello azul continuaba sirviendo sopa.

“¿Tienes hambre?” Preguntó Alix, acercándose detrás de ella con Tommy y notando la dirección de su mirada.

“La sencilla pero nutritiva cocina de Grains of Truth es reconocida entre los aficionados a la acción de todo el mundo por su alimentación sutil y su potencial para tirarse pedos”, proclamó Tommy.

“Cállate, Tommy”, dijo Alix.

Maya suspiró. “Estoy buscando a alguien”, confió, y luego se detuvo. ¿Debería pedirles ayuda? ¿Por qué no? Sin embargo, decir su nombre en voz alta era como exponer un secreto crudo que había mantenido a salvo durante mucho

tiempo en la privacidad de su mente. “Un viejo amigo, alguien a quien vine a ver”.

“¿Sí?” –Preguntó Alix. “Tal vez conozcamos a esa persona”.

Maya respiró hondo. Ponerle nombre era hacerlo real. Existiría fuera del reino de la memoria, ya no sería un fantasma sino un hombre de carne sólida que otros también podrían ver.

“¿Conocéis a un hombre llamado Rio?” preguntó. “Está con Granos de la Verdad”.

“Rio, claro”, dijo Tommy. “Todo el mundo conoce a Rio”.

“Deberíamos buscarlo en el campamento, en las tiendas de campaña”, dijo Alix.

“Ya lo hice. Dijeron que estaba aquí abajo. Pero el chico de su mesa no lo había visto. Dijo que le preguntara a Marge, pero ella no está allí”.

“Acabo de verla”, dijo Alix. “Arriba junto a la valla de ganado. Sígueme.”

Alix se abrió paso entre la multitud y se dirigió hacia el frente, donde las filas de policías, guardias de seguridad y la multitud de manifestantes se encontraban cara a cara. Tommy y Maya la siguieron. En el estado de agotamiento de Maya, percibía a la masa de gente como energía pura, cruda

y difusa. Olas de poder comenzaron a formarse, a girar y a moverse mientras la multitud cantaba. Si ese poder pudiera concentrarse, como sucede en los rituales, aquí podría nacer algún gran cambio. Estuvo tentada de intentarlo y el impulso la sorprendió. Debo estar recuperándome, pensó. Puedo pensar en hacer un ritual sin que me invada esa horrible sensación de muerte.

El cántico se elevó a su alrededor, imponiendo una nota en el caos de la multitud. Ella se unió, intentando aterrizar, hacer contacto con la tierra. La energía de la tierra subió por sus pies y emergió por su garganta.

Luego el ambiente cambió, cuando desde el fondo de la multitud una voz fuerte gritó un tipo diferente de cántico:

“Uno dos tres cuatro,
¡Nadie gana en una guerra nuclear!

Un coro de voces retomó el canto. Maya intentó unirse, pero cuando abrió la boca, lo único que salió fue tos. Maldita sea, había pensado que finalmente lo estaba superando.

“¡Oye, Marge!” –gritó Alix, saludando a una mujer de cabello gris, una abuela de unos sesenta años, que miraba ansiosamente a través de la empalizada de ganado hacia los corrales vallados del otro lado, donde algunos manifestantes que habían sido arrestados antes caminaban de un lado a otro. “Estamos buscando a Rio. ¿Lo has visto?”

“Fue con Herb al tipi de Duncan”, dijo. “Están planeando caminar hacia Mercurio y querían obtener un permiso”.

Tommy le explicó a Maya. “Todos los que realizan una acción en el interior del país obtienen un permiso de la Nación Shoshone Occidental. Todo esto es realmente su tierra”.

“Marge, ella es May... uh... Maggie, una vieja amiga de Rio”, dijo Alix.

“¡La amiga de Rio!” dijo Marge. “¡Oh, estará tan feliz de verte! Tenía muchas esperanzas de que vinieras”. Su cálido rostro se ensombreció. “Tal vez puedas convencerlos de que no realicen esta acción. O al menos inténtalo con ellos. Alix, estoy preocupada”.

“¿Por qué?”

“La salud de Herb no es buena”, dijo Marge. “Él no debería estar haciendo ninguna acción en absoluto. Pero ese testarudo hijo de... Ella sacudió la cabeza. “Ese viejo testarudo. Simplemente no puede admitir que ya no es el tigre luchador de la Brigada Lincoln. Tenía el corazón puesto en unirse al equipo de la Zona Cero. Se entrenó para ello todo el año; creo que quería demostrar que un hombre de su edad podía hacerlo. De todos modos, Ruth en la tienda médica no lo dejó ir. Estaba tan decepcionado que pensé que su corazón literalmente podría romperse allí mismo. Así que

finalmente Rio prometió que iría con él a Mercurio esta noche”. Tomó a Alix del brazo. “Y esa es otra cosa. No me gusta que Rio haga una acción”. Miró a Maya, como si no estuviera segura de cuánto revelar. “¿Conoces su historia?”

Maya asintió. Yo soy su historia, querría decir.

“Probablemente estará bien”, continuó Marge. “Técnicamente ni siquiera están arrestando a la gente, simplemente 'reteniéndonos', para que no comprueben las huellas dactilares ni se preocupen demasiado por las identificaciones. Pero tengo un mal presentimiento. Aún así, no pude convencer a Rio de que no lo hiciera. Ya sabes lo que siente por Herb.

Alix miró a Tommy. “¿Tienes planes para la noche? Quizás el Círculo A debería entrar con ellos. De esa manera, si algo le sucede a Herb, habrá alguien a quien acudir en busca de ayuda”.

Tommy asintió. “No deberían ir solos”.

“Vamos”, dijo Alix. “Vamos a buscarlos”. Se despidieron de Marge y se dirigieron hacia un grupo de tipis situados a unos cientos de metros de la carretera.

“Tengo una pregunta”, dijo Maya, un poco sin aliento ante el rápido ritmo de Alix. “¿Por qué Mercurio?”

“He oído que hay una cafetería allí”, comentó Tommy.

Maya lo ignoró. “Quiero decir, entiendo que la gente vaya a la Zona Cero para tratar de obstaculizar las pruebas. Puedo ver cómo eso sería efectivo. Y entiendo bloquear a los trabajadores en la puerta principal. ¿Pero por qué Mercurio? ¿Qué se supone que eso prueba?”

“Esto demuestra que podemos superar su seguridad”, dijo Tommy. “Podemos alejar algo de la presión de los equipos que caminan hacia la Zona Cero. Y si llegamos a la ciudad, siempre podremos hablar con los trabajadores y tratar de persuadirlos de que lo que están haciendo está mal”.

“¿Alguien, en algún lugar de la historia del mundo, ha sido realmente persuadido alguna vez a destrozar toda su vida por hablar con un manifestante?” –Preguntó Maya.

“Una vez”, dijo Tommy. “El 14 de enero de 1947, durante la Marcha de la Sal, Mahatma Gandhi persuadió a un oficial británico a sentirse levemente culpable mientras golpeaba a alguien en la cabeza. Posteriormente el oficial dejó su puesto y se dedicó a orar por los pobres. Desde entonces, esperamos que se repita”.

“¿Fue así en realidad?”

“No, en realidad no”, dijo Alix. “No le escuches. Ni siquiera dice las fechas correctas”.

“En serio, he visto cambiar a la gente”, dijo Tommy. “Una vez, en Vandenburg, un policía militar arrojó su rifle y se unió a nosotros. Puede pasar.”

“No sabemos qué será efectivo”, dijo Alix, desacelerando un poco cuando notó que Maya se apresuraba para seguir el ritmo. “Tal vez nada de lo que hagamos evitará que hagan estallar el mundo. Pero no podemos rendirnos antes de intentarlo. Tenemos que creer que es posible tener éxito. Es por eso que estoy aquí.”

“Supongo que soy el tipo de persona que se siente culpable”, dijo Maya, “si no lo hago todo. Si no lo intento en la Zona Cero, incluso si está fuera de mi alcance. Si no llego a Kala Pattar, incluso cuando apenas pueda subir la colina donde estoy. Una vez tuve un amigo que habría dicho que sólo estábamos haciendo gestos para sentirnos nobles y puros”.

“No estamos haciendo lo suficiente, no estamos arriesgando lo suficiente”, escuchó susurrar la voz espiritual de Edith. Y luego Daniel, murmurando en su oído: “Es mejor no tener esperanzas, porque si las tenemos, tomaremos nuestras decisiones basándonos en lo que nos ayudará a sobrevivir, no en lo que hay que hacer”.

Pero estaban muertos. Ese pensamiento le llevó a la muerte. ¿Era ése el precio necesario para detener las guerras y salvar al mundo? Ciertamente tenía una lógica propia y

sencilla. Pero tal vez para defender verdaderamente la montaña, el desierto, la mujer en llamas, había que tener esperanza, había que elegir la vida con todas sus turbias complejidades y limitaciones. ¿No era eso por lo que había venido mientras cruzaba el Himalaya para descubrirlo?

“No todos podemos llegar a la Zona Cero”, dijo Tommy. “Algunos de nosotros tenemos que caminar hasta Mercurio simplemente porque está muy iluminado y justo frente a nosotros. Es lo que podemos hacer”.

“Estás aquí, eso es lo que cuenta”, dijo Alix.

“En cuanto a mí”, dijo Tommy, “estoy aquí porque el Holiday Inn⁵¹ tenía exceso de reservas”.

Camino abajo, acercándose a ellos, Maya pudo ver dos figuras caminando. Se acercaron y el sol inclinado de la tarde formaba halos en sus cabellos.

“¡Allí están!” Dijo Alix. Los saludó con la mano y aceleró de nuevo.

“¡Rio!”

Destellaron imágenes en sus párpados internos. Rio avanza hacia ella en un bote de remos en un lago en el Golden Gate Park. Su rostro en las noticias de la televisión mientras lo

51 Holiday Inn es una cadena de hoteles con sede en Atlanta, Georgia, Estados Unidos.

llevaban a prisión. El viento azotando su cabello en la playa. Sus ojos estaban vidriosos y borrachos. ¿Quién sería él? ¿El hombre que le escribió las cartas o el hombre que destrozó espejos con el puño?

Cuando Maya se acercó, pudo ver que su cabello era gris. De lo contrario, al menos desde la distancia, todavía podría ser su pirata, su héroe forajido, vestido con unos vaqueros azules descoloridos y una vieja camisa de franela. Ahora podía distinguir sus rasgos. Estaba curtido y quemado por el sol, su rostro más delgado de lo que recordaba y tallado en barrancos y cañones. Un extraño que podría ser cualquier abandonado de la calle. Y, sin embargo, le resultaba profundamente familiar, como el dorso de su propia mano, que también la sorprendía esos días con sus líneas y arrugas.

¿Cómo le veré?, se preguntó ella. ¿Más viejo? ¿Más gordo? Se acercaron. Él la vio y, durante un largo momento, su rostro se iluminó con la pura alegría de un niño.

“¡Maya! ¡Viniste!”

Se acercó a ella y luego se detuvo, repentinamente tímido, con las manos medio levantadas como si quisiera abrazarla y tuviera miedo de intentarlo. ¿Qué hacemos?, se preguntó ella. ¿Lo abrazo o le doy la mano o me arrodillo para hacer mi confesión?

Había demasiado que decir. Él había sido durante demasiado tiempo un ícono en su mente, como debió haberlo sido ella para él. Era casi vergonzoso que ambos existieran realmente.

“Vine”, dijo simplemente.

“Herb, esta es mi amiga Maya, de la que te hablé”, le dijo Rio al hombre mayor que estaba a su lado. “Maya, este es Herb”.

Herb extendió la mano y le estrechó la mano. “He oído mucho sobre ti”, dijo. Tenía un mechón de pelo blanco sobre un rostro rosado y arrugado que parecía enrojecido menos por el sol que por alguna congestión de sangre dentro de él, y a Maya le parecía que respiraba un poco pesadamente. Pero su apretón de manos fue seguro y firme.

“Oye, Herb, queremos participar en tu acción”, dijo Alix. “¿Qué dices?”

Él entrecerró los ojos y la miró con recelo. “¿Marge ha estado hablando contigo? ¡Esa mujer se cree mi madre!

“Sí”, dijo Tommy. “Nos dijo que hay una bolera en Mercury. Pensamos que podríamos bloquear los carriles y presentar nuestras demandas. ¡Detengan las pruebas nucleares o atacaremos!”

Alix gimió. Rio estaba robando miradas a Maya y luego rápidamente apartaba la mirada, como si ella pudiera ver demasiado si captaba su atención.

“Oh, está bien”, dijo Herb. “Cuantos más, mejor, después de todo”.

“¿Podemos hablar?”, le preguntó Maya a Rio. “Es como dijiste en tu carta: tenemos una conversación que terminar”.

Rio asintió. Se volvió hacia Herb. “Podemos ir un poco más tarde, ¿no? Tú lo entiendes.”

“Ustedes dos vayan a hablar”, dijo Herb. “Prepararé mi equipo”.

“Vamos a reunir a los sospechosos habituales”, dijo Tommy. “Nos vemos dentro de una hora junto a la mesa de Granos de la Verdad”.

Maya y Rio salieron al desierto. “Allí hay una bonita roca en la que podemos sentarnos”, dijo. “A menos que quieras sombra. Si lo haces, tendremos que regresar al campamento... o tal vez buscar un lugar junto a los tipis.

“Está bien”, dijo Maya. “El sol está bajo”.

La llevó a un grupo de rocas en un pequeño hueco. “Aquí estás. No se puede pedir un sofá más bonito”. Se posó sobre una roca alta.

“A los cojines les vendría bien un poco de relleno”, dijo Maya, sentándose en una roca nivelada. “Pero la decoración es preciosa. Una especie de tema del desierto”.

“Cuidado con la cholla”, Rio señaló un cactus cerca de su muslo. “Las espinas son feroces y tienen pequeñas púas, por lo que duele muchísimo arrancarlas”.

Maya apartó la pierna. Se sentaron por un momento, mirándose el uno al otro, hasta que Maya tuvo que apartarse de la intensidad de su mirada.

“Te ves genial”, dijo al fin. “Maravillosa. Te ves tal como te recuerdo, sólo que tienes un corte de pelo más sofisticado.

Maya sonrió. “Eres un mentiroso. Pero gracias de cualquier manera.”

“Gracias por venir.”

Se quedaron en silencio. Después de un largo rato, volvió a hablar. “Tenía tantas ganas de que vinieras. He imaginado esta conversación mil veces. Y ahora que estás aquí, no sé cómo empezar”.

Maya respiró hondo. Tengo que hacerlo, pensó. Tengo que decir lo que he venido a decir, cueste lo que cueste.

“Empezaré yo”, dijo Maya. Sí, comenzaría con la confesión más pequeña y avanzaría hasta llegar a la más grande. “Rio,

leo tus cartas. No sólo las que me enviaste últimamente, sino las viejas. Las que le escribiste a tu hermano Jim. Sé que no debería haberlo hecho, pero lo hice”.

“Puedes leer mis cartas, Maya. Está bien. Ya ni siquiera sé qué hay en ellas. Pero no tengo nada que ocultarte”.

“Hubo una que escribiste”, dijo, “la noche después de que te dejase. Estabas un poco borracho y le escribías a Jim, a pesar de que estaba muerto, sobre el borrador...”

“¡Por el amor de Dios, será mejor quemar esa!” Se sentó muy erguido. “Debí haber estado borracho como una cuba. Ni siquiera la recuerdo”.

“De todos modos, lo que quería decir es que hasta que la leí no me di cuenta de cuánto te había lastimado”.

“Me lo merecía. Te traté como una mierda”.

“Bueno, lo siento de todos modos”.

“No, soy yo quien lo siente”.

Estaban discutiendo, se dio cuenta con cierta diversión. “Oye, no es una competición. Déjame decir mi parte y tú hablarás después, ¿vale?”

“Me parece bien.” Él le sonrió con tristeza. “Ya sabes cómo soy, Maya. Cuando decido hacer la culpa, me gusta hacerlo hasta el final”.

“Bueno, no puedes. No eres la peor persona del mundo, Rio, como tampoco eres la mejor.

“Yo fui un idiota”.

“Tú tenías veinticuatro años y yo veintiuno. ¿Quién no es un idiota a esa edad?

Él no respondió. A Maya le dolía el trasero y la cabeza por el desfase horario y la falta de sueño. “¿Rio?”

Su voz era baja. “Si hubiera tenido más sentido común, te habría seguido cuando te fuiste. Lo intenté, ya sabes. Subí y bajé por esa carretera durante horas. Nunca llegamos a dondequiera que íbamos. Seguía imaginándote, violada o golpeada, abandonada muerta al costado de la carretera”.

“No fui lo suficientemente valiente para enfrentarte”, dijo Maya. “Si hubiera intentado despedirme, nunca habría tenido fuerzas para irme. Lo único que pude hacer fue irme”.

“Está bien. Al final, me alegré de que te marcharas. Estuve muy contento. Aunque en ese momento me dolió”.

“En ese momento, parecías algo inmune al dolor”.

“Bueno, no lo soy.” Cerró los ojos por un momento, como si ocultara algo de su vista. ¿Cuánto me costaría, pensó, extender la mano y tomarle la mano? ¿A qué me comprometería?

Él sacudió levemente la cabeza, parpadeó y le sonrió, un gesto que ella recordó de repente. La familiaridad de aquello la hizo estremecer.

“Ya basta de eso”, dijo. “Cuéntame sobre ti. ¿Cómo es tu vida hoy en día?

Maya pensó por un momento.

“Tengo suerte, supongo. Hago lo que quiero hacer y me pagan por ello. Bien pagado, en realidad. Escribo y viajo bastante, dando conferencias y talleres sobre rituales y magia”.

“¡Eso es genial, Maya!”

“No está mal para alguien que abandonó la escuela secundaria. No me puedo quejar”.

“¿Eres feliz?” preguntó en voz baja.

“Bastante feliz. No sé. A veces cuestiono lo que hago”.

“¿Por qué?”

Ella guardó silencio por un momento, preguntándose qué responder. “Lo que sé, tuve que ir hasta el margen para encontrarlo”, dijo finalmente. “Siempre pensé que mi trabajo era devolver la magia al mundo, a lo cotidiano. Abrir los ojos y los oídos de las personas para escuchar las voces de la tierra, para escuchar lo que nos rodea. Como dijiste en tu carta hace mucho tiempo: saber que el viento, la lluvia y la roca nos alcanzan. Creo que tenemos que aprender a retroceder o moriremos. Estamos muriendo ahora.

“Y, sin embargo, cuando la magia llega a lo cotidiano, cambia. Cuando vives una vida cómoda, la pureza de tu visión puede volverse turbia. Pero tengo casi cuarenta años y me gustan mis comodidades. No puedo vivir al límite todo el tiempo. ¿Tiene sentido? Puedo visitarlo, puedo ser turista allí, pero donde vivo es en otro lugar”.

Rio envolvió sus brazos alrededor de su pecho. “Yo solía pensar así. Solía pensar que tenía que ser un héroe. Casi me mata”.

“¿Qué estás diciendo?”

“No estoy seguro de entender totalmente de qué estás hablando. Pero me parece que si la magia, o cualquier otra cosa, es realmente buena para nosotros, tiene que serlo en la vida ordinaria. ¿No fue ese realmente el error que todos cometimos: el motivo por el que realmente murieron Edith y Daniel? Todo esto de llegar al límite, ¿te está matando?

Maya lo miró, equilibrada sobre ella como una roca que pudiera escalar. “Sabes”, dijo lentamente, “ahora me doy cuenta de que tenías razón. Eres exactamente la persona con la que más necesitaba hablar”.

Rio sonrió. “A veces me pregunto si alguien más los recuerda. Oh, sus familias, estoy seguro, pero para el resto del mundo, todos somos sólo notas a pie de página en una historia incompleta de los años sesenta. Pero cada año, cuando llega la Navidad, creo que veo a Daniel con ese traje de Papá Noel”.

“Yo también. Quizás eso sea parte de mi problema con la comodidad: el fantasma de Edith susurrándome al oído.

“No menosprecies la comodidad. He estado sin ella y he aprendido a apreciarla”.

“Yo también”, admitió.

Permanecieron en silencio durante un largo momento. “No deberían estar muertos”, dijo abruptamente. “Que desperdicio. Qué puto desperdicio”.

Escuchó un rastro del viejo y enojado Rio en su voz. “Daniel siempre creyó que moriría”, dijo en voz baja. “Creo que él lo sabía, en algún lugar muy profundo”.

“Oh, cada imbécil y su hermano pensaron que iban a morir en las barricadas”, dijo Rio. “¿Y sabes qué? La mayoría de

ellos no lo hicieron. No me importaba mucho si vivía o moría después de que tú te marcharas; al menos no creía que me importara, hasta que realmente tuve que afrontar la cuestión. Pero Daniel quería vivir”.

Estamos hablando de los muertos, pensó Maya. Podría tomar su mano ahora. Finalmente podríamos consolarnos mutuamente. Pero entonces todavía tendría que hablarle de los vivos.

“Estaba increíblemente celoso de Daniel, ¿lo sabías?” Dijo Rio. “Cuando te acostabas con él. Sé que parece el peor doble rasero machista, considerando lo que yo estaba haciendo. Pero tenía tanto miedo de que te alejaras de mí. Parecía que ustedes dos estaban juntos. Se parecía mucho a tu padre, ¿sabes? Ese tipo judío, intelectual y político. Tenía miedo de que un día te despertaras y quisieras estar con alguien más inteligente que yo”.

“Sentí eso, a veces, con él”, admitió Maya. “Me asustó muchísimo. No sé por qué, ahora. Ahora no parece el peor destino del mundo: crecer, casarse y llevar una vida política y académica. Pero no te habría dejado por él.

“Me habría servido de mucho si lo hubieras hecho”. Él se alejó de ella y miró las colinas distantes.

“Te amaba, Rio”. Ahí lo había dicho ahora, fuera lo que fuese lo que significara para él. ¿Esa confesión le compraría la absolución de su largo silencio?

“Ten cuidado”, le advirtió. “Podrías meterte en problemas diciendo cosas así. Porque para ti estás hablando de hace veinte años. Pero he mirado el tiempo demasiado tiempo. Para mí no existe de la misma manera. Podría pensar que estás hablando de hace cinco minutos, o incluso ahora”.

Podía escuchar en su voz cuánto deseaba en ese momento su amor. No puedo volver a hacerle daño, pensó. Nuestras vidas están entrelazadas, y cuando le hable de Rachel, estaremos irrevocablemente unidos hasta el final de nuestras vidas. Debo tener mucho cuidado con lo que digo.

“Te amaba”, repitió. “Incluso cuando me alejé”.

Se quedó en silencio, encerrado en sí mismo. “Ojalá hubiera podido amarte mejor”, dijo al fin. “Que no tuviera que alejarte. Eso es lo que duele. Nada duele realmente a menos que sepas que te lo mereces”.

“Traté de volver contigo. En el otoño. Bajé de la montaña y me enteré de la explosión por la radio. Pensábamos que estabas muerto, Johanna y yo. Y luego, a la mañana siguiente, cuando te arrestaron, pasé a la clandestinidad. Nunca quise tener que testificar contra ti”. Ella le ofreció su sacrificio.

“No sabía si estabas viva o muerta, Maya. Durante años, hasta que Dave Ryan me dio ese libro. En los malos tiempos, parecía que si estuvieras viva, seguramente me escribirías, aunque sólo fuera para decirme lo jodido que había sido”.

“Tenía miedo de hacerlo”. Maya hizo una pausa. Eso era parte de la verdad, pero se lo merecía todo. “Primero tuve miedo y luego no lo sé. Simplemente no lo hice”.

“¿Fue difícil para ti?” preguntó. “¿Estar huyendo? ¿Me odiaste?”

“A veces”, admitió. “A veces era pobre, tenía miedo y estaba terriblemente sola. Y a veces actuaba ante un público invisible y disfrutaba mostrando mi dolor. Estaba furiosa contigo y te extrañaba al mismo tiempo. No sé. Había muchas cosas que no podía hacer, por ejemplo, volver a la escuela. Pobre Bety. Pero de todos modos no sé si lo habría hecho”.

“Apuesto a que lo habrías hecho.”

“Tal vez. Tal vez no. ¿Quién puede decir si mi vida realmente habría sido mejor si lo hubiera hecho? ¿Si ahora fuera terapeuta, como Betty? La verdad es que esos años de fuga fueron sólo otra forma de caminar hacia Mercurio”.

“¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir que hice lo que podía hacer y fui hacia lo que había frente a mí. Eso es lo que me hizo quien soy. Esos años me convirtieron en bruja y escritora. Me dieron mi poder, tal como es”.

Los últimos jirones de una carga largamente llevada comenzaron a desaparecer mientras ella decía las palabras. Sí, pensó, lo usé para definirme. Puedo elegir resentirme con él, o puedo dejarlo ir y viajar ingrátido, sin obstáculos.

“Tomé mis propias decisiones, Rio. Hice mi propia historia y, sobre todo, estoy orgullosa de ello”, dijo. “Estuve enojada contigo durante mucho, mucho tiempo, pero ya no”.

Entonces extendió la mano, como si se atreviera a dar un salto al espacio, y le tomó la mano.

“Tal vez podamos empezar de nuevo, ¿crees? Yo te perdono, tú me perdonas, borrón y cuenta nueva”.

“No sé si podremos empezar de nuevo”, dijo, advirtiéndole suavemente. “Pero podemos empezar donde estamos”.

“Eso es lo que quiero decir.” Él empezó a apartar la mano, pero ella la retuvo. “¿Estás con alguien?” preguntó después de un momento. “¿Estás casada?”

Maya negó con la cabeza. “No es tan cómodo. No, vivo con Johanna. Compramos una casa juntas, en San Francisco. Pero yo no nos llamaría casadas”.

“¿En realidad? Me alegro por ti –dijo después de un momento, con voz súbitamente monótona, dejando caer su mano como si estuviera renunciando a algo. Se sintió irrazonablemente culpable. “¿Eres feliz?”

“Bastante feliz. Nos gusta decir que estamos llevando a cabo una relación abierta, bisexual y de larga duración, que se lleva a cabo una noche de vez en cuando”.

Él guardó silencio. “Rio”, comenzó, y luego se detuvo. ¿Qué quería decirle ella? Persígueme, persuádeme, no te rindas. Eres mi pasión perdida. ¿O? Vete, vete, eres un peligro y una diversión y arruinarás mi vida si te dejas entrar.

“No seas amable conmigo”, dijo. “No me hago ilusiones sobre lo que podríamos ser el uno para el otro después de todo este tiempo. Algunas cosas se han ido para siempre. Pero tenemos una historia juntos que nadie más comparte. Sólo necesitaba verte, hablar contigo, tal vez recordar los fantasmas que todos los demás han olvidado”.

“Lo sé.”

Se movió sobre su roca. Detrás de él, las sombras caminaban sobre las montañas. Pronto sería de noche y ella todavía no habría dicho lo que tenía que decir.

“Entonces, ¿cómo está Johanna?” preguntó después de un momento.

“Impresionante. Tiene una larga serie de títulos avanzados y trabaja como consultora de alto nivel para el distrito escolar. Ella es psicóloga educativa”.

“Bien por ella.” Seguía mirando las colinas, observando cómo cambiaba la luz. “¿No tuvo un hijo o algo así?”

Aquí viene, pensó Maya. Diosa ayúdame.

“Rachel está en la universidad. Es la hija de Johanna”, dijo en un tono cuidadosamente informal.

“¿Ya está en la universidad?” Dijo Rio.

Mas y mas cerca. ¿Iba a darle vueltas para siempre o se lo iba a decir?

“Premédica de Harvard”.

Era tan inocente, tan confiado. ¿Cómo se sentiría cuando lo supiera?

“¿En realidad? Bueno, Johanna siempre fue inteligente”, dijo Rio.

“Lo sé.” Ella dudó por un último momento, apreciando el consuelo y la cercanía que sentían. Pero había llegado el momento de decir la verdad. “Rio, ¿recuerdas la noche de la tormenta, en la costa?”

“Claro que si.”

“¿Recuerdas lo que hicimos los tres?”

“Por supuesto que sí.” Su voz era baja. “He vivido de ese recuerdo, durante años. No he olvidado ni una sola gota de lluvia ni una ráfaga de viento”.

“Rio, ella es tu hija”, espetó Maya, sintiéndose tierna y asustada.

“¿Qué?”

“La hija de Johanna. Ella también es tu hija. Y de la tormenta”.

“Oh.” Se quedó mirando como si las palabras que escuchó no tuvieran sentido para él. “¿Dirías eso otra vez?”

“Eres el padre de la hija de Johanna”.

Durante un largo momento permaneció quieto, luciendo desorientado, como si Maya de repente le hubiera asegurado que era otra persona.

“¿Estás segura?” preguntó.

“Ella se parece a ti”, dijo Maya. “Oscura, por supuesto, pero con tu estructura ósea, tus ojos y tu boca”.

“Y ella está... ¿bien? ¿No... estás loca?”

“Ni borracha, ni deprimida, ni loca. Ella está bien.”

Luego se enojó. “¿Por qué diablos nadie me lo dijo?”

Ella no supo responder. ¿Podría decir: “¿Porque Johanna realmente no te conocía ni confiaba en ti? ¿Por mi recuerdo de tu puño atravesando la pared? ¿Podría decir: “¿Fuiste el instrumento que utilizamos, sin saberlo, para engendrar un hijo entre nosotros?”

“No respondas”, dijo con amargura. “Yo se la respuesta. Decidisteis que tenerme como padre era peor que no tener a nadie”. Se alejó de Maya, mirando el sol que se alejaba, luego se volvió hacia ella, con el rostro sonrojado. “Tal vez pueda entender cómo pudisteis hacer eso. Pero no lo acepto. ¡No, maldita sea, no lo acepto en absoluto!”

Ella se acercó a él, pero él cruzó las manos bajo los brazos, como para eliminar cualquier remota posibilidad de contacto con ella, y se abrazó a sí mismo. Sí, ahora estaba muy, muy enojado.

“Bueno, tengo que reconocerlo, Maya. Realmente lo hiciste hasta el final. No hay medias tintas, buscaste la aniquilación total. El gobierno acababa de encerrarme, pero tú y Johanna arrasasteis con toda mi existencia”.

Sus ojos se llenaron de lágrimas que luchó por contener. Maya notó que tenía los ojos húmedos.

“Lo siento, Rio.”

“No sabías lo que podría haber hecho o no, y ni siquiera me diste la oportunidad de averiguarlo. O ella. Hay hombres en prisión que tienen hijos, ¿sabes? No dejas de ser un ser humano. Les escriben cartas, les envían tarjetas por sus cumpleaños, les hablan por teléfono. Algunos de ellos han hecho cosas mucho peores que yo, pero sus hijos no los descartan”.

Se puso de pie, temblando de rabia y pena. “Simplemente no lo entiendo. ¿Qué te hice a ti o a Johanna para hacerte pensar que mi amor sería peor que nada?

Maya no podía decir nada al respecto, pero tenía que decir algo.

“Pensamos que tal vez no tenías ningún amor para dar”.

“¿Y quién diablos os dio el derecho de emitir ese juicio?”

Su ira se sentía caliente, explosiva, volcánica, como algo que subía y subía, a punto de escupir y destruir. Recordó esa ira, la reconoció e instintivamente comenzó a alejarse.

Ella se estremeció. Él se cernió sobre ella y la vio estremecerse. Luego le dio la espalda y se alejó.

“¡Rio!” Ella se levantó de un salto y comenzó a seguirlo, pero él la despidió con un gesto.

“¡Sal de aquí! ¡Déjame en paz!

Su voz se quebraba y se esforzaba por no llorar. Ella se puso de pie y lo vio desaparecer hacia el campamento.

XLVIII. DE REGRESO EN CASA

La solidaridad es la forma en que intentamos proteger a cada miembro de nuestro movimiento. No permitimos que las personas sean atacadas o señaladas. Nos apoyamos unos a otros, incluso cuando debemos hacer sacrificios para hacerlo.

–Manual de acción para el sitio de pruebas de Nevada

El vasto cielo aplastó la tierra a su alrededor. Contra la ilimitada luz de la luna, las colinas se destacaban en siluetas. Maya y el Círculo A se agruparon en un hueco bajo del terreno en el borde del campamento. Al otro lado de la carretera, en el terreno del sitio de pruebas, podían ver los brillantes reflectores de la puerta principal. Herb se había

unido al grupo, llevaba una gorra de béisbol y una vieja mochila de Boy Scout a la espalda. En el horizonte norte, el propio Mercurio era una joya que hacía señas.

Rio no había aparecido. Maya había esperado mucho tiempo junto a las rocas, esperando que él la perdonara lo suficiente como para regresar y hablar. Finalmente había abandonado su vigilia. Sin saber qué más hacer, había regresado al bloqueo para encontrarse con sus amigos.

“El truco consiste”, decía Ben, “en no ser arrestado hasta que lleguemos a Mercurio. Bajaremos aproximadamente una milla por este lado de la carretera, el lado legal, y luego buscaremos la alcantarilla. Ahí es donde Mike me dijo que cruzaron, pero también es donde realmente tenemos que tener cuidado. Los Wackenhuts patrullan en sus jeeps la carretera y la base de las colinas. Otros grupos han tenido dificultades para salir adelante”.

Siguiendo instrucciones de Alix, Maya le había dado las llaves de su auto, su identificación y dinero a Roger, quien no iba a ir con ellos a Mercurio pero los recogería cuando los liberaran. Había metido su chaqueta y una botella de agua extra en su mochila y había seguido a Alix a esta reunión en las afueras del campamento, sintiéndose miserable todo el tiempo y escaneando a la multitud en busca de Rio. Así debió sentirse cuando lo dejó en la carretera, pensó. Diosa, si tan solo pudiera disculparme de nuevo, hacerlo mejor,

explicarme. Pero se había convertido en una ausencia, un vacío.

“¿Qué pasa con los infrarrojos?” –Preguntó Hazel.

“No es demasiado efectivo a menos que traigan un helicóptero. Y localizan mejor a los grupos grandes. Nos separaremos... pero mantendremos la distancia para escucharnos unos a otros. Si algo sale mal, o necesitas ayuda de cualquier manera, deja escapar el canto de una lechuza. Como esto.” Ben silbó tres veces con voz aguda.

“¿Hay búhos en el desierto?” –Preguntó Laura.

“Duncan, el curandero shoshone, me dijo que solía haberlos”. Hazel ajustó la correa de su mochila. “Antes había muchos pájaros. Cada primavera hacían una ceremonia de dispersión de semillas y los pájaros regresaban. Pero ahora se han ido todos”.

Los ojos de Maya comenzaron a llenarse de lágrimas por los pájaros perdidos. Basta, se dijo a sí misma con firmeza. No puedes romper a llorar solo porque tienes desfase horario y lastimaste terriblemente a Rio y no puedes compensarlo por la infancia de Rachel sin importar lo que hagas ahora. Se había puesto el viejo suéter verde de Claire para tener suerte y estaba de pie con los brazos alrededor de sí misma, temblando no por el frío sino por la sensación de mundos en colisión. ¿Que está sucediendo? pensó. ¿Dónde

está? ¿Cómo puedo estar aquí hablando sobre cómo evadir los infrarrojos? ¿Es esto lo que tengo que hacer para enmendar lo ocurrido con Rio? ¿Es esto lo que tengo que hacer para que mi madre descanse?

“Si te arrestan, intenta hacérselo saber al resto de nosotros”, dijo Alix, “haz mucho ruido. Pero no seas obvio, no dejes que los Wackenhuts sepan que estás haciendo señales. Simplemente grita algo a todo pulmón: 'No me voy a preparar más para la guerra', algo así. Y no cooperes, si puedes. Intenta mantenerlos ocupados”.

“¿No cooperar?” De repente Maya se dio cuenta de que debería estar prestando atención. “¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir, no hagas lo que te dicen, no de manera beligerante, sino simplemente rehúsalos en silencio y respetuosamente. No camines si te lo piden, anda cojeando y haz que te carguen”.

“O arrastrarte a través de la cholla”, dijo Hazel. “Personalmente, prefiero quedarme floja en terrenos más blandos”.

“¿Qué pasa si te arrestan?” –Preguntó Maya. “¿Realmente no te meten en la cárcel?”

“Hasta ahora no lo han hecho”, le dijo Laura. “Nos liberan porque no pueden permitirse el lujo de detenernos. Pero eso

no significa que no lo harán algún día. Nunca se puede predecir al cien por cien lo que harán”.

Alix parecía angustiada. “Realmente se supone que debes recibir capacitación en no-violencia antes de realizar una acción. Pero no hay tiempo. ¿Alguna vez has tomado una?

“Recibí entrenamiento en violencia en los años sesenta”. sonrió Maya. “Pero creo que puedo controlarme para no volverme loca y atacar a los Wackenhuts con mi navaja suiza”.

“No es sólo eso”. Alix negó con la cabeza. “También habrías obtenido toda la información legal”.

“Bueno, no lo ha hecho”, espetó Tommy. “Está bien. De todos modos, ¿para qué somos anarquistas si no podemos romper una regla de vez en cuando?

“¿Estamos listos para ir?” –Preguntó Ben. “Hagamos una revisión rápida. ¿Todos tienen agua extra? Si terminas ahí fuera después del amanecer, puedes deshidratarte muy rápidamente”.

“Ben es muy bueno con los suministros”, le dijo Tommy a Maya. “Desde el momento en que él y Hazel invadieron Cabo Cañaveral en balsas de goma... y se olvidaron de los remos”.

Uno por uno asintieron con la cabeza.

“Entonces vámonos”, dijo Ben.

“¿Dónde está Rio?” –Preguntó Alix.

“Él no vendrá”, anunció Herb. “Acabo de hablar con él hace unos minutos. No hay necesidad de él, ahora que el resto de ustedes se ofrecieron como voluntarios para ir conmigo. Y para él es más peligroso”.

¿Debería ir? ¿Qué debo hacer? Se preguntó Maya. ¿Debería abandonar el grupo, quedarme aquí y buscarlo? Quizás después de que se calme, podamos hablar.

“Hagamos un círculo de protección antes de irnos”, sugirió Alix.

“¿Conoces algún buen hechizo para la invisibilidad?” –le preguntó Tommy a Maya.

“¿Qué?”

“¿Nos guiarías en un ritual?” –Preguntó Hazel.

No, Maya quiso gritar. No puedo conectarme cuando no sé qué debo hacer y apenas sé dónde estoy. ¿Debería quedarme o irme con ellos? Tal vez debería dejarlo solo por uno o dos días, darle algo de espacio. O tal vez ya sea demasiado tarde.

Todos la miraban ansiosamente, con ojos expectantes, excepto Herb, que parecía algo desconcertado.

“Tú lideras una conexión a tierra”, le dijo a Alix. “Haré una ofrenda para devolver algo a la tierra”.

“¿Qué deberíamos ofrecer?” –Preguntó Laura.

El impulso del grupo la estaba arrastrando. ¿Debería resistirse? ¿O debería hacer una ofrenda, no sólo por la acción, sino por ella, Rio, Rachel y todos ellos, los vivos y los muertos? Ella lo consideró. No conozco este lugar, pensó, no llevo aquí el tiempo suficiente ni siquiera para conocerlo como turista. No sé cómo a esta tierra le crece la voz o el grito de sus heridas, con qué colores pinta, qué dones requiere.

“Agua”, dijo. “En una tierra seca como ésta, es bueno ofrecer agua. Podemos derramar un poco cada vez que nos detengamos en el camino y pedirles a los espíritus que nos protejan”.

“Eso me gusta”, estuvo de acuerdo Hazel. “Eso se siente bien”.

“No tenemos agua extra para desperdiciar”, objetó Ben.

“Sólo necesitamos unas pocas gotas”, dijo Maya. “Y no la desperdiciaremos. El hecho de que sea preciosa para

nosotros, que nuestras vidas dependan de ella, es lo que la convierte en una verdadera ofrenda”.

Se acercaron, juntaron sus cuerpos y comenzaron a respirar profundamente.

“Siéntete como una planta del desierto”, murmuró Alix, “y siente tus raíces descendiendo a través del suelo y el polvo, incluso el polvo radiactivo, sintiendo el poder de la tierra para regenerarse...”

“Y siente las aguas debajo de la tierra”, continuó Laura, con tanta suavidad que parecía que la meditación todavía estaba guiada por una sola voz, que simplemente se movía de boca en boca. “Tú eres una planta sedienta que busca agua...”

Supongo que estoy haciendo esta acción, pensó Maya. Con Rio o sin él. Tal vez sea mejor así; podría ser más fácil para él superar el dolor en carne viva si no estoy allí.

“Y llevas el poder”, continuó Ben, “a tu cuerpo, a tus pies y piernas, a tus lugares sexuales, a tu vientre y a tu corazón, y te calienta, te protege y te fortalece para esta acción, en tus brazos y manos y tu garganta, y en la parte superior de tu cabeza...”

“Y te rodea y te encierra”, añadió Maya. “Es un escudo que te rodea, y ves cómo toma la forma del cielo, las plantas, las rocas y las estrellas, como un manto de protección, de modo que cualquiera que te mire mira directamente a través de ti.

Y moldeas un poco de ese fuego en ojos, oídos y bigotes como los de un gato, protecciones que cuelgan del borde de tu aura para avisarte si hay algún peligro cerca”.

Se quedaron en silencio por un momento. Sabía que lo que les estaba describiendo era una operación mágica real y algo compleja. Ella no conocía el alcance de su entrenamiento o habilidad. Pero la metáfora funcionará en algún nivel, pensó, mientras establecía sus propias barreras e invocaba su propio poder espiritual, que se agitaba dentro de ella como las raíces de una semilla que cobra vida después de un frío invierno.

“Potencias del Este”. Hazel se volvió hacia la dirección mientras hablaba, y todos se volvieron con ella. “Poderes del aire y del viento, los llamo para que nos traigan claridad, visión y conciencia esta noche. Ayúdnos a ver claramente en la oscuridad”.

“Poderes del Sur”, dijo Tommy, volviéndose de nuevo. “Ustedes, los ardientes, el coraje, la pasión y la rabia, dejen que el fuego de la vida corra fuerte en nosotros, más fuerte que los fuegos de la destrucción”.

No tengo por qué anclar este círculo, pensó. Puedo estar con los demás, en el margen, y así dejar espacio en el centro para que fluya la energía.

“Vosotras, aguas del Oeste”, prosiguió Laura. “Ayúdadnos a traer aguas de vida y curación a esta tierra”.

“Espíritus del Norte, espíritus de la tierra”, completó Alix el círculo. “Cuidad nuestros cuerpos ahí fuera, protegédnos y ayudadnos a sanar la tierra”.

Maya miró alrededor del círculo. A la luz de la luna, eran graves y hermosos como las colinas que los rodeaban. Habían abandonado sus bromas y su fachada fría y permanecían con los rostros al descubierto para los espíritus, y en ese momento ella los amaba entrañablemente como si fueran montañas. Déjalo ir, pensó. Si puedo, aunque sea por un momento, recordar lo que he aprendido y dejar de lado mi culpa y mi dolor, entonces esta acción puede convertirse en un Kaddish, una santificación, una oración que sólo puede realizarse en comunidad.

Giró en círculo a su alrededor, llamando silenciosamente a la Vidente, la Cantante y la Segadora, sintiéndolas venir, el escalofrío recorriendo su espalda, la oleada de poder que envió un estremecimiento a través de sus hombros.

“Madre Tierra, Madre Desierto, Araña”, dijo en voz alta, “ustedes que tienen tantos nombres, ustedes que son los creadores de la vida conocida por la gente de estas tierras áridas y desérticas, tejan e hilen para nosotros esta noche. Tejed el hilo de nuestro viaje por la tierra, tejednos en la red

de tejedores de vida. Sanadora, teje un nuevo destino para esta tierra y su gente, teje un nuevo destino para la tierra”.

“Mercurio, viejo dios de los ladrones”, dijo Ben, “protégenos en nuestro camino a tu ciudad”.

Se quedaron en silencio por un momento. Maya sintió que el poder se acumulaba a su alrededor, arremolinándose como niebla bajo la clara luz de la luna. El desierto estaba iluminado, un poema de formas escultóricas.

“¡Es hermoso!”, murmuró ella. La tierra empezaba a hablar.

“Ah, bueno”, dijo Tommy. “Si te gusta la Madre Naturaleza, en Nevada puedes verla desnuda”.

Cuando comenzaron a subir la ligera subida, Rio se acercó detrás de ellos.

“¡Rio!” –gritó Maya–.

Se mantuvo un poco apartado del grupo, sin saludar a Maya ni mirarla.

“Pensé que no vendrías”, dijo Herb.

“Cambié de opinión.” Su voz era dura, plana, la voz de un presidiario.

“Rio”, dijo Ben, “ha habido rumores circulando por el campamento de que los federales han apuntado a los

Grain... y eso podría referirse a ti en particular. Tal vez deberías no participar en esto”.

“Me importan un carajo los rumores”.

“Normalmente yo no lo hago”, dijo Ben. “Pero creo que esto puede tener algo de verdad detrás”.

Rio negó con la cabeza. “No voy a vivir de esa manera, Ben. Joder. De todos modos, no tiene sentido. Acechando entre los arbustos y tratando de ir a lo seguro. Eso nunca me protegió de nada”. Se volvió hacia Herb. “Te prometí que caminaríamos hasta Mercurio esta noche y tengo la intención de cumplir mi promesa”.

Herb parecía angustiado. “No quiero ser responsable de que te pongas en peligro”.

“No eres responsable, Herb. Yo lo soy. Por la presente te absuelvo de toda responsabilidad. ¿Vale? ¿Ahora podemos irnos?”

“No estoy seguro de que debamos hacerlo”. La voz de Alix sonaba preocupada. “Rio, piensa por un minuto... ¿qué pasa si te detienen?”

“Ese será mi problema”.

“Pero todos acabaremos haciendo acciones solidarias por ti. Así que también es nuestra decisión”.

“No te estoy pidiendo que hagas nada por mí, excepto que te mantengas al margen de mis asuntos”.

Alix se quedó en silencio, luciendo herida.

Ben negó con la cabeza. “Bueno, si así es como lo quieres, no podemos detenerte. Con un poco de suerte, no te pedirán la identificación y podrás pasar.

“No me gusta nuestro proceso en torno a esto”, dijo Hazel, angustiada.

“Déjalo”, le aconsejó Tommy, mirando la forma inquietante de Rio. “Solo déjalo ir.”

“Ahora, ¿cómo vamos a formar estos equipos?”, dijo Ben rápidamente.

Alix se encogió de hombros y comenzó a explicarle a Maya. “Por lo general, separamos los equipos de mujeres y los de hombres, porque cuando nos arrestan...”

“Quieres decir detienen”, interrumpió Tommy.

“Como sea, de todos modos, eventualmente separan a las mujeres y a los hombres, así que puedes estar seguro de tener compañía. Pero si quieres ir con Rio, Maya...

“No”, dijo Rio bruscamente. “Voy con Herb”.

Hubo un silencio incómodo mientras el grupo intercambiaba miradas de perplejidad. Maya miró hacia la arena, marcada por pequeños huecos de oscuridad a medida que la luz se desvanecía. Debería retirarme de la acción, pensó, y dejarlos seguir sin mí. ¡Pero joder, no lo voy a hacer! No voy a dejar que esto termine así.

“Perdónenme por preguntar”, dijo Laura, “pero si ustedes dos por casualidad necesitan algo de mediación...”

“No lo necesitamos”, la interrumpió Rio. “Necesitamos tener una conversación tal vez cada quince o veinte años, y acabamos de tener una, gracias. ¿Ahora podemos ponernos en camino a Mercurio?”

“Rio, si estás molesto por algo, realmente no es un buen momento para realizar una acción”, advirtió Alix.

“No estoy enojado.”

“Te ves molesto. Suenas molesto”, respondió Hazel.

“Es una cosa de hombres”, explicó Tommy. “Esa época del mes, ya sabes”.

“Así es, Tommy”, dijo Rio con frialdad. “Estoy en mi luna, ¿vale? Estoy sangrando. ¿Ahora podemos dejar de intentar arreglarme y seguir con lo que estamos para hacer aquí?”

“Tommy y yo iremos contigo y con Herb”, sugirió Ben.

“Cuatro de nosotros juntos... eso es demasiado”, objetó Herb. “Seremos un gran objetivo para los infrarrojos”.

“Pero Herb, el objetivo de que hagamos esta acción es que si algo te sucede, haya gente que se quede contigo y gente que vaya a buscar ayuda”, señaló Alix. “Vale la pena sacrificar un poco de cobertura por eso”.

“No necesito que me mimen”. Herb miró a Rio en busca de apoyo.

Pero Rio negó con la cabeza. “Ella está en lo correcto.”

Ben dejó escapar un largo suspiro. “¿Por qué las mujeres no se dividen en dos equipos?”

“¿Puedo ir contigo?”, le preguntó Hazel a Maya, un poco tímidamente.

“Claro”, dijo Maya.

“Entonces Laura y yo iremos juntas”, dijo Alix. “Vámonos.”

El desierto era una extensión amplia y plana, pero bajo los pies de Maya se convirtió en un mosaico de barrancos y arroyos, de infinitas pequeñas bolsas de variación, arena dura y parches de rocas rotas, polvo blando y marismas de barro claro. Borearon el cactus cholla con sus peligrosas y casi invisibles agujas y la yuca alta, cuyas hojas afiladas y espinosas irradiaban desde copas sostenidas como cabezas

orgullosas sobre tallos irregulares. Ligeras caídas y elevaciones en el suelo ocultaban las luces lejanas de los coches, revelándolas de repente, grandes ojos ardientes que hacían que los equipos corrieran hacia las sombras para agacharse, con el corazón palpitando, temerosos de la vigilancia incluso cuando todavía estaban en el lado legal de la carretera.

Maya se encontró al frente, con Ben y Tommy. Todo ese senderismo en Nepal, pensó, supongo que después de todo valió la pena. Estoy en bastante buena forma. Hasta el momento ni siquiera he tosido mucho esta noche. Rio los seguía muy por detrás, yendo al lento ritmo de Herb. Ahora no puedo hacer nada, pensó Maya, más que esperar. Esta es mi penitencia, mi disciplina. Espera y mantente cerca, esperando que la energía cambie, tratando de aceptar lo que es: esta noche de luna en la que caminamos juntos hacia Mercurio.

Se detuvieron para dejar que los demás los alcanzaran.

“Eso de allí es la alcantarilla”, dijo Tommy. “Por donde solemos cruzar”.

“¿Por qué no toman la alcantarilla?”, sugirió Alix. “Iremos un poco más adelante. Me preocupa que estén vigilando la boca de la alcantarilla y que seis de nosotros, al atravesarla, estaríamos tentando nuestra suerte”.

“Si escuchas un helicóptero, acércate a un cactus grande. Ayuda a confundir los infrarrojos”, dijo Ben.

“¿Acurrucarte junto a una yuca?” dijo Alix alegremente.

“Nuestro tema musical”. Tommy le guiñó un ojo a Maya. “Vamos, niños y niñas, ya sabéis que nos trae suerte”.

Todos intervinieron

“Acurrucarse en una yuca, acurrucarse. Cuando tengas que agacharte, siempre acurrúcate”.

Maya reconoció la melodía de la campaña sobre el cinturón de seguridad de su infancia. Alix extendió la mano para apretar la mano de Maya. Tienen miedo, pensó Maya. Incluso si lo han hecho cientos de veces, todavía tienen miedo.

Todos terminaron juntos:

“Simplemente abraza las espinas,
Para ocultar tus crímenes,
Acurrúcate a una yuca, acurrúcate siempre, acurrúcate”.

“Cuida tu silueta”, continuó Ben, “y cuando tengas dudas, quédate quieto. El movimiento es fácil de detectar, pero si te quedas quieto es sorprendentemente difícil de ver. Y Hazel, cuida tus gafas. Pueden reflejar la luz a kilómetros de distancia. ¡Buena suerte!”

“Esperad.” Alix abrió su cantimplora y vertió unas gotas de agua. “Por la curación de todas las heridas y por la curación de esta tierra”.

“Bendito sea”, corearon.

“Aquí.” Ben le entregó a Maya una hoja de papel doblada. “Olvidé darte esto”.

“¿Qué es?”

“Es tu permiso de los Shoshone. Y me encantaría convertirlo en un caso de prueba en los tribunales”.

“Gracias.” Maya puso el papel en su bolsillo. Todavía no conozco esta tierra, pensó. Todavía no he comido sus frutos ni probado sus aguas envenenadas ni escuchado su canto. Pero al menos tengo permiso para estar aquí. Permiso por escrito, además.

“Tengo que orinar”, dijo Hazel.

“¡Siempre lo haces, en medio de cada acción!” Se quejó Laura.

“Hay más de una forma de ofrecer agua”.

Los hombres se separaron para hacer una incursión separada. Maya observó a Rio meterse en la alcantarilla. Tuvo que contenerse para no llorar y rogarle que no fuera todavía, que hablara con ella primero, que la perdonara. Estaba desapareciendo en el inframundo; podría ser absorbido por sus profundidades y no volver a emerger nunca más. Lo habría destruido con su secreto y se habría quedado con el silencio y sus muertos insepultos.

Las mujeres se acurrucaron en un barranco junto a la carretera.

“Permanezcamos juntos al menos hasta que crucemos la carretera”, dijo Hazel.

“Deberíamos buscar otra alcantarilla”, dijo Laura.

“No estoy segura”, dijo Alix. “¿Qué pasa si tienen todas las alcantarillas vigiladas? Tal vez estaríamos igual de seguros cruzando la carretera”.

“Eso es lo que pienso”, dijo Maya. “Creo que deberíamos simplemente hacerlo”. Se sentía vacía por dentro. Algo de ella había ido con Rio al territorio prohibido al otro lado de la línea, y quería seguirlo lo más rápido posible.

“¿Todos juntos?”

“De dos en dos”, dijo Laura.

“Quiero ir primero”, dijo Alix.

“Eso es genial”, dijo Hazel. “Maya y yo te vigilaremos. Si hay problemas al otro lado, vuelve corriendo o grita. De lo contrario, los seguiremos”.

Las dos mujeres se marcharon. Maya se agachó, observando mientras cruzaban corriendo la carretera. Había silencio.

“¿Cuánto tiempo debemos esperar?”, le preguntó Maya a Hazel.

“No lo vas a creer, pero tengo que orinar de nuevo. Supongo que estoy nerviosa”.

“También podríamos hacerlo mientras todavía seamos legales”.

De hecho, ella misma tuvo que orinar, y lo hizo, todavía agachada en el barranco. Terminó Hazel; se abrocharon los pantalones y se marcharon, caminando encorvadas para ocultar sus siluetas. Un barranco bajo y una valla de alambre de púas bordeaban la carretera. Se quitaron las mochilas, las pasaron a través del alambre y separaron los hilos mientras avanzaban.

“¡Cuidado!” –susurró Hazel–. Se tumbaron cuando pasó un camión, cuyos faros recorrieron el paisaje formando una amplia cuña. Luego desapareció.

“¡Mirad!” dijo Maya. Al oeste, en el terreno del campo de pruebas, las luces de un jeep avanzaban al pie de las estribaciones. Un reflector describía un arco a su alrededor.

“¿Qué hacemos? Los demás ya están allí”.

“Vamos ahora”, dijo Maya, “mientras todavía está lejos, antes de que tenga la oportunidad de darse la vuelta”.

Agarró su mochila y miró hacia el camino. Estaba oscuro y silencioso. “¡Ahora!”

Su corazón latía con fuerza mientras corría. Sus botas de montaña parecían pesas de plomo en sus pies y apenas podía respirar, como si de repente estuviera de regreso en el Himalaya, donde el oxígeno escaseaba. Miedo, eso es lo que me pasa, pensó, y se obligó a seguir adelante. La Mala Realidad está extendiendo sus zarcillos para agarrarme, mantenerme separada de Rio para que puedan suceder cosas terribles. Sentía las piernas débiles. Una franja de tierra separaba los dos anchos caminos y se obligó a cruzarla.

Luego cruzó la carretera, con Hazel justo detrás de ella. Otra valla de alambre de púas les bloqueó el paso. Rápidamente arrojaron sus mochilas y separaron los hilos una para la otra. Tomando de nuevo sus mochilas, cruzaron corriendo un camino de tierra para jeep y subieron una ligera elevación hacia la sombra de una yuca.

“Alejémonos de la carretera”, escuchó susurrar a Alix, y corrieron otros cinco metros hasta que escucharon el sonido de un motor detrás de ellos.

“¡Bajad!” –susurró Alix–.

Cerca sólo había un cactus grande. Los cuatro se arrojaron a su sombra, agachados encima de sus equipos y entre sí. Podían oír el chirrido del motor del jeep acercándose.

“¿Qué debemos hacer?” –susurró Laura–.

“¿Corred?” Dijo Hazel. “¡Maya, vete!”

“No puedo”. Alix está tumbada sobre mi mochila. Ella no sabía qué hacer. ¿Correr u esconderse? El jeep se acercaba cada vez más.

“Quédate quieta”, susurró Alix. “No te muevas”.

Se quedaron en absoluto silencio. Maya sintió como si su piel fuera una fina bolsa que contenía su corazón palpitante. Hizo que su respiración fuera suave, ligera. Estaba agachada sobre algo espinoso, pero no se atrevía a moverse.

El jeep se acercó y entonces, con pavor, oyeron detenerse el motor. Una puerta se cerró de golpe.

Vete, pensó Maya. Por favor, Diosa, haz que se vayan. Se sentía expuesta, tonta, tendida con la cara en el polvo y nada

sobre ella más que media sombra. Los pasos se acercaban cada vez más.

Tienen que vernos, pensó. Es estúpido esconderse así. Deberíamos levantarnos y enfrentarlos, aceptar nuestro destino. Pero ella se quedó quieta, tratando de volver a tejer el manto mágico de protección, obligándose a imaginarlos a todos invisibles, mezclándose con las estrellas y las rocas, sin perturbar ni siquiera con su energía los patrones del desierto.

Ella iba a toser. La necesidad se apoderó de ella, le hizo cosquillas en el fondo de la garganta y le quemó los pulmones. Oh, Diosa, iba a delatarlos a todos.

Contuvo la respiración, se mordió los labios, se mordió la lengua. Los pasos se acercaron aún más. El guardia masticaba chicle; podía oírlo crujir en sus mandíbulas y sentir su aliento en su aura. Se le erizó el pelo.

Piensa en la montaña, se dijo. Recuerda lo que era estar parada en el lado empinado, tosiendo como quiero hacer ahora. Si pudiera recuperar lo que sentí entonces, podría hacer que este momento fuera perfecto, pase lo que pase. ¿Cuál es la historia que me estoy contando que me da tanto miedo?

Los pasos dieron media vuelta y regresaron.

Aún sin atreverse a respirar, oyeron que la puerta del jeep se cerraba de nuevo y el motor arrancaba. Permanecieron quietos durante mucho tiempo, hasta que ya no pudieron oír el chirrido del motor. Se levantaron con cautela. El jeep se encontraba de nuevo muy hacia el oeste, en las laderas de las montañas.

Maya tomó un largo trago de agua y recibió una pastilla para la garganta de manos de Laura, quien le dio un puñado para que las guardara en el bolsillo.

“Salgamos de aquí antes de que regresen”, dijo Alix.

“Espera”, dijo Maya. Desenroscó el tapón de su cantimplora y vertió unas gotas de agua. “Para todos aquellos que se esconden esta noche”. Se levantó con una vertiginosa sensación de esperanza. Habían escapado de las garras de El Mundo Malo. El desierto los había acogido, los había acunado. Tal vez todavía tuvieran otra oportunidad.

Se dirigieron al norte, hacia las luces de Mercurio, moviéndose de yuca en yuca, arrodillándose en las sombras cuando escucharon el motor del jeep regresar, avanzando rápidamente. Después de unos cientos de metros, decidieron que los dos equipos debían separarse.

“Delante de nosotros hay otra carretera para jeeps que sale de las colinas para enlazar con la carretera de la puerta principal. Cuidado con eso”, advirtió Alix. “Buena suerte.”

“Buen viaje”, dijo Hazel. Esperaron mientras los otros dos desaparecían en las sombras de la noche.

“Tengo que orinar de nuevo”, dijo Hazel.

“¿Estás bien?”

“Solo nervios, supongo. Me siento como una perra”.

“Piensa en ello como marcar nuestro territorio”, dijo Maya, vertiendo un poco de agua mientras esperaba a Hazel.

Caminar en el desierto a la luz de la luna era encontrar un ritmo que respondiera a la maleza y a los cactus, no un camino recto sino un zigzag que esquivaba de yuca en yuca, pasando por encima de un cactus aquí y esquivando un mezquite allá, una danza que subía y bajaba de loma a barranco, de piedra a polvo. Las luces de Mercurio quedaron ocultas por una elevación del suelo. La ciudad era un resplandor en el horizonte, compitiendo con la luna. Detrás del resplandor, las colinas oscuras formaban una sólida barrera contra las estrellas.

Caminaron durante mucho tiempo, deteniéndose a menudo para escuchar motores o pasos, escudriñando las sombras en busca de rastros de movimiento. Maya descubrió que la descarga de adrenalina comenzaba a desaparecer. Caminó en trance, dejando que el lugar le hablara, escuchando sólo el silencio de la noche.

“Abajo”, susurró Hazel. Se agazaparon juntas bajo otra yuca, ésta de tres grandes tallos. “Vi algo allí”.

Maya miró hacia donde señalaba. Al principio no vio nada más que las siluetas de las plantas del desierto contra el resplandor del cielo. La luna era una mancha amarilla en el horizonte occidental, a punto de ponerse. Lo que significaba, pensó, que no tenían mucho tiempo. Faltaban tres o cuatro días para la luna llena, por lo que se pondría aproximadamente tres o cuatro horas antes del amanecer. Pero el cielo se iluminaría al menos una hora antes de que saliera el sol...

Ella enfocó sus ojos, bruscamente, sorprendida. Algo se estaba moviendo ahí afuera. Observó un macizo de yucas. En su borde oriental había una silueta alta que podría haber sido una planta... o una persona. En la penumbra, la figura parecía moverse, inclinarse y balancearse, bailando. O tal vez era un árbol meciéndose con el viento. Pero en el desierto no había árboles, no soplaba viento y la robusta yuca no se doblegaba ante la brisa. Nada más se movía.

Ella se estremeció. Delgadas líneas parecían extenderse hacia arriba como antenas desde la figura. ¿Era un Wackenhut con un walkie-talkie espiándolos? Lo que sea, se movía con una gracia espeluznante, como algo sobrenatural. Mientras observaba, otras figuras se unieron a la primera, o emergieron de la primera, no podía decir qué. Un pelotón entero de Wackenhuts bailaba una polca secreta a

medianoche, o un grupo de yucas se balanceaba y reflejaba los movimientos de los demás, o un círculo de antepasados unía sus manos para levantar algo muy por encima de ellos. ¿O simplemente estaba viendo los patrones de energía arremolinados de la noche o respondiendo a algún defecto de sus propios ojos? Porque cuando intentó concentrarse, todo estaba en silencio, pero cuando volvía a mirar, veía movimiento, delicado, rítmico e irreal.

“¿Qué podría ser?” –susurró Maya–.

“Seguridad. ¿Con una radio? Hazel también lo vio. Lo que sea que Maya estuviera viendo era más que un truco de sus ojos o de su imaginación.

“No me parece.” Las figuras silenciosas se balancearon y la noche cobró vida. Parecían surgir rostros a su alrededor. Empezó a ver criaturas fantásticas, grandes cabezas humanas con cuernos, alas que terminaban en manos. Vio a una mujer corriendo en la oscuridad, rodeada por un resplandor de fuego, y una figura alta y delgada que parecía estar gesticulando con un cigarrillo de una manera que le parecía familiar. En el centro, un grupo de figuras parecía estar levantando una pancarta o un mástil alto coronado por banderas de oración, trabajando juntos, haciendo algo santo. Fantasmas. Una llamada dividió la oscuridad, un yip yip yip que terminó en un aullido. Los espíritus de la noche giraban en su danza.

“Coyotes”, susurró Hazel.

Maya vertió agua. Todos sus sentidos se ampliaron. A través de ella corría la vida de la manada y la vida espinosa de la yuca y la aguja del cactus y el arbusto seco de mezquite. Los límites y los bordes desaparecieron, y todo corrió junto, la vida brotando de la vida, su propia vida alimentándose de este poderoso lugar y devolviéndole agua y aliento. Ella no conocía este lugar, pero había aprendido a escuchar. No pertenecía a ninguna parte y cualquier lugar podía convertirse en su hogar.

Había venido a Nevada para reparar el tejido de su vida. Las bombas nucleares habían sido una abstracción para ella; De repente se volvieron reales. Podía sentir la ruptura, la deslumbrante interrupción de las luces, las vallas y las bombas arrojadas al corazón de la tierra, como un dolor en el estómago, como una gran herida sangrante. Más que su destino o el de Rio pendía de un hilo, porque santificar esta tierra era aliarse con el viento, las rocas y la lluvia, con la perfección de la luna y la vasta extensión de las colinas y el aullido de la manada contra los poderes que destruiría la tierra.

Quería llorar por la belleza y el quebrantamiento. Abriendo su cantimplora, derramó un chorro de agua plateada con una oración. “Santifiquemos esta tierra”.

¿Podrían reunir tanto poder? ¿Podrían incluso redimir una vida? Quizás todo lo que alguna vez pudo redimirse fue el momento en el que, agobiados por las reliquias de actos de amor imperfectos, se escondieron de los espíritus que danzaban en la oscuridad y escucharon aullar a los coyotes. Sin embargo, si todos los tiempos fueron verdaderamente uno, entonces este momento lo abarcaba todo. Escuchó el aliento silbante de cuarenta mil ancestros, susurrando suaves palabras.

“Para sanar lo que está roto se necesita el poder de lo que está roto, que es diferente del poder de lo perfecto. Lo que se perfecciona alcanza su cima y desaparece. Sólo lo que se rompe perdura”.

Ella tocó la tierra.

Desde donde se habían reunido los espíritus, de repente escucharon un fuerte grito humano. Tres cantos de búhos sonaron durante la noche.

“¡Herb!” –susurró Hazel–. “¡Algo le ha pasado!”

A lo lejos, la manada de coyotes lanzó un aullido.

“¡Vamos!”

Avanzaron cautelosa pero rápidamente hacia el este, a través de una tierra plagada de espíritus. Maya se dio cuenta de un movimiento en la noche, como si uno de los espíritus

se hubiera liberado de la manada para bailar delante de ellos. Le pareció como si girara la cabeza y los mirara, como un perro que les hiciera señas para que lo siguieran.

Agarró el brazo de Hazel. “Por aquí”, dijo. “Síguelo.”

“¿Seguir qué?”

“¿No lo ves?”

“¿De qué estás hablando?”

Tal vez fue un truco de sus propios ojos, pensó Maya, o una leve alucinación provocada por la falta de sueño. Pero algo la llamaba en la noche.

“Sígueme”, dijo.

Ella misma estaba siguiendo un truco de la luz de la luna, una llamada silenciosa que a veces se sentía clara como una campana y otras desaparecía, o el aroma de una flor que sólo recordaba a medias. Bueno, he tenido mucha práctica, se dijo. Parpadeó y el fantasma se convirtió en Papá Noel, un Papá Noel larguirucho y de nariz puntiaguda que conducía un trineo lleno de renos por la arena del desierto, elevándose en el aire sobre un alto grupo de yucas.

“Por allí”, susurró Maya. “Vamos.”

Estaban sentados en una hondonada baja, rodeados de yucas altas y espinosas. Herb estaba tendido en el suelo, con la cabeza acunada en el regazo de Rio. Tommy y Ben estaban agachados a su lado.

Maya se arrodilló junto a Rio. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

“¿Herb?” Susurró Hazel, acucillándose a su lado. “¿Está bien?”

Rio negó con la cabeza. “Me temo que no. Tengo miedo de que se esté muriendo”.

Hazel se puso de pie y dejó escapar tres cantos de lechuza. “Laura es enfermera. Ella sabrá qué hacer”.

“Soy un idiota”, susurró Rio. “Debería haber escuchado a Marge”.

Maya abrió su cantimplora y vertió unas gotas para los espíritus. Hazel se levantó y volvió a ulular.

Maya se inclinó sobre Herb. Su respiración era áspera e irregular y no parecía consciente de su presencia. Ya estaba deslizándose hacia otro mundo.

“Estaba bien”, dijo Rio. “Lento, pero tranquilo. Entonces, de repente, gritó, se agarró el costado izquierdo y cayó”. Parecía desdichado y Hazel le dio unas palmaditas en el

hombro para consolarlo. “Nunca debí haberle dejado hacer esto”.

“Ya está hecho”, dijo. “No sirve de nada preocuparse por lo que hubiera pasado. Hiciste lo que él quería”.

“Parecía que había tenido un derrame cerebral”, dijo Tommy. “O tal vez un ataque al corazón. ¿Ninguno de nosotros sabe RCP⁵²?

“Soy abogado”, dijo Ben. “No sé nada”.

“Está respirando”, dijo Hazel. “¿No es la RCP para cuando dejas de respirar?”

“O cuando tu corazón se detiene”, dijo Tommy.

“Bueno, su corazón está latiendo. Tal vez se recupere”, dijo Hazel esperanzada.

Maya escuchó la respiración irregular de Herb. A la luz de la luna, podía verlo rodeado de jirones y jirones de nubes, como si su espíritu fuera una tela frágil que se rasgaba cuando algo la arrancaba de su cuerpo. Pensó en el poder. Ella y Rio lo habían buscado juntos. A veces habían creído en el poder que surge del cañón de un arma, pero al final ambos habían aprendido a buscar sólo el poder ascendente que proviene de la tierra, los espíritus y los patrones de las cosas.

52 Reanimación cardio pulmonar.

Su única magia era su voluntad de escuchar el discurso de la tierra y responder.

Eso puede ser poder o no, pensó, pero es todo lo que tengo. Pero ¿de qué sirve en una situación como esta? Lo que necesito ahora es sólo un poco del poder tradicional de la Bruja para modificar el destino, torcer los acontecimientos y cambiar la Mala Realidad por la buena.

Hazel se levantó y volvió a ulular.

“Podríamos cargarlo”, sugirió Tommy.

“Seríamos un objetivo bastante obvio para los Wackenhuts”, dijo Ben.

“Bien, entonces nos arrestarían y tendrían que cargarlo”, dijo Tommy.

“Si vamos a hacer eso, podríamos simplemente quedarnos aquí y hacer ruido para atraerlos”. Hazel se puso de pie.

“¡No!” Ben la agarró del brazo.

“Voy a hacer otro canto de lechuza, para Alix y Laura”. Ella gritó.

Si tan sólo fuera una sanadora, pensó Maya. Si tan solo la curandera me hubiera dejado estudiar con ella, adquirir todos los conocimientos que pudiera. Si tan solo tuviera

realmente un ejército de espíritus a mis órdenes, nagueles, fetiches, algo familiar⁵³.

“Podríamos buscar ayuda”, sugirió Ben. “Regresa al campamento y busca a alguien del equipo médico”.

Hazel dejó escapar otro canto de lechuza. “¿Dónde están Alix y Laura?”

Tommy negó con la cabeza. “Ahorraríamos tiempo sacándolo. Si conseguimos a los médicos, eso es lo que tendrán que hacer, y todavía ante las narices de los Wackenhuts”.

“Entonces, vayamos por los Wackenhuts”, suplicó Hazel.

“¿Y qué te hace pensar que los Wackenhut son angelitos de misericordia?”, preguntó Rio. “Es más probable que le den una paliza y lo metan solo en una habitación cerrada con llave”.

“Ellos no harían eso”, dijo Hazel. “Son seres humanos”.

“Son policías”, le dijo Rio. “Los policías hacen eso. Lo están haciendo ahora mismo, en todas las prisiones de Estados Unidos”. Acunó la cabeza de Herb y le acarició el pelo. “No

53 En las creencias mesoamericanas, un nahual es una especie de brujo o ser sobrenatural que tiene la capacidad de tomar forma animal.

quiero someterlo a ese tipo de experiencia. Que se quede aquí, donde es libre.

“Vamos a sacarlo”, dijo Ben. “Tan pronto como lleguen Alix y Laura. Haremos turnos”.

A lo lejos, oyeron el sonido de voces agudas cantando. “No me voy a preparar más para la guerra, no voy a estudiar más la guerra...”

“¡Infierno!” Dijo Hazel. “Laura tenía el botiquín médico”.

“De todos modos, no creo que nos hubiera ayudado mucho”, dijo Ben en voz baja. “Necesita un hospital, no una aspirina”.

Espíritus de esta tierra, gritó Maya en silencio. Sé escucharos, un poquito, pero no sé llamaros. No sé vuestros nombres ni el idioma ni las voces, pero de todos modos estoy aquí para pedirles ayuda.

“Shh”, dijo Tommy. “¿Eso es un motor?”

El desierto estaba en silencio como un suspiro. Las sombras parpadearon y la luz de la luna brilló en ondas. Se le erizó el pelo de la nuca y pequeñas oleadas de poder recorrieron su columna. Un juego palpitante de sombras y formas medio visibles la rodeaba. Una red de energías surgió de la tierra y la llevó consigo mientras las emociones surgían en ella: ira, rabia y dolor, dolor y dolor. En algún lugar ocurrió un acto de

transformación, la tierra fue arrancada de la tierra y transformada. Fuego, explosión, violación, un desgarró en el tejido de la vida, que continuó y siguió, hasta que ella estuvo en llamas desde dentro, ardiendo desde el útero hasta los huesos. Un fino polvo de veneno se posó sobre su piel y comenzó a morir.

“Quiero estar contigo”. Quería clamar a la tierra como antes había clamado a Johanna, pero se mantuvo sobre dos piernas, emparentada con los activistas. Su vida estuvo llena de gestos inútiles y ofrendas superficiales. Podía caminar hasta Mercurio y marcharse, pero la tierra permanecía en su tormento. ¿Adónde podría ir la tierra para escapar de lo que vino a estrellarse contra ella? ¿Por qué pensó que podría encontrar poder en este lugar torturado? Si tal poder existiera, ¿por qué había permitido que se arruinara esta tierra?

“No escucho nada”, dijo Ben.

“Tenemos que conseguir ayuda para Herb”, dijo Hazel. “Por si vienen los Wackenhuts, vámonos ahora”.

Ben se volvió hacia Rio. “Tú sal de aquí primero. No te pueden pillar con un moribundo ahora mismo. No necesitas ese tipo de atención contigo”.

“No quiero dejarlo”, dijo Rio. “Él es mi amigo. Voy a tomar mis responsabilidades.”

Los pájaros se estaban reuniendo en el desierto, revoloteando sobre la forma inmóvil de Herb, dando vueltas, esperando. Los pájaros fantasmas de especies extintas hace mucho tiempo; faisanes de cola dorada y colores brillantes; pájaros de nariz puntiaguda, fumadores empedernidos y masticadores de mejillas. Habían venido a quitarle la vida a Herb y ella no tenía nada que ofrecerles en su lugar.

“No lo entiendes”, dijo Ben. “Están detrás de ti, hombre. He estado tratando de decírtelo, lo escuché de Tony en la oficina del fiscal del distrito. Alguien en el Departamento de Justicia quiere tu cabeza, en bandeja”.

Se dio cuenta de que las cenizas de su madre todavía estaban en el fondo de su mochila. Quizás por eso las había llevado tanto tiempo, por eso no pudo dejarlas en Nepal. Venimos de un pueblo del desierto, pensó. Quizás aquí es a donde pertenece, la ofrenda que puede redimir la vida de Herb.

“No puedo preocuparme por eso”, dijo Rio. “Si quieren atraparme, me atraparán. Quiero quedarme con Herb”.

“No tienes que entregarles el culo atado con un lazo”, argumentó Tommy. “Haz que trabajen para ello”.

Os ofrezco a mis ancestros, dijo Maya a los espíritus. Os daré lo máspreciado que llevo, los huesos de mi madre. Estemos en la Buena Realidad, dejemos que Herb se

despierte renovado de su siesta, dejemos que Rio escape, que la tierra sea sanada.

A su alrededor reinaba un gran silencio. La única voz que escuchó fue la de Betty, en su mente.

“¿Entonces qué es esto? Primero me arrastras arriba y abajo del Himalaya, intentando perderme en la cima de la montaña, y ahora intentas dejarme en el desierto más contaminado del mundo. ¿Qué soy yo para ti? ¡Tu madre, tus cenizas, tu posesión más preciada! ¿Qué hay de mí? Hablando de abstracciones, me has convertido en la gran abstracción de todos los tiempos. Tengo noticias para ti: no soy sólo Madre con M mayúscula. Soy Betty Stein Greenbaum. ¿Qué pasa con lo que yo quiero?

“No lo hagas, hombre”, le rogó Tommy a Rio. “No hagas un gran gesto heroico que arruinará el resto de tu vida”.

“La muerte fue suficiente para mí”, se quejó Betty. “¿Por qué debería escapar un tipo al que ni siquiera conoces?”

Oh, Maya era una pobre excusa para un chamán, incapaz de enterrar a su propia madre y mucho menos comandar las grandes fuerzas de la vida y la muerte.

Ahora por fin Rio se giró para mirarla. Su rostro era gris a la luz de la luna y su voz parecía venir de las entrañas del mismísimo inframundo. Habló como si los demás se

hubieran retirado a las colinas lejanas y sólo ella pudiera oírlo.

“¿Sabes dónde estaba cuando mataron a tiros a Edith y Daniel? Estaba en un bar, emborrachándome”.

Herb yacía moribundo ante ellos, y Maya no podía alcanzarlo, ni siquiera podía tomar su mano.

“Los vi morir en la televisión”.

En el silencio, todos podían oír el lejano zumbido de un motor.

No puedo absolverlo, pensó. Sólo los pájaros con sus alas verdes y doradas pueden abanicarnos para liberarnos de nuestros errores.

“Yo también”, dijo al fin. “Yo también. Pero ya has pagado por eso, si es que alguna vez puedes. Esto es diferente. Ben tiene razón”.

“No.” Rio la miró con los ojos que recordaba de una imagen granulada en un periódico donde los había protegido de la luz. “¿No lo ves? Me he perdido toda mi vida. En cada momento importante, o la cagué o no estuve ahí. Al final no estaba con Edith y Daniel. Ni siquiera supe cuándo nació mi hija”. Ahora estaba llorando, lágrimas como las lluvias de otoño sobre los salientes de granito. “Así es como si tuviera una segunda oportunidad, la oportunidad de hacerlo bien”.

No, Maya quería llorar. No lo veo. ¿Era esta otra lección de aceptación? ¿Su lección espiritual para aprender? Recordó el rostro del Rinpoche, viendo arder su gompá. Quizás esta fuera la conflagración de Río, la forma que tenía el universo de romperlo para que pudiera resistir.

Pero todo dentro de ella se rebeló. No, pensó. Algunas cosas no son aceptables. La mujer en llamas. La quema de la tierra. Río vuelve a la cárcel. No son abstracciones, no son imágenes o historias que me cuento sobre mí misma. Son tan reales como cualquier montaña y duelen. Duelen. Creo que dañan incluso a la propia Tierra.

¿Dónde encuentro el poder para convertirme en sanadora de esas heridas?

“Tal vez eso importe más que lo que me pase a mí. Quizás eso importe más que cualquier otra cosa”, susurró Río.

¿Era el sonido de un motor o el batir de alas?

“Ahora parece que sí”, advirtió Tommy, “pero ese noble sentimiento desaparecerá. Normalmente encuentro que esto sucede alrededor del tercer día en la cárcel”.

“Mientras discutimos, él se está muriendo”. Hazel estaba llorando mientras acariciaba la cabeza de Herb. “¡Por favor no mueras!”

Rio se volvió hacia ella. “Tal vez eso no sea lo peor que podría pasar. Quizás así es como quiere ir al desierto, intentando caminar hasta Mercurio”.

“Es una forma egoísta de hacerlo”, dijo Ben con gravedad.

Rio se encogió de hombros. “¿Cuándo llegas a ser egoísta, si no cuando estás muriendo?”

Sí, algo se acercaba hacia ellos, se dio cuenta Maya, alado y salvaje y vibrante de luz, y de repente Betty le sonreía, extendía los brazos y la consolaba como lo había hecho mucho tiempo atrás, cuando Maya era un bebé y Joe los amaba a ambos. “No tengas miedo”, murmuró Betty. “No hay nada que temer”.

Maya miró a Rio con lágrimas en los ojos. Entonces quédate con él. Dile que lo amas, dile que está bien dejarlo ir”.

Rio miró la cabeza de Herb, acunada en su regazo. “No tengas miedo, Herb”, susurró tan suavemente que Maya apenas pudo oírlo. “Está bien. Está bien. Oh, mierda, Herb. ¿Qué voy a hacer sin ti? Ni siquiera pude contarte lo que ella me dijo hoy. Oh Dios, Herb, ¿qué voy a hacer?”

“Te amamos, Herb”, susurró Hazel entre lágrimas. “Te queremos.”

Se agacharon a su alrededor en la arena, cantándole y llorando mientras el desierto latía, vibraba y sollozaba a su alrededor. Por encima de ellos, el cielo empezó a aclararse. Los reflectores se acercaron. Herb exhaló un largo y ronco suspiro. De repente su cuerpo fue sacudido por un profundo espasmo. Se arqueó, convulsionó y dejó escapar un gemido, un grito estrangulado. Maya olía a mierda y sangre. El cielo se abrió como una flor y se llenó de pájaros, con sus plumas coloreadas como la premonición del amanecer venidero, sus alas batiendo el aire en un viento limpio y frío que soplaba sin obstáculos desde el mar.

“Te quiero”, estaba llorando Rio ahora, con las lágrimas llenas y duras de una tormenta invernal. “Fuiste mejor conmigo que mi propio padre. Confiaste en mí cuando nadie más lo haría”.

Un torbellino de pájaros fantasmas se elevó en espiral hacia las estrellas que desaparecían. Oyeron graznidos de pájaros y cascabeles, y Herb ya no estaba.

Durante un largo latido, todos se quedaron quietos. Herb yacía en perfecta paz. La noche parecía generar luz desde dentro.

Deberíamos decir una oración, pensó Maya. ¿Qué tipo de Kadish decimos por él? Ni siquiera sé cuál era su religión.

Abrió su cantimplora y sirvió agua. De repente se dio cuenta de que el latido en el aire ya no eran alas espirituales sino un jeep que se acercaba rápidamente.

“Ahora vete”, le ordenó Ben a Rio. “Maya, haz que se vaya. Vé con él. Nos ocuparemos de los Wackenhuts. Herb se ha ido... ya no puedes hacer nada más por él.

“Quiero lavarlo”, dijo Rio con firmeza. “No quiero que lo encuentren así”.

“Lo lavaremos”, dijo Hazel.

“Yo era su amigo”.

“Entonces date prisa”, instó Ben. Él y Tommy cavaron un pequeño hoyo mientras Rio limpiaba suave y tiernamente a Herb con papel higiénico y agua de la botella de Hazel, como si lo estuviera ungiendo con ofrendas sagradas, su toque como una bendición. Mirándolo, Maya pudo ver el padre que podría haber sido, cómo habría bañado a Rachel con cuidado, empolvando su pequeño trasero y tomado su pequeña mano. Ahora nunca tendría la oportunidad.

Tommy y Ben tomaron el pañuelo sucio y lo enterraron rápidamente.

“Adiós, Herb”, susurró Rio, sosteniendo el rostro de Herb entre sus manos. “Buen viaje.”

“Date prisa”, dijo Ben. El sonido del motor se había hecho más fuerte.

Rio subió lentamente.

“¡Vamos!”, instó Ben. Ahora podían oír el crujido de los walkie-talkies. “No te crucifiques para ser su guardia de honor. Intenta regresar al campamento sin que te agarren”.

“Es demasiado tarde”, dijo Rio. “Será de día en media hora”.

“Entonces ve a Mercurio”, sugirió Tommy. “Sí, esa es una mejor estrategia. Haz lo que planeaste en primer lugar, una acción simple como todos los demás. Estarán tan distraídos con esta escena que probablemente te obviarán”.

“Simplemente no les des tu nombre real”, suplicó Ben. “Por favor, por el bien de los nietos no nacidos de todo el equipo. No llevas identificación contigo, ¿verdad? ¿Cualquiera de ustedes?”

“No. Pero no me gusta mentir. Las cosas empeoran si te atrapan”.

“No mientas, simplemente no cooperes. De todos modos, la mayoría de la gente no da nombres. Si no saben quién eres, simplemente te llevarán a Tonopah y te liberarán. Si lo hacen, inventarán alguna razón para retenerte para siempre. ¡Ahora sal de aquí!”

Mientras los reflectores barrían la cresta detrás de ellos, se sumergieron en el amanecer índigo.

XLIX. MERCURIO

Uno debe saber que los efectos de las acciones pasadas, de donde proviene todo dolor, son inevitables.

Hay que saber... que el dolor es un Gurú.

- **“Las diez cosas que hay que saber” en
Desde los preceptos de los Gurús.
La sabiduría del budismo**

El cielo comenzaba a brillar detrás de la cresta de colinas en el este mientras Maya y Rio cruzaban el desierto. Al principio se dirigieron hacia el Oeste, como si huyera de la luz que se acercaba. Se movían demasiado rápido para hablar, tropezaban con cactus bajos en la oscuridad previa al

amanecer, tropezaban con pequeñas depresiones en el suelo. Por fin Rio giró su rumbo hacia las luces de Mercurio en la distancia. Líneas eléctricas de alto voltaje se extendieron a lo largo de su camino y, de repente, los espíritus desaparecieron. Sólo quedó la realidad física sólida del suelo y las plantas. Maya suspiró, mitad con arrepentimiento, mitad con alivio, mientras pasaban bajo los zumbidos y ronroneos de los cables.

La luna se había puesto. Debajo de las líneas eléctricas, el suelo estaba llano y sin arbustos ni cactus.

“Mantengámonos en terreno despejado”, dijo Maya. “Haremos un mejor tiempo”.

“Es el lugar adecuado para que los jeeps patrullen”, objetó Rio.

“Nos encontrarán de todos modos, tan pronto como amanezca. Deberíamos estar lo más lejos que podamos de los demás”.

Corrieron por la carretera de los jeeps. Aunque el camino era algo más suave, todavía era lo suficientemente accidentado como para que Maya se viera obligada a mirar hacia abajo, esforzándose por ver obstrucciones en la luz tenue. Cuando miró hacia arriba, Mercurio ya estaba más cerca, una cadena de luces brillantes que cegaban su visión nocturna, obligándola a protegerse los ojos.

Ella estaba cansada. Había estado corriendo una eternidad a través de la noche del desierto, sin dormir y con los pulmones en llamas, cuando oyeron, una vez más, el chirrido del motor de los jeeps y vieron las luces redondas brillando en la oscuridad.

“Abajo”, susurró Rio. Se tumbaron contra el suelo, sintiendo la luz pasar sobre ellos, esperando que las sombras todavía los protegieran mientras el jeep se detenía y las voces llegaban hacia ellos arrastradas por el viento. Maya ahogó otra tos.

“¿Revisaste debajo de las líneas eléctricas?” Una voz de hombre habló por encima de ella.

“Sí. Está vacío. Miremos más arriba”.

El corazón de Maya latía con fuerza. Podrían arrestarnos ahora, pensó. Espíritus de la noche, dondequiera que hayan ido, ayúdenos.

Su protección se mantuvo, por el momento. Las voces pasaron de largo.

“Vamos”, susurró mientras el sonido del motor se apagaba. El cielo ya empezaba a aclararse y caminar era más fácil. “Vámonos y no nos detengamos ahora por nada, porque en muy poco tiempo habrá demasiada luz para seguir escondiéndonos”.

Siguieron adelante, caminando rápido, casi corriendo de nuevo. De repente Maya quería, más que nada, llegar a Mercurio antes de que los guardias los detuvieran. Nunca llegaría a la Zona Cero, pero si pudiera permanecer un momento en las calles pavimentadas de Mercurio, habría hecho algo por el desierto, habría ganado una moneda de cambio que podría canjear con el destino para que Rio siguiera siendo libre.

Una tos repentina y profunda la sacudió. Mi llamada de atención, pensó, mi campana tibetana. Quizás desarrolle bronquitis permanente como un recordatorio crónico de que debo dejar de hacer de cada destino un nuevo Kala Pattar que alcanzar. Que Mercurio sea una ciudad, nada más. Lo único que importa es que Rio y yo estamos juntos en este momento, corriendo en el amanecer del desierto, y él me ha hablado una vez más.

“¿Estás bien?” Preguntó Rio, retrocediendo. Ella asintió y siguieron corriendo.

El cielo cambió del índigo a una leve sugerencia de azul aterciopelado, brillante, iluminador. Corrieron contra el amanecer.

Tiempo, pensó Maya, sólo un poco más de tiempo. Veinte minutos. Media hora. La aurora avanzaba, inexorable. Ahora ya no podía ver las estrellas. La arena, las rocas y las plantas comenzaron a mostrar matices y colores entre sus siluetas.

De repente escuchó una voz y el sonido metálico de una radio detrás de ella. “No corras”, gritó Rio, pero Maya lo hizo de todos modos, impulsada por algún instinto primario que no pudo resistir. Sus pesadas botas se sentían lentas y engorrosas, golpeando contra el suelo del desierto. De repente escuchó la voz ronca de un hombre detrás de ella.

“Levanten las manos, en alto, donde pueda verlas. ¡O dispararé!”

Maya se quedó congelada en su lugar. Una parte de ella quería reírse históricamente, decirle al guardia que estaba usando palabras sacadas de una mala película, pero no podía hablar.

Detrás de ella, Rio levantó lentamente los brazos.

“No tengas miedo”, la llamó suavemente. “Simplemente haz lo que te dicen”.

El miedo de Maya estaba localizado en algún lugar cerca de su garganta, un bulto sólido que le dolía al tragar. Ella levantó los brazos en alto.

“Quítate la mochila, lentamente. Mantén las manos alejadas de los bolsillos”, dijo la voz.

“Sabes, por supuesto, que estamos comprometidos con la no violencia”, continuó Rio hablando con voz fuerte y tranquila. “No tienes por qué tenernos miedo”.

“Caminad hacia adelante lentamente”, le dijo el guardia a Rio. Cuando él y Maya estuvieron juntos, el guardia continuó dando órdenes. “Tumbaos boca abajo. Poned las manos detrás de la espalda. Girad la cabeza hacia un lado”.

Se acostaron, Maya puso su rostro en el polvo envolvente, posiblemente radiactivo.

Sintió que le agarraban las muñecas por detrás y las esposaban fuertemente con bandas de plástico.

“¡Levantaos ahora!”

¿Qué debo hacer? Ella se preguntó. ¿Es ahora cuando se supone que no debemos cooperar? ¿Qué va a hacer Rio? Con algo de esfuerzo, ella levantó la cabeza y se volvió para mirarlo. La luz de la mañana era ahora más fuerte; podía verlo claramente: sin afeitar, con los ojos rojos, el cabello gris por el polvo, el rostro lleno de arrugas y surcado de lágrimas y suciedad. Incluso las montañas se erosionan, pensó. Ya sea que las ames o no, ya sea que las abandones, les mientas o penetres en sus grietas secretas con la verdad, eventualmente todas acaban en el mar. Diosa, no quiero volver a perderlo.

“¿Qué hacemos?”, susurró ella. “¿Vamos a caminar, como dicen?”

La boca de Rio se estiró en una sonrisa irónica y vertical. “¿Recuerdas lo que dijo Tommy acerca de cómo el noble impulso desaparece? Bueno, simplemente lo hizo”.

“¡Dije que os levantaseis!” –ladró el guardia.

Maya descubrió que levantarse de una posición boca abajo con las manos esposadas a la espalda era difícil, algo así como esos juegos de la escuela primaria, carreras de tres piernas y cosas así. Hizo un intento, perdió el equilibrio y cayó. Irritado, el guardia de seguridad se agachó y los puso de pie. Ahora Maya podía mirar a su alrededor. Había cinco guardias a su alrededor y uno hablaba por radio.

“Coge sus mochilas”, le ordenó uno de los guardias a otro. “Vamos a sacarlos”.

Caminar con las manos atadas también era incómodo. Cruzaron los últimos metros de terreno para llegar al estacionamiento en las afueras de Mercurio. Debajo de ellos se encontraba la calle principal con sus habituales atracciones, las cafeterías y la bolera.

El sol salió sobre las colinas, cubriendo las crestas austeras y afiladas con la suave floración de su luz dorada, mientras un joven Wackenhut la agarraba del brazo y la impulsaba hacia la parte trasera de una furgoneta policial cerrada.

Estiró el cuello para mirar detenidamente a Rio, pero el guardia la empujó bruscamente hacia adelante. Luego la

levantó e introdujo en la camioneta cerrada, Rio siguió detrás de ella. Había bancos de metal a cada lado y se acomodaron uno frente al otro, moviéndose con torpeza debido a sus manos atadas.

La puerta se cerró de golpe y se quedaron solos en la oscuridad.

Permanecieron sentados en silencio durante un largo rato. Él estaba frente a ella, pero en realidad no podía verlo, sólo el contorno de su forma en la tenue luz que se filtraba a través de las rejillas de ventilación. Podía oler un sudor agrio que podría haber sido el suyo.

“¿Estás bien?”, preguntó Rio por fin. “¿Te hicieron daño?”

“No. Estoy bien. ¿Y tú?”

“Yo también estoy bien.”

Volvieron a guardar silencio. A Maya le dolían las muñecas donde la banda de plástico las cortaba y le dolía la cabeza. Ella lo había seguido al inframundo, y ahora se volvería silenciosamente loca aquí, atada y encadenada en la oscuridad, enfrentando su furia silenciosa. Finalmente él habló.

“Sé que tengo que perdonarte si quiero seguir viviendo. Pero es difícil. Me está costando algo de trabajo”.

“Te hice un gran daño”, admitió Maya. “Pero no puedo devolverte esos años perdidos, por muy mal que me sienta. Así que adelante y ódiame. Me lo merezco.”

“No te odio. No tengo derecho a odiar a nadie”.

“Tienes derecho a estar enojado y herido. Tienes derecho a sangrar”.

Su voz bajó tan bajo que tuvo que inclinarse hacia delante para oírlo. “Pero si soy honesto conmigo mismo, tengo que admitir que lo que más duele no es sólo que no me lo hayas dicho. Es darme cuenta de que tu imagen de mí, durante todos esos años, fuera tan diferente de mi fantasía sobre ti”.

Maya se esforzó por ver a través de la oscuridad. Le dolía la garganta y cuando hablaba, su voz era ronca. “Pero mi imagen era más sobre mí que sobre ti. Si te hubiera escrito, si nos hubiésemos puesto en contacto, no habría tenido que llevar una imagen en la cabeza. Habría sabido quién eras”.

Rio dejó escapar un largo suspiro. “Sólo me estoy cortando en los bordes rotos de mis propias ilusiones, eso es todo. ¿Cómo puedo culparte por eso?”

“¿Qué fue lo que dijiste antes, en la roca? Yo te perdono, tú me perdonas. Borrón y cuenta nueva: un nuevo comienzo”.

“Me tenías miedo, ¿no? ¿En la roca? Me tenías miedo físicamente”.

“Sólo por un minuto”, admitió Maya.

“Eso también duele”.

“Fue simplemente algo que cruzó por tu rostro cuando estabas tan enojado, lo que me hizo pensar en esa noche en que destrozaste con tu puño todos los espejos de nuestra casa”.

“Bueno, ahí lo tienes. Otro gran momento en la vida de Rio Connolly que para mí está totalmente en blanco”.

Maya se dejó caer contra la pared de la camioneta, pero la presión hizo que le dolieran los hombros y las articulaciones de sus muñecas latieran contra el metal. Se inclinó hacia adelante, pero su espalda sintió la tensión.

“Intenta apoyarte en la esquina”, sugirió Rio mientras se retorció. “Si apoyas los hombros contra las dos paredes, deja espacio para las manos”.

“Eso ayuda”, admitió Maya mientras ajustaba su posición. “¿Cuánto tiempo crees que nos tendrán aquí?”

“Todo el tiempo que quieran”.

“Oh.”

“¿Estabas asustada? ¿Estabais asustados?”, preguntó Rio.

“Tengo que admitir que lo estaba. Ha pasado un tiempo desde que alguien me apuntase con un arma”.

“No tengas miedo. La parte difícil ya pasó. Ahora sólo es cuestión de esperar a ver qué hacen”.

“Odio esperar”, dijo Maya. “No soy buena en eso.”

“Yo sí. Me he vuelto muy bueno en eso. Podría estar en el equipo olímpico”.

“Supongo que has tenido que aprender”.

Rio habló en voz baja, casi en sueños, como si estuviera hablando más para sí mismo que para ella. “Sé cómo cumplir la condena”, dijo. “El tiempo es como la gorgona de los viejos mitos. Simplemente no puedes mirarlo directamente o te convertirás en piedra. Pero si te miras en el espejo del momento, si lo sostienes frente a tu cara como un escudo, puedes sobrevivir a cualquier cosa”.

“¿Tienes miedo?” preguntó suavemente. “¿Sobre lo que podría pasar?”

“No lo sé.” Él se rió suavemente. “¿Sabes lo qué es raro? Que esto se siente familiar. Cómodo, incluso, como si finalmente hubiera regresado a donde pertenezco”.

“No digas eso”.

“Pero tal vez sea cierto. Ya sabes, hay algo que le pasa a la gente cuando estás encerrado durante mucho tiempo. No tienes que decidir cuándo despertarte o irte a dormir o apagar la luz, ni qué hacer con tu día, ni a quién llamar. No tienes que decidir nada. Las luces se apagan a una hora determinada y se encienden a una hora determinada. Tus comidas se colocan frente a ti y no hay opciones en el menú. Después de un tiempo, te acostumbras. Y creo que es por eso que muchos chicos siguen regresando. Porque les resulta familiar. Siempre juré que no sería así. Pero bueno, qué carajo, juré muchas cosas en mi época. Juré que no sería como mi padre. Creo recordar incluso que te juré que nunca te dejaría.

“Basta, Rio. Todo va a estar bien; realmente ya lo está”.

“¿Es así? ¿O acaso resulté ser uno de esos tipos, después de todo, los dos veces perdedores, los que cometen el mismo error una y otra vez? ¿No es realmente por eso que estamos aquí ahora mismo?

“¿Qué quieres decir?” Maldita sea, quería verlo, ver cómo cambiaba la expresión de su rostro, mirarlo a los ojos.

“Herb me convenció de que no hiciera esta acción, ¿sabes? Después de que te dejé en la roca. Tenía miedo por mí. Pero luego se fue, y seguí pensando en lo que habías dicho, y me

enojé cada vez más, hasta que hice lo que había hecho mil veces antes. Dije: “Que se joda el mundo”. Sólo tengo que hacer algo, cualquier cosa extrema. Y ahora está muerto y nosotros estamos aquí”.

Maya suspiró. “Podrías verlo de esa manera. O podrías decir que le diste a Herb el regalo de la muerte que deseaba, con alguien que realmente lo conocía y se preocupaba por él para sostenerle la cabeza y lavarle el cuerpo”.

“¿Realmente crees eso?”

“Sí.”

Se quedó en silencio por un momento, pensando. “Entonces vale la pena pagar un precio por eso”.

“No es el precio de toda tu vida. Pero tengo la sensación de que lo superaremos”.

“Sin embargo, no se puede negociar. No por algo que sea realmente importante. Tienes que estar dispuesto a ponerlo todo sobre la mesa, a ofrecerlo todo. Desearía sentirme tan optimista como tú, pero, según mi experiencia, el universo no te hace ningún trato”.

“Hay un poder en eso”, admitió Maya. “Pero también suena un poco a la carta de tu hermano, ¿recuerdas? Pensé que ya no tenías que ser un héroe”.

“Tal vez sea una cuestión de chicos, como dijo Tommy. Creemos que lo hemos superado, pero nunca lo hemos superado”. Podía sentirlo moviéndose inquieto, cambiando de posición. “Supongo que lo único que intento decir es que, pase lo que pase, me alegro de haber estado ahí para Herb, al final”.

“El resto de nosotros no lo conocíamos como tú. No lo amábamos. No podríamos haber hecho por él lo que tú hiciste”. Y ahora estoy haciendo lo que hacen las mujeres, pensó Maya, reforzándolo, fortificándolo, tratando de hacerlo sentir bien. Pero es verdad.

“Él fue bueno conmigo. Cuando quise unirme a Grains, al principio no me querían. Mi historia los asustó. Pero Herb los convenció. Es un viejo luchador, ¿sabes? Luchó contra Franco en la guerra civil española, como tu padre. Organizó un sindicato. Tenía una perspectiva más amplia de las cosas. Podía hablar con él de una manera que no pude hacerlo con nadie más”.

“Ojalá hubiera podido conocerlo”.

Rio dejó escapar un largo suspiro. “¡Dios, ya lo extraño!”

“Cuando murió, sentí que los espíritus venían a buscarlo”, dijo en voz baja, deseando tener las manos libres para tomar la suya o acariciarle el hombro. “Tuvo una buena muerte”.

“Yo también sentí algo”. Habló tentativamente, como si estuviera a punto de aventurarse en terreno arriesgado. “Era como ese viento limpio y crudo en la costa, tan fuerte que puedes apoyarte en él”. Ahora su voz se redujo casi a un susurro. “¿Recuerdas?”

“Recuerdo. Recuerdo cómo la luz cae, después de una tormenta, como focos que se asoman entre las nubes y brillan sobre el lomo gris de las olas”.

“Hablas como escribes”.

“Es una deformación profesional”.

“Leí tus libros, ¿sabes? Pero es mejor estar contigo, oírte hablar, aunque no pueda verte muy bien”.

“Bueno, tal vez la Diosa perdió la paciencia con nosotros dos y decidió que esta es la única manera en que podríamos decirnos ciertas cosas. Encerrados en la oscuridad, con las manos atadas a la espalda para que ninguno de los dos pueda lastimar al otro. Nos hemos convertido en la audiencia cautiva del otro”.

“¡Ay! Me hiciste sonreír y mis labios están agrietados”.

“Tengo ChapStick⁵⁴ en mi bolsillo, si pudiera llegar a él”, dijo Maya con pesar.

“A veces, estas bandas están lo suficientemente sueltas como para poder quitárselas moviendo las muñecas. Las mías están demasiado apretadas”.

Maya experimentó, pero el movimiento le provocó un dolor agudo. “¡Ay! No, eso dolió. Están demasiado apretadas”.

“Lo lamento.”

“No es tu culpa.”

“¿Lo crees así?”

“No, no lo es”, dijo Maya con firmeza. “De todos modos, deberíamos estar orgullosos de estar aquí. De algún modo, que no me queda del todo claro en este momento, les estamos dificultando hacer estallar el mundo”.

“Así es.”

La furgoneta empezaba a calentarse. En el exterior, el sol debía estar completamente alto. Pronto sería sofocante,

54 ChapStick es un bálsamo labial que trata y previene la sequedad de los labios.

pensó Maya, y estoy usando mi chaqueta de plumas y no hay forma de quitármela o siquiera de desabrocharla.

“Entonces, ¿cómo es ella?”, preguntó Rio de repente, su voz cuidadosamente casual. “Mi, eh, Johanna... ya sabes, ¿la niña? ¿Crees que ella podría querer tener algún contacto conmigo?”

“Definitivamente. Tengo una carta para ti en mi mochila y también una foto de ella. De repente, un pensamiento terrible la asaltó. “¡Oh, no!”

“¿Qué ocurre?”

“Las cenizas de Betty. ¡Todavía están en mi mochila!

“¿En tu mochila? ¿Las llevas contigo a dondequiera que vayas? Parecía divertido.

“Sí. Las llevé por todo Nepal, o al menos los sherpas lo hacían. Nunca pude encontrar el lugar adecuado para dejarlas. Pensé en sacarlas de mi mochila... pero, no sé, tal vez tenía alguna idea subliminal de dejarlas en el desierto. Pero eso no estuvo bien”. Ahora estaba demasiado nerviosa para quedarse quieta, pero no había espacio para caminar, no había forma de estar en movimiento y liberar la tensión. Ella comenzó a balancearse hacia adelante y hacia atrás. “¿Qué pasa si registran mi mochila? ¿Qué pasa si la abandonan o la tiran a la basura?”

“Si realmente no nos arrestan, si simplemente nos llevan a Tonopah y nos dejan ir, probablemente no registrarán tu mochila”, dijo con voz tranquila. “Y si lo hacen, tendrás que decirles la verdad. Es tan jodidamente extraño que quizá simplemente lo crean.

“¡Gracias! ¡Muchas gracias!”

“Lo siento”, dijo, pero ella podía oírlo tratando de no reírse.

“¡No lo sientes! ¡Te estás riendo de mí!”

“Bueno, debes admitir que es algo divertido”.

“¡Divertido! ¡Que te jodan, Rio Connolly! Después de todo lo que he pasado: dieciocho aviones en cinco días y casi sin dormir y luego andar deambulando por el desierto mientras me apuntan con armas... ¡y luego tú te sientas ahí y te ríes! Estaba luchando contra las esposas, pero sólo le cortaron las muñecas más profundamente. “¡Sabes una cosa, estoy harta de ti! ¡Estoy harta de pensar en ti, preocuparme por ti y sentirme culpable por ti! ¡Estoy harta de tus cartas, de tus errores y de toda tu maldita vida miserable! Se aplastó sobre el banco, pero sólo golpeó sus muñecas y codos contra la pared de metal. Un dolor agudo le recorrió el brazo y empezó a llorar.

Después de un largo rato, Rio habló. “Lo siento si herí tus sentimientos”.

Maya suspiró. Le dolía la cabeza y ahora se sentía avergonzada de su arretrato. “Lamento haber dicho lo que acabo de hacer. No fue mi intención”.

“Lo hiciste. Está bien. Es honesto. Siempre puedes decirme la verdad, Maya. No puedo soportarlo. ¿Cómo puedo culparte por mentirme todos esos años si no puedo aceptar tu honestidad ahora?

Oh, gira el cuchillo, pensó.

“No quiero ser insensible con tu madre”, prosiguió. “De verdad, probablemente todo estará bien”.

“Esa es mi línea. Sólo yo logro parecer más segura al respecto. ¿Y si no lo es?

“No pienses en eso”, dijo Rio. “Cuando estás en una situación como ésta, no puedes darte el lujo de pensar en lo que podría salir mal. Simplemente te vuelves loco”.

“No puedo evitarlo”. De repente pudo sentir lo poco que había dormido durante la última semana, lo cerca que estaba del límite. Se sentía ligera, temblorosa, como si fuera a sufrir una crisis nerviosa o un gran avance. “Cuando pienso en ellos, manoseando sus huesos, es como la profanación máxima”.

“Maya...” comenzó Rio, pero un espasmo de tos se apoderó de ella.

“Eso suena horrible”, dijo cuando ella volvió a quedarse callada. “¿Has visto a un doctor?”

“Es simplemente mi forma personal de meditación”, le dijo Maya. “¿Y sabes qué? Yo también estoy harta de ello. ¡Estoy harta de que el universo trate de enseñarme lecciones espirituales, y harta de intentar aceptar la perfección de cada momento estúpido y podrido que sucede, y harta de esforzarme siempre por mejorarme a mí misma! Oh, no me hagas caso, sólo estoy cansada”.

“Sólo he aprendido una cosa que podría llamarse una lección espiritual”, dijo Rio en voz baja. “No estaba tratando de mejorar en ese momento. Simplemente llegó y me salvó la vida, por muy miserable que fuera. Tuve que volver a aprenderlo un par de veces (parece que tengo que volver a aprenderlo casi todos los días), pero cada vez es una especie de gracia”.

“¿Qué estás diciendo?”

“Estás cansada. Estás enferma... físicamente, quiero decir. Todavía estás de luto por tu madre. No interpretes esas cosas como una especie de fracaso de tu parte”.

Maya quería desesperadamente secarse las lágrimas de los ojos, pero no podía girar la cabeza lo suficiente como para alcanzarlas con el hombro.

“¿Qué haces?”, preguntó Rio. “¿Que estás tratando de hacer?”

“¿Puedo limpiarme los ojos con tu camisa?”

“Aquí”, se inclinó y le ofreció su hombro.

“¿Y mi nariz también?”

“Cualquier cosa.”

Maya se secó y olió, y luego se acomodó en su rincón. “Es tan irónico. He cargado esas cenizas durante tanto tiempo que son como algo que he incorporado a mí. Sinceramente me olvidé de ellas. Por todo Nepal seguí buscando el lugar adecuado para dejarlas y nunca lo encontré. Quería algo espectacular para ella; quería dársela a la mismísima Diosa Madre del Universo. Y ahora he hecho que la arresten. ¡Bromea conmigo! Ella volvió a olfatear. “Es bastante divertido, en realidad.”

“¡No me estoy riendo!”, dijo Rio rápidamente, pero entonces ambos estaban riendo y llorando al mismo tiempo.

“¡Oh, Diosa, he hecho que arresten a la pobre Betty!” La risa de Maya se convirtió en tos. Cuando se calmó, suspiró. “Es bueno que esté muerta. Ella nunca me perdonaría”.

“Si salimos de esto”, prometió Rio, “te ayudaré a esparcir sus cenizas. Es decir, si quieres que lo haga.

“Me gustaría.” Maya deseó poder extender la mano y tomarle la suya.

“Y si no lo hacemos, si yo no...”

“No vamos a pensar en eso, ¿recuerdas?” ella lo interrumpió. “Es sólo una distracción. Estábamos hablando, eso es lo importante”.

Rio se movió inquieto. “Hay algo que quiero decir, en caso de que no tenga otra oportunidad”.

“¡Deja de hablar así! Es mala magia”.

“Es sólo esto: lo siento. Lamento cómo te cayó todo, lamento no haberte amado mejor. He lamentado durante diecisiete años haber tenido que parar por esa bebida”.

Maya se dio cuenta de que hubo un tiempo en el que habría dado cualquier cosa por saber que algún día le oiría decir exactamente eso. Ahora ella simplemente se sentía triste.

“Es divertido hablar en la oscuridad”, dijo Rio. “Tal vez sea mejor. He estado hablando contigo dentro de mi mente durante tantos años. Cuando lo hago, puedo decir cualquier cosa. Siempre lo entiendes. En la oscuridad, puedo fingir que toda esta conversación es un sueño que estoy teniendo. Me alegra que me hayas gritado, ¿sabes? Ahora no tengo que

preocuparme de arruinarlo, de decir algo malo que te ahuyente de nuevo”.

“No me iré, Rio”, dijo Maya, sabiendo mientras hablaba que estaba haciendo un juramento. “Digas lo que digas, pase lo que pase. Tenemos una historia juntos. Nos necesitamos uno al otro para solucionarlo. No te volveré a interrumpir. Nada de lo que puedas decir cambiará eso”.

“¿No es así? Bueno, de todos modos supongo que ya sabes lo peor”.

“¿Qué es eso? ¿Qué es lo peor para ti?

“Lo que dije, en el desierto, sobre cuando murieron los demás. De todo esto, eso es con lo que me siento peor. Excepto por perderte. Debería haber estado con ellos”.

“¿Por qué no lo estabas?”

“Me echaron del Frente, como una semana antes. Dijeron que era un borracho y que no era de fiar. Tenían razón”.

“Estoy confundida”, dijo Maya. “¿Por qué pusiste la bomba en el Bank of America si no estabas con el Frente?”

“No lo hice”.

“¿No lo hiciste?”

“Por supuesto que no lo hice. Si lo hubiera hecho, lo habría hecho bien, borracho o no. Nadie habría resultado herido”. Había una nota de orgullo en su voz. Recordó lo feliz que había sido, construyendo letras gigantes en People's Park, arreglando el inodoro, reconectando una lámpara vieja. “Puedo arreglar cualquier cosa”, le había dicho una vez, pero por supuesto había cosas que nadie podía arreglar. Continuó. “De todos modos, no lo habría hecho. Pensé que era un mal objetivo. Demasiado grande. Demasiados factores que no podríamos controlar”.

La cabeza de Maya zumbaba y zumbaba en el calor como si todas sus concepciones pululasen y excavaran y trataran de encontrar nuevos lugares para descansar.

“Rio, ¿me estás diciendo que pasaste catorce años en prisión por algo que no hiciste?”

“Exacto.”

–Pero entonces, ¿por qué te declaraste culpable?

Rio suspiró pacientemente. “Por la misma razón que cualquiera se declara culpable. Porque me ofrecieron ese trato y mis abogados no creían que pudiéramos ganar el juicio”.

“¿Catorce años? ¿Qué clase de trato fue ese?

“Estoy fuera ahora, ¿no?” dijo en voz baja. “Estoy vivo y hablando contigo. Uno olvida cómo era el clima político. Podrían haberme metido directamente en la cámara de gas, si hubieran querido. Y sabes, aunque ha habido momentos en los que he estado mucho más harto de mi propia vida miserable de lo que tú podrías estarlo, todavía lo prefiero a la alternativa.

“¡Por algo que no hiciste!”

“Es como le dije a Ben, si quieren atraparte, lo harán”.

No había amargura en su voz, pensó. Su voz era como la cara del Rinpoche viendo arder su gompa. “Realmente no importa si les dejas una abertura o no, si haces una acción o te escondes debajo de la cama. Te incitarán o te seducirán o, si es necesario, te conseguirán los medios y el material y te guiarán la mano mientras enciendes la mecha”.

“¿Qué estás diciendo?”

“¿Recuerdas a nuestro viejo amigo T-Bone? He oído que es un idiota del Departamento de Justicia.

“Te refieres a ...?”

“No sé a qué me refiero”. Ahora, por fin, escuchó emoción en su tono, ira, sí, y pena. “Sé que a Daniel tampoco le gustaba el Bank of America como objetivo, ni tampoco a Edith. No creo que ninguno de los dos haya puesto esa

bomba. No creo que merecieran morir. Pero nunca sabremos qué pasó realmente. Y tal vez no necesitemos saberlo. Podría sentarme aquí y decirles que al menos no soy un asesino, pero tal vez en un sentido más amplio lo soy. Yo transité por ese camino, ¿sabes? Nos empujé al límite, de las palabras a la acción. Traje a T-Bone y a Randy al grupo”.

“Nunca confié en ellos”.

“Debería haberte escuchado”.

A Maya le dolían los hombros y la cabeza por el calor cada vez mayor. Tenía la garganta seca y el aire en la furgoneta era agrio y caliente. “¿Y ahora es posible que sea el viejo T-Bone quien quiera encerrarte otra vez?”

“Todo es posible. Pero no puedes preocuparte por eso, Maya, realmente no puedes. Sólo tienes que seguir adelante y vivir tu vida. Aunque ahora que estás aquí, no puedo evitar sentir que espero poder vivir un poco más afuera”.

Su voz bajó tan bajo que ella apenas podía oírlo. “Si me lo hacen, si me vuelven a encerrar, ¿me escribirás esta vez? ¿Sólo de vez en cuando?

“Será mi segunda oportunidad”, dijo. “Me toca rehacer algo que hice mal antes. Pero es una segunda oportunidad que no quiero. Ruego a la Diosa que no me la dé. Saldremos de esto, lo sé”. Aún así, cuanto más tiempo permanecían

sentados, atados en la oscuridad, más difícil le resultaba creer que aún llegarían a El Mundo Bueno.

Ahora la furgoneta se estaba calentando mucho y ella empezaba a sudar. Le picaba la piel donde el suéter de Claire se pegaba a ella.

“¿Alguna vez tienes realmente la oportunidad de rehacer algo que has hecho mal y corregirlo?”, preguntó Rio.

“Por supuesto que sí”, le aseguró Maya. “Sylvia, la mujer que me entrenó para ser Bruja, solía decir que la Diosa te pone desafíos. Y si no los cumples, ella sigue dándote el mismo una y otra vez, hasta que finalmente lo logras. Es una especie de respuesta pagana al infierno”.

“Esta furgoneta empieza a parecerse al infierno. Se está calentando mucho. ¿Estás bien?”

“Ojalá pudiera desabrocharme la chaqueta”.

“Te ayudare.” Se dio la vuelta para que sus manos esposadas se tendieran hacia ella y, al arrodillarse mientras ella se inclinaba sobre él, pudo sentir el cierre de su cremallera. Después de varios intentos, pudo bajar la cremallera. La chaqueta se abrió.

“Gracias”, dijo Maya. “Eso está mucho mejor. ¿Puedo hacer lo mismo por ti?”

“Me desabroché el mío antes de que nos esposaran”, dijo Rio.

“Eso es pensar en el futuro”.

“Si te mueves, puedes deslizar el abrigo sobre tus hombros y dejarlo colgar de tus brazos, incluso usarlo como almohadilla contra la pared”.

“Eso es mucho mejor”, dijo Maya, siguiendo su consejo. “Es sorprendente cómo de repente me siento lujosamente cómoda, simplemente porque no me siento tan incómoda como hace cinco minutos”.

“Ese es el truco”, dijo Rio. “A veces no se puede hacer lo de vivir un día a la vez. Hay que tomarlo minuto a minuto. Quizás nada mejore mucho, pero si mejora un poco, es suficiente por un momento. Eso es el cambio”. Su voz se volvió plana. “Tal vez dejas de esperar grandes cosas, pero puedes esperar un poco de brisa o un trago de agua. Algo pequeño y alcanzable. Luego, cuando llega, puedes sobrevivir dentro de una gran, gran desesperación y apenas darte cuenta”.

“No llegaremos a eso”, afirmó Maya tan firmemente como si lo creyera. “Iremos a pasear en bote por el lago Stow. Pasearemos por los Pirineos. Sabes, Daniel dijo eso hace años y yo ni siquiera sabía que estaba haciendo una alusión literaria. Nunca había leído *Esperando a Godot*”.

“Yo todavía no lo he hecho.” Rio se rió.

“Si tan solo tuviéramos una copia ahora, nos hablaría de nuestra condición”.

Oyeron cómo se abría y cerraba de golpe la puerta delantera de la furgoneta. El motor se puso en marcha y la furgoneta arrancó.

“Al menos nos estamos moviendo”, dijo Maya. “Eso seguramente será una mejora”.

“No contaría con eso”.

“Yo siempre he comparado el movimiento con la libertad”.

La camioneta tomó las curvas, acelerando y desacelerando de una manera que arrojó a Maya a la esquina y la alejó. En el calor y el aire sofocante, se sintió mareada.

“Déjame sentarme a tu lado”, dijo Rio. “Te sujetaré”. Se sentó con ella y apoyó los pies en el banco de enfrente. “¿Eso está mejor?”

“Gracias.” Su costado chocó con el de ella con una descarga eléctrica. Ella era demasiado consciente de su tacto, de su olor a sudor y a desierto.

“¿A qué distancia está Tonopah?”

“Tres horas y media.”

“¿Así de largo?” Maya no creía que pudiera sobrevivir tanto tiempo en esa jaula húmeda y sin aire. Se volvería loca u orinaría en el suelo, vomitaría sobre los zapatos de Rio. ¿Cómo había soportado catorce años?

“No nos llevarán allí de inmediato. Probablemente simplemente nos llevarán de regreso a la celda de detención en la puerta principal”.

La furgoneta dio un fuerte bandazo hacia la derecha y ella cayó contra él. Voy a vomitar, pensó. Diosa, eso es todo lo que necesitaríamos aquí.

“¿Estás bien?” preguntó, mientras ella se enderezaba.

“Tan bien como se puede esperar, dadas las circunstancias”.

“Aguanta ahí.”

La furgoneta giró bruscamente y dio un bandazo, y ellos viajaban en silencio. Entonces Rio habló abruptamente.

“Todos cometen errores. Yo cometí algunos malos, de esos por los que muere la gente. Y tal vez aún no haya terminado de hacerlos. Pero no morí. En cierto momento, me di cuenta de que iba a tener que vivir con lo que había hecho y lo que no había hecho, lo bueno y lo malo. Y en general, todavía quería vivir”.

Maya se permitió apoyarse en él y habló suavemente. “Dijiste que aprendiste una lección espiritual una vez. ¿Cuál fue?”

“No sé si puedo definirlo. No soy un escritor como tú.

“Inténtalo. Me encuentro profundamente necesitada de consuelo espiritual, si no de pastillas para el mareo”.

Permaneció en silencio durante un largo momento. “No soy muy mejorable, por mi parte. Sé eso sobre mí. Quiero decir, tengo que mejorar al máximo para llegar a lo que la mayoría de la gente considera su punto de partida. Lo único que puedo hacer, en realidad, es tratar de ser un aliado de la roca, el viento y la lluvia”.

“Tú eras eso, para Herb”.

“Sí”, dijo después de un largo momento. “Se levantó viento. Estuvo bien.”

“Tal vez nos equivoquemos al pensar siempre en términos de regateos, acuerdos y sacrificios”, dijo Maya. “Pagar un precio por hacer lo correcto... cuando lo piensas, es una especie de metáfora espiritual capitalista. Tal vez sólo necesitemos aprender a confiar en que cuando una decisión que tomamos nos parece correcta, cualesquiera que sean sus riesgos, lo que surja de ella seguramente estará bien. Los medios son los fines”.

“Me gustaría volver algún día a esa roca en la costa. ¿Has vuelto allí? preguntó Rio.

“Iremos juntos”, dijo Maya, como un acto de magia, enviando su voluntad al universo. “Robaremos ese bote de remos, otra vez”.

“Será mejor alquilar uno esta vez”, se rió Rio. Cumpliré condena por Herb, si es necesario, o para detener las armas nucleares, pero no cumpliré condena por piratería.

“Es una pena. Siempre me gustaste como pirata”.

La furgoneta se detuvo de repente. La puerta trasera se abrió de golpe, inundándolos con la luz cegadora del desierto.

“¡Salid!”

Rio salió de la camioneta y Maya tropezó tras él, parpadeando.

“¿Nombre?” dijo un guardia con un portapapeles.

“Hiroshima”, respondió Rio. El guardia sacudió la cabeza y le indicó que siguiera adelante.

“¿Nombre?” le dijo a Maya. “No me lo digas, déjame adivinar”.

“Nagasaki”, dijo Maya.

“Los gemelos japoneses”.

Parpadeó de nuevo, todavía acostumbrándose a la luz. Cuando giró la cabeza, Rio ya no estaba.

Una mujer guardia la condujo a través de la calzada entre cánticos y aplausos. La luz brillante la deslumbró y tropezó. A quince metros de distancia, al otro lado del puesto de guardia, una multitud de manifestantes la vitoreaba. La agente le quitó las esposas y, agradecida, se quitó las mangas de la chaqueta y se frotó las muñecas doloridas.

“Pon las manos al frente”, dijo el guardia, y la esposó de nuevo, pero con menos fuerza.

“¿Dónde está mi mochila?” Preguntó Maya ansiosamente, recogiendo su chaqueta con las manos esposadas, saboreando su mayor libertad de movimiento. Sí, Rio tenía razón, si algo mejora aunque sea un poco, es suficiente por un momento. No pienses en lo que pueda pasar más adelante.

La guardia señaló un montón al costado del camino. “Recibirás todas tus pertenencias en Tonopah. O si te encarcelan, recibirás un recibo”.

Luego se encontró en un estacionamiento asfaltado rodeado por una valla metálica, encerrada con otras cincuenta mujeres.

“¡Maya!” Alix corrió hacia ella y le dio una especie de abrazo esposada. “¡Te detuvieron! ¿Estás bien?”

Maya asintió. “Me muero de sed”.

“Hay agua allí. En la cabaña de miel, si la necesitas.

“¿El qué?”

“En el inodoro”.

“¡Alabada sea la Diosa!”

Alix y Laura la alejaron de los guardias junto a la puerta cerrada. “¿Qué pasó con los demás?” –Preguntó Alix.

“Herb tuvo un ataque al corazón”, dijo Maya en voz baja. “Él está muerto.”

“¡Oh, no!”

“Debería haber estado allí.” Laura empezó a llorar. “Soy enfermera; podría haberlo ayudado”.

Maya negó con la cabeza. “No estoy segura de que alguien hubiera podido ayudar, incluso si lo hubiéramos llevado a un hospital. Creo que tal vez era el camino que él quería seguir, ¿sabes? En el desierto, en medio de una acción. Y estábamos todos allí con él. Rio sostuvo su cabeza y bañó su cuerpo”.

“Oh, me alegro de que estuviera allí”, dijo Laura. “Él y Herb estaban muy unidos”.

“Pero luego tuvimos que irnos. Ben pensó que era demasiado arriesgado que Rio fuera arrestado con un hombre muerto”, dijo Maya. “Ahora tengo que orinar o morir”.

Para cuando Maya salió de la cabaña, Alix había visto a Rio en la celda de hombres.

“Él se ve bien”, dijo. “Hasta ahora no lo han señalado”.

“¿Qué pasa con los demás?” –Preguntó Maya. “¿Alguna señal de ellos?”

Laura negó con la cabeza. “Si los encontraron con el cuerpo de Herb, sospecho que los Wackenhuts seguirían adelante y los encerrarían en la cárcel de Beatty o Tonopah, no los retendrían aquí”.

Alix asintió. “Es por eso que Ben hubiera querido que Rio escapara. Esperemos que tenga suerte”.

Maya se tomó un tiempo para contarles todo sobre la muerte de Herb y su viaje a Mercurio. Todo el tiempo ella estuvo ansiosa. ¿Qué pasa si me equivoco acerca de la Diosa, y si después de todo ella no nos da segundas oportunidades?

“¿Dónde están los hombres?” –le preguntó finalmente a Alix. “¿Podemos hablar con ellos?”

“Por allí”, dijo Alix. “Junto a esa valla”. Condujo a Maya a una esquina del corral, donde una esquina a juego del lado de los hombres estaba separada por una tierra de nadie de un metro entre vallas de alambre rematadas con alambre de púas. Ella silbó y cuando uno de los hombres se acercó, lo envió a buscar a Rio.

Ahora que podía verlo a plena luz del día, parecía cansado, viejo y desaliñado. Su cara ya se estaba poniendo roja por el calor de la mañana. Podía ver al abandonado, al convicto. No encontraba al pirata.

Probablemente yo tampoco luzco tan bien, reflexionó. Pero él le sonreía como si ella misma fuera Miss América.

“Ahora puedo verte de nuevo”, dijo. “Todavía te ves genial para mí”.

“Me gustaría poder decir lo mismo de ti, pero estás empezando a parecerte un poco a una langosta hervida. ¿No tienes sombrero?”

“Se lo di a Herb. Estaré bien.”

“Otra conversación interrumpida”, dijo Maya. “Nunca te hablé de Rachel”.

“¿Ese es su nombre?”, preguntó Rio, “¿la niña de Johanna y mía?”

“Raquel. Raquel Roberta Weaver. Johanna le puso el nombre de su abuela.

“¿Y cómo es ella?”

Una valla metálica rematada con rollos de alambre de púas los separaba, y no era así como se había imaginado hablando con él. Pero ya no esperaba los momentos perfectos. O tal vez este momento tenía su propia perfección. Tal vez la valla se había convertido en todo lo que alguna vez los había dividido, una valla de mentiras y silencios, y ella había estado aprendiendo durante meses cómo cruzarla, aliarse con el viento, la lluvia y las rocas.

“Es una gran chica. Estoy orgullosa de haber ayudado a criarla. Dulce, inteligente, aventurera y responsable. Realmente, ella es justo lo que mi madre y la madre de Johanna siempre desearon que fuéramos. Sólo que ahora estoy de su lado. Si se comportara como lo hicimos nosotros cuando teníamos diecinueve años, la mataría”.

“¿Tiene diecinueve años? ¿Cómo diablos Johanna... eh, tenemos edad suficiente para tener un hijo de diecinueve años?

“De la forma habitual, supongo. Sobreviviendo.”

“¿Dijiste que está en la universidad?”

“Acaba de comenzar en Harvard este año”.

“Maya, ¿estás inventando eso?”

“No, es verdad.”

Sacudió la cabeza. “Suenan muy improbable, para mí, tener una hija en Harvard. Nadie en mi familia se graduó jamás en ningún tipo de universidad. Yo iba a ser el primero”.

“Pre-medicina”.

“Ella es inteligente, entonces?”

“Más inteligente que tú, más inteligente que yo, más inteligente que Johanna”. Maya se arriesgó a sonreír. “Ella es una buena chica. Quiere ocuparse de la salud pública en el Tercer Mundo. Como mi hermana Debby. Te gustará”.

“Estoy seguro de que sí.” Él la miró, repentinamente ansioso. “¿Pero qué pensará ella de mí?”

“Ella sabe de ti. Ella realmente quiere conocerte. ¡Maldita sea, su carta también fue arrestada en mi mochila!

“Maya, Maya, Maya”, Rio sacudió la cabeza, “¿nadie te dijo nunca que no lleves objetos de valor cuando vas a una acción?”

Ella se encogió de hombros a modo de disculpa. “Soy el bloqueador no entrenado, aprendiendo de la manera más difícil”.

“Bueno, hasta ahora todo pinta bien”, dijo. “No quiero maldecir nada, pero estoy empezando a pensar que realmente podríamos salir adelante”.

“Oye tú, aléjate de ahí”, gritó uno de los guardias de su lado. “Dejen en paz a los hombres”. El guardia empezó a acercarse y Maya entró en pánico. Ahora notarían a Rio, lo señalarían, se lo llevarían y todo sería culpa suya. Se alejó rápidamente de la valla y Alix y Laura la llevaron hacia el centro de mujeres. El guardia regresó a la puerta.

“¿Estás bien?” Alix vio las lágrimas corriendo por las mejillas de Maya. “¿Todavía está enojado contigo?”

Maya suspiró. “No, aunque seguro que tiene derecho a estarlo. Le dije algo que debería haberle dicho hace mucho tiempo. Y le dolió. Sabía que así sería”.

“Toma un poco de agua”, dijo Laura, entregándole un vaso de papel que había llenado en la gran hielera de plástico portátil del corral. “No te deshidrates”.

Maya tomó la taza algo torpe con las manos esposadas y bebió. El agua sabía a plástico, pero a ella no le importó.

“Está bien”, dijo. “Tuvimos una buena charla, en la camioneta. No hay nada como estar encerrados juntos en la oscuridad para que te pongas manos a la obra”.

“Una experiencia que nos une”, coincidió Alix. “Podría ser una nueva técnica de mediación. ¿Qué opinas?”

“Creo que me duele la cabeza”.

“Come chocolate”, dijo Laura. “Simplemente mete tus manos en el bolsillo de mi chaqueta y toma algunos M&M's. Harán que todo esté mejor”.

Un gran autobús escolar se detuvo frente a la puerta.

“¡Hagan fila todos!” gritaron los guardias. Las mujeres esperaron mientras los hombres subían a bordo. Maya pudo ver a Rio entrar por la puerta. Luego se les indicó que los siguieran.

Los hombres se habían dispersado por todo el autobús. Maya vio a Rio y notó un espacio vacío a su lado. Ella se acercó a él y él señaló el asiento vacío con la barbilla.

En la parte delantera del autobús, una radio reproducía música aunque era mayoritariamente estática. “¡Castigo cruel e inusual!” gritó uno de los manifestantes detrás de ella. “¡Están jugando a Cher!”

“Te guardé un lugar”, dijo.

Ella se deslizó en el asiento junto a él. Con mucho ruido y alboroto, los demás manifestantes se sentaron y el autobús arrancó.

Se volvió hacia ella y sonrió. “Ahora que he superado el sentimiento de dolor en el estómago, empiezo a pensar que tal vez me hayas dado el regalo más grande de mi vida”.

“Ella es un regalo”, dijo Maya. “La tormenta nos la entregó a todos y todos le fallamos de alguna manera. En mi caso, fue un fracaso de amor. Quizás ese sea mi único pecado pagano”.

Afuera, el desierto pasaba, marrón y dorado bajo la intensa luz del sol. Alix estaba en la parte trasera del autobús cantando a coro “Ain't Gonna Study War No More” (No voy a prepararme más para la guerra) y sus voces lucharon contra la estática de la radio.

“Te usé, Rio. Te usé como algo contra lo que definirme y por eso no pude ver quién eras. Estoy tratando de despojarme de esa parte de mí, la parte que necesita que alguien esté abajo para poder estar arriba, alguien que sea malo para que yo pueda ser buena. Pero maldita sea, es profundo. Capa tras capa, como una cebolla, hasta que te preguntas si realmente hay un núcleo debajo”.

“Hay un núcleo, Maya”, dijo Rio, girándose y mirándola con los ojos llenos de lágrimas. “Es fantástico tener que

aprenderlo como lo hice yo. Pero hay terreno, terreno sólido. Debajo de ti y debajo de mí”.

Donde su muslo presionaba el de ella, una corriente fluía entre ellos, como el zumbido de líneas eléctricas de alto voltaje.

“Como las colinas desnudas de aquí”, susurró. “Como los contornos de las rocas, y el juego de colores en la piedra, y la tierra cruda y agrietada. Desnudo, pero no estéril. Así es como quiero ser”.

“Podemos caminar sobre ese terreno”, dijo. “Tal vez incluso podamos alejarnos del pasado. No perderlo, sino dejarlo atrás”.

“Te pregunté qué lección espiritual aprendiste”, dijo. “Supongo que es justo que te cuente sobre la mía. Es curioso lo difícil que es expresar estas cosas con palabras, aunque me dedico a ello. Pero cuando estábamos en el desierto buscándote, algo me habló y me dijo: “Sólo lo que está roto perdura”. “

Se quedó en silencio por un momento, asimilándolo.

“Si eso es cierto, entonces debería ser inmortal”, dijo.

“Quizás lo seas.”

“Quizás todos lo seamos. Nadie pasa por la vida sin, al menos, algunas grietas y fisuras”.

Ella se apoyó contra él mientras el autobús tomaba una larga curva, y él permitió que su cuerpo se adaptara al suyo de una manera que le resultaba tan familiar y, sin embargo, tan extraña. Ni siquiera somos los mismos cuerpos que éramos, pensó. ¿No se reemplazan todas nuestras células cada siete años? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que todo lo que se formó en la prisión desaparezca?

La radio seguía emitiendo música ronca e inaudible. A su alrededor, los demás manifestantes coreaban, bromeaban y cantaban. Maya cerró los ojos ante el resplandor del sol del mediodía.

Cuando despertó, el autobús se había detenido y todos los manifestantes estaban siendo conducidos hacia la puerta. Ella los siguió, tendiéndole las manos al guardia, quien le abrió las esposas y la liberó.

¿Eso es todo? pensó con una extraña sensación de anticlímax. Toda esa espera, todo ese procesamiento, toda esa impotencia forzada, ¿para qué? Y luego, ¿Y mi mochila? ¿Dónde está?

Con una gran sensación de alivio, vio su mochila entre un montón de pertenencias de los manifestantes y la agarró. El pasado y el futuro, pensó. Mis únicos objetos de valor

verdaderos, puestos en riesgo en el camino hacia Mercurio. Una vez más, los tengo entre mis manos.

Rio y Maya se sentaron en la acera bajo la sombra de un árbol afuera del Casino Starlight. Los demás habían ido a pedir Coca-Colas y obtener soporte técnico y tal vez dejar unas cuantas monedas de veinticinco centavos en las máquinas tragaperras, para celebrar su liberación.

Maya buscó en su mochila y sacó la carta de Rachel. “Aquí la tienes.” Ella se la entregó.

Abrió el sobre y sacó el papel. Lo miró fijamente durante un largo momento, acercándolo y luego extendiéndolo con el brazo extendido. Finalmente se lo devolvió.

“Es vergonzoso”, dijo, “pero no tengo mis lentes para leer. Y sin ellas, no puedo distinguir su letra. ¿Me la leerás?”

Maya sonrió, aunque en parte quería llorar. Después de todo, somos mortales, los piratas, los revolucionarios y las criaturas salvajes que se comprometieron a vivir en el viento y que salen con gafas bifocales para rehacer el mundo. ¿Bueno, por qué no? Ella tomó la carta de él y leyó:

Querido, no sé cómo llamarte. ¿Papá? ¿Padre? Esto es tan extraño. Hasta hace quince minutos y durante toda mi vida siempre pensé que estabas muerto. Ahora mismo estoy tan enojada con mi madre, y con Maya también, que podría matarlas a ambas por mentirme. Y su avión se

va y tengo que escribir rápido, así que probablemente esto no tenga ningún sentido. Pero en mi mente siempre te llamé papá cuando pensaba en ti. Pensé que estabas en la Tierra de los Muertos y eso era algo reconfortante. Podía hablar contigo e imaginar que me estabas cuidando. Pero ahora, papá, ahora que sé que estás vivo y que sabes que existo, me gustaría saber quién eres realmente. Nunca creí que fueras malo. Aquí hay una foto mía. Intentaré escribirte algo más cuando pueda ser más coherente. Supongo que firmaré esto.

Te ama,

Rachel

“Léela de nuevo”, dijo cuando ella terminó, y así lo hizo.

“Ella me llama papá”, dijo. “Que extraño. Tendré que acostumbrarme. Nunca pensé que sería papá. Suena bien”.

“Ella está viva, es fuerte y hermosa. Con todos nuestros fracasos, eso sigue siendo algo. ¿Y sabes qué? ¡Podemos llamarla por teléfono! ¿Qué hora es ahora en Cambridge? Probablemente esté en clase, pero luego podremos llamarla. Estamos libres. Podemos hacer lo que queramos.”

“Sí, bajar el volumen de la radio, encender y apagar las luces, desabrocharnos la bragueta... todas las cosas que cuentan”.

“Podemos alquilar botes de remos y hacer viajes de regreso a la costa”, dijo Maya. “Lo haremos, volveremos juntos a esa roca, con nuestras gafas de lectura y nuestras canas. Quizás traiga a Johanna y a Rachel también. Nos pararemos en la cima con los brazos extendidos y sentiremos el poder del viento”.

“Ten cuidado. Quizás acepte esa oferta”. Él tomó su mano, casi con timidez.

“Quiero que lo hagas”, dijo. “Oh, mira su foto”. Ella apartó su mano de la de él para buscar nuevamente en su mochila, sacó la fotografía y se la entregó. Luego volvió a poner su mano en la de él.

Juntos miraron la fotografía.

Rachel los miraba fijamente, sonriendo en su foto de graduación de la escuela secundaria, brillante y joven. Sus rasgos eran un mapa del lugar donde se unen los continentes: Europa, África y América, donde las placas chocan contra las placas, cadenas montañosas enteras son levantadas y erosionadas, los océanos suben y bajan, las corrientes cambian. Y hacia su rostro caminaremos, pensó

Maya, la brillante promesa de un futuro que aún no está roto y que, sin embargo, podría perdurar.

Las heridas sanaban, incluso las viejas, aunque podían dejar cicatrices y cambios duraderos. Harían juntos una peregrinación, ella y Rio, Johanna y Rachel, de regreso a la roca de la costa, al valle donde Rachel fue concebida. Maya se pararía sobre la roca y esparciría las cenizas de su madre en el viento limpio, en las aguas profundas, dejando que las olas y las corrientes las llevaran a donde pertenecían. Las aguas se mezclarían por toda la tierra. Quizás las cenizas de su padre ya viajaban para encontrarse con las de Betty. Quizás nunca se encontrarían. Tal vez los huesos de su madre descansarían en las costas mediterráneas de Tierra Santa o en una playa despejada junto al Mar Negro, o serían alimento para el salmón que las llevaría de regreso río arriba. O tal vez, con el paso del tiempo, se hundirían en el lecho marino y serían presionadas contra la roca y elevadas por las olas de fuego debajo de la corteza terrestre. Quizás Betty se convertiría en una montaña, en toda una cadena, un nuevo Himalaya, Sagarmatha, Chomolungma, ella misma la Diosa Madre de las Nieves. Quizás cada montaña, cada desierto, alguna vez fue la madre de alguien, los huesos de alguien. Y caminar por sus empinadas laderas, caminar penosamente a través de la llanura seca hacia Mercurio, fuera pisar los fragmentos de cuerpo tras cuerpo, clamando con sus voces espirituales, llamándonos siempre a despertar a su amor inmenso y duradero.

EXPRESIONES DE GRATITUD

Muchas personas han contribuido a la redacción de este libro. Isis Coble leyó cada borrador del manuscrito y sus comentarios y conocimientos fueron invaluable. Marie Cantlon trabajó conmigo en el desarrollo y edición de este libro, como lo ha hecho con todos mis demás trabajos publicados. Como siempre, estoy profundamente agradecida por su orientación y aprecio su ojo para la estructura y el lenguaje. Agradezco a Linda Gross, mi editora original en Bantam, por su cálido apoyo y estímulo, y a Beth de Guzmán por su ayuda por guiar la historia hasta su forma final.

Los escritores de Red Rock sufrieron conmigo durante todos los primeros borradores de la historia y valoro las críticas constructivas que me hicieron Craig McLaughlin, Cristina Salat, Cynthia Lamb, George Franklin, Mary Klein, Sheila Harrington y T. Thorn Coyle. Tom Hayden ofreció

aliento y valiosos consejos. También agradezco a Chris Kolb por leer el manuscrito y sus conocimientos sobre Nepal.

Algunas escenas de este libro se redactaron originalmente hace veinte años. Bill Menger, mi profesor de escritura hace mucho tiempo en UCLA, me proporcionó un estímulo crucial a una edad temprana. Mi exmarido, Eddie, me brindó ayuda y aliento tangibles.

De hecho, en 1992 hice un viaje por Nepal similar al que se describe aquí. Agradezco a nuestro guía, Karma Lama, por su atención y por presentarme la rica cultura de los sherpas. Los personajes de este libro no se basaron en los miembros de mi grupo de montañismo, que eran un grupo de personas increíblemente interesante, flexible y agradable. Aprecio especialmente a Ceres, quien aguantó mi tos en la tienda por la noche, hizo la mayor parte del viaje con un esguince de tobillo y ha sido mi buena amiga desde el momento en que casi nos ahogamos juntas, ¡pero esa es otra historia!

También honro el trabajo realizado por los diversos grupos que a lo largo de los años han organizado la oposición a las pruebas nucleares en el Sitio de Pruebas de Nevada. Quiero reconocer el activismo continuo de la Nación Shoshone Occidental, cuya tierra sagrada ha sido expropiada para el centro de pruebas de la bomba. En particular, agradezco a los ancianos que gentilmente han compartido la ceremonia y la alianza política.

Aunque me he manifestado muchas veces en el sitio de pruebas, nada en esta narración, excepto el nombre “Círculo A”, se basa en ninguno de mis grupos de afinidad reales, ni los personajes aquí están tomados de ninguna persona viva. Sin embargo, agradezco a todos mis compañeros de bloqueo a través de los años por su trabajo, su humor y su apoyo en momentos de crisis.

A diferencia de Maya, no me siento aislada en mi propia vida y trabajo. Las Wind Hags (Brujas del viento) han sostenido un círculo de mujeres continuo del que me siento orgullosa de haber formado parte durante más de quince años. También estoy agradecida de trabajar junto con Reclaiming Collective⁵⁵ y nuestra amplia red de expertos en los EE. UU., Canadá y Europa.

Jodi Sager ha sido durante muchos años la encargada de mi agenda de enseñanza, conferencias y viajes, proporcionándome tiempo para escribir. Recientemente, Kim Jack ha volcado su increíble talento organizativo en mi oficina, permitiéndome administrar mis archivos, mi escritorio y responder parte de mi correo.

⁵⁵ Reclaiming es una tradición de la brujería neopagana que busca combinar el movimiento de la Diosa con el feminismo y el activismo político (en los movimientos por la paz y antinuclear). Reclaiming fue fundada en 1979, en el contexto del Reclaiming Collective (1978-1997), por dos mujeres neopaganas de ascendencia judía, Starhawk y Diane Baker, con el fin de explorar y desarrollar rituales emancipadores neopaganos feministas.

Me he tomado la licencia del novelista para reescribir la historia en relación con el incendio del monasterio de Tengpoche. La gompa ardió, pero en enero de 1989, no en el momento en que ocurre el incidente aquí. Aparte de eso, las descripciones de lugares y costumbres son lo más precisas que he podido hacer, pero no pretendo ser una experta en budismo, Nepal o la cultura sherpa, y me disculpo por cualquier tergiversación que pueda haberse infiltrado..

Esta es una obra de ficción, no una biografía o una autobiografía. Ninguno de los personajes está destinado a “ser” nadie en la vida real, ni siquiera yo. Una novela es como un sueño prolongado, y todos los personajes que contiene surgen de la conciencia del soñador, mezclando escenas y recuerdos de la vida con pura imaginación hasta que los límites entre lo real y lo irreal se desdibujan y los personajes cobran vida propia.

En algunas escenas he utilizado los nombres de instituciones reales para mayor verosimilitud. Los acontecimientos narrados en este libro no pretenden reflexionar sobre esas instituciones. La escena del parto de Johanna, en particular, es pura ficción y, si bien refleja prácticas obstétricas comunes de los años sesenta, no tengo motivos para creer que se habrían practicado en UCLA, donde yo y los miembros de mi familia siempre hemos recibido una atención excelente.

Agradezco a mi esposo, David, por su constante amor y apoyo. Y finalmente, gracias a Bob y Brian, quienes recogieron el manuscrito del camino cuando se cayó de la parte trasera del camión en la Pacific Coast Highway, ¡y no perdieron ni una página!

Este libro está dedicado a la memoria de mi madre, la Dra. Bertha Clair Goldfarb Simos.

Starhawk



ACERCA DE LA AUTORA

MIRIAM SIMOS, llamada comúnmente Starhawk (Saint Paul, 17 de junio de 1951) es una escritora y activista anarquista y autodenominada bruja. Es conocida como teórica del neopaganismo y del ecofeminismo. Es columnista de Beliefnet.com y [On Faith](http://OnFaith.com) (el foro de Newsweek.com y washingtonpost.com en internet).

Nació en Saint Paul, EE. UU., y vive en San Francisco, en donde trabaja con Reclaiming, una tradición de brujería que ella cofundó en los años 1970.

Es internacionalmente conocida como entrenadora en no violencia y acción directa, y como activista en el movimiento pacifista. También actúa dentro del feminismo y del movimiento antiglobalización.

Escritos

(2004). The Earth Path.

(1982, 1988, 1997). Dreaming the Dark: Magic, Sex, and Politics.

(1988). Truth or Dare.

(2003). Webs of Power: Notes from the Global Uprising.

(1979, 1989, 1999). The Spiral Dance: A Rebirth of the Ancient Religion of the Great Goddess.

Ensayos

Escribió el ensayo How We Shut Down the WTO y otros escritos disponibles en su sitio web.

Escritos de ficción (El universo de la Quinta cosa Sagrada)

(1993). The Fifth Sacred Thing.

(1997). Walking to Mercury.

(2015). City of Refuge

Coautorías

Con M. Macha NightMare y Reclaiming Collective (1997).
The Pagan Book of Living and Dying.

Con Anne Hill y Diane Baker (1998). Circle Round: Raising
Children in the Goddess Tradition.

Con Hilary Valentine (2000). The Twelve Wild Swans: A
Journey Into Magic, Healing and Action, un libro de recursos
para paganos.

Filmes y música

Starhawk contribuyó a las películas Signs Out of Time: The Story of Archaeologist Marija Gimbutas, Goddess Remembered, The Burning Times y Full Circle.

Participó en los CD de Reclaiming Chants: Ritual Music, and recorded the guided meditation Way to the Well.

RESEÑAS CRÍTICAS

“PROYECTADA A SER UNA DE LAS GRANDES UTOPIÁS VISIONARIAS DEL SIGLO”.

–Marion Zimmer Bradley, autora de *Mists of Avalon*

“UNA EXCELENTE BUENA LECTURA”.

–Reseña del libro en *Los Angeles Times*

“PROVOCADOR Y MÁGICO, POLÍTICO Y ESPIRITUAL... UN LIBRO EXTRAORDINARIO QUE SE ENCUENTRA EN LA GRAN TRADICIÓN DE LAS NOVELAS POLÍTICAS Y FILOSÓFICAS”.

–Margot Adler, autora de *Dibujando la luna*

“EMOCIONANTE, MÁGICO Y RICO CON MAPAS DEL TESORO EXTREMADAMENTE IMPORTANTES PARA AQUELLOS QUE REALMENTE SE PREOCUPAN POR LA VIDA Y LA SUPERVIVENCIA DE NUESTRO PLANETA”.

–Merlin Stone, autor de *Cuando Dios era mujer*
y *Antiguos espejos de la feminidad*

“TESTAMENTO URGENTE A PARTES IGUALES Y VISIÓN FERVIENTE ESPERANZADA... UNA CONTRIBUCIÓN VALIOSA A LA LITERATURA ECOTOPIANA”.

– *San Francisco Chronicle*

“UN HIMNO DE ESPERANZA. LAS GENERACIONES VENIDERAS BENDECIRÁN EL NOMBRE DE STARHAWK”.

–Daniel Quinn, autor galardonado de *Ismael*
y *la historia de B.*